ROCÍO L. CONDE

ORDEN Y FUEGO



ORDEN Y FUEGO

ROCÍO L. CONDE

COLECCIÓN milamores

Orden y fuego

ISBN: 9791387832384
ISBN ebook: 9791387832803

Derechos reservados © 2026, por:

© del texto: Rocío L. Conde
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi marido,

que, aunque no seas un Giorg oficial, tienes todo de él: fuerza y paciencia para seguir a mi lado cuando lo pongo todo del revés. Gracias por ser, sin saberlo, la chispa de Giorg, y por estar siempre ahí. Esta historia también es nuestra, aunque en la nuestra siempre hay risas, no solo silencios. Te quiero más de lo que puedo poner en palabras… tú eres mi orden y yo, a veces, tu caos.

Capítulo 1

Trieste, invierno de 1943

Nunca pensé que iba a acabar hablando de mi padre para explicar por qué me casé con un capitán de navío. Y, aun así, si quiero contar mi historia, tengo que empezar por él. Justo por ahí. No por la guerra, ni por Trieste, ni por las banderas que no son las mías que cuelgan ahora en las fachadas. Tendría que comenzar por un hombre serio que olía a desinfectante y a tabaco pegado a la ropa, de ese que no se va, y que nunca, nunca, levantaba la voz. Mi padre.

Lo nuestro empezó mucho antes de que la guerra nos pusiera a prueba, antes de que yo aprendiera a reconocer el sonido de los camiones que llegan de noche y el tono de voz que da una mala noticia. Antes de saber que estar con alguien puede darte paz o destruirte por completo. Y… a veces las dos cosas a la vez.

Antes de ser «la señora del capitán», y tener que cuidar cada frase que digo, yo era simplemente Anna, la hija ruidosa de un médico respetable y de una mujer que me enseñó a callar.

Mi padre, Johannes, era un hombre serio de voz profunda y mirada fija. Me enseñó desde pequeña que nada era más importante que el orden y la disciplina. Un hombre cuya seriedad, años después, me hizo reconocer algo vital, y peligroso, en el silencio disciplinado de mi capitán. Ahora, en esta casa fría y llena de mapas, lo sigo reconociendo.

El capitán Giorg está en el comedor, justo al otro lado del pasillo, doblando los informes de la mañana. Puedo oír el ruido del papel áspero bajo sus dedos. Es un sonido limpio, militar, que no interrumpe el silencio, lo ordena. Giorg huele a cuero y a la nieve que trae pegada en las botas, esa nieve sucia, un poco negra de las calles. Su presencia es lo único que mantiene la casa en pie en este

invierno de 1943. Y, sí, a veces, esa presencia es tan familiar que me asusta.

Para entender mi atracción por este hombre de uniforme, y cómo él confunde el control con cariño, tengo que volver atrás. Tengo que ir a la raíz. Es raro, al crecer fui entendiendo que esa seriedad que de niña me había protegido escondía otra cosa. Que, a veces, el silencio de un hombre duele más que un grito. También me enseñó su valor, el mismo que ahora veo reflejado en los pasillos de esta casa, o en la forma en que Giorg se anuda la corbata cada mañana antes de salir a… cosas de la guerra.

Ahí, entre el médico vienés que encontraba consuelo en los libros de historia y la mujer del sur que se negaba a vivir en voz baja, fui apareciendo yo: Anna. Un poco de los dos. Quizá por eso, cuando conocí a Giorg, no me asustó su seriedad. Ya había crecido amando con una muy parecida, la de mi padre.

Mi padre era médico. En Viena bastaba decir su apellido para que la gente enderezara la espalda. No era ostentoso, pero su autoridad se notaba. Respetado. Caminaba por los pasillos del hospital con la misma discreción con la que otros atravesaban salones llenos de espejos, y, aun así, todo el mundo lo veía. Sus pacientes lo miraban con miedo y alivio a la vez, él podía hacer que el dolor se fuera… o no.

Hablaba poco. Observaba mucho. Sus silencios llenaban las habitaciones. De niña aprendí pronto a leerlos, uno breve significaba que todo iba bien, uno largo, que no. No hacía falta más. Años después, en Trieste, leería los silencios de Giorg del mismo modo. Un segundo de más con los ojos cerrados: algo no había encajado. Cuando pronunciaba mi nombre con ese tono bajo y exacto, no necesitaba añadir nada. Ya sabía si me estaba corrigiendo, cuidando… o las dos cosas a la vez.

Desde pequeña vi cuerpos antes de entender del todo lo que eran. En la sala de espera del hospital de mi padre: manos temblorosas sobre los regazos, miradas que evitaban los espejos, espaldas hundidas por un peso que yo no sabía nombrar. A través de la puerta entornada, lo observaba inclinarse sobre una garganta, tomar un pulso, palpar un abdomen. Sus dedos eran firmes, precisos, con

esa precisión que a mí me producía respeto. Mucho tiempo después, en otra ciudad y en otra guerra, volvería a reconocer esa misma manera de cruzar una habitación.

Mientras tanto, mi propio cuerpo empezaba a cambiar sin pedirme permiso. Un día descubrí que, al sentarme, las rodillas ya no cerraban igual. Que, al reír, el pecho subía y bajaba de una forma nueva que atraía miradas que yo no entendía. Que los vestidos dejaban de caer rectos y empezaban a marcar curvas que Viena prefería insinuadas y discretas.

—Compórtate, Anna —decía mi padre.

No lo decía con dureza. Pero tampoco admitía réplica. «Compórtate» quería decir: siéntate derecha, baja la voz, no gesticules tanto. Yo asentía, por supuesto. Las hijas de médicos respetables asienten. Por dentro se encendía algo y se retorcía al mismo tiempo. Vergüenza y orgullo, mezclados. Un idioma nuevo que pronunciaba todo mal.

Mi padre no fue a la guerra como soldado. Eso me lo contaron después. La guerra lo reclamó como médico. Los demás cambiaron la chaqueta por el uniforme, él añadió, como mucho, un brazalete de la Cruz Roja y un sello nuevo en algún papel. Decían que no levantaba la voz, que no se quejaba. Que seguía creyendo, con una obstinación, que su deber era curar. Lo demás eran banderas.

De política hablaba poco, y siempre en casa, muy bajo, con la radio apagada y la ventana cerrada. Decía cosas simples, difíciles de rebatir. Que el hueso es hueso aquí y en cualquier frontera. Que la sangre no pregunta qué himno estás cantando.

No estuve allí. Y, aun así, cuando pienso en aquellos años, me lo imagino, Johannes llegando tarde, dejando el maletín en la silla del recibidor, quedándose un segundo inmóvil con los ojos cerrados. No cansancio. Algo más contenido. Me lo contaron sin detalles, como se cuentan las cosas que conviene no fijar demasiado. Y quizá por eso la escena se me quedó pegada, inventada y verdadera a la vez. El silencio, en aquella casa, acabó siendo otra pieza del mobiliario.

En la calle, su nombre seguía teniendo peso. Me detenían a mí, ya sola:

—Tú eres la hija del doctor, ¿verdad?

Me hablaban de partos, de fiebres, de noches salvadas. Yo asentía, sonreía, prometía transmitir mensajes.

Así empecé a ser, antes que nada, «la hija de». No me pesaba. Dos generaciones de médicos serios y admirados. Y yo en medio: con la risa demasiado alta, la cabeza llena de música y un cuerpo que empezaba a llamar otro tipo de atención. A veces me preguntaba qué haría yo con ese legado. Lo único que tenía claro es que no quería perderlo.

Años más tarde, cuando las manos de Giorg buscaron mi cintura por primera vez, dudaron. Se posaron apenas y luego se contuvieron. En ese gesto reconocí algo: el esfuerzo por mantenerse correcto frente a un impulso que no admite reglamentos. Tal vez fue allí donde nos encontramos de verdad. Justo en ese punto donde el «compórtate» empieza, por fin, a perder.

Trieste vendrá. Y él… también. De momento, esto es lo único que sé hacer, escribirlo antes de que me vuelva a dar vergüenza.

Ahora, si de verdad quiero llegar a Trieste y a este presente en el que escribo, necesito seguir un poco más a Johannes por los pasillos del hospital, en esos primeros años de guerra cuando aún creíamos que todo aquello sería corto, que el ruido de los camiones no se acostumbraría tanto al oído, y que la medicina bastaría para salvar al menos una parte del mundo.

Además de médico, mi padre era, sobre todo, un hombre enormemente culto. Amaba la historia con una devoción casi religiosa. En casa no había cuadros caros ni muebles espectaculares, pero las estanterías estaban llenas de libros alineados por épocas.

Recuerdo muchas noches en el salón, la luz baja, mi madre ya acostada, y él sentado en su sillón con un disco girando en el gramófono. Música clásica, siempre. Cerraba los ojos, apoyaba la cabeza en el respaldo y parecía ausente, pero cuando yo me acercaba en silencio y me sentaba en el suelo, a sus pies, ya sabía que se había dado cuenta desde el primer paso. Siempre se daba cuenta de todo.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntaba en susurros, como si interrumpiera una función.

Entonces él abría un poco los ojos, sonreía apenas, y me contaba una escena distinta cada vez, según la pieza. Si era Beethoven, hablaba de un ejército agotado que, aun así, seguía avanzando entre el barro. Si era Tchaikovsky, de un baile en un palacio donde todo el mundo sonreía demasiado. Con Mozart, en cambio, decía que veía una conversación rápida entre dos amantes que se esquivan en un jardín.

Yo escuchaba esas historias con la espalda tensa, no por la música, sino por su voz, que se volvía más suave, más cálida, cuando hablaba del pasado. El mismo hombre serio que en el hospital medía pulsos y daba diagnósticos, en el salón viajaba siglos atrás y se emocionaba describiendo batallas antiguas, tratados de paz, traiciones de cortes oscuras.

—¿Ves, Anna? —me decía a veces—. La historia siempre se repite: solo cambian los nombres y la ropa de los que mandan… pero los personajes son casi los mismos. Los que tienen miedo, los que mandan, los que obedecen. Si lees, aprenderás a reconocerlos, aunque se cambien de máscara.

Con él aprendí a mirar el mundo distinto. Cada melodía tenía un relato, cada relato un gesto, una emoción, un cuerpo. Antes de que nadie me tocara, yo ya me inventaba escenas con la música. Y me daba vergüenza.

Tenía trece años la primera vez que estudié con música clásica de fondo. No lo hice por sofisticación, ni porque quisiera parecer mayor. Lo hice, sencillamente, porque mi padre había dejado un disco puesto en el salón y no tuve el valor de apagarlo.

Yo estaba en mi cuarto, el pupitre lleno de cuadernos: latín, historia y un cuadernillo de problemas de matemáticas que me parecía una venganza personal del profesor. Desde el pasillo llegaba, clara, una melodía de violines. Al principio intenté concentrarme. Copié dos declinaciones, subrayé un par de fechas en el libro de historia.

Cada vez que levantaba la cabeza, mi vista se iba hacia la puerta abierta, pero la música seguía ahí, insistente. Al final, rendida, tomé mis libros en brazos y me fui al salón.

Johannes estaba en su sillón, con los ojos cerrados, las piernas cruzadas y una mano descansando sobre el brazo de madera. El

gramófono giraba, y de la bocina salía una orquesta entera que parecía demasiado grande para nuestro salón mediano. Dejé los cuadernos en la mesa baja con un golpe seco.

—¿Te molesta si estudio aquí? —pregunté.

Abrió los ojos, esos ojos grises en los que a veces costaba leer qué estaba pensando, y luego sonrió, apenas.

—Al contrario. —Marcó la mesa con la barbilla—. Pero ya te aviso: aquí se estudia con Beethoven de fondo.

Puso la aguja de nuevo al principio del disco y volvió a recostarse. Yo abrí el libro de latín, pero pronto me resigné a que la música y las declinaciones se mezclaran. Mientras copiaba rosa, rosae, rosae, rosam…, los violines subían y bajaban, los timbales marcaban un pulso que se me metía en la sangre.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté al cabo de un rato, levantando por fin la vista del cuaderno.

Era una pregunta que le había hecho mil veces de niña. Él no se hizo el distraído, sabía que yo había estado esperando ese momento.

—Aquí… —dijo, sin mirar aún el gramófono— aquí un ejército agotado ve por primera vez la ciudad que lleva meses intentando conquistar. Están muertos de hambre, de frío, pero la ven al fondo, y en el fondo de cada músico hay rabia y esperanza, las dos a la vez.

Cerré el cuaderno. El latín podía esperar.

—¿Y antes? ¿Qué pasaba antes?

Johannes abrió un ojo, divertido.

—Antes marchaban. Solo marchaban. Lodo, lluvia, órdenes. Eso es el principio —señaló con un movimiento leve de la cabeza, siguiendo la melodía—. Luego, cuando entra el tema principal, es como si alguien gritara: «aguantad, que ya casi estamos».

Yo me quedé escuchando, con el lápiz todavía en la mano, sintiendo cómo esa música, que antes era solo ruido elegante de fondo, se llenaba de imágenes. Hombres embarrados, una ciudad al fondo, una mezcla de cansancio y obstinación.

—¿Y por qué te gusta tanto esto? —me atreví a preguntar—. Dicen que es… —busqué la palabra que había escuchado a una compañera —… aburrido.

Él soltó una breve carcajada, de esas que casi no hacen ruido, pero cambian el aire de la habitación.

—Dicen muchas tonterías, Anna —se inclinó un poco hacia delante—. Mira… primero marchan. Lodo, lluvia. Luego, la ciudad al fondo. ¿Oyes la rabia? A veces ganan de todos modos. Como la vida. La ópera, más todavía, todo es exagerado, pero en el fondo es lo mismo que sentimos nosotros, solo que puesto bajo una lupa.

—¿La ópera también te la inventas mientras suena? —Quise saber.

—La ópera ya viene inventada —sonrió—. Pero uno siempre completa cosas. Fíjate en Verdi, en Puccini… ahí están todas las pasiones humanas. El deber, el deseo, la culpa, la lealtad, la traición.

Entonces hizo algo que todavía recuerdo con una claridad absurda: se levantó, cambió el disco con una delicadeza casi tierna y puso un fragmento de La Traviata. La aguja cayó con ese sonido pequeño que te prepara, y luego entró la orquesta, y después la voz.

Una soprano llenó nuestro salón de Viena con un lamento que yo, a mis trece años, no entendía, pero sentía igual en la piel.

—Ella sabe que se le acaba el tiempo —comentó mi padre, con los ojos otra vez cerrados—. Quiere amar, pero también sabe que amar le va a costar caro. Hay algo de… combate, ¿lo oyes? Ella contra todo lo demás.

No respondí. Me había olvidado por completo de que había bajado a estudiar. El libro seguía abierto, pero las palabras nadaban sin forma concreta. Notaba cómo el pecho se me apretaba con la voz de aquella mujer, como un secreto que todavía no estaba preparada para entender.

En esas tardes lo noté, la música era todo. El miedo, la rabia, el tedio de las conjugaciones. Y esa inquietud nueva al mirarme al espejo y no reconocer del todo el cuerpo.

Desde entonces, cada vez que tenía que estudiar algo que me daba pereza, tablas de química, fechas de batallas, traducciones interminables, ponía un disco. Decía que era para concentrarme, pero en realidad era para no estar sola. Sentía que, detrás de cada nota, mi padre seguía sentado en su sillón, inventando escenas en voz baja, aunque no estuviera en casa.

Mi amor por la música clásica y la ópera nació allí, en ese salón, entre apuntes de latín y el suelo recién fregado. No en un teatro. Cuando sonaba una voz en un aria, a mí se me apretaba el pecho, sin más.

Mucho después, ya en Trieste, cuando el mundo parecía derrumbarse, volver a escuchar a Verdi o a Beethoven era, para mí, una forma de recordar que había existido otra vida antes de la guerra. Y también, aunque me cueste admitirlo, era una forma de entender mejor a Giorg, su sentido del deber, su obstinación, esa lucha constante entre lo que debía hacer y lo que quería. A veces me parecía que lo entendía mejor escuchando música que escuchándolo hablar. Él nunca supo eso. O quizás sí, y por eso nunca apagaba el gramófono cuando yo estaba cerca.

Mi madre se llamaba Elena. Si mi padre era firme, ella no se estaba quieta. Había nacido en una Málaga de casas altas y apellidos respetables, bajo la mirada de un padre oficial de la Armada al que todos trataban de usted. Mi abuelo materno servía el té en vajilla inglesa y vestía con una elegancia impecable. También tenía «amistades» en cada puerto. Aprendí pronto que, para los hombres como él, lo importante era que la superficie no se agrietara. Lo que hubiera debajo era asunto privado.

Quien pagaba el precio era mi abuela Ana, sola en una casa que por las noches le quedaba enorme. De ella heredé el nombre y esa forma de quedarse quieta cuando todo alrededor parecía moverse. De niña su silencio me desesperaba. Pensaba que no le importaban las cosas. Ahora sé que no era eso. Había orgullo. Y había un cansancio que yo entonces no sabía reconocer.

El único que leyó el fuego en los ojos de mi madre fue su abuelo, don Antonio. Como juez, intentaba compensar la ligereza de su hijo con una severidad profesional. Él fue quien le enseñó que se puede ser muy respetable y muy poco fiable al mismo tiempo. Por eso, mi madre tomó una decisión, huir de la resignación y hacerse enfermera.

—Si me quedo —le dijo a su abuelo una noche— terminaré mirando al mar y esperando a alguien que está siempre en otra parte. Yo no sirvo para eso.

—¿Y para qué sirves? —preguntó él.

—Para no quedarme quieta.

No fue un impulso. Corría el año 1914 y Europa empezaba a sangrar, la reina Victoria Eugenia acababa de dar un impulso definitivo a las Damas Enfermeras de la Cruz Roja. Aquello fue el salvoconducto de mi madre: decían que era patriotismo. Yo creo que también era ganas de huir. De hacer algo que no fuera quedarse esperando. Se unió a un pequeño ejército de mujeres que, con la cofia blanca, se alejaban por fin de esos salones que parecían cerrarse sobre ellas.

Entre ellas iba Margaret, la hija de un cónsul inglés que viajaba con pasaporte español para burlar la guerra, y la menuda pero firme Ángela Graupera, que ya entonces tomaba notas en un cuaderno, destinada a ser una de las primeras corresponsales en los frentes europeos. Salieron de Málaga hacia el norte, cruzando una frontera que olía a carbón y a miedo. Mi madre decía que en un tren nadie te mira el apellido, eres solo lo que llevas y dónde te bajas.

El plan era atravesar Suiza para llegar a los Balcanes, pero la guerra se movía más rápido que los trenes. Al llegar a Viena para una escala técnica, el destino le tenía preparado un cambio. El Hospital General de Alsergrund estaba desbordado por los heridos que bajaban de los vagones desde el frente, un funcionario con una lista decidió su destino con un trazo de pluma. La burocracia, ya entonces, cambiaba vidas. El grupo se dividió, unos nombres seguirían hacia el este, otros se quedarían en la capital imperial. A Elena la destinaron a Viena.

—¿Te dolió no seguir hacia el frente? —le pregunté una vez.

—Me dolió todo —respondió—. Pero sentí un alivio que me daba vergüenza. A cierta edad, Anna, una aprende a hacerle caso tanto al valor como al alivio.

Elena entró en aquel hospital como una extranjera de manos firmes, pensando que sería algo temporal. Allí la esperaba Johannes, mi padre. Era un médico joven y serio que trataba a los moribundos como si fueran reyes. Mi madre lo observó en silencio entre las filas de camas: «No trata a nadie como un estorbo», pensó. Y ahí es donde empezó todo.

Durante meses fue solo trabajo: guardias interminables y discusiones breves sobre fiebres que no cedían. Nada romántico. Olía a yodo y a hombres que llevaban días sin bañarse. Hasta que una noche de invierno la calefacción se rindió. Las enfermeras frotaban las manos de los soldados para que el frío no les robara la poca vida que les quedaba. Mi madre no sentía los dedos.

—Deje eso, señorita —dijo Johannes con su formalidad habitual—. Se va a congelar usted antes que ellos.

Regresó con una taza de café negro y humeante. No se la dejó en una mesa, se la colocó entre las manos y las cubrió con las suyas, grandes y calientes. Fue un segundo apenas, pero en ese instante mi madre supo que ya no le daba igual si aquel hombre regresaba a casa al terminar el turno.

Se casaron deprisa, entre informes de guerra y valses que sonaban a despedida. Mi bisabuelo Antonio viajó a Viena para conocer al hombre que había «retenido» a su nieta lejos del mar. Tras observar a Johannes durante una cena, sentenció con alivio:

—Al menos este no se bajará en cada puerto.

A finales de 1915 nací yo. Me gusta pensar que llegué cuando el amor ya no era un sobresalto, sino algo más tranquilo. Algo que había decidido quedarse. Aunque quizás eso me lo estoy inventando. Me gusta inventarme orígenes bonitos.

Mi madre estaba todavía en el hospital, pero ya no en las salas más duras. Mi padre, que no confiaba en nadie para las cosas importantes, revisaba dos veces cada indicación sobre su embarazo. La ciudad seguía viviendo bajo la sombra de la guerra, pero en nuestro piso pequeño apareció un espacio distinto, íntimo, donde el ruido quedaba un poco más lejos: una cuna, una manta que había viajado desde Málaga, un cuadro de Viena que alguien regaló.

A veces pienso que mi primera respiración fue lo único que hice sin deberle nada a nadie. Llegué porque dos personas que no tendrían que haberse cruzado, una enfermera camino a Serbia y un médico austríaco que no pensaba salir de sus pasillos blancos, se detuvieron un momento el uno frente al otro, en mitad del desastre.

Yo soy eso. Ella, tan inquieta. Él, más callado, más contenido. Supongo que de ahí me viene el impulso de irme y, al mismo tiempo,

no poder.

Años más tarde apareció Giorg. Y sin querer, me vi de nuevo en Viena, en esa sala.

Y entonces el presente volvió de golpe: el crujido seco del papel al otro lado del pasillo. Me puse el abrigo con la intención de salir, de marcharme, aunque fuera solo hasta la calle, y me quedé un segundo en el umbral, escuchando.

El capitán Giorg apareció sin prisa, la mandíbula afeitada como una línea y con los guantes en una mano. Me miró con esa calma que no pregunta dos veces y, sin embargo, su voz fue casi de padre.

—¿Otra vez sin bufanda, Anna? —dijo, y me la acomodó en el cuello con un gesto breve, cuidadoso, como si lo reparara—. No quiero que te enfríes.

Sus dedos se detuvieron un instante de más, apenas, en mi nuca, lo suficiente para que mi cuerpo entendiera algo antes que mi cabeza. Quise decir «vuelvo enseguida», pero lo único que hice fue respirar.

—Ven —añadió, suave, y esa palabra tuvo dos sentidos a la vez.

Di un paso hacia la puerta… pero el corazón me obligó a dar otro hacia él.

Capítulo 2

Para entenderlo a él, por qué es así, tengo que irme a su infancia. No porque él me la haya contado de esa manera, sino porque hay hombres a los que una acaba imaginándolos niños para no pelearme solo con el adulto. De su infancia nunca habló demasiado. Lo poco que sé lo he ido armando con frases sueltas, silencios, y con lo que vi después en Trieste.

Ahora mismo, mientras escribo esto, lo oigo caminar por el pasillo. Camina igual que su padre, rígido.

Yo crecí en un piso de clase media alta en Viena, lleno de libros, pacientes y discusiones, Giorg creció rodeado de silencios. Su apellido llevaba un Von delante y pesaba. Von Hohenfeld. Eso en ciertos sitios significaba mucho y en otros te convertía en un blanco. Mientras mi madre me contaba historias de un puerto andaluz y de un abuelo juez, la infancia de Giorg transcurría entre paredes lujosas y cuadros de antepasados que te miraban desde arriba. No era una familia noble cualquiera, de esas que solo conservan el apellido y los modales, en casa de los Von Hohenfeld todavía había tierras, inversiones, criados, caballos en las cuadras y una pianola que nadie se atrevía a tocar sin permiso. Nadie. Ni siquiera los niños.

La riqueza no estaba en el oro, sino en la seguridad de quien da por hecho que el mundo siempre tendrá una silla para él en la mesa principal. Su padre, Franz von Hohenfeld, era capitán retirado de caballería. Decía «retirado» como si fuera una cortesía que él le había hecho al ejército, no al revés. Jamás al revés. El uniforme le seguía sentando demasiado bien para ser solo un recuerdo, el bigote, perfectamente recortado, le daba distinción. Para el Giorg niño, su padre era sobre todo una espalda recta, unas botas demasiado bien lustradas y una voz que no necesitaba alzarse para hacerte pequeño.

Su madre, Elisabeth, venía de una familia ligada desde hacía generaciones al Adriático. Quizá por eso, cuando estamos en la casa

y el viento sube desde el puerto, hay momentos en que no sé si recuerda a su madre… o si se está despidiendo de ella otra vez.

Tenían intereses en Trieste, en Pola, en pequeños puertos que, a mí, años después, me sonaban a mapa de despacho, y para ella olían a veranos luminosos. De niña había pasado temporadas en una villa, arriba en una colina, la misma villa que, décadas más tarde, se convertiría en nuestra casa, ocupada por banderas ajenas.

Mientras yo, en Viena, miraba mapas de Europa como si fueran historias, el lugar donde acabaría viviendo ya estaba ahí, en los recuerdos de una mujer que todavía no tenía nada que ver conmigo.

La casa de campo de los Von Hohenfeld no era un castillo de cuento, no exactamente, pero a ojos de un niño podía parecerlo, demasiadas habitaciones para la gente que de verdad las usaba, pasillos donde los pasos resonaban, un jardín tan ordenado que daba respeto. Alegría, poca. Había personal de servicio de sobra como para que las puertas se abrieran sin que nadie tocara el picaporte y los platos entraran y salieran de la mesa sin apenas enterarte. Lo que no había, al menos no en abundancia, era abrazo. Era calor.

De su hermana sé poco. Giorg tenía una hermana, unos años menor, que durante mucho tiempo fue la única persona en aquella casa que no se tomaba demasiado en serio el escudo de la entrada. Corrían por las galerías cuando nadie miraba, con los calcetines resbalando, se escondían detrás de las cortinas, riéndose, compartían cuentos a la luz de una lámpara cuando tenía que estar apagada. Pero incluso los juegos tenían un horario. En la mesa se sentaban derechos, con las manos visibles y hablaban lo justo. Cuando me lo cuenta, no me mira a la cara. Aprieta la mandíbula, igual que cuando… bueno, igual que otras veces.

—Los Von Hohenfeld no se doblan —decía el capitán, sin que nadie supiera del todo qué significaba. Giorg tampoco. Nunca le preguntó.

El dinero permitía caballos, profesores particulares, clases de idiomas y un tutor de historia que le enseñó a Giorg a trazar mapas de memoria, sin pestañear. Y también permitía fingir que el mundo exterior era menos peligroso.

Mientras los periódicos hablaban de atentados, alianzas y tensiones en los Balcanes, en casa de los Von Hohenfeld se seguía sirviendo el té a la misma hora, en la misma vajilla, con la misma rutina. Quizá fue entonces cuando empezó esa obsesión suya por el orden y por el mar que más tarde lo llevaría a la ingeniería naval. Mientras su padre hablaba de caballería, cargas y maniobras en terreno abierto, él pensaba en barcos, motores, rutas, puertos.

La fortuna de la familia, por entonces, parecía inagotable: propiedades en el campo, inversiones en empresas ligadas al transporte, un porcentaje, pequeño pero constante, en negocios de la costa adriática. Entonces todavía parecía imposible que todo aquello pudiera venirse abajo.

En medio de esa abundancia bien administrada, la infancia de Giorg fue cómoda y rígida a la vez. Nunca le faltó nada… salvo permiso para ser un niño.

—Tú eres el heredero —le repetía su padre—. No estamos criando a un invitado, sino a quien sostendrá esto cuando yo no esté.

Aprendió pronto a leer horarios, a presentarse impecable ante los invitados, a saludar de modo correcto. La riqueza tenía sus propias normas: qué se decía y qué no, a quién se miraba a los ojos y a quién apenas se le concedía un gesto. Y luego, en Trieste, en la villa, en cada cena oficial: la misma sonrisa de cortesía por delante.

La casa, tan grande y segura, se rompió por otro lado y no por la falta de dinero. La madre enfermó. No de golpe, sino con ese tipo de dolencia que poco a poco va borrando a las personas sin que te des cuenta. Primero dejó de subir las escaleras, luego de salir al jardín, y al final dejó de ir a comer a la mesa. La fortuna seguía ahí, intacta, la vida familiar, no. La hermana de Giorg se pegó aún más a él, era su hermano mayor. Era su apoyo.

Y, sin embargo, incluso en esa casa donde todo costaba tanto admitir, hubo un día en que la enfermedad, el miedo y la disciplina chocaron de frente. Un día en que la madre empeoró de repente, la hermana se puso a llorar sin consuelo y el capitán, por una vez, no supo qué orden dar.

Llamaron a un médico de Viena, muy respetado, un tal doctor Johannes Bauer.

Ahí, nuestras historias se rozaron por primera vez, el hombre que años después sería mi padre cruzó el umbral de aquella casa para atender a la madre de Giorg y visitar, quizá, a aquella niña que acabaría muriendo demasiado pronto.

Giorg, entonces, era solo un muchacho de catorce, quince años, demasiado bien peinado, con las manos tensas en los bolsillos del pantalón, mirando cómo un desconocido abría su maletín sobre la mesa de un salón donde nunca pasaba nada imprevisto.

Nunca me contó con detalle ese día. Poco a poco lo he ido reconstruyendo, frases sueltas suyas, comentarios de mi padre, silencios de mi suegro. En las casas donde nada falta también se muere. Solo que se hace más silencio.

La hermana murió poco después. La enfermedad de la madre siguió su curso. La casa se mantuvo igual de grande, igual de rica, pero mucho más vacía.

Y en medio de todo eso, un hijo único empezó a convencerse de que la única forma de que el mundo no se desmoronara era tenerlo todo bajo control: horarios, estudios, carrera, disciplina. Que lo material podía perderse, pero que mientras él fuera perfecto, algo se salvaría.

Yo tardé años en verlo. En Trieste, con la mano en la barandilla, bastó un papel fuera de sitio para que se le viera perder el control. No era el uniforme ni el Reich. Venía de antes: de un niño criado entre cosas caras, aprendiendo pronto que el dinero no te libra del miedo. Por eso no dejaba que nada se desordenara.

A veces, cuando discutíamos en nuestro dormitorio de Trieste y yo le gritaba que no podía controlar cada aspecto de nuestras vidas, lo veía luchar contra algo mucho más lejano que la guerra. No estaba discutiendo conmigo, estaba discutiendo con su infancia, con el eco del capitán, con la cama vacía de su hermana. Eso también lo viví yo, no la riqueza ni los salones, sino con el peso de sus silencios.

Más tarde, en la escuela, lo que de verdad lo diferenciaba de los otros niños de su clase no eran los modales, sino la obsesión con el mar y los barcos. Mientras otros se aprendían de memoria los nombres de generales y batallas gloriosas, Giorg se perdía en los mapas.

—Aquí está Trieste —le decía su madre—. Y aquí el puerto. Tu abuelo decía que era el lugar donde parece que el mundo se acaba.

En el escritorio de niño tenía siempre algún barco: primero de madera, después maquetas más complejas, regalos de cumpleaños que acababan ocupando estanterías enteras. Desmontaba y volvía a montar cascos, contaba remaches, aprendía nombres impronunciables de piezas diminutas. Al capitán le habría gustado verlo soñar con caballos, se encontró con un hijo que, desde muy pronto, pensaba en hélices, motores y astilleros.

—La caballería del futuro flotará —se atrevió a decirle una vez, con una sonrisa tímida.

Su padre levantó una ceja. El dinero, al fin y al cabo, también estaba empezando a moverse hacia el acero y el combustible.

La única que compartía de verdad ese entusiasmo era su hermana. Se sentaba a su lado, con las piernas colgando, mientras él le explicaba, muy serio, la diferencia entre un crucero y un carguero, o por qué cierto tipo de casco soportaba mejor los embates del mar. Para ella eran cuentos. Para él, proyectos, cálculos.

—Cuando seamos mayores, te llevaré en uno —le aseguraba—. Saldremos de Trieste y tú no tendrás que acostarte a la hora que diga nadie.

Ella se reía, encantada con la idea de un hermano mayor que, en lugar de castillos, prometía puertos iluminados.

Por eso, cuando la enfermedad entró en la casa y empezó a llevársela poco a poco, esa pasión suya por los barcos se ensombreció de golpe. Primero dejaron de jugar en el suelo del despacho con las maquetas. La niña ya no aguantaba tanto rato sentada, se cansaba, tosía, pedía cama. Después, Giorg dejó de hablarle de viajes. La miraba y no hacía falta que dijera nada. Con verle el color de la cara sabía que ya no podía ni tenía fuerzas ni siquiera para imaginar.

El día que ella murió, él estaba en el jardín, junto al pequeño estanque donde, de niño, había echado barquitos de papel para ver hacia dónde los llevaba el viento. Alguien lo llamó desde la puerta, una de las doncellas, con la cara descompuesta. No hizo falta que

dijera nada. Años después, cuando me lo contó, se quedó un rato mirando la nada.

—Tiré el barco. El que llevaba en la mano. No porque pensara que se hundiría con ella. No fue un gesto bonito. Lo tiré porque, de pronto, me pareció ridículo. Me parecía absurdo que el mundo siguiera como si nada cuando en casa se había acabado todo.

No añadió nada más. Yo tampoco pregunté.

Las maquetas se quedaron acumulando polvo durante un tiempo. Él siguió sacando buenas notas, siguió siendo el hijo ejemplar que el capitán necesitaba, pero su manera de mirar los mapas cambió. Dejó de ser un juego y entonces se prometió a sí mismo que algún día, de un modo u otro, haría que aquellos barcos fueran reales.

Cuando años más tarde eligió ingeniería naval, sus profesores hablaron de vocación, de talento, de visión de futuro.

Yo, que llegué después, vi tristeza metida en cálculo, planos y acero.

Cada vez que en Trieste lo veía asomarse a la ventana de la casa y seguir con la mirada el movimiento de los cargueros en el puerto. Era un niño que había perdido a su hermana. Y cada barco que salía parecía llevarse algo más. Tal vez por eso miraba el puerto como quien espera una señal. Yo no estaba aquel día en el estanque. No lo vi tirar el barco. Pero cuando me abraza, y lo hace así, tan fuerte, tan callado, entonces entiendo, es que desde que murió su hermana, se aferra a todo lo que quiere por miedo a perderlo.

Capítulo 3

Viena, cuando yo tenía quince, todavía no era la ciudad rota que sería después, pero tampoco era ya ese centro del Imperio del que mi padre hablaba en pasado, esa nostalgia muy suya. En Viena todo el mundo hablaba de lo que la ciudad había sido, ignorando lo mal que estaban las cosas en ese momento.

Para situarnos, estamos a comienzos de los años treinta. Yo nací en 1915, así que tengo quince, dieciséis, diecisiete, justo cuando todo empieza a oscurecerse otra vez, aunque nadie se atreva a decir «otra guerra». Austria ya era la Primera República, un país pequeño, sin imperio, lleno de deudas y problemas políticos, con la Viena socialdemócrata, la famosa «Viena roja», mientras en el resto del país mandan los socialcristianos, los curas y esa idea de que portarse bien te mantiene a salvo. En Viena, en cambio, se discutía, en los tranvías, en las colas, en los cafés. Fuera se endurecen las caras y se juntan hombres con uniforme en grupos con una mirada de «ya hemos elegido a quién odiar».

Hay una edad en la que una ciudad deja de ser solo el lugar donde vives. Entre los catorce y los diecisiete, yo no encontraba mi sitio.

Oficialmente, era una señorita correcta, en la práctica, no tanto. En los papeles, en las invitaciones, en las presentaciones cuidadosas que hacía mi madre, yo era Anna Bauer, hija del doctor Johannes Bauer y de la señora Elena Bauer. Eso significaba una adolescencia muy normal, vestidos discretos, buenos modales, espalda recta, bailes en salones, tartas en casas donde los relojes marcaban la hora del chocolate caliente. Y todo eso existía. Había tardes enteras en las que yo creía que mi vida iba a ser exactamente así.

Me acuerdo del salón de los Kessler. Techos altos, lámparas doradas, cortinas pesadas, un piano situado justo ahí para que las chicas bien pudieran demostrar cuánto habían practicado. Yo llevaba un vestido color marfil que mi madre había ajustado la tarde anterior, sujetando la tela a mi espalda con alfileres mientras

murmuraba «un poco menos… así… ahora sí». Todavía estaba aprendiendo a llevar tacones sin parecer un potrillo recién nacido… aunque no siempre lo conseguía.

Las otras muchachas hablaban de profesores, de vacaciones, de primos lejanos que volvían del ejército más guapos que antes. Los chicos se apoyaban en las paredes, haciéndose los aburridos, hasta que empezaba la música y entonces recordaban que había que sonreír. La conversación era la de siempre: estudios, familias, pequeños chismes que no hacían daño a nadie.

—Anna… el ponche ya te está subiendo. Sonríe —me susurraba mi madre, inclinándose apenas hacia mí mientras yo intentaba que el ponche no se me subiera a la cabeza—. Solo sonríe.

«Ser correcta» significaba eso, hablar en el momento justo, reír sin exagerar, bailar con los chicos adecuados y dar las gracias incluso cuando el baile había sido un desastre. Mi padre estaba orgulloso de mi compostura. Mi madre, satisfecha de haber criado una hija «presentable» en una ciudad que a veces la miraba como si fuera demasiado. Pero mientras bailaba ese vals bien aprendido, había otra parte de mí que estaba escuchando otra cosa, los cafés. Los salones me decían, así tienes que ser. Los cafés, en cambio, era lo que quería.

Viena olía a café fuerte y a tabaco rubio. La primera vez que entré en un café sin mis padres fue de la mano de una amiga del colegio, pero así no se cuenta bien la historia. La verdad es esta, entré empujada por la curiosidad y esas ganas de libertad que eran demasiado grandes para mí.

No era uno de los cafés más importantes, no todavía. No el Central, con sus techos altísimos y escritores que parecían parte del mobiliario. Era uno más modesto, pero tenía todo lo necesario: mesas de mármol, sillas un poco cojas, periódicos colgando de unas perchas de madera, camareros que no miraban a nadie.

Me acuerdo de la primera vez que crucé la puerta. El calor me golpeó la cara después del frío de la calle, el humo flotaba bajo las lámparas. Un grupo de hombres discutía en un rincón con los codos sobre la mesa y las tazas medio vacías. Sonaba música al fondo, un disco algo rayado que sonaba a moderno.

Nos sentamos en una mesa pequeña, junto al ventanal. Éramos tres chicas, estudiantes aplicadas que habían salido «a tomar un chocolate». Pedimos chocolate, por supuesto. Pero no veníamos a por el chocolate. Veníamos a escuchar. En la mesa de al lado, un joven con gafas hablaba de política con una vehemencia que llamaba la atención incluso desde donde estábamos. Decía palabras que en mi casa no se decían, socialdemocracia, fascismo, revolución. Hablaba de Viena como «la ciudad obrera más culta del mundo» y del resto del país como si no tuviera importancia. Los demás asentían, discutían, se exaltaban.

Yo no lo entendía todo, pero entendía lo suficiente como para sentir que se me aceleraba algo por dentro. No era solo el contenido, era el tono. Esa sensación de que estaban diciendo cosas importantes.

—Anna, no mires tanto —susurró una de mis amigas, con una mezcla de miedo y diversión—. Van a pensar que te interesa.

Me interesaba. Me interesaba más eso que cualquier conversación sobre vestidos.

Esa tarde fue la primera de muchas. Empecé a buscar excusas para «pasar por» el café después de clase, aunque fuera solo un cuarto de hora. A veces iba acompañada, a veces sola. Siempre diciendo que iba a estudiar o leer. A veces sacaba un libro, sí, pero lo abría y lo dejaba sobre la mesa como coartada, mientras mis oídos se iban hacia las discusiones del fondo. En casa, en cambio, el tono era otro.

—La política es un campo minado, Anna —decía mi padre—. Y tú aún estás aprendiendo a caminar.

Lo decía con esa calma suya, que convencía mucho más que cualquier grito. Había vivido una guerra, y había visto de lo que eran capaces las palabras bonitas. No le faltaba razón. Pero yo, que por entonces solo conocía la guerra a través de los silencios, sentía que había algo irresistible en esas discusiones, en esos periódicos llenos de titulares que prometían cambios. Mientras tanto, mi madre me seguía contando historias de España.

En las sobremesas, cuando el café se alargaba y mi padre aún no había vuelto del hospital, ella se apoyaba en el respaldo de la silla, entrelazaba las manos y empezaba a hablar, de Málaga, de las noches de verano en la azotea, del puerto lleno de voces, de la luz

que aquí, en Viena, parecía siempre un poco más triste. De vez en cuando, deslizaba también recuerdos de aquel viaje que nunca llegó a Serbia, trenes, enfermeras, idiomas, hospitales en otras ciudades.

—No me arrepiento de haberme quedado en Viena —decía—. Pero hay días en los que echo de menos el ruido del mar.

Yo, entonces, no conocía el mar más que en sus relatos. Y, sin embargo, lo sentía cuando hablaba. No hablaba con tristeza, sino con ganas de no olvidar. Parecía que todavía caminaba por el puerto, aunque estuviera aquí conmigo poniendo la mesa.

Entre las historias de mi madre y los silencios de mi padre, me fueron surgiendo dudas que cada vez se hacían más grandes y difíciles de ignorar.

Por un lado, estaba la Anna que sabía cómo comportarse, la que se probaba vestidos frente al espejo, midiendo el largo de la falda, la que iba a bailes, sonreía a los jóvenes que se inclinaban lo justo, la que recordaba las normas de etiqueta que su madre le susurraba mientras le abrochaba los guantes. La que sabía cuándo callar en una reunión de adultos, cuándo decir «por favor» y «gracias», cuándo fingir que no había oído un comentario inconveniente.

Por otro lado, estaba la Anna que caminaba un poco más deprisa cuando pasaba frente a ciertos cafés porque sabía que, si miraba por la ventana, vería a alguien gesticulando sobre un periódico, la que sentía un cosquilleo extraño cuando un compañero de clase se atrevía a preguntarle qué opinaba ella de «todo eso». La que, de vez en cuando, leía a escondidas algunos artículos que mi padre dejaba sobre la mesa, más por curiosidad que por rebeldía.

Y luego estaba mi cuerpo. Un recién llegado que no sabía dónde sentarse. Entre los catorce y los diecisiete, un día era pura torpeza, al siguiente no podía dejar de mirarme en el espejo. La niña huesuda con trenzas se fue llenando de curvas que los vestidos de pronto tenían que sujetar. Mi padre lo notó antes que yo, o al menos habló de ello antes.

—Tu hija está creciendo muy deprisa —le dijo a mi madre una noche, creyendo que yo no lo oía.

—Me alegro —respondió ella—. Peor sería que se quedara parada.

Yo escuchaba esas frases desde el pasillo, pegada a la pared, sintiendo cómo se me encendía la cara sin saber si de vergüenza o de orgullo. En los bailes, empezaron a cambiar las miradas. Algunos chicos bajaban la vista demasiado rápido cuando se cruzaban conmigo, otros la sostenían un segundo más de lo necesario. Había roces de manos que parecían accidentes y no lo eran tanto. Yo me movía entre todo eso con una mezcla de torpeza y curiosidad, como quien entra en una sala oscura sabiendo que hay muebles, pero sin saber dónde están.

Lo que nunca cambiaba era lo de siempre, debía ser correcta. Mi madre quería que no olvidara de dónde venía, mi padre, que no me perdiera en la confusión de una Viena que se agitaba. Lo que sí cambiaba era lo que empezaba a sentir cuando, por ejemplo, volvía a casa sola al anochecer, después de una tarde en el café con alguna amiga. El tranvía avanzaba despacio, la ciudad se llenaba de luces, en las ventanas se veían cenas, discusiones, caricias, peleas. Yo me miraba en los cristales y me preguntaba qué tipo de vida iba a ser la mía, si la de los salones o la de las mesas de café donde la gente se atrevía a decir lo que pensaba, aunque les costara caro.

Por supuesto, no era una elección fácil. Nadie me obligaba a escoger de forma tajante. Pero esa tensión estaba ahí, latiendo debajo de los exámenes, de los ensayos de piano, de los paseos con mi madre por el Danubio.

A los diecisiete, supe que no me iba a quedar siempre callada. No sabía que mi vida me llevaría a otra ciudad, a otra guerra, a otro hombre de uniforme. Pero ya intuía que salía a mi madre cuando preguntaba demasiado. Y que eso iba a traerme problemas.

En aquellos años treinta, Viena seguía siendo, para mí, una ciudad de música, café y humo. No sabía que todo iba a cambiar de significado. No sabía que los mismos cafés donde yo me sentía adulta por escuchar conversaciones ajenas serían, años después, lugares donde no convendría quedarse demasiado tiempo.

De momento, mi mayor drama era elegir vestido para el siguiente baile sin repetir, disimular que el corazón se me aceleraba cuando un compañero me rozaba la cintura al girar, y decidir si decirle a mi

padre que en clase de historia ya no hablábamos solo de emperadores, sino de ideas políticas.

Si cierro los ojos, todavía me veo, quince, dieciséis años, subiendo al tranvía con un libro de latín bajo el brazo y el olor del café pegado al abrigo. Correcta por fuera, inquieta por dentro. Moviéndome entre waltzes y periódicos, entre la voz de mi madre hablando de España y la de mi padre leyendo, en silencio, las noticias de un país que se fracturaba poco a poco. Todavía no conocía a Giorg. Todavía era, en teoría, solo Anna.

Casi sin darme cuenta, todo me llevaba a él. Para enamorarme de alguien que necesitaba tenerlo todo bajo control… y para ser yo quien le llevara la contraria.

Antes de Giorg hubo otros. Chicos con los que aprendí cosas tontas: a dar la mano, a que me dieran un beso en la oscuridad del cine, a esperar una carta que nunca llegaba. Nada serio. Pero algo dejaron.

El primero era tan razonable que ahora me da ternura. Se llamaba Viktor, o Karl, o algo así. Hijo de comerciantes, buen estudiante, camisa siempre limpia, el tipo de chico que los profesores ponían de ejemplo sin que nadie dijese nada. Nos sentábamos casi en la misma fila, y lo primero que me gustó de él fue una tontería, su letra. Era ordenada, inclinada justo lo suficiente y por supuesto limpia. Yo, que escribía con un entusiasmo caótico, miraba sus apuntes con envidia muy seria.

Me prestaba los cuadernos cuando yo me distraía mirando por la ventana o anotando algo al margen que no tenía nada que ver con la lección. Al principio fue solo eso, intercambio de apuntes, comentarios sobre el profesor de historia, alguna broma a media voz cuando el de matemáticas se ponía dramático con los logaritmos.

La primera vez que sentí algo distinto fue una tarde cualquiera. Habíamos salido de clase y caminábamos en grupo hacia el tranvía, risas, bufandas, aliento blanco en el aire. En un punto el grupo se fue separando, cada uno hacia su calle. Nos quedamos solos él y yo durante unos metros.

—Tienes tinta en la mejilla —me dijo.

Yo me llevé la mano a la cara, torpe.

—¿Aquí?

—No.

Aquí.

Se acercó y, con el pulgar, me rozó justo debajo del pómulo. Era un gesto inocente, casi fraternal. Pero yo noté esa caricia mínima como si me hubieran golpeado el estómago desde dentro. El pulgar estaba frío. La mirada, no tanto.

—Ya está —añadió, retirando la mano demasiado deprisa.

Desde ese día, cada vez que abría el cuaderno y veía su letra mezclada con la mía en los márgenes, sentía mariposas en el estómago. No era amor, todavía no. Era esa euforia absurda del descubrimiento de que un cuerpo masculino puede estar cerca del tuyo sin que nadie se desmaye. Sin que el mundo se acabe… y que, aun así, todo cambie un poco.

Me invitó al cine una vez, en grupo. Fuimos seis, cuatro compañeros y nosotras dos. En la oscuridad, nuestras mangas se rozaban cada vez que él movía el brazo para llevarse las palomitas a la boca. Yo no vi media película. Estaba demasiado ocupada intentando entender si aquel roce era casual o no, si debía apartarme un poco o quedarme quieta. No pasó nada. Ese fue el problema, que yo quería que pasara «algo», sin saber muy bien qué.

Mi «amor» con Viktor o Karl se fue disolviendo poco a poco. Cambiamos de curso, de horario, de prioridades. Él empezó a hablar más de exámenes de ingreso en la universidad, yo a pensar en música, en cafés… en otras cosas. Nos seguimos saludando sin problemas. Nunca supo que, durante unos meses, su pulgar frío en mi mejilla había sido mi escena favorita para repasar antes de dormir… como una tonta.

El segundo fue menos razonable. Y, por eso, mucho más peligroso. Lo conocí en el conservatorio. Mi padre había accedido a que tomara clases de teoría y un poco de piano «mientras no descuides los estudios serios». Mi madre, claro, apoyó la idea con entusiasmo. Fue ella quien me acompañó la primera vez y, al ver el edificio, comentó:

—Cuidado. Aquí una se enamora de muchas cosas a la vez.

Yo pensé que hablaba de la música. No solo. Él, violinista. Tenía un par de años más que yo, el pelo demasiado largo para el gusto de

mi padre, manos finas y esas ojeras de los que duermen poco porque se quedan practicando cuando los demás ya duermen. La primera vez que lo vi fue en un pasillo: apoyado contra la pared, el estuche del violín a sus pies, como un perro fiel. Miraba una partitura con la frente fruncida.

No tenía nada de especial, ni de solemne. Llevaba la chaqueta un poco arrugada y los zapatos gastados. Pero cuando levantó la vista y sonrió a alguien al pasar, tuve la impresión de que el pasillo se ensanchaba.

Nos cruzamos varias veces antes de hablar. Yo llegaba, salía, lo veía y me hacía la distraída. Sabía su nombre por casualidad, una profesora lo mencionó elogiando su talento y su «carácter demasiado apasionado». Aquello, con dieciséis años, sonó a todo lo que yo no podía ser.

Una tarde, el profesor de piano se retrasó. Esperábamos en un aula con las ventanas empañadas. Alguien dejó la puerta abierta y, desde el pasillo, empezó a colarse música. No un ensayo torpe, sino una melodía completa, intensa, que subía y bajaba como una conversación demasiado íntima. Nos asomamos. Era él. El violinista. Tocando solo en un aula vacía, creyéndose a salvo de miradas.

Lo vi inclinarse sobre el violín, cerrar los ojos, morderse un poco el labio inferior en ciertos pasajes. Y yo miraba, sin saber muy bien qué estaba viendo. Porque nunca había visto a alguien entregarse así. Había deseo ahí, pero no sexual, o no solo. Era deseo de que aquello sonara como él lo escuchaba por dentro.

Cuando terminó, aplaudimos sin pensar. Él se sobresaltó dándose cuenta de que tenía público y se puso un poco colorado.

—Perdón —dijo, asomándose a nuestra puerta—. No quería interrumpir.

—No estás interrumpiendo —dije, antes de que nadie más hablara —. Ojalá todos los retrasos sonaran así.

Se rio. Esa risa me acompañó semanas.

Empezamos a coincidir más. Un comentario aquí, otro allí. Hablábamos de compositores, de profesores, de lo caro que era el café del conservatorio. Me preguntó una vez qué hacía yo allí si no quería ser músico profesional.

—Porque en mi casa ya hay demasiadas recetas y casi nada de música —contesté.

—Entonces no tengas tanta prisa por curarte —dijo—. El mundo está lleno de médicos y muy poca gente que escuche de verdad.

Esa frase, lo confieso, se me metió debajo de la ropa. Nunca me tocó más allá de lo aceptable: un roce en la espalda al abrirme la puerta, sus dedos guiando los míos en una digitación complicada, una mano que se apoyaba demasiado cerca sobre el teclado cuando se inclinaba para señalar una nota. Pero yo empecé a sentir de otra manera el peso de mi propio cuerpo sobre el taburete, la sensibilidad de la piel en la nuca cuando sabía que estaba detrás de mí, la respiración un poco más rápida cuando entraba tarde en el aula y nuestros ojos se cruzaban.

La fantasía, claro, fue mucho más lejos que la realidad. En mi cabeza, ya habíamos tenido al menos diez conversaciones brillantes, tres peleas dramáticas y una reconciliación en algún pasillo oscuro. En la vida real, apenas intercambiamos unas docenas de frases largas y algunas sonrisas.

Un día me dijo que pensaba marcharse, si podía, a Alemania o a Francia, donde «las orquestas todavía tienen dinero para arriesgarse». Hablaba de directores, de contratos, de ciudades desconocidas como si fueran notas. Para él, el mundo era algo que se cruzaba con un instrumento a la espalda. Para mí, el mundo seguía estando demasiado ligado a mi casa, a mi padre. A Viena.

—No sé dónde estaré dentro de cinco años —me confesó, guardando el violín—. Pero sé que no puedo quedarme quieto.

Yo asentí, con un nudo raro en el estómago. No hubo beso. Ni declaración. Ni drama. Hubo, en cambio, una ausencia, dejó de aparecer en los pasillos. Al principio pensé que era casualidad. Después, una profesora comentó que se había ido a estudiar fuera. Nadie supo decir exactamente dónde.

La primera vez que volví al conservatorio después de saberlo, me sorprendí buscando su estuche negro apoyado contra alguna pared. No estaba. Me senté al piano y, cuando puse las manos sobre las teclas, me di cuenta de que el hueco que dejaba no era solo auditivo. Era físico.

Con él entendí que desear a alguien no significa planear una vida juntos. A Viktor o Karl lo había imaginado como marido posible, padre aceptable, qué horror, dicho así. Eso. Al violinista, en cambio, nunca lo vi cambiando pañales ni firmando documentos. Me bastaba con verlo tocar. Con la forma en que cerraba los ojos al llegar a un pasaje difícil. Era todo lo que podía pedir… o todo lo que me atrevía a soñar.

Años después, cuando miraba a Giorg con su uniforme, tan rígido, tan contenido, y notaba que debajo de todo eso había algo tan intenso como la música de aquel chico, entendí que aquellos dos ensayos me habían enseñado lo importante. El primero me enseñó algo. El segundo, otra cosa.

No lo entendí entonces.

Y que lo que de verdad me atraía no era un tipo de hombre concreto, sino ese momento en que dejaban ver lo que llevaban dentro. Siempre había sido eso.

El tercero no era mi igual. Y eso, en aquella época, lo volvía peligroso.

A diferencia de mi compañero de clase o del violinista del conservatorio, el joven médico pertenecía al mundo de mi padre. Al de las batas blancas y los pasillos silenciosos. Yo tenía diecisiete la primera vez que lo vi de cerca. Él debía tener unos veinticinco, veintiséis, ya hombre, pero todavía con esa energía de quienes empiezan a probar su autoridad.

Se llamaba Friedrich. Lo supe después. La primera vez que apareció en mi campo de visión no tenía nombre.

Fui al hospital a llevar unos papeles a mi padre, un recado que mi madre me mandaba a menudo con la excusa de que «así coges aire, Anna». El aire del hospital olía a desinfectante y… a algo más denso, pero eso nunca se lo dije. Me gustaba. Me hacía sentir cerca de la parte más secreta de mi padre.

Yo estaba esperando en un pasillo, sentada en una silla de madera, con el sobre en el regazo, cuando una camilla pasó a mi lado. En la camilla, un muchacho de mi edad, pálido, con un vendaje en el costado. Empujando la camilla, un celador y al lado iba un joven médico con la bata, el estetoscopio colgando del cuello, las mangas

remangadas hasta medio antebrazo. Se me fue la mirada a los antebrazos.

No a la herida. No al vendaje. No al gesto profesional. A esa piel ligeramente cubierta de vello claro, a los tendones marcados cuando sujetó el borde de la camilla para frenar. Era un cuerpo adulto, metido en la corrección de la bata. Y yo, ahí de pie en el pasillo con mis diecisiete años, sentí un nudo en el estómago.

—Perdón —dijo él, al ver que la camilla casi rozaba mis rodillas—. ¿La he asustado?

Negué demasiado deprisa. El sobre casi se me escurre de las manos.

—Estoy bien —contesté—. Solo esperaba al doctor Bauer.

Cuando pronuncié el apellido, su gesto cambió un poco. En Viena, decir «doctor Bauer» en un hospital abría puertas.

—¿Usted es…?

—Su hija —aclaré, antes de que terminara.

—Ah. —Asintió—. Entonces, discúlpeme. No es el tipo de paseo que uno querría para una señorita.

Sonrió apenas. No era una sonrisa brillante. Se guardaba algo, pero aun así me dio una pista que no entendí hasta mucho más tarde, bajo toda esa fachada de médico educado, había un hombre que sabía de sobra que las personas son mucho más que un diagnóstico. Desde ese día empecé a fijarme más en él.

No porque él me buscara, sino porque yo afiné la mirada. Y la excusa. Cada vez que iba al hospital encontraba una excusa para pasar por el pasillo donde él solía revisar historiales, hablar con las enfermeras, anotar cosas. No tenía la imprudencia del violinista ni la adolescencia torpe del compañero de clase. Tenía además esa otra cosa, una seriedad que todavía no estaba del todo formada, como si la estuviera ensayando. Me recordaba a mi padre. Y, al mismo tiempo, me resultaba incómodamente atractiva.

En la Viena de los treinta, una chica de mi entorno no «tenía vida sexual» como se dice ahora. Había, como mucho, novios oficiales con los que se podía bailar más de la cuenta, pasear cogidos del brazo, robar un beso en una esquina discreta. Lo demás existía. Claro. Pero se decía en voz baja y siempre de otras.

Nosotras, las que teníamos que llegar «limpias» al matrimonio, vivíamos el sexo sobre todo en futuro. Y en condicional. En los chistes entre susurros, en los libros que no nos dejaban leer, en la imaginación. Yo empecé a vivirlo también en presente, pero… solo por dentro.

Entre Friedrich y yo no hubo nada que pudiera escandalizar a nadie, ni escapadas, ni cartas, ni promesas. Como mucho, momentos largos a solas en un pasillo, su mano rozándome el codo para apartarme de un carrito, su mirada bajando un segundo al cuello de mi vestido cuando yo agachaba la cabeza para buscar algo en el bolso. Cosas que cualquiera habría podido justificar como accidentes. El problema fue que, para mí, dejaron de serlo.

La primera vez que me habló de algo que no fuera médico, fue una tarde en que mi padre se retrasó. Yo esperaba en su despacho. Él entró con un montón de historiales en la mano y se detuvo al verme.

—Perdón, creí que estaba vacío —dijo.

Yo habría podido irme. De hecho, debería haberlo hecho. En lugar de eso, le pregunté algo que llevaba días rondándome la cabeza:

—¿No le cansa?

—¿Qué?

—Ver tantos cuerpos heridos.

Friedrich dejó los historiales sobre la mesa de mi padre. Se tomó su tiempo antes de responder.

—Me cansa más fingir que no me cansa —dijo por fin—. Pero es un cansancio que prefiero a otros.

Lo dijo tan en serio que, por un momento, dejó de ser 'el médico joven' y vi simplemente al hombre que tenía delante. Sentí un impulso absurdo. Tocarle la muñeca, como él había hecho con aquel paciente, solo para comprobar que estaba caliente. Vivo, ahí. No lo hice. En lugar de eso, dije algo correcto. Qué remedio.

—Supongo que mi padre piensa igual.

Él asintió.

—Su padre… —empezó, luego sonrió torcido—. Su padre es de otra generación. A nosotros todavía nos dejan hacernos preguntas.

Sonrió, esta vez un poco más. Y en esa sonrisa se convirtió, por primera vez, en otra cosa. No un futuro. No un matrimonio. No una

casa. No una vida juntos, sino un presente intensísimo, hecho de pasillos, café demasiado fuerte en el descanso de guardia y silencios complicados en el despacho de mi padre.

Contención. Eso era. El cuerpo ya sabía más que las normas, pero las normas seguían mandando. Lo que no podíamos hacer, lo imaginábamos. Lo que no decíamos, lo sentíamos con una claridad que dolía.

Con el joven médico no crucé ninguna línea… que mi época habría llamado indecente. Pero sí crucé otras fronteras menos visibles, la de desear a un hombre que no estaba en ningún plan familiar, la de notar cómo una mirada podía recorrerme la piel bajo el vestido sin llegar a tocarla, y entender, por fin, que aquello no era pecado, no era enfermedad. Que no tenía nada que ver con lo que me habían contado. Era otra sensación, esa que aparece cuando un hombre deja de ser solo alguien serio y se le empieza a notar la fragilidad.

Luego, cuando todo se volvió real, con Giorg y con la guerra, entendí que aquel tiempo me había enseñado más de lo que parecía. Aprendí a leer manos, silencios, cambios de respiración. Aprendí a distinguir la curiosidad del interés de verdad. Y, sobre todo, aprendí que no hacía falta desnudarse para estar peligrosamente cerca de alguien. En la Viena de los años treinta, para una chica como yo, eso ya era mucho.

Capítulo 4

De la guerra de Giorg sé menos de lo que me gustaría y mucho más de lo que él habría querido que yo supiera. Lo que sé no me lo contó sentado frente a mí, mirándome a la cara. Lo averigüé en una frase medio dormido, otra en una noche demasiado quieta. El resto lo he reconstruido con lo que dice la historia, con los silencios de su padre, con las cicatrices de su cuerpo y esa manera suya de controlar el mundo.

Cuando estalló la Gran Guerra, Giorg tenía dieciséis. Un poco más, un poco menos, da igual. Esa edad en la que te llaman «hombre» cuando les interesa y «niño» cuando estorbas. Demasiado joven para el frente en los papeles, demasiado mayor para dejarlo quedarse en casa.

En la familia Von Hohenfeld no se contemplaba la idea de un primogénito que no vistiera uniforme. Su padre, capitán de caballería, hablaba del deber como quien habla del tiempo, con esa tranquilidad que a mí me revuelve el estómago. PPara él, el camino de su hijo ya estaba decidido desde antes de 1914.

Así que, en cuanto el verano de 1914 empezó a oler a pólvora, la conversación en aquella casa fue breve. Seca. Casi administrativa, Theresianische Militärakademie, o su equivalente, primero, el frente después, «donde la patria lo requiera». Para un muchacho criado entre salones y caballos bien peinados, el ingreso en una academia militar fue el primer desgarro de su adolescencia. Dejó su habitación y las sábanas bien planchadas para encontrarse con un dormitorio común donde las camas se alineaban como soldados. Los baúles con iniciales condensaban una vida entera y los días se medían por el eco de las botas en el patio, diana antes del alba, formación bajo la lluvia o la escarcha, clases de táctica y de historia militar, instrucción con fusiles primero de madera y luego de verdad, marchas eternas en las que un apellido ilustre no te ahorraba ampollas. Ni cansancio.

El apellido ayudaba a cruzar salones, sí. Allí daba igual venir de una familia aristócrata de Bohemia o de una casa militar de provincias, todos valían lo mismo.

Y aun así, incluso en ese mundo de cuero, barro y reglamento, la obsesión de Giorg se las arregló para seguir mirando al mar. Mientras los instructores señalaban con una vara las líneas de los frentes en los Balcanes, él seguía, la curva azul del Adriático, Trieste, Pola, Fiume, mientras para unos eran simples puntos estratégicos, para él eran las historias de su madre, veranos luminosos en la villa de la colina, barcos entrando y saliendo del puerto.

Su padre seguía pensando en la caballería y en las cargas a campo abierto. En los cuadernos del cadete Von Hohenfeld, en cambio, ya no había jinetes. Dibujaba cascos de acero, hélices, cruceros y submarinos.

Cuando el capitán lo visitaba durante los permisos, hablaba de honor y de gloria como si nada hubiera cambiado. Escuchaba, con paciencia, cuando su hijo insinuaba que quizá el futuro de la guerra no estaba en los caballos, sino en los barcos.

La guerra no llegó de golpe. Para él se fue acercando poco a poco.

Primero faltaron profesores. Uno fue movilizado al regimiento de artillería, otro destinado al Estado Mayor, un tercero desapareció de un día para otro y lo sustituyó uno con condecoraciones recientes y una mirada de demasiadas trincheras. Demasiadas como para explicar táctica con ligereza.

Después se vaciaron los cursos superiores. Los nombres que hasta hacía poco encabezaban los desfiles y las listas de honor empezaron a aparecer en tablones de anuncios, junto a destinos, regimientos y números de unidad. Ya no eran alumnos brillantes. Eran oficiales en camino al frente.

En el comedor, las conversaciones cambiaron de tono, los chistes de dormitorio dieron paso a rumores, cifras de bajas, historias de frentes lejanos. En los paneles, al lado de las promociones, empezaron a colgar otras listas, más silenciosas, con columnas encabezadas por palabras breves y brutales. «Herido», «desaparecido», «caído». Giorg aprendió a leer lo justo, a buscar

solo los apellidos conocidos y a aprender a apartar la vista justo a tiempo.

Los planes se aceleraron, adelantaron los exámenes, acortaron cursos y empezaron a repartir despachos a chicos que aún tenían granos en la cara y un bigote que apenas se veía. Hacían falta oficiales, y hacían falta ya. La prudencia, a segundo plano.

Así fue como el hijo de la casa de Trieste, todavía oliendo al jabón áspero del internado, recibió el galón de alférez y una carta oficial para su padre. En ella se informaba con esa cortesía fría de la burocracia, que «el señor Giorg von Hohenfeld ha sido designado para servir en el frente suroeste».

En el idioma del Imperio aquello no necesitaba traducción. La frontera italiana. Montañas duras, trincheras abiertas en la roca, barrancos, frío constante. El Isonzo. Y hombres cayendo en fila.

De esa parte de su vida nunca quise preguntarle demasiado, y él se encargó de que no tuviera demasiadas oportunidades. No sé en qué valle estuvo ni qué insignia llevaba. No sé cuántas veces tomaron y perdieron la misma altura en cuestión de semanas… o de días. Da igual. De eso casi nunca habló.

Lo que sí sé es cómo se le alteraba la respiración, años después, cuando en la radio alguien decía «frente italiano» como si fuera una nota más del parte. Apenas un segundo el aire se le quedaba a medio camino.

Una noche en Trieste, ya sin el uniforme, mientras lo colgaba en el perchero del dormitorio con ese cuidado casi ritual, dejó caer una frase. No venía de ninguna conversación concreta. Simplemente… apareció.

—Nadie te explica el ruido que hace un hombre cuando entiende que no va a volver a casa.

Lo dijo despacio. Sin mirarme. Con la vista fija en algún punto impreciso.

Después se quedó en silencio. Yo sentí las preguntas formarse en la boca, pero no las dejé salir. Hay cosas que, cuando por fin se asoman, no se tocan.

Con el tiempo he ido atando cabos. Leyendo libros que él jamás habría abierto, escuchando testimonios de otros que estuvieron en

lugares parecidos. Me imagino al joven Von Hohenfeld en una trinchera de montaña, rodeado de hombres que hablaban alemán, húngaro, checo, croata, todos con el mismo uniforme pero con patrias distintas, congelados hasta las rodillas, obedeciendo órdenes que venían de mapas muy limpios dibujados en despachos lejos del olor a pólvora.

Una vez, solo una, me habló de un episodio concreto, sin decir dónde ni cuándo, quizá porque ni él mismo tenía ya claro dónde fue. Era una noche de invierno, el viento cortaba la cara y la orden era resistir en una posición elevada, desde la que se veía a lo lejos, una aldea italiana. Repartían raciones corriendo cuando la artillería enemiga empezó a caer sin misericordia, levantando trozos de tierra, madera y… hombres. Al terminar el bombardeo, uno de los soldados, un chico más joven que él, del que solo recordaba el nombre y un puñado de palabras en húngaro, yacía en el suelo con la pierna destrozada, consciente. Jadeando, con unos ojos enormes que buscaban desesperadamente una promesa.

La orden del suboficial veterano era clara, lógica, fría: retirada inmediata a una posición secundaria. Quien se entretuviera, quien intentara cargar con heridos imposibles, condenaría al resto.

Giorg tenía dieciocho años. Le habían puesto al mando de hombres que le doblaban la edad y esperaba que no le temblara la voz al dar órdenes. Había crecido escuchando lo mismo una y otra vez: el deber no se discute. Se cumple.

Podía haber hecho lo que tantos hicieron: mirar al frente, obedecer, no apartar la vista de la línea que marcaba el mapa. Mantener a los suyos en movimiento, aunque eso significara dejar a alguien atrás.

Podría haberse lanzado a un gesto inútil también, de esos que luego llaman valentía, y haber dejado más cuerpos en la nieve antes de llegar a la siguiente trinchera.

Lo que hizo fue, según me contó, algo mucho más humano y por eso mismo más imperdonable para sí mismo: se agachó un segundo, tomó la mano helada del muchacho, apretó los dedos con fuerza y, en un alemán, decirle que volverían a por él. Sabía que era mentira, sabía que las probabilidades de que alguien pudiera regresar antes

de que el enemigo rematara la posición eran casi nulas, sabía que esa frase era un pequeño engaño piadoso. Aun así, la dijo.

Cuando me lo contó, años después, lo hizo sin adornos. Dijo, con esa amargura seca que a veces se le escapaba: «Aunque sea unos segundos».

Cuando terminó la guerra, el Imperio que había sostenido a los Von Hohenfeld se vino abajo. Los mapas cambiaron, los himnos dejaron de sonar. La caballería quedó atrás y el acero empezó a mandar. El «Von» seguía en el apellido, pero ya no significaba lo mismo. Menos poder. La misma exigencia.

Para muchos oficiales jóvenes, volver fue sencillo: un tren de regreso, el uniforme al armario, el lugar de siempre en la mesa familiar. Como si bastara con sentarse y seguir. Para Giorg no fue así.

Antes de volver a cruzar los pasillos de su casa, tuvo que aprender a cruzar los de un hospital. Despacio. Sin uniforme. Sin órdenes. Solo con su cuerpo, que ya no obedecía igual.

No fue una herida de las que adornan los partes oficiales. Fue de las otras. De las que duelen pero no se ven.

Un fragmento de metralla le atravesó el costado durante una retirada en la montaña. No cayó al suelo ni perdió el conocimiento. Sintió un golpe seco, un calor rápido, la camisa húmeda pegándose a la piel, y siguió corriendo. Los demás corrían. Él también.

Solo cuando alcanzaron la siguiente posición, el suboficial le gritó al ver el abrigo manchado hasta la cintura, entendió que aquel dolor no era cansancio.

El hombro derecho quedó tocado en un mal salto sobre la roca. Nunca supo si fue antes o después del impacto. Lo único cierto es que, desde entonces, cada vez que cambia el tiempo, el cuerpo se lo recuerda.

Lo evacuaron primero a un puesto de socorro avanzado, luego a un hospital de retaguardia, y al final, cuando la herida demostró ser más complicada de lo esperado, no lo bastante grave como para matarlo, lo enviaron a Viena, a uno de esos hospitales militares que, en teoría, estaban mejor equipados y donde se suponía que los jóvenes oficiales nobles debían terminar de curarse para volver cuanto antes al servicio o, al menos, a la vida civil. Llegó flaco, con

la piel de un tono indefinido entre el gris y el amarillo, el brazo derecho inmovilizado contra el cuerpo, el costado vendado y una mirada que no terminaba de fiarse. En los papeles, lo que traía era una herida de metralla, una lesión articular en el hombro y un «estado de agotamiento nervioso» que los médicos de entonces llamaban con eufemismos: shock de combate, neurosis de guerra, fatiga.

En la práctica, eran noches sin dormir, sobresaltos con cualquier ruido y una incapacidad para tolerar el desorden: una silla fuera de sitio, una puerta entreabierta, un reloj que no marcaba la hora exacta podían irritarlo más que el dolor físico.

En ese hospital trabajaba mi padre. Aún no era el jefe de servicio respetado que sería después, pero ya tenía fama de hombre capaz de distinguir entre el soldado que fingía una dolencia para huir del frente y el que traía algo roto que no se veía a primera vista. Lo que sé de aquellos días también lo supuse, una anotación seca en un cuaderno suyo, muchos años después, un comentario suelto de mi madre, que entonces seguía haciendo turnos como enfermera y algún silencio particular de Giorg cuando se tocaba el tema.

Mi padre fue uno de los médicos que revisó su caso. Que pasó los dedos por el borde de la cicatriz. Que le hizo mover el hombro una y otra vez hasta comprobar cuánto había perdido y cuánto no. Que le auscultó el pecho y notó cómo el corazón se le aceleraba sin razón clara cada vez que una puerta se cerraba de golpe en el pasillo.

Y después escribió lo que tenía que escribir: «Lesión estabilizada, buen pronóstico físico, paciente hiperalerta. Se recomienda reposo prolongado y tareas reguladas».

Eso fue todo. En el papel cabía. En el cuerpo, no tanto.

Mi madre se acuerda de él como «ese joven oficial que miraba el reloj demasiado a menudo», un muchacho muy bien educado que daba las gracias por todo, incluso por las curas dolorosas, y que parecía más incómodo con la idea de estar tendido en una cama que con la de volver a oír la artillería. Ella contaba que, cuando lo autorizaron a levantarse y caminar por el pasillo con el brazo aún en cabestrillo, no se conformó con dar vueltas sin rumbo. Preguntó los horarios de los cambios de turno, los momentos en que repartían la

comida, la hora exacta en que pasaba la visita, y adaptó sus paseos a ese ritmo.

A veces me pregunto si no nos cruzamos entonces. Yo sería una niña de tres años, colgando los pies en un banco del vestíbulo mientras esperaba a mi madre. Es posible que viera pasar a aquel hombre alto con el brazo en cabestrillo y no supiera que ese desconocido iba a ser, un día, el centro de mi mundo.

Puede que me fijara un segundo en aquel hombre alto con cara de cansancio. Aunque no lo viera, él ya estaba entrando en mi vida. Un paciente más en la lista de un tal doctor Bauer, una ficha más en un archivo que mi madre ordenaba. Un apellido noble pronunciado en la sala de médicos con la mezcla de respeto y fastidio con que se pronunciaban todos los «Von».

Giorg salió de aquel hospital con el cuerpo entero, salvo por una cicatriz pálida en el costado y un hombro que protestaría de por vida cuando cambiara el tiempo. Pero con muchas cosas rotas por dentro que nadie sabía tratar. En una época en la que los hombres volvían con temblores, pesadillas y arranques de furia y se les decía que lo que necesitaban era «carácter», él no se refugió en el alcohol ni en la nostalgia. Buscó la única salida que conocía, el orden.

Volvió a estudiar con la intensidad de quien necesita que el mundo funcione con reglas claras. Entró en aulas de ingeniería donde ya no se hablaba de caballería ni de honor, sino de resistencia de materiales, de cálculos, de estructuras que no ceden si están bien hechas. De cascos más sólidos. De motores capaces de empujar toneladas de acero sin fallar.

En los planos que dibujaba sobre el papel milimetrado había números, medidas y líneas exactas. Pero también algo personal. Resolver una ecuación era poner orden donde antes hubo confusión. Diseñar un barco que no se hundiera era una manera de convencerse de que no todo estaba destinado a romperse.

A veces, en Trieste, lo veía en la ventana, mirando el puerto como si lo estuviera contando. No barcos sino minutos. Y, sin darse cuenta, se frotaba el hombro. Siempre el mismo. Como si allí tuviera una piedra metida y no una cicatriz.

Yo lo miraba y me venía una imagen, el hospital. Ese olor agrio que se te queda en la garganta, mezcla de desinfectante y sudor viejo. Mi padre inclinado sobre él, palpándole la herida con dos dedos, suave pero firme, como quien comprueba una fruta en el mercado y al mismo tiempo se está muriendo por dentro. Giorg no se quejaba. Ni una vez. Eso, en un hombre, a mí me da rabia. Me da ternura también, claro. Pero primero rabia.

Ese masaje del hombro no era «dolor». Era otra cosa. Un aviso. Una manía. Como cuando yo reviso dos veces si he cerrado la puerta, aunque la haya cerrado, aunque lo sepa. Él aprendió allí que el cuerpo te traiciona sin avisar, y que tumbado eres… nada. Y se le nota, incluso cuando está quieto.

Luego está lo otro: lo de estudiar, lo de entender máquinas y mareas y números. Esa parte suya que quiere que todo encaje porque, si encaja, respira. Si no encaja, se le endurece la cara y vuelve ese gesto del hombro.

Y ahí está el hombre que yo acabaría amando. No el del uniforme. El que aprieta los dientes y ordena cosas pequeñas, intentando convencerse de que esta vez nada se va a romper.

Cuando nos volvimos a encontrar, muchos años después, en otra guerra y en otra ciudad, yo no veía ya al cadete asustado ni al alférez que había tenido que dejar a un compañero atrás. Veía al capitán impecable que llegaba a casa con el uniforme sin una arruga, al ingeniero que examinaba los informes con la frialdad de un cirujano y al hombre que se enfurecía si llegábamos tarde cinco minutos a una cena porque para él el tiempo no era solo cortesía, sino la línea que separa la vida de la muerte. Durante mucho tiempo confundí su rigidez con herencia familiar.

Me costó entender que detrás de esa obsesión por los horarios, los papeles en su sitio, las cucharas alineadas en la mesa, había un muchacho de dieciocho años. Un muchacho que había aprendido que cinco minutos pueden ser la diferencia entre cargar o no con un cadáver más.

Si cuento todo esto es porque ninguna historia de amor empieza de verdad cuando te conoces, ni siquiera con el primer beso. La nuestra empezó, en parte, en esa academia donde un chico de buena familia

aprendía a dormir en literas y a obedecer a gritos. Empezó cuando repasaba con el dedo la costa del Adriático en los mapas. Y en una trinchera, donde un oficial joven se dio cuenta de que las buenas intenciones no salvan el mundo, pero que las necesitaba para no volverse loco. Llevaba todo eso bajo el uniforme. Quererlo era entender que no abrazaba solo a un hombre, sino también todo lo que arrastraba a un hombre, sino también a todos sus fantasmas.

Capítulo 5

Si soy sincera, y no debería, antes de Giorg ya sabía lo que era que un hombre te mirara de cierta manera. Lo sabía. Y aun así… Lo que no sabía era distinguir la intención. A Giorg no llegué siendo una niña. Había besado. Había dejado que me abrazaran más de lo prudente. Sabía lo que pasaba y tú no apartas la vista. Pero había un límite. Y ese límite lo ponía yo. Con él fue distinto, por primera vez no sentí la necesidad de frenar.

Tenía veintitantos. Viena había sobrevivido a una guerra y fingía que todo era cuestión de ajustarse un poco el vestido y seguir adelante. Yo trabajaba a ratos en el hospital, ayudaba a mi madre, visitaba a mi padre para llevarle papeles, iba al conservatorio cuando podía, y tenía, según la versión oficial, «una vida social aceptable». Eso significaba invitaciones a cenas, bailes menos rígidos que los de mis años de debutante, cafés con compañeros de estudios, paseos por el Prater en buena compañía.

Mis primeros novios serios fueron los previsibles. Hijos de colegas de mi padre, jóvenes formales que ya se habían quitado el uniforme y llevaban traje de abogado, de médico, de ingeniero. Mi madre los aprobaba sin pestañear.

A veces, años después, ya en Trieste, cuando alguien mencionaba de pasada una lista de desaparecidos o mi padre recibía noticias torcidas de antiguos alumnos movilizados, me llegaban esas frases de golpe, sin aviso: «Friedich cayó en el frente oriental, no se supo nada más de él» y entonces me sorprendía pensando cómo habría sido mi vida si me hubiera quedado en Viena y hubiera hecho lo que se esperaba de mí. Si ahora sería la mujer de un médico cansado y puntual. Si habría aprendido a querer sus manos apoyadas cada noche en el mismo sitio de la mesa. Si me habría acostumbrado, sin hacer ruido, a una vida de domingos iguales y conversaciones que no cambian nada. Y, sobre todo, si mi cuerpo habría terminado por conformarse, diciéndose que eso bastaba, sin llegar a saber que en

otra ciudad me esperaba algo que no era tranquilo ni fácil, pero sí más verdadero.

Hubo un abogado, por ejemplo. Se llamaba Otto, tenía unos ojos claros que siempre parecían estar calculando la posición de cada cosa. Nos conocimos en una cena de amigos de mi padre, fue encantador sin exagerar, me preguntó por mis estudios, me dejó hablar de música más de lo que los hombres toleraban normalmente, rio en los momentos oportunos. Cuando me pidió permiso para invitarme a un café, semanas después, mi madre asintió desde la cocina sin siquiera verlo, bastó con el currículum.

Con Otto tuve todo lo que se supone que debía tener una joven bien educada de mi edad. Paseos por el Danubio, conversaciones sobre política que se detenían justo en el borde del conflicto, fantásticas coincidencias de gusto en literatura, era difícil no coincidir y un par de besos. Si uno los miraba desde fuera, eran exactamente como debían ser, en una esquina discreta, después de acompañarme a casa, ni muy cortos ni demasiado largos, con la mano de él apoyada en mi espalda en un punto de contacto casto y protector, mis labios respondiendo con la dosis justa de entusiasmo.

La primera vez que me besó pensé, con una especie de curiosidad, «así que esto era».

Noté su boca, la ligera presión, el olor distante a tabaco, el roce de su mejilla afeitada esa mañana. Sentí algo, sí, un cosquilleo en la piel, una especie de alegría excitada más por la idea del suceso que por el suceso en sí. Cuando subí las escaleras después, mi madre me miró desde la mesa del comedor, con un gesto que mezclaba interrogación y complicidad.

—¿Todo bien? —preguntó, como quien no pregunta.

—Sí —respondí—. Me ha besado.

Ella se echó hacia atrás en la silla, observándome como si estudiara un resultado de laboratorio.

—¿Y?

Me demoré un segundo.

—Bien —dije al final—. Ha estado… bien.

«Bien» debería haber bastado. Pero en mi interior hubo una pequeña resistencia, una voz baja que insistía en que algo no había

encajado, aunque no supiera qué. Nada en ese beso había hecho tambalear mi idea del mundo, no hubo pérdida de control, ni vértigo, ni esa sensación de que el cuerpo va por delante del pensamiento. Fue, simplemente, correcto.

Con el tiempo me di cuenta de que el problema no era Otto, sino que a su lado sentía que solo estaba practicando para ser la «esposa perfecta». En la cama imaginaba que sería ordenado, razonable. Satisfactorio, quizá. Pero nunca peligroso. Eso ni se me pasaba por la cabeza.

Luego estuvo el extranjero. En mi caso, llegó en tren y se fue igual, como hacen algunos hombres. Decía llamarse Luc. Era francés, aunque en realidad no parecía de ninguna parte. Trabajaba para una empresa de transporte con negocios en varios puertos y hablaba un alemán correcto, pero siempre se le escapaba una palabra en su idioma. Se movía con esa facilidad que no se aprende en los libros: entraba en una habitación y parecía que ya la conocía. A mí, entonces, esa soltura me descolocaba un poco. Y me gustaba.

Nos presentó la esposa de un colega de mi padre, en un salón donde había demasiadas personas y muy poco aire. Él llevaba traje oscuro, corbata un poco más suelta de lo que exigía la etiqueta vienesa, una sonrisa que se torcía siempre un poco hacia un lado. No tardó en identificar el punto débil de cualquier conversación conmigo, la música. Me habló de la Ópera de París como si fuera un amante, de los teatros de Marsella donde uno podía escuchar a cantantes en conciertos espontáneos en cafés de puerto. Yo lo escuchaba con la mezcla de fascinación y prudencia que se reserva a los hombres que vienen de lejos, sabía que parte de su encanto consistía en que se marcharía.

Con él crucé una frontera distinta. Una tarde el beso dejó de ser correcto y se volvió demasiado intenso para fingir que no significaba nada. Nos habíamos refugiado en un café casi vacío. Habíamos hablado de todo lo que era fácil, de libros, de ciudades, de la manía austríaca de poner nata a casi todo. Luego, la conversación se fue acortando sin perder intensidad.

Cuando me besó, porque fue él quien lo hizo, con esa mezcla de decisión y cuidado, hubo más desorden que con Otto. No en la

escena, que seguía siendo discreta, sino en mí. Su mano me rodeó la nuca, sus dedos se enredaron un poco en mi pelo, su boca buscó la mía con un hambre bien educada pero real. Sentí el calor subir desde algún punto indefinido del estómago, noté cómo el respaldo del asiento se me clavaba en la espalda, cómo mi propia mano, traidora, se aferraba a su hombro para acercarlo más. Ese beso tenía electricidad. No lo negaré.

Y sin embargo, cuando terminó, no sentí que hubiera descubierto la fórmula del mundo. Fue otra cosa, más incómoda: como asomarse a una habitación a oscuras, ver apenas los contornos, saber que hay más dentro, y no atreverse a entrar. Luc olía a tabaco y a una colonia que no había olido antes, una mezcla de madera y cítricos. Olía a tabaco y a una colonia que no había olido antes. Durante un rato, el cuerpo agradeció la novedad, después, las viejas voces regresaron, mi padre, mi madre, las normas, la Anna que observa todo desde algún lugar más alto.

No pasó de ahí. Él tenía prisa, yo tenía miedo, la ciudad tenía ojos. Una semana más tarde, Luc se fue «por negocios». Me escribió una carta cordial, llena de frases bonitas y geografía, que guardé en un cajón más por pereza que por romanticismo. A veces, cuando limpiaba el escritorio, la releía unos segundos y me sorprendía comprobando que el recuerdo del beso se había reducido a una nota al margen: «sabía bien, pero no era eso».

No sé si me gustaban los médicos o si era simplemente lo más normal del mundo, después de crecer entre pasillos y salas de espera. Pero el punto de inflexión llegó con Leopold, joven, serio, peligrosamente cercano al universo de mi padre, casi un «hijo espiritual».

Con él el deseo dejó de ser una teoría, aunque nunca llegó a convertirse en algo claro. Fue una relación prudente, casi tímida, conversaciones al paso, un café rápido en la cantina, caminatas bajo la lluvia hasta el tranvía. La cercanía creció sin anuncio.

Recuerdo un momento concreto en la oficina de mi padre. El cansancio lo volvió menos seguro, más humano. Su silla más cerca de la mía. Su mano rozando la mía como si no estuviera del todo

convencido de hacerlo. Hubo besos, sí, pero medidos. Demasiado cautelosos para cambiar nada. La ropa permaneció en su sitio.

Lo que me sorprendió no fue el cuerpo, sino la cabeza. Mientras la piel respondía, había una parte de mí que se quedaba mirando, casi fría. Cuando él se apartó, incómodo, no quedó ni incendio ni pérdida. Solo una pequeña desilusión. Había esperado que algo se revelara. No pasó. Nada de nada.

Nos vimos algunas veces más. Nunca volvimos a acercarnos así. No hubo ruptura, porque nunca hubo algo que romper. Solo una retirada discreta. Y una certeza sencilla, el deseo podía encenderse. Pero todavía no me movía del sitio.

No era romanticismo puro, tampoco, no necesitaba violines ni declaraciones teatrales.

Quería sentir que, si ese hombre se iba, a mí me cambiaba algo. No buscaba a alguien serio solo porque mi padre lo fuera, ni a un extranjero con un encanto que se le pasara en dos días. Y desde luego no quería ser solo el sitio donde un hombre cansado viene a soltar su pena para luego levantarse y seguir igual que siempre. No sabía aún que ese hombre iba a presentarse con otro uniforme, en otra ciudad, en otra guerra.

En aquella Viena, con veintitantos, solo sabía una cosa: que los besos sin chispa no me valían. Que lo correcto podía ser más frío que lo prohibido. Y que el escándalo de verdad no era lo que hicieras con el cuerpo, era atreverte a decir, aunque fuera bajito, que lo que a otras les bastaba, a ti no.

A veces pienso que fui un poco ingenua en asuntos del corazón. No por falta de experiencia, sino por exceso de imaginación. Me bastaba un gesto amable para empezar a construir una historia completa alrededor.

Luego todo volvía a la normalidad de golpe y yo ponía cara de sorpresa, aunque ya me lo sabía.

Lo mejor estaba por venir, aunque yo todavía no lo sabía.

Capítulo 6

Años después entendí que mi historia no empezaba donde yo creía. Empezaba antes. Para él, todo había comenzado mucho antes que yo.

—Giorg—

Nos conocimos en Viena, como era natural. Lisa era de esas personas que pasan desapercibidas sin querer, que están sin estorbar, que llenan un espacio sin ocuparlo. Su elegancia era tan discreta que a veces, al llegar a casa, tardaba un momento en recordar que ya estaba allí.

Era hija de una familia noble, educada con esmero, acostumbrada a moverse dentro de lo que se considera correcto. Mi familia la aprobó sin reservas. Yo también.

No fue amor a primera vista, ni una atracción arrebatada. Lo que sentí fue otra cosa, tranquilidad. En su compañía no había sobresaltos, ni preguntas incómodas. Hablaba con mesura, escuchaba con atención, sabía cuándo callar. En aquellos años, después de la guerra y de la pérdida del mundo que había dado forma a mi juventud, esa serenidad era importante.

Nos comprometimos sin dramatismos. El matrimonio siguió el mismo curso que nuestra relación: ordenado, razonable. No discutíamos sobre pasiones ni destinos. En nuestro entorno, casarse era una decisión que consolidaba posiciones, que aseguraba continuidad. No recuerdo haber dudado, ni haberme preguntado si aquello bastaba. Durante un tiempo, bastó.

El trabajo me llevaba a Trieste con frecuencia. Pasaba allí semanas, a veces meses. No hubo una mudanza definitiva. Hubo una acumulación de estancias, hasta que un día Viena dejó de ser el centro.

La industria naval ofrecía oportunidades que Viena ya no podía dar. Astilleros, puertos, rutas comerciales, estructuras sólidas, números precisos… Yo necesitaba esa sensación de control. Soy ingeniero. Siempre lo fui. El uniforme llegó después, y se quedó más de lo que debería. Desde los dieciocho conservé mi comisión en la reserva. Tras Anschluss, cambió el emblema, pero no la función. Me reactivaron por mi experiencia en puertos y transporte. El rango llegó después, por antigüedad y por necesidad.

Trieste no era Viena. La ciudad arrastraba su pasado imperial y su presente italiano con tensión constante. Yo trabajaba con colegas que, en público, hablaban de eficiencia y progreso, y en privado medían cada palabra según el viento. El régimen fascista avanzaba. Algunos se adaptaban con rapidez, otros guardaban silencio. Por un lado, mi utilidad técnica, lo que sabía hacer, lo que me pedían. Por otro, una incomodidad que crecía sin que yo supiera qué era. No encontraba las palabras. No encontraba los argumentos.

Mi origen austríaco no pasaba inadvertido. A veces me sentía extranjero en una ciudad que había sido nuestra. Al andar por la calle me daba cuenta de que todo había cambiado. El italiano sonaba en cada esquina, los carteles ya no eran los mismos. No me miraban mal, pero sentía que ya no era mi lugar.

En casa, Lisa mantuvo la superficie intacta. Organizaba recepciones, aprendía las sutilezas de la ciudad, sostenía la imagen que se esperaba de nosotros. Lo hacía bien. Muy bien. Nadie podía decir lo contrario. Nunca se quejó del traslado ni de la nueva vida. Para ella, el cambio era una circunstancia, para mí, empezaba a convertirse en una grieta.

Intenté explicarle en más de una ocasión la incomodidad que sentía en el trabajo. La sospecha de que mis informes y decisiones podían tener consecuencias que excedían lo técnico. Me escuchaba con atención.

—No puedes cargar con todo —decía—. Cumplimos con nuestro deber.

La frase era razonable, sí. Y, sin embargo, me resultaba insuficiente. El deber no era una palabra neutra para mí. Había

aprendido demasiado pronto que el deber podía ser obediencia. Pero también podía ser responsabilidad.

En nuestra vida íntima tampoco había preguntas. No hubo rechazo ni frialdad. Nos entendíamos. Sabíamos cuándo acercarnos, cómo hacerlo y cuándo detenernos. Era funcional, como el resto del matrimonio. Como una pieza más del engranaje.

Durante los primeros años no vi en ello carencia alguna. La estabilidad parecía una forma madura de afecto. O eso me decía. Pero poco a poco empecé a notarlo: nada, en nuestra relación, me sorprendía ya. No había fricción, cierto. Pero tampoco había descubrimiento. Y no recordaba una sola vez, una sola, en que el tiempo se me hubiera ido de las manos con ella.

No discutíamos. No gritábamos. No había escenas. Había una calma constante que, con los meses, empezó a parecer distancia.

Mientras el mundo exterior se volvía más incierto y mis responsabilidades aumentaban, yo regresaba a casa. Y allí todo permanecía inalterable. Lo que antes era refugio, se volvió ajeno. Ella seguía igual, inmutable, mientras fuera todo cambiaba. Yo también cambiaba. Y esa distancia, antes invisible, empezó a notarse.

Lisa no era indiferente. Simplemente no entendía mi conflicto. Su mundo estaba organizado en torno a la reputación, la continuidad, el equilibrio. El mío empezaba a romperse.

No hubo un momento definitivo en que comprendiera que algo no encajaba. Fue una acumulación de pequeñas cosas. Por fuera, mi vida era correcta. Respetable. Todo lo que debía ser. Pero dentro, en el fondo, algo fallaba. Creí durante años que necesitaba orden. Y no era verdad.

Capítulo 7

Viena, 1933

El hospital de mi padre siempre tenía el mismo olor. No sabría decir a qué, pero se te quedaba dentro. A desinfectante, a madera… y a algo más que no sabría explicar. En esas paredes había miles de historias que nunca llegaríamos a conocer. Crecí entre esos pasillos, el murmullo constante de las enfermeras y las voces serias de los médicos que caminaban rápido, sabiendo que allí una no podía distraerse sin que se notara. Yo me movía con ellos con naturalidad, pero siempre un paso atrás. Yo era la hija del doctor. Observaba más de lo que participaba.

Aquel día llevaba una bandeja con café para la sala de descanso. El olor te envolvía, el vapor subía despacio y el tintineo de las tazas contra los platos te hacía olvidar por un momento todo el ruido de afuera. Pensaba que el día se había estirado más de lo que me habría gustado. Entonces lo vi.

Estaba en un pasillo lateral, apoyado contra la pared, con la mirada fija en algo que yo no alcanzaba a distinguir. No parecía nervioso. Tampoco roto, que era lo que yo esperaba, supongo. El traje sin una arruga, la mandíbula quieta, esa clase de firmeza que no se aprende sino que se hereda de algún sitio. Me quedé mirándolo más de lo que era razonable. Y no supe muy bien por qué.

Él alzó la vista y me hizo una inclinación de cabeza breve. Automática. Ese aire de quien lleva años siendo el centro de una habitación sin molestarse en devolver la mirada. Para él yo era parte del fondo, como el cartel de normas de visita o la silla de plástico gris. Quizá ni siquiera eso. Y yo seguí ahí, mirándolo.

No era su cara. Ni el vendaje que asomaba por el cuello de la chaqueta, aunque eso también lo había notado. Era otra cosa.

La manera en que estaba de pie, como si su cuerpo hubiera aprendido a no fiarse del todo del suelo que pisaba. Una tensión

quieta. De esas que no se ven pero se notan en el estómago.

Alguien pasó empujando una camilla y el olor a éter me devolvió al presente. Cuando volví a buscarlo con la mirada, él ya se alejaba. Pasos medidos, sin prisa, pero sin vacilación, como si el hospital fuera un lugar de tránsito y nada más.

No hubo palabras. Ni falta que hacían. Solo esa fracción de segundo en que sus ojos pasaron por mí, y algo que no supe nombrar se quedó pegado al resto del día.

Quizá era su distancia o quizá la forma en que parecía no necesitar nada de nadie. No supe entonces por qué me importaba. Pero me importó.

Pensé en él al día siguiente, y al siguiente, y aunque nunca volvió a cruzarse conmigo, seguía en mi mente, como un nombre que tienes en la punta de la lengua y no termina de salir.

Pasaron los días sin que volviera a pensar en él, o al menos, sin que lo reconociera conscientemente. El hospital siguió siendo el mismo, con sus pasillos interminables y el murmullo constante de los médicos y enfermeras, las rutinas implacables que mi padre organizaba con la precisión de un reloj. Y, sin embargo, su imagen regresaba de vez en cuando. Sin aviso.

Lo vi de nuevo, semanas después, aunque esta vez él no lo sabía. Me encontraba en una de las salas del hospital, ayudando a ordenar algunas cosas para mi padre. Desde allí, pude ver cómo él entraba, acompañado por uno de los médicos. Sus movimientos eran tan medidos que parecía saber exactamente dónde pisaba. Sus ojos no se detenían en nadie, ni en nada. Su mirada, fija y casi dura, seguía la línea del suelo como si no hubiera nada que valiera la pena observar a su alrededor. Me pregunté si su seriedad era real o simplemente lo único que le quedaba después de todo.

Me quedé allí, observando, sin poder apartar la mirada. Y fue entonces cuando noté lo que nunca había visto en ninguno de los otros hombres que pasaban por allí, aquellos que se quejaban de algo y buscaban consuelo en las manos de las enfermeras. Él no se quejaba. Ni una palabra. Nada. Solo el silencio que lo rodeaba. Y esa manera suya de moverse, casi disculpándose por ocupar espacio.

Sin embargo, era humano. Es más, era hombre. De los que, con un simple catarro, conseguían que todo girara a su alrededor sin pedirlo, o quizás sí. Me resultaba fascinante el contraste, aquel oficial que yo había visto en la consulta de mi padre soportando el dolor con una firmeza casi incómoda, sin un solo quejido mientras le limpiaban las heridas, ahora se hundía en las sábanas de nuestra casa en Trieste como si un simple resfriado fuera algo grave. Allí, despojado del uniforme y rodeado de pañuelos, mi capitán de hierro se convertía en un náufrago dramático que reclamaba mi atención con suspiros profundos. Yo le tomaba el pelo, por supuesto, disfrutando de ver cómo el hombre que controlaba los barcos de la ciudad era incapaz de sobrevivir a una décima de fiebre sin mis cuidados.

Un médico lo llamó. Él se acercó sin prisa, asintió, y volvió a perderse en el pasillo.

No lo vi salir, no lo vi moverse hacia ninguna otra parte. Simplemente ya no estaba. Y yo, ahí parada, sentí que algo dentro de mí se había despertado, pero no sabía qué.

Sabía que no volvería a verlo pronto. Lo sentía. Pero su imagen siguió acompañándome, incluso mientras ayudaba a mi padre con las fichas.

Esa noche, María y yo metimos bajo las sábanas, riendo en voz baja para no despertar a nadie. El aire fresco entraba por la ventana, pero nosotras no teníamos prisa por dormir.

—¿Sabes qué? —dijo ella, incorporándose sobre las almohadas con esa mirada traviesa que siempre se le escapaba antes de una ocurrencia—. Creo que nunca he visto a un hombre tan perfecto. El de la tienda de comestibles. El otro día… ay, esa sonrisa. Ese hombre no debería existir.

Me reí, sacudiendo la cabeza. María se dejaba llevar por cualquier chico que le cayera bien. Yo no iba a quedarme atrás.

—Pues yo… —hice una pausa, mirándola de reojo—, el otro día vi a un hombre en el hospital. Estaba vendado y todo. No sé, era raro, pero algo me llamó la atención.

María arqueó una ceja, divertida.

—¿El tipo serio que siempre está por ahí? ¿Ese?

—Sí. Parecía tan… no encuentro la palabra. Caminaba como si no tuviera prisa de nada, como si el mundo pudiera esperarle y él lo supiera.

Ella se echó hacia atrás, riendo a carcajadas.

—¡Ay, Anna! ¿En serio te fijas en esos? Seguro que está tan ocupado con sus cosas que ni siquiera notaría si pasas a su lado.

—¡No, no es eso! —protesté, riendo—. Es que era su postura. Como si no se dejara atrapar por nada. No era como los otros hombres, los que se quejan de todo. Este era diferente.

María me miró con una ceja levantada, entretenida.

—Ya entiendo —dijo, en tono burlón—. Te gustan los misteriosos. Los que esconden algo.

Me tapé la cara. María siempre me veía venir.

—¡No es eso! —dije, ahogada entre las manos—. Es solo que era distinto. Como si no esperara nada de nadie. Y me fijé, eso es todo.

Ella suspiró, exagerada, y se dejó caer sobre la almohada.

—¿Y cómo se llamaba?

—No lo sé —admití—. Ni siquiera me miró.

Hubo un silencio breve. María me observaba con una expresión distinta, menos juguetona.

—Entonces no es nada —dijo, más baja—. Solo un hombre en un pasillo.

—Lo sé.

No añadí nada más.

Ella volvió a reírse y me dio un codazo.

—Cuando te vea, va a ser él el que no sepa dónde meterse. Te lo digo yo.

Reí también.

—Te imaginas —siguió ella, ya ligera otra vez—, ¿a ti tan loca con uno tan serio? Seguro que te da un sermón cada vez que hablas.

—¡No es así!

—Ay, Anna. El día que te metas en problemas con uno de esos, no voy a ser yo la que te salve.

Las risas continuaron hasta que el sueño nos alcanzó. Pero esa imagen, la del hombre que caminaba como si nada pudiera

desviarlo, siguió regresando cuando cerraba los ojos. No como fantasía. Como una idea que no terminaba de irse.

A la mañana siguiente, el hospital era el mismo. Las mismas voces, el mismo olor a antiséptico con ese fondo raro a madera húmeda que nunca había sabido de dónde venía. Menos yo, aunque eso todavía no quería pensarlo.

Me levanté temprano, como siempre, y me dirigí hacia la oficina de mi padre. Estaba allí, rodeado de papeles y más papeles, tan centrado en su trabajo que parecía que el mundo fuera una extensión del hospital. Yo siempre observaba desde fuera, como una niña que mira al adulto y se pregunta qué es lo que está pasando.

Dejé la bandeja de café sobre la mesa sin hacer ruido, pero me detuve.

No quería solo hacer mi parte del día, algo me rondaba en la cabeza, y no me lo podía quitar de encima.

—Padre —dije, algo tímida, mientras me acercaba a su mesa.

Mi padre levantó la vista, los ojos cansados, pero siempre serenos. Ese era su modo: tranquilo, como si nada pudiera alterarlo.

—Buenos días, Anna. ¿Todo bien? —preguntó sin apartar la mirada de los papeles.

—Sí… —respondí, a punto de hacerle una pregunta que no sabía si debía. Pero la curiosidad me ganó. —El otro día, en el hospital, vi a un hombre… ¿cómo decirlo? Estaba vendado, parecía un… —no encontraba las palabras adecuadas— un profesional, quizás un ingeniero, no lo sé.

Mi padre, al oírme, hizo una pausa. No levantó la vista de los papeles, pero el cuerpo se le tensó un poco. Respondió sin mirarme. Menos palabras de las que esperaba, y ninguna de más.

—Ah, sí. Giorg von Hohenfeld —dijo, sin darle importancia. —Un ingeniero, trabaja en los astilleros de Trieste. Estaba aquí por una lesión menor, nada grave. Fue algo relacionado con su trabajo, una caída mientras revisaba un proyecto.

Lo dijo en un modo tan directo, que me sorprendió. Mi padre no parecía interesado en hablar más del tema, pero algo en mi interior no podía dejar de pensar en Giorg. ¿Por qué me importaba tanto?

—¿De buena familia? —pregunté, aunque sentí que ya estaba yendo demasiado lejos.

Mi padre, sin cambiar su expresión, asintió brevemente.

—Sí, de buena familia. Los Von Hohenfeld. Bastantes conocidos en la región. Pero, como te digo, solo un ingeniero, nada que me concerniera más allá de una consulta médica.

Me quedé en silencio, observando cómo mi padre volvía a sumergirse en los papeles. Parecía que la conversación había terminado. Pero Giorg no se iba. Así de simple y así de incómodo. Mi padre no lo había notado. O no le había parecido importante. Las dos cosas, probablemente.

—Gracias, padre —dije, con voz bajita, sabiendo que no habría más respuestas.

Salí de la oficina, pero mis pasos no fueron ligeros. Había algo que no lograba entender. Giorg von Hohenfeld. Un ingeniero, serio y que parecía tener todo bajo control.

El día siguió su curso habitual, mi mente no dejaba de volver a Giorg. A veces me encontraba perdida en mis pensamientos, caminando por los pasillos del hospital sin darme cuenta, hasta que mi madre, siempre tan atenta, me sacó de mis pensamientos.

—Anna, ¿estás bien? —me preguntó mientras me veía distraída en el umbral de la puerta. Yo estaba allí, parada, mirando sin ver nada. Mi madre, siempre tan perceptiva, notó de inmediato que algo me rondaba.

—Sí, madre —respondí rápidamente, aunque mi tono era más ausente de lo habitual. No quería preocuparla, pero no podía evitarlo.

—Me parece que no estás tan bien como dices. —Ella hizo una pausa y sonrió con esa sonrisa suave y amable que siempre me hacía sentir en casa. —Ven aquí, cuéntame. ¿Qué te pasa?

Me senté junto a ella, al borde de su cama, como si necesitara un poco de consuelo. Mi madre era una mujer cálida. Eso nadie podía negarlo. Pero había momentos en que te miraba y te quedabas con la sensación incómoda de que ella ya sabía el final de una historia que tú acababas de empezar a contarte.

—Es sobre un hombre que vi ayer —dije, sin saber si era correcto mencionarlo. Pero ya había empezado a hablar, y no podía detenerme. —Un hombre que estaba en el hospital… estaba vendado y todo, y… me llamó la atención. No supe por qué.

Mi madre, que estaba hojeando un libro, levantó la vista, sus ojos atentos. No parecía sorprendida, sino más bien curiosa. Ella siempre había sido más abierta que mi padre en cuanto a los temas del corazón, pero, aun así, sentí una ligera incomodidad al hablar de un hombre con ella.

—¿Un hombre? —preguntó, con una sonrisa en los labios, pero sin burla. —Cuéntame. ¿Cómo era?

—Era serio… —busqué cómo decirlo—. Caminaba como si no necesitara que nadie le prestara atención. Y no me miró. En ningún momento. Y aun así estuve pensando en él todo el día, que es una idiotez, lo sé.

Mi madre me observó con una mezcla de interés y comprensión, como si ya lo supiera. Su mirada se suavizó, y por un momento, me sentí como si estuviera contando un secreto.

—¿Te ha intrigado? —preguntó, su tono relajado. Había algo en su voz que me hizo sentir que entendía perfectamente.

—Sí, pero… —dije, sintiéndome un poco tonta por estar hablando tanto de él—. No sé por qué. No sé qué tiene, pero… algo me hizo pensar en él. Y no lo puedo dejar de hacer.

Mi madre se recostó en la almohada y suspiró, como si estuviera recordando algo de su propio pasado. A veces, sentía que había vivido tanto y que tenía tantas historias guardadas que nunca me contaba.

—A tu edad, es normal —dijo, con esa sabiduría tranquila que siempre me dejaba sin palabras—. Esos hombres que parecen tan distantes, tan serios, son los que más nos atraen. Son los que nos hacen sentir que tenemos algo por descubrir, algo que no está a la vista. Pero recuerda, mi querida Anna, que no siempre lo que parece interesante es lo que realmente queremos o necesitamos. A veces, la seriedad y el control son solo una fachada para cubrir algo mucho más profundo.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. Mi madre no parecía alarmada ni emocionada por mi curiosidad, pero había algo en su tono que me hizo pensar que quizás ella sabía más de lo que quería compartir.

—Entonces… ¿debería olvidarme de él? —pregunté, medio en broma, medio en serio.

Mi madre sonrió levemente, casi como si se estuviera divirtiendo con la situación.

—No, cariño, no te digo que lo olvides —susurró, jugando con un mechón—. No todo lo que te revuelve por dentro merece que vayas detrás. A tu edad yo también confundía esas cosas.

Me recosté junto a ella, sintiéndome más tranquila. No sabía si sus palabras tenían mucho sentido, pero al menos sentía que no estaba sola. Mi madre había vivido cosas, y aunque nunca las contaba completamente, había algo en su mirada que me decía que sabía lo que significaba sentirte atraída por alguien que no podías tener.

—Gracias, mamá —dije suavemente, sintiendo el calor de su abrazo —. Lo pensaré.

Ella sonrió y volvió a acurrucarse en su cama, mirando hacia el techo con una expresión pensativa.

—Piensa en lo que quieres de verdad, no solo en lo que te acelera el pulso. —Se quedó un momento callada, como si dudara si seguir —. Y si alguna vez te dejas llevar… que sea por alguien que también te dé tranquilidad. No solo fuego. El fuego sola ya lo tienes tú.

Cerré los ojos, sabiendo que mis pensamientos seguían ocupados por Giorg, pero ahora tenía algo más en lo que pensar. La conversación con mi madre me dejó con más dudas, pero también con una sensación de alivio, como si, por fin, alguien me entendiera sin juzgarme.

Los días pasaban, y con ellos la rutina volvía a hacerse más familiar: ayudar a mi padre en el hospital, ir a la escuela, estudiar con María y las interminables tardes en las que me perdía entre los libros. Poco a poco, Giorg fue ocupando menos espacio. No desapareció. Solo… se fue quedando más atrás, como cuando dejas de buscar algo que perdiste y un día te das cuenta de que ya no lo echas de menos. Me concentraba en otras cosas, en las pequeñas

cosas cotidianas que siempre me rodeaban. Y, sin darme cuenta, ese hombre que había visto solo una vez, ese extraño vendado y serio, ya no ocupaba mis pensamientos tanto como antes.

Pero entonces, de vez en cuando, como un susurro, Giorg volvía. No de manera explícita, con su nombre o con la misma intensidad, pero sí en las miradas rápidas que les echaba a otros hombres. Al principio, trataba de concentrarme en lo que tenía que hacer, en no dejarme llevar por la curiosidad tonta, pero ¿cómo evitarlo?

Pero a veces su seriedad, esa calma suya que parecía costarle poco, me traía a Giorg. No era el tipo que te impacta a primera vista. Había que mirarlo dos veces. O tres. Y no todas las chicas tienen paciencia para eso. Su atractivo era más discreto, más sereno. Pero había mujeres que lo veían. Pocas, sobre todo las mujeres adultas. Las que ya sabían que cierto tipo de hombres no se anuncian, simplemente están, y eso es suficiente para inquietar. Apuesto en un sentido clásico, hablaba poco y no llamaba la atención al entrar… aunque, con el tiempo justo, terminaba siendo el único que importaba. No había nada en él que me hiciera pensar «es él». Pero lo que más me atraía era verlo contenerse.

Me pillé mirando a otro hombre un día, un hombre que pasaba por la calle y que, por un momento, me pareció familiar, aunque sabía que no lo era. No sé si fue su manera de caminar o el silencio con el que avanzaba, pero me hizo pensar en Giorg. Solo por un instante, pero me detuve. No pude evitarlo. Y enseguida, me avergoncé de haberme quedado mirando tanto. Rápidamente, me aparté, sintiéndome tonta por poner tanto de mi mente en algo tan pasajero. No, no era él. No podía serlo.

A veces, me sonrojaba sin motivo, como si hubiera hecho algo incorrecto solo por pensar en él, en ese hombre distante que nunca volvió a aparecer.

Lo curioso era que, mientras más lo idealizaba, menos me daba cuenta de que lo estaba haciendo. Giorg no era perfecto, ni mucho menos. Había sido un desconocido. Y, aunque me repetía a mí misma que debía olvidarlo, que no había razón para seguir pensando en él, cada vez que veía a un hombre con esa actitud controlada, no

podía evitar mirarlo por un momento más, imaginando si, por un segundo, Giorg estaría allí.

Así, entre mis estudios, mi madre, el hospital y la rutina diaria, Giorg seguía en algún rincón de mi mente. No siempre. Pero aparecía, en los momentos más tontos, mientras esperaba el autobús o buscaba las llaves.

Era uno de esos días tranquilos en el hospital, cuando todo parece seguir su curso sin prisa. Me encontraba en la sala de descanso, ordenando unos papeles que mi padre me había dejado. Los sonidos familiares del hospital llenaban el aire, los murmullos de los médicos, el tintineo de las bandejas, los pasos rápidos de las enfermeras. Estaba absorta en mis pensamientos, cuando de repente, un hombre que no había visto antes apareció a la vuelta de la esquina. Chocamos sin querer, y me detuve un momento, sorprendida por la interrupción.

—Oh, disculpa —dije rápidamente, levantando la vista.

El hombre, algo mayor que yo, levantó una mano y sonrió con amabilidad, disculpándose también.

—No te preocupes, señorita —respondió, su tono educado pero un tanto formal—. Solo me distraje un momento.

Lo observé un poco más. No podía recordar haberlo visto antes por aquí, aunque no me parecía del todo desconocido. Sus ojos parecían amables, pero también un poco distantes.

—¿Señor, usted trabaja aquí? —pregunté, algo curiosa.

Él asintió, sonriendo ligeramente.

—Sí, soy parte de un equipo de ingenieros que trabaja con los astilleros de Trieste. Estoy colaborando con el hospital en algunos proyectos relacionados con la recuperación de los trabajadores que sufren accidentes. —Su tono era directo y profesional, pero no parecía que lo dijera por ser alguien importante. Había algo casual en su voz, como si hablara de un tema que le era completamente familiar. Y luego, de forma inesperada, mencionó el nombre que yo no esperaba escuchar—. Hace unas semanas, uno de los nuestros, Giorg von Hohenfeld, pasó por aquí. Estaba de paso por Viena, recuperándose de una pequeña lesión. Nada grave. Solo unos días

de reposo. —Me miró con una sonrisa leve, como si no fuera nada fuera de lo común—. Él también trabaja con nosotros en Trieste.

Al escuchar el nombre de Giorg, sentí que mi corazón dio un pequeño salto. El nombre me detuvo. No pude evitar que mi mirada se tornara un poco más fija en el hombre, buscando más información, como si cualquier detalle fuera una pista para entender más de Giorg.

—¿Él está bien? —pregunté, más rápido de lo que hubiera querido. No sabía qué estaba buscando en esa respuesta, pero me sentía inexplicablemente nerviosa.

El hombre asintió, indiferente, como si hablara de cualquier persona.

—Sí, claro. Un par de días de descanso y ya está listo para regresar a Trieste. Es un tipo bastante fuerte. Enseguida se recupera de cualquier cosa.

Mi mente no dejaba de dar vueltas, mientras escuchaba esas palabras tan simples. Giorg estaba por regresar a Trieste. Solo unos días más y él se iría, probablemente para no volver a cruzarse en mi vida.

El hombre continuó hablando de otros temas relacionados con los proyectos, pero yo no podía concentrarme. Mi mente seguía en ese nombre, Giorg von Hohenfeld. Se iría pronto, regresaría a su vida en Trieste, y yo seguiría con la mía, como si nada de esto hubiera pasado. Pero en algún lugar, una pequeña curiosidad seguía latente, preguntándose quién era realmente ese hombre que había capturado mi atención de una manera que no podía explicar.

—Gracias —dije, aunque ni siquiera sabía si realmente le había prestado atención a lo que acababa de decir. El hombre sonrió cortésmente, y se alejó, mientras yo seguía allí, en el mismo lugar, con la mente llena de Giorg.

Era un día cualquiera en el conservatorio, hasta que entró el chico nuevo. Mi atención, que de costumbre se perdía entre los papeles, se vio inmediatamente atraída por su presencia. Era joven, de cabello oscuro y ojos brillantes. Su caminar era confiado, y sonreía a todo el mundo como si la vida le sonriera siempre. Tenía esa facilidad que algunos chicos tenían para hacer que las cosas

parecieran sencillas, sin esfuerzo. María, como siempre, fue la primera en notarlo. Se giró hacia mí con una sonrisa juguetona, como si ya supiera lo que pensaba.

—Mira quién acaba de llegar, Anna.

¿Lo ves? —me dijo, levantando una ceja, completamente entretenida por la situación.

Yo me encogí de hombros, intentando mostrarme indiferente, aunque no pude evitar fijarme un poco más en él. Él me miró, y al hacerlo, me sonrió de una manera tan abierta y directa que sentí una extraña mezcla de incomodidad y curiosidad. No era desagradable, pero no era Giorg.

María lo observó un momento más y luego, con su tono característico de broma, me susurró:

—¿Qué te parece? Creo que va a ser de esos chicos que te siguen como un perro. A ti te encantan esos, ¿no? Los que te miran como si el resto de la habitación no existiera.

Me reí nerviosamente, aunque algo en sus palabras me hizo sentir incómoda. María tenía razón, pero no estaba segura de qué pensaba yo realmente. Mientras ella hablaba, mi mente seguía volviendo a Giorg, a su figura tan seria, tan distinta, tan… fuera de lugar en este ambiente.

En cuanto terminó la clase, mientras recogía mis cosas, María siguió con su charla.

—Sabes, Anna, este tipo está totalmente perdido por ti. Lo tienes en el bolsillo, ¿eh? —dijo con una sonrisa traviesa, pero también divertida, como si no tomara en serio lo que estábamos discutiendo.

Yo la miré, un poco sorprendida. ¿Realmente este chico estaba interesado en mí? Tal vez. Su actitud era tan directa, tan fácil, que de alguna forma me sentí un poco… vacía ante ello. Me sentía como si estuviera jugando a algo que no me importaba mucho.

María notó mi expresión y, con una mirada más crítica, se inclinó hacia mí.

—¿Estás pensando en otro tipo, ¿verdad? —dijo, como si lo supiera de antemano.

La miré, sorprendida de lo bien que me conocía.

—No sé qué pensar. Es solo que… —Me quedé callada por un momento. ¿Cómo podía explicarlo? ¿Cómo podía decirle que había algo en ese chico nuevo, me parecía… vacío? —No lo sé. Me hace sentir como si no estuviera realmente aquí, como si todo fuera… demasiado fácil.

María se cruzó de brazos, pensativa.

—¿Demasiado fácil? ¿Eso es lo que te pasa? Anna, cariño, no busques algo difícil todo el tiempo. A veces, los chicos sencillos, son los que valen la pena. No todo tiene que ser tan complicado como ese tipo de hombre que te traes en la cabeza, ¿sabes?

Eso me hizo pensar. Mientras caminábamos, comencé a cuestionarme si en realidad me atraía la complejidad de Giorg solo porque era algo inalcanzable o idealizado, mientras que los chicos como el nuevo parecían… sencillos. Fácil de entender. Sin complicaciones.

Esa noche, mientras cenábamos, no pude evitar mencionar el tema a mi madre, que siempre estaba dispuesta a escuchar sin juzgarme.

—Mamá, ¿qué piensas de los chicos como de hoy? —le pregunté, mientras removía la sopa. Mi madre, alzó una ceja, como si estuviera esperando que la pregunta llegara, porque me conocía bien.

—A veces, los chicos fáciles son solo eso, fáciles. —Su tono no era crítico, más bien reflexivo.

Me quedé en silencio por un momento, pensativa.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, sin estar del todo segura de lo que intentaba transmitir.

Mi madre me miró, como si quisiera explicarme algo más allá de las palabras.

—Lo que trato de decirte es que la sencillez de un hombre puede ser fascinante, pero solo si sabes mirarlo bien. Si vas por ahí buscando complicaciones, como ese tipo que te tiene dándole vueltas a la cabeza todo el día, a lo mejor es que te gusta más el misterio que la persona.

Me quedé pensativa, jugando con mi cuchara.

—¿Entonces no me atrae nada real? —le pregunté, preocupada, como si mi madre pudiera darme la respuesta mágica.

Ella sonrió con ternura y me acarició la cabeza.

—No, cariño, no te digo que te olvides de él —dijo—. A veces lo que vale de verdad es lo más sencillo. Ese chico te parece un aburrido ahora, pero igual lo que te da es calma, o cariño, o algo que ni te imaginas. No hace falta alguien que te ponga la vida del revés a cada paso, a veces lo que necesitas es alguien fácil, alguien que esté ahí. La chispa con el otro está muy bien, sí… pero si lo idealizas, al final vas a acabar queriendo a un fantasma.

Me quedé allí, mirando mi plato, mientras mis pensamientos seguían entre los chicos fáciles y la figura idealizada de Giorg. Tal vez no era tan complicado, después de todo. Tal vez lo que realmente quería no era alguien difícil, sino alguien que, de alguna forma, me diera algo más real.

Capítulo 8

Para entender cómo era aquella Viena que me vio crecer, y cómo, en medio de todo eso, volvió a cruzarse Giorg, tenemos que irnos a 1935. Yo tenía veinte años y la ciudad empezaba a oler distinto. No era algo que supiera explicar entonces, era más bien una sensación, como cuando el aire cambia antes de una tormenta y todavía no ha llovido.

Por fuera, todo seguía igual. Íbamos a los cafés, a la Ópera, a los bailes. Las vitrinas brillaban, los tranvías pasaban puntuales y Strauss sonaba como si nada pudiera torcerse del todo. Viena caminaba orgullosa, con ese porte de quien todavía se cree capital de un imperio, aunque el imperio ya no existiera.

Pero por dentro algo empezaba a agrietarse. Se hablaba más bajo. Mi padre dejaba el periódico doblado siempre por la misma página, y cuando yo intentaba leer por encima de su hombro, lo cerraba sin brusquedad, pero sin discusión. En algunas esquinas aparecían hombres que no parecían estar allí por casualidad. En los cafés se discutía más, en las mesas familiares, menos. Y aunque Austria aún no había sido anexada, el nombre de Alemania se colaba en las conversaciones con una frecuencia que incomodaba, como una visita que nadie había invitado pero que tampoco se atrevía a echar.

Yo no sabía definir el nazismo. Solo sabía reconocerlo cuando entraba en una habitación. En un saludo demasiado rígido. En una mirada que se endurecía al mencionar a alguien. En el silencio repentino cuando se abría la puerta y nadie sabía quién escuchaba. Los disturbios de 1934 estaban todavía demasiado cerca como para confiar en que todo aquello era solo ruido. Y, aun así, muchos preferían llamarlo ruido.

Para los jóvenes como yo, los ideales de libertad, arte y cultura seguían vivos, claro, pero a la vez, la ciudad nos arrastraba al silencio. Poco a poco, nos acostumbramos a que el futuro no iba a parecerse en nada a lo que soñamos. La guerra había saltado de los

periódicos a la calle. Yo la notaba en el silencio de mi padre al cenar, en los uniformes que empezaban a apretarnos el paso y en ese miedo que te hacía bajar la voz hasta en los cafés. Era como estar sentada en la ópera sabiendo que, en cualquier momento, el escenario iba a salir ardiendo.

En medio de todo esto, a mis veinte años, yo seguía tratando de encontrar mi lugar en el mundo. A pesar de que intentaba disfrutar de mi juventud, empezaba a interesarme por las tensiones que sacudían la ciudad.

María, mi mejor amiga, seguía hablándome de chicos y fiestas, mientras yo intentaba desesperadamente comprender cuál era mi papel en un mundo tan desgarrado y dividido.

Mientras yo vivía eso, Giorg, el hombre que me esperaría en Trieste, ya superaba los treinta años. Continuaba con su carrera como ingeniero naval, lejos de la vida militar activa. Sin embargo, su trabajo lo mantenía en contacto con la maquinaria de guerra que se estaba gestando en Europa. Aunque él se mantenía alejado de la política, la situación de la nueva Europa lo arrastraba irremediablemente hacia decisiones que no podría evitar. En ese momento, su sentido de deber y su compromiso con el trabajo lo mantenían alejado de los conflictos ideológicos, pero la presión del tiempo comenzaba a notarse, sobre todo después de la anexión de Austria en 1938, un hecho que lo obligaría a tomar decisiones comprometidas en su vida personal y profesional. Decisiones que un día se convertirían en el destino que nos uniría.

Era una de esas tardes en Viena donde todo parecía ir a su ritmo, casi sin interrupciones. Todavía puedo verme sentada junto a María en nuestro café favorito, con la mente volando a mil lugares distintos mientras ella hablaba sin parar. La conversación de siempre sobre chicos, ropa y fiestas me tenía un poco absorta.

—Anna, ¿me estás escuchando? —María dio un golpecito en la mesa.

—Sí, claro. Los Weber. Muchos uniformes, poco champán y tu primo intentando meterme mano detrás de las cortinas. Lo de siempre.

Mentía. No escuchaba. Estaba mirando la puerta. Y entonces, entró él.

El sonido de la puerta del café me hizo levantar la vista. No esperaba que algo rompiera la monotonía del momento, pero entonces lo vi. Un hombre entró, caminando con una firmeza tranquila que lo distinguió al instante de todos los demás. No era un hombre que buscara ser el centro de atención, pero tenía una presencia que no pasaba desapercibida. Su actitud contenida, casi elegante, y su manera de caminar con la cabeza erguida me hicieron pensar que era alguien que no estaba acostumbrado a perder el control. No sonreía, no hablaba con nadie. Su postura, tan recta y reservada, me desconcertó.

Por un momento, me quedé mirando, sin poder evitarlo.. No lo había visto antes, estaba segura. Aun así, su contención me hizo mirarlo dos veces. María, siempre tan rápida para captar cualquier detalle, se giró hacia mí con una sonrisa traviesa.

—¿Lo ves? —dijo, señalando al hombre que se había sentado a una mesa del fondo—. Ese tiene un aire de hombre serio, ¿eh?

Yo, todavía sin decir nada, seguí mirándolo discretamente. La gente en el café continuaba con su charla, pero él se mantenía aparte, casi como si no quisiera ser parte de esa multitud. Estaba allí como si el mundo no pudiera tocarlo. Y esa forma de mantenerse firme, tan dueño de sí mismo, me hizo preguntarme cómo sería cuando dejara de estarlo.

—¿Qué pasa? —María ya estaba sonriendo, con esa mirada suya de «te conozco, no me engañas»—. ¡Anna! ¡Vuelve a la tierra! Que te gusta, ¿eh? Ese tan serio. El de la cara de funeral.

Me sentí atrapada, como si no pudiera darle una respuesta clara. No era el tipo de guapo que provoca murmullos al entrar. Su atractivo no era inmediato ni llamativo. Pero era, sin duda, apuesto en un sentido clásico, facciones firmes, proporción tranquila, una elegancia que no necesitaba exhibirse. Caminaba con una seguridad tranquila, de esas que no necesitan demostrar nada. Se quitó los guantes despacio: primero uno, luego el otro, con un gesto limpio, casi meticuloso. Después el abrigo, sin aspavientos, como si todo aquello fuera rutina. Nada espectacular. Y, sin embargo, no pude

dejar de mirarlo. Pensé que sería una impresión pasajera, una de esas curiosidades que se evaporan en cuanto una se distrae… pero no se evaporó. Su calma, su mirada, su manera de estar en el mundo… me retenía de una forma que no sabía explicar.

—No lo sé… —dije, intentando restarle importancia—. No es nada.

Pero mi mente no dejaba de regresar a ese hombre, al extraño magnetismo que parecía emanar de él. No era un chico fácil, no era como los que se acercaban para hacer bromas, no era el típico joven encantador.

Ahora, escribiendo esto, me doy cuenta de lo ingenua que era entonces.

Esa noche, la cena transcurrió como siempre, con mi madre hablando de las novedades en la ciudad y mi padre concentrado en sus cosas, como siempre. Hans, mi hermano pequeño, se reía de mí y me daba un golpecito en la mejilla, como diciendo, menuda cara de boba llevas. Quizá me estaba haciendo demasiadas preguntas sobre alguien que ni siquiera conocía.

De repente, mi madre, que se distraía fácilmente con los cotilleos de la ciudad, mencionó algo que hizo que todo se detuviera en mi mente.

—¿Te acuerdas de Lisa von…? —dijo, dirigiéndose a mi padre—. La esposa de ese chico, ese paciente tuyo… ¿cómo se llamaba? No me acuerdo ahora del apellido, pero la he visto hoy. Estaba causando un escándalo tremendo en la tienda de antigüedades. Trataba a la dependienta de una manera espantosa, como si la pobre mujer no valiera nada.

Mi padre levantó la vista, pensó un momento, y luego, como si hablara de cualquier otra cosa, dijo:

—Ah, sí… Hohenfeld. —Mi padre hizo una pausa, y luego añadió con una ligera sonrisa—. El hijo de Hohenfeld. De una familia bastante conocida, pero parece que con la esposa no esté pasando por su mejor momento.

Lo dijo tan casualmente, que me costó procesarlo. ¿Von Hohenfeld? El apellido Hohenfeld retumbó en mi cabeza. ¡Era él! El hombre que había visto esa tarde en el café. Giorg von Hohenfeld.

La confusión se apoderó de mí por un segundo. ¿El mismo hombre que me había dejado con tantas preguntas? ¿Estaba casado con esa mujer tan… difícil? Mi padre continuó hablando, pero yo ya no podía concentrarme en lo que decía. Giorg von Hohenfeld. Ahora todo tenía más sentido. El hombre serio, distante… estaba casado. Casado. Sentí una incomodidad absurda, como si me hubieran quitado algo que ni siquiera era mío.

Mi madre, ajena a mis pensamientos, siguió comentando sobre la tienda y las noticias de la ciudad, pero yo ya no la escuchaba bien. Giorg von Hohenfeld. Estaba casado, me repetía continuamente. Y por lo que decían, no parecía un matrimonio feliz. No sabía qué pensar, pero la idea no me dejaba indiferente.

Al día siguiente, aún con la cabeza llena de pensamientos sobre Giorg, busqué a María en el café donde siempre nos encontramos después de clase. La conversación del día anterior me rondaba, y tenía que contarle lo que había descubierto, aunque sabía que probablemente me llamaría pesada. Necesitaba hablarlo con alguien. Cuando María me vio entrar, levantó la vista y sonrió.

—¿Qué tal? —me dijo mientras dejaba el periódico de lado—. ¿Te ha dejado el chico nuevo sin palabras?

La miré un momento, un poco distraída, antes de responder.

—María, el hombre del café de ayer… está casado —le solté, sin rodeos.

María me miró con curiosidad, sin entender bien a qué me refería.

—¿Ese señor que estaba tan serio, el que estaba en la mesa de al fondo? —dijo, alzando una ceja con una sonrisa burlona.

—Sí, lo recuerdo. Parecía tan serio que podría haber estado en una película. ¿Qué pasa con él? ¿Te has quedado enganchada por un hombre tan aburrido?

—No es eso —respondí rápidamente, aunque no estaba tan segura de que no fuera cierto—. Es que… ayer descubrí algo. Resulta que ese hombre es el mismo que estaba en el hospital, el que trató a mi padre. El tal Giorg von Hohenfeld.

María frunció el ceño, sorprendida.

—¿El del hospital? —repitió, sin creérselo—. ¿Ese tipo tan serio? Pero… ¿qué tiene de especial?

—Es que… —dije, sintiéndome un poco tonta, como si no pudiera ordenar bien las palabras—. El hecho de que esté en el hospital, con mi padre, y que además esté casado con Lisa von… la que hoy estuvo haciendo un escándalo por la ciudad, y…

María me miró por un momento, entre incrédula y divertida.

—¡Ay, Anna! —rió, moviendo la cabeza—. De verdad, estás obsesionada. ¿De qué hablas? ¡Si ni te ha mirado! Y tú ya estás inventándote un drama.

María me repetía que no sacara conclusiones. Yo lo intentaba, de verdad. Pero en cuanto me quedaba sola volvía a lo mismo, una y otra vez, como si pudiera encontrar una respuesta solo por insistir.

—No es un drama. Es que… —me detuve, tratando de aclararme.

María se echó hacia atrás, con una sonrisa burlona en su rostro.

—Ay, no tienes remedio —me dijo, riendo entre dientes—. ¿No lo ves? Estás idealizándolo. Tienes un problema, de verdad. Ese hombre ni te ha mirado, y tú ya estás ahí, haciendo un drama de lo más sencillo. Ni te acuerdas de su apellido, pero ahora ya lo ves como si fuera el príncipe de Viena.

Me reí nerviosamente, sintiéndome un poco tonta, pero María tenía razón en cierto sentido.

—Lo sé, lo sé —respondí, riendo mientras me dejaba caer en el respaldo de la silla—. Es solo que… algo en él me hace pensar que hay más. No sé cómo explicarlo.

María suspiró y sonrió con una mezcla de diversión y desdén.

—Mira, Anna, ya basta de hacer historias. Giorg no te va a mirar, no te va a invitar a un baile, y seguro que ni se acuerda de tu cara. Así que olvídalo, ¿de acuerdo? —dijo, guiñándome un ojo con tono travieso—. Ya sabes lo que te conviene. ¡Alguien que te mire con ganas de verdad!

Me reí, un poco avergonzada, pero también sabiendo que María tenía una forma de simplificar las cosas que a veces me dejaba pensando. Sin embargo, esa sensación extraña que había quedado en mi pecho no desaparecía tan fácilmente. Giorg no me había mirado, ni había mostrado el más mínimo interés en mí, pero por alguna razón, me sentía irremediablemente atraída por su presencia seria.

Capítulo 9

Si en estas páginas me repito, si le doy vueltas a lo mismo hasta marearme y marearles, tenedme un poco de paciencia: yo aún era una adolescente. Creía que entender lo que me pasaba era la única forma de controlarlo. Que si lo pensaba suficientes veces, algo encajaría. No encajaba. Pero entonces todavía no lo sabía.

Era otra de esas noches de sociedad en Viena. Candelabros, risas medidas, gente que sonreía sin ganas. La cena se celebraba en un palacete de la ciudad, un salón elegante, con paredes adornadas de cuadros renacentistas y cortinas de terciopelo que reflejaban las luces de los candelabros. Como siempre, mi madre estaba encantada de estar allí, participando en charlas sobre la última ópera en el Staatsoper, música clásica, o sobre lo que fuera de interés para los círculos sociales de Viena. Yo, en cambio, me encontraba allí más por obligación que por gusto, como parte del decorado.

Las conversaciones corrían, pero no decían nada. Nadie decía nada de importancia. Todo estaba cuidadosamente dosificado para no molestar ni ofender a nadie. Todo encajaba. Mi mente, aburrida de los modales y las sonrisas medidas, se desvió hacia un rincón apartado de la sala, donde noté a un hombre que no estaba involucrado en las risas ni en las charlas triviales.

Iba yo mirando no sé qué, distraída, como siempre, cuando de repente algo me atrapó. Como si alguien me tirara de la manga, mi mirada se detuvo de golpe.

Y allí estaba él, en el centro de la sala, rodeado de gente, pero como si estuviera aparte. En el primer instante, no lo reconocí del todo, pero algo en mi pecho se aceleró. Fue un instante extraño.

Tardé un segundo en reconocerlo. Cuando lo hice, sentí ese pequeño tirón en el pecho que ya empezaba a resultarme familiar. El del café. El del hospital. El hombre que, en esa tarde llena de voces, se movía como si el ruido no fuera con él. Tan serio. Tan quieto por dentro. Y yo, sin saber por qué, no podía dejar de mirarlo. Ahora,

aquí, en este salón, me di cuenta de que llevaba días pensando en él sin saberlo. Mi corazón empezó a latir más rápido, más fuerte, mientras mi mente daba vueltas intentando ordenar las piezas.

Estaba ahí, frente a mí, pero no era como si de repente todo cobrara sentido. Giorg von Hohenfeld. Lo había visto de lejos. De cerca era otra cosa. La misma seriedad, la misma distancia que había observado a lo lejos se mantenía inmutable. No había sonrisa, ni gesto de cortesía. Solo su mismo aire, el de alguien que no se dejaba envolver por el bullicio a su alrededor.

Mi respiración se volvió más pesada de lo normal. No sabía si acercarme o seguir en mi rincón. En ese momento, me di cuenta de algo, el hombre que había estado en mi mente todo el tiempo, en ese café, en el hospital, no era simplemente un desconocido, era él. Algo en su actitud me decía que no era como los demás.

Me quedé allí, viendo cómo se mantenía al margen de todo, totalmente ajeno al jaleo de su alrededor. Me sentí una niña, perdida entre las ganas de acercarme y el no saber qué hacer. Pero allí estaba, no podía evitarlo. Mi mente lo repetía una y otra vez, era él, y el reconocimiento me sacudió, aunque intenté no darle importancia.

¿Por qué no participaba en las conversaciones? ¿Qué hacía tan aparte a ese hombre? Era una distancia que me desconcertaba.

Pasaban los minutos y mis ojos se me iban detrás de él, pero él ni me veía. Estaba allí, distante.

Entonces, sin querer, nuestra mirada se cruzó de nuevo. Fue fugaz, un par de segundos. Su mirada se detuvo en mí un segundo de más, y eso me inquietó. Mi corazón dio un salto. ¿Me invitaba a acercarme… o era yo haciéndome una película?

La conversación en la sala siguió su curso, las voces me llegaron como ecos, como si el salón se hubiera apartado solo por esos instantes en los que mi mente solo se ocupaba de Giorg.

Me sentí tonta por estar tan absorbida por alguien que ni siquiera se había acercado a mí. Pero no podía evitarlo. Había algo en él que me hacía perder la concentración, algo que me hacía querer saber más.

Los minutos me parecían horas, y mientras la gente conversaba, yo seguía allí, pensando en él. Sin saber qué hacer. ¿Debía acercarme? ¿O debería quedarme aquí, callada?

Después de un rato en la fiesta, me sentía completamente fuera de lugar. La sala estaba llena de risas, de conversaciones y sonrisas forzadas. La música sonaba, pero mi cabeza estaba en otro sitio.

No pude aguantar más. Me levanté de mi rincón y busqué a mi madre, como si eso pudiera darme claridad. La vi en medio de una conversación con un par de personas, pero se detuvo en cuanto me vio acercarme. Bien. Al menos ella estaba libre.

Me acerqué a ella rápidamente.

—Mamá, te quiero contar algo —dije.

Ella me miró con curiosidad, levantando una ceja, acostumbrada a mis repentes de curiosidad y emoción.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi madre al verme así.

Me incliné un poco hacia ella.

—Está aquí.

No hizo falta más.

Siguió mi mirada con discreción y asintió apenas.

—Sí. Ya lo he visto.

Ese «ya» me hizo sentir expuesta. Parecía que ella llevaba más rato mirando que yo.

—No es como los demás —murmuré—. No habla como ellos. Ni… se mueve igual.

—No —respondió con calma—. No lo hace.

Se tomó un segundo antes de añadir:

—Hohenfeld no necesita hablar demasiado.

Me quedé callada.

—Es atractivo —continuó, casi como si comentara el vino—. Y sabe estar. Eso siempre despierta interés.

—No estaba mirándolo —dije demasiado rápido.

Sonrió sin mirarme.

—Claro.

Luego bajó la voz, apenas un matiz.

—Está casado, Anna.

No fue un reproche. Fue un dato.

Sentí el peso exacto de esa palabra.

—Lo sé.

—Bien.

Sus dedos se apoyaron un instante en mi muñeca.

—Hay hombres que llenan una sala con ruido. Y otros que la sostienen en silencio. Los segundos suelen ser más difíciles de olvidar.

No añadió nada más.

—¿Y qué hago? —pregunté.

—Nada —respondió con suavidad—. Si tiene intención de acercarse, lo hará. Y si no… no te conviene que lo empujes.

Me acomodó un mechón detrás de la oreja con esa mano fría.

—Ahora sonríe. Que nadie note lo que aún no ha ocurrido.

Y regresó a la conversación como si nada, dejándome sola con el murmullo del salón… y con él, al fondo, tan inmóvil que parecía fuera del tiempo.

Me reí, aunque aún sentía una pequeña duda dentro de mí. ¿Y si solo me estaba obsesionando con él porque me parecía un misterio? Era cierto, Giorg no era un hombre con el que pudiera acercarme fácilmente, pero había algo en él que me desafiaba. Y no podía evitar sentirme atraída por esa distancia, como si él fuera un enigma que quería resolver.

Me di cuenta demasiado tarde de que él también se acercaba a la misma bandeja. ¡Oh! Me aparté un poco, sorprendiéndome al ver cómo sus brazos se extendían casi al mismo tiempo que los míos hacia la copa. No lo había visto acercarse, pero ahí estaba, tan cercano que pude sentir un leve movimiento en el aire. Un roce invisible, pero tan evidente en mi corazón que lo sentí de inmediato.

«Disculpe», dijo, en un tono bajo, sin mirar realmente hacia mí, en modo automático. Nada fuera de lo común. Pero, aun así, su voz me hizo temblar ligeramente.

Lo miré de reojo, sin saber qué hacer. Su palabra, tan simple, me dejó atrapada en el momento. Giorg no se detuvo a hacer más que una pequeña inclinación de cabeza, como si nada fuera relevante. Él continuó, simplemente tomando la copa, y siguió su camino, tan

sereno y lejano, mientras yo me quedaba allí, con la copa en la mano, incapaz de moverme.

No fue nada. Solo un «disculpe» dicho en voz baja. Y, sin embargo, me quedé con la copa en la mano como si hubiera ocurrido algo más. Me quedé allí, simplemente mirándolo, completamente perdida.

La fiesta llegó a su fin como llegan siempre estas cosas, despedidas educadas, frases sobre el clima, promesas de próximos encuentros. El bullicio fue decayendo, la gente empezó a irse, y yo me vi frente a la puerta con el abrigo en la mano y ninguna prisa real por ponérmelo.

Había sido una noche larga, llena de conversaciones vacías. Empezaba ya a sonar a obsesión. No era un pensamiento, era una molestia. Como una piedra en el zapato. Pequeña, insistente. Imposible de ignorar.

Al llegar a casa, el silencio de la noche me envolvió como una manta, y lo único que pude escuchar fue el sonido de mis propios pasos. Me dirigí a mi habitación despacio, sin encender todas las luces, y me senté en el borde de la cama sin quitarme del todo el abrigo. Seguía ahí. Claro que seguía ahí.

Su rostro tranquilo. La fracción de segundo en que nuestras miradas se cruzaron y él dijo «disculpe» con esa voz baja, casi sin esfuerzo, como si pedir perdón fuera algo que hacía con la misma precisión con que hacía todo lo demás. Un segundo. El mundo no se detuvo. Pero algo en mí sí dio un traspiés.

Me deslicé bajo las sábanas, buscando algo de consuelo en la cama, pero todo lo que podía ver con los ojos cerrados era él. Giorg estaba allí.

Suspiré hondo. Ahora me hace gracia, empecé a imaginar, como si imaginar sirviera de algo. Al fin y al cabo, era una adolescente soñadora. ¿Cómo sería bailar con él? Me imaginé a mí misma, en un salón elegante, él tan serio, tan imponente, mirándome sin decir palabra, mientras la música llenaba el aire. Bailábamos juntos, pero no como cualquier pareja. No. Mi cuerpo seguía sus movimientos, aunque él no guiara mis pasos de forma directa.

Imaginé sus manos, firmes y seguras, guiándome a través del salón. Solo la intensidad de su mirada, la conexión de un momento

de silencio compartido. No hacían falta palabras. Solo el ritmo de la música.

Lo sentí real, cercano, que por un momento me olvidé de la distancia que nos separaba. ¿Sería realmente tan inaccesible? O, tal vez, en esa danza perfecta, podríamos encontrar algún tipo de conexión, aunque fuera en silencio.

Me quedé allí, tumbada, con el corazón acelerado, sin saber bien qué pensar. Solo era un desconocido. Un hombre de paso.

Finalmente, me quedé dormida, pero mi mente siguió bailando con él en algún rincón lejano de mi cabeza, sin poder escapar de lo que podría ser… o de lo que no.

A la mañana siguiente me acerqué a la consulta. Abrí la puerta de golpe y entré como un torbellino. Mi padre siempre decía que mi llegada era como una bala perdida, sin aviso previo y sin ningún cuidado por las reglas que dominaban su consulta. No llamé. Nunca lo hacía. Ya conocía el lugar, y la mayoría de las veces él prefería que lo interrumpiera de vez en cuando, aunque hoy sentí algo raro.

Al entrar, me quedé parada. Un segundo. Dos. Giorg von Hohenfeld.

En el consultorio de mi padre. Claro. Mi padre era médico. Y él necesitaba médicos. No era tan extraño. Era la explicación más lógica del mundo y no me sirvió de absolutamente nada.

Me quedé en el umbral, sin palabras, con la boca ligeramente abierta, como si no pudiera creer que el destino nos hubiera reunido aquí. Antes de que pudiera reaccionar, mi padre levantó la vista de su escritorio y, al verme, sonrió con esa calma que siempre lo caracterizaba, como si nada hubiera pasado.

—Ah, Anna —dijo mi padre, en tono desenfadado—. Te presento a Giorg von Hohenfeld.

—Giorg, ésta es mi hija, la loca de la casa. Llega sin avisar y siempre hace lo que quiere.

Me sentí expuesta. Y, para mi desgracia, mi padre tenía razón a medias. ¡Claro que estoy soy loca! O al menos no tanto. Pero era cierto que mi energía siempre lograba desbordar cualquier lugar. ¡Qué vergüenza!, era mi estilo, y no podía evitarlo.

Giorg me miró, su expresión serena, casi como ya hubiera tomado nota de mí sin que tuviera que abrir la boca. Pero su mirada, aunque fija y tranquila, me sorprendió al perderse un instante en mis ojos, como si no estuviera del todo seguro de qué esperar de mí.

—Encantado de conocerte, señorita —dijo con un tono que, si bien era educado, también tenía una curiosidad contenida. La forma en que me observó me hizo sentir que, por un segundo, había analizado mis reacciones sin que yo pudiera esconderme.

Mi padre, sin perder el ritmo, agregó con una sonrisa de complicidad:

—No te preocupes, Giorg. Ella es como un ciclón. Pero no hace mal, solo arrastra todo a su paso.

Giorg asintió ligeramente, pero sus ojos no dejaron de mirarme con una expresión pensativa. Yo me sentí completamente fuera de lugar, había notado mi torpeza. Tragué saliva, sonriendo débilmente.

—Un placer —dije, intentando mantenerme firme, aunque mi voz sonó más nerviosa de lo que hubiera querido.

Mis mejillas se encendieron al instante, sintiendo que mi padre había revelado mi lado más desordenado ante Giorg. Intenté disimular mi incomodidad, pero él ya lo había dicho, y no había mucho que pudiera hacer al respecto.

—Creo que te vi en la recepción del Concierto de Gala de la Sociedad de Arte de Viena —dijo Giorg, casi como una afirmación más que una pregunta. «El hombre tan serio», pensé para mis adentros. Fue entonces cuando me pillé a mí misma sorprendida, completamente fuera de lugar.

—¡¿Eras tú ese hombre tan serio?! —pregunté, sin poder evitarlo.

Me di cuenta de lo que acababa de decir aproximadamente medio segundo después de decirlo. Demasiado tarde. Siempre demasiado tarde. ¡Menuda forma de empezar!

Giorg me miró con una ligera sonrisa, como si lo hubiera anticipado. No se movió, algo en su mirada parecía divertido, sin perder la seriedad.

—Sí, parece que sí —dijo, con esa calma suya—. Estuve allí. No soy muy de las recepciones, pero el evento era interesante.

Mi mente iba rápido, pero las palabras no me seguían.

—Sí, sí, yo estaba —me oí decir, fatal—. Pero… no sé, me puse a fijarme en la sala. En la gente. En todo lo demás. Demasiada seriedad.

(Y en mi cabeza: cállate, por Dios).

Giorg se quedó en silencio un segundo, evaluándome con esa mirada profunda, antes de soltar una pequeña sonrisa leve.

—Claro que sí —dijo, despacio—. Estaba lleno de señores muy importantes… y aburridos.

La ironía era mínima, solo para hacerme sonreír.

—No pasa nada, Anna. Lo has hecho bien. Has saludado, has aguantado el rato… y ya está.

Hizo una pausa, casi paternal.

Me sentí roja por completo. Sabía que lo que acababa de decir no tenía ningún sentido. La situación era incómoda, y sentí que había visto más de lo que debía. Y eso, por alguna razón, no me disgustó.

Mi padre parecía disfrutar del momento, sonriendo con una ligera burla, pero sin decir nada más. Finalmente, se acercó a Giorg para seguir con lo suyo, dejándome allí, parada, con el corazón acelerado y con la sensación de que me había equivocado por completo en mi intento de iniciar una conversación.

Giorg se despidió de mi padre con un gesto tranquilo, pero no sin antes mirarme una última vez, confirmando que, efectivamente, la mujer tan curiosa de la fiesta era yo.

Cuando la conversación con mi padre terminó, intenté no parecer demasiado nerviosa mientras me levantaba para irme. Giorg no dijo nada más después de esa pequeña sonrisa que me hizo sentir tan extraña. El ambiente en la consulta ya no era tan denso, pero Giorg en el aire. Me sentía como si algo hubiera quedado sin decir. Como si nos hubiéramos quedado en un punto muerto.

Me despedí de mi padre con un simple:

—Nos vemos luego, papá —y me dirigí hacia la puerta. Pero al abrirla, lo vi otra vez. Giorg estaba de pie, a medio camino entre la puerta y el pasillo, como si estuviera a punto de irse. Era ahora o nunca.

En un impulso, decidí que no iba a dejar que la situación se quedara ahí. No iba a irme sin decir algo. Me salió una sonrisa

prestada, como un abrigo demasiado grande. Que no era mío y se notaba. No era valentía, era pánico intentando parecer educación.

Aun así, di un paso. Porque si no lo daba, me iba a arrepentir toda la vida.

—Bueno, parece que nos volvemos a encontrar, ¿eh? —dije, sin mirar atrás, pero con una leve sonrisa en los labios. No sabía si él me había notado como yo a él, pero era el momento para hacer como si nada.

Giorg me miró un instante, sereno como siempre. Su cara apenas cambió. Pero esta vez no apartó los ojos enseguida. algo más en su mirada ahora.

—Parece que sí, señorita Bauer —dijo, con una ligera sonrisa contenida. No era una sonrisa abierta, pero sus ojos brillaron un poco más, como si aquello le hiciera gracia.

Decidí no darme por vencida. Sin pensarlo demasiado, eché a andar hacia la salida, como si lo invitara a seguirme. El corazón me latía con fuerza. ¿De verdad me atrevía a esto?

—Supongo que es una coincidencia, ¿no? —comenté, mirando hacia adelante mientras me acercaba a la puerta. Intentaba parecer totalmente natural, pero su presencia me dejaba sin aliento. Mi respiración se hizo más profunda mientras continuaba caminando junto a él.

Caminaba a mi lado, a una distancia prudente, pero no demasiado distante. Lo sentía cerca, pero al mismo tiempo, él se mantenía reservado, como siempre. Su mirada parecía pensativa, como si observara cada paso…

—¿Le importa si le acompaño un poco? —le pregunté de forma un poco atrevida, sin mirarlo directamente. La pregunta me salió casi por instinto, como si de alguna manera quisiera ver qué pasaba si continuaba con la conversación.

Giorg me miró un momento antes de responder, y esa mirada intensa que me dedicó me hizo sentir algo incómoda.

Pero a la vez, algo en su calma me transmitía una sensación rara de seguridad.

—Claro que no —respondió, casi como si lo hubiera esperado pero sin mostrarse demasiado interesado o emocionado por la idea.

Su tono era tranquilo, y me dejó la sensación de que pasaba algo entre nosotros. No sabía qué.

Caminamos en silencio durante unos pasos, el sonido de nuestros pasos acompañando el vacío de la conversación. No sabía de qué hablar, no sabía cómo seguir, pero el simple hecho de caminar juntos ya bastaba para que mi corazón latiera más rápido.

Finalmente, Giorg rompió el silencio.

—Vienes mucho por aquí —dijo, sin girar la cabeza.

Su voz no era alta, pero tenía algo que obligaba a escucharla. Estaba acostumbrado a que lo hicieran.

—Lo suficiente —respondí.

Sentí su mirada un instante. No bajó a mis manos. No se detuvo en mi boca. Se sostuvo en mis ojos. Y eso fue peor.

—Sí… Mi padre siempre tiene cosas por hacer —respondí.

Y ya no me sentía tan nerviosa. Caminábamos juntos sin forzar la conversación. Como si este fuera un paso más en una conexión no tan directa, pero que de alguna forma comenzaba a crecer.

Giorg me lanzó una mirada rápida antes de hablar de nuevo.

—¿Siempre entras así en todos sitios? —lo dijo con un tono que quería ser ligero y no le salía del todo.

—Es la consulta de mi padre.

Él negó apenas con la cabeza.

—No hablaba de la puerta.

Sostuvo mi mirada un segundo de más. Luego volvió a esa serenidad suya, como si no hubiera pasado nada.

¿Qué quería decir con eso? Me quedé pensando, y cuando lo miré, me di cuenta de que la tensión que había entre nosotros era más delicada de lo que creía.

Sentí que el calor me subía por el cuello.

—No entiendo.

—No importa —respondió con calma—. Es solo una observación.

Caminamos juntos unos pasos más, el silencio flotando entre nosotros. A medida que la conversación continuaba, me di cuenta de que algo extraño ocurría. Mi mente seguía dando vueltas a lo que había dicho Giorg. «Un torbellino», así me había descrito mi propio

padre, y ahora Giorg, un hombre que casi no conocía había confirmado que me veía igual.

Era como si el resto del mundo hubiera desaparecido y solo quedara él. Estaba totalmente centrada en sus gestos y en lo que decía, como hipnotizada. Pero aun así, una parte de mí me avisaba: ¿No estarás exagerando?

Al llegar a la esquina, justo antes de separarnos, me di cuenta de que el corazón me latía con fuerza, como si aún estuviéramos bailando. Esa conexión rara que se había formado entre nosotros seguía ahí, a pesar del silencio. Caminamos unos metros más. Nadie dijo nada. Y, aun así, algo había cambiado de sitio.

Giorg dio un paso más, deteniéndose por un instante. Volvió su mirada hacia mí. Como si lo que había dicho no tuviera vuelta atrás. Sin decir nada, su mirada lo dijo todo.

—Hay personas que alteran el orden de las cosas. —Lo dijo mirando hacia otro lado. Sin terminar la idea.

Su mirada bajó apenas un segundo. No sé si fue a mi boca… o si me lo inventé.

—Y no todos están preparados para eso.

Mi mente tardó unos segundos en entender sus palabras. Había visto en mí eso que mi padre llevaba tanto tiempo diciéndome.

—¿Te parece… curioso? —pregunté, un poco desconcertada, mi voz más baja, como si ahora fuera yo la que tratara de entender su punto de vista.

Giorg hizo una pausa, como si pensase que iba a decir, y luego sonrió levemente, sin mostrar una alegría evidente, solo una sonrisa contenida, casi misteriosa.

—No me malinterpretes. Es solo que… —dijo, mirándome intensamente—. He conocido a pocos con esa determinación. En ti es… distinto.

La forma en que lo dijo, tan directa y profunda, me hizo sentir un nudo en el estómago. ¿De verdad me había observado tan detenidamente? Sentí que sus palabras tenían más de lo que estaba dispuesto a mostrar.

Giorg no añadió nada. Se despidió con una inclinación de cabeza. La misma seriedad de siempre… solo que esta vez se demoró un

instante en mirarme.

—Nos vemos, Anna —dijo, antes de dar media vuelta y alejarse, como si la conversación ya hubiera terminado.

Yo me quedé allí, de pie, mirando cómo se perdía en la distancia, pero con un montón de preguntas sin respuesta flotando en mi mente.

¿Nos veríamos otra vez? No sabía si aquello significaba algo o nada en absoluto. Y, sin embargo, me fui a casa pensando que no sería la última vez.

Mi mente estaba hecha un torbellino, y antes de que pudiera darme cuenta, ya se había ido. Lo vi alejarse por la calle oscura sin mirar atrás ni una sola vez. Me quedé allí plantada, sin entender muy bien qué había pasado, pero con la sensación de que algo acababa de empezar aunque ninguno de los dos hubiera dicho nada.

Al día siguiente, no pude evitar contárselo a María. Estaba tan emocionada que apenas podía encontrar las palabras. No sabía por dónde empezar, pero, como siempre, María fue mi confidente, la que entendía mi caos mejor que nadie.

—¡María, tienes que escuchar esto! —dije casi sin aliento, buscando su mirada en cuanto entró al café donde siempre nos encontrábamos.

Ella me miró, curiosa, y eso fue todo lo que necesité para soltarlo todo de golpe.

—¿Qué pasó? —preguntó, alzando una ceja, sabiendo perfectamente que algo grande había ocurrido solo por la forma en que mi voz temblaba.

—¡Lo vi! ¡Lo vi! Estaba ahí, justo frente a mí, y algo… algo pasó, no sé cómo explicarlo. Fue como si todo se hubiera detenido, y su mirada… ¡su mirada, María! Estaba tan cerca, pero a la vez tan lejos. Y no sé si lo soñé, pero sentí que algo, algo cambió entre nosotros, aunque no dijimos ni una palabra. Fue… fue raro, pero a la vez, siento que algo empezó.

María me miraba sin decir nada. Dejándome hablar. Yo no encontraba el hilo, pero las palabras salían solas. Yo, por mi parte, no lograba encontrar un sentido claro, pero la emoción me desbordaba.

—¿Y qué pasó después? —preguntó, como si no pudiera esperar a que terminara.

—Hablamos —seguí, sin aliento—. Bueno, hablamos un rato. Caminamos juntos. Dijo cosas raras. Dijo que hay personas que alteran el orden de las cosas. Así, sin más. Mirando hacia otro lado.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Nada. No supe qué decir. Me quedé callada como una idiota. Y luego… ¡se fue! ¡Se fue sin mirar atrás, sin decir nada más! Y yo me quedé allí, como una idiota, mirando la calle vacía, preguntándome si todo lo que sentí en su mirada fue real, o si simplemente me lo inventé en mi cabeza.

María se quedó en silencio un momento, observándome con una mezcla de diversión y ternura. Al final, soltó una risa suave.

—Ay, Anna, qué te digo… Creo que ya estás metida hasta el cuello en algo.

Yo la miré, sorprendida y aún sin saber si reír o seguir angustiada.

—¡No! ¡Es en serio, María! No fue solo una mirada. Algo cambió, lo sé.

María me sonrió, pero en sus ojos había una chispa de diversión.

—Veremos, veremos. Solo ten cuidado. Ya te conozco. Pero definitivamente, esto va a estar interesante.

Me miró de arriba abajo, como si me estuviera midiendo el pulso. Y se rio, bajito.

—¿Ves? ¡Te lo dije! Esto es lo que pasa cuando te dejas llevar por esa «mirada misteriosa». Pero tranquila, que no te voy a juzgar… aún.

Yo no pude evitar reír, aunque la confusión seguía nublando mi mente.

—No es eso, María. Es que… fue tan extraño. Como si todo lo que pensaba que sabía sobre lo que quería, ya no tuviera sentido. Como si me hubiera descolocado por completo.

Ella dejó la taza de café, cruzando los brazos sobre la mesa mientras me observaba.

—A veces la vida es eso, un lío que no pediste. El problema, Anna, es que te metes y luego miras atrás y no ves la puerta. Y lo digo sin juzgarte porque me pasa igual. Pero… ¿sabes qué? Eso también

tiene su gracia. Y quién sabe. A lo mejor ya sabías lo que buscabas. Solo que no querías admitirlo todavía.

Me quedé en silencio, mirando mi café sin saber qué decir. Sus palabras me hacían sentir menos sola en esta confusión, pero a la vez, más perdida que nunca.

—No te dejes llevar por las ilusiones. No quiero verte atrapada en algo que ni siquiera entiendas. Pero, si lo que tienes con él es real, si es más que una mirada, vas a saber qué hacer. Solo escúchate a ti misma. Y si no, pues, ya sabes, siempre estoy aquí para sacarte del lío.

Miré a María, agradecida, y sonreí, aunque aún no estuviera segura de qué estaba pasando en mi vida.

—Gracias, María. No sé qué haría sin ti.

Ella me dio un codazo juguetón, con esa expresión cómplice que solo ella sabía dar.

—Eso es lo que hacen las amigas, ¿no? Ahora, respira hondo y relájate. Lo que sea que pase, lo resolveremos después. Pero por ahora, disfruta de la confusión. Créeme, es lo más emocionante que te puede pasar.

Y con esas palabras, la conversación terminó, dejando en el aire una mezcla de inquietud y curiosidad que se quedó conmigo mientras salíamos del café.

El día estaba nublado, y a pesar de que no había llovido, el aire fresco del otoño hacía que las bolsas de la compra se sintieran más pesadas de lo normal. Mientras caminaba por la acera, con varias bolsas de tela llenas de frutas y verduras, algo se me escapó de las manos, y antes de darme cuenta, las bolsas se volcaron al suelo, derramando todo el contenido, manzanas, zanahorias, tomates, y, para colmo, una botella de leche que comenzó a rodar hacia la calle.

—¡Ay no! —murmuré, agachándome rápidamente para recoger todo. Pero no había manera de que pudiera hacerlo rápido. Las manzanas rodaban por todas partes, las zanahorias se deslizaban de nuevo bajo las ruedas de un coche estacionado. Mi intento de mantener el control de la situación parecía una misión imposible.

—¿Todo bien?

Reconocí la voz antes de levantar la vista.

En ese momento, me congelé. Al principio, no lo reconocí del todo. Estaba tan distraída con el desastre frente a mí que no lo vi venir. Pero cuando levanté la mirada, mi cerebro tardó unos segundos en procesarlo. Giorg. Él.

No pude evitar quedarme allí, como una tonta, embobada por un momento, con las manos llenas de zanahorias y manzanas caídas. Por un segundo, todo lo que vi fue él, con su expresión tranquila y algo divertida, ayudándome a recoger lo que se había caído. Su presencia era tan inesperada que me sentí casi fuera de lugar.

—¿Todo bien? —repitió, ahora con una sonrisa más amplia, como si notara mi sorpresa.

—S-sí, claro —respondí, tratando de recomponerme, pero probablemente demasiado tarde. Mi voz sonó algo atropellada. ¿Cómo era posible que me quedara allí, observando como una idiota?

Me agaché rápidamente para recoger una zanahoria, con la intención de disimular mi torpeza, y, por fin, logré articular algo coherente.

—Solo un pequeño incidente, nada que no se pueda arreglar… —dije, con una risa nerviosa, mientras intentaba poner todo de nuevo en las bolsas, pero la leche seguía rodando por la acera.

Él se agachó con calma, ayudándome a recoger una manzana que rodaba hacia la acera.

—Sujeta bien eso —dijo—. Estás a un paso de perderlo todo. Había algo en su voz que no era del todo serio.

—Lo sé —respondí entre risas nerviosas, mirando todo el desastre. Mi intento de reorganizar las bolsas no mejoraba la situación en absoluto.

Giorg, con toda la paciencia del mundo, continuó ayudándome, levantando los tomates y las bolsas de pan, que se habían desbordado. Al final, cuando todo estuvo recogido, me miró con una sonrisa cómplice.

—Ya está todo en su lugar —dijo, poniéndome la última manzana en la mano.

Me sentí un poco tonta por lo sucedido, pero al mismo tiempo, había algo en su actitud tranquila, que me hizo sentir que no tenía

por qué estar tan incómoda.

—Gracias, Giorg. No sé qué habría hecho sin ti —respondí, sonriendo tímidamente mientras me agachaba para recoger una bolsa más.

—No hay de qué —contestó él, dándose un paso atrás, pero no con la intención de irse—. Después de todo este desastre… ¿te apetece un té?

Lo miré, sorprendida por su propuesta, pero también algo nerviosa, sin saber si mi torpeza lo habría hecho sentir incómodo.

—¿Seguro? —dije—. No quiero entretenerte si tienes cosas que hacer.

Él sonrió de nuevo, con esa calma que parecía no abandonar su rostro.

—No estoy ocupado en absoluto. A mí me parece una excelente idea —respondió, como si fuera lo más natural del mundo.

Mientras caminábamos, sentí una mezcla de vergüenza por el desastre de la mañana y alivio al saber que, a pesar de todo, fluía con naturalidad. Giorg, en su silencio, parecía haber visto muchas situaciones desastrosas en su vida, y no me veía como una versión torpe de mí misma, sino simplemente como alguien a quien ayudar en ese pequeño momento.

Cuando llegamos al café, él se adelantó para abrir la puerta y dejarme pasar. Me sentí algo tonta, y agradecida. Dentro, el ambiente cálido y acogedor me hizo olvidarme del frío. Giorg me sonrió mientras nos sentábamos.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, que dejaba entrar una luz cálida. Giorg pidió el té mientras yo trataba de mantenerme tranquila, pero todo dentro de mí temblaba, mi cuerpo no podía seguir el ritmo de la conversación que fluía tan natural entre nosotros. Mi mente estaba a mil por hora, intentando procesar el hecho de que él estaba allí, y yo me sentía… como si no encajara del todo.

Mientras esperaba, me di cuenta de que mis manos seguían temblando, y no solo un poco. ¡Mi cabello temblaba!, pensé, sintiéndome casi avergonzada de lo evidente que era. En mi cabeza,

me reía de mí misma, consciente de lo joven que debía parecer a sus ojos, con mis inseguridades. ¿Qué hago aquí?, pensaba.

Giorg tenía esa serenidad, esa calma que hacía que todo pareciera fácil. Yo, en cambio, me sentía como si estuviera caminando sobre una cuerda floja, temiendo que en cualquier momento me iba a caer.

—¿Te pasa algo? —me preguntó, como si hubiera notado mi incomodidad, o tal vez solo por la forma en que me estaba mordiendo el labio.

Me quedé en silencio un momento, mirando la taza. Me di cuenta de lo absurda que debía parecer, no solo por el desastre de la mañana, sino por cómo los nervios me habían hecho sentir tan fuera de lugar.

—No, no es nada. Solo… pensaba en lo torpe que soy —dije, sonriendo de manera que probablemente no convenció a nadie, ni a él ni a mí misma.

Giorg me miró por encima de su taza con una expresión que no sabía si era de diversión o de comprensión, y eso me desconcertó aún más.

—¿Torpe? —Alzó una ceja, medio sonriendo—. Yo lo llamaría desastre organizado. No es tan fácil como parece.

Eso me hizo soltar una risa nerviosa, y no pude evitar pensar que, a pesar de todo, Giorg parecía tan… tranquilo. No era el tipo de persona que se dejaba llevar por el desorden o la prisa. Yo, por otro lado, no podía dejar de sentirme un desastre ambulante.

—No estoy tan segura de eso —respondí, sintiendo que mis palabras sonaban aún más torpes de lo que ya me sentía.

Giorg se recostó un poco en su silla, relajado, mientras tomaba un sorbo de su té. Me sentí un poco más tranquila, como si su presencia no fuera una amenaza, sino una especie de refugio del caos que llevaba conmigo. Aun así, una pequeña voz en mi cabeza me recordaba lo joven y desconcertada que era frente a él. Mientras él parecía tan centrado, yo todavía estaba luchando por entender quién era y qué quería hacer con mi vida.

—No es torpeza —dijo—. Todavía no te conozco bien. Pero ya se ve.

Él no parecía juzgarme, pero tampoco sabía cómo manejar la sensación de que, a pesar de la sencillez de sus palabras, me dejaban fuera de lugar. Giorg había vivido más. Probablemente había pasado por cosas que yo ni siquiera entendía, y eso me hacía sentir aún más pequeña.

—Gracias… —dije, sin saber exactamente si debía agradecerle por lo que había dicho, o por simplemente no reírse de mí. La verdad es que no sabía si estaba en lo cierto al estar allí con él, pero en ese momento, sentí que no importaba tanto.

Giorg me miró de nuevo, y esa mirada suave, pero curiosa, me hizo sentir un poco más conectada, aunque no dejara de sentir la diferencia entre nosotros. Al final, no se trataba de las palabras que decía, sino de la calma con la que las decía, y cómo eso hacía que mi propio torbellino interior se calmara, aunque solo fuera por un momento.

Eso me hizo pensar. Quizás estaba bien ser un «desastre» a veces.

Después de un rato más en el café, la tarde comenzaba a enfriarse, y yo me sentía más tranquila, pero no del todo. La conversación con Giorg había sido fácil, natural, y eso me había sorprendido un poco. Sus palabras me habían hecho sentir menos tensa, con él, no tenía que hacerlo todo perfecto.

Cuando salimos del café, me di cuenta de que las bolsas que llevaba pesaban más de lo que pensaba. ¿Por qué siempre pasa esto? pensé, mirando cómo las asas se estiraban un poco, como si fueran a romperse en cualquier momento. Al principio traté de disimular, pero pronto me di cuenta de que, cada paso que daba, las bolsas se volvían más y más pesadas.

De repente, Giorg se adelantó y, sin decir nada, se ofreció a ayudarme.

—Déjame, yo te ayudo con esto —dijo con esa calma que siempre lo acompañaba, y en un instante, tomó una de las bolsas más pesadas.

Lo miré, sorprendida. No me esperaba eso, aunque no sabía por qué. Era solo una simple ayuda, pero de alguna forma, el gesto me hizo sentir… bien. No le había pedido nada, y aun así lo hizo, sin

darle importancia. No entendía por qué, pero me sentí un poco tonta al darme cuenta de lo agradecida que estaba por algo tan sencillo.

—Gracias, Giorg —dije sonrojada, mientras le entregaba una de las otras bolsas que aún me quedaban.

Él sonrió y, sin prisa, comenzó a caminar a mi lado, llevando la bolsa con una calma casi exagerada. Me sentí ridícula… y más tranquila. Estaba claro que Giorg no era del tipo que corría de un lado a otro, ni hacía todo con esa urgencia que siempre me agobiaba. Él simplemente estaba… allí. Y eso, por alguna razón, me hacía sentir menos presionada.

En un momento el viento se levantó, y yo me encogí, tratando de protegerme del frío. Tal vez fue por el movimiento brusco, o por lo que sea, pero no pude evitar que la bolsa que yo llevaba se me descolocara y antes de que pudiera recomponerme, él ya estaba allí. No dijo nada. Solo ajustó el abrigo sobre mis hombros con un gesto limpio, casi automático, como si llevara toda la vida haciéndolo. Sus dedos rozaron mi cuello apenas un segundo. No fue una caricia. Tampoco fue indiferente.

Cuando retiró la mano, el frío ya no era lo que me inquietaba. Me quedé un instante quieta, sintiendo el lugar exacto donde me había tocado.

Y no supe qué hacer con eso.

Cuando llegamos cerca de mi casa, me detuve frente a la puerta, mirando la bolsa que todavía tenía en mis manos.

Me quedé unos segundos allí, sin saber si había que decir algo más o simplemente despedirnos. Pero su manera de cuidar sin decir mucho me hizo sentir cómoda y eso me sorprendió, porque normalmente me costaba estar tan relajada con alguien.

—Gracias, Giorg —dije, sonriendo sinceramente. No era solo por la ayuda, sino por lo fácil que había sido estar con él.

Él asintió suavemente, y antes de irse, me dijo, con esa calma que tanto lo caracterizaba:

—De nada. Y si alguna vez necesitas ayuda con más compras… ya sabes dónde encontrarme.

Sonrió de una manera ligera, sin presionar, pero con una expresión que me hizo pensar que en realidad sí le importaba.

Lo vi alejarse mientras entraba al edificio, y una pequeña sonrisa se dibujó en mi rostro. No era una sonrisa abierta ni evidente. Era más bien como un secreto que aún no me había contado, pero que ya estaba ahí, dentro.

Subí las escaleras despacio, con las bolsas colgando de mis manos, preguntándome por qué pesaban menos que antes. Las bolsas pesaban menos. O eso creí.

Abrí la puerta de casa y entré casi sin ser consciente de mis propios movimientos. Dejé las bolsas sobre la mesa y me quité el abrigo con calma. Al colgarlo, mis dedos se detuvieron un instante en el cuello, justo donde los suyos habían rozado mi piel al acomodarlo contra el viento. No había sido un gesto íntimo. Ni siquiera especialmente cercano. Y, sin embargo, ese contacto mínimo seguía latiendo bajo la superficie.

Caminé hasta la ventana y miré hacia la calle sin ver realmente nada. Lo que había ocurrido era sencillo, un encuentro casual, un paseo breve, una taza de té compartida sin promesas ni palabras indebidas. Y, aun así, me temblaba el pecho.

Intenté convencerme de que todo era una exageración. Me dije que solo era cortesía. Lo repetí varias veces. Pero cuanto más trataba de ordenarlo, más claro veía que el problema no era la cabeza.

Era algo más profundo. Más silencioso.

Me apoyé contra el cristal frío y cerré los ojos un momento, dejando que la sensación me atravesara sin intentar definirla. No sabía si aquello era real o me lo estaba inventando. Desde esa tarde, nada quedó en su sitio.

Capítulo 10

Ha pasado tiempo desde que Giorg me acompañó a casa con la compra. Ni siquiera me dijo nada especial. Pero desde entonces hay una calma que se me ha quedado pegada, como un olor en la ropa.

A menudo, me sorprendo riendo sola, recordando nuestra conversación. De repente todo el peso de las cosas que me agobiaban desaparecía por un momento. La forma en que Giorg no me miraba con desdén, ni como si estuviera esperando que fuera algo que no era, me hizo sentir algo que no había sentido antes. Sentí que me veía. De verdad.

—Giorg—

Han pasado varias semanas desde aquella tarde de la compra. Y ella sigue ahí.

No fue algo que viera venir. Tampoco fue ese golpe seco que uno espera, de esos que te dejan sin aire. Fue otra cosa. Más lenta. Más callada. Al principio ni siquiera la llamé por su nombre en mi cabeza. Solo era «la chica del hospital», «la hija del doctor». Pero con el paso de los días se fue quedando. Como el ruido del puerto. Uno ya no lo oye pero sigue ahí.

Cuando la vi aquella primera vez no esperaba nada. Una conversación de pasillo, de las que se olvidan en cuanto terminas. Pero ella me miró de una forma que no supe situar. No era coquetería, de esas que se aprenden a esquivar sin pensar. Era otra cosa. Curiosidad, tal vez. Como si estuviera viendo algo en mí que yo mismo no sabía que estaba mostrando.

Con ella no hacía falta fingir. Podía estar callado y no pasaba nada. No había segundas intenciones, ni esas conversaciones en círculo que agotan antes de empezar. Hablábamos de cosas sin importancia, pero ella las decía de una manera que las volvía distintas. El mundo era nuevo para ella, y yo lo veía con sus ojos.

Me gustaba. Más de lo que debería.

Y ahora, semanas después, me descubro pensando en ella a deshora. En mitad de un informe, en la mesa mientras Lisa habla y yo ya no escucho. No la idealizo. No creo que sea ingenua ni una niña con la cabeza llena de pájaros. Es otra cosa. Tiene una claridad que a veces me falta. Una manera de reírse de lo que otros se toman demasiado en serio.

Me hace pensar que he perdido algo por el camino. Algo que ella todavía tiene y yo olvidé sin darme cuenta. Y no sé si eso es bueno o malo. Solo sé que está ahí. Y no se va.

—Anna—

Me lo contó una vez, tarde, cuando ya no podía fingir que lo anterior había sido solo «otra vida».

Cuando regresaron a Trieste, Giorg trató de revivir algo de lo que había sido su vida antes de irse, pero todo se sintió forzado, jugaba un papel que ya no le pertenecía. La vida que llevaba, llena de responsabilidades y apariencia, lo ahogaba. Su esposa, a pesar de ser una buena mujer, vivía para las apariencias.

La tarde era fría cuando Giorg llegó a casa después de un día en el trabajo. Su esposa estaba sentada frente al espejo, ajustándose un collar. Era una de esas rutinas cotidianas que ya le resultaban pesadas, ella, obsesionada con las apariencias, el hogar bien cuidado, las cenas perfectas. Todo lo que debía ser, pero nada de lo que realmente quería.

Me contó que la miró un momento, sin que ella lo notara, y que una ola de desgano lo invadió. Había intentado durante meses mantener las apariencias, pero algo dentro de él se rompió.

Ella le preguntó cómo había ido el día sin dejar de mirarse en el espejo ajustándose un collar. Sin mirarlo, le preguntó qué tal el día. Giorg la observó en silencio mientras dejaba los guantes sobre la cómoda. No respondió enseguida. No porque no tuviera qué decir, sino porque llevaba meses diciéndoselo a sí mismo y sabía que, en cuanto empezara, no habría manera de desandar lo dicho.

—Ha ido como siempre —respondió al fin.

Ella asintió con una distracción elegante, satisfecha de que la conversación no exigiera nada más. Y en ese gesto cotidiano, en esa

comodidad sin preguntas, Giorg sintió que el cansancio que llevaba acumulando no era reciente. No era fruto de una discusión concreta ni de un mal día. Era algo más lento, más profundo. Un desgaste.

Se acercó a la ventana, apoyando una mano en el marco. Afuera, la calle tenía la misma apariencia ordenada de siempre. Dentro, el aire se le hizo más denso.

—Lisa —dijo, con calma.

Ella levantó la vista a través del espejo, todavía sin girarse del todo.

—¿Qué ocurre?

No había preocupación en su tono.

Giorg respiró hondo para asegurarse de que lo que iba a decir no saliera teñido de reproche.

—He estado pensando —empezó—. Más de lo que crees.

Ella dejó el collar sobre la cómoda y se giró por fin hacia él, cruzando los brazos con una mezcla de expectativa y escepticismo.

—Siempre estás pensando.

Él aceptó el comentario con un leve asentimiento.

—Sí. Y he llegado a la conclusión de que esto… —haciendo un gesto vago entre ambos— no es suficiente para mí.

No elevó la voz. No tembló.

Lisa lo miró durante unos segundos, intentando descifrar si aquello era una fase pasajera o una amenaza real.

—¿Qué significa exactamente «no es suficiente»?

Giorg sostuvo su mirada sin agresividad.

—Significa que llevo tiempo intentando convencerme de que esto me bastaba. Pero no lo es. No para mí.

No habló de pasión. No habló de vacío. No la acusó de nada. Hablaba de sí mismo.

—Siempre hemos sido así —respondió ella, con un tono más frío—. No entiendo qué ha cambiado.

Él tardó en contestar.

—Yo.

Lisa se quedó quieta unos segundos. Luego, despacio, volvió a mirarse al espejo. Pasó un dedo por el borde del collar, como si necesitara comprobar que su reflejo seguía intacto.

—¿Y ahora qué pretendes? ¿Empezar de nuevo?

Giorg bajó la mirada un instante y luego volvió a levantarla, más firme.

—No pretendo nada. Solo sé que esto no me basta. Y no quiero ser alguien que se queda por miedo.

Ella no lloró. No gritó. Cuando habló, su voz sonó plana.

—Siempre has sido difícil —dijo—. Nunca te conformas.

Quizá era verdad. Pero esa vez, esa acusación no le pesó.

Aquella noche no hubo escenas ni despedidas dramáticas.

Hablaron lo justo, con la educación de dos personas que han compartido demasiados años como para rebajarse a la crueldad. Sin embargo, la distancia ya estaba trazada con una claridad que ninguno de los dos podía ignorar.

Giorg no durmió mucho. No por culpa ni por duda, sino porque cuando una decisión se toma de verdad, el cuerpo tarda en acostumbrarse al vacío que deja. A la mañana siguiente, mientras Lisa salió como cada día, él preparó una maleta pequeña. No hubo prisa ni temblor.

No dejó una carta. No era un hombre de explicaciones. Lo que tenía que decir, lo había dicho.

Cuando cerró la puerta, no sintió alivio. Sintió alivio.

Solo ahora, al escribirlo, entiendo por qué conmigo tiembla. Estaba tan poco acostumbrado a que alguien lo quisiera sin más, que mi ternura lo desarmaba.

Años después supe que aquel alivio tenía que ver conmigo. Pero en ese momento yo no sabía nada. Solo recuerdo la última tarde en el café, hablando de cosas pequeñas, fingiendo que nada cambiaba. Recuerdo su manera de escuchar, demasiado atenta. Recuerdo que al despedirse no prometió nada.

Después se marchó a Trieste. No hubo explicación larga ni gesto dramático. Solo la noticia, dicha casi de paso. Y, de pronto, el silencio.

Pasaron meses. Luego años. Y, mientras tanto, Viena empezó a hacerse irrespirable. Las noticias llegaban cada vez con menos aire. El Anschluss no fue algo que se sintiera de golpe, fue lento, pero opresivo. Primero cambiaron las calles, luego el tono de las conversaciones. Aparecieron banderas. Marchas. Y, casi sin darme

cuenta, Viena dejó de sentirse mía. Y Giorg, por supuesto, ya no estaba allí.

Viena ya no era la misma. La gente sonreía menos. En los cafés se hablaba más bajo y se miraba más. Empezaron a señalarlos, y la palabra «separación» se comenzó a escuchar en cada rincón. La vida de los vieneses se dividió en dos, los que se adaptaban y los que se iban.

De Giorg no llegó nada. Yo seguía, pero cada día Viena se me cerraba un poco más, más controles, más silencio, menos sitio para respirar.

El Anschluss no fue solo política. Fue control en lo cotidiano, permisos, miradas, nombres que era mejor no decir. Ya no hacíamos nada sin calcular quién podía oírlo.

Durante ese tiempo, me aferré a lo que conocía, a las rutinas. Trabajé, seguí adelante, pero algo en mí estaba vacío, algo que no podía llenar ni el bullicio de la ciudad ni las distracciones cotidianas. Me acordaba de Giorg, aunque no de manera constante. No había pasado nada. Eso era lo raro. No había pasado nada y, sin embargo, notaba un hueco donde antes no había nada.

Los días se alargaron. El miedo se volvió rutina, estaba en el pasillo, en el tranvía, en la forma de bajar la voz. Corrían rumores de que muchos, hombres como Giorg, estaban siendo llamados a servir al Tercer Reich, obligados a unirse al ejército, a jurar lealtad. A veces me preguntaba si él también había sido arrastrado a esa maquinaria, si había acabado dentro sin poder decir que no.

También si había tenido elección. Cuando en realidad negarse no era un gesto romántico ni una cuestión de orgullo, podía significar perder el trabajo, el nombre, la casa. Quedar marcado para siempre, bajo vigilancia. Desaparecer sin explicación. En ciertos casos, incluso algo peor. Y no siempre pagaba uno solo. También los suyos.

Pasó el tiempo, y la ciudad siguió cambiando, cada vez más hostil, cada vez más irreconocible.

Un día llegó la noticia. Giorg regresaba a Viena. De nuevo.

Cuando supe que volvía, no sentí alegría. Solo una tensión seca, esa que queda cuando algo que habías dado por cerrado se abre otra vez sin avisar. La ciudad ya era diferente, él ya no era el mismo,

yo ya no era la misma. Su regreso no era un regreso alegre, ni siquiera cálido. Venía marcado por lo que había tenido que hacer, por lo que el régimen le había exigido. No volvía alguien que hubiera elegido su destino, sino alguien arrastrado por las circunstancias.

La noticia llegó a través de un conocido común, alguien que me contó en voz baja, casi en secreto, que Giorg había sido llamado, como todos los hombres en su posición. Había tenido que jurar lealtad al Reich, como todos los demás. Eso no era algo que podía ignorarse.

El regreso de Giorg no fue algo que esperara con ansias, sino con una mezcla de incredulidad y miedo.

Por suerte, María estaba en Viena, y con ella era más fácil no pensar. Fuimos a nuestro café. El único lugar en el que aún sentía que podía ser yo misma, sin tener que fingir que todo estaba bien. Entramos hablando demasiado alto, discutiendo por una tontería, y yo la seguí con ese cansancio dulce de quien se deja llevar para no caer.

—¡Te juro que te lo dije! ¡Esa película era pésima! Pero claro, tú siempre dices que todo es un arte —protestaba ella, gesticulando con entusiasmo, y yo me reí aunque la cabeza la tenía en otra parte.

Al cruzar el umbral el ambiente cambió. El café estaba lleno, el murmullo era el de siempre, y aun así sentí una quietud extraña. Lo vi en una esquina, sentado de perfil. El uniforme le daba una autoridad fría. La espalda recta, la quietud exacta, incluso sentado parecía de guardia. Su mirada, la que yo recordaba distinta, estaba más dura, más cerrada. Por un instante pensé que estaba viendo a un extraño. La guerra se le había metido en la postura.

Había pequeños detalles que lo delataban, el modo exacto de apoyar la mano, ese cansancio escondido en la mandíbula, ese gesto mínimo cuando se ajustó el cinturón. Esa disciplina empezaba a asfixiarlo desde dentro.

Yo seguí caminando, o fingí que seguía, porque detenerme habría sido admitirlo. Y entonces María lo vio también.

—¿Y ese quién es…? ¿Lo conoces? —dijo en voz alta, con esa alegría indiscreta que tiene la gente que aún cree que el mundo es un sitio simple.

Sentí que la piel me ardía. Como si el café entero se hubiera detenido. Giorg levantó la vista de inmediato. Nos miró. Me miró. La ciudad, la política, la guerra, todo lo que nos había separado volvió a estar entre nosotros, invisible y denso. Y durante un segundo no supe si lo que sentía era miedo, rabia o la pura y estúpida necesidad de no quedarme sola en ese instante.

María eligió el camino que a ella le parecía más divertido.

—Voy a pedir algo —dijo con una sonrisa traviesa, guiñándome un ojo—. Aquí falta aire.

Y sin más se levantó y se alejó, dejándonos con la mirada de los demás y con esa burbuja de silencio que se forma en un lugar público cuando sucede algo íntimo. Me quedé de pie un segundo, descolocada. No sabía si agradecerle a María o odiarla. Y fue peor porque mi cuerpo hizo lo único posible, avancé hacia la mesa, fingiendo normalidad.

Giorg no se movió mucho. Se limitó a observarme, serio, y su silencio pesaba. Me senté lentamente. Y me arrepentí al mismo tiempo.

—¿Tú aquí?

—Me salió, y me maldije por lo obvio y tonto que sonaba. Como si no lo estuviera viendo con mis propios ojos.

—Pasaba por aquí. Quería saber si seguías aquí —respondió Giorg. Su voz era grave, aún marcada por una distancia. No sonaba cruel, sonaba medida, palabra a palabra.

No sabía qué decir. Había pasado mucho tiempo y había demasiadas cosas entre nosotros. Nos quedamos un momento mirándonos, y sentí que él esperaba una reacción, una palabra, quizá un gesto que rompiera el hielo.

En medio de ese silencio me entró el impulso de hacer cualquier cosa. De decir lo primero que me sacara de allí.

—No sé si me gusta mucho el uniforme… —dije, queriendo sonar ligera, y me salió torpe—…pero debo admitir que te veo bien. Mejor de lo que esperaba.

La última parte me salió en un susurro, como si intentara restarle seriedad a lo que acababa de decir. Mi cara seguramente estaba roja por el nerviosismo y la vergüenza. La mirada de Giorg se quedó

clavada en mí por un segundo, analizando mis palabras. Y durante ese instante temí haber dicho justo lo que no debía.

Giorg no respondió de inmediato. Su rostro pasó de la sorpresa a algo más cercano a una sonrisa tímida. No era victoria ni alegría. Solo un respiro.

—Bueno… eso es un consuelo —dijo. Algo en su voz cedió, muy poco—. Pensé que me mirabas con cara de… ¿qué has hecho?

No fue una risa fuerte. Apenas un amago. Pero ese amago bastó para tranquilizarme lo suficiente como para no salir corriendo.

María volvió con las bebidas como si nada, y se instaló a un lado. De vez en cuando se metía en la conversación con alguna frase banal, lo justo para que el silencio no se volviera insoportable, y luego se perdía en el azúcar, en la cucharilla, en cualquier cosa que le permitiera dejarnos espacio.

La conversación, poco a poco, se fue aligerando. Giorg habló de su situación con su exesposa, de cómo todo había cambiado para él. Trataba de sonar objetivo, pero había algo en su voz que no dejaba de sentirse real, una fatiga detrás de las palabras que me apretaba el estómago. Yo escuchaba intentando no mirar demasiado el uniforme, intentando mirar al hombre. Pero era difícil separar una cosa de la otra cuando todo lo que lo rodeaba parecía decir «peligro». Incluso allí, sentado en una mesa de café con una taza delante.

Cuando por fin salimos, María se excusó con una despedida exagerada y nos dejó solos en la calle con el mismo descaro con el que nos había empujado a hablar. Viena estaba gris. La luz de las farolas estiraba sombras en la acera. Todo tenía esa calma tensa de los lugares donde nadie descansa de verdad.

Giorg me acompañó hasta mi casa. Caminamos en silencio durante unos minutos, las palabras ya no parecían necesarias, ni las miradas, y aun así había tensión entre nosotros. Cuando llegamos a la puerta, el silencio se hizo más denso. Giorg me miró, y por un momento pareció que ninguno de los dos sabía cómo despedirse.

Me sentí incómoda, nerviosa. Parecía que todo lo que había dicho hasta ese momento no alcanzara para terminar una conversación que había empezado tan natural. En ese instante, me di cuenta, no

quería que se fuera todavía. No era una decisión ni un plan. Era una necesidad. El impulso de alargar el momento un segundo más. Y lo supe.

Di un paso hacia él para decir algo, pero mis labios se acercaron sin querer. Pensé que iba a hablar, y el roce fue tan rápido, tan inesperado, que me quedé paralizada. Solo un instante, apenas un roce, pero lo sentí todo. El cuerpo llevaba años esperando ese error.

—Oh, no. —Bajé la voz sin querer—. Perdón. No era… no quería…

Giorg se apartó rápido, sorprendido, desconcertado. Por un segundo, lo di por perdido. No había palabras en el aire, solo la tensión de lo que acababa de pasar. Entonces, endurecerse, su expresión se suavizó, y eso me desarmó más que cualquier reproche.

—No… no pasa nada —dijo con un tono tranquilo, como si intentara quitarle hierro a la situación. Su mirada seguía fija en la mía, pero ahora era diferente, la tensión cambió de sitio, en lugar de desaparecer.

—Ha sido inesperado. Nada más.

Y los dos acabamos riéndonos. Yo solté una risa nerviosa, todavía roja. Y él… él sonrió de verdad, aunque fuera solo un segundo.

—Supongo que… —comencé, con una sonrisa avergonzada—…esto no ha sido una despedida normal, ¿eh?

—¿Debería ofenderme? —preguntó, serio.

—No, no… —respondí, todavía colorada—. Solo… no sé qué estaba pensando.

Me vino el impulso de acercarme otra vez. No para repetirlo, sino para quitarle esa torpeza. Mi mano, insegura, alcanzó su brazo, para comprobar que estaba ahí, que era real. Giorg no dio un paso atrás, se quedó quieto. Demasiado quieto. Me miró, sosteniendo algo frágil entre los dos.

—No sé si debo… —dijo, casi para sí.

No sonó a reproche. Sonó a lucha.

Y, dentro de mi cabeza, casi me indignó. ¿En serio dudas? Por Dios… no es un capricho. Hazlo. Ahora. Antes de que yo lo haga por ti.

Esta vez nuestros labios se encontraron con calma. Sabíamos lo que hacíamos. Fue breve, todavía tímido, pero ya no fue un accidente: fue una decisión pequeña. Y peligrosa.

Cuando se separó, nuestras frentes se rozaron un momento, y los dos nos quedamos así, sin hablar. Ninguno sabía cómo seguir, pero en el silencio había algo que nos envolvía. De alguna forma, habíamos cambiado.

—Nos vemos, Anna —dijo Giorg, su voz más suave ahora. La cercanía lo suavizó.

Asentí en silencio, aún sin palabras, mientras lo veía alejarse. El aire de Viena parecía más fresco en ese momento, y yo, un poco confundida pero más tranquila, entré en casa, preguntándome qué había significado ese beso.

Capítulo 11

—Giorg—

Siempre he hecho lo que tocaba. Lo aprendí antes de saber que se podía hacer otra cosa.

En casa, primero. Horarios. Silencios. Formas. Si se caía un vaso, el problema no era el vaso. Era el ruido. Mi padre decía que el ridículo era una debilidad. Yo aprendí a no dar motivos.

Después vino el ejército. Eso fue más fácil. No porque no doliera. Dolía. Pero las reglas eran claras. Firmas. Mueves piezas. No se discute. Si alguien cae, se anota. A nadie le importa lo que piensas por dentro. Y eso, a su manera, descansa.

Luego apareció ella.

No fue un flechazo de esos que cuentan. Fue algo más incómodo. La vi y empecé a fijarme en cosas antes de darme cuenta. Su boca cuando sonreía. Las manos. Cómo miraba alrededor, tomando nota de todo, pero sin miedo. Y me molestó. Porque estoy acostumbrado a mujeres que se mueven como si pidieran permiso. Ella no.

Anna no es delicada en el sentido de adorno. No finge. Cuando te mira, te mira. Y eso da miedo. La forma que tiene de escuchar, aunque no esté de acuerdo. Cómo te deja espacio sin desaparecer.

Cómo a veces te toca el brazo un segundo, sin motivo, con naturalidad. Y lo hace sin pedir nada. Esa es la parte que me descoloca. Su ternura no negocia.

Luego vino el beso. Fue torpe. En mal momento. Y por eso no he podido olvidarlo. No el beso. Lo que vino después. Lo que no supe hacer con eso.

El miedo a que se me note. A no ser yo el que decide cuándo se acaba. A no estar a la altura de lo que ella cree que soy.

Y lo de la edad. Se nota. No hace falta decir cuánto. Se nota en el cuerpo, en lo que uno ha visto. Ella tiene vida por delante. Yo tengo cansancio y un oficio que consiste en callar. A veces la miro y lo

primero que pienso no es deseo. Es: qué hago yo metiéndola en esto.

Porque no es solo que me guste. Es que me importa. Y eso es peor.

En Viena todo estaba demasiado cerca. Su padre. Los conocidos. Las miradas. Una ciudad así no perdona. Un gesto se convierte en historia. Una historia en expediente. Y ella no sabe ser invisible. Aunque lo intente, se le nota la vida.

Entonces llegó Trieste. En los papeles es un traslado. Un destino útil. Pero si soy honesto, Trieste fue una salida. No de la guerra, de eso no se huye, sino de Viena con ella dentro.

Porque si me quedaba, iba a acabar cometiendo un error. De esos que arrastran a otra persona.

Me fui por deber, sí. También por distancia. Para recuperar el control. Para que lo nuestro no fuera inmediatamente público, comentado, usado. Allí también habrá gente mirando, pero no será la misma. No serán los mismos pasillos. Podré respirar sin sentir que cada paso suyo es un riesgo.

Eso no se lo digo a nadie, que acepté Trieste por ella. Porque aquí, si me quedo, acabo rompiendo algo. Y no sé si podré arreglarlo después.

Con ella no me funcionan los cálculos. Todo el control que he aprendido se me va. Y no sé pararlo. No sé si es miedo. O si es otra cosa. Pero es más grande que cualquier enemigo al que me haya enfrentado.

—Anna—

No supe entonces Trieste, iba a convertirse en una grieta. Me enteré después, como se enteran las mujeres de las decisiones que toman los hombres cuando creen que «proteger» es desaparecer, por el hueco que dejan.

No había descanso. Cada día se me hacía interminable. Giorg se había ido. No lo esperaba, aunque en el fondo ya intuía que algo no estaba en su sitio. No hubo despedida, ni una palabra que explicara nada. Solo se marchó. Y no dejó dirección.

Cuando cerraba los ojos lo veía ahí, su rostro contenido, esa media sonrisa que apenas se permitía, el gesto mínimo con el que rozó mi cintura como conteniéndose. Hubo un instante en que creí que

aquello era real, que había algo firme entre nosotros. Después solo quedó el vacío. Y el vacío, cuando no tiene forma, pesa más.

No dormía bien. Cerraba los ojos y lo veía. Abría los ojos y también. Me quedaba mirando esperando oír pasos en la calle, que llamara a la puerta, que todo hubiera sido un malentendido absurdo. Pero la puerta no sonaba.

A veces me levantaba sin saber qué hora era y me quedaba en la cocina, descalza, con frío, como si moverme por la casa pudiera traerlo de vuelta. No tenía hambre. No era que no quisiera comer, simplemente no me acordaba. El cuerpo iba por un lado y la cabeza por otro.

Me preguntaba una y otra vez qué había hecho mal. Si hablé demasiado. Si no dije lo suficiente. Si debí darme cuenta antes de algo que ahora parecía obvio y, sin embargo, no sabía nombrar. ¿Y si para él no fue tan importante? ¿Y si solo yo había construido algo que en realidad no estaba allí?

Lo peor no era que se hubiera ido. Era no saber si había sido real.

Un día, mi madre me encontró llorando en la cocina. La luz entraba por la ventana, pero todo parecía gris, como detrás de un cristal sucio. Me observó en silencio. Siempre había sido así. Sabía cuándo estaba al límite y no necesitaba forzarme a hablar. Su sola presencia me permitió, al menos, respirar.

—Madre… —murmuré entre sollozos—. ¿Por qué se fue?

No entendía qué había hecho mal. Lo busqué, lo esperé… y de pronto no quedaba nada. Ni una explicación.

Ella se acercó con esa calma que no consuela de inmediato, pero sostiene. Apoyó una mano firme en mi hombro y me obligó a mirarla.

—Querida… —su voz era suave—. No podías entenderlo todo entonces. Nadie puede. Hay cosas que no se fuerzan. Él se fue, sí… pero no necesariamente porque no te quisiera. A veces uno se marcha precisamente por eso. Hay luchas que no se ven. Y cuando alguien no sabe lo que le ocurre, lo único que sabe hacer es poner distancia.

Intenté sostener sus palabras. No pude. La incertidumbre seguía ahí, cerrándome la garganta como siempre, sin avisar. Quería

creerla, necesitaba creerla. Pero el dolor ocupaba demasiado espacio.

—¿Y cómo se espera algo así? —pregunté. Me dolía hasta respirar.

Ella no respondió enseguida. Me miró con esa serenidad que nace de la experiencia.

—Te duele porque lo quieres —dijo al fin—. Porque te tocó en un lugar que no sabías que existía. Y eso no se ordena de un día para otro. El amor, cuando es verdadero, no siempre trae calma, a veces trae desorden.

Bajó la mirada un instante antes de continuar.

—No te castigues buscando una culpa que no era tuya. Hay decisiones que los hombres toman creyendo que protegen, cuando en realidad solo están huyendo de lo que no entienden. Eso no hace menos real lo que hubo.

Algo dentro de mí se resistía.

—¿Entonces… debo esperar?

Mi voz sonó más pequeña de lo que me hubiera gustado.

Mi madre esbozó una sonrisa leve.

—No esperes como quien se queda inmóvil frente a una puerta cerrada. Vive. Respira. Sostente. Si lo que compartisteis tenía peso, el tiempo lo pondrá en su lugar. Y si no, también lo sabrás. Pero no te ahogues antes de que el agua llegue.

Asintió despacio. Como quien sella algo sin palabras.

—A veces todo se mezcla y se vuelve niebla. La claridad llega sola, o no.

Sus palabras me alcanzaron, aunque yo no quisiera del todo escucharlas. La esperanza me asustaba tanto como la pérdida. Temía que no volviera. Que el hueco se quedara. Que mi corazón aprendiera a latir alrededor de un espacio vacío que antes tenía nombre.

Sin embargo, en su mirada había una calma que no prometía nada. Tampoco cerraba la puerta. Y fue ahí donde empezó la espera. No como una certeza. Como un cuarto vacío que tendría que aprender a habitar.

Cuando todo empezó a desmoronarse de verdad, comprendí que necesitaba hablar con alguien que no me mirara con esa calma que

duele. Mi madre había hecho lo que podía, pero sus palabras no lograban llenar el hueco que Giorg había dejado al marcharse.

No sabía ya cómo pasar los días ni qué hacer con esa quemazón constante que llevaba por dentro, como si algo me estuviera ardiendo sin llama.

Así que recurrí a María.

María siempre había sido distinta. Más ligera. Más práctica. A veces me preguntaba si alguna vez algo le pesaba lo suficiente como para quitarle el sueño. Cuando la llamé, aceptó enseguida. Su voz sonó normal. La mía, no tanto.

Nos encontramos en uno de nuestros cafés habituales. El ruido de las tazas, el vapor, las conversaciones… todo seguía en su sitio. Dos oficiales ocupaban la mesa del fondo. Hablaban en voz baja y reían demasiado alto. Nadie los miraba. Y yo ahí, detrás de un velo, viendo la vida sin tocarla.

María se sentó frente a mí con su sonrisa de siempre y empezó a hablar del trabajo, de una compañera nueva, del precio absurdo del azúcar. Yo la miraba, pero no la escuchaba. En algún momento debió notarlo.

—Anna, estás en otro sitio —dijo, inclinándose un poco hacia delante—. ¿Qué pasa?

Tardé en responder.

—Se fue.

No necesitaba decir más.

María parpadeó, como si reorganizara la información.

—¿Giorg?

Asentí.

—Sin decir nada.

Ella dejó la cucharilla sobre el plato y se recostó en la silla.

—Bueno… —dijo, con ese tono que pretendía restar gravedad—. Ya sabes cómo es. Complicado. Cerrado. No será el fin del mundo.

La miré fijamente.

—Para mí no fue un pasatiempo.

Suspiró, tomó un sorbo de café.

—Anna, no te pongas así. A veces nos tomamos demasiado en serio cosas que, vistas con distancia… —hizo un gesto vago con la

mano— no eran tan enormes.

Sentí el golpe, aunque su voz siguiera siendo amable.

—¿Demasiado en serio? —repetí—. Se fue sin despedirse. Como si yo no hubiera sido nada.

—Eres joven —dijo, con ternura—. A nuestra edad todo parece definitivo.

Hubo un silencio incómodo entre nosotras.

—No fue un lío —murmuré—. No fue algo que se me ocurrió una tarde. Yo… —me costó decirlo— yo lo quiero.

María me observó unos segundos. No era crueldad lo que había en su mirada. Era incomprensión.

—Quizá él no estaba en el mismo lugar que tú —respondió al fin—. A veces los hombres se asustan cuando las cosas se vuelven… serias.

Aquello dolió más que si hubiera levantado la voz.

—No puedo dormir —dije—. No como. Todo me recuerda que se fue. ¿Eso también es exagerar?

María sonrió. Esa sonrisa suya que normalmente arreglaba cualquier desastre.

Y, por primera vez, no arregló nada. Esta vez no.

Era la sonrisa de quien cree estar hablando de fiebre cuando tú estás hablando de amputación.

—Respira —dijo—. No conviertas esto en tragedia antes de tiempo.

Asentí por pura inercia. No tenía fuerzas para discutir. Pero por dentro algo se revolvía. ¿Cómo explicarle que no estaba llorando solo por un hombre, sino por la forma en que mi cuerpo había empezado a creer en algo? Que no era el final lo que me dolía. Era la promesa que apenas había empezado.

María siguió hablando, más ligera, como si ya hubiera pasado. Yo la escuché como se escucha a través de una puerta cerrada, las palabras claras, la mente en otra parte.

El dolor se quedó. No se hizo más pequeño. Simplemente aprendió a quedarse.

Aquella tarde salimos a la calle como si nada hubiera ocurrido. María comentó el frío, el pan escaso, la gente que pasaba demasiado deprisa. Yo asentí con la cabeza correcta y la mirada equivocada.

Tardé tiempo en verlo, el duelo no siempre llega como un golpe. A veces simplemente se queda a vivir contigo.

Capítulo 12

Giorg se fue. No saber qué hacer con mi vida, ahora me consumía. Había pasado más de un año, y ya era desgaste. Tener que acostumbrarse a ese vacío, sabiendo que todavía seguirá cuando te despiertes.

Lo supe por un rumor, su nombre dicho en una conversación ajena, con ese tono de «ascenso», «mérito», «importancia». Y lo primero que pensé fue que debía de ser otro. Alguien con su mismo apellido. Un error. No lo era.

Decían que había diseñado una mejora para los submarinos. Algo que hacía que avanzaran casi sin ser oídos. Yo no entendía de acero ni de hélices, pero entendía el tono con el que lo pronunciaban, respeto. Casi reverencia.

Recuerdo cómo Giorg siempre hablaba de orden y control, y de la necesidad de hacer las cosas bien, no por obligación, sino porque debía ser perfecto. Su habilidad para encontrar soluciones técnicas que mejoraran lo que parecía inmejorable lo había colocado en una posición clave. Y él se convirtió en una pieza esencial dentro de la estructura militar, no solo por lo que sabía, sino por cómo gestionaba proyectos delicados con una eficiencia implacable.

No tardé en comprender que ya no era un oficial más. Su nombre circulaba con naturalidad entre quienes mandaban. No ejecutaba órdenes, las firmaba. Y esa diferencia, aunque nadie la explicara, se notaba en la forma en que entraba en una habitación.

Cuando regresó, no era el rango lo que me inquietaba. Era la distancia. Seguía siendo él, pero con una pared nueva entre los dos. Un hombre que hacía bien las cosas. Siempre. Y aunque eso era algo que siempre había admirado, me di cuenta de que lo que más me había atraído de él, al principio, era otra cosa. La vulnerabilidad. Esa pequeña posibilidad de que también pudiera romperse.

No sabía qué lugar ocupaba yo ahora en su vida. Y esa duda me incomodaba más que su ausencia.

Era un día gris, como tantos otros en Viena. El café al que siempre solía ir estaba casi vacío, con solo un par de mesas ocupadas por clientes habituales. Como de costumbre, me senté junto a la ventana, esperando a María. Las tazas de porcelana sonaban a lo lejos, el murmullo de conversaciones ajenas llenaba el fondo. Todo parecía normal. Hasta que se abrió la puerta.

Un viento frío entró y, a través de la puerta, lo vi. El corazón se me paró. Lo primero que noté fue su postura, esa misma firmeza que me había deslumbrado, pero ahora distante, reservado. Era Giorg, pero no el mismo. Hasta que llegó a mí. Un segundo. Dos. El ruido del café siguió ahí pero yo no lo oía.

No era posible. No después de tanto tiempo. Y, sin embargo, allí estaba. Después de todo lo que había ocurrido. Llegó hasta mi mesa y se detuvo un momento, mirándome la cara, calibrando si debía hablar o no. Finalmente, con una leve sonrisa, dijo:

—¿Anna?

Su voz sonó distante. Y familiar. Las dos cosas a la vez, que era lo peor. En ese «Anna» estaban los meses. Todo lo que no se había dicho.

—Giorg. —Mi respuesta fue automática, pero mi voz tembló. No pude evitarlo. Como si los dos años no hubieran servido de nada.

Él se sentó frente a mí, en la silla que solíamos compartir. La distancia entre nosotros ya no era solo física. Había algo en sus ojos, una mirada fría y reservada, que me hizo darme cuenta de que él no era el mismo. Y, por alguna razón, eso me hirió aún más.

—Hace mucho que no nos vemos… —dijo, rompiendo el silencio.

La frialdad de su tono me descolocó, como si habláramos de algo trivial, de algo sin peso.

—Sí. Mucho tiempo. —Lo dije despacio. Midiendo. Como si una palabra de más pudiera empujarlo hacia la puerta.

Entonces cayó entre nosotros un silencio incómodo. El café seguía sonando al fondo, pero allí, en esa mesa, todo se sentía pesado. Yo noté que me iba a salir una frase grande, de esas que no tienen vuelta, y la apreté contra los dientes hasta que dolió. No le grité. No por educación. Por instinto.

El miedo a que se levantara otra vez, a que desapareciera con esa calma suya, me dejó quieta. Sentí el impulso ridículo de decir «bien» antes incluso de que preguntara, como si una palabra pudiera tapar el hueco. Así que respiré despacio y lo miré a los ojos sin darle nada todavía, ni el reproche, ni el alivio, ni el espectáculo.

Él no dijo nada. Se limitó a mirarme, y yo me sentí aún más incómoda. Y más atraída, todo a la vez.

—¿Cómo has estado? —preguntó, sin emoción.

—Bien —respondí.

Me esforcé por decirlo con convicción, pero sabía que no era verdad. ¿Cómo podía haber estado bien sin él? ¿Y él? ¿Cómo estaba él? ¿Qué lo traía de vuelta? ¿Por qué regresaba ahora? Pero no dije nada más. No quería que viera mi fragilidad.

Pero lo tenía ahí, delante, con esa mirada confiada de antes, y todo lo que había intentado entender sobre nosotros volvió, vertiginoso.

Al final, fue él quien rompió la quietud:

—Te he echado de menos. —Casi en voz baja. Luego me miró—. No debería estar aquí.

No supe si hablaba del tiempo o de algo más. Tampoco pregunté. ¿Buscaba excusas o realmente se arrepentía? No lo sé. Entonces no lo sabía. El corazón me latía demasiado fuerte para pensar con claridad.

Pero, aunque mi mente quisiera negarlo, en mi pecho se encendió una chispa de esperanza que no pude apagar. ¿Qué significaba eso? ¿De verdad me había echado de menos? Y si era así, ¿por qué no había vuelto antes?

Fue un juego de miradas, de palabras no dichas, de recuerdos que resurgían de entre las sombras del pasado. Giorg ya no era el hombre que había dejado mi vida, y yo ya no era la misma mujer que se había quedado esperando.

Pero ¿y si aún quedaba algo? ¿Había algo que pudiéramos reconstruir a partir de las ruinas de lo que una vez fuimos? Esa fue la pregunta que me dejó el encuentro. Sin respuesta. Como casi todo lo que tenía que ver con él.

Giorg había vuelto. Había vuelto. No podía dejar de repetirlo. Si dejaba de pensarlo, era como si pudiera deshacerse. Giorg. Aquí. En

Viena. Delante de mí. Sentía una risa absurda queriendo salírseme por la boca y, al mismo tiempo, un miedo ridículo apretándome el pecho. Era alivio con vértigo dentro. Si respiraba demasiado fuerte, podía evaporarse otra vez.

Entré en casa casi sin tocar el suelo. Cada paso era más rápido que el anterior, como si algo me empujara desde dentro. Me latía el corazón en los oídos. No sabía si estaba feliz o simplemente desbordada. Todo había pasado tan deprisa que parecía inventado. Me había mirado. Me había hablado. Había dicho mi nombre como antes.

Cerré la puerta con un golpe seco y me quedé apoyada en ella, riéndome sola, con esa risa que no sabes muy bien de dónde sale. No me importaba el ruido. No me importaba nada. Sentía el cuerpo ligero, eléctrico, como si hubiera corrido bajo la lluvia.

«Me ha echado de menos. Lo dijo. Lo dijo de verdad».

Y esa frase, tan simple, lo llenaba todo. Parecía que no hubiera pasado nada. Como si lo nuestro no hubiera sido un error, ni una fantasía, ni una tontería mía. Estaba vivo otra vez. Todo. Nosotros. Y yo también.

Me dejé caer en el sofá, incapaz de quedarme quieta, como si mis piernas no pudieran sostenerme. Mi corazón seguía latiendo rápido, mi respiración se aceleraba. Mi mente daba vueltas sobre sí misma, todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. Pero lo que más me sorprendía era eso, que estaba bien. Que estaba más que bien. Como si alguien hubiera abierto una ventana que llevaba meses cerrada. Él había vuelto. Y me había echado de menos. Las dos cosas a la vez.

Mi madre me miraba desde la puerta del salón. No dijo nada. No hacía falta. Llevaba escrita en la cara toda la entrada, los pasos, la puerta, la risa sola. Me conocía demasiado bien.

No podía dejar de sonreír aunque intentaba calmarme. Sabía que no era tan sencillo, que nada estaba resuelto. Pero el cuerpo no atendía a razones. Estaba feliz. Estaba viva. Y hacía mucho que no me sentía las dos cosas a la vez.

—¿Qué pasa, querida? —me preguntó mi madre, notando mi energía, mi forma de moverme como un torbellino.

—¡Él está de vuelta! —le dije, casi riendo, y las palabras me salieron atropelladas.

No me alcanzaban las palabras.

Ella me miró más de lo necesario. No preguntó. No sonrió. Fue esa clase de silencio que no juzga, pero tampoco celebra. Y en ese gesto entendí que nada de lo que estaba sintiendo la sorprendía. Y de pronto el caos dejó de asustarme. Seguía ahí pero ya no parecía un abismo. Si él estaba de vuelta, entonces nada estaba del todo perdido. Y eso, para mí, era suficiente.

Había pasado tiempo desde el café. Desde que nuestras miradas se cruzaron y el ruido del mundo se volvió pequeño por un momento. Giorg había vuelto a Viena. Yo había intentado no pensar demasiado en eso. No había funcionado. El reencuentro había dejado una marca, y las palabras que ninguno de los dos había dicho seguían ahí, ocupando sitio.

No esperaba que viniera. Pero vino. A mi casa. Con un motivo oficial que los dos sabíamos que era solo la excusa. Su misión en Viena no solo era profesional. Había otra cosa que tenía que ver con él mismo, algo que no podía seguir ignorando. Había venido a hablar conmigo, tal vez para explicar lo que nunca había dicho, tal vez para aclarar lo que habíamos dejado sin resolver.

Mi madre lo sabía antes que yo. No preguntó. No dijo nada. El espacio entre nosotros dos se había estrechado con el paso de los días, y aunque ella no decía una palabra, el hecho de que ella hubiera decidido salir sin darme detalles me decía todo lo que necesitaba saber. Me dejaba sola con él, para lo que fuera.

La casa estaba en silencio, y el ruido de pensamientos era lo único que podía escuchar. Cuando entré al salón, él estaba allí, de pie junto a la ventana, mirando hacia afuera. Su postura era tan firme, tan decidida, que me hizo sentir de inmediato la distancia que aún había entre nosotros. No lo reconocía del todo, aunque su presencia me resultaba familiar. Pero era distinto. Algo que no se veía, pero se sentía.

Al dar ese primer paso, mi corazón se aceleró. Giorg ni siquiera se giró al escucharme.

Su mirada seguía fija en la ventana, como si no quisiera enfrentarme directamente. Me quedé allí, observándolo, esperando que hablara. Pero no lo hizo. La espera, ese silencio tan incómodo, parecía durar siglos. Finalmente, él rompió el silencio.

—Anna.

—Tardó un segundo en seguir. —Me fui sin explicarte nada. Eso no estuvo bien.

Esas palabras me desarmaron. Lo miré por fin. La postura seguía siendo la misma, recta, controlada. Giorg parecía más vulnerable de lo que me había imaginado. O quizás el mismo con menos sitios donde esconderse. Quería saber, necesitaba saber. Pero el miedo me detuvo un segundo.

Me quedé de pie, sin saber qué hacer o decir. Finalmente, respiré profundo, casi como si necesitara un momento para calmarme, para poder enfrentar lo que venía.

—¿Por qué ahora? —pregunté, tratando de mantener la calma—. ¿Por qué después de todo este tiempo, Giorg?

Él se giró lentamente, sus ojos finalmente se encontraron con los míos. Me di cuenta de que no estábamos allí solo por las cuentas pendientes. Estábamos allí por todo lo que habíamos ido guardando, uno frente al otro, durante años. No hubo una explicación clara. Fue otra cosa. Una mirada, un cruce. Pero aún había mucha distancia para cruzarla así.

El aire dentro de la casa estaba cargado de una tensión que crecía con cada segundo que pasaba. Giorg estaba allí, tan cerca de mí, y tan lejano.

Lo que más me inquietaba no era su presencia, ni siquiera el hecho de que se hubiera presentado en mi casa, sino el silencio que lo rodeaba. Giorg era un hombre de pocos gestos y muchos detalles. Se movía con precisión, con una calma que parecía tener el control sobre todo.

Al principio no dijo nada más, pero sus manos. Había estado quieto tanto tiempo que de repente, con una lentitud calculada, empezó a quitarse los guantes. Dedo a dedo. Demasiado despacio para ser casual. Al hacerlo, borraba la distancia entre nosotros.

Me sorprendí mirando sus dedos. Había algo en su forma de moverse que me resultaba hipnótico. El guante se deslizó y dejó al descubierto unos dedos largos, hábiles, llenos de una firmeza contenida.

Mientras él se quitaba el guante, mi atención se fue a su cuello, tenso, forzado por el uniforme. Una rigidez que me atraía tanto como me inquietaba. Su cuerpo estaba disciplinado, pero había algo en su respiración, algo distinto. Un suspiro suave se le escapó cuando se giró un poco hacia mí. Ese control que había mantenido empezaba a quebrarse.

Sus ojos me recorrieron. Se detuvieron un segundo donde no debían. Apenas eso. Suficiente. No dijo nada. No hacía falta.

Se dio cuenta de lo que había hecho y se apartó rápido. La intensidad de ese momento quedó suspendida en el aire. No hubo palabras. Ninguna. Solo un instante que se alargó como un susurro que no se atrevía a romperse. Fue entonces cuando habló, y su voz, baja y exacta, se desvió hacia mi nombre.

—Anna.

—Solo eso. Su voz, tan disciplinada siempre, titubeó apenas al pronunciarlo. Un quiebre pequeño. De los que él no se permite.

Su tono me desconcertó. No fue lo que dijo. Fue cómo. Como si ya no controlara del todo lo que salía. Esa pequeña fisura bastó. El corazón más rápido, la respiración sin ritmo. El silencio entre nosotros pesando como siempre.

No sabía si esa distancia era voluntad o defensa. Probablemente las dos. Solo sabía que no era indiferencia. Y eso bastaba para desordenarme.

Giorg dio un paso hacia mí, pero su movimiento fue tan medido, tan preciso, que casi sentí que cada uno de sus gestos estaba calculado. No fue un paso impulsivo, sino una acción contenida.

El roce, cuando finalmente ocurrió, fue tan suave que ni siquiera supe si había sido a propósito. Su dedo rozó mi palma, un instante de contacto que se sintió eléctrico y que desapareció tan rápido como llegó. Ninguno cruzó la línea. Pero los dos sabíamos exactamente dónde estaba.

Él no se movió, ni un músculo. Su mirada seguía fija en mí, más intensa que nunca. Sentí su respiración cercana, esa distancia era la última barrera. Y entonces, algo cambió.

Giorg dio otro paso hacia mí, pero fue un paso prudente, casi formal. La casa no era un lugar neutro, tenía memoria, tenía normas, tenía oídos invisibles. La distancia entre nosotros se redujo lo suficiente para que pudiera sentir su presencia, pero no lo bastante como para borrar el decoro.

Su mano se alzó lentamente hasta mi rostro. No con urgencia, sino con una delicadeza que me sorprendió. Sus dedos apenas rozaron mi mejilla, comprobando que yo fuera real y no un recuerdo que hubiera decidido enfrentarlo. Me obligó a mirarlo, con una firmeza serena.

Se inclinó un poco. Yo contuve la respiración.

Por un instante pensé que me besaría, y ese pensamiento me atravesó entera. Pero no lo hizo. Sus labios se detuvieron cerca de mi frente, demasiado cerca, y luego descendieron apenas para dejar allí un beso correcto.

Fue un gesto sencillo. Sin urgencia. Sin desorden. Todo lo contrario de lo que yo sentía.

—No quiero que esto empiece mal —murmuró, con una voz baja que no pedía disculpas, pero tampoco se imponía.

Cuando se apartó, volvió a colocar la distancia exacta entre nosotros. Yo sentí el pulso acelerado, la emoción aún vibrando bajo la piel, pero también entendí que no era frialdad, era cuidado.

Y, en cierto modo, esa contención me conmovió más que cualquier arrebato.

Giorg me miró, y en sus ojos, ya no había más barreras. Estaba divertido, pero también desbordado por la situación. Algo había cambiado en él, y aunque la sonrisa seguía en sus labios, había un destello de vulnerabilidad.

—Tienes mucho que aprender, Anna.

—Lo dijo sin dureza. Eso fue lo que me descolocó.

Desde que volvió, nada quedó en su sitio. No porque hiciéramos nada escandaloso, sino porque ya no podíamos fingir que no había pasado. No lo hablábamos. Pero se notaba en lo práctico, en cómo

me miraba un segundo más de la cuenta, en cómo yo me quedaba quieta cuando él entraba, en lo rápido que se me iba el pulso por tonterías. No éramos novios, no éramos nada definido. Pero los dos sabíamos que ya no éramos lo mismo…

Para cuando empecé a ver lo nuestro como un noviazgo, aunque ninguno de los dos se atreviera a usar la palabra, ya había pasado un mundo. Las semanas se mezclaban, los meses también. Giorg esquivaba cualquier promesa y yo dejé de pedirlas. Tampoco teníamos prisa. Funcionábamos bajo un pacto de silencios y rutinas compartidas.

Cada encuentro tenía su propio límite, una mirada que duraba un segundo más, una frase a medias, un silencio que me dejaba la piel atenta. Giorg ponía los suyos con la misma precisión con la que ordenaba sus papeles, y yo aprendía a no empujar donde sabía que no iba a ceder. Hasta que lo empujaba igual. Lo inquietante no era él. Era verme a mí cambiando, empezaba a obedecerle por dentro antes de decidirlo.

En la oficina de Giorg el frío entraba por las juntas de la ventana y se quedaba en los dedos.

Dentro solo se oía el papel y ese silencio suyo: control. Giorg se refugiaba en el trabajo. Entre él y yo quedaba lo justo, distancia y deseo. Esa tarde lo rompí.

Su oficina no era una habitación, era su frontera. Todo allí dentro obedecía. Los papeles en fila y el silencio en su sitio. Por eso me tembló un segundo la mano cuando vi la puerta entreabierta. No era «entrar a una oficina». Era entrar en el sitio donde él no cedía. No llamé. Empujé despacio, la duda era si estaba abierta… o si solo lo parecía.

Al entrar, el sonido de la puerta cerrándose detrás de mí resonó como una advertencia en el aire. Giorg estaba de pie junto a su escritorio, mirando algunos papeles. Su postura era la de siempre, firme, disciplinada, pero algo en su expresión cambió cuando me vio.

—Anna… —dijo, y la voz le salió baja, controlada. La mirada, no. Sus ojos lo delataban, me había estado esperando, aunque no lo dijera en voz alta.

Yo no respondí de inmediato. Mis ojos recorrieron la oficina, y me sentí como una intrusa. Pero la tensión que había acumulado en días, semanas, no se borraba solo con una mirada.

Me acerqué lentamente, sin decir nada. Y me senté en el borde del escritorio, cerca de él. Demasiado. Mis manos se apoyaron sobre sus papeles, ya no me importaba la distancia.

Giorg me miró, pero no se movió. Se quedó rígido, luchando por no moverse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin reproche, con una seriedad desconcertante.

—Vine a verte. Respondí sin bajar la mirada, inclinándome hasta sentir el calor de su cuerpo, el aroma de su uniforme, ese que me volvía loca sin tocarme.

Me empujaba hacia él sin saber por qué. Estaba en su espacio, el lugar donde siempre tenía el control, pero yo sabía que esa tensión ya no se podía ignorar. El primer beso fue un aviso. Aquello ya no admitía vuelta atrás.

Me acerqué despacio, como si cada paso fuera una provocación. Luego me senté en su regazo. Antes de arrepentirme. Giorg no reaccionó al instante, pero sus manos se posaron en mi cintura con una firmeza que me recordó que él seguía marcando los límites. No eran manos de amante, me sujetaban como si yo estuviera bajo su límite y él no pudiera permitirme ir más allá.

Su mano ascendió despacio, con una precisión que me desarmó. Se detuvo en ese punto exacto, cuando el cuerpo empieza a tirar de ti pero la razón todavía te frena… No avanzó. No retrocedió. Se quedó allí, firme, recordándome que el límite no lo marcaba el deseo, sino él.

La distancia entre nosotros era mínima. Nuestros cuerpos se rozaban con una insistencia casi involuntaria, el espacio no alcanzaba. El uniforme, rígido y exacto, se interponía como una segunda piel que no estaba hecha para ceder, pero el calor atravesaba la tela, la disciplina, el orgullo.

Su mano en mi cintura no me atraía ni me apartaba, me mantenía suspendida en ese límite donde el deseo empieza a perder el equilibrio. Cada roce era una advertencia silenciosa, hasta aquí. Yo

intentaba acercarme, el abandono que mi cuerpo pedía con una claridad que me avergonzaba y me excitaba. Él respondía ajustando apenas la presión de los dedos. Mi respiración se desordenó, el pulso me golpeaba el pecho, y el calor se volvió una quemadura lenta que no encontraba alivio. Esa contención, esa negativa a ceder cuando todo parecía empujarnos a hacerlo, me deshacía más que cualquier caricia abierta.

—No aquí. —Su voz, aunque fuerte, sonaba rota, como si estuviera luchando con algo dentro de sí. Se apartó con gesto rígido, recuperando esa distancia que el uniforme le exigía. Y yo me quedé con el vacío que dejó su boca.

—No ahora —dijo. La respiración ya no le obedecía. La mano en mi cintura apretó más.

Sentí el deseo subir como una fiebre lenta, imposible de disimular. Me incliné hacia él, buscándolo de nuevo, deseando que rompiera el límite. Pero su control fue más fuerte.

—No entiendo por qué siempre paras —dije—. Yo no quiero parar.

Por aquel entonces no sabía que esperar es la forma más difícil de amar.

Giorg me apretó la cintura hasta casi hacerme daño.

No era la primera vez que nos deteníamos en ese mismo punto. Meses acercándonos hasta que la situación se nos iba de las manos y, justo entonces, la disciplina lo rescataba. Yo ya reconocía el modo en que se le tensaba la mandíbula cuando estaba a punto de ceder, él sabía que mi insistencia no era capricho, sino hambre de cruzar una línea que llevábamos meses fingiendo que no existía. Aquella tarde no pedía solo un beso.

Giorg bajó la vista, no a mis ojos, sino a mis manos. Las tenía entrelazadas, como si rezara.

—No quiero que esto sea un momento que luego tengas que olvidar —dijo eso, y se quedó en silencio.

Me soltó las manos, pero no se alejó. Se frotó la nuca, un gesto que nunca había visto en él.

—No quiero hacerte daño. Y no sé cómo evitarlo.

—¿Y si yo quiero que no seas tan cuidadoso? —dije, sin pensarlo.

Sonrió, pero fue una sonrisa torcida, casi amarga.

Hizo una pausa. Luego, como si le costara arrancar las palabras:

—Anna… no es solo por mí. Es por ti.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero que llegues al matrimonio como… como se espera. Sin que nadie pueda decir nada. Sin que tú luego tengas que arrepentirte.

—¿Y si yo no me arrepiento?

—Yo sí —dijo, tan bajo que casi no lo oí—. Me arrepentiría de no haberte esperado. De no haberte dado eso, al menos.

Se quedó en silencio. Luego, casi como un susurro:

—No es solo tradición. Es… una forma de decirte que no quiero que esto sea algo que luego te pese. Quiero que sea nuestro. Y quiero que sea correcto.

Lo que Giorg dijo me dejó sin palabras, porque, en el fondo, había algo que me hacía sentir… extrañamente feliz. Claro, mi cabeza gritaba que debía no darme por vencida tan fácilmente, que este control de él sobre mí era algo que no debía aceptar tan alegremente. Pero mi corazón, esa parte que no tenía voz en las conversaciones, estaba completamente de acuerdo con él.

Tardé unos segundos en entender lo que acababa de decir. Matrimonio. Me había dicho matrimonio. Yo estaba tan ocupada queriendo otra cosa que casi se me pasó.

Me estaba diciendo que me esperaba.

En nuestra época eso era una declaración. El amor no se decía, se demostraba con intención, con honor, con futuro. Y en sus palabras había, torpemente, todo eso.

Era lo que todas queríamos. Lo que nos habían enseñado a esperar, lo que significaba que alguien te quería de verdad. El compromiso. La promesa. Un futuro con nombre.

Él lo había dicho en términos casi posesivos. Y aun así, o precisamente por eso, me había parecido romántico. No se lo dije. Algunas cosas son más seguras guardadas.

Me incliné hacia él, y mi respiración se aceleró. Sentí el calor de su cuerpo, ese control que siempre tenía sobre nosotros, y algo dentro de mí se desbordó.

—Entonces… ¿me estás diciendo que me quieres para ti? —Me salió con una sonrisa que no había pedido permiso—. ¿Legalmente?

Se me escapó una risa. Intenté no dejarme ir. Pensar que podía quererme así, tan suyo y tan contenido a la vez, me tranquilizaba.

—Si esperas… es porque te importa —dije, casi para mí.

Le sostuve la mirada un segundo.

—Y eso… Y eso me gusta.

Mi corazón latía rápido. Por fin comprendía lo que había detrás de su silencio, eso que a él le costaba tanto soltar.

Pero, Giorg… —dije, inclinándome más—. ¿Y si te digo que no quiero esperar tanto?

Giorg me miró un momento. Esperaba que me callara. Y me besó para cortarme. El beso fue suave, pero firme, como si quisiera callarme, pero también respetarme. Cuando me separó, me miró con una leve sonrisa en sus labios, como si se divirtiera de alguna manera, pero sin perder el respeto.

—Deja de hablar, Anna —dijo, y su tono, aunque serio, llevaba consigo un tacto que me hizo sentir segura, como si el control que él ejercía sobre ambos estuviera basado en un profundo respeto hacia mí.

Pasaron los días.

Las calles del mercado estaban abarrotadas. Voces de vendedores, niños correteando, el olor a especias y a ropa húmeda mezclado con el humo de algún brasero. Caminábamos entre los puestos, pero Giorg no veía nada de eso. O lo veía todo, que era peor. Siempre recto, la mirada fija, escaneando cada rincón como si el peligro pudiera saltar desde cualquier esquina.

A su lado yo me sentía más observada que acompañada.

Era molesto. Él siempre alerta, siempre mirando por encima de mi cabeza hacia algo que yo no veía. Y yo ahí, sintiéndome cada vez más invisible. No quería ser un perímetro que vigilar. Quería que me mirara. Solo eso. Como se mira a alguien que importa y no a alguien que hay que proteger de sí mismo.

Entonces, se me ocurrió. Si él quería ser tan vigilante, le daría algo que vigilar.

Caminamos junto a un puesto de frutas y, de repente, me detuve, mirando a Giorg con intensidad. Me acerqué a él. Lo justo para incomodarlo. Me miró confundido, con una ceja levantada, preguntándose qué estaba pasando.

Con toda la seriedad que pude, me incliné hacia él, casi para contarle un secreto importante. El ruido de la ciudad y los vendedores seguían a nuestro alrededor, pero en este momento, me dio igual el ruido.

—Capitán —susurré con un tono bajo y conspiratorio, como si estuviera a punto de revelarle un código secreto de espionaje. Él se acercó un poco más, quizás esperando algo serio.

—El cargamento de medias de seda de contrabando ha sido entregado en el almacén B, pero el agente enemigo de la pescadería tiene un mensaje codificado en los pimientos. La contraseña es que te ves ridículo con ese sombrero.

No podía evitarlo. Me estaba tragando la risa. Lo había dicho con tanta seriedad, con la misma intensidad de un espía de película, y la confusión en los ojos de Giorg fue inolvidable.

Al principio, Giorg no dijo nada. En su cara pasó de todo, confusión absoluta, y luego una ligera alarma. Su cerebro, siempre tan entrenado para encontrar lógica en cada palabra, comenzó a procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Medias de seda? ¿Pimientos? —murmuró, pero no podía dejar de mirar a su alrededor, buscando algún agente enemigo en algún rincón. Estaba perdiendo el control, y eso era justo lo que había buscado.

Mis ojos brillaban de diversión, y me mantuve tan seria como pude, aunque sentía que me estaba ahogando en mi propia risa interna.

Giorg, desconcertado, comenzó a mirar a la gente que nos rodeaba. Sus pensamientos trabajando en silencio, intentando encontrar la lógica. Las «medias de seda» y los «pimientos» no encajaban en ningún código que él conociera. Por un momento, me quedé esperando, mordiéndome el interior de la mejilla. Y cuando lo vi mirar hacia los puestos, casi como si esperara que alguien se acercara con un sobre lacrado, no pude más.

Al final, Giorg se rindió. Su mirada cambió, y aunque aún mantenía la postura rígida, una sonrisa se asomó a sus labios, pero era más una sonrisa de incredulidad que de diversión.

Nadie en su sano juicio usaría pimientos como código secreto. Una pausa.

—Eso espero —dijo, con una leve risa que, aunque contenida, parecía que se había rendido.

La tensión aflojó. Yo lo descoloqué. Y entonces dejó de sonreír. Su mano se cerró sobre mi brazo, firme, sin violencia. Me llevó a un rincón estrecho, lejos del flujo de la multitud. No dijo nada hasta que estuvimos solos.

Entonces me miró cansado de contener algo que yo me empeñaba en provocar.

—No puedes seguir haciendo esto, Anna —dijo, su voz baja, con una autoridad que me hizo sentir pequeña, sin escape. Sus ojos recorrían mi rostro, pero yo no podía pensar en nada más que en él, en su cercanía.

Cuando sus labios encontraron los míos no hubo explosión, hubo una ruptura silenciosa. Me sostuvo contra la pared con una firmeza decidida, y durante un segundo todavía intentó contenerse. Pero cedió.

No fue elegante ni calculado. Fue profundo, sostenido, cargado de todo lo que habíamos evitado durante meses. Su mano en mi cintura ya no medía la distancia, la afirmaba. Y aun así, en medio del arrebato, seguía conteniéndose por dentro. Lo sentí en sus dedos tensos, en la respiración rota contra mi boca.

Cuando se apartó, no dio un paso atrás. Su frente quedó casi rozando la mía. El mercado seguía murmurando a nuestro alrededor, pero allí, en ese rincón, todo se movió.

Lo miré, todavía sin aliento.

—No juegues conmigo —susurré, casi enfadada y casi a punto de llorar al mismo tiempo—. Yo no sé jugar a esto.

Tragué saliva.

—Dime que es de verdad.

Él no respondió. Solo me sostuvo la mirada.

Capítulo 13

La propuesta de Giorg de casarse conmigo había quedado flotando en el aire, entre el deseo y la responsabilidad. Sus palabras que me hicieron sentir confusa y emocionada al mismo tiempo. Pero había un detalle que Giorg no había mencionado. El más importante.

Mi padre.

Era una tradición. Aunque ya estábamos viviendo en tiempos donde las costumbres y los valores familiares comenzaban a desmoronarse, la idea de pedir permiso al padre era aún algo que Giorg, con su formalidad y rigidez, no dejaría pasar.

Después de su propuesta, Giorg apareció en nuestra casa, como siempre tan serio y disciplinado. Pero esa tarde era distinto. Su paso era más firme, como si estuviera tomando una decisión más grande que cualquier otra que hubiera hecho antes.

Lo vi hablar con mi padre, en el salón de la casa. Mi madre no estaba cerca, ella siempre se mantenía en un segundo plano, reservada. Podía escuchar sus voces, bajas, pero formales.

Giorg no podía hacerme una propuesta sin hablar antes con mi padre. Lo sabía él. Lo sabía yo. Era el respeto. Dos hombres de una misma generación, con un mismo código. Esas cosas no se saltaban.

No debía estar allí, pero tampoco podía irme.

La puerta estaba entornada y, entre el marco y la sombra, veía el perfil de los dos hombres, mi padre y Giorg. Uno me había enseñado a comportarme. El otro venía a pedir mi mano. Mi padre, aunque severo en apariencia, no era un hombre difícil de tratar. Pero Giorg tenía una autoridad natural, que hacía que incluso mi padre lo tratara con respeto.

—Señor —dijo—. No vengo a hablarle de sentimientos. Vengo a hablarle de responsabilidad. Su hija me importa. Y sé lo que eso exige. Si me permite, me gustaría pedir la mano de su hija, Anna.

Mis ojos se abrieron un poco al escuchar esas palabras. Aunque ya lo intuía, escuchar a Giorg hablar tan formalmente hizo que todo se

volviera más real, más serio de lo que había imaginado. En su voz no había duda, solo determinación.

Mi padre, siempre tan firme y con una postura recta, lo miró durante un largo momento. No respondió enseguida. Lo evaluó en silencio. Finalmente, habló con su tono grave, ese que solo usaba cuando algo realmente importaba.

—Giorg, no soy un hombre que tome decisiones a la ligera —dijo mi padre, y su voz sonaba respetuosa pero también imponente—. Entiendo que la situación en Viena está cambiando, y que las cosas son inciertas. Mi hija es joven, pero ha mostrado siempre responsabilidad. Si estás dispuesto a tomar esa responsabilidad, te doy mi permiso. Pero, si no es así, le ahorrarás a ambos el dolor de una promesa no cumplida.

El silencio fue largo, y mi corazón me latía a mil por hora. Mi padre no buscaba una promesa vacía, solo algo real. Sabía que Giorg entendía lo que se esperaba de él.

Finalmente, Giorg asintió con seriedad, su expresión no cambió, sus ojos mostraban decisión.

Giorg sostuvo la mirada de mi padre. No parpadeó.

—No sé si podré asegurar nada en una guerra —admitió con honestidad—. No sé si volveré. Pero no la dejaré sola. Eso lo prometo.

Mi padre hizo un leve gesto de asentimiento, y me sorprendió cuando se levantó y ofreció su mano. Giorg la tomó con seriedad, pero también con algo de gracia.

—Entonces, cuente con mi respeto. Le doy mi bendición —dijo mi padre, y aunque su tono seguía siendo serio, no había rechazo en él.

Yo, detrás de la puerta, sentí una mezcla de alivio y miedo. Lo que parecía un compromiso con el destino también estaba entrelazado con una incertidumbre que me pesaba. Sin embargo, este era el paso hacia Trieste, hacia un futuro que no podíamos predecir, pero que de alguna manera nos unía más que nunca.

La conversación con mis padres había sido difícil, pero no tan difícil como lo que venía ahora, su propia familia. Sabía que la presión social y familiar sobre él no era algo que pudiera ignorar. Ser noble significaba que las decisiones, incluso las más personales, se veían

bajo el lente de la sociedad, de lo que era apropiado para su estatus.

Giorg llegó a la casa familiar tenso, la mandíbula más marcada. Sabía que su familia esperaba algo diferente, quizás una alianza con una familia igual de poderosa o de influencia, alguien de su mismo estatus. Entró al salón de su casa, donde sus padres ya lo esperaban. El ambiente estaba cargado de formalidad, con la atención puesta en él, como siempre había sido.

—Giorg, hijo, ya dijiste «sí» una vez —murmuró—. Sabes mejor que nadie cuánto pesa.

—Casarte otra vez no es solo cosa tuya. Nos afecta a todos. Piensa bien lo que haces.

Su madre, como siempre, estaba preocupada por lo que este matrimonio significaría políticamente. El matrimonio no era solo una decisión personal, sino también una estrategia para la nobleza.

Su padre estaba en silencio, observando a su hijo con seriedad. Podía ver la decisión en los ojos de Giorg, pero también sabía que este matrimonio no solo afectaba a su hijo, sino a toda la familia.

—Giorg —su padre intervino, su tono profundo y lleno de autoridad, como siempre—. Este tipo de decisiones no son fáciles de tomar. Sabes bien que un matrimonio debe ir más allá de los sentimientos. Debe fortalecer nuestra posición.

Giorg se adelantó y, con su postura erguida y su voz seria.

—No se trata solo de una alianza política, padre. Se trata de una decisión personal. Yo estoy eligiendo a Anna, no solo porque es la mujer que quiero, sino porque creo que es lo correcto para mí.

El silencio que siguió fue pesado. Su madre no estaba convencida, pero su padre parecía pensarlo cuidadosamente. Él sabía que, en el fondo, Giorg tenía razón. Había algo genuino en su decisión, aunque fuera incompleta en términos de la política familiar.

—No te equivoques, hijo. No estamos en contra de tu elección, pero esto debe ser un matrimonio que respalde a la familia —dijo su padre con un tono más suave, pero firme—. Nosotros aprobamos si estás seguro de que esto es lo que realmente quieres, pero recuerda que la nobleza no es solo una cuestión de amor.

Giorg se quedó en silencio, procesando la respuesta. Sabía que, al final, su familia lo respetaría y, aunque esta unión no fuera estratégica en términos políticos, ellos entenderían que el hijo mayor había tomado su propio camino. Y con ese consentimiento, se sentía más tranquilo, pero también más determinado.

Por supuesto se lo tenía que contar a María, mientras la esperaba me quedé sentada en el sofá, mirando el anillo en mi dedo, esperando que mirarlo bastara para que todo tuviera sentido. Mi corazón seguía latiendo rápido, y me sentía como si estuviera flotando, lejos de la realidad.

María, siempre tan directa y llena de energía, entró de golpe al salón donde la esperaba.

—¿¡Qué ha pasado!? ¡Te veo radiante, como caída del cielo!

No pude evitar sonreír, aunque yo seguía nerviosa.

—No puedo creerlo… me lo ha pedido, María. Me ha pedido que me case con él. ¡Y yo le he dicho que sí! —dije, casi en un susurro, mientras mi mano aún temblaba levemente.

María soltó un grito casi audible, sorprendida, pero también feliz por mí.

—¿El capitán de hielo se ha derretido? ¡Anna, por Dios! ¡Cuéntamelo todo! ¿Hubo declaración de rodillas? ¿Promesa de amor eterno con fondo de acordeón?

Me recosté en el sofá, mirando al techo por un momento, buscando las palabras adecuadas para describir lo que había sucedido. No era solo que Giorg me hubiera propuesto matrimonio, sino que había algo más profundo en la forma en que lo había hecho. Me dejó sin palabras.

—Fue tan… serio, María. Me miró y supe que no era una pregunta. Me pidió que lo acompañara a Trieste, que fuera su esposa —dije, mientras sentía que mi voz se deshacía en la emoción.

María me miró como si esperara una respuesta más detallada, pero, por dentro, sabía que había algo que me quemaba. La incertidumbre sobre cómo sería la primera noche juntos. Después de todo, Giorg siempre había sido tan firme, tan controlado.

—¿Y la primera noche? ¿Te imaginas cómo será? —preguntó María con una sonrisa burlona, llena de complicidad.

Me sentí colorada al instante.

María me conocía demasiado bien, y en ese momento, las palabras no salieron como esperaba.

—No lo sé… supongo que, cuando llegue el momento, será… ¿difícil de olvidar? —respondí, intentando restarle seriedad, pero sabiendo que lo que realmente era nerviosismo.

María, sin perder ni un segundo, se sentó junto a mí, tomó mi mano y, de forma dramática, puso su mejor cara de conspiradora.

—Ay, Anna… ¿te imaginas? Ese hombre que parece hecho de piedra… ¿y si se derrite? —dijo María, con una risa pícara—. Digo, no te hagas ilusiones, pero… ¿y si es todo lo contrario? —dijo María con una risa traviesa.

Su risa me hizo sonrojar aún más. A medida que hablaba, no pude evitar imaginarme ese momento: Giorg, con toda su rigidez, dejándose llevar. No era la boda lo que me desvelaba. Era imaginarlo sin el uniforme. Sin el gesto contenido. Casarse con un ingeniero de la marina significaba aceptar que su mente siempre estaría dividida, una parte mía, y la otra haciendo cálculos. Sus manos, siempre en tensión, los dedos firmes sujetando mapas… apoyadas en mi cintura.

Pensar en eso me dejaba sin aire… y con una curiosidad que no sabía si era inocente.

—¿Y si es un desastre? —pregunté, y la pregunta sonó a todo lo que no me atrevía a decir en voz alta: ¿y si yo soy un desastre?

María soltó una risa encantadora y me dio un golpecito en el brazo.

—No te preocupes, Anna. Eso es lo que las mujeres como tú no entienden, esos hombres tan serios, tan controlados, tan… fríos… cuando finalmente se entregan, se entregan por completo. Y tú, querida amiga, solo tendrás que ser un poco más atrevida. ¡Sé tú misma! Y no te preocupes, créeme, Giorg se estará muriendo de ganas.

—¿Crees que estará nervioso? —le pregunté, sintiéndome más segura a medida que hablábamos, aunque mis pensamientos seguían siendo un remolino.

—¿Nervioso? —María soltó una risa cantarina—. ¡El hombre está aterrorizado! Lo que necesita es que alguien como tú, con tu energía, le dé un buen sacudón —respondió María, guiñándome el

ojo—. Lo que de verdad le hará falta será un poco de locura, y eso, querida, ya lo llevas dentro.

Reímos juntas, pero, al mismo tiempo, el pensamiento de esa primera noche seguía rondando mi mente. Sabía que cuando todo sucediera, ya nada sería lo mismo.

Capítulo 14

La boda llegó sola, sin que nadie la convocara. Apareció un día en la mesa, entre el café y los planos de Giorg, como un tema más que había que resolver. No hubo escenas de película con vestidos de ensueño, para nosotros, ya era todo una cuestión de logística. Aun así, cuando mi padre sacó su agenda con gesto práctico y dijo que lo primero era pedir fecha en el Standesamt, sentí un cosquilleo en la barriga, ese papel lo cambiaba todo, se acababa el imaginar y empezaba la realidad, con lo bueno y lo malo.

El matrimonio civil no era lo romántico. Era lo obligatorio. Antes que iglesia, flores o arroz, estaba la oficina del Estado, con sus sellos, sus formularios y sus funcionarios que hablaban del amor como si fuera un asunto de archivo.

A partir de ahí, la palabra que más escuché dejó de ser «boda» y pasó a ser «documentación». «Ariernachweis». Pruebas de ascendencia. Certificados. Fe de bautismo de mis abuelos. Partidas de nacimiento. Árbol genealógico.

De pronto, mi madre dejó de ser «Elena, la española» y se convirtió en columnas de nombres que había que comprobar, en apellidos que alguien, en algún despacho, tenía que declarar «aceptables». Recuerdo a mi padre escribiendo cartas a Málaga con la misma seriedad con la que firmaba un diagnóstico, pidiendo a su suegro partidas, certificados, sellos de parroquias perdidas. Nadie lo decía en voz alta, pero bastaba con que en una rama apareciera alguien «equivocado» y el capitán no podría casarse con la hija del médico. No legalmente. No ante el Estado. Mientras tanto, en otro despacho, un médico examinaba nuestra salud con una frialdad que me hizo apretar los puños. No éramos una pareja. Éramos dos expedientes.

Cuando fijaron la fecha para la boda civil, la alegría supo a examen aprobado sin haberlo pedido. Saldríamos de allí legalmente casados. Pero los dos esperábamos otra cosa, un altar de verdad. Entre

formularios, firmas y sellos, yo seguía pensando en esa primera noche de la que me reía con María. En cómo, detrás de todo ese aparato, seguíamos siendo un hombre serio y una mujer que temblaba de ganas y de miedo.

Poner la casa en orden fue, al principio, la excusa perfecta para no pensar en todo lo demás: los papeles, los sellos, las miradas de los vecinos, los silencios que se pegaban a la piel más que el polvo de los muebles. La casa de Giorg olía a madera vieja y a una vida anterior que ahora había que recolocar para hacerle sitio a la mía. Él se ocupaba de las cosas importantes: instalaciones, cerraduras, ese armario enorme donde guardaba sus uniformes como armaduras. A mí me dejaba las lámparas, las cortinas, los libros. Era casi gracioso: un capitán acostumbrado a mandar hombres al frente, de pie con una caja de vajilla en las manos, preguntándome si prefería el mantel blanco o el de flores para «cuando vengan tus padres a cenar». Ese «tus padres».

Quizá fue por eso. O porque la casa empezaba a parecerse a un futuro real. El caso es que un día se mezclaron el olor a cera y la idea de su cama con sábanas limpias. Y perdí el juicio. Estábamos en el dormitorio, él intentando ajustar el cabecero cojo, yo doblando una colcha a los pies. Habíamos hablado mil veces de esperar. De que todo sería «como debe ser» cuando estuviéramos casados. Con esa seriedad suya que convertía hasta el deseo en logística. Pero verle allí, sin chaqueta, la camisa remangada, una gota de sudor deslizándose por la sien mientras forcejeaba con el tornillo… hizo que mi cuerpo tomase una decisión sin consultarme. Me acerqué por detrás, apoyé las manos en sus hombros y dejé que mis dedos bajaran por la tela caliente de su camisa.

—Yo lo veo bien, el cabecero —susurré, muy cerca de él—. Lo demás es lo que tenemos que probar.

Él se quedó quieto, las manos aún en la herramienta. Noté cómo se le tensaban los músculos de la espalda bajo mis dedos. Me giró hacia él despacio, sin brusquedad, y de pronto fui yo la acorralada, entre su pecho y el borde de la cama. Me miró. Bastó esa mirada para saber que me había entendido. Me rozó la mejilla con los nudillos, bajó la mano hasta mi cintura y me atrajo hacia él. El beso

llegó antes de que yo pudiera decidir nada. Que sí lo quería, claro, pero eso lo supe después. Sus manos me buscaron y perdí el equilibrio, caí de espaldas sobre la colcha, arrastrándolo conmigo. La respiración desbocada, su peso a medias sobre mí, la luz de la tarde, el cabecero sin fijar.

Y fue entonces cuando una caricia sin manos me obligó a inhalar más despacio. No me tocó.

Su respiración fue el primer contacto: caliente en mi nuca, lenta, como si cada exhalación me midiera. Me estremecí. No sabía nombrar lo que estaba pasando, pero me sentía protegida y expuesta a la vez.

Cuando su mano rozó mi piel, lo hizo con un respeto que dolía. Un roce leve, lento. Comprobaba. Pedía permiso sin palabras. Ese gesto me abrió por dentro. Sentí un nudo en la garganta, algo que no reconocí hasta que ya lo tenía dentro. Sonrió apenas. Me miró como si llevara años esperando encontrarme. Sus dedos empezaron a explorarme, no para poseerme, sino para escucharme. Cada temblor mío, cada suspiro, él los recogía. Su forma de tocarme no era invasiva. Era una invitación que no necesitaba respuesta. Ya la tenía.

Temblé. Y entonces ocurrió, la urgencia suave, ese querer y no saber. Un deseo de corresponderle, de ofrecerle también aquello que despertaba en mí. Pero no sabía cómo. Bajé la mirada. Él lo notó.

—No tienes que saber —susurró, con una ternura que casi me derritió—. Solo sentir.

No dijo nada. Solo me indicó, con un movimiento breve y preciso, el camino. No me dirigía. Me esperaba. Y en esa espera entendí lo que quería.

Respiré. Él respiró. Algo se acompasó entre los dos sin que yo lo decidiera. Cada cosa nueva que encontraba, cada centímetro de territorio que me atrevía a explorar, él lo esperaba. Sin adelantarse. Como si ya supiera que llegaría sola. Él me observaba. Cada avance mío parecía un milagro para él. Ya no temblaba de miedo. Era otra cosa, más caliente y menos cómoda.

Cuando dudaba, acercaba su frente a la mía. Sin palabras. Ese peso leve me bastaba.

—Así… —murmuró él cuando sintió que yo empezaba a encontrar mi propio ritmo.

Y cuando yo, sin pensar demasiado, decidí devolverle esa misma intensidad, él contuvo el aliento.

—Anna… —su voz se quebró apenas—. No me hagas perder la cabeza.

Esa frase me incendió. Yo lo estaba llevando a un lugar donde él también perdía el control, donde él también temblaba. La conexión creció entre los dos, un pulso que nos golpeaba a los dos por igual. Ya no hacían falta palabras. Era solo la respiración del uno contra el otro, empujándonos a buscarnos más rápido, como si se nos acabara el tiempo.

Y justo cuando sentimos que la cuerda no daba más de sí, cuando nos faltaba el aire para respirar, él se quedó quieto. Se detuvo en seco. Cerró los ojos. Peleaba consigo mismo. Me abrazó con fuerza, aun temblando, escondiendo el rostro en mi cuello.

—Anna… —su voz era una mezcla de todo, ininteligible—. No. No así, no ahora. No voy a empezar lo que quiero terminar bien.

Se me encendieron las mejillas, pero no de pudor, sino de algo más parecido a una quemadura. Lo había provocado, lo sabía, me había gustado verle perder un poco el control, comprobar que no era solo el capitán de hierro que todos veían. Y, sin embargo, ahí estaba yo, con el pulso en la garganta y sin saber qué hacer mientras él volvía a subirse la manga y a ponerse derecho como si acabáramos de hablar de cortinas. Me levanté despacio, esbocé una sonrisa que me supo a hierro.

—Algún día, capitán, se le va a acabar ese control —le solté, medio en broma, medio dolida— y no va a saber qué hacer.

Él me miró entonces con seriedad. Se acercó, me besó la frente, casto, casi formal, y murmuró:

—Ese día quiero que lleves un anillo en el dedo… y que esta puerta esté cerrada por dentro.

Asentí. Por dentro, algo ardía. Lo había empujado, y me quemé. Me quedé con la piel caliente, el deseo a medio camino. Él decidía cuándo. Y «esperar» pesaba más que todas las caricias.

Esa noche, cuando por fin cerré la puerta de mi cuarto en casa de mis padres, me sentía como una olla a presión. Llevaba todo el camino de vuelta con las piernas todavía un poco temblorosas y las mejillas calientes, intentando que mi madre no notara nada en la cena. Sonreí donde tocaba, asentí cuando habló de la carne racionada y de los botones de las camisas de mi padre… pero por dentro seguía viendo la colcha de Giorg arrugada bajo mi espalda, sus manos deteniéndose en el último segundo. Cogí el teléfono como quien toma aire antes de hundirse y marqué el número de María.

—¿Sí? —murmuró, con voz ronca de sueño—. Anna, ¿tú has visto la hora?

—Cállate y ven mañana —susurré—. Urgencia femenina.

Se rio, claro.

—¿Ha pasado algo… o ha estado a punto de pasar?

—Ven —repetí—. Si te lo cuento por teléfono, la centralita va a arder.

Al día siguiente, María llegó con la excusa de devolverme un libro, pero traía esa mirada suya de «suéltalo todo» que me desarma siempre. Nos encerramos en mi cuarto como cuando teníamos quince años, solo que ahora no era curiosidad, sino otra cosa mucho más peligrosa.

—A ver, cuente, señorita casi señora Von Hohenfeld —dijo, dejándose caer en mi cama—. ¿Qué te ha hecho ese hombre?

Me senté a su lado, cruzando y descruzando las piernas, incapaz de encontrar una postura que no delatara lo inquieta que estaba.

—Estábamos haciendo la cama —empecé.

María se llevó una mano a la frente, teatral.

—Claro, claro. Siempre empieza por ahí.

—María, por favor. —Reí, pero la risa me salió rota—. Es en serio. Estábamos poniendo la casa a punto, el dormitorio… y yo… bueno, lo provoqué un poco.

—«Un poco», dice. —Se incorporó, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Cuánto es un poco? ¿Mano inocente en el hombro o mano muy poco inocente más abajo?

La miré en silencio. Ella abrió mucho los ojos.

—Ah —dijo—. De ese «poco».

Le conté. El cabecero, la camisa remangada, mis dedos bajando, el beso, la caída sobre la cama, su peso sobre mí, sus manos, el freno seco, la frente en mi clavícula, el «no así, no ahora». Me costaba encontrar las palabras. Cada frase volvía a encender la escena en mi piel.

—Y entonces se apartó. —Terminé, con un suspiro—. Me colocó la falda como si fuera una niña y me dijo que… que quiere que ese día yo lleve un anillo y la puerta esté cerrada por dentro.

María se quedó en silencio unos segundos, cosa rarísima en ella.

—Entiendo —dijo al fin—. Entonces el hombre serio también es un santo.

—No es un santo —protesté—. Le temblaban las manos.

Ella sonrió, ladeando la cabeza.

—Eso es peor, querida. Santo no, pero disciplinado. —Me miró con una mezcla de ternura y picardía—. Estás enamorada hasta las orejas y ardiendo como una estufa, y a él le han entrenado para darle órdenes a todo, hasta a sus propias ganas.

Me tumbé boca arriba, mirando el techo.

—María… —murmuré—. Me he quemado. Yo pensaba que si lo empujaba un poco, si le sacaba de su seriedad, se dejaría llevar. Y se ha dejado… pero no del todo. Ahora tengo la sensación de que mi propio cuerpo ha salido corriendo delante de mí y me ha dejado atrás.

Ella se giró hacia mí, apoyando la barbilla en su mano.

—Te vas a casar con un hombre que te desea y que se frena por respeto —dijo despacio—. Podría ser peor, Anna. Podría no desearte. O podría no frenarse nunca.

—Lo sé —dije—. Pero eso no apaga el incendio, solo lo complica. Solo que… ahora tengo miedo. Antes era una idea. Ahora ya sé cómo es tenerlo encima, cómo me mira cuando se le cae la máscara. Y pienso: ¿y si luego no está a la altura? ¿Y si yo no lo estoy?

María se echó a reír, pero esta vez no fue una risa cruel.

—Tú te apañas, Anna. Aunque sea para meterte en líos. —Se acercó y me pellizcó la mejilla—. Y él… con lo rígido que es, cuando se rompa, se va a romper de verdad. Eso sí, te lo advierto, el

problema no va a ser esa primera noche. El problema va a ser conseguir que luego quiera salir de la habitación.

Me reí también, aliviada, aunque el nudo no desapareció del todo.

—Y hasta entonces… —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Hasta entonces, rezas, respiras hondo, te compras ropa interior bonita, aunque nadie la vea, y te aguantas. —Hizo una pausa y añadió—. Y, si puedes, acuérdate de que tú también sabes decir «no». No solo él.

Me quedé pensando en eso mucho después de que se fuera. En la imagen de mi cuerpo ardiendo bajo el suyo, en su freno férreo… y en la idea de que, quizá, parte de aprender a amarle sería también aprender a no quemarme sola cada vez que decidiera tocar su fuego.

Los días siguientes intenté portarme bien. Como una señorita como Dios manda, como la futura esposa de un capitán respetable. Nada de cabeceros, nada de manos que se deslizan «un poco más abajo de lo prudente», nada de provocaciones. Me repetía que era mejor así, que lo que había pasado en el dormitorio había sido suficiente lección. Pero el problema con el fuego es que, una vez que sabes cómo arde, cuesta mucho volver a fingir que tienes frío.

Aquella tarde, su casa estaba en silencio. Yo estaba en el salón, probando por enésima vez dónde quedaría mejor un jarrón que probablemente nadie miraría, cuando lo escuché entrar.

—Buenas tardes, fraulein —dijo a mi espalda, y en el tono había una sombra de broma.

Me giré con el jarrón en las manos.

—Buenas tardes, Herr Kapitän… —dije, y me salió demasiado serio para lo que quería.

Esa pequeña sombra de sonrisa apareció en la comisura de sus labios. Esa que había aprendido a buscar.

Se me subieron los colores hasta las orejas. Lo dijo con ese tono de broma seca que usa para probarme. O, peor, porque ya sabe cómo voy a reaccionar.

—No empecemos —murmuré, dejando el jarrón en la repisa—. Que yo ya he aprendido la lección.

Se acercó un poco más, las manos en los bolsillos, esa manera suya de medir cada paso.

—Ah, ¿sí? —preguntó—. ¿Y cuál es la lección, exactamente?

Lo miré de frente, intentando no retroceder.

—Que el cabecero no se toca y que los capitanes saben frenarse. Mucho.

Él soltó una risa baja.

—Eso último es discutible —respondió—. Pero mejor no lo probamos cuando tengo herramientas cerca.

Se hizo un pequeño silencio. Yo jugueteé con el borde del mantel. Él me observaba serio, y esa seriedad suya ya no me dejaba indiferente.

Entonces, como si se le ocurriera algo completamente inocente, preguntó:

—¿Has pensado ya qué vais a bailar en la boda?

—¿Bailar? —Parpadeé—. Ya verás cómo nos toca ir detrás de algún funcionario del Partido.

—No, me refiero a… después —aclaró, un poco brusco, como si le incomodara la sola idea del «después»—. Tus padres, los míos, algunos colegas… Habrá música. Se espera que los novios bailen.

Lo miré un segundo y, de pronto, lo vi, la oportunidad vestida de vals.

—No lo había pensado —mentí descaradamente—. Quizá deberíamos ensayar, ¿no? No querrás que tu futura esposa haga el ridículo delante de tus oficiales.

Él me sostuvo la mirada, como si midiera el terreno.

—Ensayar —murmuró—. Contigo no estoy muy seguro de que practicar sea buena idea.

—¿De ridículo? —pregunté, con falsa inocencia.

Pero, aun así, dio un paso adelante y ofreció la mano. No la mano del capitán saludando, sino la del hombre que, esa tarde, había decidido que quizá podía permitirse jugar un poco.

—Venga, Anna —dijo—. Prometo comportarme… razonablemente bien.

Puse mi mano en la suya. Me atrajo hacia él con un gesto impecable, de esos que antes de la guerra se veían en los salones

vieneses, una mano en mi cintura, la otra sosteniendo la mía, la distancia justa, el cuerpo recto. Siempre me sorprende lo cálidas que tiene las manos.

Empezamos a movernos al compás de una música que solo nosotros oíamos. Yo seguía sus pasos, él marcaba el ritmo con precisión militar. Durante unos minutos, fue un ensayo: un giro, un paso atrás, un cruce, mi falda rozándole las piernas, su hombro firme bajo mi mano.

—No bailas mal, capitán —murmuré, alzando la vista.

—Tú tampoco —dijo—. Para lo poco tranquila que eres, me sigues bien.

—Pues no te quejes si me acostumbro. —Reí.

Y fue entonces cuando decidí devolverle la moneda. En uno de los giros, acorté la distancia. Nada escandaloso: medio paso, un suspiro. Lo justo para que mi pecho rozara el suyo al volver al centro. Lo hice con la cara muy seria.

Lo sentí. No en sus manos, que siguieron firmes, sino en lo imperceptible: el suspiro más hondo, la mandíbula apretándose un segundo. Seguimos. Un paso, otro, otro roce. Mi respiración se desordenaba, la suya, correcta.

—Anna… —dijo. Ya no era neutral.

—¿Sí? —Contesté, sin levantar la mirada, concentrada en no pisarle los pies.

—Anna —dijo, la voz tensa—, eso que estás haciendo… no es —se paró un momento— ensayo. Es otra cosa.

—Estoy entrando en personaje —repuse, muy seria—. Es por el realismo.

Él dejó escapar algo entre risa y juramento, en voz muy baja. En el siguiente giro, su mano en mi cintura apretó más. Ya no era el guía correcto del paso: era necesidad física de mantenerme cerca.

De pronto, el salón se hizo más pequeño. Sin guerra, sin escasez, sin uniformes. Solo su pecho contra el mío, nuestra respiración mezclándose, y un paso en falso y dejaríamos de bailar para hacer otra cosa.

Lo noté antes de que hiciera nada. Fue en sus ojos: esa seriedad habitual se enturbió un segundo. Todo su control concentrado en no

bajar la mano, en no inclinarse, en no buscar mi boca. Le sostuve la mirada un instante, demasiado largo. El vals se nos descompuso en los pies.

—Giorg… —susurré, sin saber si era pregunta, advertencia o invitación.

Soltó mi mano con un gesto más brusco de lo que habría querido, se separó un paso entero y se llevó la mano al puente de la nariz. Caminó dos pasos hacia la ventana, abrió más la hoja, dejó entrar el aire frío. Tardó en hablar.

—Basta por hoy —dijo por fin, con la voz algo más ronca de lo habitual.

Yo me quedé en mitad del salón, con el corazón desbocado, las mejillas encendidas, observándolo de espaldas. Los nudillos blancos en el alféizar, la tensión en los hombros, el perfil rígido. Sonreí por dentro.

—Pensé que la que necesitaba freno era yo —murmuré, más para mí que para él.

Pero me oyó. Se giró despacio, con esa dignidad suya que a veces me sacaba de quicio, y caminó de nuevo hacia mí. No se acercó tanto como antes, pero tampoco se quedó lejos. Me miró con algo nuevo en los ojos, no solo deseo, no solo disciplina.

—Yo también lo pensaba —admitió, sin rodeos—. Me equivoqué.

No supe qué decir. Esta vez el incendio le había alcanzado a él. Se inclinó, tomó un mechón de mi pelo entre los dedos y lo colocó detrás de mi oreja.

—No me mires así, Anna —dijo, casi en un susurro—. Me olvido de todo.

—¿Y en privado? —pregunté, con la voz más baja aún.

Se quedó mirándome un momento, queriendo quedarse con mi cara.

—En privado será otra cosa —dijo al final—. Pero ahora no. Todavía no.

Se apartó un paso, esta vez más suave. Yo respiré hondo. Satisfacción, sí. Y algo que se parecía peligrosamente a una victoria. Esa vez, salí sabiendo que no era la única que se marchaba con algo

sin resolver. No hacía falta que me lo dijera. Los nudillos blancos en el alféizar ya me lo habían dicho.

El día de la boda civil amaneció gris, húmedo, con ese viento que en Viena se cuela por los huesos. No hubo campanas ni flores ni casa revolucionada por parientes, hubo café rápido, un vestido sencillo colgado en la percha y el sonido de mi madre planchando mi abrigo, como si alisar las arrugas pudiera ordenar también el caos que llevaba dentro.

Me miré en el espejo más tiempo del necesario. No era la novia de los grabados antiguos ni la de las novelas que leía a escondidas, el vestido era claro, sobrio, de tela buena, pero sin derroches, el pelo recogido sin demasiada fantasía, unas perlas discretas que habían sido de mi abuela y un abrigo que no era nuevo, pero sí el mejor que teníamos. Parecía… correcta. Ni más ni menos. Por dentro, en cambio, había de todo menos corrección, imágenes de la cama, del vals sin música en el salón, del freno de Giorg rompiéndose y recomponiéndose en un suspiro.

—Estás preciosa —dijo mi madre desde la puerta, con esa mezcla de orgullo y pena que solo tienen las madres cuando se dan cuenta de que han estado preparando toda la vida para este momento y aun así les llega demasiado pronto.

Me giré hacia ella, sonreí, y por un segundo fui solo su hija, no la futura esposa de un capitán. Nos abrochamos los abrigos, salimos al pasillo, y los dos mundos chocaron de nuevo, abajo nos esperaba mi padre con el sombrero en la mano y una seriedad distinta. No era la del médico. Era la del hombre que entrega a su niña.

El Standesamt no estaba lejos, pero el camino se me hizo extraño. Cada adoquín parecía acordarse de una versión distinta de mí, la niña que iba a la escuela, la joven que se escapaba al café, la mujer que ahora cruzaba la ciudad para firmar un papel. El Estado certificaba que, a partir de ese momento, mi cuerpo, mi apellido, mi capacidad de dar hijos, dejaban de pertenecerme del todo.

La oficina de registro era lo opuesto a una iglesia, paredes claras, limpias, sin santos, sin velas, sin oro. En el lugar del crucifijo, un retrato serio y vigilante: el águila y la esvástica presidiendo la sala.

Un jarrón con flores marchitas en una esquina. El aire olía a tinta, papel y tabaco reciente.

Giorg ya estaba allí, de pie junto a una silla, con el uniforme impecable. Sin gorra. En el pecho, las condecoraciones, en la bocamanga, el pequeño engranaje dorado de ingeniero naval. De eso sí estaba verdaderamente orgulloso.

Cuando me vio entrar, se enderezó un poco más, y durante un segundo el gesto de capitán se quebró, me miró de arriba abajo con lentitud, y en sus ojos apareció ese brillo que solo yo conocía. El que no salía en los desfiles.

Se acercó, tomó mi mano, y la apretó con firmeza.

—Buenos días, Anna —dijo, con voz baja.

Yo sentí que el «Anna» me recorría. Contesté algo sensato, pero en mi recuerdo solo queda la sensación de sus dedos rodeando los míos, cálidos, seguros, y la conciencia de que esa mano me había sujetado la cintura en el salón, me había sostenido al caer, me había alisado la falda sobre las piernas que temblaban.

El funcionario llegó con un fajo de papeles bajo el brazo. Un hombre de mediana edad. Traje oscuro, corbata, el pin del Partido en la solapa. Nos miró como se mira un expediente más.

—Johann Bauer, von Hohenfeld… señorita Anna Bauer —leyó, comprobando datos en voz alta—. Documentación revisada, Ariernachweis en regla. Certificados médicos, en regla.

Sentí cómo mi madre apretaba el bolso a mi lado al oír esa palabra. En regla. Todo el miedo, las cartas a Málaga, las partidas de bautismo, los suspiros, cabía en esas dos sílabas. En regla. Mi familia entera, hasta la bisabuela de la que apenas teníamos foto, había sido alineada para pasar revista. Nos indicaron que nos sentáramos. El escritorio del funcionario, lleno de formularios, plumas, sellos. Sobre la mesa, el registro, con filas de nombres que no eran los nuestros.

El hombre empezó a hablar. Usó las palabras que tocaban: deberes, respeto, responsabilidad, Estado, futuro, raza. Habló de hijos como de contribuciones, de la reproducción como un servicio al país. Una mención vaga a la fidelidad, más como garantía de orden que como promesa de amor. Yo lo escuchaba con media cabeza, la otra estaba

en cosas absurdas: el roce de la manga de Giorg contra mi abrigo, el ritmo de su respiración, la línea de su mandíbula apretada al oír «honor del uniforme».

—Si alguien tiene objeciones legales, debe expresarlas ahora. — Dijo, en un momento del discurso, casi de memoria.

Nadie habló. Mis padres guardaron un silencio que pesaba como plomo. Los padres de Giorg asintieron levemente.

El funcionario giró el registro hacia nosotros.

—Firmen aquí —indicó.

Tomé la pluma. Era un gesto sencillo, uno que había hecho mil veces, firmar un recibo, una carta. Pero nunca me había temblado tanto la mano como entonces. Sentí la mirada de todos sobre mí, pero solo me importaba la suya.

—Tranquila —murmuró Giorg, tan bajo que solo yo pude oírlo.

No dijo «no pasa nada», ni «es solo un papel». Sabía que no era solo un papel. Y aun así, esa palabra tranquila funcionó, calmándome. Firmé: Anna Bauer. El apellido que había sido mío hasta entonces, que en unas semanas empezarían a escribir de otro modo en las invitaciones, en las cartas, en la correspondencia oficial.

Giorg tomó la pluma después. Su firma fue firme, segura. Giorg von Hohenfeld. Dos nombres que la guerra podía mandar a cualquier frente, pero que en ese momento se unían al mío en un registro burocrático, bajo un escudo impuesto.

El funcionario estampó el sello. Golpe seco.

—Quedan legalmente casados según las leyes del Reich —dijo, como quien cierra un trámite bancario.

Hubo apretones de manos, frases hechas, una felicitación más administrativa que humana. Nos ofrecieron fotos oficiales, pero la idea de congelar el momento bajo el retrato de ese hombre me dio náuseas. Posamos. Sentí la tela áspera de su uniforme rozar mi hombro al colocarse a mi lado. No me rodeó la cintura, no delante del águila. Pero su mano rozó fugazmente la mía. Necesitaba ese contacto mínimo para tomar el control en medio de tantos símbolos ajenos.

Cuando por fin salimos al aire libre, el frío me golpeó la cara. En la calle, la vida seguía, nadie sabía que acabábamos de casarnos. O tal

vez sí y simplemente no importaba. La guerra no se detenía por nuestros papeles.

Nos detuvimos un segundo en los escalones. Mis padres nos alcanzaron, hubo abrazos, un «felicidades» que mi madre soltó con los ojos cerrados, como si estuviera pidiendo un milagro. Mi padre estrechó la mano de Giorg con más fuerza que nunca.

—Cuídamela —dijo, sin adornos.

—Lo haré —respondió sin apartar los ojos.

Cuando ellos se alejaron unos pasos para saludarse con los padres de Giorg, nos quedamos unos segundos solos. Fue una mirada limpia, sin el rastro de sospecha que imponen los despachos.

—Anna —dijo. Su voz arrastraba todo el peso de la casa vacía, del baile, de nuestras manos quietas bajo la mesa—. Ya está.

No supe qué contestar. Miré el edificio, el escudo, la bandera. Luego lo miré a él. A ojos del Estado, mi marido.

—Ya está —repetí—. Y aún falta lo importante.

Él entendió de inmediato a qué me refería. Sus labios se curvaron apenas, solo para mí.

—La iglesia —dijo, con voz neutra.

Pero sus ojos decían otra cosa, la noche.

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

Me tomó del brazo, esta vez no como capitán escoltando a alguien, sino como hombre acompañando a su mujer. Comenzamos a bajar los escalones. Cada paso me sonaba a vals.

Todavía faltaban las fotos de familia, los comentarios de las tías sobre vestidos, los brindis con vino aguado. Pero en algún lugar de mi pecho, muy abajo, una voz pequeña y clara decía, ya somos. Y debajo, otra, más baja, susurraba, espera a que se cierre la puerta.

El piso de Viena ya no parecía un alojamiento de oficial. Empezaba a parecerse a una casa. A nuestra casa. Al principio, todo era correcto y masculino, muebles heredados, frialdad. Ya se notaba mi mano. Un pañuelo aquí, unas flores allá. Y los libros, los suyos y los míos, mezclados en la misma estantería. Un libro de aerodinámica naval y al lado de una novela.

Esa tarde acabábamos de poner una alfombra nueva en el salón. Una pieza antigua de la familia, que hasta entonces había vivido en

algún salón solemne de los Von Hohenfeld y que ahora se resignaba a ser pisada por mí. Nos quedamos un momento en silencio, era como una pieza que faltaba para terminar de construir aquello.

—Ahora sí parece que aquí vive alguien —dije, dejando caer el cuerpo en el sofá, hundiéndome entre los cojines que yo misma había insistido en comprar—. Antes parecía un sitio de paso.

Giorg se quedó de pie, las manos en los bolsillos, observando el conjunto como si evaluara un plano terminado.

—Antes vivía aquí un hombre solo —dijo—. Se nota, las casas así siempre se quedan a medias.

—Y ahora… —estiré las piernas, apropiándome de todo el largo del sofá—. Ahora hay un hombre casado. Al menos en los registros. Una esposa, alfombras nuevas y cubiertos de plata.

Le miré de lado, con esa sonrisa que él ya conocía demasiado bien. Él no dijo nada, pero el brillo en sus ojos cambió apenas un milímetro.

—En teoría —seguí, haciéndome la distraída—, esa esposa podría dejar de ir y venir todo el rato. Podría, no sé… —me encogí de hombros— empezar a quedarse. Al fin y al cabo, si ya hemos puesto la casa «a nuestro gusto»…

Se quedó quieto, pero el ambiente se cargó de golpe. Su negativa estaba ahí, flotando entre nosotros. Se acercó después, con esa parsimonia suya que siempre me pareció una forma de control, hasta plantarse frente a mí.

—Anna… —dijo en un tono que reconocí al instante, el de llevar la contraria y buscar las palabras más suaves para hacerlo.

—¿Qué? —pregunté, abriendo los ojos mucho, toda inocencia fingida—. No he dicho nada indecente. Solo pienso en logística. Menos tiempo en tranvía, más tiempo en casa. Puede preguntarle a cualquier ama de casa sensata.

Se sentó a mi lado con una soltura que me dio rabia. Lo hizo dejando un hueco exacto entre nosotros, un espacio vacío que subrayaba su prudencia. Giró el cuerpo hacia mí, apoyando un brazo en el respaldo.

—Anna… —murmuró—. Así me cuesta más decir que no que cuando te pones a provocar.

Me hizo gracia y me dolió a la vez.

—No soy una niña —protesté, aunque la palabra, en su boca, tenía algo de caricia.

Él sonrió apenas.

—Lo sé —dijo—. Y precisamente por eso tengo que hablarte como si lo fueras, de vez en cuando. Para que alguien ponga un poco de orden en esta cabeza que va tres pasos por delante de lo razonable.

Quise ofenderme, pero su mirada era tan clara, tan limpia, que solo pude morderme el labio.

—A ver, señor capitán razonable —suspiré—. ¿Qué problema hay en que empiece a quedarme aquí de vez en cuando, si ya somos «legalmente man und Frau», como le gusta tanto repetir al funcionario?

Él bajó la vista un segundo hacia mis manos, entrelazadas sobre mi falda, y luego volvió a mirarme. Su voz se volvió un poco más grave, con ese matiz casi paternal que sacaba cuando quería que me quedara algo bien grabado.

—El problema, Anna, es que tú nunca haces las cosas «de vez en cuando» —dijo—. Tú entras en un lugar, en una idea, en una persona… y te instalas entera. Y este piso, por muy amueblado que esté, todavía no es «nuestro lugar» del todo. Sigues durmiendo en casa de tus padres. Y mientras queden cosas pendientes, Anna, prefiero que haya distancia.

—Es decir… —resumí, entornando los ojos— que para «usted», esto de hoy sería «colarse» antes de tiempo.

Sonrió, esta vez con un poco más de calidez.

—Sería como empezar por la mitad un libro que llevo años esperando. Y ya sabes que no me gusta saltarme capítulos.

Suspiré de modo exagerado, echando la cabeza hacia atrás contra el respaldo.

—Tienes unas metáforas horribles cuando quieres llevar la razón —refunfuñé.

Sentí su mano acercarse, suave, hasta posarse en mi cabeza. Me alisó un mechón rebelde, como si yo fuera una niña que se ha despeinado jugando.

—Y tus pucheros muy convincentes cuando quieres salirte con la tuya —replicó—. Pero hoy no te va a funcionar.

Le miré de reojo, con la sombra de una sonrisa.

Sostuvo la mirada y, por un segundo, el uniforme le quedó grande.

Se le hundieron los hombros, perdió esa rigidez de los Von Hohenfeld y solo quedó el cansancio de quien está harto de ganar sus propias batallas.

—Quiero cuidarte —dijo despacio.

Me sostuvo la mirada un segundo más.

—Y hoy eso significa que vuelvas a tu casa.

No explicó nada más. No hacía falta.

Me ardió el cuello. Quise recordarle la cama vacía, el vals interrumpido, lo sencillo que sería soltar el freno de mano y dejarnos caer. Durante un segundo pensé en insistir… Pero le miré las manos: apretaba el tapiz del sofá con una fuerza que le blanqueaba los nudillos. Estaba al límite. Si empujaba un milímetro más, todo el control que tanto le costaba mantener se vendría abajo.

—Está bien. —Cedí, con una mueca—. Me portaré bien. Por hoy. Pero que conste que podría quedarme… y no sería ninguna locura.

Él dejó caer la mano desde mi pelo hasta mi hombro, apretándolo un segundo.

—Queda registrado —murmuró—. Pero justo porque sería lo normal, yo no quiero hacerlo así. No quiero que lo primero nuestro suene a trámite.

Hizo una pausa, y ahí, por debajo del tono paternal, asomó el hombre que ardía.

—Y créeme, Anna… —añadió, en voz más baja— no hay nadie en esta ciudad a quien me cueste más decirle que no que a ti. No juegues demasiado con esa ventaja.

Esta vez fui yo la que se quedó callada, quemándome por dentro. Me incorporé, alisé la falda, respiré hondo.

—De acuerdo, Herr von Hohenfeld —dije, con una pequeña reverencia teatral—. Hoy será solo el piso de un joven aristócrata bien amueblado. Ya habrá días en que sea… otra cosa.

—Eso, Anna. —Asintió—. Ya habrá días.

Y mientras bajábamos después por la escalera llena de ecos, con mis guantes puestos y su mano apenas rozando mi codo para ayudarme en los peldaños, supe dos cosas, que no me había dejado quedarme… y que esa mezcla suya de disciplina férrea y fuego contenido iba a ser, probablemente, mi perdición.

La iglesia estaba más fría que la calle. Aun así, al cruzar el umbral sentí algo parecido a un alivio. No era el Standesamt, no había águilas ni banderas, ni un retrato mirándonos desde la pared. Solo piedra, vitrales, madera oscura y un Cristo que parecía cansado de promesas.

Habíamos decidido, «decidido», como si nos dejaran decidir muchas cosas, hacer una ceremonia pequeña. Familia, algún amigo cercano, nadie del ejército salvo los estrictamente inevitables. El cura era un hombre de pocas palabras, de esas que ha aprendido a fuerza de callar. Pero cuando hablaba del amor, se le notaba que creía.

Me esperaba en la entrada, yo iba del brazo de mi padre. Mi vestido era sencillo, pero era blanco, y eso bastaba para que mi corazón marcara otro ritmo. Nada de colas interminables ni velos imposibles, seda buena, encaje fino, un largo que me permitía caminar sin miedo a tropezar. El lujo, en esos tiempos, era que fuera mío, cosido y ajustado para mí, no heredado ni remendado.

—Si quieres, aún podemos escapar —murmuró mi padre, con una sonrisa que no le llegaba del todo a los ojos.

—Y si quiero, puedo salir corriendo, pero hacia el altar —respondí.

Él soltó una pequeña risa que se quebró enseguida.

—Creí que esto iba a ser más fácil cuando fueras mayor —confesó —. Y aquí me tienes, con más miedo que el día que naciste.

Apreté su brazo.

—No tengas miedo por mí, papá —dije, sorprendida de lo segura que sonaba mi propia voz—. Si me caigo, él me sujeta. Ya lo ha probado.

La música empezó y el rumor de la gente se apagó. Avanzamos por el pasillo central. Yo no miré los bancos, solo miré hacia adelante.

Giorg estaba allí, esperándome frente al altar.

No llevaba el uniforme gris de los que daban miedo, sino el azul oscuro de la marina, impecable. Pero lo que me desarmaba eran esos guantes blancos. Verle quitárselos poco a poco, deslizándolos dedo a dedo, en silencio. Eso solo. Eso bastaba.

Pero en medio de toda esa corrección había un detalle que rompía la distancia, su mirada. Parecía que el mundo de alrededor no existiera. Vi cómo tragaba saliva cuando me acerqué.

Cuando mi padre puso mi mano en la suya y se retiró, sentí el calor de sus dedos rodeando los míos, firme, seguro, casi tembloroso por debajo. Nos colocamos frente al cura. El murmullo de la iglesia se desvaneció del todo.

No recuerdo todas las palabras. Recuerdo fragmentos, luces que se encendían y apagaban: sacramento, entrega, fidelidad, en la prosperidad y en la adversidad, hasta que la muerte…. Me sorprendió darme cuenta de que, por primera vez, esas frases tenían un peso que iba más allá del rito. La muerte no era una cosa lejana de novela, era una sombra que se paseaba por la ciudad, por los frentes, por las listas. Y aun así, ahí estábamos diciendo «sí» prometiéndonos hasta el final del tiempo.

Cuando llegó nuestro turno, la voz me salió más clara de lo que esperaba.

—Sí, quiero —dije, mirándolo.

En sus ojos vi algo romperse y componerse al mismo tiempo.

—Sí, quiero —respondió él.

El cura nos bendijo los anillos. El de él se deslizó en mi dedo con una exactitud que me dejó casi sin aire, como si mi mano lo hubiera estado esperando toda la vida. El mío en la suya quedó un poco más suelto, tuve el impulso absurdo de pensar que así podría quitárselo si alguna vez me enfadara mucho. Pero cuando levanté la vista, vi que él miraba ese gesto con una seriedad tan limpia que me dieron ganas de pedir perdón por la broma privada que acababa de hacerme a mí misma.

—Podéis daros la paz —dijo el cura, con esa fórmula que conocía desde niña, pero que de pronto tenía un significado nuevo.

Nos miramos. La «paz» se convirtió en un beso breve, lo justo. Labios sobre labios, apenas un roce más largo del que la etiqueta

aconsejaba. Pero bajo esa contención había otra cosa, la memoria de todos los besos detenidos, de las noches en las que el freno había ganado por un suspiro.

Hubo aplausos suaves. Afuera, la guerra siguió como si nada. Dentro, por un momento, el mundo tuvo el tamaño de esa iglesia.

No hubo gran banquete. Un almuerzo discreto en casa de mis padres, brindis con vino aguado, las tías hablando del vestido, algún comentario prudente de los padres de él sobre la seriedad de Giorg (como su abuelo, como su padre). María me guiñó un ojo desde el otro extremo de la mesa, como si estuviera contando mentalmente las horas.

Las despedidas llegaron demasiado pronto y demasiado tarde a la vez. Mi madre alisó mi abrigo dos veces. Como si no supiera parar las manos. Mi padre me besó la frente y, esa vez, me pareció más pequeño.

—Ve —dijo simplemente—. Y sé feliz… en la medida de lo posible.

Giorg me ayudó con los guantes, parecía una ceremonia más íntima que todas las anteriores. Bajamos las escaleras y subimos al coche que nos llevaría al piso. Esta vez, nadie fingía que yo me iba a un café. Nadie preguntó a qué hora volvería.

Ese silencio fue más elocuente que cualquier discurso.

El trayecto fue corto y larguísimo. Yo miraba por la ventanilla las fachadas conocidas, sabiendo que esa misma ciudad que había sido el decorado de mi adolescencia estaba a punto de ver algo distinto, no a la hija del médico volviendo a casa, sino a una mujer entrando definitivamente en la casa donde la esperaban como esposa.

Giorg no habló casi. Su mano descansaba sobre la rodilla, el guante apoyado en la palma. Vi cómo se le abrían y se le cerraban rítmicamente; estaba aguantando el tirón.

—¿Estás bien? —preguntó al fin.

—No lo sé —respondí, sinceramente—. Creo que sí. Creo que no. Creo que voy a descubrirlo en unos minutos.

Él dejó escapar una risa muy suave.

—Yo también —admitió.

Subimos las escaleras del piso como la primera vez, aunque conocía ya cada peldaño. Había flores nuevas en el recibidor, un

ramo pequeño en un jarrón que no habíamos tenido antes. No pregunté quién las había puesto; preferí no pensar.

Entramos. Él cerró la puerta tras de nosotros.

Ese clic sonó distinto. No era la puerta de un capitán cerrándose para concentrarse en sus papeles, ni la de una muchacha que salía de visita. Era otra cosa.

—Anna —dijo él, suave.

Me giré. Estaba ahí, a pocos pasos, con el uniforme aún puesto, el anillo brillando discretamente en su mano. Durante unos segundos nos quedamos mirándonos sin saber muy bien qué hacer con los brazos, con el cuerpo entero. Era cómico, habíamos esperado tanto para llegar a ese momento que, al tenerlo delante, casi parecía demasiado grande.

—Ahora sí es «nuestro lugar» —murmuré, más para mí que para él.

Él asintió, despacio.

—Ahora sí —confirmó.

Hubo muchas cosas que podríamos haber dicho. Ninguna estaba a la altura. Dio un paso hacia mí. Yo lo di hacia él. Lo demás fue inevitable.

Me tomó la mano. No tiró de mí, no me arrastró, simplemente me invitó a caminar.

Todo el día me rozó con excusas, pero esa vez era distinto. Había algo definitivo en la forma en que sus dedos se entrelazaron con los míos, más firme que de costumbre, confirmando algo que ya sabíamos desde hacía meses.

El pasillo hacia el dormitorio me pareció mucho más largo de lo habitual. Lo había cruzado incontables veces, con café, con informes, con ropa limpia, pero nunca con el corazón batiendo tan fuerte que me costaba oír el eco de nuestros pasos. El suelo crujía de vez en cuando, bajo nuestro peso. Yo sentía su pulgar dibujando círculos pequeños y nerviosos en el dorso de mi mano, como si quisiera memorizar la textura de mi piel antes de que todo cambiara.

Caminamos sin decir nada. Me preocupaba si el moño se habría deshecho o si el vestido terminaría hecho un jergón de arrugas. Me aferraba a la textura del jabón en mi piel y al tic-tac del reloj en el

pasillo. Cualquier cosa con tal de no mirar de frente el vacío que se abría tras la puerta del dormitorio.

Llegamos a la puerta del dormitorio.

Él se detuvo. No de golpe, no con freno militar, sino con una vacilación casi tímida. Su mano apretó un poco más la mía, como si comprobara que seguía allí. Miró la puerta.

—Anna… —dijo, y esa sola palabra parecía tener dentro todas las veces que había querido decir algo y se había callado.

Giró la cabeza hacia mí. En sus ojos había respeto, deseo… y una duda que nunca le había visto.

—Si en algún momento… —empezó.

Le puse un dedo en los labios. Sentí el calor de su boca detenerse bajo mi piel. Lo conocía lo suficiente como para saber exactamente qué iba a decir.

—Giorg —lo interrumpí, intentando que la voz me saliera firme—. Si dices «podemos esperar» otra vez, me marcho y no vuelvo nunca.

Se le encendieron los ojos antes que la sonrisa. Iluminándosele la mirada.

—Anotado —susurró, y en una especie de reflejo instintivo besó la yema de mi dedo, antes de apartarlo de sus labios.

Entonces, con una calma que yo no sentía para nada, giró el picaporte. El sonido metálico me recorrió la espalda como un escalofrío. Entramos. El dormitorio no tenía nada de extraordinario. Lo había visto tantas veces que podría haber dibujado de memoria la posición exacta de cada objeto, la cama colocada contra la pared, la colcha impecable, las cortinas bien corridas, la silla junto a la ventana con la chaqueta que había dejado allí horas antes. Sin embargo, aquella noche todo parecía distinto. Más nítido, más vivo.

Él cerró la puerta despacio. El pestillo sonó demasiado alto. Con ese gesto, dejamos fuera el pasillo y la guerra. Sentía el pulso golpeándome en las sienes como un aviso. Ya no temía nada externo, me aterraba fallar, no estar a la altura de lo que llevábamos esperando que pasara.

Se quedó de espaldas a la puerta unos segundos. Tenía la chaqueta algo descolocada y un mechón rebelde se le había escapado del orden habitual durante el baile. Parecía menos capitán y más

hombre, no el tipo rígido que dictaba órdenes, sino el que yo había ido descifrando en los silencios compartidos.

—Estás preciosa —dijo al fin, como si le costara creerlo.

Me removí, sin saber qué hacer con el cumplido. El vestido me pareció de pronto demasiado sencillo, poca cosa para la magnitud del momento. Acomodé la falda con un gesto inútil y me pasé la mano por el cabello, sintiéndome de golpe con la edad que realmente tenía.

—Tú también —respondí, consciente de lo pobre que sonaba.

«Precioso» no era la palabra para él. Pero esa noche había algo crudo en su vulnerabilidad. Se le tensaban los músculos del cuello y me buscaba con insistencia pero pidiendo permiso, no para tocarme, sino para creer que yo también lo quería.

Dio un paso. Solo uno. A esa distancia, vi la sombra de la barba en su mandíbula y una arruga nueva en la comisura de su boca. Me llegó su olor: jabón, tabaco viejo y ese rastro cálido que mi memoria ya asociaba únicamente con su piel.

Le temblaba un poco la respiración.

Alzó la mano despacio hacia mi hombro, pero se detuvo a mitad de camino. Vi la duda en sus dedos suspendidos, un gesto impropio del hombre que gobernaba despachos llenos de uniformes.

Fui yo quien acortó la distancia. Un paso mínimo. Sus dedos tocaron la tela justo donde se apoyaba en mi clavícula. Apenas me rozó, y sin embargo noté cada milímetro de tela entre su mano y mi piel.

—No tienes que… —empezó, casi en un suspiro.

—Lo sé —lo corté, esta vez sin ironía—. Y precisamente por eso quiero.

Sus ojos se oscurecieron y su mano, que hasta entonces había estado petrificada, empezó a moverse. Dibujó una línea lenta desde la costura del hombro hasta la curva del cuello. Siguió el borde del vestido, apoyándose en el encaje para no perderse, y yo sentí el recorrido como si me estuviera marcando la piel.

La otra mano se posó en mi cintura. No fue un agarre, fue un ancla.

El peso de su palma me recordó que, por mucho que el corazón quisiera escaparse por la garganta, yo tenía un cuerpo. Y él lo estaba recorriendo con cuidado.

Se inclinó. Noté su aliento en mi sien antes que sus labios. Fue apenas una comprobación.

—Si en algún momento… —repitió, tercamente, cerca de mi oído.

Esta vez no lo callé con un dedo, sino con una sonrisa que él solo podía sentir.

—Giorg —susurré—. Confía en mí, por una vez.

Se separó apenas lo suficiente para buscar en mi cara cualquier rastro de duda. No encontró ninguno.

Sus dedos buscaron entonces el cierre en mi espalda. Sabía de sobra cómo desvestir a una mujer, pero allí, conmigo, se le trababan los dedos. Tenía esa torpeza de quien tiene miedo a estropearlo todo solo por las ganas que tiene de que salga bien. Me giró suavemente. Sentí su calor cerca, pero sin llegar a rozarme, sabía que, si me abrazaba ahora, no iría despacio. Sus dedos buscaron el primer corchete. Cada pequeño tirón de la tela se traducía en un escalofrío que me recorría la columna.

—¿Te tiembla la mano, capitán? —pregunté, solo para romper el silencio.

Su risa me llegó pegada a la nuca, baja, cálida.

—Mucho más de lo que me tembló nunca en el frente —admitió.

El primer corchete cedió con un chasquido suave. Luego el segundo. Luego el tercero. A medida que el cierre se abría, el vestido aflojaba su presión y el aire frío del cuarto se colaba por la rendija. Noté el contraste, el frío del invierno en la espalda y el fuego de sus dedos.

Cuando terminó, no hizo nada más. Dejó las manos abiertas en mi espalda, sin empujar. Yo sentía la tensión contenida en sus dedos, esperando una señal o simplemente valor.

Fui yo quien dio el medio paso que faltaba. El vestido, ya sin soporte, resbaló un par de centímetros por mis hombros. Oí cómo su aliento se atascaba en su garganta.

—Mírame —pidió.

Obedecí. Me giré despacio, sosteniendo la tela con las manos en un gesto de control ya inútil. Cuando quedé frente a él, solté el agarre. El vestido se rindió y cayó en un círculo de seda a mis pies.

Él me miraba como si temiera pestañear. Su mirada me recorrió con una mezcla de fascinación y respeto, era como llegar al sitio que llevaba imaginando años.

Quise cubrirme por puro reflejo, pero me obligué a sostenerle la mirada.

Su mano subió hasta mi mejilla. El pulgar se detuvo en el hueso. Bajó luego por el ángulo de mi mandíbula, rozándome con una suavidad que me sorprendió incluso a mí.

—Eres… —empezó, y se detuvo, frustrado—. No tengo una palabra que no se me quede pequeña.

Me reí, un poco ahogada.

—No hace falta —susurré—. Olvida las palabras, Giorg. Bésame y ya está.

La sorpresa le duró un segundo, luego, la risa se le hundió en los ojos y la seriedad militar se fundió con un deseo mucho más oscuro.

Me rodeó con los brazos, sin dejar espacio entre los dos. Sentí el algodón de su camisa contra mi piel: áspero, real. Noté la firmeza de sus costillas y el ritmo de su corazón golpeando contra el mío.

Mis manos encontraron sus botones. Me concentré en la tarea, desabotonando uno a uno para prolongar el segundo. El primer botón liberó un centímetro de piel, el segundo dejó ver esa cicatriz que yo ya conocía, pero que esa noche, al tocarla, ya no hablaba de la guerra. Solo era suya. El tercero me permitió deslizar la mano por su esternón y sentir su calor directo.

—Nunca te quitas la chaqueta delante de nadie —murmuré.

—Contigo hago excepciones —rectificó, besándome la frente.

La camisa resbaló por sus hombros. Rozarle la piel sin nada de por medio me hizo notar cuántas capas de disciplina y distancia habíamos tenido que romper para llegar aquí. Con cada prenda que caía, él parecía quitarse un peso de encima.

Me bajó las tiras por los hombros en un movimiento deliberado. Sin nada que me cubriera, me sentí pequeña. Me recorrió un escalofrío que me erizó la piel y sentí el rubor quemándome hasta las orejas.

Él me miró como si le hubieran quitado el suelo bajo los pies. No era solo deseo, era gratitud, como si no entendiera qué había hecho él para merecer ese momento.

—Anna… —dijo, y mi nombre sonó más hondo. Más suyo.

Nos movimos hacia la cama entre besos que se volvían urgentes y manos que buscaban apoyo en la pared. En un momento, él tropezó con la mesilla y el vaso de agua tembló. Nos reímos demasiado alto para la hora, y esa risa rompió la solemnidad justo lo suficiente para dejarnos respirar.

Cuando su peso se inclinó sobre el mío, sentí una seguridad que no conocía. Su cuerpo era una muralla, sí. Pero esa noche la muralla era mía.

Sus manos se movían ahora con más libertad, pero no con menos cuidado. Me descubrían y se frenaban donde los suspiros me traicionaban con sonidos extraños para mí. Él se detenía ante cada uno de ellos, guardándolos como un tesoro recién descubierto. No había prisa. Había hambre, pero no prisa.

Entonces dejó de ser juego. Lo sentí en cómo su respiración se hizo pesada y en la forma en que sus manos dejaron de explorar para anclarse a mí.

Hubo un instante de duda en sus ojos. Inconfundible. Buscó mi mirada como quien busca una salida.

—Ahora sí… —murmuró—. Dime si…

Asentí, tragando saliva. Tenía miedo: al dolor, a lo desconocido, a no estar a la altura de las fantasías que habíamos alimentado en silencio. Pero por encima de todo, tenía una certeza: no habría otro momento en el que me sintiera tan elegida.

De repente, el mundo se encogió. Éramos él, yo y ese punto exacto donde por fin íbamos a encontrarnos. Lo había imaginado tantas veces, pero la realidad quemaba. Todo lo demás se difuminó.

Y entonces, me bloqueé. Un corte de luz en mitad de la penumbra. Él lo notó al instante. Se detuvo por completo. Noté cómo se le tensaban los hombros sobre mí y cómo sus manos agarraban la colcha a ambos lados de mi cuerpo para no volcar su peso sobre el mío.

—Anna —su voz sonó ronca, irreconocible—. Dime.

No era una orden. Era una súplica.

Yo me había quedado rígida, los músculos hechos un nudo alrededor de ese punto dolorido y nuevo. Sabía, en teoría, que podía doler. Pero ninguna teoría te prepara para lo que se siente al tocar a alguien, para el peso real de un hombre.

Respiré a medias, en pequeños bocados de aire.

—Es… —me costó encontrar palabras—. Es mucho.

Él cerró los ojos. Podría haber aprovechado para retroceder, para regresar a su prudencia habitual. No lo hizo. Tampoco avanzó. Se quedó ahí, suspendido, sujetando su propio deseo con una fuerza que hacía vibrar sus músculos.

—No quiero hacerte daño —murmuró, con una sinceridad que me dolió.

Ahí estaba él: la culpa que arrastraba con el pánico a repetir errores con alguien a quien, esta vez, respetaba demasiado.

Bastaba con decir «para» y se habría apartado.

Esa certeza me dio fuerza. Le rodeé la cara con las manos, obligándolo a mirarme. Tenía los ojos oscuros, fijos en los míos, como un animal acorralado que se niega a huir si eso implica dejarme sola.

—Escúchame —dije, y me sorprendió lo firme que sonó mi voz mientras el resto de mi cuerpo temblaba—. No es que tú me hagas daño. Es mi cuerpo aprendiendo.

Tragué saliva.

—Quiero aprender contigo. Pero necesito un minuto.

Asentí, apenas.

—Lo que necesites —susurró.

No retrocedió. Se quedó ahí, sosteniéndose sobre sus propios brazos, anclándose para no avanzar. Sentía el esfuerzo, ese peso sobre mí era, a la vez, un escudo.

—Respira conmigo —le pedí, necesitando algo en lo que concentrarme que no fuera el dolor.

Pegó la frente a la mía, obediente. Nuestras narices se rozaban. Podía ver cada pestaña, sentir el calor de su aliento contra mi boca.

Inspiré hondo. Una, dos, tres. Él hizo lo mismo. Lo sentí en el pecho, subiendo y bajando a la vez que el mío. Poco a poco, con

cada respiración coordinada, la tensión aflojó un centímetro. El dolor dejó de ser un cuchillo para convertirse en una presión sorda, una frontera que mi cuerpo empezaba a aceptar.

—Mejor —murmuré.

Él no aprovechó la confesión para apresurarse. Me besó la frente, las sienes, los pómulos. Me cubrió la cara de besos pequeños, recordándole a mi piel que existían otras sensaciones, otras formas de nombrar lo que estaba pasando.

Una de sus manos entrelazó sus dedos con los míos sobre la colcha. Sentir su mano apretando con fuerza controlada me ayudó a anclarme. Si necesitaba detenerlo, solo tenía que soltarlo.

—¿Así? —preguntó, en un susurro.

Asentí. El reloj de la pared marcó un par de golpes obstinados. Me concentré en su respiración hasta que el miedo dejó de pinchar. Cuando abrí los ojos, lo encontré mirándome como si esperara un veredicto.

—Giorg.

—¿Sí? —la palabra le salió cortada.

—Muévete un poco —pedí—. Despacio.

Lo vi tragar saliva. Asintió, y su mano apretó la mía: un aviso.

Lo hizo con un cuidado excesivo. Se movió apenas lo justo para que mi cuerpo entendiera que aquello podía fluir. El primer cambio volvió a encender el dolor, pero ya no como un golpe seco, sino como un eco. Respiré hondo, obligándome a no cerrarme.

—¿Así? —repitió, atento a cada línea de mi cara.

—Así está bien.

Y siguió. Lento, medido, buscando la aprobación para cada movimiento. No fue torpe, parecía más preocupado por no perderme que por llegar a ninguna parte.

A medida que me acostumbraba, el dolor se relegó a un segundo plano. Empezó a mezclarse con algo más pesado, un hormigueo que despertaba zonas que hasta entonces habían estado dormidas.

Era un idioma nuevo sin diccionario. A veces la respuesta de mi cuerpo era un «no» cortante que él captaba al instante. Otras, era un «sí» tímido, un destello de placer entre las olas de incomodidad que lo alentaba sin volverlo imprudente.

Me di cuenta de que ya no apretaba la colcha. Llevé la mano a su espalda. Sentir la tensión de sus músculos mientras se contenía por mí me conmovió, un hombre acostumbrado a usar su fuerza de forma contundente, usándola ahora solo para no aplastarme.

—Puedes… —dije a media voz—. No hace falta que seas tan cuidadoso.

La mirada de alarma que me dedicó fue casi cómica.

—No voy a… —empezó.

Lo callé con un beso decidido. Apreté sus hombros hacia mí para dejar claro que no era de cristal.

—No he dicho que te olvides de mí —sonreí contra su boca—. Solo que no te olvides de ti.

Esa frase desactivó algo en él. No su prudencia, sino rigidez, la idea de que su deseo era peligroso por definición. Noté cómo se aflojaba, cómo el movimiento dejaba de ser un examen para convertirse en una conversación.

Yo respondí. Moví las caderas buscando el lugar donde las sensaciones eran menos punzantes y más… interesantes. Mi cuerpo, acostumbrado a obedecer órdenes ajenas, empezó a escuchar sus propios impulsos. Y cuando le indicaba con un gesto que aquello estaba bien, su mirada se encendía de una forma que borraba cualquier rastro de pudor.

—Así —murmuró él, cuando fui yo la que, por un instante, marcó el ritmo.

Su voz se quebró en la última palabra. Oírlo así me enterneció. No tenía nada de divino ni de intocable. Era un hombre, mi hombre, desarmándose encima de mí, dejándome ver un rostro que no enseñaba a nadie.

El dolor se volvió, poco a poco, recuerdo. Lo que quedó fue otra cosa, una sensación creciente de calor, una serie de chispazos que se encendían en zonas que no sabía que podían despertar así. No era un placer fácil ni perfecto, era torpe, irregular, como si avanzáramos a tientas por un pasillo oscuro, tropezando de vez en cuando con muebles que no veíamos. Pero con cada tropiezo, con cada risa nerviosa, encontrábamos una forma nueva de sostenernos.

Hubo un momento en que, de pura intensidad, me descubrí apretando sus hombros con más fuerza de la cuenta. Él gimió, no de dolor, sino de sorpresa, como si ese gesto mío lo hubiera empujado al borde de algo.

—Anna, yo… —sus palabras se disolvieron en un suspiro exhalado contra mi cuello.

Lo abracé con los brazos y las piernas, instintivamente, acercándolo más, anclándolo. Sentí cómo se tensaba, cómo todo su cuerpo se ponía en línea, como cuando daba una orden importante, solo que esta vez la orden no iba dirigida a otros, sino a sí mismo.

Y luego, la manera en que esa tensión se rompió, dejándolo sin fuerzas.

Pero no fue un final. Fue un giro.

Lo sentí muy claro, podría haberse dejado caer, rendirse a esa oleada que lo atravesaba… y, sin embargo, hizo algo que ningún libro me había enseñado, algo que ninguna de las confidencias entre mujeres había sabido explicar bien.

Me agarró más fuerte. No para apretarme, sino para quedarse.

En lugar de desplomarse sobre mí, se sostuvo en sus antebrazos, respirando hondo, como si recogiera esa corriente salvaje y la obligara a doblarse, a tomar forma. El temblor que le sacudió el cuerpo no se convirtió en peso muerto, sino en un cambio de ritmo. Dejó de ser contención, y empezó a ser… música.

Al principio creí que era mi cabeza la que buscaba el vals que aún flotaba en el aire del salón. Luego me di cuenta de que era él. Él, marcando un compás nuevo con sus caderas, con su boca respirando en mi cuello al mismo ritmo. No tiró de mí. Me invitó. Como cuando tiende la mano en mitad de un baile y basta ese gesto para que todo el mundo se aparte: porque ese no es un hombre que invite dos veces.

Su cuerpo, aún tenso, empezó a moverse de una forma que no era apresurada ni torpe. Era lenta, profunda, insistente. Había en cada avance y cada retroceso la exacta mezcla entre disciplina y abandono que lo definía, la precisión del militar, el hambre del hombre que ha esperado demasiado.

—Baila conmigo —susurró, casi sin voz, junto a mi oído.

No dijo «déjame». No dijo «sígueme». Dijo «baila conmigo».

Y mi cuerpo lo entendió mejor que mi cabeza.

Mis manos, que hasta entonces se habían aferrado a sus hombros para no perderme, encontraron el ritmo antes que yo. Sentí bajo mis palmas cómo cada músculo obedecía a una decisión consciente: contenerse, volver, acercarse, entrar en ese compás sin prisa. No corría. Giraba.

A cada vuelta, un poco más adentro. A cada giro, un poco más hondo.

El dolor, ese filo inicial que me había cortado la respiración, se fue disolviendo en otra cosa. No desapareció de golpe, se mezcló con el calor, con el peso, con la sensación de estar siendo abierta no solo en el cuerpo, sino en un lugar mucho más íntimo. Mis músculos dejaban de resistirse, aprendían. Como pies que al principio pisan mal y, de pronto, encuentran el suelo. Yo también empecé a moverme.

Muy poco, casi nada. Al principio era solo una reacción, un ajuste mínimo para buscar el sitio donde la fricción no doliera, sino que encendiera. Pero él lo sintió. Oh, cómo lo sintió. Bastó que mis caderas buscaran las suyas un centímetro más, que mi espalda se arquease en el ángulo justo, para que se le escapara un gemido bajo, casi animal, que intentó ahogar en mi cuello. Ese sonido me recorrió la columna como un relámpago.

—Así… —murmuró, con la voz rota—. …así.

Y de pronto supe, no era yo la que se adaptaba a él. Éramos los dos buscándonos, encontrándonos una y otra vez, como si cada paso del vals fuera inventado en el momento.

El vaivén se hizo más fluido. No más rápido, mejor. Había un momento de suspensión en cada entrada, un segundo en el que todo mi cuerpo se tensaba, esperando que regresara… y, en lugar de eso, venía una oleada cálida, un roce que parecía hecho a medida de mí. Él lo repetía, como un bailarín que ha encontrado por fin la figura que hace brillar a su pareja y la repite no por lucirse, sino por verla a ella brillar.

—Mírame —me pidió, en un momento, separando apenas su frente de la mía.

Obedecí. Lo miré. Y lo que vi me puso la piel en llamas.

No era el capitán distante, ni el hombre contenido que nunca pierde la compostura. Tenía el pelo revuelto, la respiración desbocada, el labio inferior un poco enrojecido de morderlo para no dejar escapar todos los sonidos que quería. Pero sus ojos… sus ojos estaban claros, lúcidos, fijos en los míos, como si necesitara asegurarse a cada segundo de que yo seguía con él, que no me estaba perdiendo en algún sitio donde no pudiera alcanzarme.

—Dime si no —susurró, marcando cada palabra con un leve empuje, cadencioso—. No quiero que soportes. Quiero que quieras.

Todo lo demás era ruido. Bombas, discursos, órdenes, uniformes, todo se habría convertido en ruido de fondo. Lo único real era ese hombre, su voz quebrada pidiendo algo que nadie pide: que le digan que sí desde el deseo, no desde la obligación. Que lo paren si no. Que lo guíen si sí.

Sentí un orgullo feroz prenderse en mi pecho.

—Quiero —contesté, sin reconocer la voz segura que salió de mi boca.

Algo cambió en su mirada. Y eso me desarmó.

Su mano bajó entonces por mi costado, lento, firme, como se desliza uno por la barandilla de una escalera conocida. No buscaba poseer, buscaba rodear, sostener. Me atrajo un poco más hacia él, ajustando el ángulo, y el siguiente movimiento fue… distinto.

Una chispa. Una descarga que no era dolor, sino algo mucho más peligroso: placer en bruto, inesperado, que me hizo abrir la boca en un jadeo mudo.

—Ahí —escapé, sin pensar.

Lo entendió a la primera. Repitió. Ajustó. Como si cada pequeño sonido mío fuera una nota y él, un músico experimentado, la atrapara al vuelo. No me trataba como a algo frágil, sino como a algo preciado, no quería que se rompiera, pero tampoco dejarlo guardado en una vitrina.

A partir de ahí, el vals dejó de ser solo suyo.

Empecé a moverme con más seguridad. A empujarle el compás con mi cuerpo, a marcarle cuándo más, cuándo menos, cuándo así era perfecto. Y cada vez que lo hacía, lo veía… ceder. Eso era lo más

embriagador de todo, saber que aquel hombre que nunca cedía nada ante nadie, que aguantaba el peso del mundo sin quejarse, estaba dejándose mandar por mis suspiros, por la forma en que lo apretaba o lo soltaba.

—No sabes lo que me haces… —murmuró, casi con rabia, cuando en uno de esos movimientos mis piernas lo ataron más a mí—. No tienes idea.

Sí, pensé. Sí que la tengo. La estaba sintiendo en cada fibra de su cuerpo, en la forma en que se contenía y se liberaba a la vez. Era poder y entrega en un solo gesto. Nadie me explicó que un hombre podía querer así, con tanta fuerza. Sin ver otra cosa en el mundo que no fuéramos nosotros dos.

El calor en mi vientre se convirtió en algo casi insoportable. No era un fuego limpio, era una tormenta que crecía por oleadas. Cada giro del vals la alimentaba. Yo ya no podía mantener el ritmo con la misma elegancia, empezaba a tropezar, a perder el compás, a agarrarme más fuerte a sus hombros porque el suelo se me estaba yendo de debajo de las piernas.

—Giorg… —lo llamé, pero no sabía si pedía que parara o que siguiera.

Él inclinó la cabeza para buscar mi boca, y el beso que me dio fue pura respuesta: no voy a soltarte. No voy a dejarte sola en esto. Ven conmigo.

Su mano subió a la nuca, me sostuvo la cabeza como si fuera lo más frágil del mundo mientras el resto de mi cuerpo se sacudía con esos espasmos extraños que no conocía. Sentía los músculos cerrarse y abrirse sin que yo pudiera decidir, como si alguna parte primitiva de mí, muy antigua, muy sabia, hubiera tomado el mando.

El placer me llegó como una ola que no pedí y que no pude detener. No fue una explosión silenciosa, fue una serie de golpes dulces que me hicieron gemir sin vergüenza, sin filtro, sin pensar en nada que no fuera ese «más» que ya no sabía cómo pedir.

Él aguantó. Lo sentí. Aguantó conmigo, ni antes ni después, exactamente ahí. Fue como si mi cuerpo lo arrastrara y, en lugar de resistirse, se dejara llevar. La manera en que se tensó, en que susurros ahogados se escaparon contra mi cuello, en que toda su

fuerza se concentró en no apartarse hasta que yo terminé de temblar… fue hermosa. Cuando por fin las olas empezaron a retirarse, cuando el vals se ralentizó hasta convertirse en un balanceo casi inmóvil, los dos nos quedamos suspendidos en esa frontera rara entre el alivio y el vacío. Él apoyó la frente en mi clavícula, respirando como si hubiera corrido kilómetros. Yo notaba el latido de su corazón pegado al mío, ambos desacompasados, intentando encontrar de nuevo un ritmo posible.

Y entonces, sin avisar, empezaron a caer las lágrimas. No sollozaba. No hacía ruido.

Solo caían, una detrás de otra, como si algo dentro de mí se hubiera roto por fin y no pudiera pararlo.

Intenté tragarla. El cuerpo no obedeció.

Otra. Y otra. Y otra.

No venían con ruido. No sollozaba. Simplemente caían, despacio, parecía que habían encontrado una salida después de años esperando turno.

Él lo notó enseguida. Claro que lo notó.

Me miró. Y la expresión que se le dibujó en la cara fue tan desarmada que casi me hizo llorar más.

—Anna… —susurró, como si mi nombre fuera una pregunta—. ¿Te he…?

Negué, rápido, antes de que pudiera terminar.

—No. —Mi voz salió quebrada, como si también llorara—. No. No es eso.

Quise explicar. No pude. No sabía si lloraba por la guerra, por el miedo, por esta noche… o por todo a la vez. Solo sabía que era demasiado, y que dentro de mí no cabía.

Él hizo algo entonces que me rompió del todo, de la mejor manera.

No se apartó, no se puso torpe, no empezó a pedirme perdón como un adolescente asustado. Se incorporó lo justo para quedar sobre mí, sosteniendo su peso en los antebrazos, y me tomó la cara.

Sus manos enormes y calientes me enmarcaron la cara con un cuidado que no me hizo pequeña. Sus pulgares limpiaron torpemente mis mejillas, no para detener las lágrimas, que seguían saliendo, sino acompañarlas.

—Mírame —pidió, suave.

Lo hice. Y ahí lo vi. Había ternura. Una ternura que me dolió en el pecho.

Había algo tierno en él que no me esperaba. Parecía un crío que no entiende cómo estaba ahí conmigo.

—No tienes que dejar de llorar —dijo, como si me leyera el pensamiento—. No conmigo.

Su voz era baja, grave, todavía rasgada por el esfuerzo de contenerse antes, pero firme. Tenía esa misma voz de cuando me juró que me protegería. Solo que ahora me prometía otra cosa: que se iba a quedar ahí, mirándome.

Un sollozo casi risueño se me escapó.

—Es ridículo —balbuceé—. No sé por qué… no sé por qué lloro.

Sonrió, solo para mí. Ahí entendí por qué todo el mundo quería verlo así… y por qué ninguna lo había conseguido.

—Yo sí lo sé —dijo, acercando la frente a la mía, sujetándome la cara como si fuera a deshacerme—. Lloras porque estás aquí. Porque estás conmigo. Respiró hondo, como si esas palabras le costaran más que cualquier orden—. Porque nadie te enseña a sentir algo así sin que se te termine escapando por algún sitio.

Me golpeó de lleno. Cerré los ojos, dejando que otra tanda de lágrimas se perdiera entre sus dedos.

—No me da miedo —añadió, en un susurro—. No me asusta que sientas así. Me da miedo no estar a la altura de eso. Pero no voy a salir corriendo.

Ojalá todas pudieran sentir alguna vez lo que es a alguien como él encima, dentro, rodeándote… agarrándote la cara como si en ese momento no hubiera nada más en el mundo. Lo pensé casi sin fuerzas, mientras sentía cómo se me escapaba otra lágrima.

Me atrajo hacia él, girando con cuidado para que quedara sobre su pecho. El movimiento fue tan suave que casi no supe en qué momento dejé de estar bajo su cuerpo para estar envuelta por él. Sus brazos se cerraron a mi alrededor, uno bajo mi cabeza, el otro en mi espalda, como si me acunara entera. No había ni rastro de incomodidad por la desnudez, ni prisa por dormir.

Me besó el pelo. Una, dos, tres veces. Cada beso decía lo suyo. Las lágrimas seguían saliendo. Yo me rendí a ellas. Apoyé la cara en su pecho, sintiendo la piel caliente, el latido fuerte, el aroma mezclado de jabón, sudor y algo que ya era exclusivamente mío. Sin nombre todavía. Pero mío.

—No lo entiendo —murmuré, cuando pude ordenar dos palabras seguidas—. No sé por qué lloro tanto. No estoy triste. No lo estoy.

Sus dedos dibujaban círculos lentos en mi espalda. Sin prisa. Tenía toda la noche.

—No hace falta que lo entiendas —respondió—. No ahora. Bajó la voz un poco más—. Deja que lo entienda yo, si no puedes. Yo te aguanto mientras se te pasa… o mientras se te queda dentro. Me da igual. No me voy a mover de aquí.

No. No se iba a mover. Se quedó despierto más tiempo que yo, lo supe porque sentía sus dedos moviéndose todavía cuando mis párpados ya pesaban demasiado. Cada vez que una lágrima tardía se escapaba, él estaba ahí para atraparla. Solo presente.

En algún momento, entre suspiro y suspiro, me di cuenta de algo que sí entendía.

No lloraba solo por lo que acabábamos de hacer. Lloraba por todas esas noches en las que me convencí de que esto no era para mí. Por las veces que pensé que el amor era para otra gente, para los que salen en las fotos, para los que no tienen este miedo que no me deja dormir. Lloraba porque me había tocado un hombre que no me pedía que me callara, sino que fuera de verdad, con lágrimas y con todo. Lloraba porque estaba con alguien increíble. Y por primera vez, no me sentí pequeña.

La última imagen que recuerdo antes de que el sueño me arrastrara fue la de su mano enorme, descansando abierta sobre mi costado, como un juramento silencioso. Aquella noche las lágrimas fueron la forma que tuvo mi cuerpo de decirme que seguía viva. Sin más vueltas. Y él, mi marido, mi capitán, mi Giorg, no quiso secarlas.

-Giorg-

Cuando ella por fin se quedó dormida, con la respiración más lenta y las pestañas todavía pegadas por el rastro de las lágrimas, yo seguía allí, despierto, con el cuerpo agotado y la cabeza en un estado que no conocía.

No pensaba solo en sus lágrimas. Pensaba en cómo había sido todo.

No había sido perfecto. No había sido limpio, ni de esos encuentros que los hombres presumen en voz alta en una mesa llena de copas. Había habido torpeza, pausas, un dolor que sentí casi en mi propia carne, respiraciones entrecortadas, correcciones constantes. Hubo momentos en los que me movía por un terreno minado, un paso mínimo, esperar la reacción, ajustar, retroceder si algo en su cuerpo decía «no así». Fue más esfuerzo que cualquier descarga rápida de juventud. Mucho más. Y, sin embargo, nunca había sentido mi propio cuerpo tan… presente.

Había sido lento. Deliberadamente lento. A veces hasta el límite de lo soportable. El impulso, allí abajo, pedía otra cosa, pero me negué a obedecer. Nunca me había contenido tanto. Nunca me había importado tan poco mi propio final. Me descubrí escuchando más su respiración que la mía, más los cambios en la tensión de sus músculos que los tirones del deseo en los míos. Y cuando, al fin, dejó de resistirse y empezó a moverse conmigo, sentí algo que no se parecía a victoria, sino permiso. A una especie de «estás bien aquí» que ninguna otra mujer me había dado antes.

Aquello no fue una carrera ciega. Fue… un ajuste. Como si en vez de caer, hubiera encajado por fin en la pieza exacta.

El placer estaba ahí, sería hipócrita negarlo, pero venía mezclado con la conciencia de cada centímetro de ella. Tenía que medir mi peso, para no perderla justo ahora que confiaba en que podía abrirse sin romperse.

Eso, más que la intensidad física, era lo que me tenía desvelado, la sensación de que por una no había sido algo que yo hacía a alguien, sino algo que habíamos conseguido juntos, a pesar del miedo y del

dolor inicial. Torpe, irregular, lleno de pequeñas rectificaciones… pero común.

Nunca nadie había llorado así conmigo. No después. Antes, sí, por miedo, por rabia. Lágrimas que eran protesta o reproche, que me colocaban del lado equivocado de la historia, aunque no hubiera querido. En Lisa, sobre todo, las lágrimas siempre llegaban demasiado tarde o demasiado pronto, como si yo fuera un mal tiempo del que protegerse.

Con Anna había sido distinto. Esas lágrimas no iban contra mí. No eran un «me has hecho daño», aunque me aterrorizara que lo fueran. Eran… cosas que yo no entendía del todo. Me estaba dejando entrar en un lugar donde no entra nadie. Me lo ha confiado a mí.

Podía haber contenido aquello. Podía haberse dado la vuelta, tragárselo, disimular, vestirse, hacer un chiste, poner tierra, decir que estaba cansada. No lo hizo. Se rompió ahí, debajo de mis manos. Me dejó mirarlo. Me dejó tocarle la cara mientras se desbordaba. Me dejó sostenerla sin hacer preguntas para las que ninguno de los dos tenía respuesta.

Si eso no era confianza, no sabía qué podía serlo.

Tenía miedo, claro. Miedo de que, al despertar, sintiera vergüenza. Miedo de que esos lloros, que a mí me habían parecido lo más hermoso que había visto en años, a ella le parecieran una humillación. Miedo de haber cruzado una puerta que ella, con la luz encendida, querría volver a cerrar. Pero, incluso con ese miedo, había algo nuevo instalándose en mí, orgullo.

No el orgullo grosero del hombre que piensa «la he dejado temblando». Eso siempre me había parecido vulgar, incluso cuando era más joven y no entendía nada. No. Era saber que no había pasado por su vida como un tanque sino como un refugio. Que no se había hecho pequeña por mi culpa, sino todo lo contrario, la había visto enorme, incapaz de caber en sí misma.

Sentía también una especie de alivio feroz, difícil de explicar. Como si alguna pieza vieja, oxidada, que llevaba años chirriando hubiera encajado por fin. Durante mucho tiempo había vivido con esta sospecha baja, constante, de que mi deseo era destructivo. Que lo

mejor que podía hacer por los demás era disfrazarlo de disciplina. Aquella noche, por primera vez, se me insinuó la posibilidad contraria que, bien empleado, podía ser… podía ser bueno. Y eso me asustó casi tanto como lo contrario.

Y entonces me asusté por otra razón: estar a la altura.

Era muy sencillo estar a la altura de una noche. De un baile, de un cuerpo que se abre por primera vez. Lo que me daba vértigo era el después. Levantarme al día siguiente, verla cruzar el pasillo en bata, recordar esa misma piel desnuda bajo mis manos… y seguir siendo el hombre que necesitaba. No el amante de una noche, sino el que aguanta el mundo con ella, no encima de ella.

Miré su cara sobre la almohada. Tenía una tranquilidad que ni ella misma se había dado. «No puedes fallar aquí, Hohenfeld», me ordené. Puedes equivocarte en mapas o tragarte papeles que te repugnan. Pero a esta mujer, no. Esto, no.

No era una exigencia de ella. Era mía.

Me descubrí, casi sin darme cuenta, repasando con la vista cada gesto de la noche que acabábamos de vivir, para fijarlos. El temblor de su voz cuando dijo «quiero». La manera en que agarró mi mano cuando le dolía. El modo en que buscó mi mirada antes de decirme «muévete». Esa palabra suya, «baila», que me había dejado más expuesto que cualquier confesión. Me di cuenta de que estaba memorizando no su cuerpo, sino su coraje.

Yo había visto hombres valientes en el frente. Había visto cobardes dignos, y héroes de una sola vez. Pero ese valor silencioso, íntimo, de alguien que tiembla y aun así elige seguir… eso era otra cosa. Y me había tocado a mí presenciarlo.

No sabía qué iba a pasar en Trieste, ni en Viena, ni en el mapa entero. Lo único que supe con una certeza absurda, infantil y adulta a la vez, fue esto: si el mundo iba a deshacerse, yo quería que me pillara al lado de esta mujer. Aunque no supiera siempre qué hacer. Aunque tuviera miedo cada vez. Aunque me costara más trabajo contener la ternura que cualquier estallido de violencia.

Ella suspiró en sueños, se movió apenas, buscando sitio. Instintivamente, la rodeé con el brazo. No porque lo exigiera ninguna promesa matrimonial, sino porque sabía perfectamente

dónde tenía que estar haciendo de muro, sí, pero de esos que abrazan por dentro.

Pensé, con una especie de ironía cansada, que, si alguien me hubiera dicho que el momento de mayor vulnerabilidad de mi vida no llegaría en un frente, ni ante un superior… sino en una cama, al lado de una mujer que lloraba de emoción porque estaba viva y conmigo… le habría llamado idiota.

No recé. Hace mucho que no rezo. Pero esa noche, sin mirar a ningún dios en particular, formulé algo parecido a una plegaria: no me dejes estropear esto. No me conviertas en aquello de lo que ya tiene bastante fuera, miedo, orden y silencio impuesto.

Si ella iba a seguir desbordándose así, necesitaba a alguien que supiera nadar. O, por lo menos, a alguien que no le tuviera miedo al agua.

Me quedé despierto un buen rato más, escuchando su respiración. Decidí prometerme, no huir de lo que había visto esa noche en su cara.

Ni de su cuerpo. Ni, sobre todo, de su manera de sentir. Nunca me lo dijo. Pero si aquella noche hubiera hablado en voz alta, creo que habría sonado así: el capitán que todos creían de piedra, con el corazón hecho un nudo.

—Anna—

Y yo, al despertar, lo único que supe con certeza fue esto, no hubo luna de miel. No había trenes que esperaran recién casados, ni hoteles con sábanas planchadas, ni playas lejanas donde fingir que el mundo no se estaba cayendo. Hubo, en cambio, lo que el régimen y la guerra podían concederle a un capitán y a su esposa, un permiso, unos días que nadie se molestó en mirar demasiado. No salimos de la casa. El viaje fue del dormitorio a la cocina, del sofá a la cama. Y bastó.

Desperté con la sensación de que me habían soltado todos los tornillos por dentro. No estaba rota, solo distinta, mi cuerpo descubrió por fin para qué servían algunas piezas. Las piernas pesadas, el vientre lleno de un peso dulce, la piel demasiado consciente de la sábana que me rozaba. El cabello, lo notaba sin

siquiera tocarlo, era una batalla perdida: mechones en la cara, en la nuca, pegados a la almohada.

Parpadeé hacia el techo y tardé un segundo en recordar que no era mi techo. Que aquel no era mi cuarto. Que no dormía sola. Entonces sentí la mirada. Me giré apenas, haciendo crujir la sábana.

Giorg estaba despierto, apoyado en un codo, mirándome. No tenía la expresión del capitán. Ninguna máscara. Pelo revuelto, pecho desnudo, la sábana caída a medio camino de la cadera, la mandíbula sombreada. Pero lo que me detuvo fue lo otro: esos ojos claros, abiertos, como si llevara un buen rato simplemente… contemplando.

—Buenos días —dijo, con una suavidad que casi dolía.

Solté un ruido raro y lo primero que hice fue subirme la sábana hasta la nariz.

—No mires —murmuré, ahogada.

Oí cómo sonreía antes de verlo.

—Llego tarde para obedecer eso, ¿no crees? —susurró.

La cama cedió bajo su peso y supe que estaba ahí, conmigo. Noté sus dedos en la sábana, un roce apenas contra mis nudillos que me puso alerta. Me quemaba todo el cuerpo, esperando a que hiciera algo más que solo tocar el borde.

—Debo estar horrible —se me escapó—. Mira cómo llevo el pelo… y la cara… y todo.

Él inclinó la cabeza. Luego negó, muy despacio.

—No —dijo—. No estás horrible.

La yema de un dedo me rozó la frente, descendió y se detuvo en la curva de mi mejilla.

—Estás… —buscó la palabra con calma— como alguien que ha vivido mucho esta noche. Sus ojos se suavizaron—. Y parece que estás aquí. Conmigo. Como si fueras mía.

La frase me atravesó, caliente, hasta los talones. Bajé la sábana hasta la nariz, lo justo para verlo. Su expresión tenía algo peligroso, ternura y sorpresa, como si todavía no terminara de creer que yo seguía ahí.

—Sigues aquí —dijo, casi para sí, como si marcara un dato importante—. Menos mal.

Tragué saliva. El recuerdo del llanto se me subió a la garganta como si hubiera pasado hacía un minuto, su cuerpo, el vals, ese momento en que algo dentro de mí se rompió y empezó a salir en lágrimas que ni yo entendía.

Él bajó aún más la voz.

—En serio —murmuró—. Anoche casi se me para el corazón cuando empezaste a llorar.

Me sorprendió el brillo que se encendió en sus ojos al decirlo. No vergüenza, no incomodidad. Otra cosa. Algo más hondo.

—No sabía si te dolía, si te habías asustado, si… —se interrumpió un momento, buscando palabras que no sonaran torpes—. Estabas tan abierta, tan… de verdad, que me dio miedo tocarte hasta con la mirada.

Se encogió levemente de hombros, un gesto que lo dejaba tan desnudo como a mí.

—Hoy solo quiero poder verlo sin asustarme —continuó, más bajo todavía—. Si tienes que llorar porque estás… desbordada… —la palabra le salió despacio— lloras. Su pulgar hizo como atrapar una lágrima imaginaria en el borde de mi ojo—. Te aguanto yo. Para eso estoy aquí.

No pude decir nada. Sentí cómo ese nudo raro se apretaba de nuevo, amenazando con subir otra vez a los ojos sin pedir permiso. No era tristeza. Él lo vio. Por supuesto que lo vio.

Pero en lugar de ponerse solemne o hacer un chiste brusco, sonrió un poco, inclinado sobre mí.

—Voy a tener que acostumbrar el corazón, ¿sabes? —susurró—. Está viejo para estas cosas. Toda la vida latiendo normal y de repente le ponen a una mujer que se le echa a llorar encima de felicidad… y se descompone.

Se acercó aún más, rozándome la frente con la suya.

—La próxima vez me avisas —añadió, con una ternura casi juguetona—. Así lo preparo, respiro hondo, me siento, te abrazo fuerte… y dejo que te rompas tranquila, sin pensar que estoy haciendo algo mal.

Un sonido extraño me salió del pecho, mitad risa mitad sollozo.

—No lo entiendo —admití, en un susurro—. Ni anoche… ni ahora. No sé por qué lloré así.

Sus dedos se deslizaron a mi nuca, ahí donde el pelo era un enredo sin remedio. No se quejó. Lo acarició como estaba, en su desastre.

—No hace falta que lo entiendas —dijo—. No hoy.

Me sostuvo la mirada, serio y suave a la vez—. Yo sí lo entendí. Era… demasiado. Demasiado de todo. Si no te hubiera pasado nada por dentro, entonces sí me habría preocupado.

Se inclinó y dejó un beso casi casto en la esquina de mi ojo, justo donde una lágrima habría caído.

—Y te prometo otra cosa —añadió, con una media sonrisa—. No voy a decirte nunca «no llores». No aquí. No por esto. Si te desbordas, me haces un sitio y me dejo mojar.

La imagen me arrancó una carcajada ahogada. Él sonrió, satisfecho, como si acabara de ver justo lo que quería, risa y humedad mezcladas en mi cara.

—Eso sí… —bajó la voz, pegando su frente a la mía—. Si se convierte en costumbre, voy a tener que dormir siempre así de cerca. Por si acaso. No vaya a ser que una noche te rompas y no esté con los brazos preparados.

Me deslizó hacia él sin esfuerzo. Su cuerpo estaba caliente, acogedor, esperándome desde siempre. Sus manos se cerraron a mi espalda, no posesivas, sino protectoras.

—Giorg… —susurré, con la voz ronca.

Respondió, muy simple, besándome el pelo. No se movió.

Y ahí, con el pelo hecho un desastre y la piel todavía marcada por él, entendí por fin mi llanto. No era tristeza. Era el alivio de estar con un hombre capaz de quedarse ahí, sin escapar, mirando mis lágrimas como si fueran un regalo y no un problema.

Capítulo 15

Él seguía hablando bajito, con esa voz grave que me tocaba en un sitio demasiado blando. «Si te desbordas, te aguanto yo. Para eso estoy aquí».

Después de eso, ya no hizo falta decir mucho más.

La guerra seguiría ahí cuando despertáramos. Pero aquella mañana solo existía la sábana caliente y su mano grande en mi espalda. Y me di cuenta de que, con él, desbordarse no era peligroso. Era como llegar a casa.

Me desperté con la boca seca y las pestañas pegadas. La luz había cambiado: ya no era la claridad tímida del amanecer, sino un sol más alto filtrándose por las cortinas, dibujando rectángulos pálidos en el suelo.

Giorg seguía dormido.

O eso creí.

Tenía un brazo bajo mi cintura y la cara girada hacia mí. La mandíbula relajada, el ceño por fin sin aquella arruga permanente. Parecía más joven, casi otro hombre. Podría haberme quedado mirándolo, pero el cuerpo empezó a quejarse: garganta, estómago, músculos. Tenía hambre. Y, sobre todo, calor.

Deslicé con cuidado su brazo lejos de mi cintura. Murmuró algo ininteligible, pero no se despertó del todo. Me incorporé despacio, sentada en el borde de la cama, con la sábana pegada al pecho. El aire frío me recorrió la piel. La sensación de desnudez volvió de golpe.

Miré alrededor, buscando algo que ponerme. Mi vestido de la noche anterior colgaba de una silla, arrugado, la ropa interior hecha un ovillo en el suelo.

No me apetecía meterme ahí dentro.

Entonces la vi, una de sus camisas, abandonada sobre el respaldo de la butaca. Blanca, limpia, con el cuello un poco dado de sí y las mangas remangadas a medias de la noche anterior.

Alargué la mano.

La tela estaba fría al tacto. Me la eché sobre los hombros, dejando que me envolviera. Me quedaba grande, claro, el hombro se me caía un poco, las mangas me tapaban las manos. Pero al abotonar el primer botón, algo se asentó raro dentro de mí. El olor del jabón se mezclaba con algo más suyo. Era como ponérmelo a él por encima. Cerré unos cuantos botones, no todos. El escote quedó abierto, mostrando más piel de la que nunca habría enseñado… salvo a ese hombre que dormía detrás de mí, al que ya se la había mostrado toda.

Fui al baño a tientas, descalza. El espejo no tuvo piedad, pelo como si hubiera perdido una batalla, labios hinchados y una marca tenue en la base del cuello. La camisa caía sobre mis muslos desnudos, dejando a la vista solo un tramo de pierna antes de perderse en el reflejo. Tragué saliva. No reconocía del todo a la mujer del espejo, pero me gustó.

Me lavé la cara, me enjuagué la boca. El agua fría ayudó a aclarar un poco la neblina de la noche. Cuando salí al pasillo, todo estaba en silencio. El corazón me dio un pequeño vuelco, por un segundo pensé que quizá se había ido, llamado de urgencia, y que yo estaba allí, en su camisa, sola en aquella casa ordenada.

Entonces escuché algo. Un golpe sordo, un leve tintineo de algo de cristal. Venía del salón.

Seguí el sonido.

Sus pasos fueron más rápidos que los míos. Giré la esquina del pasillo justo cuando él salía del salón hacia mí. Nos vimos al mismo tiempo. Se detuvo en seco. Yo me quedé clavada sobre la madera, con una mano agarrando el borde de la camisa como si pudiera hacérmela más larga de golpe. La luz que entraba por la ventana del pasillo caía justo sobre mí, exagerándolo todo, el blanco de la tela, el brillo de la piel en las piernas, el cuello abierto, la marca en mi garganta.

Durante un segundo no respiró.

Ese segundo fue suficiente para que yo viera el impacto completo en su cara. Sus ojos me recorrieron despacio, de abajo arriba, intentando creer que aquello era real, la caída de la camisa en mis

muslos, las rodillas desnudas, las pantorrillas, el subir tímido del dobladillo cuando me tensé, el camino de botones mal abrochados que dejaban entrever un poco más de piel de la cuenta, el cuello, la mandíbula, mi cara.

Cuando llegó a los ojos, yo ya no sabía en dónde esconderme.

—Hola —atiné a decir. Y me dio vergüenza al instante, porque no era una palabra para todo lo que me estaba pasando.

Él parpadeó una vez, como si volviera de muy lejos. La garganta le trabajó en seco.

—Hola —repitió.

La voz le salió más grave que de costumbre.

No dijo nada más, pero había tanto en esa sola sílaba que me avergoncé por los dos. «Hola, me acabo de despertar y estoy hecha un desastre». «Hola, llevo años viendo soldados vestirse y desvestirse, y jamás me había afectado nada como verte así». «Hola, si doy un paso más voy a olvidarme de todos mis propósitos de dejarte descansar».

Me eché a un lado, incómoda, queriendo dejarle pasar. Mala idea, el movimiento hizo que la camisa se alzara un poco más en un muslo y que un botón mal abrochado cediera un milímetro. Sentí el aire frío colarse por la abertura y su mirada seguirlo sin pudor, como si fuera lo único en la habitación.

—No mires —dije, demasiado tarde.

Sus labios se curvaron, apenas.

—Estoy casado, no ciego —murmuró.

El comentario me puso aún más roja, si era posible. Él dio dos pasos hacia mí, lento, como acercándose a un animal asustado que no quería espantar. Se detuvo a una distancia prudente, pero lo suficientemente cerca como para que el olor suyo impregnado en la camisa se mezclara con el suyo de carne y hueso.

—Es… —empezó, buscando palabras—. La camisa me queda mejor a ti que a mí.

—Te la he robado —reconocí, apretando más el puño en el dobladillo.

—Puedes quedártela —hizo una pausa—. A ti te queda mejor.

Sus ojos bajaron un instante, solo un instante, a la línea de mis piernas. Aquel vistazo rápido, compacto, valía por todas las escenas explícitas que nunca escribiría. No había vulgaridad en él, pero tampoco santidad. Era un hombre mirando a su mujer en su ropa, sin poder decidir qué quería hacer primero.

Yo di un paso atrás por puro reflejo. Él levantó una mano, no para agarrarme, sino para tocar el marco de la puerta junto a mi cabeza, dejándome espacio para decidir si me escapaba o no. No lo hice.

Su otra mano se levantó despacio. No fue a los botones, ni al dobladillo. Fue a mi cuello. Los dedos rozaron la tela y la piel justo donde la camisa se abría. Se detuvieron en la marca tenue que me había dejado la noche anterior. Pasó el pulgar por encima, una vez, muy suave, como si la leyera en braille.

—Esto… —susurró— sí que debería haber salido en el parte.

—¿Qué parte? —pregunté, aturdida.

—Nada —negó, sin apartar la vista de mi cuello—. Olvídalo.

Tenía la cara cerca. Lo bastante como para contarle las pestañas. Lo bastante como para notar cómo le cambió la respiración al inhalar el olor de su propia camisa sobre mi piel. Por un segundo pensé que iba a besarme ahí, sobre la marca, que iba a borrar su propio rastro con otro. En lugar de eso, levantó la mano hasta el primer botón mal cerrado.

—¿Puedo? —preguntó, apenas un hilo de voz.

No sabía si se refería a abrocharlo o a todo lo contrario. Asentí igual, porque el cerebro se había ido a otra parte. No lo desabrochó. Lo cerró bien.

Sus dedos se movían despacio, pegados a mí, rozando la piel cada vez que el borde de la tela cedía un poco. Sentí la yema de cada dedo como un punto de fuego. Cuando acabó con ese botón, pasó al siguiente. Hizo lo mismo. Y al siguiente. Cada vez que tiraba de la tela, un poco de aire frío escapaba. Su mano, templada, lo reemplazaba.

Al llegar al último, el que estaba justo por encima del largo peligroso de la camisa, se detuvo.

—Así —murmuró—. Mejor.

No sé si hablaba de la camisa o de su autocontrol. Tenía la mandíbula tensa y la vena del cuello marcada, se estaba sujetando para no empujarme contra la pared.

—Tenía hambre —dije, porque mi cerebro decidió que era buen momento para la estupidez.

Él cerró los ojos un instante, como si esa frase le hubiera parecido indecente por razones que no tenían nada que ver con la cocina.

—Claro que sí —exhaló—. Ven.

Antes de que se me ocurra otra cosa.

Bajó la mano de mi cuello, pero la dejó rozando mi espalda baja mientras me hacía girar en dirección al salón. El contacto era mínimo, apenas un guía. Bastó para que se me llenara la piel de electricidad.

Atravesamos el pasillo en silencio. Yo delante, él detrás. Sentía su mirada clavada en mis piernas, en la camisa que se levantaba un poco cuando caminaba. Cada paso era una provocación involuntaria. Llegamos al salón. Había dejado allí un plato con pan, algo de queso. Cosas simples, casi torpes, puestas en la mesa baja como si fuera un altar provisional.

Me hizo sentarme en el brazo del sillón. Se quedó de pie entre mis rodillas, mirándome un segundo más, como si necesitara memorizar ese cuadro exacto, yo, en su camisa, con la luz del mediodía en la cara.

—Si algún día dudas de que eres mía, acuérdate de esto —dijo.

Tragué saliva, el deseo, el miedo y una especie de orgullo se me mezclaron en el cuerpo.

—Y tú —me atreví, con el corazón a mil—, si algún día dudas de que eres mi marido, acuérdate de cómo me estás mirando ahora.

La carcajada le salió de muy dentro. Fue corta, ahogada, como si no quisiera romper la escena del todo. Se inclinó, al fin, y me besó. No un beso rápido, no uno casto. Un beso lento, profundo, que sabía a mañana, a pan sin probar.

Sus manos no se deslizaron bajo la camisa. No hacía falta. Se quedaron en mi cintura, firmes. El roce de sus pulgares sobre la tela bastó para que el cuerpo entero recordara que aún estaba sensible,

que había territorio por explorar, que ese no era el último día, sino el primero.

Cuando se separó, solo lo justo para dejarme respirar, sus ojos ardían.

—¿Sigues teniendo hambre? —susurró, con la voz un poco rota—. Si quieres paro…

Entendí de verdad el poder de una camisa robada, de un pasillo cualquiera y de la forma en que un hombre te mira cuando te desea sin prisas. Al final comimos algo. Muy poco.

El pan y el queso estaban ahí, sobre la mesa, pero cada vez que alargaba la mano, los dedos de Giorg encontraban la manera de rozar los míos, de entretenerse en mi muñeca, de distraerme la boca con un beso justo cuando iba a dar un bocado. No era un juego grosero, era como si quisiera comprobar hasta dónde podía llegar solo con la punta de los dedos y la paciencia.

Cuando por fin consiguió que me terminara al menos un trozo de pan, «o te desmayas a mitad de lo que estoy pensando», había murmurado, con la voz tan baja que casi no estuvo, el cansancio cayó de golpe. No era sueño normal. Era el cansancio de quien ha estrenado demasiado en poco tiempo.

Me recosté en el sofá, con la intención de estar sentada «un momento». Él se quedó de pie un segundo, mirándome como si evaluara algo. Luego, sin mucho teatro, se sentó también, en el extremo, y con un gesto mínimo abrió el brazo. No dijo «ven». No hizo falta. Mi cuerpo ya sabía el camino.

Me dejé caer hacia él. Su pecho fue un respaldo mejor que cualquier cojín. El sofá no era muy grande, para entrar los dos, tuve que encoger las piernas y plegarme un poco. Las rodillas quedaron apoyadas en sus muslos, la camisa se subió un centímetro más, y sentí su mano, inmediata, sujetando el bajo, como si protegiera al mismo tiempo la tela y mi pudor.

—Así está bien —susurró, más para sí que para mí.

Apoyé la cabeza bajo su clavícula. Habría distinguido su olor entre mil. Su brazo rodeó mis hombros con una naturalidad que me sorprendió, no tanteó, no dudó. Me recogió como si llevara años haciéndolo.

El silencio era acogedor. La casa parecía otra, ya no era el lugar ordenado y silencioso en el que yo caminaba con miedo a descolocar nada, sino nuestra cueva. Noté el pulgar de su mano dibujando líneas lentas en mi brazo, de arriba abajo. Pasaba por la piel como si estuviera memorizando la textura, la temperatura. Cada vuelta descendía un poco más, tocando el interior del codo, la piel fina de la muñeca.

La piel se me erizó en cada lugar que recorría. No de frío. De repente estaba allí todo mi cuerpo, muy presente, como si no hubiera nada más.

Me sentí ronronear por dentro. No era un sonido real todavía, pero la sensación era la misma, esa mezcla de confianza y placer que solo tienen las manos que ya te conocen. El sopor me pesaba en los párpados, pero el resto de mí estaba despierto, atento a cualquier movimiento suyo.

Él debió sentirlo, porque la mano se detuvo un instante en mitad del muslo, el pulgar apenas presionando en ese punto exacto donde un centímetro más arriba habría sido demasiado pronto, y un centímetro más abajo habría sido un peligro.

—Si me sigues mirando así —murmuró, sin mirarme, con la vista perdida en algún punto por encima del sofá— no vamos a dormir nada en todo el día.

No sabía que lo estaba mirando, pero aparentemente sí. Yo levanté la cara un poco, solo lo justo para verlo mejor. Tenía una expresión extraña, calma por fuera, la mandíbula marcando que por dentro pasaban otras cosas.

—No te estoy mirando —protesté, floja.

—Peor —respondió, bajando la vista por fin hacia mí—. Te noto.

La última palabra me erizó por completo. Era cierto, no había nada de mí que no estuviera pegado a él.

Su mano volvió a moverse. Esta vez siguió la curva de mi muslo hacia arriba, solo un poco, como quien comprueba el límite. El aire se me atascó en la garganta. La camisa apenas se movió, pero debajo todo se tensó.

—¿Así? —preguntó, muy bajo.

No sabía si se refería a la postura, a la caricia, o a qué. Asentí, la mejilla rozando su pecho.

—Así —contesté.

El pulgar hizo un círculo en la cara interna del muslo, suave, insistente. No subió más, ni hacía falta. El cuerpo reaccionó como si hubiera cruzado todas las fronteras posibles. Sentí un calor denso instalarse de nuevo en el vientre, esa sensación de estar al borde de algo sin moverse apenas.

Dudé un segundo entre el sueño y el deseo, pero daba igual. Todo en mí terminaba tirando hacia el mismo lado, hacia él. Mi cuerpo, agobiado, decidió combinar las dos cosas. Me relajé un poco más, dejé que el peso entero se hundiera en su lado. Él ajustó el brazo, se hizo más hueco, más sostén. Sus dedos, en lugar de perderse en el camino que habían iniciado, cambiaron de intención, del círculo provocador al vaivén lento, de arriba abajo por la columna, igual que en la cama, arrullando.

—Estás agotada —dijo, casi contra mi pelo.

Había una ternura inmensa.

—Tú también —alcancé a murmurar.

—Sí —admitió—. Pero yo llevo agotado años. Tú te has ganado la siesta.

Su pecho vibró con la media risa.

Mi cuerpo, pegado al suyo, recibió ese temblor como una vibración dulce. Cerré los ojos sin querer. El calor, el olor, la mano subiendo y bajando en mi espalda en un gesto mecánico, hipnótico, me fueron abriendo una puerta al sueño.

Antes de cruzarla del todo, noté una última cosa, cómo sus labios tocaban la parte alta de mi cabeza, un beso apenas, casi una firma. Y cómo, justo después, soltaba un suspiro. No recuerdo el momento exacto en que me dormí. Sí recuerdo esto, la última sensación antes de caer fue la de sus dedos en mi muslo, aún presentes, no provocando ya, sino guardando sitio. El hambre seguiría ahí cuando despertara. Solo se había tumbado un rato a descansar conmigo.

Cuando me levanté para vestirme, todavía sentía la piel caliente allí donde su mano había descansado en mi muslo.

El tiempo corría, teníamos que ir a ver a mis padres. Era lo que tocaba. La buena hija presenta al marido, aunque se haya casado casi a contrarreloj.

Giorg se limitó a acercarse y abrocharme los botones de la espalda con ese cuidado que ya me estaba volviendo adicta. Sus dedos rozaron la piel a medida que abrochaba. No hizo ninguna broma. No hacía falta. Mi espalda habló sola, se me llenó de escalofríos.

—Podemos cancelar —murmuró, cerca de mi nuca—. Decir que estás indispuesta.

—Estoy indispuesta —admití—. Solo que no por enfermedad.

Sentí la risa en su pecho, pegado a mi espalda. Aun así, terminó de subirme el vestido, me giró hacia él y, con una seriedad sorprendente, me ajustó el cuello, me alisó una arruga inexistente en la falda.

—Tus padres se merecen verte —dijo—. Y verte bien.

«Tus padres se merecen verte» sonaba, en su boca, a algo mucho más grande. Asentí. Cinco minutos después, estábamos en la calle.

No íbamos mano a mano como dos adolescentes éramos gente seria, casada. Él me ofreció el brazo y yo lo tomé. Lo había hecho otras veces, de camino a actos oficiales, pero nunca así, sabiendo demasiado bien qué había bajo la tela. La ciudad seguía en guerra consigo misma. Había menos gente en las calles, más silencios, más persianas entornadas. El tranvía pasó delante de nosotros, cargado de gente cansada. Nosotros caminábamos despacio, dos figuras bien vestidas en medio del paisaje gris.

De vez en cuando, la mano de él, apoyada sobre la mía en su antebrazo, se movía un centímetro. Solo eso bastaba para electrizarme. No eran caricias, eran pequeños ajustes, un apretar, un deslizarse un poco más cerca de mis dedos. Cosas imperceptibles para el resto del mundo, pero no para mi piel, que saltaba como si la hubieran enchufado a la corriente.

—Estás muy callada —comentó, sin mirarme.

—Estoy intentando no pensar —respondí.

Su comisura se levantó en una sonrisa minúscula. No insistió. Bastaba con que sus dedos se abrieran un poco sobre mi mano para recordarme todo lo que habíamos hecho en las últimas horas.

El rellano olía a sopa y a tabaco, como toda la vida. Subir aquellas escaleras con un anillo en la mano y el recuerdo de un hombre sobre mi piel fue una experiencia casi fuera del cuerpo. Mi madre abrió antes de que llamáramos del todo. Debía llevar rato asomada al ojo de la cerradura.

—¡Anna! —Me abrazó con más fuerza de la que esperaba.

El abrazo me dolió y me consoló al mismo tiempo. Por un momento fui otra vez la hija que llegaba de visita, con historias del hospital y bandejas de comida. Luego su cuerpo se separó del mío y sus ojos bajaron un segundo a mi mano, al anillo, al hombre detrás de mí.

— dijo, más contenida.

—Por favor —respondió él, con ese tono que usaba poco—. Ahora soy su yerno. Llámeme por mi nombre.

Ella no se atrevió aún. Se hizo a un lado para dejarnos pasar. Mi padre se levantó del sillón, algo rígido, como si la columna le pesara más que antes. Apretó la mano de Giorg con energía, quizá demasiada.

—Bienvenido a la familia —dijo.

—Gracias —contestó él.

La escena tuvo todos los ingredientes de una visita normal, mi madre trajinando en la cocina, poniendo tazas, sacando un plato con galletas duras que guardaba para las ocasiones, mi padre preguntando por el trabajo, por el barrio, por cosas neutras. Pero había algo raro en el aire. Un desequilibrio.

Yo lo sentía en la silla.

Nos habían sentado juntos, en el lado del sofá. Nunca antes me había sentado tan pegada a él en ese salón. Nuestras rodillas casi se rozaban. Giorg parecía tranquilo. Demasiado tranquilo. Contestaba las preguntas de mi padre con frases medidas, respetuosas, mirando al hombre a los ojos. Pero su mano, apoyada sobre la rodilla, de vez en cuando giraba un milímetro hacia la mía. El dorso de sus dedos rozaba el tejido de mi falda. Y mi piel, bajo el tejido, saltaba como si me hubiera encendido una cerilla encima. Mi madre lo notó antes que nadie.

No lo dijo. Pero la conozco. La vi lanzar una mirada rápida a nuestras manos, otra a mi cara. Yo evitaba conscientemente mirarlo

a él mientras hablaba, porque sabía que, si lo hacía, todos notarían algo. Me esforcé por mantener la atención en la conversación.

—…así que les dieron el permiso, menos mal, porque la gente necesita ver que todavía se celebran bodas —decía mi padre.

—Sí —contestó Giorg—. Todavía se celebran cosas.

Mi madre carraspeó, con un gesto extraño.

—Anna, ¿quieres más café? —preguntó.

—Sí, gracias. —Me levanté demasiado rápido.

Giorg se inclinó a mi lado para coger la azucarera y, al hacerlo, me rozó el muslo con la cadera. Fue un contacto mínimo, completamente inocente, pero un escalofrío me subió por la columna y, por un segundo, perdí el ritmo de la conversación.

Noté la mirada de mi madre en mi espalda cuando caminé hacia la cocina. Me siguió. Mientras servía el café, bajó la voz.

—Estás en otro mundo hoy —dijo, más curiosa que preocupada.

La cucharilla tintineó contra la taza. Sentí el calor subirme a las mejillas.

—Solo estoy cansada —mentí fatal.

Ella siguió removiendo azúcar en la suya, pero la mirada se le clavó en mi cuello. Sus ojos bajaron a la base, donde el escote del vestido dejaba ver un poco más de piel de lo habitual. No había marca visible, por suerte. O no desde ese ángulo.

—Tienes otra cara —comentó al fin, con una media sonrisa—. No sé si será el matrimonio o que has dormido poco… y no precisamente por culpa de pesadillas.

Yo sabía lo que era. Y supe, por el brillo divertido en sus ojos, que ella sospechaba lo mismo.

—Un poco de todo —respondí, algo ahogada.

Su mano rozó un instante la mía, sobre el plato.

—Eso está bien —bromeó en voz baja—. Me preocuparía más verte con la misma cara de siempre.

Me echó una mirada que no supe si era cómplice o simplemente de madre que hace cuentas con la realidad. Volvimos al salón con las tazas. Me senté de nuevo junto a él. El calor volvió a instalarse en mitad de mi cuerpo como si nunca se hubiera ido.

Esta vez fue él quien buscó mi mano, bajo la mesa.

No la levantó. No hizo ningún gesto visible. Sus dedos se deslizaron por el borde del tapete hasta encontrar los míos, y los apretaron apenas. Una presión breve, segura. Era un código silencioso: «Estoy aquí», «resiste un poco más», «en cuanto salgamos de aquí…».

No terminé la frase. Mi imaginación sí.

Mi padre estaba hablando ahora de un vecino, de unas colas interminables en la panadería, sinceramente no me acuerdo de muchos detalles. Yo asentía en los momentos adecuados, pero la cabeza se me iba a otra parte, al sofá, a sus manos donde no debían estar en ese momento. Cada vez que su pulgar rozaba mi dedo bajo el mantel, una corriente me subía por el brazo y se instalaba directamente en el vientre.

Mi madre miraba. No a nuestras manos, que no podía ver, sino a nuestras caras. Nos observaba hablar sin mirarnos del todo, esquivarnos con la vista y buscarnos con el cuerpo. Ella se daba cuenta de que había algo nuevo ahí, un hilo invisible tensando el aire entre nosotros.

—Se os nota el matrimonio. —Soltó en un momento, con una media sonrisa.

Giorg se quedó en silencio un segundo. Luego, en lugar de la respuesta formal que habría esperado de él, se permitió algo distinto. Giró la cabeza hacia mí. Esa vez desde que habíamos entrado, me miró de frente, sin medias tintas.

La mirada me atravesó. Había en ella todo lo que habíamos hecho, todo lo que todavía queríamos hacer, y la conciencia exacta de que mis padres estaban delante. Fue un segundo, nada más. Luego volvió la vista a mi madre.

—Supongo que eso es buena señal —dijo—. Sería preocupante que ya estuviéramos aburridos.

Mi padre soltó una risa breve. Mi madre negó con la cabeza, pero sus ojos brillaban.

La visita no duró mucho más. Lo justo y necesario. Todo correcto.

Mis padres quizá no lo sabían, o quizá sí, bajo el mantel mi mano no se soltó de la suya ni un segundo. Y cada cosa gris que se decía en voz alta, yo la contestaba por dentro con lo único que me importaba, salir de allí.

Cuando nos despedimos, mi madre me abrazó otra vez. Noté que me olía el pelo, como si quisiera memorizar también ella esta nueva versión de mí.

—Volved pronto —dijo.

—Sí —respondí.

Pero al bajar las escaleras, con el brazo de Giorg de nuevo bajo mi mano, supe que «pronto» iba a significar otra cosa esa tarde. Que los dos estábamos pensando lo mismo, a juzgar por la forma en que sus dedos apretaron los míos un poco más fuerte al salir a la calle.

La guerra seguía ahí fuera. Mis padres seguían en su piso. El mundo no había cambiado. Pero nosotros sí. Y esa urgencia silenciosa, ese deseo casi impaciente por volver a nuestra casa, a nuestra cama, se coló entre los pasos, entre las palabras de cortesía, entre los saludos al portero.

Si alguien nos hubiera mirado desde fuera, habría visto a un matrimonio recién casado visitando a sus padres. Si hubiera mirado un poco más de cerca, habría notado el brillo en mis ojos y la forma en que los cuerpos parecían buscarse como si el día tuviera demasiadas horas entre una puerta y otra. Estoy casi segura de que me despedí bien, que di las gracias, que mi madre me arregló el cuello del abrigo y mi padre volvió a estrecharle la mano a Giorg. Todo correcto. Pero en cuanto se cerró la puerta detrás de nosotros, el mundo se redujo a una cosa muy simple: la distancia entre sus dedos y los míos.

Esta vez no me ofreció el brazo. Me dio la mano. Así, sin explicación. Entre vecinos podía pasar por gesto correcto, entre nosotros era casi indecente. Sus dedos se entrelazaron con los míos. Caminamos en silencio unos pasos.

—Creo que mi madre se ha dado cuenta —dije al fin.

—¿De qué? —preguntó, demasiado inocente.

—De que su hija ya no reza el rosario por las noches —respondí.

Lo oí carraspear, y luego esa risa baja que había aprendido a sentir más que a escuchar.

—Tu madre tiene buen oído —admitió.

—Y buen ojo —añadí.

Su mano apretó la mía un poco más fuerte. No dijo nada, pero la forma en que exhaló me dijo que esa imagen le iba a perseguir un rato.

El camino de vuelta se me hizo corto. Demasiado. Cuando estuvimos delante de nuestra puerta, sentí el corazón en la garganta. Él abrió con la llave de siempre, cerró el pestillo.

Nos quedamos un segundo en el recibidor, mirándonos como si no supiéramos muy bien por dónde seguir. Cuando por fin se cerró la puerta detrás de nosotros, supe que el día no había terminado, solo estaba cambiando de forma.

No encendió la luz del recibidor. Dejamos los abrigos a medias en las perchas, mal colgados, como si ni él ni yo tuviéramos ya paciencia para doblar nada más. Nos miramos un segundo en penumbra. Bastó.

El gesto fue mínimo: un medio paso suyo hacia mí, un medio paso mío hacia él, como si hubiéramos ensayado toda la tarde ese encuentro sin tocarlo. Cuando sus manos encontraron mi cintura, yo ya estaba buscándole la boca.

—Baila conmigo —susurré.

Fue la primera vez que se lo pedí yo.

La frase le cambió algo en la cara. Un destello. No dijo «sí», no hizo falta. Me tomó de la mano, la otra volvió a mi cintura, y empezamos a movernos por el pasillo como quien entra en un salón vacío convencido de que hay música, aunque nadie más la oiga.

El ritmo fue lento desde el principio. Un, dos, tres. Un, dos, tres. No era una metáfora, mi cuerpo lo sintió así. Cada vez que él me acercaba un poco más, mis pies retrocedían solo lo justo para no perder el equilibrio. Le marqué el paso, casi sin darme cuenta.

Un, dos, tres. Mi cuerpo buscándolo. Un, dos, tres. Su cuerpo recibiéndome. Un, dos, tres. Mi espalda arqueándose, sus manos sosteniéndome.

Nos quedamos tendidos, sudados, respirando a destiempo.

Apoyé la frente en su clavícula, escuchando cómo su corazón y el mío iban bajando revoluciones. Fue él quien habló primero, con la voz aún rota:

—Si bailas así siempre… —murmuró—, no pienso dejar que nadie más marque el ritmo de tu vida.

Solté una risa floja, agotada.

—Ni yo misma —respondí.

—Tú, sí —corrigió, en serio—. Tú, siempre.

Su mano buscó mi cara, me giró lo justo para poder besarme sin torcer el cuerpo. El beso fue suave, casi tímido, en contraste con todo lo que acabábamos de hacer.

Me acomodé de lado, pegando mi espalda a su pecho. Su brazo me rodeó por la cintura, dejando la mano descansando justo donde empezaba el vientre. Sus dedos dibujaron un círculo lento ahí, como si sellara algo.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunté, medio dormida.

—¿Qué? —respondió, ya con la voz más baja.

—Que ahora entiendo a todas esas mujeres que suspiraban por un buen bailarín —bostecé—. Pero ninguna tenía un capitán.

Lo sentí reír contra mi nuca.

—No me líes, que bastante tengo con que tu madre sepa más de la cuenta —susurró.

—Mi madre lo sospecha —corregí—. Saber, lo sé yo. Y con eso me basta.

Él no respondió. Me apretó un poco más hacia sí, como si estuviera de acuerdo.

El vals ya no daba miedo. Pegada a su pecho, sentí que mientras durara este compás, lo de fuera no importaba. Esta vez no era que él me llevara, estábamos bailando los dos.

Capítulo 16

Los primeros días de casada fueron extraños. La casa era más decorado que hogar. Nada fuera de sitio: los libros alineados al milímetro, las mantas dobladas con precisión casi militar. Yo andaba de puntillas, no quería hacer ruido.

Esa mañana me levanté antes que él. Tenía el cuerpo todavía marcado por la noche, entre agujetas dulces y algo nuevo y pesado en el vientre, pero me había empeñado en parecer una esposa como Dios manda, o como yo creía que debía serlo. Me até el pelo como pude, me puse la bata buena y fui a la cocina.

No hubo parte oficial que anunciara el fin de nuestra pequeña luna de miel. No hacía falta. Bastó con que, al tercer día, el teléfono sonara demasiado pronto y el cartero dejara sobre la mesa ese sobre marrón con el membrete del Ministerio.

No decía «Trieste» en ningún sitio, pero yo ya lo había entendido.

La guerra seguía colándose por todas partes. Los periódicos hablaban de frentes lejanos, de avances y retiradas que cambiaban de nombre cada semana. Pero aquí lo que se respiraba era otra cosa: cansancio. Un cansancio que se notaba en los portales, en las colas del pan y en esas conversaciones en voz baja que se apagaban cuando alguien pasaba demasiado cerca.

Trieste era una palabra que se escuchaba en las sobremesas de hombres como él. Nunca explicada. «Han pedido oficiales de confianza», «la cosa está complicada en el norte», «puerto, frontera… demasiados ojos». La decían señalando un punto en el mapa sin querer nombrarlo. Yo siempre pensaba en las personas que estarían allí sin saber que eran «la cosa complicada».

Yo la había oído antes, en el despacho, cuando todavía era «el capitán» y yo la que entraba con informes y café, procurando no estorbar. Trieste. La decían más bajo, con una cautela que yo no terminaba de entender, pero que me ponía en guardia. Los que iban allí volvían distintos.

Ahora la escuchaba de otra manera. Ya no era una palabra flotando entre papeles y uniformes. Era algo que podía entrar en nuestra cocina una mañana cualquiera y llevárselo sin dar explicaciones, dentro de un sobre marrón.

Él abrió el sobre sin ceremonia, de pie, junto a la ventana. Yo fingía recoger la mesa. Me sudaban las manos, aunque los platos estaban secos. No dijo nada al principio. Leyó, con esa concentración suya que le marcaba una arruga entre las cejas. Doblé una servilleta con demasiado cuidado. Sabía que si preguntaba «¿qué pasa?» lo obligaría a ponerlo en palabras, y aún no había decidido si quería oír la respuesta.

—No es hoy —dijo al fin.

Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Pero viene —añadió.

Viene. La palabra se quedó en la cocina.

Trieste no estaba en la primera línea, ni en la segunda. Asomaba más abajo, donde la mirada ya corre y nadie lee con atención: en ese párrafo saturado de palabras limpias, «reorganización», «necesidad estratégica», «zona costera»… que convierten lo irreversible en un simple trámite administrativo.

—¿Trieste? —pregunté.

Su mirada vino hacia mí. No le sorprendió que lo supiera.

—Entre otras —respondió—. Pero sí.

Se sentó, doblando la carta despacio, como si al hacerlo pudiera ponerla en su sitio. La dejó en la mesa, junto al pan que quedaba, sin más.

—Todavía no han firmado nada —explicó—. Quieren propuestas, informes. Ver quién está «disponible».

«Disponible» quería decir: quién no está ya demasiado roto, quién no está demasiado comprometido con una cosa o con la otra, quién va a obedecer sin hacer preguntas incómodas.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Estás disponible?

Lo dije con más calma de la que sentía. Él lo notó. Bajó la vista a sus manos, después a la carta, y luego volvió a mí.

—Eso creen —dijo.

No añadió «pero no lo estoy». No era hombre de grandes declaraciones vacías. Tampoco dijo «no me voy a ir». Éramos adultos, sabíamos hacer las cuentas solos. Habían invertido demasiado en él como para dejarlo descansando junto a la ventana con una taza de café. Y los hombres que sabían cosas, los que habían visto demasiado, raramente se quedaban en el salón cuando el edificio empezaba a inclinarse.

El desayuno se volvió otra cosa. Ya no era el café de cada mañana ni el pan duro mojado en leche. Parecía una despedida. Cada gesto pesaba más de lo que debía: cómo cogía la taza, cómo dejaba la cucharilla, cómo se levantaba a por más azúcar.

Él me rodeó en silencio cuando fui al fregadero. No me agarró: pasó detrás de mí en el espacio estrecho, el torso rozando mi espalda, la mano en mi cadera para no chocarse. Ese gesto mínimo me llenó entera. Pensé, con una lucidez que dolía, que quizá dentro de unas semanas ese mismo movimiento lo haría en otro destino. No porque quisiera, sino porque el mundo era así de estúpido.

Me giré antes de que la idea terminara de formarse. Lo miré de frente.

—¿Sabes cuándo sabrás algo? —pregunté.

—En unos días —contestó—. O mañana. O nunca. Depende de cuánto se asusten allí arriba.

«Allí arriba» no era solo un piso más en el Ministerio. Eran hombres con miedo tomando decisiones para no perder su silla mientras los mapas cambiaban de color.

Silencio.

Yo me acaricié distraídamente la base del cuello, justo donde aún notaba, a veces, el rastro de sus labios de la noche anterior. El cuerpo guarda esa memoria terca: aprieta donde alguien estuvo.

—No pienso pasar estos días sentado en el despacho mirando el teléfono —soltó de pronto—. Eso es lo que quieren: que nos pudramos de ansiedad esperando.

—¿Y qué quieres hacer? —pregunté.

Me miró un momento antes de responder.

—Vivirlos —dijo—. Contigo. Como días normales.

La palabra «normales» me quedó rara. No sabía ya qué significaba. Pero supe que, en su boca, quería decir algo muy concreto: levantarnos, comer, hacer la compra, reírnos, discutir por tonterías, acostarnos, repetir. Que Trieste fuera un ruido de fondo, no la banda sonora principal.

—Eso también incluye que me hagas reír hasta que me duela la cara —añadió—. Y que me dejes intentar hacerte el café sin quemar la cocina.

—Eso último no lo has conseguido nunca —repuse.

—Tengo unos días para practicar —dijo.

No era un chiste brillante. Pero funcionó.

Los días siguientes tuvieron algo irreal. No había bombas ni sirenas, solo noticias a medias y rumores que bajaban por las escaleras antes que el pan. Los vecinos hablaban en susurros de frentes que se acercaban, de soldados que volvían con la mirada vacía, de puertos donde las cosas se estaban complicando. A veces, en la radio, se colaba un nombre de ciudad que yo no conocía, otras veces, «Trieste», dicha rápido, y quemaba.

En nuestra casa, en cambio, el tiempo se medía de otra manera. Por la cantidad de café que salía bien o mal de la cafetera. Por las veces que conseguíamos comer en la mesa sin que ninguno mirara de reojo el teléfono. Por las noches en las que nuestras conversaciones empezaban con «¿recuerdas cuando te presentaste en el hospital con…?», y terminaban sin palabras, solo con su mano encontrando la mía bajo las sábanas.

Él no hablaba de Trieste si no era necesario. Pero la ciudad estaba ahí, en la forma en que a veces se quedaba callado mirando el mapa abierto sobre la mesa del despacho, con el dedo siguiendo la línea de la costa hacia el noreste. Yo pasaba por detrás, fingiendo ordenar libros, y notaba la tensión en sus hombros.

—¿Qué miras? —le pregunté un día, apoyada en el marco de la puerta.

—Las distancias —respondió.

—¿Muy lejos? —insistí.

—Depende —se encogió de hombros—. En el mapa no parece tanto. En la realidad… —Haciendo un gesto con la mano, sin

terminarlo— no lo sé.

Quise decir «no es tan lejos, podríamos vernos, podríamos…», pero me tragué las palabras. No tenía sentido pelear con la geografía de lo que todavía no existía.

En lugar de eso, me acerqué. Dejé la mano sobre su hombro, despacio, sin hacer ruido. Él no se apartó. Bajó la mirada del mapa a mis dedos. Los cubrió con los suyos.

—No te voy a prometer que no me van a mandar —dijo, sin rodeos —. Ni que no me voy a ir si lo hacen.

Asentí. Era lo que esperaba. Lo que temía.

—Pero sí te prometo una cosa —dijo, mirándome bien—. Si nos tenemos que ir, quiero haber vivido estos días contigo, no quedarme solo esperando a Trieste.

Me pasaba una cosa absurda, cada vez que decía algo así, tan directo, me entraban unas ganas de sacudirle de la chaqueta y llevarlo a la cama. Sin más. La sinceridad me desarmaba.

No lo hice. No siempre. A veces bastaba con besarlo despacio, con reírme de cualquier torpeza, con cocinar algo comestible solo para ver la expresión de sorpresa cuando lo probaba.

Trieste estaba ahí, en sordina. Mientras no apareciera escrita con fecha y firma, la casa seguía siendo nuestra. Eso me repetía.

Le habían dado unos días, sí. Un permiso. Pero el permiso no era descanso. Algunas mañanas salía temprano con el portafolio bajo el brazo y volvía al mediodía con esa cara suya de «he visto algo y no te lo voy a contar»; otras se quedaba en el despacho con la puerta entrecerrada, revisando papeles que desaparecían en cuanto yo entraba. El teléfono seguía sonando. Los sobres seguían llegando. Nada estaba quieto del todo.

Vivíamos en esa mezcla rara de calma y espera. Hacíamos la compra, discutíamos por tonterías y nos acostábamos. Y al mismo tiempo cada llamada, cada sobre, cada silencio un poco más largo de lo habitual nos dejaba el pulso en el cuello.

No había pasado nada. Y, sin embargo, ya estaba pasando.

Por eso lo tocaba más. Sin pensarlo. Le buscaba la mano al cruzar el pasillo, me quedaba un segundo más pegada cuando pasaba

detrás de mí en la cocina. Él hacía lo mismo: retenía mis dedos un instante extra, sin prisa.

No sabíamos el día. Pero sabíamos la dirección.

El bar del hotel de nuestra calle no era un sitio donde uno se relajara. La luz era baja y la madera oscura hacía que todo pareciera más serio de lo que ya era. Las mesas estaban llenas de uniformes. Azul marino de la Kriegsmarine. Gris de la Wehrmacht. Y de vez en cuando el negro de las SS, que no necesitaba levantar la voz para que se notara.

Nadie hablaba alto. Nadie hacía gestos amplios. Las risas salían cortas y se apagaban enseguida. Todos medían lo que decían, y cómo lo decían.

Era el tipo de sala donde uno se pensaba dos veces antes de hacer un gesto equivocado. Yo había visto a Giorg en situaciones así. Cuando algún oficial de la SS alzaba el brazo con esa rigidez fanática, él ni siquiera parpadeaba. Se llevaba dos dedos a la visera, seco, breve, puramente marinero. Una forma de decir, sin abrir la boca, que no pertenecía a la misma guerra que los demás.

No era miedo exactamente. Era otra cosa. Algo más contenido.

Él, también. Giorg estaba en una mesa junto al ventanal, solo. Sin copa. Solo un vaso de agua y un telegrama doblado junto al cenicero. La luz caía de lado sobre su perfil, y se le marcaba la mandíbula. Tenía el ceño fruncido de esa forma que conocía demasiado bien: la arruga entre las cejas, los labios apretados, el pulgar pasando una y otra vez por la línea del papel, como quien intenta gastarlo.

Sabía qué palabra era. «Trieste» estaba ahí, escondida entre números y frases asépticas sobre reorganización, nuevas necesidades, «lejos del frente, pero no demasiado». Viena era solo escala.

Lo miré un momento desde la puerta. Mi marido, el modelo de disciplina. La espalda recta, la mandíbula cerrada, el uniforme impecable. Rodeado de gente igual de rígida, en un bar donde hasta el piano parecía tocar en silencio.

Y supe, porque lo conocía de verdad, que si lo dejaba solo con ese telegrama y ese ambiente, se me iba a ir de allí más cerrado. Con la

cabeza metida en los mapas y la garganta llena de cosas que no iba a decir.

No podía hacer nada con los mapas. Pero con el pecho, sí. Respiré hondo, me alisé la falda y pensé: «Hoy, por cinco minutos, mandas tú».

Caminé hacia su mesa sin dudar. Crucé el bar con paso firme, oyendo mis tacones y notando las miradas antes de verlas. Mujer sola. Civil. En medio de un salón lleno de uniformes. Se me tensó la espalda. Los ojos se giraban, uno tras otro. No bajé la vista. Tampoco sonreí. Seguí andando hasta su mesa con la calma justa para que nadie pudiera decir que me había colado donde no debía.

Cuando llegué a su mesa, él todavía no había levantado la vista. El telegrama lo tenía atrapado con la misma intensidad con la que a veces me miraba a mí. Me deslicé en la silla frente a la suya sin pedir permiso.

—Disculpe, capitán —dije, en alemán claro, con mi mejor tono formal—. ¿Está libre este asiento?

Alzó la vista.

El primer segundo no entendió nada. Vi el reflejo puro del automatismo, evaluar, identificar, catalogar. Mujer, civil, bien vestida, sola, sentada sin invitación. Primero se le cruzó el susto, después, me reconoció.

No me sonrió. No podía. No ahí. Pero la pupila se le dilató apenas. Fue suficiente.

—Lo está —respondió, con la misma solemnidad con la que habría autorizado una entrada en su despacho.

Apoyé los codos en la mesa, inclinándome un poco hacia él. Olía a él y a un tabaco que no era suyo.

—Me han dicho —continué, sin bajar la voz más de lo adecuado— que usted es experto en operaciones navales.

Un músculo le saltó en la mejilla.

—Eso dicen —replicó.

—Entonces quizá pueda ayudarme —seguí, con una naturalidad que yo misma no me creía—. Estoy buscando a alguien que sepa romper el protocolo de navegación.

Incliné la cabeza, clavando la mirada en la suya.

Ahí lo vi.

El pánico. Solo un instante, tan fugaz que ningún otro en aquel salón lo habría percibido. Pero yo sí. Lo vi en la forma en que soltó el vaso, en el escaneo rápido de los ojos: mesas, uniformes, miradas. De pronto el humo entre nosotros parecía más denso.

Se le notó en todo. La mente a velocidad de combate: ¿y si alguien la reconoce?, ¿y si alguien nos escucha?

Yo mantuve la calma en la cara. Por dentro, el corazón me golpeaba tan fuerte que me daba miedo que lo oyera el piano.

—No debería pedir esto a cualquiera —añadí, bajando apenas la voz—. Pero me han asegurado que usted… —una pausa— no siempre sigue las rutas marcadas.

Sus ojos se clavaron en los míos. Entonces decidió.

Podía sonrojarse, toser, despacharme con frialdad, hacer como que no me conocía. Podía recordarme con una sola mirada que el juego se acababa, que aquello era peligroso, que estaba sentada en un campo minado.

En lugar de eso, se enderezó un poco más en la silla, dejó el telegrama a un lado con un gesto casi ceremonioso… y decidió ponerse de mi parte contra el mundo.

—Señorita —dijo, con esa voz baja que imponía silencio sin necesidad de subirla.

Un murmullo casi imperceptible recorrió las mesas más cercanas. «Señorita». El capitán se dignaba a hablar con una civil.

—Me temo —continuó— que el protocolo que sigo es muy sencillo.

Se inclinó hacia mí, lo justo para que los demás no oyeran todo, pero sí vieran la intimidad del gesto.

—Tengo asignado un único objetivo —dijo sin apartar los ojos de los míos—. Y exige inspección personal. Frecuente. Y a puerta cerrada.

Alguien carraspeó a dos mesas de distancia. El camarero se quedó quieto a medio camino. El salón enmudeció.

Sus manos reposaban abiertas sobre la mesa. Podría haberlas dejado ahí y dejar que la frase se apagara. Podría haber jugado a medias.

Decidió no hacerlo.

La mano derecha abandonó el mantel despacio, sin prisa. Vino hacia mí, no brusca, pero firme. Los dedos rozaron primero el dorso de mi mano, después se cerraron sobre mi muñeca. Noté el calor subirme por el brazo, hasta el cuello, hasta la cara.

—Y hoy —añadió, ya casi en un susurro— el objetivo ha tenido la temeridad de presentarse en mi mesa sin autorización.

Se levantó, y supe que no iba a echarse atrás.

No me agarró ni me arrastró. Movió mi silla apenas unos centímetros, lo justo para que estuviéramos frente a frente, demasiado cerca para un sitio así. Las mesas alrededor seguían ocupadas. Las miradas también. Eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Su mano dejó mi muñeca y subió despacio hasta mi nuca. Se quedó ahí, firme. No apretaba. No temblaba. Solo estaba. Comprobando que yo no iba a apartarme.

Y me besó.

No fue rápido ni torpe. Tampoco exagerado. Fue lento, claro, imposible de malinterpretar. Un beso dado con calma, mientras el salón entero esperaba. Sentí su otra mano en mi cintura, apoyada sobre el vestido con una seguridad tranquila. No me empujaba hacia él ni me exhibía. Me sostenía. Ahí era donde tenía que estar.

Alrededor seguían el piano, las copas, el humo. Pero yo dejé de oírlos. Solo sentía su boca y su mano en mi nuca, el pulso firme bajo mis dedos cuando me apoyé en su pecho para no perder el equilibrio. Pensé, con una claridad que me asustó un poco, que estaba eligiendo hacer esto delante de todos… y que, para él, eso no era poca cosa.

Cuando se separó, respiré hondo. Me temblaban las rodillas. No me soltó del todo, su mano seguía en mi nuca, más ligera ahora, sin decidir aún entre quedarse o volver a su sitio. Me miró un segundo. Solo uno.

Después se giró hacia el bar como si nada hubiera pasado. Y supe que no había sido un impulso. Había sido un gesto pensado. De los suyos.

El bar enmudeció.

Lo sentí sin verlo. El piano se equivocó de nota y se detuvo. Una cucharilla quedó suspendida en el aire. Alguien dejó caer un vaso contra el plato con un ruido demasiado alto. El oficial de la Kriegsmarine que estaba de espaldas se giró instintivamente, el de la SS a su lado se tensó entero. No dijo nada.

Yo no tenía margen para pensar en nada de eso. El mundo se había reducido al olor de su colonia mezclado con humo y whisky ajeno, al latido fuerte bajo mi mano cuando, sin darme cuenta, apoyé la mano en su pecho para no perder el equilibrio.

Se separó con calma. No me soltó al instante. Dejó la mano en mi nuca un segundo más, para que el cuerpo no saliera flotando. Yo respiré hondo, tratando de recomponer una dignidad que probablemente había dejado olvidada en la entrada. Entonces se giró hacia el bar.

Su mirada hizo un barrido lento por la sala. Uno. Por. Uno. No con desafío adolescente, sino con esa fría autoridad que todos allí reconocían. «Capitán Müller en servicio», decía cada centímetro de su cuerpo.

Nadie sostuvo su mirada más de un par de segundos.

Él dejó caer la mano de mi cuello a mi hombro, sencillo, posesivo y perfectamente interpretable como «mi esposa». Tomó el telegrama, lo dobló con una precisión casi clínica después de lo que acababa de hacer, y lo apartó a un lado.

—El procedimiento de verificación —anunció, con la gravedad de quien da un parte— ha concluido con éxito.

Hubo quien tosió para disimular una sonrisa. Otro escondió la suya en la copa. Un tercero se llevó el cigarro a la boca con manos un poco más temblorosas de lo normal.

Él bajó la vista hacia mí un segundo, apenas, y luego volvió a hablar, sin rastro de humor en la voz:

—Ahora, Frau Müller —afirmó, usando mi apellido de guerra, sellándolo delante de todos—, tenga la amabilidad de pedir algo de beber.

Hizo una pausa mínima.

—Para los dos —añadió—. La operación ha sido satisfactoria.

La frase cayó como una piedra en un estanque. Después del primer círculo de estupor, el salón intentó volver a su falsa normalidad. El piano retomó una melodía, esta vez un poco más alto. Las conversaciones, primero susurros, luego frases medianas. Pero el aire no era el mismo.

Yo sentía las miradas sobre la nuca. También sentía su mano todavía en mi hombro, sólida, tranquilizadora.

Levanté la barbilla. Si íbamos a hacer esto, íbamos a hacerlo bien.

—Dos coñacs —le dije al camarero, que se acercó con un respeto nuevo, casi nervioso.

—Enseguida, Frau Müller —respondió.

Giorg no me miró hasta que el camarero se alejó. Entonces, por fin, dejó que la máscara militar se le resquebrajara un milímetro. La comisura de la boca se le levantó, apenas.

—Eso ha sido una insubordinación en toda regla —murmuró, en voz tan baja que solo yo pude oírlo.

—¿Mía o tuya? —pregunté, aún con el pulso acelerado.

—De los dos —admitió—.

Pero supongo que alguien tenía que empezar.

Sus dedos apretaron un poco mi hombro, solo un segundo.

Y allí, en un bar de oficiales de Viena, rodeados de hombres que confundían disciplina con rigidez y protocolo con moral, supe que aquel beso había sido algo más que un escándalo: había sido una declaración de guerra privada contra todo lo que querían que él fuera sin mí.

El «comando de la indisciplina» acababa de estrenarse en público. Y, a juzgar por los dedos levemente temblorosos junto a la copa cuando llegó el coñac, el capitán Müller no había tenido nunca una operación tan peligrosa ni tan satisfactoria.

Esa noche, mientras me deslizaba en la cama a su lado, la casa ya no me pareció un lugar ajeno. El orden seguía ahí, pero había un vaso mal colocado en la mesilla, una almohada fuera de sitio, una cortina con una arruga nueva. Pequeñas pruebas de vida.

Él estaba leyendo, o fingiendo leer, con las gafas medio caídas en la punta de la nariz. Cuando me tumbé, mi cadera rozó la suya sin

querer. El cuerpo recordó al instante: el vals, su respiración contra mi cuello. Un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

No dije nada. Tampoco él. Cerró el libro, puso el marcapáginas con demasiada precisión y apagó la lámpara.

En la oscuridad, sentí su mano buscar la mía entre las sábanas. La encontró, la apretó, y tiró suavemente, invitándome a acercarme. Me dejé arrastrar hasta que mi frente encontró su barbilla, hasta que su brazo se convirtió de nuevo en el lugar donde cabía entera.

—Hoy te he visto bailar con la cortina —susurró en la oscuridad.

Noté el calor subirme a las orejas.

—Estaba limpiando —protesté, sin mucha fuerza.

—Claro —dijo, medio riéndose—. Cuando bailes conmigo con la mitad de ganas, me avisas.

Y ahí estaba: la mezcla exacta de ternura y juego. De seriedad que se agrieta solo para mí. Me reí bajito contra su pecho. Él apoyó la barbilla en mi cabeza, sus dedos dibujando círculos lentos en mi espalda.

Los primeros días de casada seguían siendo extraños, pero menos. Yo hablaba un poco más. Él sonreía un poco más. Y, sin darnos cuenta, mi desorden y su calma rígida empezaron a encontrar un territorio común, hecho de risas inesperadas en la cocina, de cortinas que ya no caían perfectas, de noches en las que sus manos me buscaban con familiaridad.

Y cada vez que me reía demasiado alto, cada vez que se le escapaba una sonrisa cuando no tocaba, veía la misma puerta que antes cerraba su despacho, ahora siempre un poco entornada. Su seriedad cediendo. No ante la guerra, no ante el régimen: ante mí.

El silencio de la casa me pesaba más que el frío. La estufa llevaba un rato burlándose de mí. Había acercado el cubo de carbón, había hecho la pequeña montaña de brasas como me habían enseñado, había soplado con paciencia y con rabia, y lo único que conseguí fue un humo bajo, gris, que se pegaba a la garganta y a las cortinas.

Tenía una cerilla apagada entre los dedos y las manos negras. No era elegante. No era la esposa de un capitán. Era solo una muchacha jugando a la normalidad en una casa que aún no me

reconocía, en una ciudad donde el invierno entraba por las rendijas sin pedir permiso. Me sentí pequeña.

Me agaché otra vez, demasiado cerca del hierro. Me reí sin sonido y esa risa se me rompió en el pecho, porque no había nada gracioso en necesitar una estufa para sentir que el mundo no se me iba a desmoronar.

Fue entonces cuando escuché sus botas. El paso rítmico, pesado, la marca de un hombre que sabe exactamente cuánto espacio ocupa en el mundo. Me quedé inmóvil, con una mano aún apoyada en el borde de la estufa y la otra cerrada alrededor de la cerilla. Me preparé para la reprimenda, para la mirada de decepción del capitán Von Hohenfeld ante el humo, ante el hollín, ante mi insistencia infantil en querer «hacerlo bien».

Pero cuando Giorg entró, no se detuvo a mirar los mapas ni las sombras en las esquinas. Cruzó el pasillo directo hacia mí. Se arrodilló.

El pantalón azul se le tensó en los muslos al agacharse y el cinturón de cuero soltó un crujido seco. No dijo nada. Simplemente tomó mis manos manchadas de hollín entre las suyas, impecables y calientes, y las sostuvo con una firmeza cuidadosa, sin apretarlas.

Yo quise apartarme. Quise esconder la suciedad, el humo en la garganta, la vergüenza de no saber encender una estufa. Pero no me dejó. No con fuerza, sino con presencia. Con esa manera suya de ocupar el aire hasta que el aire obedecía. Me miró. Y la mirada fue lo que me dolió.

No era la mirada del capitán. No tenía ese filo de inspección ni el gesto mínimo con el que en la oficina podía hacer que un hombre tragara saliva. Era una mirada desnuda, con un miedo silencioso que me dio vergüenza por haberlo creído invencible. Porque allí, de rodillas, tan cerca que pude sentir el olor de la calle en su abrigo, lo vi como no lo había visto en los salones ni en los pasillos: no como un hombre que manda, sino como un hombre que aguanta.

Su pulgar rozó la base de mi palma, donde el hollín se había metido en las líneas. Fue un gesto mínimo, casi técnico, pero había algo en esa precisión que quemaba. Su disciplina aplicada a mí. En ese instante no era mi capitán.

Era solo un hombre asegurándose de que yo seguía ahí, despeinada y respirando. Tragué saliva y el humo me raspó por dentro. Sentí que los ojos se me llenaban por pura rabia: contra el frío, contra la estufa, contra mí misma por querer llorar por algo tan pequeño.

—Anna —dijo al fin, muy bajo.

Yo no contesté. No podía. Tenía la garganta cerrada por orgullo y por cansancio, por esa mezcla humillante de querer ser adulta y mostrarte niña. Giorg apretó un poco mis manos. No fue un consuelo fácil. Fue una orden, pero suave.

—Mírame.

Le obedecí. Y en sus ojos vi el cansancio que intentaba esconder bajo el uniforme. Vi la tensión donde no debería en cómo respiraba, medido.

Sus dedos se deslizaron hacia mis nudillos y allí se detuvieron, como si necesitara comprobar que eran reales.

—No es por el fuego —dijo.

La frase me atravesó con una claridad, porque no hablaba del hierro ni del carbón. Hablaba de mí. De la casa. De lo que estábamos intentando fingir que era normal.

Yo abrí la boca para decir algo, una broma, una disculpa, cualquier cosa que me devolviera un poco de control, pero él no me lo permitió. No con palabras. Con el simple gesto de inclinar un poco más la cabeza, achicando el mundo hasta ese punto entre mis manos y las suyas. Su respiración me rozó los dedos. Caliente. Íntima.

Y esa intimidad, en un hombre así, era un escándalo.

Se quedó un segundo más, de rodillas, dejando que el hollín manchara el borde de su manga, aceptando que mi desorden tocara su armadura. Quería que yo lo viera, aquí también puedo bajar. Después, solo después, soltó una mano y, con la otra, me apartó suavemente de la estufa. Tomó el atizador. Abrió el tiro con un movimiento exacto. Colocó el carbón en silencio. Encendió una cerilla nueva y el fuego, obediente, prendió al fin. La estufa empezó a respirar calor.

Yo me quedé sentada en el suelo, con las manos aún temblándome, y una parte de mí quiso odiarlo por haberlo logrado tan fácil. Por ser él, incluso en eso. Giorg volvió a arrodillarse una vez más, solo un instante, para recoger la cerilla que yo seguía apretando. Me la quitó de los dedos con una delicadeza que no se parecía a su rango.

—Ya está —dijo.

No era «todo va a estar bien». Era lo único que un hombre como él podía permitirse decir sin mentir. Se incorporó. El gesto fue limpio, exacto, como si volviera a colocarse dentro del uniforme.

—No quiero verte así otra vez —añadió, y «así» no era el hollín; era el derrumbe.

Yo iba a protestar, pero él ya estaba cerrando la distancia con la voz, no con el cuerpo.

—Si la casa no calienta, se arregla. Si tú te caes, no. —Se abrochó el abrigo—. Y el despacho… si la puerta está cerrada, llama.

No esperó mi respuesta. Se fue por el pasillo con los mismos pasos que antes, como si el minuto de rodillas no hubiera existido… salvo por la mancha leve en la manga, que no se quitó.

Con el tiempo entendí que no hablaba del despacho. Era «no me sorprendas cuando estoy hecho de papel y de miedo». Y, sin decirlo, empezó a dejar la puerta entornada más a menudo. Primero para que yo le acercara un vaso de agua. Después para que yo pudiera quedarme un minuto. Mucho después, para que mi presencia dejara de ser una interrupción y se volviera… costumbre.

Y yo me quedé allí. Pensando en que, cuando dejaba de ser el capitán, era imposible no quererlo. No siempre era así.

Hubo una tarde, una tontería, en realidad, en que la disciplina le salió antes que el pensamiento. Había movido unos papeles del aparador del comedor para hacer sitio a un jarrón que me parecía menos triste que el polvo. Cuando entró y vio el orden alterado, su voz cambió apenas un grado, pero lo suficiente.

—Eso no es aceptable.

No gritó. No hacía falta. El tono fue limpio, exacto, el mismo con el que en el cuartel debía bastar para que un hombre corrigiera la postura. Yo me quedé quieta, con el jarrón todavía en la mano. No

me dolió la frase. Me dolió el eco. Durante un segundo volví a ser la niña a la que le dicen «compórtate», la que ocupa demasiado espacio sin darse cuenta.

Él también lo oyó. Lo vi en la forma en que parpadeó, en cómo su mirada pasó de los papeles a mí y luego a la habitación, como si buscara testigos de una escena que no debía repetirse allí. No estaba en el cuartel. No había filas ni botas alineadas. Solo yo, con las manos torpes y el orgullo herido.

Se acercó un paso y la rigidez se le deshizo apenas en los hombros.

—Anna… —dijo, y esta vez mi nombre no sonó a orden.

Se pasó la mano por la boca, incómodo, casi sorprendido de sí mismo.

—Perdona. No era eso.

No explicó más. No hacía falta. Yo asentí, pero tardé un momento en volver a respirar. Y él lo supo. Cuando la disciplina le gana el primer impulso, siempre hay un segundo movimiento. Una pausa. Un ajuste. Un recuerdo silencioso de que yo no soy su tropa.

Por eso aquella imagen de él de rodillas, con la manga manchada, pesa tanto en mí. No porque no sea capitán. Sino porque podría serlo, y aun así elige no serlo conmigo.

Hubo más momentos así. Pequeños choques, malentendidos que parecían más grandes de lo que eran. Nada definitivo. Nada que rompiera lo que estábamos construyendo. Pero sí lo bastante fuerte como para recordarnos que el amor no desarma a un capitán en un día. Uno de esos momentos vino poco después.

Recuerdo otro episodio más en una tarde cualquiera de invierno. Yo estaba de pie en la cocina, con el abrigo todavía puesto, una bolsa de tela en la mano y seis huevos sobre la mesa.

Solo cuatro eran «nuestros». Me los había pasado la dependienta de la tienda de la esquina con esa discreción ensayada de quien sabe que está haciendo algo indebido… y aun así lo hace.

—Para la señora del capitán —susurró, sin mirarme directamente—. A veces «sobran».

Los había aceptado con la misma mezcla de vergüenza y alivio de siempre. Ahora los miraba como si fueran dinamita.

«Podría hacer un pastel», pensé. Algo sencillo, un bizcochito pobre, más aire que miga. Un trozo para nosotros, otro para llevar a casa de mis padres el domingo, para que mi madre viera que no me estaba volviendo una inútil completa. Me imaginé la escena, casi pude oler la vainilla imaginaria. Estaba en ese punto exacto entre el orgullo doméstico y la culpa cuando escuché la llave en la puerta.

El sonido de siempre. Ese clic que separaba el mundo de fuera de este piso donde, en teoría, no pasaba nada grave.

—Estoy en la cocina —avisé, sin levantar la vista.

Sus pasos recorrieron el pasillo con ese ritmo suyo que ya reconocía mejor que muchas canciones: preciso, sin prisa. Apareció en el marco de la puerta unos segundos después, todavía con el abrigo puesto, la bufanda sin deshacer, el portafolio colgando de la mano.

Olía a frío, a tabaco ajeno, a papel.

Se detuvo al verme con la bolsa abierta y los huevos sobre la mesa. Su mirada hizo inventario rápido: la cáscara limpia, el sello del racionamiento, mis manos aún enrojecidas por el aire de la calle.

—¿Has tenido buen día? —dijo.

—He conseguido huevos. Dos. Del Reich —añadí—. Todo un logro estratégico.

La broma me salió tonta. A medio camino entre la rabia y la torpeza.

Él dejó el portafolio en la silla, apoyándolo con demasiado cuidado para alguien que decía que no le importaban los papeles. Se quitó la bufanda, luego el abrigo, con movimientos mecánicos, como si aún estuviera en la oficina. Se acercó a la mesa. Tocó uno de los huevos con la yema del dedo, apenas.

—¿De dónde? —preguntó.

—De la tienda de la esquina —respondí—. Han «sobrado».

No hizo falta añadir nada más.

—Claro —murmuró—. Siempre sobran para la señora adecuada.

Me ardieron las orejas.

—Yo no he pedido nada —me defendí—. Me los han metido en la bolsa casi a escondidas. Podría haberlos devuelto, pero… —miré otra

vez la mesa, la cocina, el invierno pegado a la ventana— pensé que podía hacer algo con ellos.

—Siempre se puede hacer algo con los huevos —replicó, seco.

La frase, en sí, no debía doler tanto. Fue el tono.

Como si el «algo» fuera una frivolidad.

Tragué saliva.

—Pensaba en un pastel —dije—. Uno pequeño. Para nosotros… y para llevar un trozo a casa de mis padres el domingo. Mi madre hace milagros con nada, me gustaría poder devolverle… aunque sea un poco.

Él apretó la mandíbula. Vi saltar ese músculo traidor cerca de la oreja.

—Tus padres tienen tarjeta como todo el mundo —contestó—. No necesitan que el uniforme de su yerno les ponga azúcar en la mesa.

—No es azúcar lo que quiero poner —repliqué, herida—. Es cariño. Es… hacer algo útil con un privilegio que no he pedido.

La palabra estaba ahí, en medio de la cocina: privilegio. Se nos quedó flotando encima de los azulejos.

Él soltó el aire por la nariz, un poco más fuerte de lo normal.

—Útil —repitió—. Hoy he aprendido muchas definiciones nuevas de esa palabra.

Se volvió hacia el fregadero, se echó agua fría en las manos, como queriendo quitarse algo. Las secó con el paño y, luego, sin transición, dijo:

—Esta tarde ha venido un matrimonio a suplicarme que intercediera por una familia.

El agua seguía goteando del grifo mal cerrado.

—He pasado una hora buscando una forma de ayudar sin firmar mi propia condena.

Se volvió apenas hacia mí, como si le costara girar el cuerpo.

—No voy a convertir esto en una disputa por raciones.

Me quedé quieta. Los huevos, de pronto, pesaban más.

—No es lo mismo —susurré.

—No —admitió, volviéndose hacia mí—. No es lo mismo. Por eso me molesta verte aquí discutiendo contigo misma sobre cuántos

huevos usas para que nadie se sienta mal. Como si el problema de este país fuera que el pastel se reparte mal.

La injusticia me atravesó entera.

—¿Y qué quieres que haga, entonces? —pregunté—. ¿Que los tire a la basura para demostrarle al mundo que no me aprovecho? ¿Qué me los coma sola y finja que no me asfixio con cada bocado? ¿Que no piense en nadie más cuando veo que a mí me «sobran» dos?

—Quiero que no cargues con cosas que no son tuyas —respondió, rápido.

—Pero tú sí cargas —disparé.

Nos miramos en silencio. Ahí estaba el verdadero tema.

—Yo… no tengo elección —dijo, más bajo.

—Yo tampoco la tuve al casarme contigo —repliqué—. No en esto. No en convertirme en «la señora adecuada» para que te pongan huevos de más y tú puedas dormir un poco menos tranquilo.

Vi algo moverse detrás de sus ojos. No era enfado. Era dolor mal colocado.

—No es contigo —murmuró—. Es con… —hizo un gesto vago hacia el aire, hacia la ventana, hacia el mundo— con todo lo demás.

—Lo sé —contesté—. Pero «todo lo demás» me habla con tu voz cuando entras por esa puerta.

Sus hombros bajaron un milímetro. Solo uno. Se acercó un paso más a la mesa. Apoyó la mano junto a los huevos, tan cerca de la mía que casi sentí el calor.

—Cuando te oigo decir «no es justo»… —empezó, dudando— pienso en esos paréntesis. «Con niños». La Marina tiene sus sombras, sí. Pero no este tipo de papeles. Y, de golpe, me entran ganas de hacer una estupidez: cogerlos a todos y llevármelos lejos, a salvo, sin nombres ni papeles. No porque tú no tengas derecho a decirlo, Anna. Es que si me lo permito yo… si lo digo en serio… me quedo quieto. Y mientras yo pueda mover algo, aunque sea poco, no me puedo quedar quieto…

El nudo en la garganta me cambió de sitio. Ya no era solo rabia. Era también pena por él, mezclada con la mía.

—Yo también veo injusticias, Giorg —dije, más suave—. Más pequeñas, sí. Más domésticas. Pero son las mías. Si no puedo decir

«no es justo» ni aquí, ¿dónde lo digo?

Me dieron ganas de decir algo inteligente, algo que me defendiera, pero solo me salió una cosa infantil: querer que me quisiera igual, aunque yo no supiera ni comprar huevos en una ciudad en guerra.

Se pasó la mano por el pelo, hacia atrás, desordenándose un poco el peinado perfecto del capitán. Ese gesto que siempre me ha parecido la grieta más humana de su uniforme invisible.

—No es un capricho. —Miró los huevos como si fueran un informe —. Aquí todo se cuenta. Y cuando falta algo… se nota.

Y luego, sin «sentimentalismo», añadió:

—He hablado mal… no contigo. Con el día.

No sonó a disculpa completa, pero fue algo. Yo bajé la vista, respiré hondo.

—Si hoy hago un pastel no es para fingir que todo está bien —dije —. Es para no dejar que el miedo me quite hasta el hambre. Y si puedo compartirlo sin sentirme culpable por seguir viva, mejor.

Hubo un silencio raro. Él miró los huevos, luego mis manos.

Al final, cogió uno con cuidado.

—Entonces empecemos por no tirarlos —dijo—. Y por no hacerte sentir culpable cada vez que alguien decide que «la señora del capitán» merece una yema de más.

Lo rompió con una mano y lo echó en el cuenco. La clara cayó primero; la yema, después, intacta.

—Bate —añadió—. Yo… pongo el horno.

No nos tocamos. La cocina se llenó de ese olor pobre y dulce de masa, más aire que azúcar.

Mientras el pastel subía, lo vi apoyarse en el marco de la puerta, los hombros un poco más caídos que al entrar. Pensé en los nombres «con niños» y en los niños que no existían en nuestra casa, en los que él no se permitía ni imaginar.

Y entendí que, ese día, la injusticia había venido de su duelo, no de su crueldad. Pero la marca se quedaría igual: en el lugar exacto donde su dolor se había apoyado un momento… sobre el mío.

Los días fueron pasando sin grandes sobresaltos. Nos acostumbrábamos el uno al otro, a la casa, a los silencios. Y

entonces llegó el momento de visitar a sus padres. Esta vez no como invitada. Como esposa.

No era la primera vez que los veía. La primera había sido durante la boda: saludos correctos, frases medidas, el ruido de las copas y demasiada gente alrededor. Entonces eran simplemente los padres del novio. Yo apenas tuve tiempo de observarlos. Ahora íbamos a su casa. Y eso era distinto.

El edificio imponía desde la calle. Fachada impecable, portón alto, portero con chaleco y guantes. Un ascensor de reja que subía con una lentitud majestuosa, como para dejar claro que allí el tiempo se movía distinto que en los pisos del resto de la ciudad.

En el rellano no olía a sopa ni a carbón. Olía a cera, a flores cortadas, a perfume caro que se resistía a abandonar las cortinas. La puerta no la abrió ninguno de ellos, sino una criada joven, con delantal blanco perfectamente planchado.

—Frau y Herr von Hohenfeld les esperan —anunció, retrocediendo para dejarnos entrar.

El pasillo era ancho, alfombrado, con cuadros de marcos dorados a ambos lados. Retratos de antepasados que parecían seguirnos desde las paredes. Giorg caminaba con esa rigidez que yo ya sabía reconocer: la de quien entra en un territorio donde las reglas no las pone él.

Su madre nos esperaba en el salón.

No estaba en la puerta, como mi madre, estaba ya sentada, perfectamente colocada en un butacón junto a la ventana, con las piernas cruzadas y una taza de porcelana en la mano. Llevaba un vestido sobrio, pero de buena tela, el pelo recogido en un moño impecable, las perlas justas para que nadie pudiera acusarla de exhibición, pero tampoco de renunciar a su rango.

Se levantó, por supuesto. Lo hizo con suavidad, sin prisas, como quien ya sabe cómo va esto.

—Giorg —dijo— Anna.

No hubo abrazos, pero sí dos besos en la mejilla para cada uno. En la boda ya me había besado con esa corrección de quien pasa lista y asiente. Ahora su mirada era más cálida, aunque siguiera midiéndolo todo.

—Qué guapa estás —dijo, casi como si me perdonara el no estar a la altura del salón.

—Gracias por invitarnos —respondí.

Su padre estaba de pie junto al aparador de caoba. Tenía el porte que imaginé cuando oía hablar a Giorg de él, recto, seco, con un bigote que parecía haber nacido con reglamento propio.

—Buenas tardes —saludó—. Hijo. —Y luego, tras una pausa mínima, inclinó la cabeza hacia mí—. Anna.

Había estado en la boda, claro. Lo recordaba brindando con una seriedad casi cómica, mientras los demás se dejaban llevar por la emoción. Aquí, en su territorio, imponía más. No por la voz, sino por el silencio. Nos sentamos.

El salón era todo lo que no era nuestra casa: paredes altas, molduras, alfombras gruesas, un piano de cola negro, un cuadro grande de un puerto que luego supe que era Trieste. Había servicio, se notaba en cómo aparecía una bandeja en cuanto el padre dejaba el vaso vacío, en la discreción con que la criada regresaba con más café justo antes de que nadie lo pidiera.

Yo me senté junto a Giorg en el sofá de terciopelo. Él no me tocó, pero la distancia entre nuestros cuerpos era tan pequeña que, si respiraba un poco más hondo, mi hombro rozaba el suyo. Tenía las manos entrelazadas en el regazo, los nudillos blancos. No estaba asustado, estaba en modo «no desordenar nada».

Las primeras frases fueron fáciles. Comentarios sobre la boda, sobre mis padres «gente sencilla, pero muy digna», sentenció la madre, sobre el apartamento de Giorg «es luminoso», dije, porque no sabía qué otra cosa decir.

Luego, inevitablemente, llegó la guerra.

—Dicen que los rusos… —empezó el padre.

—Dicen muchas cosas —cortó la madre, con una elegancia que convertía el reproche en adorno—. Pero hoy hemos quedado para ver a mi hijo y a mi nuera, no para leer los periódicos otra vez.

El «mi hijo y mi nuera» me rozó raro por dentro. No sonaba impostado. Sonaba a hecho consumado.

Fue ella, no él, quien puso sobre la mesa el nombre que llevábamos días masticando en casa a mordiscos.

—Nos ha llegado —dijo, removiendo el azúcar en el café sin mirar a nadie— la noticia de que están… reorganizando mandos en el litoral.

«Litoral». La clase alta tiene maneras suaves de decir «sitio donde pueden matarte».

Giorg dejó la taza en el plato. El pequeño ruido de porcelana sonó más alto de lo necesario.

—Están considerando opciones, sí —admitió.

El padre asintió, como si hubiera confirmado un cálculo que ya tenía hecho.

—Trieste —dijo, mirando un instante el cuadro del puerto—. Siempre acaban mirando hacia allí cuando las cosas se tuercen en serio.

Yo seguí su mirada. El cuadro mostraba un mar sereno, barcos ordenados, luz dorada. Nada que ver con la palabra que resonaba en los telegramas.

La madre dejó por fin la cucharilla. Enderezó un poco la espalda.

—Precisamente por eso —dijo— quería hablaros de la villa.

La villa. Lo dijo como si estuviera mencionando «el trastero» o «el cuarto de invitados», pero el ambiente del salón cambió. Su marido alzó una ceja. Giorg frunció el ceño. Yo parpadeé, perdida.

—La de Trieste —aclaró—. Ya sabes, Heinrich —miró a su marido—, llevamos años diciendo que habría que hacer algo con ella.

El padre hizo un gesto vago con la mano, como quien aparta un mosquito.

—Una casa cerrada desde hace mucho —resopló—. Sobra.

—No sobra —corrigió ella, con firmeza tranquila—. No ahora.

Su mirada pasó de uno a otro hasta detenerse en mí.

—La familia tiene una villa en las afueras de Trieste —explicó—. Era de mis abuelos. Antes de que todo esto… —hizo un gesto indefinible, que abarcaba régimen, guerra y siglo XX a la vez— empezara a caerse a pedazos, se iba allí a pasar los veranos. Buena luz, jardín, un porche maravilloso. Está cerrada desde hace años. Siempre dije que, si volvías a Trieste, no tenía sentido que vivieras en un cuartel cuando hay una casa de la familia esperando.

No estaba presumiendo de patrimonio, estaba enumerando recursos, como quien cuenta vendas en un hospital antes de un

bombardeo.

Giorg se removió en el sofá.

—No sabemos si me destinarán allí —intentó—. Puede ser otro puerto. Otra ciudad.

—No seas ingenuo —intervino el padre, sin dureza, solo con cansancio—. Si han escrito «zona costera estratégica» y han mandado tu nombre, no estás pensando en Marsella.

La madre me miró a mí, no a él.

—Si finalmente os mandan a Trieste —dijo, deliberadamente en plural—, me gustaría que consideraseis la villa. Está vacía, se puede poner en marcha. Tenemos gente de confianza en la ciudad que puede ocuparse de abrirla, limpiarla, conseguir servicio. No quiero… —apretó un segundo la taza— no quiero imaginarte en barracones, Anna. Ni a ti ni a él.

La frase me cayó encima sin saber si era salvavidas o cadena. No sabía si agradecerlo o temerlo.

—Mamá —intervino Giorg, con ese tono que solo le había oído usar conmigo cuando quería frenarme sin discutir—. No sabemos nada aún seguro. Es pronto.

—Precisamente por eso —replicó ella—. Cuando llegue el papel, no tendréis tiempo de pensar. Prefiero que tengáis la decisión tomada antes.

Se giró hacia su marido.

—¿No es así?

Él se encogió de hombros, pero no le llevó la contraria.

—Una villa es mejor que un barracón —concedió—. Si hay que servir al país, que al menos no sea desde un catre.

Me hizo gracia, pero también dolió un poco, porque tenía razón.

Yo jugueteé con el asa de la taza. La idea empezaba a dibujarse en mi cabeza: no solo la ciudad desconocida y el puerto lleno de uniformes, sino una casa ajena, con recuerdos que no eran míos, heredada de gente que no conocí, llena de muebles que probablemente me mirarían como los retratos del pasillo.

—No quiero que os sintáis obligados —añadió ella entonces, mirando a su hijo, pero dejándome a mí entrar en la frase—. Solo…

—buscó la palabra— prefiero ocuparme yo de que tengáis un techo decente, antes de que lo haga cualquier capitán de intendencia.

Le sostuve la mirada.

—Se lo agradezco —dije—. De verdad.

Y lo sentía. No era cuestión de villas ni de criados, era la única manera que ella tenía de decir «no quiero que os pase nada malo» sin romper del todo la compostura.

Giorg respiró hondo.

—Si llega el papel —dijo, al fin—, hablaremos de la casa.

No dijo que no.

Tampoco dijo que sí. Lo dejó en ese punto suyo donde nada está decidido, pero nada se descarta.

La conversación derivó hacia otras cosas. El piano, las noticias culturales, una exposición que nadie tenía ganas de ver, pero quedaba bien mencionar. Sin embargo, la villa se quedó instalada en un rincón del salón, junto al cuadro del puerto, como un eco.

Cuando salimos, más tarde, el portero nos abrió la puerta con el respeto que se reserva a los que viven arriba.

En la calle hacía más frío que cuando habíamos llegado. El cielo de Viena estaba bajo, sucio de humo. Caminamos unos metros en silencio.

—Así que hay una villa —dije, al fin.

—Hay muchas cosas —respondió él—. Algunas se heredan sin pedirlas.

Me miró de reojo.

—No quiero que sientas que te estoy llevando a una casa que no es tuya —añadió, serio—. Ni a una ciudad que no has elegido.

—Tampoco he elegido esta guerra —respondí—. Y aquí estamos.

Su comisura se levantó, apenas.

—Si al final es Trieste, prefiero una villa cerrada desde hace años a un cuartel.

Él soltó una risa breve.

—Visto así…

—Y si tiene jardín… —susurré— podemos escondernos en un rincón donde tu madre no sospeche nada.

Se detuvo un segundo. El brillo que vi en sus ojos tenía algo que no era solo deseo.

—Mi madre no tiene tanta imaginación como tú crees —murmuró.

—No la subestimes —repuse—. Ha sido esposa de militar antes que madre de uno. Sabe más de lo que dice.

Me tomó de la mano, sin el brazo rígido de los actos oficiales.

—Entonces —dijo— habrá que procurar que, si acabamos en esa casa, los recuerdos nuevos tapen un poco a los viejos.

—Ese es el plan —respondí.

No sabíamos todavía si Trieste sería destino o amenaza. Pero esa noche, al volver a nuestro apartamento y deshacer la ropa elegante, tuve una sensación rara. Estábamos hablando de una villa mientras otros no sabían si tendrían techo el mes siguiente. Solo sentí el peso en el estómago.

Capítulo 17

Cuando desperté de la siesta en el sofá, la luz del salón tenía ese tono dorado de última hora. No sabía cuánto tiempo había pasado, solo que me dolía un poco menos todo y que mi cuerpo se había quedado aún más pegado al suyo.

Estaba medio encima de Giorg. Una pierna mía cruzaba las suyas, mi mejilla pegada a su camisa, su mano aún en mi muslo, quieta. Me moví un poco. Él abrió los ojos al instante.

—¿Cuánto…? —intenté preguntar.

—Lo justo —respondió—. Has roncado un poco.

—Mentiroso —murmuré.

Sonrió. Esa sonrisa le quedó a medio camino cuando se oyó algo que no pertenecía a la casa: golpes en la puerta. Tres. No muy fuertes, no insistentes. Pero en esa casa todo sonaba demasiado.

Me tensé de golpe. Recordé la camisa, mis piernas desnudas, la marca en el cuello. Recordé también que, al otro lado de esa puerta, el mundo seguía igual. Giorg soltó un suspiro. Me apartó con cuidado, sin brusquedad.

—Quédate aquí —dijo, levantándose.

No sonó a orden. Sonó a reflejo.

Se incorporó, se pasó una mano rápida por el pelo, se abotonó los dos botones que le quedaban abiertos de la camisa y cruzó el salón con esa forma suya de andar que hacía parecer que tenía uniforme, aunque estuviera descalzo. Yo me recoloqué la tela sobre los muslos, y me encogí en un lado del sofá. De pronto, la casa me pareció llena de cosas descolocadas: la almohada caída, la sábana doblada en el respaldo, un zapato suyo en mitad del pasillo.

La puerta se abrió.

—Herr Kapitän. —Reconocí la voz de uno de los ayudantes, joven, siempre demasiado rígido. Me quedé clavada donde estaba.

No veía la entrada desde el salón, pero escuchaba el tono, respetuoso, un punto nervioso.

—¿Qué pasa? —La voz de Giorg había cambiado. No era fría, pero sí más derecha. Otra chaqueta puesta.

—Traigo los papeles que pidió, señor. Telegrama urgente de la Comandancia.

Hubo un silencio breve. Pude imaginarlo cogiendo el sobre, examinando el sello, sabiendo lo que pesaba sin haberlo leído. Sentí cómo el aire del salón se cerraba.

—¿Algo más? —preguntó.

—No, señor. Solo… —El chico dudó—. Querían confirmación de recepción.

—La tienen —dijo Giorg.

El crujido del papel al desplegarse me llegó como un golpe. No entendí las palabras, pero oí el tono con que las leía: esa respiración contenida que conocía de los informes peores. Unos segundos después, el sobre se cerró de nuevo con un gesto preciso.

—Puede retirarse —añadió.

—Sí, señor. —Pasos, saludo, puerta que se cierra.

El silencio volvió a la casa, peor que antes. Oí sus pasos acercarse de nuevo, ahora menos militares, más humanos. Cuando apareció en el umbral del salón, tenía el telegrama en la mano. Lo dejó en la primera superficie que encontró, sin mirarme todavía.

Me vio hecha un ovillo en el sofá, con la camisa arrugada, las piernas dobladas, el pelo todavía marcado por la almohada.

—¿Me han oído roncar? —pregunté, intentando aligerar algo.

—Solo han visto a un capitán muy serio abriendo la puerta —dijo—. No se imaginan que le tiembla el pulso si le quitas a la mujer del pecho.

La frase me puso la piel de gallina. Algo en su cara había cambiado. Era esa concentración suya de cuando el mundo se movía un centímetro más hacia el borde. Se acercó. No se sentó a mi lado: se colocó frente a mí, de pie, inclinándose un poco, con las manos apoyadas en los brazos del sofá, cercándome sin tocarme.

—Tengo que presentarme en Trieste dentro de diez días.

Hizo una pausa. Me miró.

—Tenemos diez días.

La palabra me atravesó más que si hubiera gritado «Trieste» en mitad del salón. Aún era tarde, esa luz espesa de después de la siesta seguía pegada a las cortinas.

—¿Diez? —repetí, aunque ya sabía la respuesta.

Asintió.

—Orden de traslado —explicó, con la voz baja—. Presentarme en Trieste dentro de diez días. El resto de los detalles… —hizo un gesto hacia el telegrama— son menos importantes.

Sentí que el sofá se me quedaba pequeño. La casa entera se me quedó pequeña.

Diez días. No un «quizá», no una «reorganización de mandos». Una fecha. Un lugar. Un verbo: «presentarse». El tipo de palabra que no admite condicionales.

—Ah —fue todo lo que pude decir al principio.

Él me miraba como midiendo no solo mi reacción, sino la suya.

—Podría irme antes —añadió—. Podría… —buscó la palabra— prepararlo todo con tiempo.

Sus ojos, en ese momento, tenían decisión y algo que parecía casi rabia tranquila. No era solo un soldado aceptando un destino; era un hombre apretando los dientes para no perder el poco tiempo que le quedaba aquí.

Negó despacio.

—No voy a irme antes. Ya les he dado bastante.

Me ofreció la mano.

—Ven —susurró—. No quiero que te quedes sola en esta habitación.

Fui. Descalza, en su camisa, siguiendo el tirón leve de sus dedos por el pasillo hasta el dormitorio. El mismo en el que, la noche anterior, la vida había cambiado de forma, ahora era el futuro el que lo hacía.

Se detuvo en medio del cuarto, sin soltarme.

La luz de la tarde entraba oblicua por la ventana, cortando la habitación en dos: una mitad en sombra, otra dorada. Se quedó un segundo, dudando, y luego vino hacia mí.

—Diez días —repitió, probándolo—. No es mucho.

—Es más que ninguno —contesté.

Tiró de mí hasta que quedé frente a él, tan cerca que podía contarle las pestañas. Su mano subió a mi cuello, otra vez, por reflejo. Rozó con los dedos el borde de la camisa, el botón superior. No lo desabrochó. Solo lo sostuvo. Ese trozo mínimo de tela era lo único que mantenía quieto el presente.

—Hoy no voy a darle guerra a tu cuerpo —murmuró—. Ya ha tenido bastante por hoy.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunté, intentando sonar ligera y no llorar.

Sus ojos bajaron un momento por mi cuerpo envuelto en su camisa y luego volvieron a los míos con una intensidad que casi me hizo retroceder.

—Acostumbrarme —dijo—. A esto. A ti aquí. A despertarme y que sigas. A poder imaginarte en esa… —Buscó la palabra— villa, si al final vamos, y no volverme loco pensando que te he dejado en cualquier cuartel.

Su mano bajó de mi cuello a mi cintura y me atrajo hacia él con cuidado, todavía con miedo de hacerme daño. Mi cuerpo fue solo. Encajé en ese sitio exacto debajo de su barbilla donde ya había llorado otras veces.

—Si me voy —añadió, contra mi pelo— quiero llevarme esto tan grabado que ninguna ciudad nueva consiga borrarlo.

Nos metimos en la cama sin ceremonias. Ni velas, ni palabras grandes. Solo el gesto sencillo de echar hacia atrás las sábanas y estirarnos otra vez, retomando la siesta que el mensajero había cortado, con la luz de la tarde colándose por las rendijas de la persiana.

Él se colocó de lado, ofreciéndome el pecho como almohada, el brazo como muro.

Esta vez no hubo vals. No hubo hambre desbordada ni lágrimas. Hubo cosas pequeñas: su mano subiendo y bajando por mi espalda en una cadencia lenta, casi hipnótica, mis dedos jugando con el borde de su camisa, el roce de sus labios en mi pelo, de vez en cuando, comprobando que yo seguía ahí, que no era un espejismo.

—Diez días —susurré, más para mí que para él.

—Diez noches —corrigió—. No pienso desperdiciar ninguna, aunque solo sea para dormir contigo así.

—El mundo va a pensar que somos los recién casados más aburridos del país —intenté bromear.

—Que piense lo que quiera —respondió—. No saben nada.

No lo sabían. Cerré los ojos con la sensación de estar en un sitio del que no pensaba moverme, aunque vinieran a arrancármelo. Él apretó un poco más el brazo a mi alrededor, como respuesta.

Y así empezó la cuenta atrás. Sin despedidas grandes. Con un telegrama en la mesa y diez días por delante. El lujo, en mitad de una guerra, era esto: quedarme dormida con la mejilla en su pecho y sentir que, al menos hasta mañana, seguía aquí.

Capítulo 18

El timbre del teléfono me despertó justo antes de sonar. Abrí los ojos con esa sensación rara de haber estado alerta toda la noche. Había dormido bien. Demasiado bien, tal vez. Pero no era lo mismo levantarse un martes cualquiera que levantarse sabiendo que hay un papel en la mesa, con una ciudad y un número.

Desayunamos sin decir nada.

Empecé poco a poco con mi rutina yendo a la consulta de mi padre. Cuando abrí la puerta, no oí el timbre ni la tos de la sala de espera. Oí su voz.

—Has llegado tarde —dijo sin levantar la vista de la ficha que estaba rellenando.

No era una queja. Él era de los de abrir la puerta del gabinete diez minutos antes de la hora. Yo, desde niña, había vivido intentando descubrir qué pasaba si uno la abría exactamente en punto. Nunca pasó nada.

—Buenos días —dije, más por costumbre que por convicción—. El tranvía se ha parado dos veces —mentí a medias.

Me quité el abrigo y lo colgué en la percha de la sala de espera. Él asintió apenas, todavía con la mirada en el papel. Ni una palabra sobre bodas. Ni sobre telegramas. Ni sobre Trieste. Para él, yo seguía siendo la hija que «le ayudaba en la consulta». Aunque se notara en la forma en que me miraba la mano izquierda cuando creía que yo no lo veía: el anillo, un intruso en su sala de espera.

Me senté, abrí el libro de citas y pasé lista mental: la señora del tercero con su dolor de siempre, el niño asmático, el viejo del portal de enfrente, que venía más a conversar que a que le miraran nada. Allí la guerra no llevaba uniforme. Tenía fiebre, tos, recetas mal pagadas y gente que intentaba seguir enferma como siempre, aunque nada fuera igual.

El teléfono sonó. Respondí, anoté una cita, escuché a una voz nerviosa preguntar si el doctor seguía atendiendo «como antes», sin

hacer demasiadas preguntas sobre papeles nuevos del régimen. Colgué, rellené una ficha nueva. Al escribir la fecha, se me fue la mano al mes anterior.

—Te has equivocado —dijo mi padre desde la puerta del gabinete, secándose las manos en un paño.

Miré. Había puesto el mes pasado en la ficha.

—Perdón —susurré.

Taché la fecha y la corregí. El gesto me salió más brusco de lo que quería. Mi padre no comentó nada, pero vi cómo se le arqueaba una ceja.

—¿Has dormido mal? —preguntó, volviendo al escritorio.

—Al contrario —respondí—. He dormido demasiado bien.

Era verdad. Y tal vez por eso estaba tan torpe.

Él se sentó frente a su mesa, revisando el primer historial del día. Se quedó un momento en silencio, con la pluma en la mano.

—Ya te acostumbrarás —dijo.

—¿A qué? —pregunté, aunque lo sabía.

—A dormir con alguien al lado —aclaró—. Al principio no te duermes del todo, te quedas medio alerta. Luego, cuando te sientes bien, ya te relajas.

Lo dijo con naturalidad, mirando el papel, no a mí. Era su manera de decirme que sabía más de lo que parecía, sin entrar en detalles que nos incomodaban a él y a mí.

—Compensa —dije.

Fue lo único que se me ocurrió. Le vi asentir, apenas. En otro hombre, ese gesto habría sido una frase entera. En mi padre era casi una confesión.

La mañana fue una sucesión de nombres, síntomas y pequeñas miserias. Abría la puerta de la sala de espera, llamaba al siguiente, apuntaba cuánto debía cada uno en una esquina del libro, anotaba «receta» o «control» en las fichas. Mientras fuera, en los periódicos, hablaban de frentes y victorias lejanas, nosotros recibíamos bronquitis, úlceras, insomnios que no necesitaban demasiadas explicaciones.

A la hora de la pausa, cuando el último paciente se fue y la sala de espera quedó vacía, el silencio se volvió más denso. Mi padre se

quedó un momento sentado, mirando la puerta cerrada.

—¿Vas a seguir viniendo hasta el último día? —preguntó, sin rodeos.

—Mientras me necesites —respondí.

—Te necesito desde el día en que naciste —replicó, seco.

Luego añadió, ya más concreto:

—Me refiero aquí —dijo.

—Lo sé —dije.

No quiero dejarte las fichas sin ordenar y las citas hechas un desastre.

Intenté que sonara ligero. No lo conseguí del todo.

Él dejó la pluma, la apoyó con cuidado sobre la mesa.

—No te preocupes por la consulta —dijo—. Cuando tú te vayas, encontraré otra manera. Lo que no quiero es que te vayas con la sensación de que has dejado cosas a medias.

«Cosas a medias». No hablaba solo de historiales.

—Haré una lista —propuse—: de los pacientes que están en seguimiento, de los que necesitan analítica, de los que no deberías perder de vista. Y de lo que falta por archivar.

—Bien —asintió—. Me gustan las listas.

Se levantó.

—Voy a comer con tu madre —dijo—. ¿Vienes?

Pensé en la lista, en el telegrama, en la sensación de que el tiempo se me escurría entre los dedos.

—Me quedo un rato más —respondí—. Así avanzo trabajo.

No insistió. Cogió el abrigo, la bufanda, el maletín.

—No tardes —añadió, antes de salir—. Hay cosas que no se arreglan solas, por mucho que te quedes aquí escribiendo.

No especificó cuáles. No hacía falta.

Cuando me quedé sola, el ruido de la calle se coló por la ventana entreabierta: tranvías, voces, pasos, un vendedor ambulante gritando algo incomprensible. Abrí un archivador: historias clínicas en orden desigual, papeles doblados, notas sueltas. Saqué una hoja en blanco y escribí arriba: «Pacientes pendientes». Dudé un segundo y, debajo, en letra más pequeña, añadí: «y otras cosas».

Empecé a anotar nombres, fechas, pequeñas anotaciones: «control en un mes», «vigilar tensión», «volver a preguntar por el hijo en el frente». Era un intento desesperado de dejarlo todo recogido, como para irme de golpe.

No supe cuánto tiempo pasó hasta que oí la llave en la cerradura.

—Te vas con él, ¿verdad? —preguntó mi padre desde la puerta.

No lo había oído subir.

—¿A Trieste? —pregunté.

Asintió. Decir «Trieste» allí dentro, entre fichas y frascos de alcohol, me resultaba extraño.

—Sí —respondí—. Me voy con él.

Lo dije sin dudar. Era importante que lo oyera así.

Se acercó despacio y miró la hoja por encima de mi hombro.

—No te va a caber todo en una hoja.

—Lo sé.

Se quedó un momento mirando los nombres.

—Bueno… —carraspeó—. La consulta se puede ordenar. Lo demás ya no depende de mí.

—No estoy enfadado —añadió, de repente—. Por si lo estabas pensando.

No lo estaba, pero una parte de mí necesitaba oírlo.

—Ya era hora de que tuvieras algo que no fuera esta consulta —concluyó.

Me reí.

—¿Eso es una bendición? —pregunté.

—Es lo más parecido que vas a conseguir de mi parte —respondió.

Esa tarde, cuando bajé la persiana de la sala de espera, la cuerda me pareció más pesada. Me detuve un segundo con la mano en el tirador, mirando la luz de la calle filtrarse por las rendijas.

—¿Te vas ya? —preguntó mi padre detrás de mí.

—Sí —dije—. Me esperan.

Asintió.

—Dile al capitán —pronunció el grado con una mezcla de respeto y ironía—. Que no se acostumbre demasiado a que le organices las citas. Eso se acaba en cuanto os vayáis.

—No me importa —dije—. Yo estoy bien donde esté él.

Fue la única confesión que me permití.

Él se puso el abrigo. Me acompañó hasta la puerta. No me besó en la frente, no era de esos, pero me sujetó el brazo un segundo antes de dejarme salir.

—No dejes de escribir —dijo.

—No pienso —respondí.

Bajé las escaleras. Al salir a la calle, el aire frío me golpeó la cara. La ciudad seguía igual, pero cada esquina, cada farmacia, cada farola se me quedaba fijada… para no olvidarme.

Giorg me estaba esperando en la esquina. La forma en que se le aflojaron los hombros al verme dejaba claro que no estaba de servicio. Conmigo, bajaba un centímetro.

—Buenas tardes —dijo.

—¿Has estado así mucho rato? —pregunté.

—Un poco —respondió—. Dos vecinas han preguntado si pasaba algo. Les he dicho que esperaba a mi mujer.

No sé, pero me hizo reír. Y eso, a esa hora del día, ya era un lujo.

Me tomó del brazo, sin preguntas. Caminamos un rato en silencio, pegados lo justo para que la tela de su abrigo rozara la mía. No me llevó directamente a casa.

El pasillo del Ministerio olía a tabaco fuerte y a papel viejo. Nada nuevo. Uno de los comandantes lo interceptó a medio camino de su despacho, con el sobre del telegrama aún doblado en el bolsillo del abrigo.

—Así que Trieste —dijo, sin preámbulos.

Otros dos oficiales, que fingían hablar de logística, aguzaron la oreja.

—Eso parece —respondió Giorg.

—Destino estratégico —añadió el primero, con media sonrisa—. Y elegante. Mejor que barro y trincheras, ¿no?

El segundo rio por lo bajo.

—Trieste no es un balneario —murmuró—. Es un puerto lleno de italianos confundidos y gente que desaparece sin hacer ruido.

La frase quedó flotando. Uno de ellos dio una calada larga al cigarrillo, como si nada.

—Mientras las cifras se mantengan bonitas en los informes, arriba estarán contentos —remató el primero.

Se fueron. Era hora de alguna reunión de algún café.

Giorg se quedó unos segundos solo en el pasillo.

Sabía de qué «cifras» hablaban. En la Marina no se decidía eso. Pero a Giorg le llegaba igual, cartas dobladas sin registro, notas metidas entre informes, gente «respectable» pidiendo favores como quien pide sal.

No tocó ninguna lista oficial. Hizo lo que sí podía sin llamar la atención, redactar un informe técnico, correcto, aburrido, a favor de un hombre «imprescindible» en el muelle. Dos líneas sobre turnos y herramientas, una frase sobre «revisión pendiente», una firma limpia. Y en el margen, sin sello, sin protocolo, iba lo importante, como si no existiera, esposa y dos hijos.

Se metió en el despacho, cerró la puerta con más fuerza de la necesaria. Apoyó las manos en la mesa, inclinó la cabeza. «Elegante», pensó. Un sitio donde las cosas podían hacerse sin que pareciera que se hacían. Esa vez, no fue la tela la que le molestó. Fue lo que llevaba debajo.

En casa, la luz era más suave. Yo estaba secando los platos cuando entró.

—¿Qué tal en el Ministerio? —pregunté sin girarme.

Dejó el abrigo en la silla, con una lentitud que delataba su agotamiento.

—Me han dicho que Trieste es un destino «elegante» —respondió.

Apoyé el plato en la encimera. No hizo falta que me mirara para que notara cómo se me tensaban los hombros.

—Elegante —repetí—. Como una orden bien escrita.

—Como una limpieza bien hecha —añadió él, con una aspereza que me dolió.

Me di la vuelta. Me contó lo que decían: balnearios, cifras bonitas, gente que desaparecía sin hacer ruido. Me confesó que prefería ir él y torcer los papeles, perder algún expediente, antes que dejar que otro más entusiasmado hiciera el trabajo sin pestañear.

—No quiero que te conviertan en uno de ellos —le dije, tomándole la mano. Sus dedos estaban fríos, como el mármol.

—Entonces haz eso —le pedí en un susurro—. Tuerce lo que puedas. Y lo que no puedas… al menos no lo llames elegante.

Él soltó una risa breve, sin alegría. Por un instante, el capitán cedió.

Nos quedamos así, apoyados en la mesa de la cocina. Afuera, el régimen seguía con sus cifras. Dentro, los dos le habíamos puesto el mismo nombre: horror. Cuando se hizo de noche, la cocina ya olía solo a lo de siempre: jabón, café viejo, madera. Pero él no era el de siempre. Seguía con la chaqueta puesta, apoyado de espaldas contra la encimera, como si necesitara algo detrás. Lo de la tarde se le notaba: en la manera en que miraba el suelo, en la tensión de los hombros. Yo terminé de enjuagar dos tazas que no necesitaban enjuague. Era eso o ponerme a temblar.

—Ven aquí —dije al fin.

No sonó dulce. Sonó a orden. De las mías.

Él levantó la vista, tarde, como si no estuviera seguro de a quién le hablaban. Di dos pasos y, por una vez, fui yo quien invadió su espacio, no al revés. Le desabroché la chaqueta, botón a botón, sin prisa. La tela cedió. Debajo no había un capitán, había un hombre que había pasado el día oyendo cómo otros hablaban de gente como si fueran inventario.

—No quiero que te los traigas aquí —murmuré, mientras le quitaba la chaqueta.

—¿A quiénes? —preguntó, ronco.

—A ellos. A los de los informes bonitos. —Dejé la chaqueta en la silla—. A Trieste. Al pasillo.

Él soltó una risa breve, sin humor.

—No sé si puedo separarlo —admitió.

Le solté la corbata, torpemente. Nunca se me ha dado bien, pero ese no era el punto. El punto era ocupar las manos en algo que lo tocara a él y no a sus papeles.

—Yo sí puedo —respondí—. Si hace falta, te los quito de encima, uno por uno.

Le desabroché el primer botón de la camisa. El segundo. No era un gesto erótico en sí; era casi práctico. Pero la piel que se iba dejando ver debajo tenía memoria, y la mía también. Sentí que se aflojaba un poco, muy poco.

—Anna… —dijo.

Le puse un dedo en la boca.

—No quiero hablar más de ellos —susurré—. Hoy no.

Se quedó quieto. Esa quietud suya que, cuando no es amenaza, es rendición. Cogí su mano y tiré de él, suave, hacia el pasillo.

—Ven —repetí.

Esta vez me siguió sin discutir.

En el dormitorio, la luz era más baja. Sólo la lámpara de la mesilla, la cama deshecha de la noche anterior, la sombra de nuestras cosas empezando a invadir los rincones. Cerré la puerta.

Él se quedó junto al marco. Le vi inhalar hondo, una vez.

—Hoy es la primera —dije, apoyada en el borde de la cama.

—¿La primera qué? —preguntó.

—Noche —respondí—. La primera de diez.

La palabra se quedó suspendida entre nosotros. Diez. No sonaba a mucho, pero tampoco a poco. Sonaba a cuenta atrás.

Él asintió, despacio.

—No quiero que la primera sea solo miedo —añadí.

Dio un paso hacia mí. Luego otro. Cuando estuvo cerca, se inclinó, se sentó a mi lado en el borde de la cama. Las manos le colgaban entre las rodillas, como si no supiera qué hacer con ellas. Yo sí sabía. Las tomé, las llevé a mi cintura y las dejé descansar allí.

—Mírame —pedí.

Me miró.

No vi al oficial que aguantaba informes sin pestañear. Vi a alguien que por primera vez había dicho en voz alta que aquello le parecía horror, y tenía miedo de que eso lo rompiera por dentro.

—Quiero que te acuerdes de esto —dije—. No de ellos. De esto.

Llevé sus manos, todavía en mi cintura, un poco más arriba, hasta el borde de mi blusa. Me la quité sin torpeza, sin teatrillo. No había nada que demostrarle. Sólo quería quedarme delante de él sin capas, para que tuviera algo más limpio que los despachos en la cabeza.

Más lento que otras veces. Como si recordara que también podía dejarse llevar.

Se levantó un segundo para terminar de quitarse la camisa. El gesto fue rápido, casi brusco, pero el cuerpo que descubrió debajo vino hacia mí con una delicadeza que me aflojó las rodillas. Me empujó con suavidad hacia atrás, hasta que quedé tumbada, y se inclinó sobre mí.

El primer beso fue distinto. No buscó ahogarse en él, ni esconderse. Fue un beso largo, profundo, pero controlado. Probaba, tocaba, se aseguraba de que yo estaba ahí, de que mi respuesta era real y no una forma de consolarlo por pena. Yo le contesté con toda la información que necesitaba, la boca se me abrió sola, las manos se le fueron a la nuca, y las piernas se ajustaron alrededor de su cuerpo.

No teníamos prisa. Pero la teníamos.

Cada vez que sus dedos encontraban un trozo de piel, yo pensaba, esto también. Acuérdate. El hombro. La clavícula. La curva del costado. Me dejé quitar la ropa con calma, sabiendo que no eran sólo botones, eran puntos que él iba a tener que dibujar de nuevo.

Lo mismo hice con él, deslicé las manos por su espalda, por el hueco de la cintura, por la línea donde el uniforme solía apretar. Me detuve un momento ahí, queriendo borrar con la palma todo lo que ese cinturón significaba. Sentí cómo se estremecía.

—Anna —susurró, casi un quejido.

—Aquí —respondí.

Cada vez que se le iba la mirada a otra parte, cada vez que los músculos se le tensaban como oyendo voces ajenas, yo lo traía de vuelta con algo pequeño, un beso en la comisura, una mano en la nuca, un susurro contra el oído.

Cuando por fin se unió a mí, el cuerpo ya estaba preparado. El miedo de la primera vez era un recuerdo lejano. No estaba pensando en si dolería, estaba pensando en cómo quería recordarlo. No contamos los segundos. Contamos respiraciones. Mi nombre se le escapó.

En un momento, noté que se detenía un poco. No del todo, pero casi. Me estaba mirando. No la boca. Ni el pecho. Ni la piel. Los ojos.

—Quiero acordarme así —dijo, apenas audible.

—¿Así cómo? —pregunté, casi sin voz.

—Con esa cara —respondió—. No con la de la estación.

Me dieron ganas de llorar. No lo hice. La garganta se me apretó y el cuerpo respondió por mí, con una oleada de calor que me recorrió entera. Él lo sintió en seguida. Ajustó el ritmo, me sostuvo con más fuerza y dejó que fuera yo quien lo llevara hasta el borde.

Me aferré a sus hombros, cerré los ojos y dejé que el cuerpo se apretara por dentro, que todo se recogiera hacia un punto y luego se soltara. No hubo grito ni lágrimas. Hubo un suspiro largo, profundo, que se me escapó pegado a su boca.

Él no se deshizo contra mí como otras veces, se sostuvo. Sentí su cuerpo temblar, pero de una forma extrañamente tranquila. Esa vez se permitió estar bien, sin pedir perdón.

Nos quedamos pegados un rato largo, sin movernos. El silencio del cuarto era distinto del de la cocina. Menos duro.

Me di la vuelta despacio y me acurruqué contra su pecho.

Su mano encontró mi espalda y empezó a trazar líneas lentas, sin pensar. Mi respiración se fue acompasando a la suya.

—Noche uno —dije, medio dormida.

—Noche uno —repitió él.

—Acuérdate —añadí.

—Estoy tomando notas —respondió, y lo sentí sonreír contra mi pelo.

No hacía falta papel. Sus dedos, mi piel, la forma exacta en que nuestros cuerpos encajaban en esa cama eran el único cuaderno. La primera de diez.

Y, sin embargo, había una realidad de la que no me olvidaba, María.

Quedamos en el mismo café de siempre, el de los ventanales empañados y las sillas que crujían como siempre. Afuera, Viena estaba gris y sucia, con la nieve vieja mezclada con barro y algunas banderas nuevas donde antes había anuncios de teatro. Dentro olía a café, a azúcar quemado y a lana mojada.

María ya estaba allí cuando llegué. Siempre llegaba antes. Tenía el abrigo abierto, la falda oscura, la blusa clara, el moño perfecto que le daba un aire de chica correcta. Había algo en ella, en la forma de

sujetar la taza, en su modo de cruzar las piernas, que recordaba que su familia no había sido siempre de portal pequeño y escalera fría.

—Llegas tarde —dijo en cuanto me vio—. Tu padre debería despedirte.

—Mi padre no puede despedirme —dejé los guantes sobre la mesa —. Ha invertido demasiado en mí.

María bufó y se recostó un poco en la silla.

—Algún día te vas a caer encima de todas esas fichas y se va a oír en todo el edificio —dijo—. Muerte absurda en plena guerra.

—Y tú dirás que ya lo veías venir desde el colegio —repliqué.

El camarero dejó mi café. La cucharilla tintineó contra la porcelana. Una parte de mí se concentró en cosas absurdas, para no soltar todavía lo que había ido a decir.

—A ver. —María entrelazó los dedos y me clavó la mirada—. Pon esa cara cuando rompes algo en casa de tus padres, no aquí. ¿Qué has hecho?

Me quemé la lengua con el primer sorbo. No sirvió de mucho.

—No soy yo —dije—. Es él.

—El capitán —dijo sin necesidad de que lo nombrara.

Asentí.

—Le han dado destino —continué—. Trieste.

La palabra pareció más grande que la mesa. María parpadeó, de golpe el nombre ponía mar a nuestro mapa mental.

—Trieste —repitió—. Claro. Tenía que ser un sitio con puerto. Tú no sabes hacer las cosas a medias.

Intenté sonreír.

—Dicen que es un destino «estratégico». Y elegante. —Resoplé—. Me lo han dicho hoy. Como si hablaran de una nueva ópera.

María hizo una mueca.

—Elegante —repitió—. Me encanta cómo se puede llenar una palabra bonita de cosas feas.

—Tenemos diez días —añadí—. Ocho ya, si contamos.

Ahora no parpadeó. Me sostuvo la mirada sin decoros.

—Y te vas con él. —No lo preguntó, lo afirmó.

—Claro que me voy con él —respondí, más rápido de lo que había planeado.

—Al menos te vas con tu marido —dijo, bajando un poco la voz—. No como otras.

No hizo falta que explicara. Pensamos las dos en las chicas del barrio cuyo «destino» eran fábricas, estaciones, camas ajenas. En las que venían a clase con un hermano y al año siguiente con un vacío.

—No hace que dé menos miedo —susurré.

María giró la cucharilla en su taza hasta que el café se quedó sin remolinos.

—Si no te fueras, también daría miedo —dijo, al fin—. Todo da miedo: estar, irse, quedarse quieto. Por lo menos tú sabes a qué le tienes miedo.

No supe si aquello era consuelo, pero me pareció honesto. Y eso era más de lo que ofrecía la mayoría de la gente últimamente.

—Te voy a echar de menos —me salió, sin filtros.

No se lo había dicho nunca así. No de frente, sin chiste de por medio.

—Yo también, idiota —respondió, y se le suavizaron los ojos.

Nos quedamos un rato hablando de tonterías para no llorar: de la profesora que seguía vistiendo como si el imperio no hubiera caído nunca, del chico del barrio que ahora llevaba bigote como los actores de cine, de la posibilidad de que prohibieran el azúcar «por la patria». Las risas se nos quedaban cortas, pero eran algo.

Cuando salimos a la calle, la tarde ya se había metido en los huesos. Caminamos juntas hasta la esquina de siempre.

—Hasta mañana —dijo ella.

—Hasta mañana —repetí.

Nos quedamos un segundo más en mitad de la acera, como en el colegio, cuando ninguna quería ser la primera en girar la esquina.

—Ocho días —musité.

—No los malgastes —respondió—. Si el mar va a robarme a mi amiga, que al menos sea por algo por lo que merezca la pena.

Se inclinó, me besó en la mejilla y se dio la vuelta antes de que pudiera inventar una respuesta. La vi alejarse, con ese andar suyo entre firme y despreocupado.

María tenía el don de volver cuando la vida se me quedaba pequeña. Llegaba y, sin decir mucho, abría un poco de espacio para que yo pudiera moverme.

Capítulo 19

Me había prometido a mí misma que no iría. Que lo dejaría cumplir con su papel de capitán serio en paz, rodeado de uniformes, copas y frases vacías. Duré exactamente hasta que se hizo de noche.

Me quedé en el salón con un libro abierto sobre la falda, sabiendo perfectamente dónde estaba y cómo estaría él, recto, correcto, educado, un poco ausente, con esa mandíbula tensa que se le marcaba cuando llevaba demasiado tiempo soportando cosas que no le interesaban. Cuanto más lo imaginaba allí, más me costaba quedarme quieta. Al final cerré el libro y abrí el armario.

Me puse un vestido oscuro, con el escote justo, y encima el abrigo. No le dejé nota. Si todo salía bien, no la necesitaría. Y si salía mal, una nota no iba a arreglar nada.

El salón del hotel estaba exactamente como lo había imaginado: lámparas de lágrimas, humo de tabaco, sonrisas pequeñas y conversaciones que, desde lejos, parecían todas la misma. Había alguna mujer correctamente vestida, esposa de alguien, hermana de alguien, siempre colocada al lado de alguien. Al fondo, un piano dejaba caer una melodía ligera que apenas lograba abrirse paso entre el murmullo.

Giorg estaba de espaldas a la puerta, dentro de un grupo de tres. Lo reconocí por la línea de los hombros. Tenía la espalda recta, la cabeza apenas inclinada hacia quien hablaba, el vaso en la mano derecha y la izquierda fuera de mi vista. Había algo en la tensión de su cuello que no estaba ahí cuando habíamos salido de la cama aquella mañana.

No me vio. Mejor.

Avancé sin llamar la atención. Cuando estuve lo bastante cerca para oír litoral, cifras, movimientos necesarios, supe que un minuto más y haría algo poco prudente. Así que dejé de escuchar.

Esperé el momento justo. En cuanto el grupo se abrió un poco, me acerqué por detrás, le puse la mano en el brazo y apreté.

—Me requieren urgentemente —susurré.

Se volvió con una rapidez que habría impresionado a cualquiera.

—¿Qué haces aquí?

—Preguntó en voz baja, con el mismo tono neutro con el que podría haber comentado cualquier cosa sobre la copa.

—Indisciplina. Desobediencia conyugal. Llámalo como quieras, pero ven.

Tiré de él lo bastante para que seguirme resultara más fácil que plantarse. Y me siguió.

Crucé el salón como si supiera exactamente adónde iba. Pasé junto a las cortinas, giré hacia el pasillo lateral y crucé una puerta batiente por la que entraban y salían camareros. El ruido cambió al cruzarla: menos música, más platos, más voces de servicio. Nadie nos detuvo. Al fin y al cabo, nadie iba a detener a un capitán allí dentro.

—Anna… —advirtió él.

No aflojé. Un pasillo, luego otro. El aire olía a jabón barato y a comida recién hecha, a algo mucho más real que el salón. Una criada pasó con un barreño y bajó la vista al vernos, sin saber si debía saludar o fingir que no existíamos.

Empujé una puerta sin letrero.

La despensa olía a vino abierto, especias dulces y madera vieja. Las estanterías llenas hasta arriba, cajas torcidas, sacos mal cerrados. Nada pulcro. Nada pensado para impresionar a nadie. Me gustó al instante.

Cerré la puerta. El ruido del salón quedó al otro lado. Giorg se quedó mirándome en silencio, como si aún no asumiera que me había seguido hasta allí.

—Esto es una imprudencia —dijo.

No sonaba enfadado. Sonaba alterado, y eso en él era peor.

Me acerqué, apoyé la mano sobre su pecho y noté el latido más rápido de lo que se habría permitido mostrar ahí fuera.

—Llevas toda la noche demasiado correcto. Esa cara te la conozco.

—No es el lugar.

—Precisamente por eso.

Le aflojé la corbata. El nudo cedió en seguida.

—No quiero que vuelvas ahí dentro con esa mandíbula. No hoy.

Miró la puerta un segundo. Después me miró a mí, de verdad.

—Si alguien entra…

—No va a entrar.

Su espalda rozó la estantería. Las botellas tintinearon. Sus manos llegaron a mi cintura, firmes y calientes.

—Prioridad —dijo.

Y me besó, sin rodeos. Su boca cayó sobre la mía con una seguridad que me aflojó el cuerpo entero. Sentí el frío de una botella en la espalda y el calor de su mano subiendo por mi costado.

—Así me desarmas —murmuró contra mi cuello.

—Esa era la idea.

Al final fue él quien se apartó primero, justo antes de perder el control del todo.

—Cinco minutos más y vendrán a buscarme —dijo, todavía cerca.

—Entonces no tardes.

Se recolocó la corbata, se alisó la chaqueta y volvió a ponerse la expresión que el mundo esperaba de él. Lo único que no regresó a su sitio fue la mirada.

Antes de abrir la puerta, se inclinó apenas.

—Indisciplinada.

—Siempre.

Y salió.

Y aun así, pensé que si alguna mujer lo hubiera visto salir de allí con la camisa apenas desordenada y esa sombra de sonrisa que en el salón nadie le conocía, también lo habría mirado. Como yo. Porque seguía siendo él, disciplinado, peligroso, y mucho menos intocable de lo que aparentaba.

Hubo un tiempo en que no entendía sus gestos. Más tarde, en Trieste, sabría leerle la cara como un parte meteorológico, una ceja alzada era frontera, señal de «hasta aquí llego hoy», no era ira, era la sombra del cansancio de quien obedece lo que desprecia. Pero entonces, en Viena, todavía no lo sabía. Veía la ceja levantada y pensaba que era juicio. O algo peor, decepción.

Por eso, cuando llegó la primera pelea en condiciones, no supe leerla. Vi su cara y pensé que era conmigo.

La mañana después me desperté dolorida por todas partes y feliz sin remedio. Me moví en la cama y me acordé. De todo. Del frío de las botellas en la espalda, de su mano en mi cintura, de esa palabra que me dijo como si fuera un secreto importante. «Prioridad». Y me dieron ganas de volver a cometer la misma imprudencia.

Giorg se estaba abrochando el pantalón cuando salí del baño, con el pelo todavía húmedo y su camisa vieja puesta encima del camisón. Todavía descalza, todavía en camisa.

—Si sigues apareciendo así por los pasillos de servicio —dijo, sin volverse— un día me vas a matar del susto.

Me apoyé en el marco de la puerta, disfrutando de la vista. Desnudo la parte de arriba, la luz de la mañana le hacía menos capitán y más hombre: hombros anchos, espalda tensa, una marca roja tenue en el cuello donde yo recordaba haber apretado demasiado.

—No te oí quejarte ayer —repuse.

Se giró, abrochándose el cinturón. La sonrisa que traía no era la social, la de los saludos y los informes, era la otra, la infantil, la que le cruzaba los ojos cuando algo le parecía sencillamente increíble.

—Quejarme no —admitió—. Creo que casi pierdo la capacidad de hablar.

Se acercó, me tomó por la cintura y me arrastró un poco hacia él.

—Por cierto —añadió, bajando la voz—. Si alguna vez dudas de si me gustó: no vuelvas a hacerlo. Me ha costado volver a respirar con normalidad.

Le apoyé la frente en el pecho.

—Perfecto —murmuré—. Objetivo cumplido.

Nos reímos un poco más, como dos cómplices adolescentes que han hecho una gamberrada monumental y han salido vivos. El telegrama seguía en la mesa, pero por un rato aceptó ser solo papel. Luego la mañana empezó a tirar de él.

Alrededor del mediodía, yo estaba en la consulta de mi padre peleándome con una ficha, y él en el Ministerio peleándose con algo mucho peor.

No sé exactamente qué decía ese documento. Nunca me lo enseñó. Años después, recordaría únicamente el tono con el que pronunció la

palabra «informe» ese día, y el modo en que las manos le temblaban casi imperceptiblemente al encender un cigarrillo.

Lo único que supe entonces fue esto: alguien, en un despacho, había decidido que Trieste ya no era un puerto, sino una tabla con nombres y columnas. El papel que le pusieron a Giorg delante decía «para coordinación». Hablaba de «reorganización de personal poco fiable». Palabras que significan más control y gente mirando al suelo.

Al margen, sin levantar la vista, escribió una palabra que no estaba prevista: incompleto.

Lo que no supe es que, al terminar, no cerró el informe. Deslizó una hoja suelta hacia él, la dobló con una precisión y se la guardó en el bolsillo interior, como si le quemara. No fue un gesto grande. Fue rápido. De esos que se hacen sin respiración.

Más tarde entendería que aquella hoja no era «papel». Eran nombres.

A veces un nombre se salva solo porque alguien tiene las agallas de esconder su papel en el montón equivocado.

Él se quedó un buen rato con el informe abierto delante, sin tocar el café que se enfriaba al lado. Lo leyó tres veces. No porque no entendiera, sino porque no se lo quería creer. Cuando por fin lo cerró, sintió que el uniforme pesaba el doble.

Salió del Ministerio más tarde de lo habitual, con la sensación de que llevaba un secreto pegado a la piel. Un secreto que no quería acercar a nadie, y menos a mí.

Yo, mientras tanto, había decidido alegremente que esa noche necesitábamos normalidad. Nada de hoteles ni despensas. Comida caliente, manteles, algo que pareciera una vida que podríamos haber tenido en otro siglo.

Hice una cena demasiado ambiciosa para mi talento. La cocina quedó hecha un desastre, pero los guisos olían a casa y la mesa estaba puesta. Incluso me había permitido la frivolidad de plantar una vela en medio, como si fuéramos una pareja que no tiene a medio Reich tomando notas sobre sus movimientos.

Cuando oí la llave en la puerta, sentí esa alegría rara, nueva: la de saber que quien entra no es «el capitán» que visita, sino mi marido

que vuelve.

—¿Qué tal el…? —empecé, asomando la cabeza al pasillo.

La frase se murió.

Él colgaba el abrigo, pero no como por la mañana. Los hombros parecían más rígidos, la boca más dura, la mirada todavía en algún lugar que no era nuestro suelo.

—Tarde —dijo.

—He hecho cena —anuncié, demasiado entusiasmada—. Algo comestible, te lo prometo. Incluso hay vela. Ya sé que es ridículo, pero…

Me miró.

Sólo iba a ser un segundo. Una mirada fugaz antes de entrar en el comedor. Lo sé porque más tarde lo reconstruí mil veces. Ese segundo incluía eso, una ceja que se levantaba apenas, como si algo de lo que yo acababa de decir le molestara.

No fue una ceja de burla, ni de desprecio. Fue la ceja de frontera. La del hombre que viene cargado de imágenes que no puede compartir y tropieza con una vela encendida.

Yo no lo sabía.

Lo que vi fue, te parece infantil, te parece frívolo, te parece que no entiendo nada.

La sonrisa se me heló en la cara.

—¿Qué? —pregunté—. ¿También la vela te molesta?

Él parpadeó, como si no supiera de qué hablaba.

—No he dicho nada —respondió.

—No hace falta que lo digas. Ya te lo veo.

Suspiró, hondo. Ese suspiro de alguien que ya viene agotado de otro frente y se encuentra uno nuevo en el salón.

—Estoy cansado, Anna —dijo—. No empieces.

«No empieces». Dos palabras. Un fósforo.

—¿Empiece qué? —protesté—. ¿A poner una vela y a que tu casa parezca menos cuartel? Lo siento por ser tan inapropiada.

—No he dicho eso —se pasó una mano por la cara.

—No hace falta —repetí—. Lo llevas tatuado.

La ceja volvió a subir, un milímetro más. Yo, tercamente, lo interpreté como confirmación.

—He pasado todo el día oyendo a gente hablar de personas como si fueran sacos —soltó, de golpe—. En pasillos, en despachos, como si nada. No tengo la cabeza para velas ni para bromas. Y hoy… hoy me he tenido que tragar más de una frase de esas sin abrir la boca.

Ahí estaba, un pedacito de verdad. Yo me aferré justo a lo contrario.

—Entonces quédate allí —dije—. En tus papeles. En tus informes elegantes. No sé por qué vuelves si todo lo que hay aquí te estorba.

El silencio que siguió fue de esos que dejan zumbido en las orejas.

—Eso no es justo —dijo él, despacio.

—¿Qué es justo entonces? —pregunté—. ¿Que yo te espere con la cena, con la vela, con ganas de verte, y lo único que reciba a cambio sea una ceja?

Él apretó la mandíbula. Algo le cruzó la cara que no era contra mí. Eso lo supe después. En ese momento, sólo vi rabia.

—Estoy intentando no traerte aquí dentro lo que he tenido que escuchar ahí fuera —dijo—. No quiero abrir esa puerta. No quiero que tu cabeza se llene de cosas que ni yo mismo soporto.

—Y mientras no la abras, yo sólo veré que todo lo que hago te molesta —contesté—. Que mi manera de hacer soportable este sitio te resulta una molestia.

Algo se quebró en su postura. Muy poco, pero suficiente.

—No me molestas tú —dijo, con una dureza que era contra sí mismo—. Me molesta no poder protegerte de nada de lo que sé.

Era una declaración de amor pero yo la oí como un reproche.

—No me protejas tanto, ¿eh? —dije—. Que al final no te voy a reconocer.

Nos miramos un segundo largo y feo. Él, con el nudo de la corbata todavía alto, yo con el delantal ridículo que me había puesto para no manchar el vestido. La vela en la mesa parecía una broma.

—No quiero pelear —dijo, al fin.

—Pues ve a leer tus papeles —me salió—. Yo ceno sola.

Fue infantil, injusto y todo lo que se quiera. Lo sé. En ese momento me sentía menos esposa y más niña a la que acaban de regañar por pintar las paredes.

Fui a la cocina. Oí sus pasos en el salón. El tintinear de un vaso, el crujido de la silla. No vino. Yo tampoco fui. La cena se enfrió.

No sé cuánto tiempo estuvimos cada uno en su trinchera. El reloj fue marcando las horas despacio, como si disfrutara. Apagué la vela con tanta brusquedad que la cera saltó al mantel.

Cuando al fin me fui al dormitorio, lo hice sin decir buenas noches. Me lavé la cara con más fuerza de la necesaria, me puse el camisón, me metí en la cama y me giré de espaldas a la puerta. Sabía que estaba siendo ridícula. No pude parar.

Oí sus pasos al cabo de un rato. Entró despacio. Se detuvo en el umbral. Durante un segundo, pensé que volvería al salón. No lo hizo.

El colchón se hundió a su lado. Se tumbó bocarriba. Podía oler el jabón y un poco de whisky. No intentó tocarme. El silencio era una especie de armadura compartida.

—No me ha molestado la vela —dijo, al techo.

—Ya —contesté, a la pared.

—Me ha molestado llegar con la cabeza llena de… —buscó la palabra— de basura, y ver que tú esperabas algo de mí que hoy no tenía.

Cerré los ojos.

—Esperaba que te alegraras de ver esta casa —dije—. Que te apeteciera estar aquí más que en tu oficina. Es todo.

—Y me alegra —susurró—. Esta tarde lo he oído, dicho como si nada, que en Trieste vamos a ver cosas que no tendríamos que ver. Y no quiero que te toquen a ti.

Me quedé sin aire por un momento.

—¿Tanto? —pregunté, girándome un poco.

—Peor —dijo—. No quiero hablarte de eso. No hoy. No aquí.

Lo miré a través de la penumbra. Tenía los ojos abiertos, fijos en el techo.

—Podrías haber dicho eso en vez de mirar la vela como si fuera una tontería —murmuré.

—No la he mirado así —negó—. Te juro que no. He mirado lo lejos que está esa vela de lo que he leído. Eso es todo.

La rabia se me fue desinflando despacio, como un globo pinchado.

—Yo sólo vi la ceja —admití—. Y pensé, ya está, otra vez he sido demasiado. Demasiado alegre, demasiado ingenua, demasiado…

—Nunca eres demasiado —dijo, tan serio que me dio vergüenza haberlo dudado—. A veces eres lo único que hay.

Me acerqué un poco más, hasta notar el calor de su cuerpo a través de la sábana.

—Pues ayúdame a entender esa ceja… eh, tu mirada, perdón —pedí—. Porque si no, voy a seguir pensando que cada vez que la levantas es conmigo.

Se pasó la mano por la cara.

—Es con ellos —aclaró—. Con los que me ponen un papel delante y esperan que firme. Con los que hablan de vidas como si fueran muebles que hay que mover de sitio. Contigo… —Se encogió de hombros— es otra cosa.

—¿Cuál? —pregunté, desconfiando y riendo a la vez.

La sonrisa le cruzó los ojos por fin, fugaz.

—Cuando entras en una despensa de hotel y decides que la única prioridad de la noche soy yo —dijo.

Recordar la escena me calentó la piel otra vez, a pesar del nudo en el pecho.

—Pensé que te había metido en un problema —confesé.

—Me metiste en muchos —admitió—. Pero ninguno de ellos empeoró mi opinión sobre ti.

Nos quedamos mirándonos en silencio. El orgullo cedió primero. Extendí la mano. Él dudó medio segundo, luego la tomó. Tiré de él hacia mí. Cuando su cuerpo se acercó, el mío lo recibió con una naturalidad que no necesitaba disculpas.

—No sé cómo ayudarte con esos papeles —le dije, con la frente pegada a la suya—, pero sí sé cómo ayudarte a relajarte.

—Eso ya ha quedado claro —murmuró, cerca de mi boca.

El beso que siguió tuvo sabor a reconciliación y a algo más silencioso: a pacto. No era el arranque temerario de la despensa ni la primera vez torpe y emocionante. Era un «no te entiendo del todo, pero me quedo» y un «no sé explicarlo bien, pero te lo doy».

Sus manos recorrieron mi espalda como las de alguien que necesita confirmar que la casa sigue en pie. Las mías le buscaron la nuca, los

hombros, los costados. No hubo prisa.

Cuando por fin se unió a mí, el cuerpo respondió antes que la cabeza. Lento, profundo. La piel no tenía preguntas.

Le seguí sin pensar. Cada vez que notaba la mandíbula tensa, le besaba la boca. Como para recordarle dónde estaba.

Un temblor, un suspiro que se me escapó pegado a su nombre. Él me siguió un instante después y escondió la cara en mi cuello.

Nos quedamos así, pegados, hasta que el corazón dejó de golpear como si quisiera escapar. Me acurruqué contra su pecho. Su mano encontró la curva de mi espalda.

—Sigo sin saber decirlo bien —confesó, medio dormido ya.

—Pues practica conmigo —susurré, pegada a su piel—.

Lo sentí sonreír.

—Cuando alce la ceja —dijo—. Pregúntame si es contigo o con ellos.

—¿Y si me dices que es conmigo? —pregunté.

—Entonces sabrás que has hecho algo muy grave —respondió—. Como no dejarme dormir en paz.

Le di un pequeño golpe con la frente. Él rio, la risa vibró bajo mi mejilla.

Capítulo 20

En casa de mis padres, los domingos olían a sopa, a café y a radio. La guerra, de momento, entraba por el altavoz del salón, no por la puerta. Bastaba girar el botón a la izquierda para creer que el mundo obedecía.

Aquel día, además, olía a algo nuevo, a colonia masculina demasiado fuerte y a tabaco caro. Hans había llegado antes que nosotros.

—¡Ahí está mi hermana favorita! —gritó desde el pasillo, en tono de retransmisión.

Era imposible que mi hermano hiciera algo en voz baja. Periodista deportivo de vocación y de oficio, hablaba con micrófono imaginario. Se abalanzó sobre mí, me besó las dos mejillas con exageración y luego se apartó un paso para mirarme de arriba abajo.

—Mírate —dijo mi hermano, con una sonrisa suave—. Señora del capitán… y para mí sigues siendo la misma.

Se acercó un poco y me pasó la mano por el brazo.

—No sabes cuánto me alegro de tenerte aquí —añadió.

—Yo también —dije—. Mucho más de lo que parece.

Detrás de él, Magdalena sonrió.

Magdalena entraba sin ruido, y aun así se notaba. Era más alta que yo y mucho más delgada. A su lado yo siempre me sentía un poco torpe, con los brazos fuera de lugar. Se movía con calma contenida, acostumbrada a las miradas sin buscarlas.

Hablaba alemán mejor que casi todos, el acento le suavizaba las palabras. De pronto, se le escapaba una palabra en polaco, pequeña y rápida.

—Anna —dijo, abriendo los brazos.

Nos abrazamos con una familiaridad que todavía me sorprendía. No hacía tanto que estaba en nuestras vidas, pero había algo en su manera de mirarte que te hacía sentir vista desde hace años.

—¿Qué tal Poznań? —pregunté, automática, y luego me mordí la lengua.

Hacía meses que ninguna de sus frases empezaba con «en Poznań…».

—Lejos —respondió, sin perder la sonrisa. Hoy no he recibido carta. Así que supongo que todos siguen vivos.

Lo dijo como quien recita la previsión del tiempo.

Mi madre apareció desde la cocina, secándose las manos en el delantal, con orgullo y preocupación en la cara.

—Pasad, pasad —dijo—. La sopa se enfría y los noticiarios no arreglan el apetito de nadie.

El comedor era pequeño para tantos, pero nos apañábamos. Mi padre presidía la mesa con la dignidad de quien ha visto demasiadas fiebres para impresionarse ya por los titulares. El aparato de radio estaba en una cómoda lateral, discretamente cubierto con un pañito de ganchillo que mi madre le había puesto.

Giorg ya estaba sentado, recto, con la copa de vino en la mano. Se había quitado la chaqueta, en camisa, parecía un poco menos capitán y un poco más el hombre que dos noches antes me había sujetado contra una estantería de vino como si el mundo se fuera a acabar allí mismo. Me miró al entrar y, durante un segundo, se le aflojaron los hombros. Ese milímetro de relajación era su manera de decir «hola» cuando había gente delante.

—Hans —dijo, levantándose lo justo para estrecharle la mano.

—saludó mi hermano, con una sonrisa un poco nerviosa—. Ha sido valiente llevándose a mi hermana.

—El valor lo tiene ella —respondió Giorg—. Yo solo he tenido la suerte de que quisiera venir conmigo.

—Aunque, con todo lo que llevo encima… por lo menos general podrían hacerme —murmuró.

Hans rio. Magdalena le lanzó una mirada rápida, una de esas miradas que contienen toda una conversación en su idioma natal.

Nos sentamos.

La radio murmuraba de fondo una música ligera, una orquesta que hacía lo posible por sonar alegre. Mi madre la había dejado encendida «para hacer compañía», mi padre la toleraba porque, de

vez en cuando, daban la hora y así no se le enfriaban demasiado pronto los pacientes de la tarde.

—Sube un poco, Anna —pidió Hans, antes de que mi madre levantara la sopera—. Creo que hoy dan los resultados del partido de ayer.

—¿No lo sabes ya? —pregunté, acercándome al aparato—. Pensé que te los mandaban grabados a casa.

—Una cosa es cubrir el partido y otra oír cómo lo cuenta otro —dijo, con media sonrisa—. Quiero escuchar qué dicen mis colegas.

Giré el botón.

El locutor se lanzó a su letanía de siempre, goles, «espíritu de lucha», defensas «sólidos como la patria», porteros «vigilantes como centinelas de nuestras fronteras». Hans, en sordina, lo imitaba con muecas y frases a medias, apuntando mentalmente chistes para una crónica que nunca escribiría. Alcancé a oírle murmurar algo sobre penaltis lanzados por ministros antes de que mi padre carraspeara y la radio cambiara de tono.

Mi padre carraspeó, pero se le escapaba una sonrisa. Después de los resultados, llegó la parte seria. La voz cambió ligeramente de tono. «Boletín de noticias. Las operaciones de reorganización en los territorios del este prosiguen según lo previsto. En el Warthegau, elementos polacos han sido reubicados para su mejor aprovechamiento laboral. Las autoridades informan de que la situación en Poznań y…».

Poznań. La palabra cayó en la mesa como una piedra invisible.

Magdalena dejó de mover la cuchara. No hizo ningún gesto dramático, solo se quedó quieta, con la mano en el aire. Los ojos se le fijaron en un punto indeterminado más allá del mantel.

Nadie dijo nada.

Yo sentí cómo, al otro lado de la mesa, Giorg se tensaba. No lo miré, pero lo noté, esa especie de contracción silenciosa, empezando en la mandíbula y bajando por el cuello. La ceja se le levantó un milímetro. No hacia mí. Hacia la palabra «reubicados».

Hans bajó la vista al plato. El chiste se le había evaporado. Su mano izquierda buscó a ciegas bajo la mesa hasta encontrar la de Magdalena. Ella se la dejó coger, pero siguió sin moverse.

—Las medidas adoptadas garantizan el orden en la región y el correcto funcionamiento de la economía… —seguía el locutor.

Mi madre carraspeó.

—Apaga eso, por favor —dijo, con voz más alta de lo habitual.

Giré el botón. El mundo volvió a encogerse al tamaño de nuestra mesa. El silencio, sin la radio, fue brutal.

Mi padre se aclaró la garganta.

—Come mientras está caliente, Magda —dijo, suave.

Ella pestañeó y despertó, forzó una sonrisa. Se llevó la cuchara a la boca, pero yo vi cómo le temblaba apenas al pasarla cerca de los labios. Hans le apretó la mano debajo del mantel, con una fuerza que seguramente dolía. Ella no se la soltó.

Giorg dejó la copa sobre la mesa con un cuidado excesivo.

—«Reubicados» —repitió, en voz baja, casi para sí.

—No ahora —murmuró mi padre, mirándolo con una mezcla de advertencia y comprensión.

—No, claro —asintió Giorg, cortándose a sí mismo.

Durante unos minutos hablamos de cosas pequeñas. De la sopa, del pan, de si la carne estaba tierna. De la consulta, de un vecino que se había caído por las escaleras. Hans se esforzó por recuperar su tono de siempre, contando una anécdota de un delantero que se había negado a saludar el saludo oficial antes del partido.

—Le han dicho que no volverá a jugar —remató—. Yo he puesto que tenía calambres, suena menos cruel.

—No sé si eso es periodismo o medicina —comentó mi padre.

Magdalena alzó por fin la vista.

—Mi hermana tiene dos hijos —dijo, sin venir a cuento—. Uno tiene seis años. El otro, cuatro. No sé si los han reubicado. No sé si… —se interrumpió—. No sé nada.

La mesa se quedó quieta.

Mi madre extendió la mano y le tocó los nudillos con los dedos.

—Mientras no sepas nada, no pienses lo peor —dijo.

Era un consejo de madre y de mujer que había visto demasiados diagnósticos para saber que el miedo adelanta síntomas.

Hans inspiró hondo antes de soltar, de golpe.

—Por eso quiero sacarte de aquí.

Todos lo miramos.

Magdalena giró la cabeza hacia él, muy despacio.

—¿Sacarme adónde? —preguntó.

Hans miró un segundo a mis padres, luego a mí, luego a Giorg. Su mirada se detuvo un instante más en él, midiendo el terreno.

—A España —dijo—. A casa de la familia de mamá. Antes de que a alguien se le ocurra que tener una mujer polaca viviendo cerca de Viena es… poco conveniente.

«España» no era un lugar en el mapa, era la infancia de mi madre, pronunciada en voz baja.

Giorg no se movió. Pero la mandíbula se le tensó un poco más.

—Hans… —empezó mi padre.

—Soy periodista, papá. Si algo se está torciendo, lo huelo antes de que lo anuncien. Y esto huele mal. Hoy es «reubicación laboral». Mañana le llamarán de otra forma. No voy a esperar a que a alguien se le ocurra que Magdalena está mejor en otro sitio.

Magdalena abrió la boca para protestar. Hans le apretó la mano.

—No digo que mañana —añadió—. Ni pasado. Pero allí tenemos familia. Gente que puede firmar papeles, escribir cartas, decir «sí, que vengan». Y está el capitán, que no es cualquiera. Aquí… —se encogió de hombros— aquí lo tienes todo más difícil.

Mis padres intercambiaron una mirada. Mi madre tenía los labios apretados. Mi padre puso su cara seria de cuando daba malas noticias.

—¿Y qué quieres que hagamos nosotros? —preguntó, al fin.

Hans miró hacia Giorg. El ambiente cambió un grado. Todos miramos a Giorg. El hombre que se sentaba en nuestra mesa, que bebía nuestro vino y escuchaba nuestras discusiones, todos sabíamos que bastaba un sello para salvar. Eso lo sabíamos, aunque nunca lo dijéramos en voz alta.

—Quiero… —Hans se aclaró la garganta— quiero preguntar si se puede hacer todo de forma… ordenada. Que no parezca una huida. Que en los papeles ponga lo que tenga que poner para que nadie mire dos veces.

Giorg no respondió enseguida. Se tomó su tiempo, bebió un sorbo de vino que no le supo a nada.

—No soy mago, Hans —dijo—. Soy capitán. Lo cual, a veces, es peor.

—Precisamente —insistió mi hermano—. Eres capitán. Sabes qué papeles se miran y cuáles no, qué sello pesa y cuál es de adorno. Si yo me invento un marcador, como mucho me echan. Si alguien se inventa un decreto, la gente desaparece. No quiero que Magdalena acabe siendo un número.

Magdalena bajó la vista al plato. Se había puesto muy pálida. Hans apretó su mano bajo la mesa, ella respondió con dedos fríos.

La mirada de Giorg se clavó un segundo en la mía. Yo vi en sus ojos cosas que no llegaría a entender del todo hasta mucho después, miedo, responsabilidad.

—Hablamos luego —dijo.

Lo dijo en plural, pero la frase llevaba el peso de un «yo veré qué puedo hacer». La conversación cambió de tema porque mi madre lo ordenó con eficacia. Se habló de cosas más pequeñas, más manejables. De una receta nueva. De una vecina. Hans hizo un comentario sobre un portero que paraba balones sin despeinarse. Magdalena se obligó a reírse. Mi padre contó una anécdota de la consulta. La mesa fingió normalidad.

Pero la palabra «España» se había quedado flotando entre nosotros, junto a «Poznań», «reubicados» y «prioridad». Y yo supe que aquella cena era el principio de otra cosa, no solo para mí y para Giorg, sino para Hans y Magdalena.

Mucho después entendí lo que realmente estaba pasando en aquella mesa. Después del café, todo se volvió más pequeño. Los hombres se refugiaron en el salón, con la excusa del tabaco y las noticias atrasadas, mi madre arrastró a Magdalena a la cocina «a ayudar con los platos» y, de paso, a darle una tregua con conversación normal. Yo vagué un momento por el pasillo, recogiendo tazas, intentando no escuchar demasiado detrás de ninguna puerta.

—Anna. —La voz de Hans me llamó desde el despacho de mi padre.

Asomé la cabeza. Él estaba de pie, junto a la ventana, con un cigarrillo sin encender en la mano, olvidado. Giorg estaba sentado en

la silla del paciente, con las piernas cruzadas y los codos apoyados en los brazos, postura neutra. Demasiado neutra.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Cierra, por favor —dijo Hans.

Obedecí. El cierre de la puerta sonó más fuerte de lo habitual. Me quedé cerca de la estantería, sin sentarme. Tenía la sensación de que, si me sentaba, no volvería a levantarme. Hans giró el cigarrillo entre los dedos. Sus gestos eran comedidos.

—Sé que no es el mejor momento —empezó—. Ni el mejor país. Ni la mejor década. Pero cuanto más escucho esa radio… —Ladeó la cabeza hacia la pared contigua—. Más claro lo tengo: tengo que sacar a Magdalena de aquí antes de que alguien la vea como un número.

Se hizo un silencio pesado.

—No quiero dramatizar —añadió enseguida—. Aquí no caen bombas. Pero eso no significa que estemos a salvo. Allí sí.

Desvió la vista hacia Giorg. Hans giró el cigarrillo entre los dedos y, por primera vez en mucho tiempo, habló sin bromas, de informes que él no veía, de palabras limpias para cosas sucias, del miedo a que un día alguien decidiera que Magdalena era «mano de obra útil» o «elemento poco fiable». No quería esperar a que esa decisión dejara de ser suya. Quería llevarla a España, a la familia de mamá, mientras todavía podían fingir que era una visita, no una huida. Giorg sostuvo la mirada sin decir nada aún. La mandíbula se le marcó un poco más.

—Si todavía se puede hacer algo, quiero hacerlo ahora —dijo al final.

Giorg se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—Necesitaríais permiso de salida del Reich —enumeró, sin levantar la voz—. Algún tipo de visado para España. Probablemente uno francés de tránsito. Y, sobre todo, que nadie se detenga demasiado en la palabra «polaca» cuando lean el expediente.

Hans asintió, rápido.

—Exacto —dijo—. Que parezca un viaje familiar, no una huida. Que el funcionario que lea el papel piense «esposa que va a ayudar a

unos parientes» y selle sin mirar.

—Lo intentaré, pero no te garantizo nada. Haré lo posible —advirtió Giorg, sin brusquedad—. Soy capitán. A veces eso ayuda. A veces complica las cosas.

Hans sonrió de lado, con esfuerzo.

—Si no pensara que algo puedes hacer, no estaría aquí encerrado en el despacho de papá hablando a puerta cerrada como si nos oyeran —replicó—. No quiero ponerte en un compromiso. Ni a ti —me miró un segundo— ni a él. Pero si me callo y luego pasa algo, no me lo perdono en la vida.

Giorg desvió la vista hacia la ventana. Del otro lado, la calle seguía con su vida mínima, una mujer con una bolsa, un niño que arrastraba un juguete.

—Puedo… —dijo al fin, eligiendo las palabras—. Puedo ver cómo están vuestros registros. Que el matrimonio conste bien, que ella figure como «esposa de ciudadano austríaco residente en Viena» y no como «polaca suelta». Puedo sugerir que los papeles de salida los gestione alguien que no haga demasiadas preguntas. Y puedo redactar un informe que suene a lo que quieren oír.

—¿Qué quieren oír? —pregunté.

—Que es mejor que las personas con vínculos en el extranjero y medios propios se marchen a otro sitio antes de empezar a dar problemas aquí —respondió, con esa mezcla de lucidez y asco que le conocía ya—. Que es más cómodo dejarlos ir que vigilarlos.

Hans lo escuchó con una atención que pocas veces reservaba para nada que no fuera un partido.

—Suena a idioma de despacho —dijo—. El que entienden los tuyos.

—Es la única lengua que puedo usar en los papeles sin que me pregunten qué demonios me pasa —admitió Giorg.

Se levantó. El despacho de mi padre se le quedó pequeño.

—No te prometo éxito —añadió—. Pero sí que nadie os mirará más de lo necesario. A veces, ésa es la única protección posible.

El día que llegó el sobre con el sello que esperábamos, yo estaba doblando ropa en el salón de mis padres. No era nada solemne, camisas, medias, un mantel. La radio murmuraba algo inofensivo, un vals. Mi madre planchaba en la otra punta de la habitación, con esa

concentración de quien lleva toda la vida peleándose con arrugas más tercas que las personas. Locutor pausó en «Poznań». Llamaron a la puerta.

—Abre tú, por favor —dijo mi madre, sin levantar la vista.

Fui al pasillo, me limpié las manos en el delantal por costumbre y abrí. Era el cartero.

—Señora Bauer —dijo, con un asentimiento—. Carta certificada para el doctor o para el capitán, cualquiera de los dos.

El sobre era más grueso de lo normal. Blanco, oficial, con un sello que reconocí, aunque no quisiera, águila, bandera, todo en su sitio. Firmé, cerré la puerta. De vuelta al salón, el sobre me quemaba las manos. Las dos supimos enseguida de qué se trataba. Nadie recibía sobres certificados del Ministerio «porque sí», y menos con esa rapidez.

—Ve al despacho de tu padre —dijo ella, apagando la plancha—. Están allí.

Llamé con los nudillos por pura cortesía y entré sin esperar respuesta. Mi padre estaba sentado en su silla de siempre, las gafas algo más bajas de lo habitual. Tensó labios. Giorg, en la del paciente, medio girado hacia la ventana. Hans se paseaba de un lado a otro.

—Ha llegado —dije, levantando el sobre.

Los tres se volvieron a la vez. Se lo entregué a Giorg. Lo abrió sin teatro, con la calma de quien ha abierto demasiados papeles importantes. La hoja salió con un sonido limpio. El sello destacaba en la esquina superior, rojo oscuro. Miró la primera línea, luego otra. No se le movió un músculo. Hans no aguantó.

—¿Y bien? —preguntó, con la voz un poco más tensa.

Giorg siguió leyendo hasta el final, como si necesitara comprobarlo dos veces. Luego dobló el papel despacio, lo guardó de nuevo en el sobre y lo dejó sobre la mesa.

—Autorizado —dijo—, permiso de salida concedido. Aquí tenéis un Fremdenpass con el sello de la Comandancia y los visados de tránsito. Cruzaréis Italia y la Francia ocupada bajo protección militar, y el visado de entrada en España ha sido aceptado según la invitación familiar adjunta.

Hans parpadeó, mirando los documentos.

—¿Eso significa…? —empezó, incapaz de formular la pregunta. No hizo falta.

—Significa que, si salís en la fecha que marcan y no os paráis a discutir con nadie, dentro de unas semanas estaréis lejos de aquí —dijo Giorg al fin—.

Un sello del Ejército alemán todavía es la llave maestra de Europa. Usadla, cruzad los Pirineos y no volváis a mirar hacia el Este.

Hans se dejó caer en la silla. Parecía que le habían quitado un peso físico de encima.

—Madre mía —susurró—. Lo has… lo hemos… —Se pasó la mano por la cara—. Magdalena no se lo va a creer.

Mi padre ajustó las gafas y cogió el sobre con cuidado.

—¿Cuándo? —preguntó.

—En diez días —respondió Giorg—. Es la fecha que he sugerido en el informe y la que han dado por buena. No conviene alargarlo.

Me lanzó una mirada de lado. Diez días. Trieste nos esperaba. Hans se levantó de un salto. Por un momento, parecía un niño que acaba de ganar un trofeo.

—Voy a contárselo —dijo—. O no, espera… —Paró en seco—. Si se lo digo así, de golpe, se va a desmayar en la cocina.

—Tráela —sugirió mi padre—. Mejor aquí, sentados.

Hans asintió y salió casi corriendo.

Quedamos los tres, mi padre, Giorg y yo.

—Gracias —dije, mirándolo.

Él se encogió un poco de hombros, incómodo.

—No es un acto heroico —murmuró—. Es un permiso firmado.

—En tiempos como estos, eso es más que la mayoría —replicó mi padre.

Giorg no contestó, pero su mano derecha, apoyada en el muslo, se cerró en un puño breve y luego se relajó. Magdalena entró con las manos todavía húmedas del fregadero. Hans la traía del brazo, demasiado sonriente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, mirando alrededor—. ¿Ha muerto alguien y no me lo habéis dicho?

Giorg le tendió el sobre.

—Es mejor que lo leas —sugirió.

Magdalena miró el papel. Lo tomó con cuidado, lo desplegó. No leyó en voz alta, pero seguí el movimiento de sus ojos: encabezado, nombres, «Bauer Hans y esposa, Magdalena, nacida en Poznań», más abajo, «autorizados a viajar», «España».

Se le escapó un sonido mínimo.

—¿España? —susurró—. ¿De verdad?

Hans asintió, con una sonrisa nerviosa.

Ella levantó la vista.

—¿Y tu trabajo? —preguntó—. ¿Y tu periódico? ¿Y tus partidos?

—Los partidos se siguen jugando en todas partes —dijo Hans—. Aunque sea en campos llenos de barro y con botas remendadas, siempre habrá algún loco dándole patadas a un balón. Y periódicos… —Torció la boca—. Si no me quieren allí, ya me las arreglaré para contar goles en otro idioma.

Magdalena miró al resto, a mi padre, a mí, a Giorg.

—No quiero que os metáis en problemas por nuestra culpa —dijo.

—Si ya estuviéramos en problemas, no estaríamos aquí tomando sopa —respondió mi padre—. Esto, por una vez, es medicina preventiva.

Giorg se acercó un poco.

—Los papeles son correctos —dijo, serio—. Nadie os está haciendo un favor en ellos. Todo es «razonable», familia, invitación, recursos. Si alguien os detiene, enseñadlos sin temblar. La mitad de estos permisos se sostienen solo porque quienes los llevan parecen convencidos de que no están haciendo nada malo.

Magdalena apretó el sobre entre los dedos.

—No estamos haciendo nada malo —dijo—. Solo intentar seguir vivos.

—Precisamente —asintió él.

Hans la rodeó con un brazo.

—Nos vamos a España, Magda —susurró, casi en su oído—. Al sol. A gritar goles con las ventanas abiertas. A que tus hijos aprendan a decir «fuera de juego» antes que «reubicación».

Ella soltó una risa ahogada que se transformó en una lágrima. Se la secó con el dorso de la mano.

—No sé decir «gracias» en alemán sin que parezca demasiado pequeño —admitió, mirando a mi familia y a Giorg.

Los días siguientes tuvieron otro ritmo, un partido que sabes que es el último.

Hubo maletas abiertas en el piso de Hans y Magdalena, pilas de ropa clasificadas con criterios que cambiaban cada tarde: «abrigo», «papeles», «cosas que nos recuerdan que existía otra vida». Mi madre desempolvó direcciones, cartas viejas de la familia española, nombres de tías y primos que de pronto se volvían cruciales.

Una tarde encontré a Hans sentado en el suelo del salón, rodeado de periódicos.

—Estoy recortando mis crónicas favoritas —explicó—. Para cuando tenga que convencer a alguien en España de que sé de lo que hablo cuando digo que un delantero es bueno. Allí no les va a impresionar que haya narrado partidos en Viena. Como mucho, se reirán de mi acento.

—Te bastará abrir la boca cinco minutos —dije—. Contra eso no tienen defensa.

Sonrió, pero tenía los ojos húmedos.

—Me preocupa —dijo— que un día mis hijos me pregunten qué pasó con los que se quedaron… y yo no sepa qué responderles sin mentir.

—Entonces les dirás la verdad que tengas —respondí—. Que hiciste lo único que podías para que ellos estuvieran vivos para hacer preguntas. Lo demás… ya lo iréis llenando juntos.

El último día, fuimos todos a la estación.

El andén estaba lleno de gente. Todos con prisas contenidas. Todos caminaban como si fuera un viaje cualquiera.

Hans llevaba una maleta grande en cada mano y una más pequeña colgada del hombro. Magdalena tenía un bolso, un abrigo demasiado fino para lo que dejaba atrás y el sobre con los papeles guardado en el interior del vestido, a la altura del corazón.

Mis padres se turnaron en las recomendaciones prácticas, escribe, no digas demasiado dónde trabajas, cuida de ella, mientras yo solo acerté a pedirle, casi como cuando éramos niños, que me contara

cómo eran los estadios al otro lado del mapa. Magdalena me abrazó con fuerza.

—Cuando tengas noticias de Poznań… —empezó.

—Te las haré llegar —prometí—. Aunque tenga que gritarlas desde el Adriático.

Giorg estaba un poco apartado. No era frialdad, era costumbre de no llamar la atención más de lo necesario. Pero cuando Hans se volvió hacia él, se acercó sin dudar.

—No sé qué decirte —admitió mi hermano.

—No digas nada —replicó Giorg—. No escribas sobre mí. No nombres esta conversación a nadie que pueda tener uniforme.

—Eso está hecho —Hans sonrió—. Lo que no prometo es no inventarme un capitán anónimo, muy serio, que un día decidió que dos personas no tenían por qué desaparecer en un expediente.

—Mientras siga siendo anónimo, puedes hacer lo que quieras con él —concedió Giorg.

Se estrecharon la mano, formal. Luego, Hans tiró de él y lo abrazó otra vez, rápido, como en el despacho. Magdalena, a su lado, inclinó la cabeza en un gesto de respeto silencioso.

—Buena suerte —dijo Giorg.

—La vamos a necesitar todos —respondió Hans.

El silbato del tren cortó el aire.

Subieron. Encontraron sitio junto a una ventana. Desde el andén, los vimos acomodarse: maletas arriba, abrigos en el regazo. Hans pegó la frente al cristal un segundo y nos miró queriendo memorizar la escena entera.

—¡Acuérdate de que ahora eres la mujer de un capitán! —gritó, cuando el tren empezó a moverse.

—¡No te lo aseguro, cuando nos veamos seguiré siendo la misma! —le grité de vuelta.

El tren se fue deslizando, primero despacio, luego más rápido. Magdalena levantó la mano, el sobre bajo el vestido, Poznań detrás, España delante. Hans mantuvo la suya en alto hasta que dejaron de vernos.

Cuando el último vagón desapareció, el andén pareció de repente demasiado grande.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—¿Crees que llegarán? —pregunté en voz baja, a nadie en particular.

—Si han pasado el primer sello, el resto depende de que nadie tenga un mal día en su ventanilla —dijo mi padre.

Giorg no habló. Se limitó a mirarme de lado, con esa mezcla de dureza y ternura que estaba aprendiendo a descifrar.

—Han tenido tu ayuda —añadí, mirándolo.

—Han tenido suerte —corrigió.

—Y tú estabas en esa suerte —insistí.

Esta vez, la ceja no se alzó. Sólo la comisura de su boca.

—Tal vez.

De camino a casa, mientras el tranvía rechinaba por las calles de Viena, pensé en Hans y Magdalena, cruzando fronteras con el miedo en los bolsillos y los papeles en regla. Pensé también en nosotros, esperando Trieste.

La guerra seguía repartiendo destinos a su antojo. Pero aquel día, por lo menos, habíamos ganado un margen mínimo.

Volvimos a casa casi en silencio. Giorg abrió la puerta con su llave. La casa nos recibió como siempre: el mismo abrigo en el perchero, el mismo reloj, el mismo olor a café viejo y jabón.

Me acerqué sin preguntar más. Empecé a desabotonarle la camisa, uno por uno, hasta aflojarle la camisa.

—Has salvado a dos personas hoy —susurré contra su clavícula—. No me digas que ha sido solo suerte.

No contestó. Pero dejó caer los hombros, como si por fin aceptara el peso y el alivio a la vez.

Se pasó una mano por el pelo, cansado.

—¿Crees que llegarán?

—Creo que hoy hemos hecho todo lo que se podía hacer desde este lado del papel —dijo—. Lo demás ya no está en mis manos.

Tenía razón. Y, sin embargo, quería desesperadamente agarrar algo, aunque fuera de él. Me acerqué. No dije nada. Sólo alargué los brazos al cuello de su camisa y continué a desabotonarla, uno por uno. No era un gesto nuevo. Lo nuevo era lo que significaba. Él bajó la mirada hacia mis manos.

—Anna… —empezó.

—Hoy he visto a mi hermano marcharse porque tú moviste un mundo que odias —susurré—. No me digas que ha sido «suerte». No hoy.

Se quedó quieto. Dejó que mis dedos siguieran su camino por los botones. La tela cedió, dejando ver la piel, la marca blanca de los tirantes, un cansancio que no era sólo físico.

—No lo he hecho por el régimen —murmuró.

—Lo sé —solté la última costura—. Lo has hecho a pesar de él.

Echó el aire despacio, como si hubiera estado conteniéndolo todo el día.

—Estoy… —buscó la palabra— vacío.

—Yo no —repliqué.

Deslicé la camisa por sus hombros, la dejé caer sobre la silla. Su cuerpo, sin la tela, parecía más vulnerable que nunca. No tanto por las cicatrices o por los músculos tensos, sino porque ya no había nada entre él y mis manos.

Le tomé de la mano.

—Ven —dije.

Esta vez fui yo quien lo llevó al dormitorio. Las cortinas estaban corridas, la luz era suave, más amable que la de la estación. Cerré la puerta. Me giré hacia él.

No había hambre furiosa en su mirada, como otras noches. Había algo más hondo, no había deseo. Sólo cansancio.

Me acerqué despacio, hasta que nuestros cuerpos se tocaron. Sentí el calor de su piel, el latido irregular en su cuello. Le rodeé con los brazos, la mejilla en su hombro desnudo.

—Has salvado a dos personas hoy —le susurré contra la clavícula—. No es poca cosa.

—No sé cuántas no estoy salvando al mismo tiempo —respondió, ronco.

—No eres Dios. —Apreté más—. Eres mi marido. Y el hombre que ha conseguido que mi hermano y Magdalena tengan una oportunidad. Y eso, para mí, es… —Me detuve, tragando— es enorme.

Noté cómo se aflojaba. No el cuerpo. Algo más adentro.

Me separé lo justo para mirarlo a los ojos.

—Déjame darte algo yo ahora —pedí.

No esperé respuesta. Empecé por quitarme el vestido. No había prisa. El vestido resbaló por mi cuerpo hasta el suelo. Me quedé en ropa interior, descalza, frente a él.

Su mirada me recorrió lenta, como si necesitara recordarse que esto también era parte de su vida. Bajó la mano y rozó con los dedos el borde del tirante de mi camisón.

—No tienes que… —empezó.

—Lo sé —lo interrumpí—. No «tengo» que nada. Quiero.

Le tomé la mano y la llevé a mi cintura, apretándola allí.

—No quiero que de hoy solo recuerdes papeles y estación —dije—. Quiero que pienses también en esto. En mí aquí contigo, eligiéndote.

Lo vi encenderse, despacio. Se inclinó y me besó. Al principio fue un beso suave, contenido, pero enseguida se hizo más hondo. Sus manos subieron por mi espalda, logrando eliminar la tensión del día.

Lo empujé con suavidad hacia la cama, sin apartarme de él. Caímos sobre las sábanas y me quedé encima, queriendo ser yo quien sostuviera, quien marcara el ritmo aquella noche. Apoyé las manos en su pecho desnudo y noté el corazón latiéndole con fuerza bajo la palma.

—Relájate —le pedí en voz baja—. Por una vez, no pienses. Solo siente.

Una esquina de su boca se alzó.

—Es difícil, con una mujer encima dándome órdenes —murmuró.

—Te encanta.

Volví a besarlo, esta vez con más intención, recorriéndole la mandíbula, el cuello, ese punto bajo la oreja donde siempre se le alteraba la respiración. Sus manos se cerraron sobre mi cintura con más firmeza, siguiéndome sin querer imponer nada.

No hacía falta decir gracias. Estaba en cada gesto, en cómo me inclinaba hacia él, en cómo lo buscaba, en la manera en que él, por una vez, se dejaba llevar sin resistirse. No hizo falta.

—Mírame —le pedí cuando noté que iba a cerrar los ojos.

Lo hizo.

—Lo que has hecho hoy es… lo mejor que he visto hacer a ese uniforme.

La frase le golpeó. Lo vi en cómo se le ablandó la expresión, en ese silencio repentino que no necesitaba explicación. Me abracé a él, se aferró a mí.

Después nos quedamos un rato enredados, respirando despacio, hasta dejarnos caer de lado. Mi pierna sobre la suya, su brazo bajo mi cuello, la casa entera reducida a ese trozo de cama.

—No sé si he merecido esto —murmuró, al rato, con la voz aún ronca.

Le di un pequeño golpe suave en el pecho.

—Has merecido esto y más —respondí—. Yo diría que el cielo ya te debe una.

Sonrió, en la penumbra.

—No soy un héroe, Anna —dijo.

—Tampoco buscaba uno —repuse—. Buscaba un hombre capaz de mover un sello en la dirección correcta. Y de hacer lo que acabas de hacer conmigo. Me ha tocado el premio gordo. Su risa vibró bajo mi mejilla.

—Si los de arriba supieran que utilizas así sus términos… —murmuró— me quitarían todos los permisos.

—Entonces tendremos que seguir haciéndolo a escondidas. —Bostecé.

Nos quedamos en silencio. Sentía sus dedos dibujando círculos lentos en mi espalda, contando silencios.

Creí que, después de un rato así, se dormiría. Pero los círculos se fueron haciendo más pequeños, hasta detenerse del todo. Su mano quedó quieta en mitad de mi espalda, abierta.

El aire se enfrió entre nosotros.

Durante un rato nos quedamos en silencio.

Yo apoyada en su pecho, él ojos fijos en el techo, siguiendo algo que yo no veía. Sentí cómo los músculos bajo mi mejilla no terminaban de aflojarse.

—¿Qué pasa? —pregunté al final.

No respondió enseguida.

Esperé. No dije nada. Solo dejé la mano abierta sobre su pecho, notando cómo el aire entraba y salía, cada vez un poco más irregular.

—Hoy he visto a tu hermano sentado en esa mesa —murmuró—. Vivo. Tranquilo. Pensando en partidos y recortes de periódico.

La última palabra le salió más baja.

—Y mientras hablábamos —continuó—, yo solo podía pensar en otra mesa. En otro día. En otra… —se le perdió la frase un segundo— persona a la que también le prometieron que todo estaba controlado.

Sus ojos volvieron al techo.

—Era una cría. Se reía cuando yo estaba convencido de que el mundo se iba a caer si fallaba una nota.

La palabra «tenía» se quedó flotando entre los dos. No dijo «mi hermana», pero el hueco era el de ella.

Se me hizo un nudo en la garganta, distinto al de hacía un rato. Deslicé la mano desde su costado hasta el centro del pecho y la dejé ahí, cubriendo ese hueco.

—Y ahora —susurré— tienes miedo de que, si te equivocas conmigo, vuelva a caerse el mundo.

Cerró los ojos un momento, como si le pesaran.

—Creo… —hizo una pausa larga— que, si me rompo aquí, contigo, no voy a saber recomponerme para lo demás —admitió—. Y hay demasiadas cosas sujetas con alfileres como para que me permita ese lujo.

Lo dijo en voz baja. Y eso fue lo que más dolió.

Lo miré en silencio. No encontré ninguna frase perfecta. Así que me quedé con lo único que se me ocurrió, muy despacio, sin chiste:

—Giorg… —susurré— un poco ya te has roto.

Incliné la barbilla hacia la almohada, donde quedaba marcado el rastro húmedo de una lágrima que no era mía. Él siguió la dirección de mi gesto. No dijo nada, pero algo en la línea de su boca se aflojó.

—No quiero que tengas que aguantar eso —murmuró—. Mis pedazos.

—Ya estoy aquí —respondí—. No como enfermera ni como salvavidas. Como tu mujer. Si te vas a romper en algún sitio, prefiero

que sea conmigo y no solo, mirando un techo cualquiera.

Se hizo otro silencio, más denso, pero distinto. Su mano volvió a moverse en mi espalda, sin calcular ritmos.

—No prometo nada —susurró, cansado.

—Yo tampoco —contesté—. Pero te aviso, pienso seguir encendiendo luces, abriendo ventanas y volviendo a meterme en tu cama. Si te tensas, te lo diré. Y si te rompes… ya veremos los dos qué hacemos con los trozos.

Lo oí soltar una especie de risa pequeña, gastada, que no llegó a ser risa del todo, pero tampoco era solo un suspiro.

—Pequeña imprudente —murmuró.

—Cabezota —respondí, apoyando otra vez la frente en la suya.

Sus dedos dejaron de dibujar cuentas invisibles sobre mi espalda y, simplemente, me abrazó. Sin medir, sin marcar el ritmo, sin ajustar nada. Solo su latido fuerte bajo mi oído, un poco desordenado.

No me habló de nombres, ni de fechas, ni de cómo se había roto esa «criatura demasiado parecida a mí». Pero esa noche su dolor se metió en la cama con nosotros. Y yo tampoco lo eché.

Uniformes no todos salvan. Este salvó dos vidas esta noche.

Los días pasaron veloces. El piso empezó a oler a despedida mucho antes de que cerráramos la puerta. No era un olor concreto, sino la mezcla de todo, polvo, almidón y el cuero viejo de las maletas. Mi propia maleta, más pequeña, parecía ridícula al lado del montón de cosas que queríamos llevar. Hicimos tres montones, lo que iba a Trieste, lo que se quedaba en Viena «por si volvemos» y lo que no sabíamos ni dónde iba. En la silla había una pila de libros, sobre la cómoda, frascos de perfume y jabones envueltos a mi modo, al fin y al cabo eran míos. Doblé una blusa, la puse en el montón de Trieste, la pasé al de Viena, volví a dudar. Sentí a Giorg en el marco de la puerta antes de verlo. Se quedó ahí, callado, mirando el desastre. Con esa cara suya que no sé si es paciencia o está contando hasta diez.

—No nos vamos tan lejos —dijo al fin—. Si se te olvida algo, ya lo mandarán.

Pensé en lo que significaba una mudanza y preferí no contestar. Le pregunté qué llevaría él si estuviera en mi lugar.

Señaló sin dudar el vestido verde de botones pequeños en la espalda. No sé por qué me sorprendió que se acordara. Lo doblé mejor que los demás y lo metí en la maleta de Trieste.

Apartó su chaqueta. La que no era del uniforme. La dejó sobre la silla, sin decir nada.

—Nuestro armario es un lío —dije—. Parece que unos se van y otros se quedan ahí abandonados.

Me miró un segundo… y se rio. Bajito. Pero de verdad.

Luego cogió una de sus camisas antiguas. La marrón. La que siempre le digo que parece prestada. La sostuvo delante de sí, estirada entre las manos.

—¿Esta también viene? —preguntó, muy serio.

La agitó un poco.

—Podría causar impacto en Trieste.

Yo lo miré sin saber si hablaba en serio. La dejó caer otra vez sobre la pila.

—No digas nada.

Me giré despacio. Sonreía… pero distinto. No creía que fuera capaz de bromear así. Increíble.

—No sabía que hacías bromas.

—¿Ah, no?

—No así.

Se encogió un poco de hombros, como si tampoco supiera muy bien qué estaba haciendo. Seguimos doblando. Él señalaba un sombrero absurdo. Yo lo acusaba de sentimental con un jersey feo. La risa nos salía fácil, casi torpe. Era raro. Pero estaba bien.

Cuando cerré la última maleta, me agaché para empujarla bajo la cama. No debí hacerlo. Sentí sus manos en mi cintura antes de entender qué pasaba.

—Giorg —alcancé a decir, medio riendo.

Demasiado tarde.

Me levantó con una facilidad ofensiva. Yo diciendo que no, pero riéndome. Me dejó caer sobre la cama, encima de toda la ropa doblada. Las camisas se desordenaron en abanico. Una pila de pañuelos voló al suelo. El vestido verde quedó atrapado bajo mi

espalda. Me quedé mirándolo, boca abierta, entre escandalizada y fascinada.

—¿Te has vuelto completamente loco? —susurré, mirando el desastre.

Si lo viera su padre tirándome sobre las camisas recién planchadas.

Él se inclinó sobre mí, riendo todavía. Era una risa limpia. Otra cosa. Más joven.

—Control de calidad —dijo.

Intenté incorporarme, pero me sujetó por los hombros y me hundió un poco más entre la ropa.

Fue un pequeño revolcón absurdo entre camisas almidonadas y medias mal dobladas. Mis piernas enredándose con las suyas. Su risa contra mi cuello. Mi protesta convertida en carcajada. Y mientras trataba de rescatar el vestido verde de debajo de mi espalda, tuve un pensamiento casi alucinado: si alguien me lo hubiera contado, no me lo creería. Pensé: imposible sin certificado.

Despeinado. Con una arruga cruzándole la camisa.

Con esa luz rara en los ojos que solo aparece cuando se olvida, por un momento, de controlarlo todo. Se quedó un segundo mirándome, todavía con la respiración alta. Ya no tenso. Al final me ayudó a incorporarme. Empezamos a recoger el desastre entre risas todavía sueltas, recolocando camisas que ya no estaban tan rectas. Yo alisé el vestido verde con una seriedad exagerada. Él volvió a doblar una manga, esta vez un poco menos exacta. Y no dijimos nada. Pero mientras doblaba, pensé que de todas las imágenes que me llevaba de Viena, esta era una de las que más me importaba, Giorg desordenado. Riendo. Mío. Giorg rompiendo su propio orden solo para hacerme reír. El que me tira sobre camisas planchadas y no se arrepiente.

Capítulo 21

El traslado ya no era una palabra, estaba en los billetes, en los papeles firmados, en las camisas dobladas con demasiada precisión. Y se notaba en lo de siempre, en el silencio y en alguna broma suelta para no ponernos dramáticos.

La casa estaba demasiado quieta. Bajé los pies al suelo frío, busqué las zapatillas y me quedé un rato en el borde de la cama, mirando la maleta. Había intentado ser razonable, pero soy mujer, eso, con el equipaje, es imposible.

Me levanté y crucé descalza al cuarto de al lado. Abrí el cajón que él me había cedido semanas atrás, todavía algunas de mis cosas seguían allí, un jersey doblado, y algo más que no me había atrevido a llevarme «por si acaso». Toqué el jersey y recordé esa vez que había vaciado ese cajón para mí. Ese gesto doméstico, pequeño, que entonces me había conmovido.

Cuando volví al dormitorio, él estaba despierto, medio incorporado contra el cabecero con el pelo revuelto. Parecía más joven así, sin uniforme. Me miró en silencio.

—¿Has dormido? —preguntó al fin.

—Algo —contesté, encogiéndome de hombros.

Nos movimos por la habitación con la torpeza de los días importantes: el cuerpo recuerda la rutina, pero la cabeza va por delante. Ya estaba en el andén.

En la cocina, el café olía más fuerte de lo normal. Desayunamos frente a frente, cada uno con su taza, como si el calor pudiera retrasar la salida.

Sobre la silla junto a la ventana, su guerrera estaba perfectamente colocada: hombreras en su sitio, botones alineados. A su lado, mi abrigo parecía menos serio. La maleta de él, cerrada y con etiqueta, esperaba junto a la puerta del salón. La mía, más modesta, se apoyaba en la pared como una hermana pequeña.

Cuando terminé el café, me puse el abrigo. Los botones se me resistieron un poco, mis manos no querían hacer nada fino esa mañana. Él se levantó, cogió su abrigo del respaldo de la silla y se lo enfundó con ese gesto suyo preciso, sin un pliegue de más.

Se acercó con la bufanda en la mano.

—Hace frío en el andén —dijo, como excusa.

La pasó alrededor de mi cuello, cruzándola por delante. Sus dedos, grandes, hábiles para sujetar un arma o un compás, se detuvieron un segundo en la piel que asomaba entre el cuello del vestido y la lana. Fue un contacto mínimo, sus dedos se detuvieron en mi piel entre el vestido y la lana.

Ajustó el nudo con una delicadeza absurda.

—Así —murmuró.

No respondí ninguna broma, esa mañana tenía cosas atascadas en la garganta.

Bajamos las escaleras del edificio cargando cada uno con una maleta. Él insistió en llevar la más pesada, así que decidí no discutir. El pasillo olía a col hervida y jabón barato, pero al pasar por el segundo piso, una puerta se entreabrió un poco: la vecina que siempre estaba al tanto de quién entraba y quién salía asomó la punta de la nariz. Sus ojos bajaron a las maletas, subieron a nuestro rostro, se detuvieron en su uniforme.

—Buen viaje, capitán —dijo, con un asentimiento rápido—. Y… que todo vaya bien.

Asentí también, como si el saludo me incluyera por extensión.

En la calle, Viena tenía la luz gris de las mañanas frías, con ese aire que cortaba en la cara. Un tranvía pasó chirriando a nuestra derecha, el humo de una chimenea se mezclaba con la niebla en un olor a carbón y sopa. Un perro cruzó la calzada sin mirar, esquivando un coche oficial que avanzaba demasiado deprisa para esa hora del día.

Caminamos hasta la parada sin hablar. Cuando el tranvía llegó, subimos con el resto de la gente, mujeres cargadas con bolsas, un soldado con el capote abrochado hasta la barbilla, un hombre mayor que olía a tabaco frío. No había asiento libre.

Me agarré a la barra metálica con una mano, sosteniendo la maleta con la otra. Él se colocó a mi espalda, lo bastante cerca como para hacerme sombra. Cada vez que el vehículo frenaba de golpe, sentía cómo su cuerpo se apretaba contra mi espalda.

Miré por la ventanilla, recuerdos de una vida que ya no sería la misma. Me vino a la cabeza la imagen de Hans y Magdalena en otro andén y por un momento tuve la tentación infantil de pedirle al tranvía que diera la vuelta.

La estación nos recibió con un jaleo que te dejaba un poco sorda. El eco de las voces se multiplicaba y la gente iba de un lado para otro: unos corrían como si no llegaran, otros iban despacio, sin mirar a nadie.

En los paneles se anunciaban salidas y llegadas. Ninguna decía «Trieste» en letras enormes, pero no hacía falta. Él sabía perfectamente a qué andén debíamos ir, así que lo seguí: primero mi maleta y luego mis pies.

El andén no estaba tan lleno como había imaginado. Nuestro tren esperaba, puertas abiertas, sin prisa. Un poco más allá, un niño lloraba sin disimulo, su madre intentaba callarlo con un gesto automático.

Giorg dejó las maletas un momento en el suelo, junto a un banco de madera. Miró el reloj de la estación, luego la locomotora y luego el cielo bajo.

—Vamos bien de tiempo —dijo.

Asentí. No sabía qué hacer con las manos, así que me agarré al asa de la maleta.

Durante unos segundos, nos quedamos allí, uno junto al otro, mirando las vías. Un tren de mercancías pasó en la lejanía, arrastrando vagones cerrados.

—No parece un exilio —se me escapó, en voz baja—. Parece solo un viaje largo.

Él giró un poco la cabeza.

—Con billete de vuelta, en teoría —respondió.

La palabra «teoría» pesó más que todo el hierro de la estación.

Se agachó para rehacer el nudo de una de las etiquetas de cartón que marcaban su equipaje y vi su apellido escrito allí, con tinta seca.

Von Hohenfeld. Aún me costaba decirlo sin pensar. Cuando se incorporó, me miró un segundo de más. Había en su cara algo que no era miedo, ni tristeza, ni siquiera nostalgia. Era una pregunta silenciosa.

—Aún estás a tiempo de quedarte en Viena —dijo, sin dramatismo.

Lo dijo sin mirarme primero. Como si de verdad considerara la posibilidad de que yo diera media vuelta. Lo decía en serio. Esa era la parte difícil.

Me reí, más por alivio que por humor.

—¿Y dejarte allí solo, con una casa vacía y el Adriático de compañía? —negué—. No. Acabarías todavía más serio.

Sus labios se curvaron apenas.

—Sería un desastre —admitió.

Cogió las maletas otra vez, una en cada mano. Cuando el revisor empezó a cerrar puertas a lo largo del tren, me hizo un gesto breve con la cabeza.

—Vamos.

Y esta vez no supe si hablaba del tren… o de algo más.

Subimos al vagón con el resto. El pasillo era estrecho, olía a carbón, a ropa vieja. Algunas puertas de compartimento estaban ya ocupadas por caras cansadas, otras permanecían cerradas, a la espera. Encontramos una abierta, vacía, a la mitad del vagón. Dejó las maletas en la rejilla con un movimiento práctico: uno, luego otro, bien encajados. Yo me senté junto a la ventana, necesitando ver cómo se alejaba Viena para creerme que de verdad nos íbamos.

Él se acomodó enfrente. La distancia entre nosotros era cómoda por fin. Medio metro entre los dos. El último lujo.

Sentí que la respiración se me acomodaba en el pecho. Saqué el libro del bolso, lo abrí en cualquier página. No estaba en condiciones de entender una sola frase, pero tenerlo entre las manos me daba algo que hacer con los dedos.

El tren lanzó un resoplido largo mientras un silbato sonaba en el andén. Por la ventanilla vi a un hombre levantar el brazo, dar la señal, y un tirón leve recorrió el vagón. Viena empezó a deslizarse hacia atrás.

Giorg, frente a mí, se inclinó un poco para mirar por la ventana de su lado. No dijo nada. Yo tampoco. El mundo se redujo, durante unos segundos, al vaivén suave del vagón, y al conocimiento de que, pasados esos primeros metros, ya no habría marcha atrás. Sólo entonces, tuve la sensación clara de que el viaje no era sólo de ciudad a ciudad. Pasados esos primeros metros, ya no era Viena lo que quedaba atrás.

Miré por la ventana. Conté chimeneas. Pero las horas fueron quitando cualquier ilusión de viaje ligero. El vagón se fue llenando y vaciando de gente cansada. En una estación intermedia, subieron dos soldados, en otra, un hombre de civil revisó billetes y documentos con una corrección distante que, precisamente por su falta de entusiasmo, resultaba más inquietante. El uniforme de Giorg hacía que las miradas pasaran de largo rápido, pero no las quitaba de encima. Viajaba de uniforme, claro. En estos tiempos, un oficial que va de paisano en un tren es alguien que tiene que dar demasiadas explicaciones.

Después de la segunda parada ya no hablábamos casi. Habíamos compartido un café aguado en un vaso de hojalata y un par de comentarios sobre el paisaje que se repetía. El traqueteo y la luz gris acabaron por cerrar el compartimento sobre nosotros, hasta que el mundo exterior se redujo a la presencia silenciosa de Giorg frente a mí.

Giorg estaba frente a mí, junto a la ventana, con el cuerpo en esa postura suya de trabajo que reconocía incluso a oscuras: ligeramente inclinado hacia adelante, los codos apoyados en los muslos, los papeles sujetos por las manos como si fueran más frágiles de lo que realmente eran. Llevaba la chaqueta doblada a su lado, la camisa blanca impecable, el nudo de la corbata exactamente donde debía estar.

Demasiado exacto.

Yo fingía leer un libro, las manos sobre el regazo, la espalda bien pegada al asiento. Mira hacia fuera, me decía. A los árboles, al cielo. A cualquier cosa que no sea él.

La luz de la tarde entraba por la ventana, cortándole el rostro en dos, la mitad más cercana al cristal, suavizada por el gris del cielo, la

otra, más sombría, marcada por la tensión de la mandíbula. Los ojos seguían una línea de texto, luego otra, luego otra. Fruncía levemente el ceño cuando algo no le gustaba. A veces, el pulgar se detenía en una frase, presionando el papel con intención de borrarla.

El tren tomó una curva. Un ligero balanceo hizo que su hombro rozara el respaldo de su asiento. Inspiró hondo, de golpe. Vi cómo el nudo de la corbata se le clavaba en la garganta: un punto oscuro, demasiado exacto.

Pasó la página. Se detuvo. Parpadeó una vez, lenta. Y, sin mirarme, llevó la mano al cuello.

No fue un gesto teatral. Nadie habría escrito sobre él en un informe. Sólo sus dedos deshaciendo, con precisión, el nudo perfecto que se había hecho por la mañana. El pulgar y el índice tirando hacia abajo, liberando un centímetro de tela, luego otro. El triángulo de la corbata perdiendo simetría, deslizándose un poco. El botón del cuello, que siempre veía cerrado, resistiendo un segundo antes de ceder bajo la yema de su dedo.

El cuello de la camisa se abrió un poco. Sólo eso. Un hueco mínimo de piel apareció, justo donde terminaba el hueso y empezaba el tendón. Vi tragar. La nuez se movió, libre, arriba y abajo. La clavícula bajo el lino. Indecente.

Dejó caer la corbata sobre sus rodillas, floja, sin llegar a quitársela del todo. El tren seguía avanzando, pero para mí todo se había detenido en ese gesto sencillo, el hombre que llevaba años respirando dentro de un uniforme dejaba caer el agarre.

Volvió a los papeles. Yo intenté concentrarme en una frase cualquiera del libro. Leí la misma tres veces sin entenderla. Empecé a notar detalles que antes se me escapaban, el tendón que se marcaba en su muñeca cuando sujetaba las hojas, el modo en que el pulgar se apoyaba en el borde, firme, la sombra del vello en los antebrazos, visible cuando el puño de la camisa se le subía un poco al mover el brazo.

Se inclinó sobre la página siguiente. La camisa tiró sobre sus hombros. En un recorte mínimo de tela abierta, vi una línea de piel que ya conocía bien, pero que allí se me antojaba nueva: el hueco

exacto donde, por las noches, apoyaba la frente cuando no podía más.

La mente sabía que iba leyendo sobre disposiciones, suministros. Mi cuerpo, en cambio, sólo registraba la concentración, la tensión en sus huesos. Había algo íntimo en verlo así: sin chaqueta, sin espectadores, recogido en sí mismo, con la disciplina todavía puesta pero la corbata rendida.

Se pasó la mano por el pelo, hacia atrás, dejando los mechones desordenados. Apreté las piernas sin razón aparente. En ese espacio estrecho y en ese silencio, lo cotidiano pesaba.

Me pregunté cuántas veces le había visto hacer exactamente lo mismo en un despacho, con otros hombres, con mapas delante. Otros ojos habían admirado su precisión. Ninguno se fijaría en esto, en la vena fina que se marcaba en la sien cuando se enfadaba en silencio, en el pecho que subía cuando algo le rozaba.

Me di cuenta de que lo estaba mirando fijamente cuando sus ojos se despegaron del informe y se encontraron con los míos.

No dijo nada. Me sostuvo la mirada apenas un segundo, con esa calma que no engañaba a nadie que hubiera dormido con él. El vagón traqueteó, la luz cambió, una sombra fugaz cruzó su rostro. El botón del cuello seguía abierto.

La corbata, suelta sobre el pecho, también rendida.

Me llevé la mano al libro, para tener algo donde poner los dedos.

Él volvió lentamente a los papeles, pero en la línea de su boca había aparecido una curva apenas perceptible. No era una sonrisa completa, era más bien una confesión. Sabía lo que me provocaba ese botón desabrochado, su cara de cansancio, esa forma suya de fingir que no pasaba nada mientras todo pasaba.

El resto del trayecto lo pasé con la página inmóvil, escuchando el traqueteo y mirando la garganta de Giorg, donde la tela había cedido.

En un mundo que se estaba deshaciendo, aquel gesto mínimo fue lo más erótico que vi en todo el viaje. Porque no decía «te deseo» en voz alta. Decía algo mucho más peligroso, «me estoy dejando caer pero solo delante de ti».

En algún punto del paisaje que ya ni recuerdo, entendí que no podía seguir así toda la tarde: quieta, con el libro abierto en una página inmóvil, respirando al compás de un botón desabrochado. Yo no era una santa ni un soldado, tenía mis propios límites.

Pensé: o me levanto ahora, o hago una estupidez. Cerré el libro de golpe y me incorporé demasiado deprisa. El tren eligió ese momento para sacudirse con más fuerza. El libro resbaló de mi regazo, mi pie se enganchó en el asa del bolso y me fui hacia delante con toda la elegancia que pude.

Una mano firme me agarró por el antebrazo en el último segundo, seca, precisa. La otra me sujetó por la cintura, conteniendo el impulso sin brusquedad. Acabé medio inclinada entre mi asiento y el suyo, con la cara peligrosamente cerca de ese hueco de piel que la corbata había dejado al descubierto.

Sentí su respiración muy cerca. Durante un instante, nadie en el mundo sabía que yo estaba al borde de besarle la garganta en un vagón de tren en marcha. Nadie salvo él.

La comisura de su boca se curvó apenas, lo justo.

—No me lo pongas difícil —dijo en voz muy baja.

Me devolvió a mi sitio con el mismo cuidado con que pudo. Yo me senté, roja hasta las orejas, abrazada al bolso sin saber qué hacer con las manos.

—Solo iba… —intenté justificarme— a estirar las piernas.

—Claro —murmuró, tan tranquilo que daba miedo.

Giorg

El tren se mueve y el compartimento se me hace pequeño. No es el espacio. Es por ella. Por cómo finge que lee. No necesito mirarla de frente para saber que no está siguiendo una sola línea, la conozco.

Veo el libro en sus manos y, debajo, ese temblor mínimo que intenta disimular. No es miedo, es expectativa. Y sí, sé que soy yo el motivo.

Vuelvo a los informes. Siempre han sido mi refugio cuando no sé qué hacer con mis propias manos. Pero aun ocupado, la siento

pendiente de cada gesto. Enfrente y demasiado cerca, al mismo tiempo.

La curva del tren me echa hacia atrás en el asiento y la corbata se me clava en el cuello. Demasiado ceñida. Demasiado… correcta. Aflojo el botón superior. No hace falta más: un centímetro. Un centímetro basta.

No necesito mirarla para saber que se ha dado cuenta. La respiración le cambia, casi imperceptible, pero lo hace. Podría volver a abrochar el botón. No lo hago. Me quedo así. Por una vez, no soy yo quien contiene.

Levanto la vista un momento y la encuentro mirándome directamente. Ahí está: cazada. Aunque soy yo el expuesto. Un segundo basta. Dejo que vea lo justo. Nada más.

Vuelvo al papel antes de que se note más. Siento el amago de sonrisa subiéndoseme a la boca y la freno a mitad. Esa media curva es para ella. Sé que la ha visto. Y sé que lo sabe.

Cuando se levanta de golpe, reacciono sin pensar. La sujeto: una mano a la cintura, otra al antebrazo. He visto caer a hombres en el puerto, por el calor, por el peso, por el cansancio. El reflejo se te queda. Pero ahora no es un estibador. Es mi mujer. Y la cercanía no tiene nada de protocolo.

Su cara queda muy cerca del hueco que ha dejado el botón abierto. Noto calor en ese trozo de piel. Noto su respiración, rápida de más.

No la aparto de golpe. Tampoco la retengo todo lo que querría. La coloco de nuevo en su sitio. Los dos sabemos que esto no es papel.

La escucho buscar una excusa. No la juzgo. Yo tengo las mías: informes, horarios, normas. Ella tiene las suyas: libros, ventanas, movimientos torpes.

El tren frena. El botón sigue abierto. Sé exactamente lo que he hecho. Podría haberme abrochado de nuevo. No lo hice.

Ella ha visto más de lo que debería ver de un capitán en servicio. Y yo he visto más de lo que me conviene de una esposa que finge estar tranquila.

No digo nada. No hace falta. Fui yo quien dejó la puerta abierta solo para ella.

Anna

El tren empezó a frenar. Una campana sonó a lo lejos, anuncio de la siguiente estación. Afuera, empezaron a aparecer los tejados de una ciudad pequeña. Él se enderezó, recogió los papeles, volvió a mirar por la ventana. La corbata, suelta, descansaba sobre su pecho. Lo que solo yo había visto.

Pensé que, si no quería terminar directamente en su regazo antes de llegar a Trieste, más me valía no volver a levantarme mientras ese botón siguiera donde estaba. Me permití una certeza: en mitad de un viaje de guerra, hacia un puerto lleno de incógnitas, acababa de aprender la forma precisa de la garganta de mi marido.

Y ninguna orden podía quitarme eso.

La siguiente parada fue corta: gente bajando con prisas, un hombre que asomó la cabeza por la puerta ofreciendo café rancio, un pitido demasiado agudo. Cuando el tren volvió a ponerse en marcha, el compartimento quedó otra vez solo para nosotros. Él retomó los papeles como si nada. O casi. El botón todavía abierto. No podía dejar de mirarlo.

Estuve un buen rato callada, debatiéndome entre guardar el secreto o decirlo. Al final, pudo más la verdad que la prudencia.

—Giorg —lo llamé.

Alzó la vista, todavía con el pensamiento en las cifras.

—¿Qué?

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Solo quería avisarte de una cosa —dije—. Ese botón del cuello… así abierto… es peligrosísimo.

Parpadeó, desconcertado. Se llevó la mano al sitio sin pensar.

—¿Tengo algo mal puesto? —preguntó, mirándose el pecho, como si esperara encontrar una mancha.

Se me escapó una sonrisa.

—No. Ese es el problema. —Bajé la voz—. Ese botón, Giorg… si lo dejas así mucho más…

Lo vi entenderlo por partes. Primero me miró sin estar seguro de haber oído bien. Luego, su mirada bajó un segundo a su propio

cuello, a la piel que asomaba. Y entonces, muy despacio, el color le subió desde el borde de la camisa hasta las orejas.

—Anna… —murmuró, llevándose otra vez la mano al botón, indeciso—. Yo solo… me ahogaba.

—Ya —asentí—. Y ahora la que se ahoga soy yo.

La frase me salió más sincera de lo que había planeado.

Él soltó una breve risa incrédula, bajó la vista a los papeles y durante unos segundos no supo qué hacer con la mano que seguía en su cuello.

Pensé que se abotonaría de nuevo. No lo hizo. Se limitó a rozar la tela y dejarla donde estaba.

—Podrías habérmelo dicho antes de casi caerte encima de mí —murmuró, todavía un poco rojo.

—Así ha sido más ilustrativo —respondí.

Sus labios se curvaron apenas, sin llegar a una sonrisa completa. Bajó otra vez la mirada al informe. Y yo, apoyada en el respaldo con el libro cerrado sobre el regazo, me permití disfrutar de ver a mi marido, el capitán imperturbable, ruborizado en un tren, solo porque su esposa le había confesado que el cuello de su camisa la estaba volviendo loca.

El tren por fin empezó a frenar. El vagón se llenó de pequeños gestos, gente cerrando maletas, abrochándose botones. Yo guardé el libro sin saber en qué página lo había dejado. Giorg se incorporó, dobló los papeles con esa precisión suya de siempre y, por un segundo, pensé que iba a subirse el maldito botón del cuello. No lo hizo. Se limitó a alisar la corbata suelta y a coger su guerrera.

El primer golpe de aire, en cuanto la puerta del vagón se abrió, fue distinto a cualquier otro que hubiera respirado. No era el frío seco de Viena. Era un aire más blando, cargado de sal y de humo de gasoil, con un fondo indefinible a pescado, metal y café viejo. Trieste no entró por los ojos, entró por la nariz. Bajamos del tren, maleta en mano, en un andén que parecía cualquier estación y, al mismo tiempo, ninguna. Los anuncios ya no sonaban solo en alemán, un italiano rápido, cantado, se mezclaba con órdenes más duras. El nombre de la ciudad rebotaba en la bóveda: Trieste, Trieste.

Había soldados por todas partes, pero no eran los mismos de casa. Algunos llevaban el uniforme gris verdoso que conocía de sobra, otros, la elegancia del italiano: chaquetas mejor cortadas, plumas en los sombreros, insignias que no había visto nunca. Civiles con abrigos gastados, mujeres sujetando niños que miraban los trenes, hombres con la cara marcada por el viento del puerto. Los acentos chocaban entre sí, alemán duro, italiano blando, algo en medio hablado entre susurros clandestinos que debía ser esloveno.

Giorg avanzó por el andén directo, sin desviarse. Yo fui a su lado, la maleta tirándome del brazo. Notaba el cansancio del viaje en las piernas, una especie de temblor que no tenía nada que ver con el de antes, en el compartimento. A cada paso, más recto. El hombre que había estado medio desabrochado frente a mí volvía a meterse dentro del capitán sin aviso.

Lo vi nada más alzar la vista, un joven de uniforme alemán, quizá cinco o seis años menor que nosotros, plantado al final del andén con la rigidez de quien lleva demasiado tiempo esperando sin moverse. Tenía una carpeta bajo el brazo y el gesto de no saber qué hacer con los pies. En cuanto reconoció a Giorg, se puso aún más firme.

—Herr Kapitän von Hohenfeld. —Saludó, en alemán impecable, llevándose la mano a la visera.

Giorg le devolvió el saludo.

—Sí —confirmó—. Mi esposa.

El chico me miró con una mezcla de curiosidad y sorpresa. Hizo una leve inclinación de cabeza, demasiado rápida, sin saber bien qué protocolo aplicar.

—Bienvenida a Trieste, señora —dijo, atropellando un poco las sílabas.

Asentí, apretando más fuerte el asa de la maleta. Detrás de él, un coche esperaba junto a la salida del andén, un modelo negro, brillante por fuera, con un conductor italiano que fumaba apoyado en el guardabarros. Llevaba el gorro ladeado y el cigarrillo colgando del labio. En cuanto nos vio acercarnos, tiró la colilla al suelo, la aplastó con el tacón y se enderezó, pero el movimiento tenía algo

indolente, como si la autoridad le resbalara un poco más que a los alemanes.

—Macchina pronta, signor colonnello —anunció, con una sonrisa rápida.

El joven alemán frunció apenas el ceño por el tono familiar del italiano.

Giorg tomó mi maleta sin consultarme, cargando también con la suya. Sus dedos rozaron los míos al cogerla, fue un contacto mínimo, casi un accidente, pero me ancló más que cualquier bienvenida oficial. Sentí, bajo la máscara impecable del capitán, al hombre que había contenido la respiración conmigo unas horas antes y se había puesto rojo un botón.

Su mano tocó un instante la parte baja de mi espalda para ayudarme a entrar. Me senté en el asiento de atrás, aliviada por dejar caer el peso. Desde la ventanilla, el andén se veía encogido: el joven oficial, el conductor, un par de soldados pasando, un hombre que empujaba un carro de equipajes.

Giorg rodeó el coche y se sentó a mi lado. En cuanto cerró la puerta, el ruido del andén se volvió más lejano. Mi mano, sobre la falda, buscó instintivamente el borde del abrigo. La suya, apoyada entre nosotros, no me tocaba, pero bastaba una sacudida del coche para que sus nudillos rozaran los míos.

El motor arrancó y me di cuenta de que habíamos cambiado de escenario, pero no de papel. Había uniformes nuevos, acentos nuevos, banderas nuevas en las fachadas. Y, sin embargo, el centro de todo seguía siendo lo mismo, el hombre que se volvía más duro cuanto más público había, y la línea caliente de su mano, esperándome ahí, a medio centímetro de la mía.

El coche empezó a subir por las calles empinadas de la ciudad. Primero, calles estrechas entre casas pegadas, ropa tendida, voces en italiano que subían desde los portales abiertos. Luego, fachadas más serias, balcones con macetas, algún banderín donde no lo quería ver. Cuanto más ascendíamos, más se estiraba el horizonte a mi derecha: tejados, chimeneas, la línea gris del puerto y, más allá, el mar. Viena tenía río. Aquello era otra cosa. Aquello era un borde del mundo.

La casa apareció al doblar una curva, casi sin aviso. No era un palacio, pero lo parecía. Tenía una fachada de color amarillo pálido con columnas blancas y un balcón de piedra sobre la entrada. Las persianas estaban cerradas, haciendo juego con el tono de los muros.

El jardín estaba descuidado. Los árboles de la entrada tenían las ramas cortadas a ras, dejando los troncos desnudos frente a la fachada. La vegetación había crecido de más, tapando parte de la escalera que subía a la puerta principal. Aun así, la casa imponía. Desde la verja se llegaba a ver el mar, recortado entre los troncos y la piedra.

Pensé, sin poder evitarlo, yo vengo de un piso en Viena… y ahora esto. Un piso de techos altos, sí, pero con vecinos, ruido de tranvía, olor a sopa ajena subiendo por la escalera. Aquí no había vecinos, solo viento, olas lejanas y una carretera que se perdía hacia atrás. De repente, la idea de que esa soledad fuera nuestra me excitaba tanto como me inquietaba. Nadie oyendo pasos en el pasillo, nadie llamando al timbre a destiempo. Nadie, salvo la guerra, ahí abajo.

El coche se detuvo delante de la escalinata. El conductor cortó el motor.

Giorg bajó primero, dio la vuelta al coche y me abrió la puerta. Me tendió la mano para ayudarme a salir, la mía, cansada del viaje, se aferró a la suya. Sus dedos apretaron los míos un instante.

La puerta se abrió antes de que llegáramos a la escalinata. Un hombre salió al porche con calma, alto, delgado, el cabello casi blanco cortado muy corto, chaleco oscuro, camisa impecable.

—Hola —saludó, inclinando apenas la cabeza.

La voz tenía un acento suave, mezclado, ni del todo italiano ni del todo alemán.

—Josef —dijo Giorg—. Me alegra ver que la casa sigue en pie.

—Mientras tenga techo, haremos lo posible por que no se caiga, señor —respondió, y luego volvió la mirada hacia mí—. Señora.

No fue una reverencia, pero casi. Me sostuvo la mirada un segundo, evaluándome con discreción.

—Anna von Hohenfeld —dije. El apellido aún me sabía nuevo.

—Josef —repitió él—. Me ocupo de la casa. Bienvenida.

La palabra me cayó más honda de lo que quería admitir. Detrás de él, en el umbral, asomó una figura más delgada: un chico de unos dieciséis o diecisiete años, con el pelo demasiado largo para un uniforme y demasiado corto para un civil. Tenía un trapo en la mano y la expresión de quien no sabe si acercarse o esconderse.

—Éste es Karl —aclaró Josef—. Hace de todo.

El chico se puso rojo hasta las orejas.

—Señor. Señora —balbuceó, haciendo un gesto que no llegaba a ser saludo.

Yo sonreí.

—No se preocupe —dije—. Yo también sigo aprendiendo a entrar en sitios nuevos sin tropezar.

Oí, muy cerca, ese ruido breve que, en Giorg, equivale a una carcajada que no se permite.

Y entonces la vi a ella.

No bajó al porche. Estaba un poco más atrás, en la sombra del recibidor, con un delantal claro sobre un vestido azul, el pelo rubio recogido en una trenza baja. Tenía las manos juntas delante del cuerpo, los nudillos rojos por el agua caliente. Nos miraba seria, como preparada.

—Gretel —se me escapó.

La había visto tantas veces en casa de mis suegros que me resultó extraño verla allí, enmarcada por otra puerta. En Viena apenas se notaba su presencia. Aquí era distinto.

Su cara se iluminó con alegría.

—Señora… —dijo—. Perdón, señora von Hohenfeld.

El apellido sonó más natural en su boca que en la mía.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, sin envolverlo en cortesía.

Miró a Giorg un instante, buscando permiso.

—Mi madre… —explicó él, con una ligera resignación—. Decidió que no ibas a llegar sola a una casa nueva, en una ciudad nueva, con gente que habla en tres idiomas, sin al menos una cara conocida. —Asintió hacia Gretel—. Aceptó venir unos días antes. Prepararlo todo. Para que no hubiera silencio.

Gretel se apresuró a añadir:

—He intentado que tenga sitio. —Sus mejillas se tiñeron de rojo—. Un armario de verdad. Un cajón. Toallas… que combinen. —Se mordió el labio—. No se puede vivir siempre con la maleta apoyada en una silla.

Aquella frase, en boca de una chica con las manos agrietadas, me golpeó más que cualquier discurso solemne.

—Gracias —dije—. Nadie merece vivir con maleta.

Josef se apartó un poco, dejándonos paso.

—Pasen —dijo—. El recibidor no abriga tanto como parece.

Cruzamos el umbral. El hall era amplio, con suelo ajedrezado gastado en el centro. Olía a cera antigua y a algo que recordaba vagamente a sopa y café. Un espejo alto, ligeramente manchado por los años, devolvía nuestra imagen, él con el uniforme, yo con el abrigo arrugado por el viaje, los dos con cara de no creer del todo que aquella casa nos perteneciera.

Giorg dejó las maletas junto al aparador.

—Arriba están los dormitorios —me dijo en voz baja—. Tú eliges por dónde empezamos a hacer ruido.

«Ruido». No «instalarnos», ni «organizarnos»: ruido. Sonreí, pequeña y terca.

—Si esta casa no está acostumbrada a gente que ríe, va a tener trabajo —respondí.

Subimos la escalera. A mitad de tramo, vi de reojo a Gretel recoger mi abrigo con cuidado, y a Josef desaparecer hacia lo que debía de ser la cocina, pisando más fuerte de lo que creía.

Desde el primer rellano se veía el mar, esta vez más ancho, con el puerto al fondo, pequeño y gris. La guerra estaba allí, moviendo barcos y hombres. Aquí dentro, de momento, sólo estábamos nosotros, un mayordomo con aire de conocer demasiadas historias, una chica vienesa que se había adelantado para abrir cajones por mí y un chico torpe que seguía aprendiendo a no romper vasos.

Apreté la mano en la barandilla. Sentí, muy cerca, los nudillos de Giorg rozar los míos.

Trieste respiraba distinto. La casa también. Por primera vez desde Viena supe que esto no lo llenarían las órdenes. Lo llenarían

nuestras voces. Y las risas de Gretel en la cocina, que sabe exactamente qué significa un silencio así.

Capítulo 22

Esa noche dormimos en una casa que a él lo conocía de siempre, pero que a mí todavía no sabía mi nombre.

Desperté sin saber, durante unos segundos, en qué país estaba. No era mi cama, no era mi casa. El techo alto, las paredes, el olor a madera vieja y a mar colándose por la ventana… me lo dijeron sin palabras: no era un viaje.

Me levanté despacio, pisando un suelo que todavía no sentía mío, y crucé hacia la ventana. Abrí la ventana y el aire me golpeó la cara. El mar estaba ahí abajo, inmenso y casi azul oscuro, recortado por el puerto. La ciudad se extendía abajo, con sus grúas y su humo. No era mi calle, ni mis árboles. Era el mar. La guerra un poco más allá. Y yo, en medio.

Me até la bata con un gesto firme y salí al pasillo. Las puertas cerradas se alineaban a ambos lados, todas iguales. Avancé en puntillas, sin querer despertar a la casa. Había muebles cubiertos con sábanas, aparadores, butacas, una consola bajo un espejo velado por el polvo. Los retratos de los antepasados nos observaban con sus ojos oscuros, fijos en mí.

Bajé la escalera apoyando la mano en la barandilla, y el eco de mis pasos me recordó que, para ellos, yo era la intrusa. La recién llegada. La esposa del capitán. La cocina olía a café.

—Buenos días, señora —dijo una voz masculina, con un acento que partía las sílabas de otra manera.

Josef estaba junto a la estufa, erguido con el delantal puesto pero recto. Tenía la espalda recta, el mentón firme, sólo las manos, grandes y ásperas, delataban que estaba acostumbrado a otros trabajos.

—Buenos días —respondí, con una sonrisa que se quedó en educada—. ¿He bajado demasiado pronto?

—Nunca es demasiado pronto para el café —dijo Gretel. Pequeña, sólida, el pelo recogido en un moño severo que no conseguía ocultar

algunos mechones rebeldes. Me miró por encima del hombro, evaluándome en un segundo.

Sentí que me colocaban una etiqueta invisible: joven, extranjera, esposa.

—¿Ha dormido bien? —preguntó Josef.

—Sí —mentí.

Él asintió. Hubo un pequeño silencio cuando, buscando conversación, mencioné la palabra «guerra».

No hice una pregunta directa, solo un comentario torpe sobre los barcos en el puerto, los convoyes, el movimiento continuo. Bastó. Los dos intercambiaron una mirada rápida. El ruido de la cafetera se volvió de repente mucho más importante.

Entendí la lección sin que nadie me la explicara: había temas que se nombraban poco. O nada.

Me senté a la mesa con una taza entre las manos. Desde la ventana del comedor también se veía el mar, pero enmarcado de forma distinta: más bajo, más parcial, atravesado por el marco de madera, por los cristales con alguna imperfección. Ese sería, a partir de entonces, mi escenario cotidiano. La guerra allá fuera, el café aquí dentro.

Escuché sus pasos antes de verlo. No porque fueran especialmente ruidosos, sino porque la casa misma reconocía su peso.

Giorg cruzó el umbral del comedor con la corbata perfectamente anudada, el cuello cerrado, cada pliegue del uniforme en su sitio. Por un segundo, mi memoria se superpuso al presente, el mismo cuello, un solo botón abierto, un centímetro de piel, el compartimento del tren haciéndose pequeño.

—Buenos días —dijo, y su voz llenó el espacio como no lo había llenado nada desde que me había levantado.

Se acercó a mi silla y dejó caer una mano, apenas, sobre mi hombro. Un contacto leve… Pero sus dedos se curvaron un milímetro más de lo necesario. Ese gesto, nadie más lo habría notado. Yo sí.

—¿Has dormido bien?

Lo miré. Vi al capitán impecable que el servicio veía.

—Todavía me estoy acostumbrando —respondí.

Una esquina de su boca se curvó…

—Ya verás cómo la casa se acostumbra a ti —dijo, sin dejar margen a la duda.

Josef le sirvió café, Gretel dejó un plato de pan y mermelada en el centro de la mesa. La escena era doméstica, casi tranquila. Y, sin embargo, bajo las frases sobre el tiempo, los horarios, seguía latiendo otra cosa, el recuerdo del compartimento cerrado, de su mano en mi cintura.

Desde la ventana, detrás de su hombro, el puerto se agitaba a lo lejos. Barcos, grúas, humo. Esa era la vida que él controlaba. La casa, la mesa, el café, la forma en que su mano descansaba sobre mi hombro… eso, supe, eso era lo que nos iba a poner a prueba.

Y ahí, frente al mar y a la guerra, sentada en un comedor que todavía no sentía mío, entendí que mi horizonte no era solo el puerto. Era él.

Un rato después, me encontré sola con algo mucho más manejable, las maletas.

Subí al dormitorio, abrí la primera y me llegó de golpe el olor de casa, jabón, polvo de libros, perfume. Fui sacando vestidos, libros, pequeñas cosas sin importancia para nadie más, una taza astillada, una figurita de porcelana, la foto que siempre había estado en la cómoda de mi cuarto. Empecé a colocarlo todo solo para que no pareciera que mi vida seguía encerrada en un baúl.

—¿Puedo ayudarla? —Escuché detrás de mí.

Gretel estaba en la puerta, con las manos en el delantal.

—Puedo sola, gracias —dije, y luego sonreí—. Pero si coloco algo en un sitio «imperdonable», me lo dice.

Se acercó despacio, miró la figurita que acababa de dejar sobre la cómoda: un caballo blanco con una pata mal pegada.

—¿También viene de Viena? —preguntó.

—De mucho antes —respondí—. Pero me sigue.

—Entonces mejor aquí —dijo, moviéndolo dos centímetros hacia dentro—. Menos peligro de que se caiga.

Entre las dos fuimos abriendo maletas. Ella hacía montones prácticos, ropa de invierno, ropa de verano. Yo intentaba decidir qué objeto iría en qué superficie, buscando en eso alguna respuesta.

Al intentar colocar un marco en la repisa alta, el libro sobre el que me subí se deslizó y casi acabo en el suelo. Gretel me sujetó del codo, seca pero eficaz.

Fue entonces cuando sonó la puerta de abajo y unos pasos firmes se oyeron por el pasillo. Gretel soltó mi brazo y se apartó medio paso.

Giorg apareció en el umbral, todavía con el uniforme, con la expresión cansada. Miró la cama cubierta de ropa, las maletas abiertas, los montones que no acababan de tener lógica.

—¿Necesitas ayuda?

—Necesito una casa más pequeña —dije—. O más días. O las dos cosas.

Se apoyó en el marco de la puerta, aún con la cabeza en el trabajo.

—Esto es solo un destino logístico —murmuró—. Aquí, mientras tanto, podemos estar tranquilos.

Yo miré las maletas abiertas, los vestidos fuera de lugar, el caballo torcido en la cómoda.

—Supongo que para eso hay que deshacer primero todo esto —dije —. Si no, no sé muy bien dónde estoy.

Él asintió.

—Hazlo a tu manera —contestó.

Gretel, detrás de él, bajó la vista, pero los hombros se le aflojaron un poco.

—El almuerzo estará listo en diez minutos, señor —dijo.

—Perfecto —respondió él, enderezándose de nuevo—. Tengo que volver enseguida.

Y se fue tan rápido como había llegado, dejando detrás olor a puerto y uniforme… y un espacio que, poco a poco, empezaba a llenarse con mis cosas.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, la casa volvió a quedarse en ese silencio lleno de ruidos pequeños, una cañería, una puerta que cruje, un plato que Gretel coloca en algún sitio. Terminé de doblar un par de cosas, di vueltas por el dormitorio sin saber muy bien qué hacer conmigo y, al final, me dejé llevar por pura curiosidad.

Bajé las escaleras y acabé donde, tarde o temprano, sabía que iba a terminar: su despacho.

La puerta no estaba cerrada del todo. Empujé.

—¿Puedo? —pregunté al aire, por si acaso.

No hubo respuesta, claro. Entré.

El despacho olía a papel, tinta y algo metálico que no supe definir. Había una mesa amplia, con varias pilas de documentos perfectamente alineados, lápices colocados en ángulo recto, un cenicero vacío. En el centro, desplegados, estaban los planos.

Me acerqué. Líneas perfectas, números, símbolos que apenas entendía, palabras en alemán trazadas con esa caligrafía precisa que él tenía incluso cuando escribía deprisa. Y, sin embargo, había algo en la forma en que los había colocado, en cómo el lápiz descansaba en paralelo al borde del papel, que me dio ganas de… no sé. De hacer ruido.

Pensé en la forma en que lo había visto inclinarse sobre documentos parecidos, la cara seria, la mandíbula apretada. En el tren, incluso conmigo delante, los papeles habían sido su escudo.

Sentí un pinchazo absurdo de celos. Por unos planos.

—Ridícula —murmuré, y me quedé ahí.

Había un lápiz cerca de mi mano. Lo cogí sin pensarlo demasiado. Después, una esquina del papel me llamó la atención, un pequeño esquema de una figura humana, una silueta mínima indicando proporciones junto al perfil de un motor.

El lápiz tocó el papel antes de que me diera tiempo a frenarme.

Un bigote. Minúsculo, ridículo, perfectamente innecesario bajo aquella nariz anónima. Me tapé la boca con la otra mano. El corazón me latía más rápido de lo que justificaba un bigote de lápiz. Miré a la puerta. Nada. Silencio.

La línea de un sombrero se añadió casi sola. Luego, en otra esquina, donde había un pequeño recuadro vacío para notas, escribí despacio, en español: La disciplina es aburrida, capitán.

El «capitán» me salió más firme de lo que esperaba.

Seguía sin tocar la información importante, lo sabía. Todo lo que pintaba caía en los márgenes. Y en un ángulo del diagrama de flujo,

donde solo había un triángulo y una flecha, dibujé una de cinco pétalos. Nada dramático.

Me aparté y apoyé el lápiz en la mesa, el pulso todavía acelerado.

—Ya está —me dije en voz baja—. Ya has dejado tu… firma. Y ahora te vas antes de hacer una estupidez de verdad.

Salí del despacho sabiendo que había cruzado alguna frontera. En el pasillo, me topé con Gretel.

—¿Todo bien, señora? —preguntó, echando una mirada fugaz a la puerta entreabierta.

—Sí —respondí demasiado deprisa—. Solo estaba… mirando.

Asintió, sin hacer comentarios. En esa casa, sospechaba, nada pasaba del todo desapercibido.

Lo olvidé casi durante la tarde, hubo más cajas, más ropa, más pequeños combates con los armarios. La luz fue cambiando de sitio en las paredes y, cuando quise darme cuenta, el día estaba cediendo.

Lo recordé cuando escuché de nuevo sus pasos en el pasillo y el giro firme del picaporte del despacho.

Me quedé en el pasillo, a medio camino entre bajar a preguntar a Josef por la cena o subir a ordenar otro cajón. La puerta se cerró detrás de él. Hubo un momento de silencio. Luego, nada. Ninguna exclamación, ningún golpe. Solo más silencio. Apreté la mano en el borde de la barandilla. Podía seguir de largo, fingir que no sabía nada. O podía… asomarme. Toqué dos veces antes de abrir.

Él estaba de pie junto a la mesa, completamente quieto. No miraba los planos: los examinaba.

—¿Interrumpo? —pregunté, intentando que sonara ligero.

Sus ojos fueron de los papeles a mí. No había enfado visible. Tampoco una sonrisa. Solo esa concentración absoluta que usaba para cosas serias.

—Anna —dijo.

No era un saludo.

—¿Podrías… explicarme la función operativa de este…? —Señaló con el dedo—. …ornamento floral en el diagrama de flujo de presión?

La forma en que dijo «ornamento floral» habría hecho reír a cualquiera que no fuera yo. A mí se me secó la boca. Me acerqué despacio. Allí estaba mi flor torpe, perfectamente visible. El bigote. La frase en español.

—No es un código —dije, antes de que pudiera preguntarlo—. Ni un sabotaje.

Respiró hondo por la nariz.

—Mi primera hipótesis fue… indisciplina en el taller —murmuró—. Algún operario aburrido. Un mal chiste.

—El lápiz estaba ahí. Tus planos. Fue demasiado tentador. El aburrimiento, supongo.

Di la vuelta a la mesa y, antes de que pudiera, lo abracé por detrás, apoyando la frente entre sus hombros. Sentí la rigidez inicial de su cuerpo tenso, los papeles delante.

—No es un código, capitán —susurré, cerca de su cuello—. Es una firma.

Estuvimos un segundo así, inmóviles. Podía sentir cómo respiraba, cómo trataba de decidir si aquello era gracioso, irritante, peligroso… o todo a la vez.

Al final, se apartó. No mucho, solo lo suficiente para coger el lápiz. No borró nada. En la esquina inferior del plano, junto a la fecha, escribió con su letra precisa:

Adjúntese enmienda A-4.

Clasificación: secreto personal.

Dejó el lápiz en su sitio. Luego se giró hacia mí. Su expresión seguía seria, pero había algo nuevo en los ojos.

—¿Sabe lo que implica interferir en documentación técnica, señora? —preguntó, con una gravedad que no engañaba del todo.

—Confío en que al responsable le llamen la atención como toca —contesté—, pero sin pasarse.

Se acercó. Su mano me tomó de la barbilla con suavidad, obligándome a mirarlo.

—Eso queda pendiente —dijo, tan bajo que casi fue un ronroneo—. Esta noche hablamos de proporciones.

El corazón me dio un vuelco.

Cuando salí del despacho, el bigote seguía en su sitio, la flor también. No había borrado nada. Solo había decidido que aquel pequeño acto de guerra privada quedaba clasificado.

Una semana después de la mudanza, la casa todavía no olía a nosotros. Olía a cera de abejas, a madera vieja y a cortinas que habían acumulado el aire de otras personas. Y siempre, por debajo, el aire del puerto.

Giorg había desaparecido después del almuerzo, como cada día desde que llegamos. Decía que tenía papeles que revisar en el despacho. Yo sabía que mentía. No por «papeles», sino porque lo dijo sin mirarme, con la tensión del trabajo agarrada al cuello.

Me quité los zapatos en el rellano y avancé por el pasillo con ellos en la mano, de puntillas, sin saber muy bien por qué. Las paredes estaban llenas de retratos, hombres con bigotes impecables, mujeres con peinados altos y miradas fijas. Von Hohenfeld, en marcos dorados. El apellido como una orden.

Me detuve ante uno de los cuadros. Ella. No ponía el nombre, no hacía falta. Tendría doce, trece años, el vestido claro, el lazo algo torcido en el pelo, la sonrisa amplia. Pero eran los ojos, los de él. Mismo color, misma forma, esa manera de mirar tan suya, midiendo distancias.

No era su madre. Era su hermana. La que él nunca nombraba.

Seguí andando. Al fondo del pasillo, una puerta entreabierta dejaba escapar una línea de luz cálida. Toqué apenas con los nudillos y empujé.

La biblioteca no era grande, pero era densa. Estanterías hasta el techo, libros en alemán y en italiano apretados unos contra otros, lomos gastados. Una alfombra vieja amortiguaba los pasos, sobre una mesa de caoba, una lámpara de bronce encendida recortaba un círculo de luz donde flotaban polvo y pasado. El aire olía a papel, a cuero. Todo estaba tan ordenado que la guerra parecía quedar fuera.

Y en el suelo, apoyado contra los estantes más bajos, estaba Giorg.

No lo había visto nunca así. Tenía las rodillas flexionadas, los talones hundidos en la alfombra y la espalda apoyada contra la madera del mueble.

Tenía un álbum abierto sobre las piernas, de esos gruesos, con esquinitas negras sujetando fotografías en sepia. No lo leía. Miraba una sola imagen, fija, sin moverse.

Di un paso dentro. La madera crujió suavemente.

—No deberías estar aquí —dijo. No levantó la vista.

—Esta es nuestra casa —respondí, apoyándome en el marco de la puerta—. ¿Dónde más iba a estar?

Tardó en reaccionar. Cerró el álbum despacio, con cuidado. Lo dejó sobre el muslo, con una mano aún encima de la tapa. Pero los ojos le brillaban, y supe que estaba llorando por dentro, que es como él llora siempre.

Me acerqué y me senté en el suelo a su lado, dejando una distancia pequeña, calculada, lo bastante cerca para compartir aire, lo bastante lejos para no tocarlo si no quería. Desde ahí alcanzaba a ver la esquina de la fotografía que había quedado visible, una niña en un jardín, flores ordenadas, un banco de hierro, una sombra al fondo. Y en el centro, esa sonrisa que había heredado y olvidado.

—Aquí es donde vengo a recordar —dijo al fin, con la voz áspera— que una vez fui alguien que no tenía que ser perfecto.

La palabra «perfecto» se le rompió al salir. Pensé en el niño que había aprendido a sostenerlo todo, convencido de que mientras él fuera impecable, nada volvería a caerse del todo.

—¿Y ahora?

—Pregunté, sin mirarlo, clavando los ojos en la tapa cerrada del álbum.

Se humedeció los labios.

—Ahora soy alguien que no puede fallar.

El silencio que siguió era pesado. El reloj pequeño de la pared marcaba las seis y media mientras todo se derrumbaba.

Tragué saliva.

—¿Y si yo no quiero al hombre perfecto? —pregunté, casi en un susurro.

Él giró la cabeza. Ojos enrojecidos, nariz brillante. Sonrió, torcido.

—Entonces no te has equivocado de marido —dijo—. De perfecto no tengo nada.

Lo dijo con calma, pero le tembló apenas la mano sobre el álbum. Lo miré de frente.

—No. Estoy donde quiero.

Un músculo le saltó en la mandíbula. Podía ver cómo luchaba por volver a cerrarse. Pasaron unos segundos. O minutos. Un rato.

—No quiero que me veas así —murmuró, al fin.

—No es nada —añadió—. Solo… cansancio.

No me moví.

—¿Por qué?

Cerró los ojos. Cuando los abrió, una lágrima le resbaló por la sien. No hizo nada por detenerla.

—Porque si me ves así —dijo, despacio— dejas de ver al hombre que necesitas que sea.

Me incliné hacia él, lo justo para que nuestros hombros se rozaran.

—¿Y si el hombre que necesito es este? —dije—. El que a veces deja de aguantar el mundo y se permite llorar por su hermana.

Abrió los ojos. Me miró. No se secó la cara. No se disculpó. No hizo el chiste fácil que habría hecho en Viena para salir del paso.

—Entonces —susurró— estoy más perdido de lo que pensaba.

El aire entre nosotros cambió de temperatura. Sentí el impulso de tocarlo, de ponerle la mano en la nuca como hacía cuando tenía un papel difícil delante. Pero no la moví. Lo hice con la voz. Nunca había sostenido a un capitán que lloraba.

—O más encontrado —dije—. Depende de cómo lo mires.

Se rio. Una risa mínima, rota. Sus hombros ya no parecían un muro, parecían algo vivo, temblaban.

Durante un rato, respiramos a la vez. Yo escuchaba su respiración irregular. Él miraba un punto cualquiera de la alfombra, sumando todo lo que había aprendido a poner por delante de sí mismo.

Entonces, muy despacio, el álbum resbaló de su muslo al suelo. No lo dejó caer, lo acompañó con la mano. Se llevó los dedos al puente de la nariz, se los apretó y, sin aviso, el cuerpo se le dobló hacia adelante.

No fue un sollozo elegante. No hubo pausa para recomponerse. No era el capitán. Era el niño.

No pensé. Le puse la mano en la nuca, caliente, tensa. Esta vez no era un informe. Era él.

—Estoy —dije, sin adornos.

No añadió ninguna frase heroica. Se dejó estar. Se permitió llorar. Me dejó ser testigo.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así: él encogido contra la estantería, yo sosteniéndole la nuca sin soltar. La luz de la lámpara más amarilla, más baja, el tic-tac del reloj siguió sumando segundos. El mar, abajo, continuó golpeando las rocas.

Cuando por fin levantó la cabeza, los ojos hinchados, la piel húmeda, respiraba mejor. No estaba recompuesto. Estaba un poco menos solo.

—No le cuentes esto a nadie —dijo, con ese amago de sonrisa que ya conocía—. Le acaricié el pelo, despeinándole un poco más.

—Para mí es de las cosas más valientes que te he visto hacer —respondí.

Él bajó la mirada.

Nos levantamos del suelo despacio, con las rodillas protestando. Apagué la lámpara, la biblioteca quedó en una penumbra suave. Salimos al pasillo. Los antepasados de los cuadros nos miraron pasar. Esta vez no me intimidaron tanto.

Esa noche, supe que algo había cambiado de sitio en la casa. No los muebles. Nosotros.

La casa sonaba distinta de noche. Durante el día había crujidos, pasos, puertas que se abrían y se cerraban, la voz de Gretel al fondo, el tintineo de la vajilla. El silencio parecía más blando. El puerto seguía ahí abajo, pero lejano.

Estaba en la cama con un libro abierto sobre el pecho. Llevaba tanto rato en la misma página que las letras se habían convertido en decorado. Pensaba en la idea, simple y enorme, de que esa era nuestra cama. Si todo salía bien.

Escuché la puerta del pasillo. Mis dedos se cerraron más sobre el libro.

La manilla giró. Él entró. El uniforme se recortó contra la luz del pasillo antes de que cerrara. En la penumbra del dormitorio, la figura

parecía menos amenazante y más… cansada. Se quitó la gorra, se pasó la mano por el pelo y soltó el aire despacio.

—¿Muy tarde? —pregunté, porque el silencio empezaba a pesar.

—Para el cuartel, no —dijo, aflojándose la corbata—. Para nosotros, llego a tiempo.

Lo dijo mirándome, no a la habitación.

Dejó la chaqueta en la silla, se desabrochó el primer botón del cuello. Yo me incorporé, apoyándome en la almohada.

—¿Qué tal el día? —pregunté, más para no quedarme callada que por otra cosa.

—Largo —respondió—. Y ruidoso.

Se quitó los zapatos, los dejó ordenados junto a la cama. Tenía los hombros tensos, las manos marcadas, pero cuando se giró hacia mí, la expresión se suavizó.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Sobreviviste a la casa?

—Me he peleado con una repisa —conté—. Pero creo que Gretel está de mi lado.

Sonrió, de verdad.

Me incliné para dejar el libro en la mesilla. Él apagó su lámpara, pero dejó la mía encendida. Lo suficiente para ver su cara. Cuando se acercó, apoyando una mano a cada lado de mi cuerpo.

—Es raro —dije, bajito.

—¿Qué? —preguntó, sin apartar la mirada.

—Ser esto. —No supe explicar mejor el gesto—. Dormir aquí. Contigo.

Oyó mi respiración.

Se tomó un segundo antes de responder.

—Lo es —dijo al final—. O podría serlo. Si queremos.

Se inclinó y me besó.

Fue ligero, casi festivo. Noté el sabor familiar, el peso de su cuerpo y su mano cálida en mi cintura.

Respondí sin pensarlo. Mis manos, que hasta entonces habían estado inmóviles sobre la colcha, subieron a su pecho y se quedaron ahí, sintiendo el latido acelerado bajo la tela de la camisa. Luego, busqué el borde y empecé a desabotonar.

—Puedes decirme que pare —murmuré sin bromear.

—No se me ocurre ninguna razón —respondió.

Los botones cedieron. La tela se abrió. Mis dedos encontraron piel caliente, huesos y músculos que ya conocía, pero que esa noche parecían distintos. Él soltó un suspiro que me llegó hasta los huesos.

Sus manos, mientras tanto, habían empezado su propio recorrido. La primera se quedó en mi cintura, firme, sujetándome. La otra subió por mi costado. No tiró de la tela, no la arrancó, la fue apartando, dejando al descubierto trozos de piel que el aire de la habitación rozó antes que sus dedos. Temblé. No de miedo. Estaba ahí, sin prisa.

—¿Demasiado? —preguntó enseguida.

—No —dije, agarrándolo del brazo para que no se alejase—. Sigue.

Se quedó quieto. No por duda. Por elección.

El ritmo se instaló solo, lento, sin apuro. Nos equivocábamos, nos reíamos, nos volvíamos a encontrar.

En una de esas, al cambiar de postura, un giro torpe y le di un codazo en la mandíbula y casi me quedo atrapada entre su rodilla y la almohada, solté una carcajada corta que él acalló.

—Normal —murmuró—. Cama nueva.

—Y en país nuevo —añadí.

—Y en vida nueva —remató él, sin dramatismo.

Fuera, el mundo. Dentro, solo piel y aire. Cada vez que yo me quedaba quieta, él bajaba el ritmo sin decir nada. Cada vez que tiraba de él, respondía sin dudar.

En un momento dado, me di cuenta de que estaba riéndome. No mucho. Risa corta, nerviosa y feliz, mezclada con suspiros. Él también se reía a ratos, cuando chocábamos rodilla con rodilla, cuando un botón se resistía y salía disparado, cuando yo murmuraba.

Nadie nos estaba mirando. Solo nosotros, sin miedo a la puerta, sin reloj.

El calor fue subiendo despacio, y ninguno lo frenó. Solo veía el brillo de sus ojos, la forma en que me llamaba por mi nombre, distinto, más bajo.

Cuando todo se tensó entre los dos, no pensé en nada. Solo en él, en ese cuerpo pegado al mío, en el ruido que hizo al perder el

control en mi propia respiración quebrándose. El mundo seguía girando, pero sin nosotros.

Después, solo hubo silencio. El bueno. Sentí su frente apoyada en mi hombro, su pecho subir y bajar todavía demasiado rápido. Yo tenía una mano en su espalda, otra perdida en su pelo. No quería moverme.

—Anna —dijo al fin, sin levantarse.

—¿Mm?

—Para que conste en acta —murmuró—, me alegro de que estés aquí.

No hubo respuesta brillante en mi cabeza. Solo pude apretarme más contra él.

—Yo también —dije—. Mucho.

Al cabo de un momento rodó a mi lado, llevándose conmigo. Me acomodé ahí. Desde la ventana entraba una franja oscura de noche y algún destello lejano del puerto, apenas una línea.

Apagó la lámpara. Todo se volvió sombra y calor.

Se fue temprano, después de un café rápido y un trozo de pan que apenas probó. El uniforme le sentaba más recto que de costumbre. Mientras se ajustaba la correa del cinturón, me dijo:

—Reunión de mandos. Para que nos expliquen qué demonios es exactamente este «destino tranquilo».

Lo dijo con ironía, pero algo me decía que no era chiste.

Lo acompañé hasta el rellano. Desde la ventana de la escalera se veía un trozo de ciudad: tejados, humo de chimeneas, mar entre los edificios. Abajo, el coche oficial lo esperaba con el motor encendido. Un soldado abrió la puerta, él me miró y luego bajó.

La casa se tragó el ruido del coche en cuanto dobló la esquina. El día se hizo largo. Intenté llenarlo con cosas pequeñas, ordenar un cajón, aprender el recorrido de la casa sin perderme, ayudar a Gretel a pelar patatas en la cocina, aunque ella insistiera en que no hacía falta.

—La señora no tiene por qué —decía, pero me dejaba una tabla de cortar delante.

De vez en cuando, cuando creía que no miraba, se asomaba a la ventana de la cocina. Sin decir nada. Desde allí se veía el puerto

más cerca: grúas, barcos, columnas de humo que salían de algún lugar que no alcanzaba a identificar. El ruido llegaba constante, como un reloj.

—¿Siempre hay tanto movimiento? —pregunté.

—Más, a veces —respondió—. Depende de los convoyes.

No explicó qué convoyes ni de qué. Yo tampoco pregunté. Bajó la voz al decirlo, no hizo falta preguntar por qué.

Subí después al dormitorio y me asomé a la ventana de allí. Desde más arriba la ciudad parecía otra, el puerto, vagones minúsculos, camiones pequeños. Y, entre ellos, figuras tan pequeñas que solo eran puntos que iban y venían.

Pensé en lo fácil que era imaginar todo eso desde esa altura. Flechas, líneas, cifras. Me obligué a leer un rato, a escribir una carta que nunca enviaría, a colocar un par de fotos en la cómoda. A media tarde, el reloj de la sala dio las cinco y el puerto seguía en marcha. Giorg, en cambio, no había vuelto. Llegó cuando el día empezaba a oscurecer.

Escuché primero el ruido del coche en el empedrado. Luego la puerta. Luego su voz, breve, en el recibidor, respondiendo algo a Josef. No entendí las palabras, solo el tono: más bajo, más seco.

Me pilló en el pasillo de arriba con un trapo en la mano, pasándolo por sitios que ya había limpiado.

Subía con paso firme, hombros rectos. Pero los ojos no estaban aquí, sino en otro sitio. Traía el olor del puerto pegado al uniforme: humo, sal y algo agrio a gente amontonada.

—¿Qué tal? —pregunté, cuando llegó al último peldaño.

Se detuvo un segundo antes de responder.

—Largo —dijo—. Importante.

Se quitó la gorra, pasó de largo junto a mí, rozándome apenas los dedos de pasada. Vi de cerca el borde cansado alrededor de sus ojos y la marca del gorro en la frente.

Lo seguí hasta el despacho sin pensarlo. La puerta estaba entreabierta, él la empujó con el hombro y dejó la carpeta sobre la mesa con un golpe seco, como si quemara.

Se quedó de pie, mirando el mapa que había colgado sobre el escritorio. Yo lo había visto ya: la costa, el puerto, las vías. Hoy tenía

cosas nuevas: marcas a lápiz, círculos, cruces diminutas en las colinas.

—¿Es Trieste? —pregunté, acercándome.

—Una parte —respondió.

Se pasó la mano por la nuca. No dijo nada más. El silencio se estiró.

—¿Ha salido todo bien? —insistí.

Soltó una especie de risa sin alegría.

—Eso depende de para quién —dijo—. Para los que mandan, sí. Para los que obedecen, ya veremos.

No era el tipo de frase que solía usar delante de mí. Eso, más que el contenido, me hizo enderezarme.

—¿Han decidido algo… malo? —pregunté, tanteando.

—Han decidido muchas cosas —replicó—. Que el puerto no puede pararse. Que la ciudad está llena de ojos que no nos quieren. Que hay partisanos en cada colina. Que los italianos cambian de bando en un suspiro. —Hablaba rápido, casi sin respiración—. Y que hace falta «mano firme».

Repetía las palabras como si estuviera citando a alguien.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Qué haces tú ahí en medio?

Se apoyó en el borde de la mesa y alzó la mirada hacia mí. Había algo áspero en su gesto, no contra mí, sino contra… todo.

—Gestionar el puerto. Eso es lo oficial. Firmas, inspecciones, prioridades de carga —se detuvo—. Y, cuando surge la ocasión, usar esa prioridad para algo más.

Se pasó la mano por la cara, con un gesto de asco que no intentó disimular.

—No viene de mi mando, Anna. Si viniera, vendría por los canales de siempre, un sello, un párrafo, una excusa. Esto viene… —se quedó un segundo con la mirada clavada en la mesa— de gente que no pregunta. Que no negocia. Que quiere paso y punto.

No dijo nombres. Pero lo vi en cómo apretó la mandíbula al final de la frase, como con asco.

No supe qué contestar a eso.

Oí mi propio corazón acelerarse, como si tuviera que decidir algo y no supiera qué.

—Giorg… —empecé.

—No te preocupes —me cortó, más suave—.

No van a pedirte nada a ti. No es tu guerra.

—Pero es tuya —dije.

Se le tensó la mandíbula.

—Lo es desde hace mucho —admitió—. Y a veces tengo la sensación de que cada año que pasa entiendo menos qué significa.

La carpeta seguía en la mesa, cerrada.

Me acerqué más, hasta tocarle el brazo.

—¿Quieres hablar? —pregunté.

Hizo un gesto leve con la cabeza, asintiendo y negando a la vez.

—Si te lo cuento todo, no vas a dormir —dijo al final—. Y si no te cuento nada, me vas a mirar así.

Sabía exactamente de qué mirada hablaba. Suspiré.

—Entonces dame la versión… intermedia —propuse—. Para que no me quede inventándome cosas peores.

Se lo pensó. Luego habló, despacio.

Me dijo que la ciudad era un nido de gente mirando, italianos que ayer estaban de su lado y hoy no, partisanos en las colinas, comunistas, judíos, rumores de británicos escuchando desde el otro lado del mar. Que cada taberna, cada casa de huéspedes, cada muelle podía ser un punto por donde se escapaba información.

—Y la solución de siempre —añadió, con la voz más baja—. Listas. Controles. Redadas. «Medidas ejemplares».

La palabra se quedó colgando entre los dos.

—¿Y tú? —insistí—. ¿Qué parte de todo eso te toca?

—Hacer que el puerto funcione —repitió.

Sabía que no era solo eso. Lo supe por la forma en que no me miraba cuando lo decía.

Había un límite, uno que no podía cruzar por mí por mucho que quisiera. Había cosas que no iba a contarme, no porque no confiara en mí, sino porque no quería ponerlas también en mi cabeza. Lo vi claro en ese momento.

No insistí. Di un paso más y lo abracé.

No fue un gesto dramático. Solo pasé los brazos alrededor de su cintura y apoyé la frente en su pecho. Lo sentí respirar hondo, el aire

pesado en sus pulmones.

Tardó unos segundos en corresponder. Luego sus manos encontraron mi espalda, grandes y torpes al principio sin saber dónde ponerlas.

—La ciudad está fea, ¿sabes? —murmuró—. No parece la que conocí.

Pensé en el puerto desde la ventana, en los puntos que se movían.

—Desde aquí parece… otra cosa —dije—. No sé si bonita. Pero… menos peligrosa.

—Porque tú no la ves como yo —respondió.

—Y tú no la ves como yo —contesté.

Se apartó lo justo para mirarme. Tenía los ojos más cansados que otras veces. Pero en mí se detenía.

—No puedo prometerte nada —dijo—. Ni cuánto va a durar esto, ni lo que va a pasar ahí fuera. Solo que voy a intentar que esta casa… quede lo más lejos posible de todo eso.

No creí del todo en la promesa. La ciudad ya estaba demasiado cerca. Pero asentí.

—Mientras vengas a dormir aquí —dije—, me vale.

Su mirada se suavizó. Quizá porque era una condición pequeña. O porque era algo que sí podía cumplir.

—Eso sí puedo hacerlo —dijo.

Se inclinó y me besó, breve, buscando tierra firme. Después cogió la carpeta de la mesa.

Salí del despacho con la sensación de que Trieste se había metido en la casa sin pedir permiso pegada a su uniforme, en la libreta que llevaba en la mano, en las palabras que no decía.

Semanas después, una carta llegó de Viena: «Hija, el hospital está vacío de judíos. Firmo altas falsas, como tu capitán pierde papeles. Pero él viste uniforme, yo, bata blanca. ¿Hasta dónde torcemos sin rompernos? Vigila que no se acostumbre al silencio de las listas. Tu padre».

Posdata: «Si Trieste aprieta, volved. Hay sitio en el archivador para tres».

Al terminar de leer, doblé el papel hasta que los bordes me cortaron las yemas de los dedos. Papeles movidos un milímetro y, con ese

milímetro, una vida que no subía a un tren todavía.

Mi padre, con su bata blanca, y Giorg, con su cuero pulido, estaban jugando al mismo juego de sombras. La posdata del archivador me hizo llorar no por miedo, sino porque entendí que solo cabíamos como expedientes perdidos.

La ciudad empezaba a oscurecer. El puerto seguía en movimiento. Desde allí arriba, Trieste era, de nuevo, un mapa. Pero ahora lo sabía. Se lo veía en la cara cuando estudiaba los planos del puerto: ya no eran solo atraques y almacenes. Cada cambio de ruta o cada permiso que firmaba movía algo más que mercancía. Y lo peor es que él también lo sabía.

La ciudad dejó de ser una postal. Y la palabra «tranquilo», cuando pensaba en lo que nos esperaba, me parecía casi una broma.

Capítulo 23

Bajamos a la ciudad dos días después, cuando el silencio de la casa ya empezaba a parecer un lujo excesivo. No fue una excursión romántica ni un paseo, fue, como dijo Gretel, «porque alguien tenía que bajar». Josef sacó el coche, un turismo gris sin adornos, con ese aire discreto, aunque la gasolina lo delataba de todas formas. Gretel apareció con el abrigo oscuro y un pañuelo bien ajustado a la cabeza, me miró de arriba abajo, deteniéndose en el color del abrigo, el corte del vestido, los zapatos.

—Así está bien —sentenció—. Nada demasiado nuevo. Nada que grite «Viena».

Bajamos por una calle que se empinaba hacia el puerto y la ciudad empezó a cerrarse, las calles se estrechaban y el puerto quedaba a la espalda. El aire era distinto al de la casa: más denso, cargado de humo de carbón, aceite, pescado y café barato. El coche nos dejó en una plaza sin adornos, apenas un espacio un poco más amplio entre casas, donde el suelo estaba gastado de tantos pasos y tantos mercados. En cuanto abrimos la puerta, el ruido llegó entero: voces superpuestas, discusiones de precios, risas breves, algún llanto infantil, el motor de un camión al fondo.

El mercado no se parecía a los que conocía. Había mesas bajas con mantas encima, repollos flacos, patatas con tierra, zanahorias torcidas, unas pocas manzanas demasiado verdes o golpeadas, trozos de carne que desaparecían en cuanto alguien los ofrecía. Las colas eran más largas que los productos, la gente se apretaba, se estiraba, negociaba por dos o tres monedas. Oí italiano por todas partes, gestos rápidos, palabras cortadas en el aire, «quanto costa», «non posso», «guardi che…» mezcladas con otro idioma más duro, que reconocí como esloveno sin entenderlo, y, por encima, el alemán suelto de los soldados.

Yo notaba cómo mi abrigo, mis zapatos, mi acento extranjero cuando decía «permesso» me marcaban. No era exactamente

hostilidad, era una curiosidad cansada, de «otra más».

Gretel avanzaba como si hubiera nacido allí, con la cesta colgada del brazo y gran determinación. En el primer puesto señaló unas cabezas de repollo, tanteó patatas, rechazó una cebolla. Hablaba con la vendedora en un italiano apenas aprendido. Yo estaba a su lado, sosteniendo una bolsa que no pesaba casi nada y sintiéndome una intrusa. Un hombre mayor con boina nos cruzó de paso, me miró a mí, no a Gretel, y murmuró algo en italiano donde solo entendí «tedesca». No supe si corregirlo.

Mientras Gretel discutía el precio de unas zanahorias, yo miré alrededor.

A unos metros, un grupo de niños correteaba entre las piernas de los adultos, esquivando cestas, hasta que un soldado apareció en el borde de la plaza. Entonces se pegaron a sus madres. Un cura pasaba sosteniendo una bolsa de tela contra el pecho. Un par de hombres apoyados en una esquina fumaban, pero su atención no estaba en el cigarrillo sino en el ir y venir de la gente.

Fue entonces cuando vi al chico. Estaba al límite de la plaza, donde los puestos se volvían más dispersos, con las manos metidas en los bolsillos de una chaqueta demasiado grande. Podría tener quince, quizá dieciséis años, con el cuerpo delgado de quien ha crecido demasiado deprisa. Dos soldados lo flanqueaban, no con las armas en la mano, pero sí con esa cercanía que ya era, de por sí, una amenaza. Uno le hablaba en alemán, rápido, el chico respondía en italiano atropellado, moviendo mucho las manos, sacando al final los bolsillos del revés, enseñando el forro gastado.

—Papeles —dijo Gretel a mi lado, sin dejar de mirar el repollo—. No los tiene.

No me pregunté cómo lo sabía. El soldado extendió la mano, el chico buscó una cartera invisible, explicó algo que yo solo pude rellenar en mi cabeza, me los han robado, están en casa, trabajo aquí cerca. El otro soldado, el que no hablaba, ya le había agarrado del codo. No fue un gesto violento, pero sí definitivo.

—Gretel… —empecé, dando un paso hacia adelante sin darme cuenta.

Su mano se cerró en mi antebrazo con una firmeza que no le conocía.

—No —dijo en voz muy baja—. Quieta.

—Es un niño —se me escapó, también en alemán.

—Para ellos es alguien sin papeles —respondió—. Y usted es la esposa de un capitán. No se meta.

El chico intentó hablar más, girando la cabeza buscando un conocido, un testigo, un adulto que dijera «es mío», «está conmigo», «lo arreglamos». Nadie se adelantó. Una mujer que escogía manzanas a mi izquierda apretó los labios. El hombre de la boina dejó de pesar patatas un segundo, pero luego siguió. La vendedora eslovena bajó la vista a su balanza. Miraban de reojo, fingiendo indiferencia.

Lo empujaron hacia un camión que esperaba al final de la calle, con la lona trasera levantada y el motor ya encendido. Dentro había ya tres figuras, dos hombres y una mujer, sentados en el banco de madera, inmóviles. El chico subió ayudado por la mano del soldado. Tropezó, casi cayó sobre la mujer, ella se apartó apenas para hacerle sitio, sin decir una palabra. Hubo un segundo en que el chico miró hacia atrás, hacia la plaza, hacia nosotros. La plaza siguió girando a su ritmo, una transacción aquí, una risa nerviosa allá, un vendedor llamando a un cliente.

El camión se puso en marcha. El humo del escape nos llegó a la cara en una bocanada espesa. Lo vi doblar la esquina y desaparecer. El hueco se llenó en seguida. Solo quedaba, en el aire, el ruido del motor alejándose.

—¿A dónde lo llevan? —pregunté, cuando fui capaz de hablar.

Gretel soltó el aire por la nariz, sin soltar mi brazo.

—A un sitio donde todo el mundo tiene papeles —dijo—. O a uno donde ya no hacen falta.

Su tono no era cínico, era una mezcla de cansancio y algo más viejo. Cogió el repollo, lo metió en la cesta, pagó con manos que no temblaban. Yo me di cuenta de que apretaba tanto la bolsa vacía que los nudillos se me habían quedado blancos. Miré alrededor. El mercado estaba ya en orden y, sin embargo, ahora lo veía distinto.

En los puestos solo quedaban mesas con poca comida y gente mirando al suelo, hablando en voz baja.

Mientras regresábamos hacia el coche, con la cesta más llena y la sensación de estómago vacío, entendí que la guerra no era solo líneas sobre un mapa ni voces bajas en un despacho. También estaba en la calle. Era este gesto de apartarse sin protestar, este silencio compacto cuando un chico desaparecía en la parte trasera de un camión. Y yo caminaba por en medio, con el abrigo bien cerrado, el brazo sujeto por Gretel y el apellido de mi marido como un salvavidas que no sabía si me protegía o me manchaba.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que escuché el coche en el patio. El portazo. Pasos en la entrada. Josef dijo algo, y él respondió con una sílaba corta que no entendí.

Me asomé al pasillo justo cuando subía la escalera. El uniforme estaba igual que siempre, recto, sin una arruga fuera de lugar. Él no. Tenía la expresión de quien ha pasado demasiadas horas con la mandíbula apretada. Traía consigo un olor que ya empezaba a reconocer como «la ciudad»: tabaco fuerte, humo, y un olor que no traía de casa.

Pasó a mi lado, rozándome la manga del jersey con la suya. Ese gesto, que otros días me habría bastado, hoy fue apenas un roce. Lo seguí hasta el dormitorio, dejó la gorra en la cómoda, se desabrochó el cinturón con un gesto brusco, y colgó la chaqueta en el perchero.

—¿Todo bien? —intenté.

—Nada que quieras oír.

No fue seco, pero sí corto. Vi que buscaba otra camisa en el armario, que se pasaba la mano por la nuca. Tenía la mirada puesta en un punto del suelo que yo no veía. Me acerqué.

—Giorg.

Le dije el nombre como si fuera una pregunta.

Se giró. Me miró, por fin, de verdad, pero solo un segundo.

—Estoy cansado —dijo—. No quiero traerte todo eso aquí.

No hizo falta preguntar. Yo llevaba todo el día con la imagen del camión en la cabeza, del chico sin papeles, de la plaza después como si nada. Él traía otras imágenes que no conocía, pero reconocí el mismo peso.

Podría haber insistido. Preguntarle qué había pasado exactamente, qué órdenes, qué planes. En vez de eso, asentí.

—De acuerdo —dije—. Entonces ven a cenar. Y luego… lees tus papeles, si quieres. Yo leo los míos.

Parpadeó, sorprendido por la salida fácil. No era una solución, pero era algo.

Después de cenar, la casa se fue recogiendo. Josef y Gretel desaparecieron hacia la cocina y el piso de arriba, el puerto se escuchaba lejano. El salón quedó para nosotros, con el reloj con su tic-tac y una sola lámpara encendida, junto al sofá.

Él se sentó primero, con la carpeta de informes en la mano. Se había quitado el uniforme y estaba en camisa, las mangas dobladas hasta los antebrazos. Se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas, la luz cayéndole en diagonal sobre la cara y el papel. Había algo en esa postura que reconocía: era la misma de los trenes, era la misma de siempre.

Me acomodé a su lado, con un libro. El sofá era amplio, pero yo elegí un lugar lo bastante cerca para sentir el calor de su muslo. Abrí mi novela y fingí leer. No estaba leyendo, estaba pendiente del espacio entre su cuerpo y el mío.

Su mente estaba lejos. Su cuerpo, no tanto.

La única luz venía de la lámpara, el salón se perdía en penumbra. Desde allí, nuestra casa parecía más pequeña, más íntima.

Vi, sin mirar directamente, cómo su mano izquierda descansaba abierta en el espacio neutro entre nosotros. Durante un rato no se movió. Luego, muy despacio, empezó a hacerlo. Sus dedos tantearon el cojín, el terciopelo, el borde del sofá. No fue un movimiento hacia mí, era más bien un gesto de cálculo. Lo hacía con precisión.

Su expresión no cambiaba. La boca seguía tensa por la concentración, la mirada fija en el papel. Pero la yema del pulgar se hundió en el sofá, marcando un punto. Luego el resto de los dedos se extendió. No me tocó. No todavía. Simplemente se aproximó hasta el límite.

El pulgar quedó en la parte de dentro de mi muslo, justo donde terminaba la tela de mi vestido. El índice y el medio se detuvieron en

el exterior de mi rodilla, paralelos, firmes, sin apretar. No había presión consciente, ni caricia. Solo una delimitación silenciosa.

Su mano, grande, rodeó mi rodilla con precisión, firme, como trazando un mapa.

El gesto totalmente inofensivo, era al mismo tiempo, lo más erótico que le había visto hacer sin darse cuenta. No estaba tocándome de verdad. Era un límite.

Ese límite me encendía. El pulgar rozaba la seda del vestido, con una tensión mínima que sabía que no era deliberada. Precisamente por eso me incendiaba.

Respiré. El libro se me movió en las manos. Él no levantó la vista del informe, pero la mano se tensó un milímetro.

No supe cuánto duró, unos segundos… Lo suficiente para que yo olvidara de qué iba el capítulo de mi novela, qué día era y dónde estaba.

Cerré el libro. Con un golpe seco que sonó más fuerte de lo que pretendía en el silencio del salón.

Él no dio un salto. Por fin, levantó la cabeza del papel. Su mirada tardó en enfocar. Luego siguió la línea de mis hombros, bajó a mi regazo y se detuvo en su propia mano. Lo vi descubrirla.

Parpadeó, los dedos se tensaron al descubrir su mano. Por un instante, en su cara apareció algo que hacía horas que no veía: deseo.

—Giorg…

—Susurré, sin saber si le estaba preguntando, llamando o acusando de algo.

Inspiró hondo. No retiró la mano, se quedó, aún rodeando mi rodilla. Los papeles abiertos descansaban sobre su muslo, la lámpara marcando en sombra las líneas negras.

Cuando apartó la mano, lo hizo despacio, como si le costara. La sostuvo un segundo en el aire antes de dejarla caer sobre su propio muslo, con la palma abierta, los dedos tensos.

Esta vez sí me miró.

—Anna.

No levantó la voz. Bastó mi nombre dicho así, con ese tono bajo que usaba cuando algo era más serio.

Se inclinó hacia los documentos, necesitando apoyarse en ellos para no volver a tocarme.

—Intento… entenderlo. Antes de firmar —dijo al papel, sin mirarme.

No añadió nada más. Pero sus dedos bajaron hasta el borde del papel y señaló un nombre. Lo cubrió con el pulgar.

—No me lo pongas… difícil. Ahora.

Ahí estaba el regaño. No duro. No cruel. Pero claro. Era disciplina.

Sentí el impulso de defenderme, que no pretendía distraerlo de nada. No dije nada. Me limité a deslizar la rodilla hacia atrás, dejando un hilo de aire entre nosotros.

Obediencia suficiente. No rendición.

Él lo notó. Exhaló despacio, volvió los ojos al informe y sostuvo el papel con ambas manos. La esquina tembló entre sus dedos, y su mandíbula se marcó antes de fijarse en la línea que debía leer. Los números seguían allí. Las órdenes también.

No eran los mapas lo que le temblaba en las manos. Era él, allí, en ese sofá, en esos centímetros de piel que había decidido apartar para poder seguir siendo el hombre que firmaba sin temblar. O al menos intentarlo.

Me puse en pie despacio. Cualquier movimiento brusco habría sido demasiado. Respeté la distancia que había marcado con su frase, no por obediencia, sino porque vi el esfuerzo que le costaba mantenerla.

No dije nada. Las palabras, en ese cuarto, habrían sonado fuera de lugar.

Crucé el umbral del despacho y, antes de cerrar, me permití mirarlo una vez más. Seguía inclinado sobre la mesa, la pluma suspendida entre los dedos. La espalda recta, demasiado recta. Cerré sin hacer ruido.

Desde el pasillo oí el rasguño metálico de la pluma sobre el papel. Una firma. Luego otra. Sonidos secos. Definitivos. Cada firma cerraba algo.

Yo tenía todavía la sensación de su mano rodeando mi rodilla, marcada en la piel. Él subió detrás de mí, un peldaño por vez, las manos en los bolsillos del pantalón del pijama. No dijo «vamos a

dormir», ni «es tarde», solo empujó la puerta del dormitorio y dejó entrar la penumbra.

La rutina fue rápida, casi brusca. Se lavó los dientes sin mirarse al espejo y se pasó la toalla por la cara con más fuerza de la necesaria. Yo me cambié sintiendo sus movimientos detrás. La cama parecía más grande, más fría.

Me metí en mi lado y me tapé hasta la cintura. Esperé. Pensé que se quedaría un momento sentado en el borde. No lo hizo. Se acercó y, de un solo movimiento, se metió conmigo en la cama. Vino directo hacia mí y me rodeó la cintura.

—Giorg…

—Empecé, y no supe si lo estaba llamando o intentando medir lo que traía encima.

No me respondió con palabras. Me giró hacia él con firmeza contenida, recolocándome despacio. Sus manos se quedaron en mi espalda, abiertas, extendidas, y durante un segundo pensé que iba a seguir el camino de otras noches, que descenderían como siempre desarmándome.

No lo hizo.

Me besó, sí, pero no fue un asalto. Fue lento, profundo, sostenido. La forma en que me apretaba contra él no era por deseo.

Me estrechó más, hundiendo el rostro en mi cuello, respirando contra mi piel. Sus manos no bajaron, se quedaron donde podían quedarse sin cruzar la línea.

Sentí la respuesta inmediata de mi cuerpo, el impulso de acercarme más, de borrar cualquier distancia. Pero en lugar de apretarlo contra mí, le rodeé el cuello y me quedé así, sosteniéndolo. No lo apartaba. Lo acompañaba.

Su frente buscó la mía, y cuando cerró los ojos supe que estaba haciendo un esfuerzo por quedarse quieto.

—Esto sí —murmuró, casi sin voz—. Esto sí lo entiendo.

Me bastó la rigidez de sus hombros cedía bajo mis manos.

Nos quedamos así, con el deseo despierto y quieto.

Cuando por fin se recostó, me arrastró con él sin soltarme, dejándome medio sobre su pecho, una pierna cruzada sobre las suyas, mi oído apoyado en ese corazón que todavía golpeaba

demasiado deprisa. Olía a jabón reciente y a algo más que el agua no quitaba.

Yo dibujé círculos lentos sobre su piel, solo para confirmar que seguía allí.

—Anna —dijo al fin, con la voz ronca—. Prométeme una cosa.

Levanté la cabeza para mirarlo.

Estaba de lado, mirándome serio, con esa seriedad cansada que no tiene nada de solemne, es solo alguien que se ha pasado el día ordenando el caos ajeno y ahora se acuerda de que también existe su vida.

Se tomó un segundo.

—Que si pasa algo —dijo por fin—, no te quedes aquí esperando a un fantasma.

La frase me atravesó. Un fantasma. No era una declaración romántica, era algo aún más desnudo, el miedo a que un día simplemente no volviera y yo me quedara esperando a alguien que solo existiría en los cuadros.

Lo miré en silencio un momento.

—Eso no va a pasar —intenté decir, por reflejo.

Él negó con la cabeza.

—No digas eso —murmuró—. Tú sabes tan bien como yo que puede pasar. En cualquier momento, por cualquier motivo absurdo. Una bomba mal colocada, un coche que no llega, una orden idiota. No quiero que te quedes aquí… parada. Años. Esperando a alguien que no va a cruzar esa puerta.

Había una dureza extraña en su voz. Sentí una mezcla rara de rabia y ternura.

Apoyé la barbilla en su pecho, muy seria.

—Está bien —dije—. Te lo prometo.

—¿De verdad? —insistió—. No me sirve una promesa… bonita.

—Te prometo… —empecé, y negué con la cabeza—. No, mentira, me cuesta prometértelo —dije despacio—. Pero lo voy a intentar. Si pasa algo, no quedarme pegada a esta cama. Intentar seguir viviendo.

Lo vi tragar saliva.

—Y ahora tú —añadí.

—¿Yo qué?

—Que no me hagas viuda de héroe.

Frunció el ceño.

—¿Viuda de héroe?

Lo dije con más dureza de la que pensaba. Él siguió mirándome, inmóvil.

—No te hagas el valiente para nadie —seguí—. Ni para un informe, ni para una orden que no tiene sentido. Haz lo que te toca, lo que de verdad puedes hacer… y vuelve a casa. Te quiero aquí. Aunque llegues tarde, aunque estés de mal humor, aunque un día me digas «Anna, quítate» porque no te cabe nada más en la cabeza.

Hubo un silencio denso. Desde fuera llegó el ruido lejano de un motor, la sirena de un barco, un perro ladrando. Dentro solo estábamos nosotros dos.

Él levantó una mano y me apartó despacio un mechón de pelo de la frente. Ese gesto me emocionó más.

—Te lo prometo —dijo—. No de héroe. Solo yo aquí.

Una esquina de su boca se curvó. Me acerqué y apoyé la boca en su clavícula. Cerró los ojos. Su mano quedó en mi nuca.

Capítulo 24

La invitación no llegó como algo excepcional, sino como una pieza más de ese engranaje al que yo todavía no le veía la forma. Un sobre grueso, con membrete, que Josef dejó con cuidado sobre la mesa del despacho, anunciando:

—Del Comando della città y del Prefetto. Para el señor capitán.

Vi el sobre un rato antes de que él volviera. El papel olía a tinta reciente, el sello llevaba el águila fascista y las palabras en italiano y alemán se mezclaban en una cortesía rígida. El Prefetto di Trieste y el Comandante Tedesco del Porto tenían «el honor» de invitar al Kapitän zur See (Ing.) y señora a una cena de «coordinación y bienvenida» con las autoridades civiles y militares.

Cuando llegó, cansado y con ese olor a tabaco ajeno pegado al uniforme, lo abrió sin sorprenderse. Leyó rápido, apoyado en el borde del escritorio.

—Es… necesaria —respondió, doblando la invitación con cuidado—. El prefecto quiere vernos, los italianos necesitan medir a los alemanes nuevos, los alemanes necesitan recordarles a los italianos quién manda, y arriba necesita que parezca que aquí todo es civilizado.

—Y necesitan verme con mi esposa —añadió—. Para ellos eso cuenta. Les tranquiliza.

Casi pude ver la versión de esa frase en un informe: «El Kapitän von Hohenfeld mantiene una vida familiar estable y ordenada». Casillas que se marcan en Berlín, o en Roma.

—Entonces iremos —dije—. Ganas no tengo, pero si para ellos cuenta, vamos.

No me contestó, pero la mirada que me lanzó dijo que había entendido.

El vestido era uno de Viena, de los que conocía casi de memoria: azul oscuro, falda con caída limpia, escote discreto, tela buena sin

ser ostentosa. Me daba la sensación de ser «yo», y ahora mismo eso me daba seguridad.

Gretel me ayudó con los botones de la espalda, ajustando la tela con eficiencia. Me miró en el espejo, de arriba abajo, sin halagos gratuitos.

—Así está bien —dijo al final—. Van a ver que vienes de ciudad, pero no de revista.

—¿Eso es bueno? —pregunté.

—Es… suficiente —respondió—. Aquí con que no parezca que vienes a lucirte, basta.

No explicó quiénes eran «ellos». No hizo falta: italianos, alemanes, mandos locales, todos los que esa noche se sentarían a la misma mesa fingiendo que compartían algo más que necesidad.

Giorg apareció en el marco de la puerta ya con el uniforme de gala. Llevaba el uniforme azul impecable, casi negro. El oro de los hombros le brillaba bajo la lámpara y tenía las medallas justas en el pecho, las necesarias. Era el mismo hombre que dormía conmigo cada noche, pero ahora, tan recto y cerrado en esa ropa, parecía otro.

Se detuvo mirándome.

—Te queda bien —dijo.

No añadió nada más, pero el tono llevaba una mezcla de reconocimiento y orgullo que me aflojó el nudo en la garganta.

—Y tú pareces muy… oficial —contesté—. Seguro que les impresiona.

—A alguno habrá que impresionar —murmuró—. Al prefecto, al comandante de plaza, al italiano que manda en el puerto… A ver quién decide esta semana de quién es Trieste.

Lo dijo sin humor. Esa cena no era una simple cortesía, era un escaparate. De él como capitán nuevo. De mí como esposa adecuada. De Trieste como ciudad «bajo control».

La villa estaba más abajo que la nuestra, más cerca del mar. El coche bajó por una calle flanqueada de casas altas hasta que el aire empezó a cambiar, olía a puerto y a perfume caro al mismo tiempo. La fachada era clara, con demasiadas ventanas encendidas. Había

dos soldados de guardia en la escalinata y un coche italiano justo delante del nuestro, negro, brillante, con chófer de gorra blanca.

Desde fuera ya se oían voces. Al entrar, el olor a carne asada, a vino tinto, a colonia y a tabaco mucho más refinado que el del mercado nos envolvió, mezclado con el murmullo de varios idiomas superpuestos. En el umbral, su mano se posó firme en mi cintura, dedos apretando la tela del vestido. Un segundo. Luego la retiró.

Nos anunciaron en alemán y en italiano.

—Kapitän zur See Von Hohenfeld und Gattin. Il comandante[1] Giorg von Hohenfeld e consorte.

Las cabezas se giraron. Algunos uniformes grises, otros negros, varias camisas fascistas con corbatas perfectamente anudadas, y unos pocos trajes civiles bien cortados, todos con algún emblema en la solapa. Reconocí por las insignias al comandante alemán de la plaza, a un oficial de la marina, a un par de carabinieri de alto rango. Y, en el centro, dueño de la sonrisa más amplia, al prefecto.

Es el título tradicional para el oficial de mayor autoridad al mando del puerto y del mar.

No llevaba uniforme militar, sino un traje oscuro hecho a medida, camisa perfectamente blanca, corbata de nudo exacto y el distintivo fascista en la solapa. No era especialmente guapo, pero irradiaba seguridad resbaladiza de quien está acostumbrado a que todo el mundo se gire cuando entra en una sala.

—Signor Comandante von Hohenfeld —dijo en un alemán fluido, avanzando hacia nosotros con los brazos abiertos—. Por fin. Trieste es afortunada de contar con sus servicios.

Le estrechó la mano a Giorg con más cálculo que simpatía. Luego se volvió hacia mí como si yo fuera la siguiente fase de un protocolo perfectamente ensayado.

—Y esta… debe de ser la señora Von Hohenfeld —continuó, ya en italiano, con una sonrisa excesiva—. Ahora sí, estamos completos.

Tomó mi mano con corrección, pero el beso en los nudillos se quedó un segundo demasiado cerca de la piel. No bajó la mirada, la mantuvo fija en mis ojos.

—Il suo accento… —comentó, cambiando de nuevo al alemán con naturalidad—. No es de aquí. Tampoco del norte. Muy interesante.

—Viena —respondí—. Todavía me tropiezo con algunas palabras.

—No se preocupe, signora —sonrió—. En Trieste llevamos mucho tiempo mezclando palabras. Es parte de cómo hablamos.

Los que estaban alrededor rieron. Yo no estaba convencida de que fuera un chiste.

En algún punto después del brindis, la noche entró en esa fase en la que ya nadie tiene hambre, pero todo el mundo sigue hablando. El vino corría, las palabras también. El aire del salón estaba cargado de humo, perfume caro y frases que sonaban importantes.

Giorg quedó atrapado en un corrillo de uniformes grises y trajes oscuros cerca de la chimenea. El comandante alemán de la plaza, un oficial de la marina, un italiano con bigote fino que llevaba toda la noche repitiendo «disciplina». El prefecto iba y venía, distribuyendo sonrisas y venenos a partes iguales.

Yo estaba a un par de metros, hablando con una señora italiana que me explicaba lo difícil que era conseguir buen café desde hacía meses. Asentía en los sitios correctos, decía «qué barbaridad» con el tono adecuado, pero mi atención estaba puesta en otra parte. En él.

Lo veía de perfil, la copa en una mano, la otra metida en el bolsillo. Escuchaba, respondía, asentía cuando tocaba. Desde fuera parecía perfecto, Kapitän von Hohenfeld, correcto, firme. Pero yo conocía ya esa línea pequeña en su mandíbula cuando estaba a punto de romperse algo dentro y no podía hacerlo fuera. Un músculo que saltaba apenas, una rigidez distinta en el cuello del uniforme.

Estaban hablando otra vez de sabotajes. Lo oí de reojo, alguien mencionó «ejemplos claros», otro «no podemos permitir que crean que somos blandos», el prefecto añadió su dosis de «soluciones definitivas» con una sonrisa casi dulce. Giorg contestó algo sobre «evaluar cada caso» y «eficacia frente a exceso», palabras que sonaban razonables pero que en esa mesa sonaban flojas.

La señora del café me preguntó si en Viena también hacía tanto viento en invierno. No supe contestar. El salón entero, de pronto, se me hizo pequeño, asfixiante, saturado de orden: copas alineadas,

cubiertos brillando, hombres discutiendo… Y él ahí, en medio, con la mandíbula apretada, tragándose frases que no iba a decir.

De pronto supe que, si me quedaba un minuto más, iba a gritar. Tomé una decisión.

—Me disculpa un segundo —le dije a la señora, con la mejor sonrisa de «voy a por un vaso de agua».

No fui a por agua.

Fui directa hacia el corrillo de hombres, con las pulsaciones en las sienes y la sensación clara de que estaba a punto de hacer algo que no se hacía. Me coloqué junto a él sin esperar hueco. Tuve que interponerme literalmente entre Giorg y el italiano del bigote, que estaba a medio discurso sobre cómo «un buen castigo ahorra cien advertencias».

—Perdón —dije, en alemán, con una sonrisa—. Necesito al capitán un momento.

El comandante alemán parpadeó, sorprendido. El italiano del bigote levantó las cejas, entre divertido y ofendido. El prefecto se giró hacia mí con esa expresión de «a ver qué hace la extranjera». No esperé a que nadie contestara, le agarré del brazo y me lo llevé. No le di tiempo a decidir.

Lo tomé con una firmeza que ni yo me esperaba, justo por encima del codo, y tiré de él hacia mí. Sentí la rigidez de su cuerpo al verse arrancado de la conversación, esa fracción de segundo en la que se quedó mudo, no por timidez, sino por el golpe de romper algo que siempre se respetaba, la jerarquía.

—Anna… —alcanzó a decir, casi sin voz.

—Ahora —susurré solo para él, sin dejar de sonreír hacia la mesa—. Antes de que cambien de idea.

Lo arrastré sin soltarlo, abriéndome paso entre mesas y trajes oscuros, como si supiera exactamente dónde iba. En realidad, solo buscaba la música. La orquesta atacaba un vals correcto, bien educado. Las parejas giraban en el centro. Yo no aflojé el paso. Crucé la línea invisible que separaba el salón del espacio de baile y, sin detenerme, di media vuelta y lo coloqué frente a mí, casi chocando con él. Su cuerpo tuvo que adaptarse al mío para no tropezar, sus manos me encontraron por pura necesidad de

equilibrio. Una a mi cintura. La otra atrapando la mía. Ya estábamos bailando.

—Esto… es indisciplina total —murmuró, aún con la sorpresa en la voz.

—Lo sé —dije—. Pero necesitaba aire.

Sus pies entraron en el compás. El capitán sabía seguir un ritmo. Giramos una vez, dos. La sala se convirtió en un carrusel de uniformes y vestidos alrededor de nosotros.

—He interrumpido una conversación con mis superiores porque tú has decidido secuestrarme en medio del salón para bailar —siguió, igual de bajo—.

—Sí —admití—. Pero me asustaba más seguir escuchándolos que traerte aquí.

Noté cómo se le tensaba la mano en la espalda baja, aunque por fuera seguía impecable, la postura perfecta, la distancia perfecta. El marido ejemplar bailando con su esposa. Nada que objetar.

—No lo soporto —solté.

—¿El qué? —preguntó, sin apartar la vista de mi cara.

—Ese grupo de hombres hablando de castigo con la misma naturalidad con que se pide más pan —dije—. Y las señoras… —deslicé la mirada hacia la fila de esposas sentadas, con sus espaldas rectas, sus sonrisas pequeñas, las manos bien plegadas—. Están tan tiesas que tengo la sensación de que si respiro más fuerte, me convierto en un problema del prefecto.

Él siguió el giro, me acercó un centímetro más para esquivar a otra pareja. —Son oficiales —respondió—. Y esposas de oficiales. No están aquí para relajarte.

—Ya lo había notado —repuse—. Pero cuando me asusto, solo pienso en estar cerca de ti.

Le apreté la mano, buscando su protección. Le tembló la comisura de la boca, casi una sonrisa.

—No has cambiado —murmuró.

Guardó silencio. La orquesta subió el volumen, como si quisiera cubrirnos.

—¿Te dan miedo? —preguntó de pronto.

Sabía de quién hablaba.

—Un poco —confesé—. Ellos, cuando hablan así. Y ellas, cuando fingen que no escuchan. Bajé la voz aún más.

—Me da miedo ser torpe.

Hacer una mueca a destiempo. Reír donde no toca. Y que te cueste caro.

Sus ojos se endurecieron, pero no conmigo.

—A mí no me vas a costar nada —dijo en voz muy baja—. Y si alguien se molesta, que se moleste conmigo, no contigo.

Noté cómo se me aflojaba un poco el pecho.

—Entonces quédate aquí conmigo —murmuré—. Necesito sentir que estás de mi lado.

La mano en mi cintura dejó de ser solo «correcta». Apretó un poco, lo justo para que mi cuerpo entendiera.

—Estoy de tu lado —dijo.

Nos movimos más juntos de lo conveniente. No escandaloso, pero sí lo bastante como para que una de las esposas más estiradas nos siguiera con la mirada.

—Te están mirando —le susurré.

—Que miren —contestó—. Esta ya la has empezado tú. Al menos voy a disfrutarla.

Sentí una risa subirme al pecho, mezclada con el alivio. Dejé que me guiara en un giro más amplio, la falda rozó la pierna de otro oficial, que se apartó con una carraspera indignada. No me disculpé.

—Cuando hablan de castigos —dije, más bajo— me acuerdo de que ahí fuera te miran como si mandaras. Como si con tu firma pudieras arreglar o fastidiarle el día a alguien. Y yo no sé… cuando vuelves a casa conmigo, no sé qué parte de eso te traes contigo.

Él bajó la mirada a mi boca y volvió a subirla a mis ojos.

—En casa no mando igual —dijo—. Y tú lo sabes.

—Lo intento —sonreí de lado—. Pero esta noche necesitaba recordármelo. Y recordártelo.

La música empezó a decaer, entrando en la última vuelta. Él no aflojó el abrazo enseguida. Siguió marcando el ritmo como si la música no hubiera terminado.

—Cuando lleguemos a casa —murmuró, tan bajo que apenas movió los labios—, quiero que me digas con calma qué es exactamente lo

que te ha asustado. Sin italianos del bigote. Sin prefectos. Sin esposas estiradas.

Sonó a orden y a una súplica.

—Eso sí pienso obedecerlo —respondí.

La orquesta dio la nota final. Él aflojó la mano de mi cintura, pero no la retiró de golpe. Yo solté su hombro despacio.

—Danke schön —dije en alemán, ya con la sonrisa perfectamente correcta en la cara—. Gracias por el baile.

—Signora —respondió, igual de correcto—. El placer ha sido mío.

Me ofreció el brazo. Esta vez lo tomé con suavidad. Volvimos hacia la mesa del prefecto con las mejillas algo más encendidas de lo normal, pero manteniendo la postura. Nadie preguntó nada. Las miradas curiosas ya estaban haciendo el trabajo por ellos.

En el coche, de camino a casa, no hablamos. Yo miraba las luces de la ciudad sin pensar en nada. Él conducía con las manos firmes en el volante, la mandíbula todavía tensa, pero con algo distinto en la mirada, no solo cansancio.

Subimos sin decir nada. La casa estaba en silencio, pero yo tenía la sensación de que cualquier ruido nos acabaría delatando.

En el dormitorio, él cerró la puerta. Se quedó apoyado en ella, mirándome en medio de la habitación, con el uniforme todavía perfecto encima y la tensión todavía latiendo bajo la piel.

—Ven aquí —dije.

No fue una sugerencia. Se acercó. La luz le marcaba el perfil con líneas duras. Yo levanté las manos hacia el primer botón de la guerrera.

—Fuera el prefecto —murmuré, soltándolo.

El botón cedió con un clic suave.

—Fuera el comandante —añadí, soltando el segundo.

El tercero cayó con facilidad, la tela se abrió un poco sobre su pecho.

—Fuera todos los que te han mirado esta noche como si fueras de ellos.

[1] Nota: Aunque su rango oficial es Kapitän zur See (equivalente a Coronel), en el ambiente naval de Trieste se le llama por cortesía «Comandante».

Capítulo 25

Desperté con la sensación extraña de haber dormido poco y, aun así, mejor que en semanas. El lado de la cama estaba frío. Él ya se había ido.

Me puse la bata y crucé el pasillo descalza. Desde abajo llegaban ruidos conocidos: platos, el murmullo de la radio, ese rumor grave del puerto que nunca terminaba del todo. Bajé las escaleras, todavía con el sueño pegado.

En la cocina, la guerra y la vida cotidiana hacían turno. Josef estaba junto a la ventana con la radio encendida, una voz alemana recitaba partes del frente con calma, avances, repliegues, ciudades que yo apenas ubicaba. Gretel batallaba con una olla enorme y un saco de patatas, el delantal manchado, el moño torcido.

Me senté a la mesa con una taza de café entre las manos. Él había salido a primera hora, inspección en el puerto, nada nuevo.

Quise hacer algo más que mirar por la ventana. Me ofrecí a ayudar. Gretel me dio tres patatas y un cuchillo, con la seriedad con la que se entrega un arma.

La tercera patata rodó por la mesa, cayó al suelo y fue a esconderse bajo la estufa. Me agaché detrás de ella, de rodillas en las baldosas frías, justo cuando una sirena corta sonó en la calle. El sobresalto me hizo dar con la cabeza en el borde de hierro. La radio aclaró que era un ejercicio de alarma. En esta ciudad, hasta los simulacros parecían reales.

Salí de debajo de la estufa con la patata en la mano y el pelo lleno de pelusas. Gretel me sacudió con un trapo. Entre los tres, decidimos que mi talento estaba en otro lado. Josef propuso que intentara un pequeño bizcocho «para cuando el señor capitán vuelva». Gretel puso cara de quien ve venir una catástrofe, pero terminó cediendo con la condición de que yo fregase.

La operación bizcocho fue, objetivamente, un riesgo estratégico. La harina era poca, los huevos, contados, el azúcar, una pizca. Batí la

mezcla con más entusiasmo que técnica, acabé pringando media mesa y un borde del delantal de Gretel. Ella corrigió mis movimientos sin levantar la voz.

Mientras tanto, la radio seguía llenando la cocina de nombres de lugares lejanos y palabras pesadas, bombardeos, pérdidas, reorganización. Yo iba a otro ritmo: el de la cuchara, el horno calentándose, y una risa que se me escapaba sin venir a cuento.

Metimos el bizcocho en el horno. Gretel cerró la puerta con cuidado y puso un reloj de cocina. El olor tardó unos minutos en cambiar, primero harina, luego algo más dulce, más improbable. Afuera, otra sirena sonó lejos, la defensa antiaérea del puerto hacía su propia práctica. Dentro, esperábamos que el pastel subiera.

Cuando al fin lo sacamos, era pequeño y estaba un poco torcido. No era un bizcocho perfecto, pero olía a algo que no era carbón. Olía a casa. A una casa extraña y prestada, rodeada de noticias que se nos escapaban, pero nuestra, al fin y al cabo.

Pensé en llevárselo más tarde, en un trozo envuelto en un paño. Un gesto ridículo frente a mapas y órdenes. Pero mío.

Horas después, él apareció con un programa de ópera en la mano. Lo dejó sobre la mesa, sin darle importancia. No sabía siquiera que hubiera temporada de ópera en Trieste.

Dijo que el prefecto y el comandante irían, que «conviene dejarse ver», que había invitación para nosotros y que, en realidad, era menos una invitación que una orden educada.

Solo después, cuando tomé el papel en las manos y vi el nombre del teatro, el título de la ópera y las listas de autoridades en letra pequeña, sentí el pinchazo doble. Sentía la alegría de siempre por ir al teatro, pero sabía que no íbamos como dos personas que quieren disfrutar de la música, sino para que nos vieran allí, cumpliendo con nuestro papel oficial.

Yo fui la primera en decir que sí, aferrándome a la idea de oír voces que no salieran de una radio militar. Pero mientras Gretel me ajustaba el vestido y hablaba de la cantidad de uniformes que habría en los palcos, mi entusiasmo empezó a desvanecerse, iba a la ópera, sí, pero también a sentarme, inmóvil y bien peinada, en medio del mismo tablero.

El teatro olía a terciopelo viejo y perfume fuerte. Uniformes por todas partes, botones brillando bajo las lámparas, medallas que tintineaban, saludos breves, cabezas inclinadas. Subimos las escaleras hacia los palcos entre un murmullo de «Herr Kapitän», «signor Comandante», inclinaciones de cabeza calculadas. Sentía la mano de Giorg en mi brazo, firme. Yo me decía que iba a la ópera, que aquello debía importarme más que el resto, pero cada paso sobre la alfombra roja sonaba a «compórtate».

Nos sentamos en la primera fila del palco. A nuestra derecha, el comandante alemán, a la izquierda, el italiano. Yo quedé entre Giorg y la barandilla, con una vista perfecta del escenario… y de la platea llena de cabezas y gorras. Los palcos de enfrente eran pequeñas vitrinas de poder, reconocí al prefecto en uno de ellos, rodeado de uniformes oscuros.

Las luces de sala se atenuaron. El murmullo bajó. El telón todavía estaba abajo. Noté cómo Giorg, a mi lado, se enderezaba. Tenía la espalda recta, el pecho inmóvil, el rostro en una neutralidad perfecta. La única parte de su cuerpo que se movió fue la mano derecha, que pasó del reposabrazos a su propio muslo. Se quedó ahí, anclada. Un gesto mínimo que conocía bien: el sitio donde se sujeta cuando.

Y entonces esa misma mano hizo algo más. No fue una decisión: fue un desliz lento siguiendo la costura de su pantalón hasta cruzar el espacio entre los dos. Dos dedos rozaron mi falda a la altura de la rodilla, y después la palma entera se apoyó, pesada y tranquila, sobre la tela. No apretó. Tampoco se retiró. Se quedó ahí, cálida a través del tejido. Yo me quedé rígida un segundo, con la respiración demasiado alta para una sala en silencio, y luego no me moví. Por dentro se le tensa todo y por fuera no puede notarse.

En el coche de vuelta casi no hablamos. Él miraba por la ventanilla y yo tenía el programa doblado en las manos, cada vez más arrugado. Intenté pensar en la soprano, en cualquier cosa que no fuera su mano. Para él no había sido nada, un reflejo, como cambiar de paso. Si se lo mencionara, tendría que pararse a recordar de qué le hablaba. Y sin embargo a mí me seguía quemando en la piel. No era la primera vez que su mano se adelantaba a él: ya la había visto

hacer lo mismo en el despacho, frente a un papel que pesaba demasiado. Siempre ocurría cuando algo no iba bien.

Apoyé la cabeza en el respaldo, dejando que nuestras rodillas se quedaran pegadas del todo. Él hizo un gesto automático, para acomodarse mejor, y acabó colocando la mano entre los dos asientos lo bastante cerca de la mía como para que con un movimiento mínimo los dedos se tocaran. No lo hizo. Yo tampoco.

El coche siguió avanzando por las calles vacías. Afuera, Trieste se ocupaba de sus propios ruidos. Dentro, me quedé en silencio con la sensación de que, aunque él no recordara lo de la mano en el palco, a mí se me había quedado pegado. Y, por esa noche, me bastó.

Nuestra casa nos recibió con el mismo silencio de siempre, pero después del teatro sonaba distinto. Volvíamos rígidos, sin saber dónde dejar el papel. En el dormitorio, él dejó el uniforme sobre la silla con más cuidado del necesario, el programa de la ópera se le escapó del bolsillo y cayó al suelo. Lo recogí yo. Durante un segundo, pensé en tirarlo con el resto de papeles del día, pero el cartón en los dedos me detuvo. Lo doblé en cuatro y lo guardé en el cajón de mi mesilla, junto a cosas que no enseñaba a nadie, una carta vieja, una foto, un recuerdo guardado sin motivo.

Giorg se metió en la cama sin rituales. Cuando apagué la luz y me tumbé a su lado, el teatro se quedó reducido a una imagen mínima, dos manos quietas, y ese segundo de más en el palco, en medio de tantos ojos.

En la oscuridad, busqué su muslo bajo la manta. No para repetir el gesto, solo para comprobar que seguía ahí, cálido, real. Él no dijo nada, solo dejó que mi mano descansara antes de atraparla y llevarla a su pecho.

Alguien recordaría al prefecto, los discursos. Nadie sabría nada de la mano, entonces entendí que no era ternura, era alarma.

Capítulo 26

A la mañana siguiente, la rutina empezaba a parecer normal. Gretel y yo estábamos en el cuarto de invitados, rodeadas de sábanas y manteles que no parecían de nadie. Ella doblaba con precisión milimétrica, yo trataba de seguirle el ritmo y solo conseguía que cada sábana pareciera un problema.

Josef iba y venía con cajas desde el desván, comentando en voz baja el estado de cada cosa, «este aguanta, este pide baja, este mejor enterrarlo». En algún momento, mientras los veía discutir muy en serio el destino de un florero espantoso que había sido de mi tía. Tuve una sensación breve y clara, estábamos funcionando. Rota, de prestado, con una guerra encima que no habíamos pedido. Pero familia.

Por la tarde, el sonido de un motor distinto subió la colina. El motor más grave, más limpio, de un vehículo bien mantenido. Un turismo negro, con matrícula de Berlín, se detuvo delante de casa. Dos soldados bajaron primero, abrieron la puerta trasera. Del coche descendió un hombre que no conocía, uniforme impecable, insignias de Estado Mayor. No tenía el aire gastado de los que trabajan en el puerto.

Giorg había llegado antes, por una vez, y estaba todavía en el despacho, cuando Josef llamó con un toque breve.

—… ha llegado un Oberstleutnant de Berlín. Dice que viene a «evaluar la eficacia del puerto».

Vi cómo, al oír la palabra, se le marcaba un tendón en el cuello.

—Hazlo pasar al salón —respondió, mientras se cerraba la chaqueta.

El hombre de Berlín estaba de pie en medio del salón, observándolo todo como si se tratara de un cuartel: chimenea, muebles, marcos, cada cosa catalogada sin emoción. Tenía la cara angulosa, el pelo muy corto y una carpeta bajo el brazo.

—Kapitän von Hohenfeld —dijo, tendiéndole una mano firme—. Oberstleutnant Krämer, del Estado Mayor. La situación en el Adriático requiere una… revisión.

La pausa antes de la palabra «revisión» no me gustó más en boca ajena.

Me miró después, con una inclinación de cabeza correcta.

—Gnädige Frau.

Le sostuve la mirada lo justo. Se sentaron en el despacho. Yo no lo hice. Me quedé en el salón contiguo, con la puerta a medio cerrar, lo bastante cerca como para oír palabras sueltas si levantaban la voz, lo bastante lejos como para fingir que no escuchaba. No tardó mucho en empezar.

—He pasado la mañana con sus informes, capitán —dijo Krämer.

Hizo un ruido de papel sobre la mesa.

—Veo resultados —continuó el visitante, pasando una página con un roce seco—. Pero también veo un patrón.

Silencio breve. Giorg no se movió de su silla.

—¿Qué patrón? —preguntó.

—La palabra «prudente» aparece demasiado en sus informes a Berlín, Herr Kapitän. «Recomiendo moderar la presión sobre los estibadores». «Sugiero posponer las requisas de los almacenes del muelle». «Conviene reevaluar la fricción con la administración local».

Cada cita caía sobre la mesa como una acusación de debilidad.

—Berlín empieza a pensar que usted se ha vuelto más italiano que los propios italianos —añadió el Oberstleutnant con una sonrisa gélida—. En una ciudad donde el sabotaje esloveno empieza a asomar la cabeza, esperar a que el Prefetto italiano «dé su permiso» no es… recomendable.

—Aquí abajo la línea entre firmeza y estupidez es fina —dijo Giorg, manteniendo la calma—. Mi misión es que el puerto funcione, no provocar una revuelta civil que los italianos no sabrán contener. Si se aprieta donde no es, nos echamos encima enemigos más rápido de lo que se pueden contar. Y Berlín necesita suministros, no una guerra callejera que bloquee los muelles.

Krämer dejó pasar esa réplica como quien aparta una mosca.

—En Berlín —dijo—, la paciencia se confunde fácilmente con indecisión. Y la indecisión, con desobediencia.

Hubo un pequeño silencio. Sentí cómo cambiaba el peso del aire en la habitación.

Luego vino la frase, dicha con la cortesía más fría del mundo:

—Kapitän, a veces el exceso de prudencia es una forma de desobediencia.

Las palabras entraron en el salón como si fueran para mí. Se me helaron los dedos sobre el libro que fingía leer. No era un comentario suelto; era una advertencia formal, envuelta en gramática perfecta.

—Mi obligación es que el puerto funcione —replicó él, despacio—. Y que lo haga el mayor tiempo posible.

Krämer hizo un ruido breve, un chasquido de lengua que rozaba la insubordinación.

—Su obligación, Herr Kapitän —corrigió, dejando que el rango sonara a advertencia— es que funcionen también las directrices. Las que nosotros enviamos al mando italiano… y las que vienen directamente de Berlín. El puerto no es un reloj de precisión, es un arma. Y las armas no se «recomiendan», se disparan.

—Se ha ganado fama de «razonable» entre los italianos, capitán. De «hombre justo». Apreciable, supongo, a nivel humano. A veces menos útil a nivel operativo.

El «humano» sonó como un insulto.

No oí la respuesta de Giorg, bajó tanto la voz que solo capté el tono, no las palabras. Hablaron más, demasiado bajo para seguirlos. La conversación cambió de registro, nombres de lugares, cantidades, convoyes. Pero la frase se quedó colgada en el techo de la casa.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió. Me enderecé, fingiendo que leía. Krämer cruzó el salón y se detuvo junto a mí.

—Su marido es muy apreciado en ciertos círculos, gnädige Frau —ironizó—. Un hombre… cuidadoso.

No supe si debía agradecerlo.

Sonrió sin humor y se llevó dos dedos a la visera antes de salir. El coche rugió cuesta abajo. El silencio volvió a subir la colina detrás de él.

Me quedé mirando la puerta cerrada. Luego fui al despacho. Giorg estaba de pie junto al mapa del puerto, las manos sujetas detrás de la espalda. Tenía la expresión de alguien que ha recibido una bofetada sin marca.

—Han venido a decirme que hago bien mi trabajo —dijo.

Se le tensó la mandíbula.

—Y que lo hago mal.

Se giró hacia mí. En su cara había algo nuevo, no miedo, pero sí una alerta distinta. El peligro ya no estaba solo en las colinas, también estaba en cada palabra de sus informes. Se encogió de hombros, cansado.

—Ahora sigo —dijo—. Controlo barcos, firmo papeles. Y cada vez que escriba «prudente», me acordaré de su cara.

Hubo un segundo en que pareció ir a añadir algo más, algo sobre irse, sobre quedarse. No lo hizo. En vez de eso, caminó hacia mí y me rozó la muñeca con los dedos, muy breve.

Supe que para Krämer él acababa de convertirse en las dos cosas a la vez, pieza útil y pieza sospechosa. Y que, a partir de ese día, cada informe suyo sería leído no solo por lo que contaba del puerto, sino por lo que dejaba entrever de él.

La familia improvisada, Giorg, Josef, Gretel y yo, quedaba, sin saberlo, incluida en ese nuevo mapa de sospechas. Y yo, que hasta entonces había tenido miedo de sirenas, empecé a temer también algo mucho más silencioso, las palabras que un desconocido de Berlín había subrayado en una carpeta que no llevaba mi nombre, pero sí el apellido que ahora compartíamos.

Después de que Krämer se marchara, Giorg pasó un rato en el despacho, mirando el mapa del puerto esperando alguna respuesta. Yo lo observé desde el pasillo apoyada en el marco. Hubo un segundo en que pensé en entrar, tocarle el hombro, decirle algo tan inútil como «no les hagas caso». Pero tenía la espalda recta, las manos enlazadas a la espalda, la nuca rígida. Era el capitán. Lo dejé solo.

Más tarde, lo oí moverse por la casa. Se oía abrir y cerrar puertas, el golpecito de una bombilla encendiéndose en otra planta.

Yo estaba en nuestro dormitorio, sentada en la cama con un libro abierto por la mitad y la cabeza en otra parte. Al cabo de un rato, el libro dejó de tener sentido. El silencio se hizo demasiado grande.

Fue entonces cuando empezó el sonido.

Al principio no supe qué era. Un rasgueo torpe, una cuerda sola, desafinada, y pensé en un disco rayado. Pero no. Eran notas. Notas que buscaban otras notas, a tientas.

Dejé el libro boca abajo y salí al pasillo.

El sonido venía de arriba. De una habitación que casi nunca usábamos, una especie de trastero con cajas, mantas viejas y muebles sin sitio. Subí la escalera despacio, una mano en la barandilla. Subí despacio. La puerta entornada dejaba filtrar luz al pasillo. Me acerqué y miré por el hueco.

Giorg estaba sentado en una silla cualquiera con algo entre las manos que tardé un segundo en reconocer, una guitarra. Una guitarra vieja, de madera oscurecida, con el barniz mate y una pequeña cicatriz en un costado. La tenía apoyada en el muslo, inclinando el cuerpo hacia ella.

El capitán que había pasado el día defendiendo sus informes ante un hombre de Berlín estaba allí, en nuestra casa, encerrado con una guitarra como un crío a escondidas.

Sus manos llamaron mi atención primero. Las mismas que medían mapas o sujetaban el volante ahora dudaban sobre el mástil, corrigiendo posiciones olvidadas. Corrigiendo, soltando, volviendo a empezar.

Los primeros acordes eran un desastre tímido.

Una cuerda falsa aquí, un sonido ahogado allá. Sus cejas se fruncieron con una concentración distinta a la de los números, la de quien intenta acordarse de algo que sabía antes de que todo esto empezara.

Insistió. Afinó a oído, giró una clavija, probó otra vez. Poco a poco, de aquel ruido informe empezó a salir una melodía simple, casi infantil. No era una marcha, ni una canción patriótica. Sonaba a otra cosa, a patio, a verano. Una canción popular de otro tiempo, de otra parte de él.

Y entonces entendí. Tocaba para aferrarse a un gesto sin órdenes.

Me quedé en el umbral, sin hacer ruido. No dije su nombre. El sonido se colaba por el pasillo.

Pensé en Krämer, en sus frases afiladas, exceso de prudencia, desobediencia. Pensé en cómo habría reaccionado si lo viera así, con una guitarra en las manos, tocando una canción triste en vez de revisar planes de transporte. ¿Blando? ¿Distraído?

Para mí, en cambio, era la imagen más clara de su dureza… y de sus grietas. Aquella melodía melancólica era su forma de llorar sin llorar.

Siguió unos minutos más. La canción no tenía letra, pero se entendía todo, eran las disculpas que se le quedaban en la garganta, la rabia de no poder dar un puñetazo en la mesa y un cansancio que no se quitaba ni quitándose el uniforme.

En un momento, levantó la vista. Me vio.

La música se cortó en seco. No se sobresaltó, pero su expresión cambió. La melancolía relajó los rasgos, enseguida los músculos volvieron a colocarse en su sitio.

—No quería interrumpir —susurré.

Él bajó la vista al instrumento. El gesto que hizo para apartarla, apoyándola en el costado de la silla, fue casi brusco.

—Solo estaba… ordenando cosas —dijo.

Era la peor mentira del mundo, y aun así intentó decirla con la misma seriedad con la que contestaba en una reunión.

Me apoyé en el marco de la puerta.

—¿De quién es? —pregunté.

No era una curiosidad cualquiera. Lo sabía él y lo sabía yo.

—De la casa —respondió, demasiado rápido—. La habrán dejado los anteriores.

No. Esa guitarra no era «de la casa».

—No —dije—. ¿De quién es de verdad?

Hubo un silencio pequeño, tenso. No era la pregunta lo que le costaba, era lo que venía detrás si la contestaba.

Podría haber insistido con palabras. Decir «puedes decírmelo», «no voy a decírselo a nadie». En vez de eso, me quedé quieta. Le sostuve la mirada. Esperé.

Él bajó la vista otra vez a la guitarra. Sus dedos volvieron a colocarla sobre el muslo. No la abrazó, pero la sostuvo con otra actitud, menos de intruso, más de dueño. Pulsó una cuerda. Luego otra. Los últimos dos acordes de la melodía anterior flotaron en el cuarto, desnudos.

Solo entonces habló.

—Mía —dijo—. Es mía, Anna.

La forma en que pronunció el «mía» no tenía nada que ver con la posesión. Era casi lo contrario: una rendición. Admitir que, debajo del capitán, había alguien que, antes de todo esto, había tenido tiempo para aprenderse una canción entera.

Me acerqué, entrando por fin en el cuarto. No me senté, no lo toqué. Solo me quedé cerca, lo bastante como para ver los pequeños callos viejos en la yema de los dedos, casi borrados.

—¿Hace cuánto que no la tocabas? —pregunté, sin levantar la voz.

Tardó en contestar.

—Desde antes de la guerra —dijo—. De esta —. Hizo una pausa—. De la otra, ya no me acuerdo.

Eso, en su idioma, era casi una confesión.

El cuarto se llenó de una calma rara. No era paz, la guerra seguía allá fuera, en el puerto, en los informes, en la frase de Krämer flotando sobre todo lo demás. Pero en ese rincón de la casa había algo que no obedecía a ningún Estado Mayor.

—Si alguien más lo viera… —empecé.

—Pensaría que me estoy ablandando —terminó por mí—. O que pierdo el tiempo. O que he olvidado qué estoy haciendo aquí.

Se encogió de hombros, pero la rigidez en su cuello lo delataba.

—Y tú —añadió, mirándome—. ¿Qué piensas?

Lo pensé un segundo, de verdad.

—Que por fin has encontrado algo que no puedes meter en un informe —respondí—. Y que me alegra que no hayas dejado que te lo quiten también.

Sus ojos se oscurecieron un instante.

No hubo escena grande. No lo abracé. Se limitó a bajar la vista, a colocar los dedos sobre las cuerdas otra vez y a dejar caer, muy despacio, la mano en un arpegio simple.

Si alguien preguntara algún día qué había hecho el capitán von Hohenfeld en Trieste, hablarían del puerto y los informes. Nadie mencionaría esta noche.

Pero yo sí.

Porque ahora sabía algo que muy poca gente sabría jamás: que, cuando el mundo empezaba a oler demasiado a humo y a órdenes, él todavía era capaz de rendirse a algo que no servía para nada. Algo bello, inútil y peligroso a partes iguales. Una melodía que no cabía en ningún mapa.

Y ese secreto, supe en ese momento exacto, era una de las cosas más íntimas que había compartido conmigo. Más, incluso, que muchas de las veces en que nos habíamos quedado sin aire en la misma cama.

Capítulo 27

El verano en Trieste era una contradicción. Llevábamos tres años de guerra encima y, aun así, la ciudad aguantaba casi entera bajo mando italiano. Todavía no conocíamos las ruinas que traerían los alemanes en la OZAK a partir del 43, ni los bombardeos que, más tarde, reventarían el puerto y los depósitos de combustible. Si las sirenas sonaban de noche, no solía ser por los aviones, sino por el miedo, los partisanos andaban cerca.

El calor subía desde los muelles hasta las colinas. Los barcos entraban y salían cargados para los Balcanes. Las sirenas sonaban de vez en cuando, los apagones nocturnos eran rutina. Pero, de día, la gente seguía bajando al mar: al viejo Bagno Lanterna, con su muro absurdo separando hombres y mujeres desde principios de siglo, o al Ausonia, el balneario moderno de cemento inaugurado en los años treinta, símbolo de una «normalidad» obstinada que se aferraba donde podía.

Era una mañana de calor pegajoso. Habíamos quedado en que, si el puerto no traía novedades, bajaríamos al mar. Él había dicho: «Un rato al agua no va a hundir el Reich», con esa ironía seca que usaba cuando se moría de ganas de no pensar en puertos durante dos horas.

Yo estaba en el baño, peleándome con mi pelo frente al espejo. El recogido se me caía siempre justo donde no debía, cuando lo vi en el marco de la puerta.

No llevaba uniforme, y eso ya era una rareza. Pantalón claro de verano, camisa abierta en el cuello, sin corbata, mangas remangadas hasta los antebrazos. El sol que entraba por la ventana pequeña le partía el cuerpo en dos, una mitad en sombra y la otra expuesta, bajo la luz directa.

Traía en la mano algo que no encajaba con ese aspecto «más civil»: la navaja de afeitar que había rescatado de mi maleta al llegar, envuelta en el pañuelo que yo había usado para mi padre.

La había visto alguna vez encima de su lavabo, reluciente, oliendo a desinfectante.

—¿Qué pasa? —pregunté, con el peine en el aire.

Se miró en el pequeño espejo del baño, ladeando la cabeza. Luego se giró de espaldas hacia mí y se señaló la nuca, donde el pelo empezaba a crecer en una línea indisciplinada bajo el corte militar.

—Anna… —dudó un segundo—. Me parece que no ha quedado muy bien. No sé si confío demasiado en ti, pero… ¿podrías arreglarlo?

Entendí, la raya de la nuca. Un detalle diminuto que nadie vería bajo la guerrera, pero que él sabía que estaba ahí.

—Podría dejarlo así —dije.

Me lanzó una mirada por el espejo que quería ser severa y no le salió del todo.

—¿Lo haces tú? —preguntó, levantando un poco la navaja.

Yo tuve el reflejo de decir que sí antes de que mi cerebro recordara la cantidad de tazas, costuras y peinados que había destrozado en esta casa.

—Si te soy sincero… me da un poco de miedo, con las caras que pones cuando te concentras.

—Entonces no me conoces bien —repliqué—. Cuando pongo esta cara es, en teoría, cuando menos peligro corres… o no.

Por un momento pareció vacilar. Vi al capitán peleando contra el hombre que se le escapaba a veces. Al final, suspiró.

Di un paso hacia la navaja y lo vi tensarse.

—No, espera… déjalo. O no. —Hizo una mueca—. Venga. Hazlo antes de que me entere.

Colocamos una silla frente al espejo. Se sentó. Se quitó la camisa despacio, la dobló. Se quedó en camiseta blanca. Una prenda simple, pero verlo así, sin galones, me dio un vuelco, ese era el cuerpo que yo tocaba, no el que los demás saludaban.

Cerré la puerta con el pie, puse la navaja sobre el borde del lavabo y saqué el pequeño frasco de alcohol que había traído de Viena. Se lo pasé por la nuca, limpiando la piel. Él inclinó la cabeza hacia adelante, obediente. El gesto lo dejó con el cuello expuesto, la nuca en mis manos.

El peso llegó de golpe. Había confiado en mí. Demasiada responsabilidad para mí, que soy un desastre.

«Yo tengo el control aquí», pensé. Él, que manda en el puerto, me pone la nuca en las manos. No me pide que le cosa un botón, me pide que le perfile el cuello para poder ir decente.

Cogí la navaja. Me coloqué detrás de él, tan cerca que mis rodillas casi tocaban el respaldo. Para ver bien, tuve que inclinarme, casi envolverlo con el torso.

El calor del verano se mezcló con el suyo. Sentí mi aliento en su nuca, y el escalofrío que le recorrió la piel no era de miedo.

Apoyé dos dedos en su cabeza y la obligué a inclinarse un poco más, con la otra mano sostuve la navaja. El primer contacto del metal con la piel hizo un sonido seco, casi imperceptible. Él contuvo el aire.

—Quieto —susurré—. Si te mueves, te desgracio.

—Eso es justo lo que me tranquiliza —murmuró.

Noté el humor, pero también algo más debajo, un hilo real de miedo. No al corte en sí, ha visto cosas mucho peores que un poco de sangre. Le daba miedo entregarme una parte de su control.

Todo quedó en silencio. Solo se oía el rasgueo mínimo de la navaja retirando los pelos rebeldes, el goteo lento del grifo que nunca cerrábamos del todo, y nuestras respiraciones intentando no estorbarse.

Yo avanzaba despacio, con una concentración que ni en la escuela. Cada vez que la hoja bajaba, el pulso se me subía un poco. Una raya bien derecha que decía, por aquí empieza la disciplina, por aquí se acaba el desorden.

Pensé en mi padre, en sus manos grandes sujetándome la cabeza cuando era niña, en cómo nunca dejaba que yo jugara con su navaja: «Esto no es cosa de juegos, Anna». Y ahora estaba yo, con la nuca de otro hombre bajo la misma hoja.

Terminé la línea con una última pasada, cuidadosa. Eché un poco de alcohol en la yema de los dedos y lo deslicé sobre la piel recién afeitada. Él hizo un gesto mínimo, entre escalofrío y placer y contuvo un sonido. Pero me entró la risa, imaginándome su cara, y solté:

—La raya me ha salido un poco torcida, voy a tener que igualar.

Pero en cuanto vi la cara que puso, añadí a toda prisa, riéndome:

—Es broma. Está perfecta —dije.

Aparté la navaja, la enjuagué bajo el agua, la dejé sobre la toalla. Él no se levantó. Se quedó un segundo más con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, en una quietud que no tenía nada de militar. Yo tenía aún la mano apoyada en su hombro, sin darme cuenta. Notaba el músculo bajo la piel, la tensión que no se le iba del todo nunca. Entonces ocurrió el gesto pequeño, enorme: su mano derecha subió despacio y se cerró sobre la mía.

No la apretó fuerte. Se quedó así un momento, su mano cerrada sobre la mía. Y yo supe lo que significaba. El cuello del capitán, en manos de la española torpe que derrama café y rompe botones.

—Mira —dije—. Has sobrevivido.

Él abrió los ojos y alzó la mirada hacia el espejo. La línea de la nuca era limpia, precisa. Sonrió apenas, ese gesto rarísimo que se le escapaba cuando algo le salía mejor de lo esperado.

—Perfecto —dijo.

No sonaba a cumplido educado. Sonaba a veredicto.

—El capitán tiene que estar perfecto, ¿no? —intenté devolverle la ironía.

Se volvió un poco, lo justo para atraparme en el reflejo.

—No —respondió, despacio—. Puedo equivocarme. Tú aquí no puedes fallar ni un milímetro. —Hizo una pausa mínima—. Tú no.

La frase se quedó suspendida. No era una exigencia, era una confesión: lo que de verdad le importaba no era la línea de su nuca, ni sus informes, ni su imagen en el puerto. Era esto. Este baño, este silencio.

Pensé en decir algo grande. No supe qué. Así que hice lo único que se me ocurrió: me incliné y besé la nuca recién afeitada, justo en la línea perfecta que acababa de dibujar.

—Entonces me encargaré de no fallar aquí —susurré contra su piel.

Vi cómo se le erizaban los brazos. Se puso de pie despacio, se giró del todo, y por un momento nos quedamos demasiado cerca para que aquello siguiera siendo solo un afeitado técnico.

—Creo que antes de bajar al mar necesito recuperarme un poco —murmuró—. Olvidarme de la navaja, por lo menos.

Me entró la risa otra vez.

—Te doy tres minutos —dije—. Luego ya es tarde para arrepentirte.

Esta vez la risa le salió del todo, corta, limpia.

Gretel me esperaba en la cocina, plantada, con un papel arrugado en la mano. Josef, detrás, no miraba el papel, me miraba a mí.

Lo dejó sobre la mesa. Lo reconocí antes de leerlo: era un formulario de la Prefectura italiana, uno de esos documentos que los funcionarios de Mussolini enviaban a Giorg para su «visto bueno» técnico. Trasferimento, ricollocamento, impiego altrove. Palabras italianas que sonaban a trámite, pero que decidían destinos.

Y en mitad del párrafo, un nombre pequeño: Andrea Rossi.

El chico que nos abría la puerta cuando el carro se atascaba. El que se quitaba la gorra para saludar a «Herr Kapitän», medio en broma, medio en serio. El que subía la cuesta con pan de más.

«Reubicación laboral». Los tres sabíamos lo que quería decir.

Se me cerró la garganta.

—Se lo han traído a la señora —dijo Gretel, sin adornos.

No hizo falta que me pidiera nada. El ruego estaba en la manera en que sujetaba el borde del mantel. Cogí el papel y subí las escaleras con la sensación de que cada peldaño me sonaba más fuerte de lo normal.

Giorg se abotonaba la camisa de verano frente al espejo del dormitorio. Tenía todavía la nuca ligeramente enrojecida por el alcohol: la línea limpia que yo había dibujado hacía unos minutos. Luego levantó la vista y vio mi cara.

La sonrisa que traía se apagó.

No dije nada al principio. Le tendí el papel. Lo leyó de pie, con los hombros cada vez más rígidos. Al llegar al nombre, la mandíbula se le marcó. No hizo falta que le preguntara si aquello pasaba por sus manos. El sello del puerto en la esquina y el encabezado bastaban.

Me quedé callada. Dejó el papel sobre la cómoda. Lo alisó con los dedos, una vez. Sus ojos no se apartaban del papel. Sabía lo que venía, la lista de razones, los riesgos, las palabras «no puedo», «no debo». No quería oír ese catálogo en voz alta. Antes de que empezara, me coloqué detrás de él y apoyé la palma en la nuca recién afeitada.

La piel, caliente aún, se tensó bajo mis dedos.

Hace una hora, la confianza había sido un juego casi doméstico, navaja, línea recta. Ahora el corte era por dentro…

No le hice ningún discurso, habría sido inútil. Solo dejé la mano ahí, firme, mientras miraba su reflejo en el espejo. Él, el papel, yo detrás, un triángulo sin escapatoria.

Andrea no estará en peligro. La frase me ardía en la garganta, pero no la dije.

Él respiró hondo una vez. Intentó apartarse; le apreté un poco la nuca, como recordándole que también aquí había decidido ceder.

La resistencia estaba en cada músculo de sus hombros. Sentí el momento exacto en que dejó de pelear hacia fuera y empezó a pelear hacia dentro.

Al final, se soltó de mi mano, pero sin brusquedad. Cogió el papel, cruzó la habitación y fue al escritorio. Se sentó despacio. Yo me quedé de pie en la puerta, sin acercarme más. No quería agobiarlo, tampoco quería darle la salida de pensar que aquello «no iba conmigo».

Por el movimiento de su espalda supe que el lápiz avanzaba. No rompió el documento, no hizo ningún gesto teatral. Escribió en el margen una línea corta, seca. Algo de «revaluar idoneidad», de «pendiente de confirmación». Un pequeño hechizo burocrático.

Cuando terminó, dobló el papel y lo guardó en el cajón más bajo, ese que casi nadie abría.

El clic de la madera al cerrarse sonó distinto.

Se quedó un momento con la mano apoyada en el cajón, la cabeza inclinada. Desde donde yo estaba no le veía la cara, solo la nuca, el lugar exacto donde unas horas antes había confiado en que mi pulso no temblaría. Ahora le temblaba el suyo.

No dije «gracias». No podía. Sonaba demasiado pequeña. Y el peligro que acababa de entrar en nuestra casa, demasiado grande.

Él se levantó al fin y se giró. No había gesto heroico ni pose. Solo una seriedad distinta, más pesada. Me miró…

Entre nosotros quedaban el cajón y el chico que, por ahora, no iría a ninguna parte. Me acerqué despacio. Toqué otra vez la nuca, muy suave, apenas dos dedos.

No era una caricia. Le estaba diciendo, yo sé lo que acabas de arriesgar.

En algún lugar de la ciudad, un teléfono podía sonar, un superior podía preguntar por un expediente extraviado. A partir de ese minuto, cada timbre, cada golpe en la puerta, iba a sonar distinto dentro de mí.

La guerra ya no estaba solo en el puerto ni en las sirenas. Y tenía nuestro nombre, aunque no lo pusiera en ningún lado.

El calor empezó a subir por la colina ya a media mañana, pegajoso, espeso. Habíamos decidido, o más bien, yo había decidido por los dos, que, después de la mañana de papeles y navajas, la única respuesta posible era el mar.

Bajamos solos. Sin Josef, sin Gretel. A pie, como cualquier matrimonio que baja «a los bagni» porque hace demasiado calor para pensar.

El camino hacia el Ausonia olía a sal y gasolina. A medida que nos acercábamos al agua, la ciudad iba cambiando, menos uniformes cerrados, más camisas arremangadas, vestidos ligeros, toallas al hombro. Desde arriba se veía el balneario, la estructura de cemento metida en el mar, las terrazas blancas llenas de personas y los niños jugando sin pensar.

—Ahí abajo no parece que haya guerra —murmuré, señalando la plataforma.

—No —asintió—. Parece que el mundo se ha detenido.

Pero siguió caminando conmigo. Y eso ya era suficiente.

En el Ausonia había de todo, niños que corrían medio descalzos por el cemento caliente, mujeres con bañadores enteros y gorros de goma, hombres con el pecho blanco y la marca del sol recién empezando, algún uniforme italiano «de permiso» con la gorra en la mano, una radio con una canción ligera. A lo lejos, más allá de las estructuras de hormigón, se veían los barcos en el puerto, quietos.

Alquilamos dos tumbonas en una esquina relativamente tranquila. Yo llevaba un bañador azul oscuro, más recatado de lo que habría llevado en Viena, pero que en Trieste ya parecía casi atrevido. Él se había quedado en traje de baño claro y camisa abierta por encima, sin corbata, el cuello vulnerable al sol.

Mientras me quitaba el vestido, sentí algunas miradas rápidas, curiosas: el extranjero, la esposa que no es de aquí, el capitán sin guerrera. No eran miradas hostiles, solo ese examen silencioso de una ciudad pequeña que se acostumbra a sus nuevos habitantes. Extendí la toalla, dejé las sandalias y me senté en el borde de la tumbona. El sol me golpeó las piernas con fuerza. Sin medias, sin zapatos, me sentía más expuesta que si no llevara nada.

Giorg se quitó por fin la camisa. Hombros anchos, piel más clara donde el uniforme lo protegía, un par de cicatrices discretas. En este entorno tenía otra lectura, un austriaco en un balneario italiano.

Se sentó a mi lado, con más rigidez de la necesaria.

Durante un rato, no hicimos nada extraordinario. Miramos el agua, escuchamos el rumor de la gente. Una mujer reñía a un niño por acercarse demasiado al borde, un hombre discutía sobre el precio del café en el bar, un grupo de chicas reía demasiado alto cerca de los trampolines. Yo sentía el sol quemándome la nuca.

—Te vas a achicharrar —dijo él, de pronto—. Date la vuelta.

Obedecí, tumbándome boca abajo en la tumbona. El bañador se tensó sobre mi espalda, solté un poco los tirantes para que no me dejaran marca.

Sentí la tela ceder y el aire caliente rozarme la piel recién expuesta. Él se movió a mi lado. Oí el ruido del tapón de la botella de aceite. El olor a almendra amarga subió en una bocanada.

—No hace falta —protesté—. Soy del sur. El sol me conoce.

—Este no —dijo—. Y no pienso pasar mañana explicándole al médico del puerto por qué mi esposa está roja como un tomate.

Sus manos, llenas de aceite, tocaron primero mis hombros con precisión. Extendió la crema en círculos amplios. Podría haber sido un gesto puramente práctico. Durante unos segundos, lo fue. Hasta que llegó a la nuca.

Yo había soltado los tirantes del todo, se habían deslizado hacia los lados, dejando un triángulo de piel libre justo donde empezaba el cuello. Sus dedos se detuvieron un instante ahí. Esa piel, ahora al sol, con los niños chapoteando al lado.

Sentí cómo su pulgar se quedaba quieto un segundo más de lo necesario, justo en el hueco donde termina el cabello y empieza la

espalda. No lo veía, pero pude imaginar su cara, la forma en que sus ojos se oscurecían medio tono. El pulgar empezó a moverse. No como cuando reparte aceite sin pensar, sino en un arco mínimo, apenas unos milímetros arriba y abajo.

Se me erizó la piel al instante. No solo por el contacto, sino por lo de siempre, noches y silencio.

Me llegó otra imagen, el mercado, las sillas vacías, los nombres que ya no estaban. La modista que había cerrado. Los Rossi, «al norte». Y el deseo se mezcló con algo más ¿Teníamos derecho a esto? ¿A la piel, al sol, a este momento, mientras otros desaparecían?

Su mano se tensó de golpe. Noté cómo se detenía a mitad de ese movimiento mínimo. El pulgar quedó inmóvil. Un segundo después cambió el gesto: pasó a repartir el aceite con movimientos amplios, neutros.

Su cuerpo, en cambio, lo delataba. Sentí la sombra de él encima, un poco más pesada, el aire cercano cargado de algo que no era solo calor.

—Giorg… —murmuré, sin levantar la cabeza.

Me respondió con un carraspeo y ese tono que conocía bien, el del hombre que se pone a sí mismo firme.

—Si sigues con los tirantes así —dijo en voz baja, tenso— no voy a poder hacer como que estoy tranquilo.

Me entró la risa, pero se me mezcló con un escalofrío.

—La culpa es del sol —murmuré.

Lo sentí exhalar por la nariz. Terminó con el aceite, volvió a su tumbona, se tumbó de espaldas esta vez.

Yo giré la cabeza hacia él, apoyando la mejilla en los brazos cruzados. Desde esa posición lo veía en diagonal, el pecho, la curva del cuello, la mandíbula relajada, los ojos cerrados contra el sol. Podría haber sido un hombre cualquiera durmiéndose al sol.

Solo que no lo era. Era el mismo que había escondido un expediente en un cajón esa mañana, el que tocaba la guitarra a escondidas, el que había apretado los dientes para no seguir deslizando el pulgar sobre mi nuca en público.

Fue entonces cuando lo vi.

No era un niño, pero casi. Un muchacho de unos quince años, quizá, con el cuerpo delgado y una chaqueta demasiado grande para el calor. Estaba quieto donde se acababa el camino, mirando el agua.

Dos soldados lo flanqueaban. No lo sujetaban, pero la cercanía era suficiente. Uno le dijo algo, el chico negó con la cabeza, metió las manos en los bolsillos, retrocedió un paso. El soldado alargó el brazo, le sujetó la manga, le pidió papeles.

Casi todo el mundo en la playa miró hacia otro lado. La radio subió un poco el volumen. Una mujer cercana se puso a hablar muy rápido con su acompañante sobre el tiempo, sobre el agua, sobre cualquier cosa que no fuera eso.

Yo me quedé clavada.

—Anna —dijo Giorg a mi lado. Su voz era baja, tensa, una advertencia.

—Es un niño —susurré.

—Lo sé.

El chico buscó a su alrededor con la mirada. Buscaba a alguien. No encontró nada. La playa entera estaba absorta en sus propias ficciones de normalidad.

Uno de los soldados tiró de él hacia el camino. El otro, detrás. Desaparecieron entre los edificios de la entrada, engullidos por la ciudad que, allá arriba, seguía con sus rutinas de guerra.

Me quedé mirando el espacio vacío donde había estado. Tenía las manos temblorosas. A mi alrededor, la playa seguía igual. El sol, el agua, las risas. Como si nada hubiera pasado.

Pero había pasado. Y todos lo sabían. Y todos habíamos mirado hacia otro lado.

Giorg no dijo nada. No intentó consolarme con frases hechas. Se limitó a estar ahí, a mi lado, con el cuerpo presente pero la mirada también clavada en el punto donde el chico había desaparecido.

Estuvimos un rato así, en silencio. Sentía su presencia, pero no me bastaba. Porque lo que acababa de ver no era un incidente aislado, era el resumen de todo. El sol me daba en la piel y no me calentaba.

En algún momento, muy despacio, su mano buscó la mía entre las tumbonas. No la apretó. Solo la sostuvo, allí.

No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que, cuando por fin nos levantamos para irnos, la playa seguía igual, el mar seguía igual, y el chico de la chaqueta grande ya era solo un recuerdo que nadie más iba a nombrar.

Subimos la cuesta despacio, todavía con la sensación del cemento caliente del Ausonia en las plantas de los pies. Tenía arena en el borde de la toalla y el bañador pegado al cuerpo, él, la camisa medio abierta, el pelo revuelto por el viento del mar. En cuanto cruzamos la puerta, el hechizo se rompió. La casa estaba más fresca, más seria. Sobre la consola del recibidor, alguien había dejado un mensaje doblado, lo cogió de pasada, lo leyó una vez. Lo vi cambiar un matiz en su cara: la vuelta al puerto sin moverse de sitio.

—Voy al despacho —dijo.

Solo eso. Cogió el papel y desapareció pasillo adentro.

Yo me quedé en el rellano con la toalla en la mano, el olor del mar todavía en la piel y la imagen del chico clavada en algún sitio.

Subí al dormitorio, me quité el bañador mojado, me puse un vestido ligero de casa. Me quedé un rato sentada en el borde de la cama, mirando mis manos.

Habían sujetado su cuello por la mañana. Habían sujetado la toalla en la playa. Y no habían podido hacer nada por ese chico.

Bajé.

La puerta del despacho estaba entornada. La empujé con los nudillos, apenas un toque.

—¿Puedo…? —empecé.

—Entra —dijo él, sin levantar la vista.

El cuarto estaba en penumbra. La luz de la tarde entraba por una ranura de la persiana, en una franja oblicua que cortaba la mesa en dos. Encima, mapas, informes, carpetas abiertas. El humo de un cigarrillo reciente todavía flotaba, mezclado con el olor a tinta y papel caliente.

Él estaba sentado, ligeramente encorvado sobre un documento, las gafas de lectura al borde de la nariz.

La camisa clara del verano lo hacía parecer menos militar, pero la postura lo desmentía, espalda recta, la mano sosteniendo la pluma.

Llevé el pretexto en la mano, un vaso de agua, con dos cubitos que tintinearon cuando lo dejé en la esquina de la mesa.

Murmuró un «gracias» automático y volvió al papel. Mi mano, sobre el borde del escritorio, tocó más madera que piel.

Lo observé un momento, en silencio. Cada músculo suyo estaba donde debía, cada objeto en su sitio. El cajón donde dormía el expediente de Andrea parecía más cerrado que nunca.

Pero yo ya no era la misma que había entrado en ese despacho otras veces. La playa me había cambiado. El chico me había cambiado.

Esa sensación de exclusión me picó por dentro. El padre que se encierra en su trabajo, y te deja fuera, ruidosa, en el pasillo. No quería repetir esa historia. Me separé de la mesa y empecé a moverme por el despacho sin decir nada. Toqué el respaldo de una silla, alisé con la mano el borde de una carpeta apilada, pasé la yema del dedo por las chinchetas de un mapa colgado. Sentía su atención pegada a mí aunque fingiera estar leyendo.

En un estante, su gorra reposaba perfectamente colocada. La cogí. Me la puse, ladeándola un poco. Me giré hacia él.

—Herr Kapitän —dije, imitando el tono de Josef.

Quise romper el silencio que traíamos de la playa, y lo único que se me ocurrió fue ponerme su gorra y hacer el tonto. Si no podía arreglar el día, al menos torcerlo un poco.

Le vi contener una sonrisita que se le escapó solo en la comisura. No levantó del todo la cabeza.

—Eso es apropiación indebida de insignias militares —comentó serio y casi sin mirarme.

—Mande a un pelotón a recuperarla —repliqué.

Dejé la gorra sobre una pila de libros, mal colocada a propósito. Luego, sin pensarlo demasiado, me acerqué a él. No fue una provocación, no había desafío en el gesto. Era solo cercanía.

Me senté en el brazo de su sillón, a su lado, sin invadir, solo buscando su calor. Apoyé la cabeza en su hombro. Sentí cómo su cuerpo se relajaba apenas, un suspiro contenido.

—Hoy ha sido un día raro —murmuré.

Él intentó seguir escribiendo. Noté cómo los dedos se le cerraban un poco más alrededor de la pluma. La mano, tan firme siempre, tuvo un pequeño temblor, una letra menos perfecta que las demás.

—Anna… —dijo al fin.

Solo mi nombre. No un «ya basta», no un «no ahora». Solo una advertencia sin forma.

—Hoy hemos visto a un chico —dije, sin apartar la mano del papel —. Y no hemos podido hacer nada.

La pluma se detuvo.

—Lo sé —respondió, en voz baja.

—Y ahora estás aquí, con tus papeles, y yo estoy aquí, y no sé muy bien qué se supone que debemos hacer con todo esto.

Levantó la vista por fin. Me miró. En sus ojos estaba la misma pregunta.

—No lo sé —admitió—. Solo sé que no quiero hacerlo solo.

Esa frase me rompió algo por dentro. Era algo más sencillo: una admisión de vulnerabilidad.

Seguí sin hablar. Con la punta de los dedos, jugueteé con una de las esquinas del mapa extendido. Lo levanté un centímetro, lo dejé caer. Una y otra vez.

Era una provocación pequeña, casi infantil. Pero en ese despacho, donde todo estaba tan medido, se sentía como un terremoto.

Noté el cambio antes de verlo, su respiración, un poco más profunda, los hombros más rígidos. La pluma se detuvo a mitad de una palabra. El silencio se hizo todavía más espeso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, esta vez sin disfrazar la impaciencia.

—A ver si eres capaz de levantar la vista —respondí, sin apartar la mano del papel—. Solo un segundo. A mí. No al papel.

Por un momento creí que me ignoraría. Que respiraría hondo, que retomaría la pluma y que todo esto quedaría en una escena ridícula que solo yo recordaría. Lo vi decidir.

Cerró el informe de golpe, de una palmada seca que hizo saltar un poco la pluma. El ruido me hizo dar un respingo. Antes de que tuviera tiempo de retirarme, su mano se cerró alrededor de mi muñeca.

No fue un gesto suave.

Me inmovilizó los dedos sobre el mapa, clavándolos entre dos líneas de ferrocarril. Su rostro estaba muy cerca ahora, los ojos oscuros, la mandíbula marcada.

—No puedes hacer esto aquí —dijo, en voz baja.

Sentí el pulso latiendo debajo de su mano y, sin saber bien por qué, eso me calmó. Él estaba tan al borde como yo, solo que, como siempre, se esforzaba por disimularlo mejor.

Le sostuve la mirada sin sonreír, porque esto no era el típico juego erótico. Era algo más real y más crudo, obligarlo a elegir una vez más entre el capitán y el hombre. Lo noté en su forma de sostenerme.

Me soltó la muñeca para, un segundo después, rodearme la cintura con ambas manos y atraerme hacia él. No fue un movimiento brusco, pero sí decidido. Apoyó la frente en mi estómago y se quedó así, quieto, respirando hondo.

Pasé los dedos por su pelo, despacio. Sentí cómo se le aflojaban los hombros, cómo la tensión cedía bajo mi tacto.

—No podemos salvarlos a todos —murmuró contra la tela de mi vestido.

—Lo sé.

—Pero hoy hemos visto a uno que no se salvó.

—Lo sé.

Levantó la cabeza. Me miró. Y entonces, muy despacio, con una ternura que no esperaba, me besó. Un beso que decía: estábamos ahí, vimos lo mismo.

Cuando se separó, apoyó la frente en la mía.

—Si quito también esto —murmuró—, me voy a sentir un poco perdido.

Lo dijo sin drama. Luego subió otra vez la vista hacia mí y añadió, más suave:

—Prefiero perderme un poco contigo delante que seguir en orden sin ti.

Le pasé la mano por la nuca, esa línea que ya conocía tan bien. Los músculos se le aflojaron un poco más bajo la piel.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, abrazados en mitad de su despacho, con los mapas arrugados bajo nuestros pies. Nada en la habitación estaba en su sitio, salvo nosotros.

Capítulo 28

Mucho antes de que las fronteras empezaran a cambiar de nombre cada década, los veranos de la aristocracia austrohúngara bajaban en tren hasta el Adriático, primero Abbazia, luego Grado, a veces Trieste. La tía de María había sido una de esas mujeres de otro tiempo, con retratos en sepia de balnearios y sombrillas, y una villa blanca en una altura discreta, con vistas al puerto y a una lengua de mar que, según decía, le recordaba a su juventud. Cuando murió, dejó esa casa en su testamento a la única sobrina que todavía escribía cartas largas: María.

La carta llegó una mañana de calor pesado, con el matasellos de Viena y la tinta un poco corrida. La abrí en la mesa del comedor, con el café aún caliente, esperando cualquier cosa menos lo que encontré dentro. «Ha muerto la tía Lotte. Al final sí.

Parece que la famosa villa de Trieste existe de verdad y, lo que es peor, ahora es mía. El abogado insiste en que la casa está en buen estado, habitable, «perfectamente adecuada para residencia permanente». No quiero quedarme aquí a ver cómo Viena se encoge. Si no pasa nada raro, en una semana estaré ahí. No te asustes, no llego a invadirte, prometo instalarme primero en mi propia casa. Solo… saber que estaré en tu misma ciudad me hace respirar un poco mejor.

Tuve que leer dos veces la frase «en una semana estaré ahí» para querer entenderla. Primero vino la alegría, pura, casi infantil. María, aquí. No en mis recuerdos ni en mis cartas, sino en la misma ciudad, bajo el mismo cielo, con el mismo mar. Después llegó, inevitable, una punzada de culpa: ¿qué clase de amiga era yo si me alegraba de traerla a una ciudad donde se hacían listas de nombres y sonaban alarmas en mitad de la noche?

Pensé que eso era lo que necesitábamos las dos. No un lugar seguro. Uno donde abrir una ventana tuviera sentido. Doblé la carta

como un talismán. En una semana, María llegaría con su risa demasiado alta y sus juicios demasiado sinceros.

María llegó a Trieste un día de calor espeso, con el pelo un poco aplastado por el viaje y esa mezcla suya de dignidad y caos que ni la guerra podía quitarle. La vimos bajar del tren desde el final del andén, primero el sombrero, luego la maleta demasiado grande, luego la sonrisa cuando nos encontró entre la gente. Me abrazó con tanta fuerza que casi me tira hacia atrás, y después se quedó un momento enganchada al brazo de Giorg, mirándolo como si no se creyera que aquel capitán impecable fuera el mismo hombre de mis cartas.

Fueron unos días de papeles, del abogado que la acompañó a firmar cosas y de idas y venidas entre la ciudad y el notario. Cuando por fin fuimos a «ver el desastre heredado», fuimos los tres en coche, subiendo por la carretera entre muros y terrazas de piedra. La casa, al aparecer, nos dejó a los tres en silencio, nada de ruina, una villa clara, y un jardín algo salvaje que prometía más sombra que trabajo. Desde la terraza principal, el mar se veía enmarcado entre dos pinos, y más allá se adivinaba la línea del puerto. María se llevó la mano a la boca, medio riéndose, medio a punto de llorar.

—Esto no es una casa —murmuré, apoyándome en la barandilla—. Es demasiado.

—Escandaloso —añadió Giorg, inspeccionando las columnas con ojo técnico.

María nos fulminó con una mirada que no intimidó a nadie. Por dentro, se la veía abrumada por la amplitud. Hizo un gesto teatral con los brazos.

—Demasiadas habitaciones para una exiliada pobre —dijo—. Tendré que llenarlas de algo.

Recorrimos la casa entre bromas, abriendo puertas, tanteando suelos, levantando persianas. Cada habitación parecía guardar el eco de algún verano anterior: muebles bien hechos, alfombras que solo pedían aire, camas con cabeceros tallados. Todo estaba sorprendentemente entero, como si la tía Lotte hubiera salido un día cualquiera a tomar el tren de vuelta y no hubiera encontrado la

forma de regresar. En la cocina, Giorg se asomó a la ventana y calculó la distancia al mar, él a lo suyo.

—Desde aquí se ve lo justo —dictaminó—. Lo suficiente para disfrutarlo. Has tenido suerte, María.

—Me conformo —respondió ella—, es más de lo que me imaginaba.

Mientras María hablaba con el abogado en el recibidor, me quedé un instante sola en la terraza, mirando la casa y el mar. Por una vez, el azar había estado de nuestro lado. Trieste ya no era solo puerto, órdenes y sirenas. A partir de ahora también era esto.

El cuarto estaba al final del pasillo, la última puerta, la que el abogado había abierto de pasada: «Aquí solo hay trastos. Luego lo vemos». María, por supuesto, fue directa allí. Yo la seguí con esa curiosidad de quien huele algo interesante al otro lado.

Al abrir, nos recibió el olor denso de lo guardado demasiado tiempo: naftalina, madera vieja, un dulzor de perfume viejo. La luz entraba por una ventana alta, filtrada por cortinas amarillentas, partículas de polvo flotaban en el aire.

—El mausoleo de la tía Lotte —murmuró María, encendiendo la luz —. Prepárate.

Había baúles alineados contra la pared, sombrereras apiladas, una cómoda con el espejo tapado por una sábana. Parecía más un camerino olvidado que un trastero. María fue directa al primer baúl, se arrodilló y levantó la tapa con un gesto ceremonioso.

El olor cambió de golpe, seda, papel de seda, algo almizclado.

—Oh, Dios mío —dije, antes de ver nada—. Esto promete.

María apartó el papel. Debajo, doblados con paciencia, había vestidos. Vestidos de otro tiempo, telas pesadas, satén apagado, encajes en crema, verdes profundos, azules que todavía guardaban algo de brillo. Algunos con cintura baja de los veinte, otros con mangas más estructuradas, cortes de los treinta.

—Tu tía no tiraba nada —susurré, casi con respeto.

—Mi tía decía que, hasta para venirse abajo, había que ir bien vestida —replicó María.

Metí las manos con cuidado. El tacto de la tela me recorrió los dedos. Saqué el primero, un vestido de seda verde botella, escote en

V y espalda descubierta, pesado y fluido a la vez. Lo levanté a la altura de mi pecho, la tela cayó hasta casi tocar el suelo.

—Míralo —dije—. Esto ha visto bailes que ni te imaginas.

—Probablemente ha visto más champán que agua —comentó María.

Sacó otro, color marfil, con pequeñas cuentas cosidas a mano en el cuerpo, como gotas de luz.

—Esto es casi indecente —dijo, levantándolo a contraluz—. Si la tía Lotte se ponía esto, voy a tener que revisar lo que pensaba de ella.

Nos miramos un segundo, las dos sabíamos que dejarlo en el baúl era una estupidez.

—Ni se te ocurra decir que son demasiado antiguos —le advertí—. La guerra pasará y esto, con un bajo arreglado, todavía deja a más de un italiano sin habla.

—¿Italianos o capitanes? —preguntó, alzando una ceja.

No respondí. Cogí el vestido verde con decisión.

—Entorna la puerta —ordené—. No pienso respetar a la tía Lotte quedándome con las ganas.

María obedeció, riendo ya. Durante unos minutos, el cuarto se convirtió en un teatro improvisado. Nos descalzamos, dejamos caer nuestras faldas sobre una silla y empezamos el desfile. El verde me quedaba un poco largo, pero el corte me abrazaba la cintura con una precisión rara, parecía hecho a medida. La tela estaba fría al principio, luego tomó mi temperatura. Me miré en el espejo que María acababa de destapar por un segundo no vi a la esposa de un capitán en Trieste, sino a otra.

—Te odio —dijo María desde detrás, ajustándose el marfil—. Esto es indecente y perfecto.

Me giré. Ella estaba de pie junto al baúl, el vestido claro ceñido a su figura de forma escandalosamente favorecedora, el escote apenas insinuado, las cuentas brillando a pesar del polvo.

—Te falta solo un Martini —comenté.

Se echó a reír.

Probamos sombreros, uno de ala ancha con cinta oscura que me tapó los ojos y me obligó a levantar la barbilla, un casquete con velo que a María le dio un aire peligrosamente sofisticado.

—Si aparezco así en el puerto, internan a la mitad de los oficiales —sentenció ella.

—Empezando por el mío —dije, acomodándome el sombrero frente al espejo—. Aunque a él lo internan por apoplejía, no por deseo.

Un ruido suave en el pasillo nos hizo girarnos. La puerta se había quedado entornada, en el hueco, apoyado en el marco, estaba Giorg.

No había llamado. Tampoco sonreía como a veces, cuando me veía hacer el payaso. Solo estaba ahí, con las manos en los bolsillos, el hombro recostado contra la madera, mirándonos.

No llevábamos puesto nada «impropio», nada que él no me hubiera visto con menos tela en nuestra propia cama. Y, sin embargo, sentí un rubor raro subirme al cuello. No era pudor, era la sensación de que nos había pillado en un juego secreto.

—¿Cuánto llevas ahí? —pregunté, ajustándome sin sentido el escote del vestido verde.

—El tiempo suficiente para saber que la tía Lotte tenía mejor gusto que el sastre del puerto —respondió.

María hizo una pequeña reverencia exagerada, haciendo campanear las cuentas del vestido.

—Kapitän von Hohenfeld —dijo—, está bonita, ¿verdad? —preguntó, pasando un dedo por el encaje.

Él apenas la miró. Tenía la vista clavada en mí con una expresión que conocía poco. No era deseo ni orgullo. Era otra cosa. Como si le consolara verme así: jugando, riendo, tocando telas bonitas en una habitación llena de polvo.

—Mucho —dijo él, más bajo de lo normal.

No se acercó. Se quedó en la puerta, respetando el pequeño escenario.

—Ahora sí —asentí—. La primera vez fue casi un accidente. Yo iba con miedo, él con un cuidado que rozaba la torpeza. Pero en un momento… algo encajó. Un cambio de ángulo, de ritmo, no sé. Sentí que el cuerpo dejaba de aguantar y empezaba a ir a su encuentro. Me agarré a sus hombros, dejé de mirar nada, y fue como si todo se apretara hacia un mismo sitio. Cuando llegó, fue… limpio. Una ola que lo barre todo y, al irse, deja las cosas en otro sitio.

María se echó hacia atrás, con una mano en el corazón.

—Quiero un capitán que estudie idiomas así.

Me reí.

—No necesitas un capitán. Solo alguien con paciencia para escucharte cuando no dices nada.

—Y él… —alzó las cejas— ¿cómo sabes cuando él llega a ese punto?

La imagen me atravesó entera: su mandíbula tensa, los dedos en mi cadera.

—Con él es distinto —dije—. No es ruidoso. Nunca. Se le nota en el silencio, en el momento en que deja de murmurar mi nombre y se queda concentrado. La respiración le baja, se vuelve más honda. Las manos aprietan. Aquí. —Marqué mi propia cadera—. Necesita agarrarse para no perderse.

—¿Tiembla? —preguntó, casi en un susurro.

—Un poco. No como en las novelas, es más… un temblor corto, contenido. Los músculos se le quedan al límite, y de pronto cede. A veces es solo un ruido bajo, un aire que se le va contra mi cuello y una forma de agarrarse a mí, como si tuviera miedo de que lo soltara justo al final. Ahí sé que ya está. Aunque no diga nada, aunque intente seguir siendo el capitán un momento más.

María tenía las mejillas sonrojadas. Se llevó la taza vacía a los labios solo para tener algo que hacer con las manos.

—Y tú… ¿juegas con eso? —preguntó, con una sonrisa conspiradora —. Me refiero a… saber dónde están sus fronteras.

—Claro que juego —no lo negué—. Me gusta provocarle un poco. Cambiarle el paso justo antes de que se crea que lo tiene todo bajo control. A veces basta con mover la cadera un poco más, o con decirle su nombre en el momento justo. O con hacer lo contrario: quedarme muy quieta y dejar que sea él quien tenga que venir a buscarme del todo.

—Eso es crueldad refinada.

—Es reciprocidad —repliqué, divertida—. Él tiene todo un ejército, mapas, órdenes. Yo tengo esto. Mi cuerpo, su reacción. Mi manera de llevarlo justo al borde y verle elegir: si quiere seguir siendo el capitán… o el hombre que se derrumba conmigo.

María se quedó un momento en silencio.

—No sabía que se podía hablar así de un hombre al que se quiere —murmuró al final.

—¿Así cómo?

—Con tanto detalle —sonrió—. Y con tanta… ternura. Hablas de cuando te lleva al límite como si hablaras de cuando te lleva al teatro.

Sentí un nudo dulce en la garganta.

—Es que para mí es lo mismo —admití—. En la cama y fuera de ella, siempre hay un momento en que no sé si se va a acercar o a marcharse. Cuando decide quedarse… ahí es cuando llego a ese punto alto. Sea en una ópera llena de uniformes o en la oscuridad de nuestro dormitorio.

María se estiró en el sofá, suspirando teatralmente.

—Muy bien. Me has fastidiado el estándar —dijo—. A partir de ahora, cuando me hablen de hombres, voy a preguntarme: «¿Lee cuerpos con esa precisión? ¿Sabe cuándo se me rompe la respiración?». Y si no, a la basura.

Reímos las dos. Pero debajo de la risa estaba eso, la conciencia de hasta qué punto lo deseaba. No solo el cuerpo. Todo lo que quedaba suspendido entre medias.

Y juntas, en el sofá, con la taza ya fría, las dos sentimos el vértigo de desear que esa clase de hombre volviera a casa cada noche. Y el miedo, también, a que un día no lo hiciera.

Esa noche, cuando me metí en la cama y noté el peso familiar de él a mi lado, su brazo buscándome en la oscuridad casi antes de despertarse del todo, sentí que algo se había ampliado dentro de mí. No era que lo deseara más. Era que, con la mirada de María, lo vi claro: cada noche con él me jugaba el cuerpo, el corazón y lo que la guerra aún no me había quitado.

Cuando subí, Giorg estaba dándose una ducha. No llamé.

Ni siquiera pensé en llamar. Abrí la puerta como quien abre un cajón donde ha dejado algo importante.

—¿Dónde has puesto…? —empecé a decir.

El vapor me golpeó primero. Después el ruido del agua. Y luego, la imagen: la mampara empañada, el perfil de Giorg detrás, el agua

resbalándole por la espalda, siguiendo la línea de la columna hasta perderse más abajo.

Me quedé clavada. Había entrado como una loca buscando no sé qué, y de pronto no recordaba ni mi nombre. Solo veía su nuca, ese lugar donde siempre se le queda la tensión, ahora empapada, los músculos de los hombros marcados, el cabello oscuro pegado a la cabeza.

—Anna —dijo él, sin sobresaltarse.

Se giró un poco. No del todo. Lo justo para que pudiera ver su cara a través del cristal empañado, esos ojos claros enmarcados por gotas de agua.

—Yo… —seguía agarrando el picaporte—. Buscaba… algo.

Perfecto, Anna. Brillante.

La frase justo antes de que el cuerpo empiece a temblar.

Él me sostuvo la mirada un segundo que se hizo largo, luego cerró un poco el grifo para que el ruido bajara.

—¿Qué has perdido esta vez? —preguntó.

—No lo sé —respondí, sincera de repente.

Porque no era una horquilla, ni un papel, ni un pañuelo.

Noté que se me escapaba una risa nerviosa, del todo fuera de lugar. Me di cuenta de que tenía las manos heladas y el vestido pegado a la piel por el calor del baño. Él abrió la mampara unos centímetros. No demasiado, solo lo justo para que el vapor y su olor a jabón y agua caliente me llegaran más claros.

—Vas a empapar el pasillo —dijo—. O entra, o sal. Pero decide algo antes de congelarte ahí.

Ese «o entra, o sal» no llevaba deseo, llevaba paciencia. Paciencia infinita. Y no sé si fue por eso, por la ternura debajo del tono, o porque llevaba días a punto de desbordarme, pero di un paso.

Solo uno.

Él bajó la mirada a mis zapatillas, a mi camisón, y resopló apenas.

—Anna… —hizo una pausa—. No es obligatorio ducharse vestida. Todavía.

—No pensaba… —empecé a justificarme.

—Lo sé. —Sus ojos suavizaron el reproche—. Nunca piensas cuando te viene una idea a la cabeza.

Solté aire, una carcajada seca que casi fue un sollozo. Él lo notó. Lo nota todo. Bajó la toalla, no para echarme, sino para apartarla a un lado.

—Ven —dijo, ahora sí, en serio.

No había música de fondo ni frase teatral, solo esa orden tranquila suya que no era orden, era mano tendida. Di el segundo paso y sentí el cambio de temperatura en la piel, el agua caliente en los brazos. Él alargó la mano y cerró del todo la mampara a nuestra espalda.

—Te vas a poner enferma —murmuró, mirándome el escote—. Siempre eliges el camino más complicado para llegar.

Él negó apenas con la cabeza y, en lugar de apartarse, dio un paso hacia mí. No para pegarse, sino para colocarse detrás, guiándome suavemente por los hombros hasta situarme justo bajo el chorro. El agua me cayó de lleno en la coronilla, deslizándose por la nuca, la espalda, el pecho. Cerré los ojos por reflejo. Noté cómo sus dedos me apartaban el pelo, con cuidado, despejando la raíz.

—Inclina un poco la cabeza —dijo, tan tranquilo como si esto fuera lo más normal del mundo.

Obedecí.

Sentí sus manos en mi cabello, primero sin jabón, solo sus dedos fuertes masajeando la piel, dibujando círculos lentos. No era un gesto de amante impaciente, era otra cosa, cuidar, sin pedir nada.

La respiración se me aflojó sin permiso.

—Así —murmuró—. Deja que el agua haga lo suyo.

Yo, que estaba acostumbrada a provocarlo, a jugar a sacarlo de quicio, me descubrí quieta, dócil, con la frente casi apoyada en las baldosas, dejándole hacer. Cada movimiento de sus manos en mi cabeza me desarmaba un poco más. Sentí cómo el cuello se me soltaba, cómo la rigidez de los hombros cedía bajo la presión justa de sus dedos.

—¿No puedes dormir? —dijo, como quien comenta el tiempo.

—Tengo las bombas metidas en la cabeza —alcancé a decir, intentando bromear, la voz me salió temblorosa.

Sus manos bajaron un poco, de la raíz de mi pelo a la base del cráneo, siguiendo la línea de mi nuca. Sin moño ni gorra, la sentía

bajo sus dedos. Y la vulnerable era yo.

Y respiré. Simplemente respiré, dejando que el agua se llevara algo del ruido que traía dentro.

Cuando notó que mis hombros se hundían un poco, como si dejara caer un peso, sus manos abandonaron por fin el cabello y bajaron, despacio, por mis sienes, mis mejillas, hasta enmarcarme el rostro. Me hizo girar hacia él, delicadamente, sosteniéndome con los pulgares a la altura de las mandíbulas.

Estábamos pegados al agua, al vapor, al azulejo.

—¿Qué has venido a buscar, de verdad? —preguntó, suave.

No supe responder. Tenía el camisón pegado al cuerpo, el pelo empapado cayéndome por la cara, las pestañas llenas de gotas. Me sentí ridícula y, al mismo tiempo, … cuidada.

—No lo sé —admití, sin escapatoria—. A ti, supongo.

Un músculo se le movió en la mejilla. No se rio.

Sus dedos se deslizaron un poco más arriba, hacia mi coronilla, y luego bajaron a mi nuca. No tiró. Solo apoyó la mano ahí, firme, cálida, y se inclinó.

Yo esperé el beso en la boca. Era lo lógico, lo siguiente, lo que mi cuerpo anticipó sin consultarme. En lugar de eso, sus labios tocaron mi frente. Un roce breve, decidido, justo en el centro. El agua seguía cayendo a nuestro alrededor, pero ese punto quedó caliente, fijo. Cerré los ojos sin querer.

—Anna —susurró, aún con la boca cerca de mi piel—. Sabes conmigo lo que haces, ¿verdad?

—Sí —contesté, temblando—. Por eso he venido.

Sintió el temblor, lo noté en la manera en que sus dedos se cerraron un poco más en mi nuca, no para controlarme, sino para sostenerme.

Y allí, empapada, sin maquillajes, sin ropa digna de una «señora del capitán», con el agua cayéndonos encima y su mano sujetándome la cabeza, tuve la certeza de que tenía razón. Que si alguien iba a recoger los trozos cuando todo esto saltara por los aires, iba a ser él. Que ese gesto de besarme en la frente como a una cría y como a una igual, era más peligroso que cualquier caricia escondida bajo las sábanas.

Porque nadie más se había atrevido a tocarme así, como si mi cabeza fuera tan importante como mi cuerpo.

Cuando cerró el grifo, el silencio fue casi violento. Me envolvió en la toalla. Me rozó la mejilla con los nudillos, apenas.

—Te espero fuera —dijo—. Cuando se te pase, sales.

Cuando salió del baño, me quedé unos segundos sola, goteando, con la frente todavía caliente donde había posado el beso. Me miré en el espejo empañado y lo vi claro:

El mundo podía caerse. Pero ese gesto… ese gesto te deja sin ninguna defensa.

A la mañana siguiente, la casa olía a café de cebada y a jabón. Él ya se había ido al puerto cuando bajé, en el perchero colgaba todavía el abrigo ligero de verano que se ponía para ir al despacho. La escena de la ducha seguía pegada a mi piel, sus manos en mi nuca, el agua resbalando por los hombros, ese cuidado casi obstinado de no convertirlo en otra cosa.

Tenía que salir. Si me quedaba más rato allí, iba a empezar a escuchar las sirenas, aunque no sonaran.

Le pedí a Josef que no me acompañara; dije que solo quería bajar al mercado un momento, que Gretel no se preocupara, que volvería enseguida. Era mentira. No tenía ninguna prisa por volver a ser «la señora del capitán». Quería ser, aunque fuera media hora, la hija de mi padre bajando a por naranjas.

Trieste olía a pescado, a carbón y a calor contenido. Las paradas del mercado estaban más pobres que nunca, pero las voces seguían siendo altas.

Había mujeres con pañuelos en la cabeza, un soldado alemán apoyado en una farola fingiendo que no miraba a nadie, un niño con la cara demasiado seria para su edad.

Nada nuevo. Lo nuevo estaba al fondo, pegado a una caja de verdura vacía.

Lo vi primero con el oído: un gemido agudo, insistente. Luego, entre un cajón de patatas y un montón de sacos, apareció un bulto rizado color negro, con las orejas caídas y los ojos enormes, redondos, como dos botones.

—¿Y tú? —murmuré en italiano chapurreado, agachándome sin pensar.

El cachorro se acercó dando pequeños saltos torpes, con esa mezcla de valentía y miedo que solo tienen los animales que aún no han aprendido a desconfiar. Llevaba un trocito de cuerda por collar, mal anudado, y olía a mercado, a polvo.

—Signora, lo encontré esta mañana detrás de los cajones —dijo el vendedor, encogiéndose de hombros—. Si nadie lo quiere, se irá con las basuras. No tengo con qué alimentarlo.

El cachorro me puso las patas en la falda, sin ninguna clase de protocolo. Noté las uñas diminutas clavarse en la tela y el latido acelerado bajo el pelo rizado. Me lamió un dedo. Fue un gesto ridículo, mínimo… y me dolió más que cualquier sirena.

No tenía sitio. No tenía sentido. No tenía ningún plan.

Por supuesto, me enamoré al instante.

—No podemos… —empecé a decir, como si Giorg estuviera allí para cortarme—. No necesitamos un perro.

El cachorro, que no entendía el idioma, pero sí el tono, gimió más fuerte y me miró. Levantó una patita delantera, dudando, y luego la apoyó en mi muñeca, reclamando.

La frase se me escapó antes de pasar por el filtro de la prudencia:

—La vida no se planea —susurré—. Y los perros, tampoco.

El vendedor me miró como si estuviera un poco loca. Tenía razón. Abrí el bolso, conté unas monedas y se las puse en la mano. Él hizo un gesto casi de disculpa mientras me alcanzaba la cuerda.

—Es suyo, signora. Dios la bendiga… o a los dos.

El cachorro empezó a trotar a mi lado con una alegría desbordante. La cuerda le quedaba floja, cada pocos pasos, se volvía para mirarme, como comprobando que seguía allí, que no era un sueño. Yo tampoco estaba segura.

Subiendo la cuesta hacia nuestra casa, me dio un ataque de risa nerviosa. ¿Cómo se lo iba a explicar a Giorg? Hemos acogido otra criatura indisciplinada, pero esta ladra. Perfecto.

En la puerta, respiré hondo.

—Gretel me va a matar —murmuré.

Cuando entré en la cocina, Gretel se giró con el cucharón en la mano. La expresión en su cara pasó, en tres segundos, de la exasperación automática a algo peligrosamente parecido a la ternura.

—Anna… —dijo, en ese tono que usaba cuando quería reñirme sin testigos—. ¿Qué es eso?

—Me conoces. No digas nada, no he podido evitarlo, mira qué miradita —dije.

El cachorro olió el suelo, dio un par de vueltas y se sentó muy serio junto al fogón, parecía que decía «casa». Gretel resopló, pero ya le estaba poniendo un cuenco con un poco de agua.

—El señor capitán… —empezó.

Tragué saliva.

—El señor capitán no lo sabe todavía —admití—. Pero se lo explicaremos. Al principio me querrá matar, pero estoy convencida de que luego su corazoncito se ablandará.

Me subí las mangas y me incliné hacia el animal.

—Te llamas Perry —decidí, sin consultarlo con nadie—. Y a partir de hoy, serás querido y cuidado.

El cachorro movió la cola con una seriedad casi militar. La guerra podía seguir con sus mapas y sus órdenes. Pero nos había dejado un tesoro.

Y yo estaba deseando ver la cara de Giorg cuando, al volver esa noche, descubriera que, además de una esposa que se mete en su ducha sin pedir permiso, ahora tenía también un caniche ocupando la cocina, dispuesto a desmontarle la disciplina a base de ladridos y ojos grandes.

Cuando por fin oí la llave en la puerta, ya era tarde. Gretel había recogido la cocina, Josef se había retirado discretamente, y Perry dormía hecho un ovillo en una manta junto a la estufa, con la barriga llena y las patas en el aire. Yo llevaba un rato dando vueltas por el salón sin rumbo, tocando cosas que no necesitaban ser tocadas, preguntándome si tener miedo a su reacción por un perro callejero era ridículo… o sensato.

La puerta se abrió con ese sonido suyo, perfectamente controlado: el metal, el cerrojo, los pasos medidos en el recibidor. Perry levantó

la cabeza antes que yo, olisqueó el aire, soltó un gemido dudoso y, de repente, un ladrido agudo y valiente, como si acabara de decidir que ese era su pasillo y que iba a defenderlo como fuera.

—¿Qué…? —Escuché la voz de Giorg, cortada a la mitad por la sorpresa.

El cachorro salió disparado hacia la entrada, resbalando en las baldosas. Fui detrás, con el corazón en la boca. Lo encontré en el marco de la puerta, aún con el abrigo puesto, la gorra en la mano, la cara cansada de un día largo pegada a un cuerpo que aún se mantenía recto. Miraba hacia abajo, donde un pequeño ovillo rizado le ladraba con la cola moviéndose tan deprisa que parecía que fuera otra criatura.

—Anna. —No preguntó. No hacía falta.

Me apoyé en el quicio, intentando parecer más tranquila de lo que estaba.

—Buenas noches —dije, como si aquello fuera lo más normal del mundo—. Te presento a Perry.

Alzó una ceja, apenas.

—¿Perry? —repitió.

—Sí —me encogí de hombros—. Nos hemos encontrado en el mercado. Él no tenía casa, yo no tenía perro… y con esos ojitos no le iba a decir que no.

Bajó la mirada al animal, que en ese momento había decidido morderle el cordón del zapato con una entrega admirable. Luego levantó otra vez los ojos hacia mí. No había enfado, solo esa mezcla suya de incredulidad y resignación que yo conocía bastante bien.

—No necesitamos un perro —dijo al fin, despacio.

Puse mis mejores pucheros, pidiendo piedad.

—Déjame quedármelo —dije—. Aunque sea para… para tener algo que no sea perfecto.

Se hizo un pequeño silencio. Perry aprovechó para intentar treparle por la pantorrilla, con resultados desastrosos pero mucha fe. Giorg cerró la puerta con el codo, sin apartar la vista de la escena.

—Esta casa ya tiene suficientes… complicaciones —murmuró—. ¿Estás segura de esto, Anna? Es mucha responsabilidad. No es un muñeco.

—Lo sé —dije—. Justo por eso me hace falta.

Hice un gesto con la barbilla hacia el cachorro, que justo entonces decidió que lo más razonable era sentarse y mirarlo directamente a la cara. Algo se aflojó en su mandíbula. Lo vi. La coraza cedía.

Se agachó al fin. Perry dio un pequeño salto torpe y le plantó las patas en la rodilla. Giorg lo sostuvo por el pecho con las manos grandes, como evaluándolo.

—Es una bola de nervios —dijo, casi para sí—. Y no tiene ni idea de dónde se ha metido.

—Imagino que eso es un sí —contesté.

Las comisuras de su boca se levantaron lo justo para que yo lo notara. El cachorro, encantado con su éxito, decidió lamerle la barbilla.

Giorg cerró los ojos un segundo.

—Tiene el corazón demasiado grande para ese cuerpo —añadió—. Me miró un segundo—. Igual que tú.

—Entonces encaja —respondí—. Ya sabes que aquí todos vamos un poco desbordados.

Se incorporó con Perry en brazos. Ver al hombre que se pasaba el día midiendo distancias, sosteniendo un cachorro como si fuera algo frágil y valioso, me enterneció.

Y en esa posición se quedó. Yo era, sí, la jefa de la manada, la que daba la comida y las órdenes básicas en italiano, pero Giorg se convirtió en su ser favorito. Perry entendió de inmediato que el cuerpo del capitán, con toda su rigidez y su calor, era el refugio definitivo. Si Giorg estaba en el salón, Perry estaba a sus pies. Si se sentaba en el escritorio, Perry se acurrucaba en una alfombra, cerca del silencio. Perry había elegido al hombre más duro como su lugar seguro. Y Giorg lo permitió.

—Gretel dice que es una locura —añadí, buscando aliados.

—Gretel opina que todo es una locura —respondió—. Por eso la escucho… y luego hago lo contrario la mitad de las veces.

Me miró de nuevo, con el perro medio dormido ya entre sus manos.

—Ya estamos atados —dije—. Al puerto, a esta casa, a María, a la guerra… y el uno al otro. Un perro no va a empeorarlo. Solo va a

ladrar cuando entren extraños. Eso es más de lo que muchos humanos hacen.

Se quedó callado. No hacía falta más. Lo vi ceder, poco a poco.

—Está bien —concedió por fin, bajando la vista hacia Perry—. Se queda.

—Bienvenido a casa —le dije al perro, rascándole detrás de la oreja —. No ladres al señor de la casa cuando llegue tarde… o al menos espera a que haya cenado.

Giorg negó despacio con la cabeza, pero yo ya le había visto sonreír. Mientras se llevaba a Perry hacia el salón, apoyado contra el pecho, pensé que, al menos en esa casa, había entrado algo.

La primera noche, Perry descubrió que era muy pequeño para tanta soledad.

Al principio parecía tenerlo todo resuelto, comió lo que Gretel le puso en el cuenco, bebió agua con un entusiasmo que casi se ahogaba y se quedó dormido otra vez en la manta de la cocina. Yo lo miraba de reojo cada vez que pasaba por allí, contándole mentalmente las respiraciones. Giorg fingía leer el periódico en el salón, pero yo sabía que estaba pendiente del ruido mínimo de uñas sobre baldosa.

Cuando subimos a acostarnos, Perry se quedó abajo, con la luz apagada y la puerta de la cocina entornada. Gretel aseguraba que era «lo mejor», que si empezábamos con tonterías luego no habría manera de que durmiera solo. Yo asentí, pero en cuanto llegamos al dormitorio empecé a notar el hueco.

Al principio no se oyó nada. Luego, un gemido. Uno solo, pequeñito, casi un quejido de madera vieja. Me quedé quieta, con una media en la mano, esperando el segundo. Llegó. Más largo. Más triste.

El tercer gemido ya no fue gemido, fue un pequeño llanto insistente, ese sonido que hacen los cachorros cuando descubren que la oscuridad existe y no les gusta. Se me encogió el corazón.

—Está solo —dije.

—Es un perro —contestó él, razonable—. Los perros duermen en la cocina.

—Los perros normales —puntualicé—. Este nos ha salido así. Se cree persona.

Un ladrido ahogado subió por la escalera como un hilo. Giorg apoyó el libro sobre el pecho y miró al techo unos segundos, como si estuviera haciendo un cálculo complicado, decibelios, horas de sueño.

—Si bajas —anunció—, se acabó. Mañana también llorará, y pasado, y dentro de tres meses seguirá pensando que su cama está escaleras arriba.

Me incorporé. Él me miró con esa cara que mezcla cansancio y rendición.

—Quédate —dijo—. Voy yo.

Lo vi ponerse la bata a medias, descalzo, serio como quien baja a inspeccionar una avería. Escuché sus pasos por la escalera, el crujido de la madera, el clic suave de la puerta de la cocina. El llanto de Perry se transformó en un sonido entre sorprendido y contento. No entendí las palabras que le dijo, pero reconocí el tono: el mismo que usa conmigo cuando me desarmo y él se niega a dejarme sola.

Al cabo de un minuto, el sonido de sus pasos volvió, más lento, más pesado… y acompañado de un resuello pequeño, jadeante, lleno de rizos.

Se asomó al dormitorio con el perro en brazos.

Perry estaba tumbado boca arriba sobre su antebrazo, con la barriga al aire, las patas colgando y los ojos medio cerrados de puro alivio. Giorg lo sostenía como si fuera un bebé, una mano en la espalda, la otra sujetándole el trasero para que no se resbalara.

Se acercó a la cama. Perry, que en teoría era el centro del drama, ya estaba roncando en miniatura, con la boca entreabierta y una pata apoyada en el pecho de Giorg. Él lo miró un segundo, con esa mezcla de incredulidad y admiración que yo le he visto con algunos planos.

Yo tiré de la sábana para hacerles sitio. Se tumbó despacio, aún con el perro pegado al cuerpo. Lo acomodó entre los dos, apoyando la cabeza de Perry en el hueco de su hombro, como si fuera lo más natural del mundo. El cachorro suspiró, se estiró un poco y se acopló

de tal manera que su respiración empezó a acompasarse con la de él.

Yo me giré de lado, de frente a los dos, con la barbilla apoyada en la mano. No podía dejar de mirarlos.

—No digas nada —murmuró Giorg, con los ojos cerrados.

—No he dicho nada —respondí.

—Estás pensando cosas —añadió, sin abrirlos.

—Eso siempre —admití—. Por ejemplo, que si tus superiores te vieran ahora mismo, acunando un caniche en la cama, te retirarían todas las medallas por falta de autoridad.

Una sonrisa mínima le rozó la boca.

Abrió los ojos un segundo, solo para mirarme por encima de la cabeza de Perry. Había algo en esa mirada, en esa familia improvisada, que no tenía nada de teatro y que todo esto ya era nuestro.

Estiré la mano por debajo de la manta y toqué el costado de Giorg, muy suave, evitando al perro. Sentí la firmeza del músculo, el calor de la piel, el peso ligero de la criatura pequeña entre los dos. No era una escena especialmente digna de literatura heroica, un capitán descalzo en una cama demasiado estrecha, una mujer medio despeinada y un perro roncando.

Y, aun así, allí, en esa cama incómoda, por un momento me pareció que estábamos haciendo algo imprudente.

Perry soltó un ronquidito ridículo en el punto justo entre los dos. Giorg resopló.

Cerró los ojos otra vez. Su respiración se fue haciendo más lenta, más pesada. Yo me quedé un rato despierta, escuchando el dúo de latidos: el grande, firme, de él, y el rapidito, nervioso, del perro. Pensé que, si alguien quería entender quién era de verdad el capitán von Hohenfeld, no tendría que mirar informes ni medallas, bastaba con verlo en la cama, acunando al perro.

Me acerqué un poco más, hasta que mi frente casi rozó su brazo.

El olor a jabón, a perro limpio y a hombre cansado me llenó la cabeza. Cerré los ojos por fin.

Si la guerra venía esa noche, me dije, que nos encontrara así: tú, yo y este pequeño desastre rizado en medio.

Capítulo 29

Gretel se movía de un lado a otro de la cocina con una eficacia casi militar, cazuelas, salsas, el postre enfriando en el alféizar, el horno abriéndose lo justo para comprobar el punto del asado. Yo la seguía con una copa en la mano, más para sentir que hacía algo que porque hiciera falta supervisar nada. El mantel bueno ya estaba colocado en el comedor, la vajilla de otra vida brillaba bajo la luz amarilla y, por un momento breve, todo aquello podría haber sido cualquier otra época, si no fuera por el uniforme colgado en el perchero y el racionamiento al bajar la cuesta.

Probé el vino con una responsabilidad que ni yo me creía. No era especialmente bueno, pero era vino de verdad, y eso bastaba para convertirlo en lujo. Gretel me miró de reojo mientras removía una olla, la conozco lo suficiente para saber que tenía una opinión formada sobre todo aquello, pero su forma de protestar era recortar porciones y hacer que las sobras duraran más días, no dar discursos.

María apareció sin hacer gran entrada, simplemente empujando la puerta con la cadera, dejando el bolso sobre cualquier silla libre y quitándose los guantes mientras se acercaba a la encimera. Se remangó la blusa sin preguntar y se ató uno de los delantales de Gretel a la cintura como si llevara haciéndolo allí toda la vida. Yo le tendí una tabla y un cuchillo, y ella se puso a cortar verduras para la ensalada. Estaba más tranquila de lo que estaba yo, lo noté en el tipo de cosas de las que hablaba. Comentó el calor de la mañana, una vecina que se había ido «al campo» demasiado deprisa, lo caro que estaba el pan y lo mal que le sentaba que, incluso en guerra, hubiera hombres capaces de hablar de vino como si ese fuera el problema principal del mundo. Nada ingenioso ni especialmente brillante, solo cosas de amiga, para que la cocina pareciera normal un rato.

Mientras ella cortaba, yo iba y venía entre la cocina y el comedor, ajustando la distancia entre los platos, cambiando las flores de sitio,

vigilando que no faltara ninguna copa. Cada vez que cruzaba el pasillo me llegaba una bocanada de aire más fresco y con ella, de fondo, la presencia constante del puerto: las sirenas lejanas, un motor pesado en la distancia, el eco de una voz que no entendía. Entonces volvía a entrar en la burbuja de la casa, donde el mayor problema aparente era si la salsa se cortaría o si habría sillas suficientes.

El paso de Giorg por el pasillo sonó antes de verlo. Entró en la cocina ya en uniforme, con la guerrera cerrada y la gorra en la mano. Traía pegado el olor de la calle, que chocó con el olor del guiso y el vino y se quedó a mitad, sin decidir cuál ganaba. Se detuvo un instante en el marco, como hace siempre. Todo en su sitio.

Me acerqué a él casi por reflejo, sin pensarlo demasiado. Le quité la gorra de entre los dedos y la dejé sobre una silla, y, aprovechando que estaba quieto, me subí un poco de puntillas y me puse a arreglarle la corbata. No lo necesitaba, por supuesto. La tenía perfectamente recta, como siempre. Pero mis manos parecían haber decidido que un milímetro más o menos de nudo era un asunto urgente. Toqué la tela, tiré apenas del nudo, lo apreté un poco más, y luego dejé que los dedos subieran hasta la nuca con el pretexto de alisar algo invisible. Sentí la piel caliente bajo el pelo corto, la tensión siempre fija a esa altura.

Me quedé un momento de más, sabiendo de sobra lo que hacía. Noté que le cambiaba el aire, un movimiento casi de nada que nadie más habría visto.

María soltó un comentario desde la encimera, algo sobre lo bien que le sentaba el uniforme y lo injusto que era que algunos hombres se arreglaran más para la guerra que para una fiesta, y eso rompió el hilo justo cuando empezaba a tensarse demasiado. Gretel, sin dejar de mover la cuchara, le ofreció a Giorg probar la salsa. Él se inclinó, aceptó la cucharada, asintió. Dijo que estaba perfecta, que no hacía falta tocar nada.

Esa era la jaula, el mantel planchado, la carne en su punto, el vino en copas limpias, nosotros tres haciendo de familia normal bajo la mirada invisible de los futuros invitados. Por dentro, sin embargo, el

aire estaba lleno de cosas que no se decían. María clavaba el cuchillo en las verduras con más fuerza de la necesaria cada vez que oía el nombre de cierto general. Gretel se aseguraba de que las raciones del servicio estuvieran listas antes de sacar nada al comedor.

Cuando salimos por fin al salón para hacer un último repaso a la mesa, pensé que la noche iba a ser exactamente eso: una representación cuidada, una casa impecable, risas medidas, silencios estratégicos. Y en medio, yo, jugando a ser anfitriona mientras tomaba nota de cada sombra que cruzara la cara de Giorg cuando alguien hablara demasiado alto de cosas que no se comentan delante de las mujeres.

Cuando sonó el timbre, ya teníamos cada una nuestro lugar aprendido sin necesidad de ensayos. Gretel desapareció hacia la cocina sin decir nada. María y yo nos quedamos un segundo solas junto a la mesa, revisando por enésima vez los cubiertos.

—Respira —me dijo, bajito—. No es una ópera. Solo es… esto.

—Prefiero las óperas —respondí—. En las óperas los malos cantan antes de hacer algo.

No tuvo tiempo de contestar. El primer invitado entró acompañado por Giorg: un oficial de marina, alto, mandíbula cuadrada, el uniforme impecable y el olor a tabaco caro pegado al abrigo. Detrás venía uno más bajo, con cara de contable, responsable de transporte o de combustible. Cerraba la comitiva un italiano de traje demasiado lustroso, sonrisa demasiado amplia y manos que hablaban por él antes de abrir la boca. Y, mezclados entre ellos como si fueran simples parientes discretos, dos hombres de apellido largo y abrigo bien cortado, viejos nombres que yo ya había visto en las tarjetas del club elegante del centro.

El de marina rio con un sonido breve, automático. El italiano, en cambio, se alargó en cumplidos enseguida, me besó la mano con demasiado entusiasmo y demasiado cerca de la muñeca. Noté el pequeño endurecimiento de la espalda de Giorg a mi lado y tuve que contener la tentación de limpiarme la piel en el mantel.

—Signora, siempre es un honor dejar el puerto para recordar que existe el mundo civilizado —dijo el italiano—. Y con una anfitriona así…

—La civilizada es Gretel —lo interrumpí, sin dejar de sonreír—. Yo solo pongo las flores donde me mandan.

Giorg se colocó en su sitio, en la cabecera opuesta a la ventana, con los dos alemanes cerca.

Yo fui a mi asiento, a su derecha, el lugar perfecto para oír de todo y decir lo justo. María ocupó el otro extremo de la mesa, donde podía ver a todo el mundo sin tener que aguantar al italiano demasiado cerca. Los apellidos de salón encontraron sus sitios solos, como siempre: ni en el centro ni en los bordes, pero desde donde todo se oye.

Los primeros minutos fueron el teatro de siempre: clima, estado de las carreteras, lo complicado que era encontrar café de verdad. El hombre de combustible se quejó de retrasos en los suministros, el de marina habló de temporales, el italiano describió el puerto con un entusiasmo que habría hecho creer a cualquiera que pasaba sus días cargando sacos en vez de firmando papeles. Yo escuchaba, sonreía, servía pan, hacía alguna observación ligera cuando se quedaba hueco el aire.

—Hay días en que Trieste casi parece una ciudad normal —solté, mientras rellenaba las copas—. Hasta que suena una sirena y te acuerdas de dónde estás.

El de transporte se removió en la silla, incómodo. El de marina me miró un segundo antes de llevarse la copa a los labios. El italiano hizo un gesto con la mano, como espantando una mosca.

—No exagere, señora —dijo—. Esta ciudad está mejor que muchas. Aquí aún se brinda.

—Por eso mismo —respondí—. Que al menos la mesa esté a la altura.

Noté el roce de la rodilla de Giorg contra la mía bajo la mesa. No fue un empujón, fue un pequeño aviso: cuidado. Me callé. María, al otro lado, me lanzó una mirada rápida y un gesto mínimo con la ceja que en su idioma significaba «bien, pero suficiente por hoy».

Conforme avanzaba la cena, el tono cambió. El vino hizo su trabajo: aflojó lenguas, quitó barnices. Empezaron a aparecer nombres de pueblos, de valles, de líneas de ferrocarril. Se habló de «zonas delicadas», de «elementos poco fiables», de la necesidad de

«reforzar la disciplina». Yo partía el pan, servía carne, preguntaba por las familias de vez en cuando para obligar a la conversación a desviarse unos minutos hacia algo más humano.

—¿Y su mujer? —le pregunté al hombre de combustible, mientras le ofrecía más salsa—. ¿Ha conseguido adaptarse a la ciudad?

Se sorprendió un poco ante la pregunta, pero respondió. Habló de sus hijos, de los estudios, de lo difícil que era encontrar leche. Durante un minuto dejó de ser el encargado de mover vagones para convertirse en un padre que contaba que su hija no dormía bien cuando sonaban las alarmas. Ese minuto me bastaba.

Fue durante el segundo plato. Uno de los oficiales alemanes, el que llevaba toda la noche hablando de eficiencia, dejó caer mientras se llevaba la copa a los labios:

—Lo que hace falta aquí es orden. Demasiada gente cree que puede ir por libre. La disciplina no admite excepciones. El que no cumple, fuera. Sin más.

Dicho así, con esa naturalidad, como quien comenta el precio del pan. Hubo asentimientos alrededor de la mesa. El italiano levantó la copa en un gesto de aprobación. Los hombres de apellido largo inclinaron la cabeza.

Miré a Giorg. Estaba sentado a mi lado, tan cerca que sentía el calor de su brazo. Esperé. Un segundo. Dos. Él siguió cortando la carne. Llevó el tenedor a la boca. Bebió un sorbo de vino. No dijo nada.

Bajé la vista a mi plato. Respiré hondo. No iba a llorar allí. No iba a hacer nada. Pero algo, dentro, se movió de sitio.

A ratos me limitaba a escuchar. Uno de los aristócratas mayores hablaba con voz baja, casi apagada, pero cada vez que decía «en Viena» se producía un pequeño silencio a su alrededor. Hizo un comentario sobre la «eficiencia» de ciertos procedimientos en el norte, otro sobre la torpeza de algunos mandos locales. No mencionó la palabra judío ni la palabra deportación, pero flotaban en el aire.

—Lo que hace falta es claridad —dijo el italiano en un momento, cortando la carne con entusiasmo—. Menos dudas, menos papeles, más decisiones. La gente respeta la fuerza.

—La gente respeta saber a qué atenerse —respondió uno de los alemanes.

«La gente respeta comer», pensé, pero me lo guardé.

En algún momento María tomó el relevo de mi lado y empezó a preguntar por conciertos, por libros, por cualquier cosa que obligara a los hombres a recordar que habían tenido otros intereses antes de que la palabra «logística» se les comiera la mitad del vocabulario. Los veía enderezarse un poco, recordar un chiste, mencionar un compositor. No duraba mucho; el peso del uniforme volvía enseguida.

A mi derecha, Giorg se mantuvo casi todo el tiempo en su papel de hombre que escucha más que habla. Intervenía lo justo cuando le pedían opinión sobre el puerto, sobre los muelles, sobre la capacidad de carga. Su voz, cuando se ponía técnica, era clara y seca, toneladas, horarios, turnos. Nada en su tono decía lo que yo sabía que pensaba. Pero alguna vez, cuando alguien proponía una «solución expeditiva», lo veía arquear una ceja un milímetro o dejar la copa en la mesa sin beber. Eran gestos tan pequeños que habría hecho falta dormir en su cama para saber leerlos. Yo tenía esa ventaja.

En una de esas, el de transporte insistió en que una de las líneas hacia el norte debía «priorizarse» para «traslados especiales». No explicó más. No hacía falta. Sentí cómo se me encogía un poco el estómago. Me escuché preguntar, casi sin querer:

—¿Qué quiere decir especial?

El hombre me miró como si se hubiera olvidado de que yo estaba allí. Abrió la boca, buscó una palabra, la cerró. Fue uno de los aristócratas de manos finas, el de los recuerdos de Viena, quien respondió con una sonrisa educada:

—Quiere decir que a veces la guerra no solo mueve soldados, señora —dijo—. También mueve problemas.

Lo dijo como si hablara de cajas mal etiquetadas. Yo asentí como si solo hubiera entendido la mitad. Debajo de la mesa, sentí la mano de Giorg cerrar su servilleta con algo más de fuerza de la necesaria.

Hubo un par de brindis más, uno por el orden, otro por el fin de la guerra «en los términos adecuados». Yo choqué mi copa con la de

todos, hice el ruido correcto, sonreí en los momentos esperados. Por dentro, contaba mentalmente cuántas veces había oído la palabra «ejemplo» en boca del italiano y cuántas veces había aparecido la palabra «mercy». Ninguna. Ni siquiera en alemán.

Cuando Gretel retiró por fin los platos y María anunció el postre, supe que la función de esa noche estaba casi cumplida. Habíamos conseguido que comieran, que bebieran, que hablaran, que se sintieran cómodos. Habíamos recogido nombres, gestos, silencios.

Al levantarme de la mesa para servir café, sentí el ligero roce de los dedos de Giorg en la curva de la espalda, justo por encima de la cintura. Un toque mínimo, casi inexistente, que no encajaba con ninguna etiqueta social ni con ningún protocolo militar. No miré atrás. No hacía falta. Ese gesto era su forma de decir: «Lo he visto. Lo he oído. Aguanta un poco más».

Y también, aunque nunca lo diría en voz alta: «gracias por estar aquí conmigo».

Apreté los labios y sujeté la cafetera con más fuerza. Volví a la cocina con la sensación de haber fingido demasiado bien. Pero no lo era. Y mi papel no era solo que los cubiertos estuvieran en su sitio, era no hacer como si no lo oyera.

Salí con la cafetera en la mano. Serví las tazas una por una, empezando por los extremos de la mesa. El de marina dio las gracias con un gesto breve y volvió a hablar de barcos y piezas. El de transporte miró el café como un lujo. Uno de los apellidos largos sostuvo la taza como si estuviera pesando otra cosa.

Cuando terminé la ronda, Gretel apareció detrás de mí con una bandeja de botellas y vasos pequeños. Era la señal. Los hombres se levantaron poco a poco, se movieron hacia el pasillo con la excusa del cigarrillo, el aire, el licor de después. El comedor se aflojó un poco, las sillas vacías, las servilletas abandonadas. En realidad, las frases importantes empezaban ahora, a medio camino entre la mesa y la cocina.

El pasillo estaba lleno de humo. Dos de los oficiales se habían apoyado en la pared con la copa en la mano y el cigarro en la boca. El italiano ocupaba mucho sitio con los hombros y los gestos, como siempre. Los alemanes escuchaban más que hablaban, asentían

cuando debían y soltaban de vez en cuando alguna palabra que sonaba a mando y a años de servicio.

Entré con una bandeja de copas limpias, María venía detrás con platos. Pasar entre ellos exigía cuidado para no chocar con un codo ni con una frase.

—Han llegado nuevas instrucciones desde el norte —decía uno, exhalando humo hacia el techo—. Quieren traslados definitivos, nada de idas y venidas.

—Siempre quieren más trenes —respondió el otro—. Más trenes, más listas, más firmas. Como si aquí pudiéramos estirar las vías.

—Hablan de campos de trabajo —añadió el italiano, bajando un punto la voz—. Pero todos sabemos que, cuando empiezan con rodeos, es que no quieren que nadie pregunte demasiado.

Yo me hice la distraída, ajustando la bandeja contra la cadera. María, detrás, fingió que se le resbalaba un tenedor de la pila de platos. El metal tintineó en el suelo.

Aproveché el gesto para inclinarme también, como si tuviera que corregir el equilibrio de las copas. Durante un segundo quedamos las dos a la altura de sus zapatos, la bandeja entre mis manos, el tenedor entre las suyas.

—Udine —susurró ella, sin mirarme.

—Definitivos —respondí, moviendo apenas los labios.

Nos incorporamos a la vez, las caras ya en su sitio, las espaldas rectas. Uno de los oficiales se apartó medio paso para dejarnos pasar, otro hizo un comentario sobre lo difícil que era encontrar buen personal. Sonreí como si no hubiera oído nada más que eso y seguí hasta la cocina, con el corazón un poco más rápido y dos palabras nuevas colgando de la memoria.

En una de las idas y venidas lo pillé a él, a Giorg, solo en el extremo del pasillo, junto a la puerta del despacho. Tenía un papel doblado en la mano y lo estaba plegando con demasiado cuidado para ser solo papel. Me acerqué con la copa de licor en la bandeja como quien se acerca a arreglar una flor.

—Tienes algo aquí —dije, tocando la solapa de su chaqueta.

Antes de que pudiera apartarse, incliné un poco la bandeja, lo justo para que una gota de vino oscuro cayera sobre el borde del tejido.

La mancha se abrió como una pequeña flor desordenada.

—Perfecto —añadí, bajando la voz—. Ahora tienes excusa para irte antes.

Él bajó la vista a la solapa, luego la levantó hacia mí. Había cansancio en su expresión, y esa sombra que le he visto muchas veces cuando está haciendo sumas morales que no le cuadran.

—No es tan fácil —murmuró—. Ni aquí, ni en el puerto.

Se inclinó un poco, lo justo para que nadie más nos oyera.

—Ten cuidado con lo que oyes, Anna. Y con lo que decides guardar.

—Llegas tarde —pensé. En voz alta solo dije:

—No me subestimes. Y menos mi manía de acordarme de todo.

Pasó los dedos sobre la mancha de vino y volvió al comedor con el papel ya metido en el bolsillo interior. Yo me quedé un momento en el pasillo, con la bandeja en la mano, escuchando a mis espaldas otra vez la palabra «listas» y la frase «cuando todo esto acabe».

Después vinieron las despedidas. El italiano fue el primero en ponerse el abrigo, todavía hablando demasiado alto y demasiado cerca. Los alemanes salieron casi juntos, uno quejándose del café de cebada, otro diciendo que no recordaba la última vez que había visto una mesa tan bien puesta. Los dos nombres del club elegante se fueron los últimos, con las bufandas ajustadas, las manos en los bolsillos, prometiendo que «hablarían pronto» de cierta cuestión del puerto. Miraban a Giorg más que a mí, él respondía con esos asentimientos suyos que nunca significan un sí completo.

Cuando la puerta se cerró por fin detrás del último, la casa se quedó en silencio, lleno de platos sucios y humo que no acababa de irse. María y yo recogimos lo peor del desastre con Grete. Hablamos poco, no hacía falta. Cada una iba repitiéndose por dentro sus propias palabras clave de la noche.

Subí las escaleras más tarde de lo que me habría gustado, con olor a vino seco todavía pegado a las manos. En el rellano, apoyado contra la pared, estaba él, ya sin guerrera, con la corbata floja, las mangas de la camisa remangadas hasta los antebrazos. Parecía menos capitán y más hombre, pero el peso en los hombros seguía ahí.

Abrí la camisa con calma, dejando que los botones cedieran bajo mis dedos. Se abrió despacio y apareció su piel, caliente y tensa. Deslicé la mano desde el hombro hasta el centro del pecho y noté el latido irregular bajo la palma, demasiado rápido para el silencio de la habitación. Me acerqué a su cuello, aspirando el olor que todavía traía adherido.

—Hueles a ellos.

No lo dije para herirlo. Era simplemente verdad. Su mandíbula se endureció apenas y bajó la mirada hacia mí.

—Anna.

Mi nombre cayó entre los dos con un peso distinto al de otras noches. No había invitación en su voz, ni tampoco rechazo abierto, solo cansancio.

Me quedé con los dedos detenidos en el siguiente botón, esperando un gesto, una señal. Él no avanzó, pero tampoco me apartó. Permaneció inmóvil, respirando hondo, con los ojos perdidos más allá de mi hombro. Retiré la mano con suavidad.

—No estás aquí —murmuré.

No lo dije con reproche. Solo necesitaba nombrarlo.

Tardó unos segundos en responder.

—Estoy cansado.

No insistí. Di un paso atrás y me senté en el borde de la cama, dejándole espacio sin dramatismo. Lo oí terminar de quitarse la camisa; la tela rozó la silla, el armario crujió al abrirse. Movimientos medidos, casi mecánicos, que conocía bien.

Cuando me metí bajo las sábanas, él ya se había tumbado de espaldas en su lado. No lo busqué. Tampoco él hizo el gesto de acercarse.

Nos quedamos así, en la oscuridad, escuchando la respiración del otro.

Al cabo de un rato, su mano avanzó bajo la sábana hasta encontrar la mía. No me atrajo hacia él ni la apretó con fuerza, simplemente la sostuvo, firme.

Aquella noche eso fue lo único que supimos darnos.

Capítulo 30

La Trieste italiana de hacía dos años se había vuelto gris y alemana de la noche a la mañana, y el marido que traje conmigo ya no era un asesor, sino la autoridad que debía impedir que el puerto se detuviera.

El murmullo habitual de las voces en italiano, los vendedores y algún coche suelto se había mezclado con el ritmo seco de botas, el motor grave de los camiones y unas órdenes en alemán que empezaban a imponerse en la calle. En las fachadas, las viejas banderas italianas descoloridas habían desaparecido, en su lugar colgaban enseñas de un rojo demasiado vivo, marcadas con una cruz gamada limpia y reciente. Más abajo, en el puerto, se veían los uniformes oscuros de la SS entre las grúas y los bultos, moviéndose por todas partes, en un sitio que no era el suyo.

Bajé al comedor con el miedo pegado a la piel. Las noticias llegaban desde la radio del despacho, esa voz italiana que ahora modulaba el entusiasmo con prudencia, como si el locutor estuviera leyendo con una pistola en la nuca.

Giorg estaba inclinado sobre la mesa grande, la de los mapas. El uniforme le quedaba aún más rígido que de costumbre. En la repisa, junto al ventanal, una caja abierta a medias guardaba el águila y el escudo. Giorg no los había puesto. Podría haberlo hecho en un minuto, con la precisión con la que ajustaba cualquier cosa. No lo hizo. Llevaba el uniforme como exigían, en el pecho, solo el águila obligatoria. Jamás el brazo en alto. A veces su desobediencia era mínima, casi invisible.

—Han llegado más SS al puerto —dije, apoyándome en el marco de la puerta—. Y han cambiado todos los carteles. Parece otra ciudad.

Giorg no levantó la cabeza de inmediato. Terminó de trazar una línea limpia con el lápiz, desde un muelle hasta una pequeña anotación en el margen. Después dejó el lápiz junto a la regla, se pasó una mano lenta por la nuca y por fin me miró.

—Es el mismo puerto, Anna. —Su voz era baja, ordenada, esa voz que parecía firmar cada sílaba—. Solo han cambiado las banderas y quienes creen mandar sobre él.

«Quienes creen», no «quienes mandan». Apunté mentalmente la grieta.

Me acerqué despacio. Desde allí pude leer una parte del informe que tenía abierto: nombres de barcos, horarios, rutas que llevaban hacia el norte y hacia el este, sellos frescos estampados con esmero. Entre la tinta y la caligrafía de oficina, asomaba una frase subrayada con lápiz rojo: «Conocimiento exhaustivo del puerto. Irreemplazable».

Dejó escapar un aire corto, que en otro hombre habría sido un suspiro. En Giorg era casi una confesión.

—Han confirmado lo que ya sabíamos —respondió—. Que me quedo. Que mis superiores consideran que mi conocimiento del puerto es… —Buscó la palabra en italiano— imprescindible.

Pronunció «imprescindible» con acento alemán, las eses un poco más marcadas, y por un segundo la oí como sonaría en boca de mi padre: una palabra que halaga y encadena al mismo tiempo.

—O sea que cuanto más imprescindible, más atado.

Él me sostuvo la mirada. En esos segundos se podían leer muchas cosas: el orgullo del buen oficial al que reconocen el trabajo, la conciencia del riesgo, la carga invisible sobre los hombros. También una sombra de algo que no le habría gustado admitir.

—No es una jaula, Anna —murmuró—. Es un puesto.

—Claro —la ironía se me escapó sin querer—. Buenas vistas, mismas rejas. Antes italianas, ahora alemanas. El hierro pesa igual.

La comisura de sus labios se movió apenas. Se apartó un milímetro del mapa, lo justo para no rozar mi mano.

—Te dije desde el principio que no sería fácil sacarnos de aquí —admitió—. No a mí. No ahora.

«No ahora» sonaba a «tal vez nunca». Sentí que la casa respiraba distinta.

El Circolo (la resistencia aristocrática) y la maquinaria que venía del norte empezaban a mezclarse. Las mismas mesas, pero ya no podías saber quién escuchaba ni para quién trabajaba cada uno.

Yo sabía, por cómo regresaba tarde, que Giorg ya caminaba sobre ese filo: por un lado, el oficial eficaz que sus superiores necesitaban, por otro, el hombre que conocía demasiado bien la ciudad como para reducirla a informes.

Me giré hacia él, dejando que mi cadera rozara el canto de la mesa.

—Entonces habrá que celebrarlo, supongo… —fruncí la nariz—. ¿Cómo lo llaman ahora? ¿Ratificación? ¿Confirmación? ¿Un ascenso con más cadenas?

Esta vez sí sonrió. Poco, pero de verdad. La dureza de sus ojos azules se suavizó apenas.

—No lo llames así —pidió.

Guardó silencio. Podía haberme soltado el discurso de siempre. Pero no dijo nada.

—Anna… —dijo al fin.

No era una advertencia. No era un reproche. Era mi nombre, cargado de todo lo que no podía discutir.

Di un paso hacia él. Sentí el olor a cuero y a frío pegado a su uniforme. Mi voz bajó un tono, del juego al filo.

—Solo recuerda una cosa, capitán von Hohenfeld —susurré, rozándole el cuello con los labios—, allí fuera puedes ser todo lo imprescindible que quieran… pero que no se te olvide quién eres.

Sus dedos se crisparon un instante sobre el borde del mapa. Después se obligó a soltarse, a enderezar los hombros, a volver a ser el hombre del uniforme.

Aquel día el mercado olía más a hueco que a pan. Lo sentí antes de doblar la esquina, ese silencio raro que no es ausencia de ruido, sino de costumbre. Las voces estaban, los puestos estaban, los carros chirriaban… pero se notaba que faltaba de todo.

A mi lado, María apretaba contra el pecho la cesta de mimbre como un escudo. Tenía la cara seria, el pañuelo bien ajustado, a primera vista, una señora más haciendo recados. Solo quien la conociera de verdad vería que iba contando, como yo, quién estaba y quién no.

El primer vacío era el más visible.

La persiana del panadero estaba bajada a medias, dejando ver apenas una franja oscura donde antes abría el olor a pan. El cartel seguía colgando, un poco torcido, con el apellido pintado en letras

azules. Sobre el picaporte, alguien había pegado un papel con prisa: «Se fue al norte. Cerrado hasta nuevo aviso».

No hacía falta decir más. En Trieste, «al norte» ya no eran montañas ni balnearios. «Al norte» era un punto más allá de las vías, donde los trenes que iban llenos volvían vacíos.

Seguimos andando. En una esquina, un grupo de mujeres murmuraba con las cabezas juntas. Una de ellas alzó la vista al vernos pasar y forzó una sonrisa.

—Dicen que le salió un trabajo —comentó, señalando con la barbilla la persiana del panadero—.

Bueno, ya sabes, con los alemanes… Se lo llevaron para trabajar.

Incliné la cabeza, como si agradeciera la información. Sentí el tirón microscópico en el brazo: María, que ya me conocía, que ya me veía coger aire. La solté igual.

—Qué maravilla ese trabajo donde te vas sin maletas y sin despedirte —dejé caer, en voz muy baja—. Debe de ser una oportunidad única.

La mujer parpadeó, incómoda. Sus ojos hicieron el gesto reflejo de cualquiera en esos tiempos: un rápido salto hacia los uniformes que podían o no estar a la vista. No había ninguno cerca, pero el hábito ya se nos había metido bajo la piel.

María apretó un poco más fuerte mi brazo.

—Basta —susurró entre dientes, sin perder la sonrisa neutra—. No les des frases que puedan repetir si los interrogan.

La puerta de la modista estaba cerrada con llave. Por las rendijas de las persianas se veía aún el interior: el maniquí desnudo, la cinta métrica colgando de un clavo, un retazo de seda verde olvidado sobre la mesa de corte. El cristal tenía todavía la estrella de David pegada en una esquina, trazada con un pulso tembloroso. Alguien había colocado un papel encima, intentando taparla. El papel se había humedecido y ahora se pegaba al vidrio como una piel vieja.

—Cerró de golpe —comentó una voz detrás de nosotras—. Ayer todavía estaba probándole un abrigo a la señora de la farmacia, y por la noche… —La mujer se encogió de hombros—. Llegaron. Ya sabes.

Me giré apenas. La señora que hablaba se hacía la distraída, pero los ojos se le llenaban de agua. No lloraba por la modista, pensé, lloraba por el miedo.

—Así que también se la llevaron «a trabajar» —dije, mirando el papel húmedo sobre la estrella—. Tan deprisa que dejó las tijeras donde estaban.

María me pellizcó discretamente en la parte interior del brazo.

—Anna —repitió mi nombre como un rezo corto—. Te lo digo en serio.

Seguimos caminando, y cada tramo de calle traía un rumor, una frase que flotaba entre puesto y puesto: «Se los llevaron de noche». «Ni le dejaron preparar una maleta». «Dijeron que era para trabajar». «Pero si tenía niños…»

El mercado estaba lleno de verduras, de pescado, de gente yendo y viniendo. Pero los huecos pesaban más. Las sillas vacías delante de los portales, las ventanas que no se abrían, los sonidos que ya no sonaban. Hasta el mar parecía un poco más lejos.

Cada vez que alguien decía «para trabajar» con esa vocecita obediente, me daban ganas de morder.

—¿Recuerdas cuando «irse a trabajar» significaba ponerse el sombrero y volver al atardecer oliendo a tabaco y oficina? —murmuré—. Ahora es solo otra manera de decir que alguien ha desaparecido.

—Antes también desaparecía gente —respondió María, cansada.

—Sí —asentí—. Pero no nos pedían que hiciéramos como que era normal.

Pasamos junto a un grupo de soldados alemanes que fumaban apoyados en un camión, riéndose entre ellos. Las botas bien lustradas, los emblemas en el pecho, el idioma duro golpeando las paredes. Uno de ellos nos miró de arriba abajo con un interés perezoso. Bajé la vista lo justo para no provocar, pero no lo suficiente como para parecer sumisa.

Sentí la mirada de María clavada en mi perfil.

—No pienses frase ahora —me susurró, casi sin mover la boca.

—Ni una sola —mentí.

Porque sí las pensaba. Todas afiladas. Todas peligrosas.

Frases para tatuar en la piel de esos hombres, en los papeles, en las paredes del puerto. Pero las guardaba en la lengua, como un cuchillo en la manga.

Llegamos al puesto de verduras de siempre. El hombre que lo atendía, un italiano grueso con manos enormes, nos saludó con un gesto de cabeza.

—La señora Bianchi tampoco ha venido —comentó, mientras ponía tomates en la cesta—. Dicen que está enferma.

Ya ni pregunté. «Enferma» era otra palabra nueva, como «trabajar» y «norte». Todas significaban lo mismo: se la llevaron, no preguntes, sigue comprando.

—Trieste se está quedando sin gente —dije, casi con calma—. Al final va a ser más fácil contar quién queda que quién falta.

El verdulero se encogió de hombros, mirando rápido a la calle.

—Mientras haya quien compre… —balbuceó.

Mientras haya quien obedezca, corregí en mi cabeza.

De regreso a casa, subiendo la cuesta, María por fin explotó en pequeño.

—¿Por qué lo haces? —preguntó—. ¿Qué ganas?

Me detuve un segundo, obligándola a detenerse también.

—Si no digo nada, todo esto se me queda aquí. —Me toqué el pecho—. Y me pudre por dentro. Mejor que salga, aunque sea en voz baja.

—Y yo prefiero que no te la arranquen —replicó—. No todos tenemos un marido capitán al que obedezcan. Ni una casa donde, de momento, no llaman de noche.

Ese «de momento» quedó suspendido entre nosotras, más pesado que la cesta de mimbre.

Empecé a caminar de nuevo.

—Precisamente por eso —dije—. Porque tenemos una casa donde todavía no llaman de noche. Porque yo estoy relativamente a salvo. Si ni siquiera yo puedo permitirme decir «qué maravilla de trabajo», ¿quién lo va a decir?

María negó con la cabeza, pero no discutió más. Yo sabía que esa lengua afilada era mi defensa. Y que me delataba, a veces, y se me volvía en contra.

Al llegar a la puerta, mientras se oía el trajín de los criados y de la radio, me volví una última vez hacia la ciudad. Conté los huecos en silencio. Luego me mordí el labio hasta que me supo a sangre.

La noche se había echado sobre Trieste con un silencio extraño, de esos que pesan. Desde el salón no se oía ni el murmullo de la radio de la cocina; los ruidos de la casa se habían recogido hacia las habitaciones del fondo, dejando el pasillo vacío y a la espera.

Estábamos los tres allí, Giorg sin guerrera, solo en camisa blanca con las mangas arremangadas, un vaso en la mano, María y yo frente a él, no a su lado, sentadas como testigos, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante.

Giorg bebió un sorbo lento. Alzó la vista hacia nosotras y, por fin, renunció a los rodeos.

—Voy a decirlo sin rodeos. Mi rango nos da techo, nos da comida, nos da margen para torcer cosas… para proteger a gente, para mover papeles donde puedo. —Hizo una pausa—. Pero también me ata al aparato que está haciendo esto.

No señaló nada, no hizo falta: «esto» eran las persianas bajadas del mercado, los huecos en las casas, los trenes que salían llenos «para trabajar», las calles donde cada semana desaparecía alguien y quedaba un silencio nuevo en su lugar.

María se incorporó un poco, clavando los codos en las rodillas, con las manos entrelazadas. Tenía la cara limpia, sin maquillaje, el pañuelo ligeramente torcido, y una dureza en la expresión que no era contra él, sino contra la mentira que empezaba a agotársenos a todos.

—No puedes usar «cargo» como si fuera alergia —lo cortó, sin suavidad—. No es algo que te ha caído del cielo y te hace estornudar sin culpa. Lo sostienes cada mañana cuando te cierras esos botones.

Lo soltó de corrido, como quien tiene miedo de que si se calla un segundo, le interrumpan con excusas. Desde mi butaca, lo miraba todo con tensión y curiosidad. María así, tan directa, Giorg sin uniforme, con la camisa algo arrugada y el vaso en la mano.

Él sostuvo la mirada de María, dejó que el reproche lo atravesara y se quedara ahí. No se defendió de inmediato. Finalmente respiró

hondo.

—He elegido muchas cosas, sí —concedió—. Entre ellas, que aquí no falte techo ni comida. Que no llamen a esta puerta de noche. Que cuando yo llego tarde sea por trabajo… y no porque alguien os esté contando que me pegaron un tiro por deserción. —Se inclinó un poco hacia nosotras—. Eso también es elección. Y no es pequeña.

—Eso convierte el uniforme en pacto —insistió María—. Y los pactos se pueden romper. O se pagan. Pero no me digas que el uniforme «te pasa» como quien tiene sarampión. Te lo pones. Cada día.

El silencio que siguió no fue corto ni cómodo. Me enderecé, crucé una pierna sobre la otra con un gesto pausado y hablé sin subir la voz.

—Yo puedo vivir en una casa más pequeña —dije—. Puedo vivir con menos criados, con menos mantel planchado, con menos vestidos. Ya lo he hecho antes y no ha pasado nada. —Lo miré directamente, sin pestañear—. Lo que no quiero es vivir con un hombre que un día no soporte mirarse al espejo.

Giorg apretó un instante la mandíbula, y vi el esfuerzo que hacía por no refugiarse en la retórica del deber. Al final, lo que salió fue más sencillo, y por eso más verdadero.

—No habláis de techo ni de comida —murmuró—. Habláis de culpa.

—Hablamos de mañana —lo corrigió María, bajando un poco el tono, pero no el filo—. Del día en que ya no puedas decir «no sabía», «no pude», «no era yo quien firmaba». Ese día no habrá uniforme que te salve de ti mismo. —Se giró hacia mí—. Ni de nosotras.

—Y yo no quiero acostumbrarme a justificarte —añadí—. No quiero convertirme en esa mujer que piensa: «sí, hace cosas terribles, pero en casa es amable». No podría respetarte. Y sin respeto, ni esta casa ni ninguna cama sirven de nada.

La palabra «cama» resonó en la penumbra de modo distinto. No fue un gesto teatral, fue una verdad concreta. Los tres sabíamos lo que significaba.

Giorg bajó la vista hacia el vaso. Sus dedos, tan controlados siempre, juguetearon con el borde un instante.

—¿Qué queréis que prometa? —preguntó, sin ironía—. Decidlo claro.

María no dudó.

—Que si llega un día en que la única forma de conservar esta casa es que tú pierdas la cabeza… la eliges a ella. —Se tocó la sien—. La cabeza. La tuya, la nuestra, la de todos. No las paredes.

Tomé la imagen y la afilé un poco más.

—Que si para mantener intactas estas cuatro paredes hay que vaciarte por dentro hasta que no te reconozcamos, eliges la cabeza. —Mi voz se volvió más íntima—. Que prefieres ver esta casa ardiendo antes que verte convertido en un hombre al que yo no pueda mirar sin apartar la vista.

Giorg se echó hacia atrás en la silla. La camisa se le tensó sobre los hombros, la piel del cuello se le enrojeció un poco. Pareció, no el oficial impecable con todo bajo control, sino un hombre acorralado entre lo que debe, lo que puede y lo que quiere ser.

—No voy a desertar mañana —advirtió, despacio—. No puedo dejar esto así. Desde dentro todavía puedo torcer cosas: retrasar un tren, perder un papel, cambiar un nombre por otro. Hay gente que, si yo desaparezco ahora, se queda sin esa mínima oportunidad.

—Te admiro por eso —añadí—. Pero a veces eres insoportable cuando te cierras así.

—No es frío —la voz se le quebró apenas—. Es lo único que me mantiene en pie.

—No te estamos pidiendo que huyas esta noche —dijo María, y su voz, sin perder firmeza, sonó más humana—. Te estamos pidiendo que digas hoy hasta dónde sí… y desde dónde no. Que lo decidas mientras aún tienes elección.

Él nos miró a una y otra, despacio. Primero a María, con su dureza que lo empujaba hacia el borde, luego a mí, con esa mezcla de miedo y admiración que yo misma no sabía controlar. Se inclinó hacia delante, los codos en las rodillas, las manos entrelazadas, la lámpara marcándole sombras en la cara.

—Escuchadme bien —dijo—. Esta casa: techo, comida. Pero si mañana me piden firmar nombres… si llega el día en que lo único que se espera de mí es que obedezca sin pensar, sin mirar, sin

medir… ese día no me tendrán. Prefiero ver estas paredes arder. Primero nosotros. Después, que arda lo demás.

María asintió una sola vez, corta, con la satisfacción de quien ya ha oído lo suficiente. Para ella fue casi un contrato oral. A mí, en cambio, la promesa me sacudió el cuerpo.

No dije «gracias». No era un favor, era una decisión que nos arrastraba a los tres. Me levanté despacio. Notaba un calor nuevo, y no era por las caricias: era por verlo decidir.

—Me voy a la cama —anuncié, con fingida calma.

Giorg alzó la vista hacia mí, sosteniéndola un instante más de lo necesario. En sus ojos había ternura, y un respeto que dolía más que cualquier «te quiero».

Me acerqué lo suficiente para que solo él me oyera.

—Ahora ya sabes —susurré—, cuando llegue ese día, no estarás eligiendo solo por ti. Estarás eligiendo también por mí.

Sus dedos rozaron los míos apenas, un contacto mínimo, casi furtivo.

—No quiero que te cueste la vida —murmuró.

—A mí me asusta más que me cueste el respeto —repliqué, sin temblar.

Lo dejé allí, con el vaso, los papeles en sombra, su propia conciencia recién nombrada, y subí la escalera.

En el dormitorio, la cama me esperaba. Me desnudé casi en automático, pero cada gesto me pareció más pesado, esa noche ya no era igual.

Al meterme en la cama, el frío de la tela me arrancó un suspiro. El corazón me golpeaba demasiado fuerte. Oírle decir que prefería ver aquellas paredes arder me despertaba un hambre que me nacía de muy adentro; pero saber que ese pacto podía ser nuestra sentencia me ponía un nudo en el estómago. Me apreté la mano contra el pecho. Entre el frío que me venía de fuera y el calor que me subía por dentro, supe que ya no había vuelta atrás.

Fuera, la noche se hizo dueña de Trieste. Abajo, en el salón vacío, el vaso con un resto de licor seguía sobre la mesa, brillando en la penumbra.

Capítulo 31

Supe de la carpeta antes de verla. No estaba allí cuando se la pusieron delante, pero conocía tanto el gesto de Giorg leyendo malas noticias que podía reconstruirlo sin esfuerzo. A esas alturas había dos guerras, la suya, que se libraba con sellos y papeles, y la mía, que se jugaba leyendo cuánto tardaba él en quitarse la guerrera o cómo cerraba la puerta del salón.

Aquella mañana, las dos guerras se juntaron en un solo objeto, una carpeta más gruesa de lo normal con un sello rojo, de esos que te ponen los pelos de punta antes de leer ni una letra.

Más tarde, cuando él me lo contó, rellené los huecos sola. Lo vi en mi cabeza, sentado tras esa mesa de madera demasiado grande, con el puerto detrás de la ventana. Vi al subalterno dejarle la carpeta encima de la montaña habitual. Vi la portada, con esas expresiones que ahora sabía de memoria: «inspección de posiciones navales y portuarias del Adriático», «evaluación de capacidad operativa», «coordinación del Muelle IV Adriático con la red ferroviaria». Vi los nombres de siempre, ordenados en una línea que no me gustaba nada: Fiume, Pola, Zara, y luego ese «posibles tramos por ferrocarril hacia el interior» que, traducido, significaba zona mala, pero ya veremos cuán mala cuando lleguemos.

Sé cómo lee Giorg cuando el papel lleva peligro. No se salta ninguna palabra. Sostiene el lápiz con toda la concentración del mundo y hay un momento en que se queda quieto. La mano suspendida sobre la línea de la firma. Un músculo marcándose cerca de la sien. Ese segundo era su única concesión al miedo. Después llegaba el trazo: su apellido hundiéndose en el papel y encadenándolo a todo lo que venía detrás.

El primer aviso para mí no fue la carpeta, sino la tardanza. Aquella tarde los minutos se estiraron de una manera particular, cada crujido de madera en la casa me parecía su paso… hasta que dejaba de serlo. Cuando por fin lo oí de verdad, supe que algo estaba distinto.

Reconocía el ritmo de sus botas en el pasillo, pero aquel día había en cada pisada otra gravedad. Yo estaba en el salón con un libro abierto sobre las rodillas, fingiendo leer; llevaba varias páginas viendo solo letras bailar. Cuando lo vi entrar supe que mi intuición no se equivocaba: traía la gorra en la mano, la guerrera doblada sobre el brazo y esa expresión cuidadosamente neutra que en él siempre significaba que tenía que venderme algo que ni él mismo entendía del todo.

Dejó la guerrera en el respaldo del sillón con más cuidado del necesario. En la otra mano llevaba una carpeta con ese aire de «aquí dentro hay cosas que no se le cuentan a las esposas». Se acercó, me saludó con un gesto breve y dijo la palabra que yo estaba esperando y temiendo desde que había empezado el día.

—Trabajo. Ha llegado una orden.

«He llegado a casa con la muerte agarrada del brazo», pensé yo. Pero asentí como si me estuviera hablando del tiempo.

Él se sentó frente a mí, con la carpeta apoyada en el muslo. La luz de la tarde le daba de lado y le marcaba la mandíbula, exacta, como un trazo. Vi la misma pausa que había imaginado en el puerto: los dedos apoyados sobre el borde del cartón. Entonces empezó su pequeña función de censura.

—Solo es una ronda de inspección —dijo—. Puertos y vías. Fiume, Pola, Zara… algún trayecto en tren hacia el interior. Evaluación de capacidad, coordinación con la red ferroviaria del Südbahn. Volveré en pocas semanas.

«Solo». «Ronda». «Inspección». Yo asentí despacio. Por dentro, hice la traducción simultánea en el idioma que me enseñó Viena y perfeccionó Trieste: voy donde las cosas explotan.

—Fiume, Pola, Zara… —dije, porque si no preguntaba algo el miedo se me subía a la garganta—. ¿Te han dicho dónde están los refugios antiaéreos en cada ciudad?

Se le movió un poco la comisura, pero la sonrisa no llegó a nacer.

—No vamos de vacaciones, Anna.

—Eso ya lo he entendido —respondí—. Por eso pregunto por los refugios.

Mientras hablábamos, yo sentía que una parte de mí quería saltarle al cuello y sacudirlo hasta que dijera la verdad sin adverbios tranquilizadores, y otra parte se fijaba en detalles ridículos: el cuello de la camisa estaba un poco más abierto de lo habitual, la piel de la base del cuello tenía un tono distinto del resto, delatando el sol del puerto; olía a tabaco, a mar y a ese sudor limpio que traía cuando había tenido un día difícil pero todavía controlado.

Alargué la mano hacia la carpeta, más por probarle que por esperar que me dejara leerla. Él me la acercó, pero sin soltarla del todo.

—¿Y qué dice exactamente esa orden que «solo» inspecciona?

Repitió la lección: comprobar la capacidad de los puertos para asegurar rutas de convoyes de combustible y munición, revisar daños, proponer mejoras, coordinar horarios con los trenes del Südbahn. Traducido: ponerse en medio de lo que querían hundir los aliados y lo que querían volar los partisanos, intentar que todo siguiera funcionando y, de paso, no perder ninguna extremidad. Yo lo escuché en silencio, dejando que las palabras técnicas desfilaran con su aburrimiento, y cuando acabó me descubrí con las uñas clavadas en la palma.

—En el papel suena bien —admití—. Pero eso no sale en los informes: que entre un convoy de combustible y el siguiente hay gente en las colinas contando los segundos; que desde los aviones no siempre se distingue un objetivo militar de tu cuerpo. Esa es la parte que no me deja en paz.

Él me miró de una manera que reconocí al instante. No es que tuviera miedo de morir, al menos no como lo tenemos los demás; lo que le angustiaba era perder el control.

—Sé a dónde voy, Anna —dijo, más bajo—. No necesito que me lo recuerdes.

—Yo también sé a dónde vas —dije—. Tú te vas donde las cosas explotan y luego lo llaman «incidencias», y yo me quedo aquí con el oído pegado al timbre. No me sale celebrarlo.

Estiró la mano y me rozó los dedos. Fue un contacto mínimo, casi nada, pero la descarga me trepó por el brazo, seca y rápida.

—Volveré en pocas semanas —repitió—. No pienso empezar la cuenta atrás en tu cabeza antes de hora.

Demasiado tarde, pensé. Me levanté con la excusa de ir a buscar agua, porque si seguía mirándolo así iba a acabar o llorando o arrancándole la camisa, y ninguna de las dos opciones encajaba. Mientras servía el agua, con el cristal tintineando apenas, me sorprendí pensando: su integridad me impone, su misión me aterra. Volví al salón con los vasos, le puse uno en la mano como si fuera una medicina, y sonreí lo justo para que no se asustara de mi miedo.

Él bebió un sorbo, fijó la vista en algún punto detrás de mí y dijo algo más sobre horarios, trenes, informes. Yo asentí, guardé cada dato y por dentro lo resumí de la única manera honesta: me han quitado a mi marido durante unas semanas para mandarlo a pasear por un mapa donde todo el mundo está disparando a todo el mundo.

El despacho se convirtió en mesa de guerra mucho antes de que él se fuera. Los papeles de siempre tenían otro peso. No eran solo informes. Eran papeles que, en manos equivocadas, le destrozaban la vida a cualquiera con un sello. Y Giorg no estaba ahí para decidir sobre nadie: no elegía destinos, no firmaba condenas.

Lo suyo era otra cosa, más silenciosa: mover documentos, cerrar grietas, impedir que lo burocrático se volviera un arma.

Por eso empezó a separarlos con esa calma casi quirúrgica. Los que necesitaba llevarse para que no los tocara nadie más. Los que debían quedar a salvo, escondidos donde no llegara la curiosidad ni la prisa. Y los que no podían seguir enteros: borrar un nombre, cortar una lista, romper una cadena de referencias. No para esconder culpa, sino para que nadie pudiera usar aquello contra alguien.

Verlo así, con las mangas de la camisa remangadas, el ceño fruncido y ese gesto preciso de quien decide el destino de papeles y personas, me apretaba una parte del cuerpo y se me helaba la otra. Era raro que me pareciera atractivo mientras calculaba qué quemar y qué esconder, pero mis reacciones no pidieron permiso a la Historia.

Lo de quemar empezó con un solo folio, casi un experimento. Había traído un recipiente metálico y lo puso en el suelo junto a la butaca de cuero. Abrió un informe de los que venían con sellos demasiado entusiastas y nombres que yo conocía de oídas, y se quedó un momento en silencio. Mientras leía, yo veía en sus ojos esa dureza

que le salía cuando lo que tenía delante no era solo papel, sino algo sucio. Al final, sin teatralidad, arrancó las páginas centrales, las dobló por la mitad y les acercó la llama de un fósforo. El papel tardó un segundo en reaccionar, y luego ardió con una rapidez casi insultante. El humo subió en espiral, mezclándose con el olor viejo del cuero y la tinta. No aparté la vista. No quería. Mientras los trozos negros caían al fondo del recipiente, tuve un pensamiento muy claro: si nos pillan, no será porque hemos dejado nuestros pecados ordenados en carpetas con índice.

Y también: es indecente que me parezca hermoso con esa luz en la cara.

Después de los que se quemaban vinieron los que se quedaban, pero no a la vista. Ahí entramos María y yo en escena, oficialmente ascendidas a ayudantes de conspirador. El cajón con doble fondo lo conocía solo él; esa tarde nos lo enseñó. Sacó todo lo que había dentro, plumas, sobres, una pistola pequeña que fingí no ver, y luego hizo un gesto que yo solo había visto en novelas: metió los dedos en la ranura del fondo y levantó una tabla fina, perfectamente ajustada. Empezó a colocar allí los documentos que podían servir algún día a alguien que no fuera él: listas, nombres en clave, anotaciones rápidas a lápiz sobre quién ayudaba a quién en el puerto, quién miraba hacia otro lado cuando debía. María y yo mirábamos, pero sabíamos que aquello no tenía nada de juego. Si él no volvía, ese cajón era parte del testamento.

El zócalo vino después. Nunca había pensado en el zócalo del despacho; era una línea de madera inútil, hasta que él se agachó, sacó una pequeña herramienta e hizo palanca en un punto concreto, detrás del aparador. El trozo de madera cedió con un chasquido suave, y detrás apareció un hueco estrecho donde cabían papeles enrollados o un mapa doblado muchas veces. Lo miré, miré su mano metiendo allí un paquete de hojas atadas con una cuerda fina, y tuve la sensación de estar asistiendo a mi propio cursillo acelerado de «cómo seguir la guerra sin marido».

Por último, el libro hueco: un volumen grueso de Goethe que resultó no ser del todo Goethe. Abrió por la mitad, y en lugar de letra gótica había un recuadro tallado en las páginas con un par de

sobres y una pequeña libreta. Me lo puso en las manos con una seriedad que no admitía broma.

—Si pasa algo y no estoy —dijo—, este libro no es Goethe. Es un mapa.

Tuve que tragar antes de responder.

—Entonces procuraré no prestarlo —contesté, diciendo cualquier cosa para no echarme a llorar allí mismo.

Se sentó de nuevo a la mesa, quitó los informes oficiales y desplegó en su lugar un mapa del Adriático que ya conocíamos de memoria: Trieste, Fiume, Pola, Zara, las heridas azules de la costa, las líneas negras de las vías. Sacó un lápiz y empezó a marcar pequeñas señales que no venían en ninguna leyenda oficial: un círculo junto a un puerto, una cruz en una curva de la vía, un punto junto a un nombre de pueblo que yo apenas sabía pronunciar.

—Esto, si lo ves algún día —me dijo, señalando un punto aparentemente inocente—, significa que hay actividad partisana más fuerte de lo que dicen los partes. —Marcó una cruz al lado de una vía—. Esto, que la línea es peligrosa; si algún día necesitas huir, no la uses.

La frase «si algún día necesitas huir» me pasó por el cuerpo como un cuchillo frío. Asentí muy despacio, intentando grabarlo todo. María, a mi lado, memorizaba también, en silencio, con esa expresión concentrada suya que siempre había reservado para recetas difíciles o conversaciones delicadas. Nosotros tres, alrededor de ese mapa, nos parecíamos menos a una familia y más a una célula.

—Las cartas no pueden decir lo que pasa —explicó él—. Pero podemos ponernos de acuerdo. Si escribo que en Fiume he visto mucho «pulpo», no estaré hablándote de marisco. Será «problemas».

—Si digo que en Pola me han regalado un «sombrero nuevo», no es ropa —continuó—. Es un bombardeo. Y si ves que repito la palabra «sombrero» en una misma carta, es que ha sido serio.

Hubo más: «calor» para indicar presión desde arriba, «frío» para momentos de calma aparente, «postales» para nuevos mandos metiendo la nariz donde no les habían invitado. Yo los iba anotando

en una hoja aparte, que luego romperíamos, pero necesitaba verlos alineados un momento para memorizarlos.

—No me gusta esto —me quejé, a medio camino entre la risa y las ganas de gritar—. Cuanto más sé, más miedo me da todo lo que está pasando.

Él levantó la cabeza y me miró con una ternura que me dolió.

—Ojalá no tengamos que usarlo nunca —dijo.

Por dentro, sabía exactamente lo que estábamos haciendo. No era un juego de espías, no era una travesura de salón. Estábamos construyendo un lenguaje para dos escenarios muy concretos: uno, que él siguiera allá fuera y yo aquí, y tuviéramos que decirnos la verdad sin que nadie más la entendiera; otro, que él no volviera y nosotras tuviéramos que recoger, letra a letra, las migas que había ido dejando.

Mientras doblábamos el mapa, mientras él volvía a poner el libro hueco en su estantería, mientras ajustaba el zócalo hasta que nadie hubiera dicho que escondía algo, sentí esa cuenta atrás bajo la piel mucho más fuerte que cuando me había dicho «volveré en pocas semanas». Porque una cosa es que un hombre prometa volver, y otra verlo quemar su rastro, repartir sus secretos, preparar el terreno para que otras sigan si él se queda en el camino.

Esa tarde, el despacho dejó de ser el lugar donde él trabajaba y se convirtió en el sitio al que yo vendría, si un día llamaban a la puerta de madrugada, a buscar en un cajón de doble fondo y en un libro que no era Goethe las instrucciones para seguir viviendo sin él.

La última noche la casa hizo más ruido con su silencio que en cualquier otra ocasión. No había radios encendidas, no había voces en los pasillos, los criados se movían como sombras educadas y hasta María, que siempre encontraba un comentario para llenar los huecos, se había retirado pronto con la excusa de dejarnos «organizar». No había nada más que organizar: la maleta estaba lista, con esa mezcla absurda de ropa, informes y pequeñas cosas sin importancia que, juntas, daban la medida exacta de un hombre. Yo la veía de reojo cada vez que cruzaba el dormitorio: el cuero, las correas, el brillo metálico de las hebillas.

Él estaba raro, y no por falta de esfuerzos. Por momentos estaba muy presente, exageradamente atento, me ofrecía el vaso antes de que lo pidiera, comentaba detalles de la casa que jamás le habían importado, me preguntaba si quería cambiar algo de sitio en el despacho. En otros momentos se le iba la mirada hacia algún punto detrás de las paredes, y yo sabía exactamente dónde estaba cuando no estaba: en el andén, en el tren, en la barandilla metálica de algún barco, contando minutos y estaciones. Eran dos cuerpos: uno sentado en el borde de nuestra cama, doblando una camisa por tercera vez; otro ya de pie, con la gorra puesta, escuchando el silbato de salida.

No se lo dije así. Nunca se lo digo así. Lo que hice fue ir a buscarlo con las manos y de cerca, que es el idioma que mejor entiende cuando la cabeza se le llena de mapas. Se sentó por fin, quieto, y yo me acerqué: primero a arreglarle un cuello que no necesitaba arreglo, luego a quitarle despacio la corbata, deslizando los dedos por el nudo. Le mordí un poco la piel donde la tela le había dejado marca, justo en la base del cuello, lo suficiente para que se estremeciera.

—No empieces a irte antes de tiempo —le dije contra la garganta —. El tren todavía no ha llegado.

Hizo ese ruido bajo, mitad risa, mitad protesta, que me gusta tanto.

—Estoy aquí —contestó.

—Solo a ratos —le corregí—. El resto estás discutiendo horarios con algún jefe de estación. Ven.

No hubo más discusión. Cuando por fin se dejó caer sobre la cama, con la camisa ya medio abierta y las manos encontrando las mías, sentí una oleada de alivio casi físico: todavía respondía a mis tirones, todavía el cuerpo interrumpía los planes del capitán. La ropa cayó al suelo en desorden, que es como cae la ropa cuando mañana te vas a la guerra. Yo lo busqué con una urgencia que me avergonzaría contar a nadie más: lo empujé, lo guié, le mordí un poco más fuerte de lo habitual en el hombro, en el pecho. Le dije cosas tontas al oído, pequeñeces, comentarios sin ninguna gracia, solo para

obligarlo a reírse, para arrancarle de vez en cuando una risa tan terrenal que no dejara sitio a los trenes.

Él respondió de una manera que no era exactamente la de siempre. Había la misma ferocidad, las manos firmes, la boca impaciente, pero había algo más tierno, más concentrado, casi reverente. Me recorrió con paciencia, queriendo memorizarme: los dedos marcando el contorno de mis clavículas, la curva de mis costillas, la línea de mis caderas, la forma de mis rodillas. Me besó en sitios donde nunca perdía tiempo, haciendo inventario. Yo sentía sus manos moverse con ese cuidado extraño, como si fuera la última vez, sin saltarse ni un solo centímetro.

Cuando me llevó al borde, lo noté. Siempre ha sabido cómo empujarme allí, pero esa vez me sostuvo un poco más. No era crueldad; era una especie de insistencia silenciosa: quédate aquí, siente esto, recuérdalo. Yo me aferré a sus hombros, a su espalda, a lo que podía, y en ese instante previo tuve un pensamiento tan nítido que casi me dio risa: lo estoy guardando por si acaso; por si mañana él no vuelve. Cuando al fin me dejé caer, sentí que cada movimiento era eso: una marca. Una frase clavada en la memoria de mi piel.

Solo cuando mi respiración empezó a calmarse y mis manos se aflojaron un poco sobre su espalda, se permitió ceder del todo. Se rindió contra mi cuello con un suspiro que fue más largo que cualquier frase, y dejó que el peso completo de su cuerpo me aplastara unos segundos. Me gustó ese peso; no quise que se moviera, porque sabía que al día siguiente iba a pesar de otra forma.

El diálogo, al final, fue apenas un hilo de voz, la cama aún con nuestro olor, y la maleta en la silla mirándonos, quieta. Yo tenía la cara pegada a su pecho y contaba los latidos.

—No quiero ser de esas que se quedan esperando —dije, sin adornos.

Noté cómo se le tensaba de nuevo el cuerpo, pero no se apartó. Me rodeó más fuerte con los brazos.

Hubo una pausa pequeña.

—Si no puedo volver —añadió—, haré que lo sepas. No te dejaré esperando. Pero mi plan es volver, Anna.

Me reí un poco, por no llorar.

—Más te vale —dije—. Vuelve.

Nos quedamos así, pegados, con el cuerpo todavía tibio y el futuro ahí, sin saber dónde ponerlo.

En algún momento debimos dormirnos. Me despertó la luz gris de la mañana y el ruido de alguien moviéndose por el pasillo más temprano de lo habitual. La maleta seguía ahí, pero ya no daba miedo.

La escena del andén fue menos dramática de lo que mi imaginación había construido durante la noche y, por exactamente eso, me destrozó más. No hubo discursos, no hubo violines, solo un andén frío, un par de soldados cargando equipaje, un oficial que consultaba el reloj con impaciencia y una fila de mujeres que habían aprendido a condensar el mundo en unos segundos de contacto. Yo llevaba un abrigo que no abrigaba nada del estómago para adentro. Él, el mismo uniforme de siempre, pero con la maleta que habíamos llenado juntos la tarde anterior.

El beso, en público, fue breve por necesidad; había ojos en todas partes y rangos que mantener. Nuestros labios apenas se rozaron, demasiado poco para lo que nos habíamos hecho unas horas antes.

El verdadero intercambio fue en la mirada. Ahí no nos ahorramos nada: le dije «no te mueras» sin decirlo, me dijo «no me olvides si lo hago» sin mover la boca. Cuando se apartó y dio esos primeros pasos hacia el vagón, sentí físicamente cómo se desprendía algo de mi pecho y se iba con él. No solo se llevaban a mi marido: se llevaban mi hogar, a partir de ahora tendría que aprender a respirar.

Capítulo 32

Si lo cuento como lo viví, aquellas semanas en las que estuvo fuera fueron una cuerda tensa: me pasé el tiempo con los dedos agarrotados, esperando oír el chasquido.

Trieste se dedicó a acompañarme con su mejor repertorio: sirenas a deshora, rumores en el mercado, pasos apresurados en la escalera que nunca eran los que yo esperaba. Por las noches dormía medio vestida, sin admitirlo ni siquiera ante María: decía que era por el frío, pero en realidad era por si había que salir corriendo al sótano o abrir la puerta a alguien con gorra y telegrama. Las cartas llegaron pocas y medidas. Cada vez que veía su letra en el sobre, el corazón se me subía a la garganta. Luego leía y lo notaba bajar de nuevo, pero nunca del todo: frases neutras, obedientes, puntuadas con nuestros códigos. «Pulpo» en Fiume. «Sombrero nuevo» en Pola. «Mucho calor» en general. Traducido: problemas, bombas, presión desde arriba.

Había mañanas en las que el cielo amanecía azul brillante, y yo odiaba ese azul porque parecía ignorarlo todo: las vías voladas en el interior, los convoyes de combustible arriesgando la vida por una línea negra en el mapa, la posibilidad demasiado concreta de que un día se rompiera el hilo y la carta siguiente no llegara. María intentaba mantener la casa en un estado de normalidad que me sacaba de quicio, insistía en que comiera, en que bajara al mercado, en que no me quedara pegada a la radio. Yo obedecía a medias. Hacía cosas con las manos: doblar manteles, ordenar libros, releer recetas que no pensaba cocinar, solo para no contar otra vez los días desde que se había ido.

Por eso, cuando volvió, lo que más me sorprendió no fue que estuviera entero, sino lo normal que fue todo.

Al final no fue el timbre ni el cartero ni un recado de María. Fue el ruido de un motor militar en el patio de casa.

Lo escuché desde el comedor y, al principio, no le hice caso; llevaba semanas oyendo motores que no eran el suyo. Pero este sonó distinto: el frenazo preciso, las voces secas, el chirrido de una puerta metálica. Me asomé a la ventana y entonces lo vi bajar del coche: uniforme impecable manchado de viaje, un poco más delgado, el gesto cansado pero entero. Venía acompañado por otros oficiales, y el patio, de repente, me pareció demasiado pequeño para tanto rango.

El primer impulso fue animal: salir corriendo escaleras abajo, cruzar el patio y colgarme de su cuello delante de todos. El segundo fue el que ganó, el que me sujetó de la cintura: las miradas. Los otros oficiales, los soldados, los ojos del servicio asomando discretamente por las cortinas. La esposa del capitán no se lanza como una loca al cuello de nadie en medio del patio. Así que me quedé donde estaba, con los dedos agarrotados en el alféizar, mirando cómo se despedía de los otros con un apretón de manos rápido, cómo cogía la maleta, cómo cruzaba el camino a casa. Solo me permití respirar de verdad cuando entré y oí la puerta de la calle cerrarse detrás de él. Bajé las escaleras casi sin sentir los peldaños y, en cuanto lo vi en el recibidor, con la gorra bajo el brazo y la maleta en la mano, toda la educación se me cayó a los pies. Me le eché encima de verdad.

No fue un abrazo delicado. Lo agarré como queriendo comprobar con los dedos que estaba entero, que era real.

Él me devolvió el abrazo con una fuerza casi dolorosa; sentí sus brazos rodearme la espalda, apretarme contra el pecho hasta que casi me faltó el aire, y durante unos segundos no hubo ni patio, ni misión, ni coches militares: solo cuerpo contra cuerpo, tela contra tela, el olor a viaje pegado a su piel. Luego se separó un poco, solo lo justo para mirarme. Me sostuvo la cara entre las manos, comprobando que no faltaba ninguna pieza.

—Sigues igual —murmuró, más para sí que para mí.

Yo sabía que no era cierto; tenía ojeras nuevas y una tensión distinta en los hombros. Pero mis manos temblaban tanto que necesité algo, cualquier cosa, para disimularlo. Me aferré a mi único salvavidas fiable: abrir la boca antes de que se me notara el miedo.

—Te he echado de menos y he tenido mucho miedo —solté—. Te vas por todos esos puertos y yo me quedo aquí contando las noches.

Se le escapó una sonrisa cansada, de esas que empiezan en los ojos antes que en la boca. Mis dedos, todavía cerrados sobre la tela de su guerrera, tardaron un segundo en entender que podían aflojarse. Solo entonces me atreví a fijarme en lo demás: en cómo le colgaba un poco más el uniforme, en la delgadez nueva del rostro, en el brillo distinto de una insignia en el pecho. Entero, sí. Pero ya no exactamente el mismo. Y la jaula, lo supe en el acto, tenía otra vuelta de llave.

De su «nuevo estatus» no nos enteramos por un discurso ni por una carta con sello solemne, sino por goteo. Con el tiempo aprendí que las noticias serias no llegan de golpe: empiezan a notarse en detalles, en rumores, en lo que se comenta a media voz, en cómo de pronto todo el mundo dice «señor capitán» un poco distinto que la semana anterior.

Al principio solo tenía lo que él me contó esa primera tarde, sentado en el salón con el uniforme recién colgado. Su relato fue tan escueto como siempre: había inspeccionado instalaciones en Fiume, Pola, Zara; había visto daños, había «propuesto mejoras», había «reorganizado prioridades» y «ajustado horarios» para convoyes de combustible y munición. Todo en neutro, todo con verbo técnico. Yo, con el oído afinado, oía otra cosa detrás: has demostrado que manejas este engendro mejor que muchos de tus jefes.

La siguiente pista llegó en forma de visitas. A los pocos días empezaron a aparecer más oficiales de lo normal. Venían con excusas distintas, «una consulta sobre los muelles», pero el fondo era el mismo. Yo ya sabía lo que querían decir con «su opinión» cuando lo decían así: no una charla, sino un visto bueno. Que les quitara un problema de encima.

Se notaba en cómo entraban: más seguros, pero también más cuidadosos. Y se notaba al irse: el apretón de manos un poco más firme, la espalda un poco más recta. No era solo respeto al rango. Era respeto a que, con él, las cosas se movían.

Luego vino el puerto. Empecé a oír frases sueltas en boca de otros, no en la suya. Cosas como que el capitán Von Hohenfeld había

hecho que el puerto «respirara», que desde su regreso las maniobras en la rada salían limpias, sin retrasos, y que en Berlín por fin había alguien que entendía este Adriático de corrientes y caprichos. «Dicen en Berlín» es una frase que me da urticaria.

Pero Giorg, a solas con sus carpetas, no se parecía en nada a eso. No hablaba. No se atribuía nada. Abría la tapa, pasaba el dedo por las líneas y de pronto hacía algo mínimo, despegaba un anexo, apartaba una hoja, cortaba un cruce entre la oficina y el muelle. A veces era solo un nombre que dejaba de estar donde estaba. No para «arreglar» nada ni para quedar bien.

Para que una familia concreta no acabara en el papel equivocado.

Los cambios prácticos en casa fueron tan sutiles como brutales. De repente, la despensa empezó a parecerse más a la de antes de la guerra. El jamón dejó de ser una leyenda y volvió a ser una cosa que se cortaba en la cocina. La mantequilla volvió a presentarse en porciones que se podían ver sin lupa. Una mañana, María entró en el comedor con una expresión sospechosa y dejó sobre la mesa un pequeño paquete envuelto en papel.

—Ración extra —anunció—. «Por servicios prestados», han dicho.

No hizo falta preguntar qué servicios ni prestados a quién. Empezamos a recibir carbón con menos discusiones, pan con menos colas, y las requisiciones repentinas que padecían otras casas parecían olvidarse misteriosamente. Una vez, incluso, vi cómo un policía italiano que venía muy dispuesto a exigir algo se tragaba sus palabras en cuanto oyó el apellido de la casa. Se marchó con una cortesía que rozaba la devoción. Aquello no era respeto: era cálculo. El mensaje era claro: mejor no meterse con el hombre que sabe hacer funcionar la costa; nunca se sabe cuándo necesitarás que un barco llegue a tiempo o que un papel se pierda.

Lo que más me llamó la atención fue lo que no vi: supervisores. Antes, siempre había alguien por encima que venía «a revisar», «a comprobar», «a asegurarse de que todo se hacía según las instrucciones de más arriba». Después de la misión, esas visitas se espaciaron. De pronto, muchas decisiones «de Berlín» ya le llegaban filtradas, o ni siquiera llegaban. Había ganado margen.

Cuando por fin lo encaré, porque, claro, lo encaré, fue una tarde cualquiera, aparentemente tranquila. Estábamos los dos en el despacho, él con la inevitable montaña de papeles delante, yo fingiendo ordenar el lomo de los libros mientras escuchaba cómo se acumulaban sus nuevas responsabilidades en las frases de los demás. Había oído a María en la cocina decir que por fin dormía mejor sabiendo que a él no lo iban a mandar al frente «como carne de cañón» mientras aquí lo necesitaban como cerebro. Y esa frase, que en teoría debería haberme tranquilizado, me estuvo martilleando la cabeza hasta que no aguanté más.

—Así que —empecé, apoyando la espalda en la estantería—, tu misión ha salido «bien».

Él levantó la vista del papel, midiendo el tono.

—Ha sido útil —dijo—. O eso dicen.

—No sé si darte un abrazo o echarme a llorar —admití, medio en broma, medio en serio—. Me gusta que te valoren… y me asusta lo que significa que te valoren tanto.

No lo negaba; sería ridículo. Se limitó a asentir levemente.

—Eso significa más margen —comentó—. Más mano en el puerto y menos gente metiendo la nariz sin saber. Puedo mover más cosas.

—Y menos riesgo de que un día te despierten a las cuatro de la mañana para mandarte a un bosque cualquiera a congelarte en una trinchera —añadí—. No eres carne de cañón. Eres pieza clave. Te guardan en una vitrina más céntrica.

Él me miró con paciencia y cansancio.

—Sí —admitió—. Aquí, al menos, sé dónde estoy y qué puedo torcer.

Me acerqué a la mesa, apoyé las manos en el borde, inclinándome hacia él.

—Lo veo claro, Giorg. Por un lado, me alivia: cuanto más imprescindible, más a salvo estás. —Hice una pausa—. Pero, por otro lado: cuanto más imprescindible, más metidos estamos en la boca del lobo.

Lo dije sin metáforas complicadas, porque no hacían falta. Él se recostó un poco en la silla, dejó el lápiz sobre el papel y me sostuvo la mirada un momento largo.

—No es una boca nueva —respondió—. Solo la misma, más cerrada.

—Exacto —repliqué—. Antes formabas parte del ruido. Ahora eres de los que cuentan. Te cuidan, te escuchan, te dan sitio en la mesa y nosotras lo notamos, aquí se vive mejor porque allí te necesitan. Pero cada vez que te suben un escalón, te atan un poco más. Y tú tienes una facilidad terrible para hacer que esa dependencia parezca solo «trabajo».

No lo dije en voz alta, pero me encendía. Ese poder suyo, ese cerebro que no se cansaba nunca, esa manera de torcer la realidad a base de papeles me atraía casi tanto como me asustaba. Él alargó una mano y la apoyó sobre la mía, en el borde de la mesa.

—No te equivocas —dijo—. Pero escúchame bien: cuantos más jefes tenga yo aquí delante, menos fácil es que venga otro y me mande a cualquier parte como si fuera un paquete. Prefiero estar en una jaula que me sé de memoria, que perderme por ahí y quedar a merced del primero que tenga uniforme y ganas de dar órdenes. Aquí, por lo menos, puedo mover cuerdas: hacer una llamada, poner o quitar un sello, retrasar una puerta cinco minutos. Cinco minutos a veces cambian todo.

—Claro —asentí—. Solo necesito que no olvides lo que dijiste aquella noche, si un día la única manera de conservar esta casa es perder la cabeza, eliges la cabeza.

Él apretó mis dedos.

—No lo he olvidado.

La primera noche de su vuelta no empezó en la cama, sino en el salón. Ninguno lo dijo en voz alta. Llevábamos semanas imaginando este momento.

Cenamos los tres, como gente razonable. María llenaba los silencios con preguntas prácticas, el viaje, la comida, el tiempo en la costa, y él respondía con frases cortas, correctas. Yo lo miraba de reojo: cómo sujetaba el vaso, cómo se le tensaba el hombro cuando sonaba una sirena lejana, esa pausa mínima antes de contestar. Había vuelto entero, pero no venía ligero.

Cuando por fin nos quedamos solos, oí a María cerrar la puerta de su cuarto con ese golpe suave que en realidad significa «no

molesten». Nos encontramos en el pasillo, camino del dormitorio. Él se acercó como para besarme y se quedó quieto un instante demasiado largo, con la mano a medio camino hacia mi cintura. No era pudor. Era como si no supiera dónde poner el cuerpo.

—Estás cansado —dije.

—Y tú —respondió—. Han sido semanas largas.

Y yo no había pasado semanas contando los segundos para tener ahora un marido a ratos.

Le cogí la muñeca, tiré de él hacia el dormitorio y, al cruzar el umbral, me giré, lo empujé contra la puerta y me pegué a su cuerpo. Sentí la tela, la rigidez del uniforme, el calor debajo.

—Ven —susurré—. Ya habrá tiempo de papeles. Ahora te necesito aquí. Sin uniforme.

Se rio por fin, esa risa baja que yo reconocía aunque nos hubieran cambiado la ciudad.

—¿Informe de situación?

—Informe complete. —Le desabroché el primer botón—. Inspección exhaustiva de todas las posiciones… —El segundo—. Evaluación de capacidad… —Bajé la mano—. Y coordinación general de todo lo demás.

Esta vez no dudó. Me dejó hacer y luego me deshizo él. El uniforme fue cayendo en capas: la guerrera, los tirantes, la camisa. Mi vestido le siguió el ritmo. No era la urgencia de la última vez. Era más comprobar.

En la cama, al principio, todavía lo sentí lejos. No de cuerpo. Era la mirada. A veces se quedaba quieto un segundo. Yo no dije nada.

Lo traje de vuelta con la boca, con las manos, con el peso. Le mordí el labio. Le hablé al oído. Le marqué el ritmo cuando notaba que se frenaba. Poco a poco se le aflojaron los hombros y la respiración se le desordenó. Sus manos, al principio cuidadosas, se fueron soltando, más suyas, sin tanto cálculo.

Y entonces pasó.

Sus ojos se quedaron en los míos de verdad. Y su cuerpo cambió el peso, dejó de contenerse, se entregó. Dejó de hacer el amor como un hombre que vuelve y empezó a hacerlo como el que se queda.

Me agarré a sus hombros y me dejé ir. Con alivio, con deseo, con algo parecido a gracias. Él aguantó un poco más, tenso. Al final se quedó con la cara enterrada en mi cuello, sin aire. En ese sonido corto y roto estaba el miedo. Y también la culpa.

Después nos quedamos quietos, pegados en la penumbra. Él tenía un brazo encima de mí, pesado, y yo miraba el techo.

Ha vuelto, pensé. Y con él la jaula. La misma forma. Ahora más peligrosa.

Capítulo 33

La guerra seguía allí fuera, en el puerto, apareciendo en las esquinas de los periódicos, en las palabras que la gente evitaba decir en voz alta, pero puertas adentro habíamos alcanzado una especie de estabilidad que, a ratos, me parecía extraña.

La casa estaba más organizada que al principio, más «hogar» y menos escenario. El jardín, que cuando llegamos era poco más que un trozo de tierra, iba tomando forma. María había conseguido una jardinera milagrosa, los rosales empezaban a crecer y hasta una buganvilla se había aferrado a la pared.

Por las mañanas, si no había sirenas ni visitas oficiales, tomábamos café en la terraza. La mesa de hierro forjado, el mantelito que insistía en volarse con la brisa, el café negro y espeso que ahora podíamos permitirnos más a menudo.

Yo había acabado convertida, a ojos de la ciudad, en «la señora del capitán». Me ocupaba del servicio lo justo para que todo funcionara sin que pareciera que lo dirigía una general, hacía visitas cuando tocaba, iba al mercado con mi tarjeta de racionamiento, que era igual que la de las demás pero no era igual: a mí me guardaban alguna cosa «por si la signora la necesita», me ofrecían huevos que aparecían de la nada, una cuña de queso que en teoría no existía. Aprendí a aceptar sin sonreír demasiado, a decir «gracias» de una forma que no sonara ofensiva ni orgullosa. Tenía acceso a cosas que otras mujeres no. Y cada vez que volvía con la cesta más llena sentía que cargaba piedras y no naranjas.

El puerto, mientras tanto, seguía en guerra, pero su guerra había cambiado de forma. Ya no veía a Giorg corriendo por los muelles con el abrigo al viento, ahora lo veía salir por la mañana con el portafolio lleno de planos y volver por la tarde con la misma ropa pero los hombros más pesados. Dirigía desde despachos, desde reuniones, desde los mapas. A veces, cuando lo pescaba desprevenido en el despacho, lo encontraba mirando el puerto por la ventana con una

intensidad que no me gustaba nada, la de quien sabe que es capaz de hacer que todo eso funcione y se odia un poco por eso.

Una tarde volví del mercado con la cesta más llena de lo que me parecía decente. Había conseguido dos huevos, un trozo de queso que oficialmente no existía y unas naranjas tan pequeñas que parecían una broma.

Encontré a Giorg en el despacho, de espaldas, apoyado en el alféizar de la ventana. Sin chaqueta, la camisa se le pegaba un poco a la espalda, marcada por la línea terca de los tirantes. Desde donde estaba, solo veía el perfil de su mandíbula y el reflejo, en el cristal, de los barcos diminutos allá abajo.

Dejé la cesta sobre la mesa con más ruido del necesario.

—Buenas noticias —anuncié, levantando una de las naranjas—. Hoy nos podemos dar un pequeño capricho.

No sonrió. Tardó unos segundos en girarse. Cuando lo hizo, los ojos seguían un poco lejos, como si me miraran a través del puerto.

—¿Había mucha gente? —preguntó.

—La de siempre. Mujeres peleándose por patatas, un soldado alemán fingiendo que no mira a nadie, un niño intentando robar una sardina. —Me encogí de hombros—. Normalidad de guerra.

Me acerqué a la ventana, a su lado. Me apoyé en la madera, no demasiado cerca. Lo justo para olerle el almidón y el cansancio.

—Había una niña —añadí, sin pensarlo demasiado—. Con las trenzas torcidas, llenas de lazos de colores que no combinaban con nada. Le estaba explicando a su hermano cómo regatear sin que el pescadero se diera cuenta.

Sentí, más que vi, cómo se le ponían duros los hombros. Un milímetro. Pero en él, un milímetro era un terremoto.

—No hace falta que me lo cuentes todo —dijo, muy despacio.

—Te estoy hablando de naranjas y de niñas con lazos, no de bombas —repliqué, intentando seguir ligera.

—Justo. —Se le secó la voz—. Por eso no quiero mezclarlo.

—¿Mezclar qué?

Se pasó una mano por la frente.

—El mercado. El puerto. Tú. Ellos.

«Ellos». No hizo falta que dijera más.

—Giorg, si solo era una escena tonta. Dos críos peleando por una sardina. Me dio risa. Me recordó a…

—Anna, para. —No levantó la voz. Eso fue lo que me asustó—. Mira, te lo digo fácil.

Me quedé callada.

—Si tú me cuentas eso y yo me lo imagino de verdad

—las trenzas, los lazos, la cara sucia, el hambre

— mañana no puedo. Porque yo no decido esas cosas, Anna. Solo las oigo. Y si tuviera poder de verdad, me los llevaría lejos.

—¿Para qué?

Soltó el aire por la nariz.

—Para hacer lo único que puedo hacer. Cosas pequeñas. Tontas, si las miras desde fuera.

—Pero eso es horrible —dije, y me salió sin querer.

—Sí —asintió, sin discutir—. Por eso no lo mezclo contigo. Porque si empiezo a meterle tu risa a esto, si empiezo a verles la cara a todos, me rompo. Y si me rompo, alguien se da cuenta. Y si alguien se da cuenta, se acabó.

Se apoyó en el marco de la ventana, apretando los dedos.

—Si alguien nota que meto la mano, se acabó. Para mí… y para ellos. ¿Lo entiendes?

Me entraron ganas de sacudirlo. No como capitán; como hombre que había decidido llevar el mundo entero en los hombros y encima fingir que le quedaba bien.

—No te me pierdas ahí dentro —dije, más brusca de lo que quería —. No eres solo el hombre del puerto. También eres tú…

—Aquí no, por favor —me cortó tan rápido que me dejó callada—. No quiero traerlo aquí.

—No lo traes tú —se me escapó—. Ya está. En las cestas, en la radio, en las sirenas… y en tu cara cuando miras el puerto.

Se volvió hacia mí del todo, por fin. Durante un segundo creí que iba a discutir. Tenía la boca medio abierta, los ojos oscuros, esa línea en la frente que solo aparecía cuando se le rompía algo por dentro.

Pero lo que salió no fue un grito.

—De niñas no, Anna… —dijo al final, más bajo.

El silencio que siguió fue más violento que cualquier bronca. Bajé la vista a sus manos. Todavía estaban aferradas al marco, pero ya no por rabia: por pura supervivencia.

—De acuerdo —respondí, bajando la voz—. Hoy no hablamos de niñas.

Di un paso hacia él. No lo toqué. Dejé solo la cesta a nuestros pies, entre los dos.

—Hablamos de que estás aquí —seguí—. De que vuelves.

No reaccionó enseguida. Afuera, alguien gritó algo en italiano; una puerta se cerró de golpe; Perry ladraba a un coche que pasaba. Cosas mínimas. Vida, a pesar de todo.

Al final, aflojó un poco los dedos.

—A veces —dijo, sin mirarme— siento que llevo años haciendo lo mismo: empujar un poco aquí, frenar un poco allá, para que no se los lleven por delante. —Tragó saliva—. Y aun así, muchas veces llego tarde.

Me permití entonces invadir su espacio un centímetro más. No lo abracé. Dejé que mi hombro rozara el suyo, apenas.

—Conmigo llegaste a tiempo —dije—. Eso cuenta.

Respiró hondo, una vez. Otra. Luego, muy despacio, dejó caer una mano desde el marco hasta la cesta. Cogió una de las naranjas, la pesó en la palma.

—Siguen pesando como piedras —admitió.

—Entonces es que son buenas —contesté.

Esta vez la sombra de sonrisa sí apareció. Minúscula, torcida, pero real.

—No sé si mereces que te deje seguir yendo al mercado —murmuró—. Vuelves con demasiadas ideas junto con las naranjas.

—Y tú vuelves con demasiados fantasmas junto con los informes —repuse—. Empate.

No dijo «lo siento». No dijo «tienes razón». Lo que hizo fue inclinarse lo justo para acercar la frente a la mía, un segundo apenas, sin llegar a apoyarla del todo.

—Ve a dejar eso en la cocina —dijo al cabo—. Ahora bajo.

Oí el subtexto: necesito un minuto para volver a ser el hombre que puedes mirar.

Obedecí. Recogí la cesta, salí del despacho, cerré la puerta con cuidado. Desde dentro, yo podía sentir la grieta: un hombre que hacía duelo de cosas que nadie veía. Y aun así, por la noche, se metía en mi cama como si el mundo no pesara tanto.

María, por su parte, estaba instalada en su villa como si hubiera nacido allí. Había creado alrededor de su casa un pequeño universo: vecinas que venían a tomar café, señoras italianas que traían tartas imposibles hechas con lo que encontraban, un médico que pasaba «de casualidad» a preguntar por su salud, hombres interesantes a los que miraba con una mezcla de curiosidad y distancia. Subía y bajaba entre su casa y la nuestra con cualquier excusa: meriendas, confidencias, conspiraciones. A veces aparecía en mi cocina con un pastel y un chisme político; otras, en mi dormitorio con una botella y una frase que empezaba por «esto no se lo puedo decir a nadie más».

Habían mandado desde no sé qué delegación unos muebles de jardín «para el descanso del personal de mando». Dos tumbonas de madera con cojines claros y una sombrilla ridícula, demasiado fina para un patio que había visto botas embarradas y coches militares.

Los soldados las descargaron con cuidado. Yo los vi por la ventana y me subió esa irritación que ya me conozco: no por los muebles, sino por la frase. Por lo que pretendía tapar.

Esa tarde, cuando él volvió, lo estaba esperando fuera, sentada en una de las tumbonas nuevas con un libro en las manos. Cuando lo oí en el pasillo, doblé la esquina de la página y me quedé quieta.

Salió con el gesto de siempre, ese de «dejo el puerto fuera» que a veces le sale y a veces no. Se paró al verme.

—¿Y esto?

—Regalo. «Para el descanso del personal de mando».

Luego ese tic mínimo en la comisura.

—Podrías, de vez en cuando, limitarte a disfrutar del mobiliario —dijo, dejando el portafolio en una silla—. Sin comentarios.

Le di unos golpecitos a la tumbona vacía.

—Ven, hombre importante. A ver si consigues estarte cinco minutos sin sentirte culpable.

Se dejó caer con un suspiro y cerró los ojos un momento. La camisa blanca sin la guerrera, el cuello al aire, los hombros apoyados en la madera. Me dio ternura. Y me dio rabia, también.

—¿En qué piensas? —preguntó, sin abrir los ojos.

—En que hacemos un cuadro precioso —dije—. Sol, jardín, tumbonas… y nosotros aquí, tan tranquilos. Una jaula con buenas vistas.

Abrió los ojos y me miró de lado.

—La alternativa es que ahora mismo estuviera en un frente helado. O tú en una cola de tres horas para conseguir pan. No digas que no lo sabes.

—Lo sé —contesté—. Y aun así, a veces me parece una obscenidad.

Se hizo un silencio corto. Entonces me incorporé, me arrodillé entre las dos tumbonas y le puse las manos en las sienes.

—Voy a proponerte un juego.

—Ay, Dios…

—Tranquilo. Por una vez no va de eso. Cierra los ojos.

Obedeció, medio divertido, medio rendido.

—Imagina que todo esto se queda igual —dije despacio—. La casa, el jardín, el café… yo con mis manías. Tus tumbonas. Nuestras peleas pequeñas. Pero quita lo demás. Uniformes. Rangos. Puerto. Trenes. Berlín. Todo.

Hice una pausa.

—Si pudieras elegir de verdad… sin órdenes, sin listas… ¿seguirías haciendo este trabajo?

Abrió los ojos. Me miró. Se le marcó la mandíbula. Los dedos se le aflojaron sobre el brazo de la tumbona.

Al final se incorporó un poco, lo justo para acercarse.

—Contigo, sí —dijo primero—. Con esta casa, también.

Otra pausa.

—Con este trabajo… no. No así. No para siempre.

Asentí. Me volví a recostar sin decir nada. Él tardó un par de segundos en hacer lo mismo. Se quedó mirando el cielo.

Al rato lo oí reírse por lo bajo.

—¿Qué?

—Nada —dijo—. Que consigues que piense cosas que intento no pensar. Y… te lo agradezco.

Sonreí.

—Considéralo mi pequeña ayuda.

Y me quedé ahí, mirando la sombrilla nueva.

La idea del pastel había empezado como un ataque de orgullo estúpido y terminó, como siempre, en un crimen. Todo arrancó con María hablando maravillas de un pastel que le hacía una vecina italiana, algo con ricotta, limón y una masa «que no falla nunca», y yo, con mi dignidad, decidí que Trieste no iba a quedarse con la impresión de que la señora del capitán solo sabía supervisar bandejas. Así que bajé a la cocina, muy digna, y anuncié que ese día el postre lo hacía yo. Gretel me miró. Me plantó delante de la mesa grande con un delantal y me puso todo en orden: harina, azúcar, manzanas, mantequilla contada.

Diez minutos después, aquello parecía haber sufrido un bombardeo de harina. La masa no se dejaba estirar, se pegaba o se rompía, yo echaba «un poquito más de harina» para arreglarlo, y ese «poquito más» se convirtió en una tormenta blanca. Cuando quise darme cuenta, tenía los brazos cubiertos hasta los codos, la mesa era un paisaje nevado, el suelo estaba salpicado de huellas y, al pasarme un mechón de pelo detrás de la oreja, me dejé una raya blanca en la frente que debía de ser espectacular.

Estaba en ese punto entre la risa y las ganas de llorar cuando sonó el timbre.

Gretel abrió la boca para decir algo, supongo que para recordarme mi estado, pero yo ya había dicho «voy yo» con una seguridad que no sentía en absoluto. Crucé el pasillo a toda prisa, notando cómo iba dejando un rastro de harina en las baldosas. Pensé, demasiado tarde, que debería haberme mirado en el espejo, pero parar en seco habría sido peor. Llegué al ingreso con el corazón acelerado, las manos heladas y la harina pegada a la piel, y abrí la puerta.

Y ahí estaba. Giorg. Y a su lado, un hombre que no conocía, un ingeniero austriaco, impecable, todo en su sitio. Nos quedamos los tres congelados. Los dos me miraron. El ingeniero recompuso sus rasgos en algo educado, pero Giorg no pudo. Lo vi luchar por

recuperar esa expresión suya de formalidad, pero sus ojos lo traicionaron: brillaban con una mezcla de sorpresa y ternura. Estaba ahí, el gran estratega de Trieste, desarmado por un poco de harina y un mechón de pelo pegado con sudor. Quise desaparecer en una grieta del suelo. Como no había ninguna, abrí la boca.

—Hola —dije. Lo más brillante que se me ocurrió.

Giorg carraspeó y dio medio paso hacia delante, pero se quedó corto.

—Anna… —empezó, despacio—. Estás…

Le vi la palabra «llena» formándose en la boca y levanté la mano, torpe.

—Ya lo sé —lo corté—. No hace falta que completes la frase. Estoy… esto.

Me llevé los dedos a la mejilla intentando limpiarme, y solo conseguí extender la harina y dejar una mancha más grande. Las manos me temblaban, así que las escondí detrás de la espalda, como una niña pillada en una travesura. El ingeniero hizo un esfuerzo evidente por decir algo educado.

—Perdón… —empezó, con un acento más duro—. No queríamos sorprenderla. El capitán dijo que vivía cerca del puerto. Y pasábamos…

Yo asentí demasiado rápido.

—No interrumpen nada importante —balbuceé—. Solo… estaba intentando cocinar.

Me habría gustado decir algo ingenioso, pero lo único que tenía encima era harina y vergüenza. Me aparté un paso, cediendo espacio en la puerta.

—Voy a ver si me convierto en una persona normal en cinco minutos.

Miré a Giorg de reojo. Tenía esa expresión como si no supiera si reírse de mí, rescatarme o las dos cosas.

—Estábamos de camino al puerto —explicó.

—Claro. Muy buena idea.

El ingeniero soltó un sonido que rozó la risa, casi contra su voluntad. Se recolocó el cinturón, incómodo.

—A todos se nos dan mal algunas cosas —murmuró, buscando refugio en esa frase.

—En mi caso son varias —respondí, más tranquila porque al menos se había roto la estatua.

Cuando pasaron, él primero, el otro detrás, rocé sin querer el brazo de Giorg con el mío. Él me apretó el antebrazo un segundo, nada más, sabía que decía: «te he visto», «estás ridícula y preciosa», «no pasa nada». Asentí sin mirarlo, porque si lo miraba se me iban a llenar los ojos de lágrimas tontas. Cerré la puerta, apoyé la frente blanca en la madera y dejé escapar el aire que no sabía que estaba reteniendo.

La risa me subió de golpe, mezclada con unas ganas furiosas de llorar. Me quedé allí un momento, riéndome en silencio. María apareció al fondo del pasillo, con los ojos como platos.

—Por amor de Dios, Anna… —susurró—. Gretel dice que has abierto a un oficial con esa cara.

—No me lo recuerdes —contesté, todavía sin moverme—. «Señora del capitán, versión desastre».

Y en medio de la vergüenza sentí una puntita rara de alivio: mientras pueda seguir haciendo el ridículo así, mientras pueda todavía poner a Giorg un poco incómodo en el umbral de casa, tal vez no se nos haya terminado del todo la parte humana de esta historia.

Por las tardes la casa se llenaba de gente que, en teoría, venía a hablar de Brahms y de novelas francesas.

Al Circolo ahora se le llamaba menos «Circolo» y más «esas veladas» o «las reuniones en casa de los von Hohenfeld». El nombre se había vuelto demasiado visible, así que lo llamaban con otras palabras. Pero seguía existiendo; yo lo notaba en la manera en que la ciudad nos miraba, con una mezcla de respeto, envidia y un puntito de alivio. Para muchos, nuestra casa era eso: un lugar donde se comía bien, donde la conversación no era un desfile de consignas, donde todavía se podían juntar en la misma sala un italiano antifascista, una viuda austríaca, un profesor de música y un oficial alemán sin que saltaran chispas visibles. La barbarie entraba lo justo: en los abrigos colgados en el recibidor, en la ausencia de uno

u otro invitado que de pronto «tenía familia en el norte» y nadie volvía a ver, en la forma en que el silencio caía cuando alguien pronunciaba la palabra «Berlín».

A ojos de la ciudad, éramos el matrimonio perfecto del alto oficial austríaco: serios sin ser secos, hospitalarios sin rozar la sobreactuación. La casa se había ganado fama de refugio civilizado. Lo oía en boca de mujeres que venían a tomar café, «Aquí siempre se respira mejor», «en tu salón una casi se olvida de que hay guerra», «tu marido es un hombre de cultura, no es como esos otros». Esos otros eran los nazis vociferantes, los que daban golpes en la mesa cuando alguien decía algo que no venía en los panfletos, los que creían que citar a Goethe les daba permiso para todo. Giorg, en cambio, escuchaba más de lo que hablaba, se reservaba comentarios que yo solo oía luego, en la cocina, cuando ya no quedaba nadie y estábamos los dos recogiendo copas.

Las veladas eran, en apariencia, inofensivas. Se ponía un disco, se comentaba la ejecución, se discutía si tal soprano había arruinado un aria o la había salvado, se hablaba de poesía, se recitaban versos de memoria, se sacaban libros que yo llevaba semanas colocando estratégicamente en la mesa del salón. La política se insinuaba sin nombrarse: alguien contaba una anécdota sobre «cierto funcionario» que había confundido a un compositor con un general, otro hablaba de «un amigo» al que habían trasladado «por su carácter demasiado independiente»; alguien mencionaba que «en tal pueblo del interior ya no queda nadie de cierta familia». Se jugaba a ese juego peligroso de decir sin decir.

El Circolo seguía ahí, bajo esa capa de civilidad. Los mismos hombres que hacía un año hablaban en voz bajísima en un café ahora levantaban un poco la voz en nuestro salón. Pero lo importante no se decía a la mesa. Se lo llevaban a otra estancia, a una caminata «casual» hasta la puerta, a una visita «rápida» al despacho de Giorg con cualquier pretexto. Yo veía esos movimientos: un invitado que se demoraba cinco minutos de más, otro que volvía al cabo de un día «solo para devolver un libro», un tercero que de pronto empezaba a venir con más frecuencia al puerto porque «le interesaba la logística marítima».

Giorg cada vez estaba más metido, aunque él no lo llamaba así.

Si le preguntabas, te decía que simplemente hablaba con gente sensata, que intentaba evitar que la ciudad se volviera completamente loca, que prefería tener a ciertas personas cerca en nuestra casa antes que sueltas y en peligro en cualquier otro sitio. Alguna tarde, cuando ya se habían ido todos y él se quedaba con una copa en la mano, yo me lo quedaba mirando desde el sofá, con las piernas recogidas, y soltaba algo como: «Hoy el Circolo ha estado animado» o «ese amigo tuyo el abogado cada vez fuma más cuando entra en el despacho». Él levantaba una ceja, medio divertido.

—No hay Circolo —contestaba, con esa media sonrisa que a estas alturas significaba exactamente lo contrario—. Solo gente que prefiere hablar de Schubert en una casa que de consignas en una plaza.

Alguna vez, más cansado de lo habitual, se dejaba caer en la butaca frente a mí y hablaba un poco más de cómo funcionaban esas visitas, sin nombrar nada que me pudiera comprometer. Era una especie de resumen censurado, que si tal hombre tenía contactos con curas que escondían a gente, que si tal otro conocía a un ferroviario «con criterio», que si un tercero estaba intentando que no se llevaran todavía a los hijos de alguien «porque son útiles en la fábrica». Todo en condicional, en futuro hipotético, en frases que no hubieran podido condenarlo en un tribunal, pero que a mí me bastaban para entender que esos encuentros con música de fondo movían más cosas que sillas y tazas de café.

—No quiero que sepas detalles —me dijo una vez, mirándome muy serio por encima de un vaso medio vacío—. No porque no confíe en ti. Precisamente porque confío. Si sabes, te conviertes en objetivo. Si puedes decir «no sé», es mejor.

Yo no le discutí eso. Le discutí otra cosa.

—No necesito saber quiénes son —añadí—. Solo quiero que admitas que no soy tonta. Se ve cuando alguien entra aquí cargando con algo encima. Aunque no entienda los papeles, entiendo las caras.

Hizo ese gesto suyo de apretar un segundo la mandíbula y suavizarla después.

—Lo sé —admitió al final—. A veces me pregunto si no te proteges más tú a mí que al revés.

No tenía pruebas, ni quería tenerlas. Tenía intuiciones. Esa manera en que a veces sonaba el teléfono del despacho y él lo cogía con un «sí» demasiado corto. Ese silencio raro cuando salía alguien por la puerta y se quedaba un cabo suelto en el aire. Esa frase que no terminaba, ese gesto de mano que cambiaba de tema demasiado rápido. Sabía que el Circolo movía más hilos de los que yo alcanzaba a ver. Sabía que algunas visitas a Giorg no eran solo por cortesía ni por amor al lied alemán. Sabía que nuestra fama de casa civilizada servía también de cortina para cosas menos tranquilas.

Y yo vivía en esa contradicción. Por un lado, agradecida de que, en mitad de todo aquello, todavía existiera un sitio donde se podía hablar de literatura sin que nadie empezara con discursos. Por otro, con la piel erizada, porque no sabía en quién confiar entre los invitados.

Había tardes en que todo parecía una farsa amable, y me veía a mí misma riendo en un rincón, haciendo chistes pequeños, explicando por tercera vez por qué tal novela francesa era mejor que el panfleto de moda, mientras pensaba: si alguien abre de golpe esta puerta con malas intenciones, todo este teatrillo se convierte en prueba. Y había otras en las que, cuando el último invitado se iba y María cerraba la puerta con ese gesto suyo de bajar el telón, me sentaba en el sofá, miraba el salón vacío y pensaba que quizás el verdadero milagro era que el Circolo aún siguiera en pie: esa mezcla de lealtades y miedos que todos conocían y nadie nombraba, colándose entre una sonata de Schubert y un comentario cualquiera sobre el pan.

La ciudad nos veía como el matrimonio perfecto de un alto oficial austríaco. La casa servía de tapadera para el Circolo, y yo lo sabía aunque nadie lo dijera.

Las ventanas del dormitorio estaban abiertas de par en par, las cortinas apenas se movían con una brisa tímida que venía del puerto. Desde allí llegaban sonidos lejanos: algún motor tarde, una

voz que se alargaba en la calle, un golpe metálico aislado. No había sirenas. Ese detalle, en otro tiempo, habría pasado desapercibido, ahora era casi un lujo.

Venía quitándome el vestido casi antes de cerrar la puerta del dormitorio. Había sido una cena demasiado elegante para los tiempos que corrían y llevaba horas sintiéndome disfrazada. El vestido me quedaba bien, lo sabía, de hecho, ese era el problema. Era de esos que hacen juego con las lámparas, con las copas talladas, con una normalidad que ya no existe. Me lo desabroché por la espalda con un gesto algo brusco y lo dejé sobre la silla.

—Míranos —dije, descalza, desenganchándome un pendiente—. Parecemos los últimos que no se han enterado de que el mundo se cae. Y me da vergüenza lo fácil que es fingir.

Me oí la voz, ligera, pero por debajo había algo más pesado. Me volví hacia él. Estaba sentado en el borde de la cama, ya sin corbata, con la camisa abierta un botón más de lo estrictamente decente para un capitán, los tirantes caídos sobre los costados. Me miraba con una ternura tranquila, la que le sale cuando no está de servicio ni de guardia.

—No te burles tanto —respondió, no como reproche, sino casi como caricia—. Si podemos hacer esto una noche, es porque aún podemos ayudar. Y eso también es luchar.

Me quedé un momento de pie, en ropa interior, mirándolo mirarme. Igual tenía razón, pero no se lo iba a conceder tan fácilmente. Me desabroché el sujetador con más calma y me metí debajo de las sábanas.

—Siempre tan razonable —murmuré—. Un día de estos me vas a arruinar el papel de mujer frívola.

Él sonrió de medio lado y se levantó para terminar de desvestirse. Me gusta verlo hacer eso, la manera en que dobla la ropa incluso cuando nadie se lo exige, el gesto automático de dejar las cosas en su sitio. Cuando se metió en la cama, el colchón se hundió justo lo suficiente a mi lado. Me acerqué de inmediato, como un animal al sitio conocido, y apoyé la cabeza en su pecho. Su corazón sonaba perfectamente rítmico, obstinadamente normal.

Al principio no hablamos de nada importante. Él empezó, como casi siempre, con algo del puerto.

—Han terminado por fin el arreglo del muelle viejo —dijo—. El de las tablas podridas. Si vieras cómo ha quedado… hasta tú podrías caminar por allí sin preocuparte de romperte un tacón.

—Me alegro —respondí—. Así podré bajar sin miedo a caerme.

—Eso, por lo menos —replicó, con una sonrisa—. Una preocupación menos.

Hizo una pequeña pausa.

—Dicen que quizá, si todo encaja, venga un técnico extranjero a revisar el sistema de atraque. Alguien de esos que diseñan puertos en un despacho y luego vienen a mirar si el mundo real les ha hecho caso. Aún no es seguro.

—¿Extranjero de dónde? —Pregunté, por pura deformación—. ¿De esos «amigos» que prefieren no nombrarse en las invitaciones?

—Del norte —dijo—. Se llama Kroll, creo. Ya veremos si llega o se queda en el papel.

Kroll. Guardé el nombre sin saber aún qué papel jugaría en nuestra vida. Últimamente me dedicaba a eso: a archivar palabras que flotaban en conversaciones nocturnas y que luego, meses más tarde, se volvían importantes. Había aprendido que muchas tragedias empezaban así: con un apellido soltado sin cuidado, casi por rutina, justo antes de apagar la luz.

Seguimos hablando de cosas pequeñas. De si el verano siguiente habría suficiente combustible como para que la gente fuera a la playa «como personas normales», sin tener que presentar tres permisos y cruzarse con medio ejército en el camino. Yo, medio riendo, medio no tanto, acabé diciendo:

—Con un poco de suerte pasamos lo que queda de guerra así —dije—: tú organizando barcos, yo corrigiéndote la corbata, María criticando a todo el mundo y robándole recetas a las italianas.

Lo dije en tono de broma, pero por dentro era más una súplica.

Él bajó la cabeza hasta apoyarla un poco sobre la mía.

—Ojalá pudiera quedarme así, solo con esa imagen —murmuró—. Pero cada vez que la pienso me acuerdo de quién está pagando para que esta casa esté tan tranquila.

—¿Así cómo? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—A café y a jabón, a papel, a vino barato que se vuelve bueno cuando lo bebes aquí. —Hizo una pausa—. A tu perfume pegado en los cojines. A… ti.

No dije nada. Sentí que si hablaba se me iba a escapar algo demasiado grande. Me limité a respirar hondo, y a apretarme un poco más contra su pecho. Desde donde estaba podía ver un trozo de ventana, el marco oscuro recortando la línea del puerto en calma. Las luces lejanas parecían ojos cerrados a medias. No se oían sirenas. Sólo un rumor bajo.

«Si esto no es una eternidad, se le parece mucho», pensé. Y precisamente por eso me dio miedo.

Sabía que algún día, recordaría justo esta noche, este calor, esta cama, este corazón bajo mi oreja, y pensaría «fue tan perfecto que estaba condenado». Y aun así, me quedé ahí, exactamente ahí, como si no me supiera la lección.

Capítulo 34

La orden llegó una mañana sin nada de especial.

Yo estaba en la terraza, peleándome con una planta, cuando oí el ruido de un coche que no reconocí y, un poco después, el golpecito seco en la puerta secundaria, la del despacho. No era el timbre de siempre, fue ese toc-toc decidido de quien sabe que viene con papeles, no con flores. Gretel cruzó el patio con el cuerpo un poco más tenso de lo normal. La seguí con la mirada hasta perderla en el interior y, sin pensar mucho, me quedé inmóvil, con la mano enterrada en la tierra.

Al cabo de un minuto oí pasos en el pasillo. No eran los del servicio. Era ese caminar regular, un poco más pesado, de alguien con uniforme. Me asomé desde la escalera al tramo que lleva al despacho de Giorg y vi, de espaldas, a uno de los invitados. Llevaba una carpeta bajo el brazo y un sobre en la mano. Tocó una vez, entró, y la puerta se cerró detrás de él.

Volví a la terraza, pero ya no veía la planta. Lo siguiente que percibí fue un cambio en el aire de la casa, muy leve. No hubo voces altas, no hubo discusiones. Solo un silencio detrás de la puerta del despacho. Yo conocía los silencios de ese cuarto: el silencio de trabajo, el de lectura concentrada, el de enfado. Ese era otro. Uno nuevo. Me limpié la tierra de las manos y, con la excusa de buscar un libro, pasé por delante del despacho.

La puerta no estaba del todo cerrada. No miré dentro, no soy tan imprudente, pero me dejé quedar cerca, ordenando por enésima vez los lomos de una estantería que no necesitaba orden. A través de la abertura veía solo una franja mínima: un trozo de mesa, la esquina de un mapa, un pedazo del brazo de Giorg.

Lo vi inclinado sobre la mesa, con una carpeta distinta de las demás abierta delante. No era del color habitual de los papeles del puerto, ni llevaba el sello que yo ya asociaba al Südbahn de siempre. Tenía un sello más gordo, más marcado, rojo apagado, y una

palabra que alcancé a leer al revés, de lejos: prioritario. Vi sus dedos sosteniendo el papel, el pulgar apoyado en el borde. Leyó. Pasó una página. Leyó otra vez. Y entonces pasó esa cosa que yo siempre espero y siempre temo: se quedó absolutamente quieto.

Fue un segundo, quizá dos, pero pareció más. La mano con el lápiz suspendida en el aire, la espalda recta, la cabeza ligeramente baja. Ese segundo de inmovilidad era su manera de decir ya he entendido sin pronunciarlo. Después bajó el lápiz y lo dejó sobre la mesa, sin firmar todavía. Se llevó la mano a la boca y volvió a leer una línea.

La hoja no había llegado por los cauces del puerto. La había traído, esa tarde, uno de los que venían a cenar al Circolo, con la misma naturalidad con la que te pasa un cigarro o te pide sal. No la presentó como una orden, ni como un favor. Solo la dejó allí, entre dos frases inofensivas, y la conversación siguió.

Al girar la página alcancé a distinguir expresiones sueltas: «aviso de posible sabotaje», «obstáculos sobre la vía», «inspección en puntos de riesgo», «no detenerse salvo señal», «escolta en el tramo», «máxima discreción». Las palabras, en sí, podían ser cualquier cosa. Lo que me heló fue la combinación… y saber de quién venían.

No hablaban de carbón. No hablaban de munición. El lenguaje era demasiado pudoroso, demasiado limpio. Eso, en estos tiempos, casi siempre significa lo mismo: gente.

No necesité ver más. Me retiré de la puerta con cuidado. Bajé a la cocina fingiendo que quería un vaso de agua.

—¿Quién ha venido? —pregunté, como quien pregunta por el panadero.

—Uno de los invitados —respondió Gretel—. De los otros.

No hizo falta que especificara. Pasé el resto de la mañana con esa sensación de peso que tanto detesto. Giorg estuvo más brusco de lo normal, no descortés, pero sí demasiado corto. Almorzó en el despacho, cosa que evitábamos siempre que podíamos. Cada vez que oía una puerta pensaba que iba a salir; cada vez que no salía, sentía que el segundo de quietud delante de la carpeta se alargaba por toda la casa.

Yo tenía un libro abierto sobre las rodillas, pero llevaba varias páginas sin leer nada. La cabeza seguía arriba, en el despacho, en el sello rojo que había visto de reojo, en las palabras ordenadas con demasiada limpieza.

Giorg se quedó un segundo en el marco de la puerta. Tenía la cara cansada, no del cansancio de quien ha levantado cajas, sino del que da estar todo el día sentado calculando cómo se mueven las cajas de otros.

Se quitó los guantes con una calma que no tenía nada que ver con la que yo conocía, los dejó perfectamente alineados sobre la consola y solo entonces se permitió respirar un poco más hondo.

—Mañana sale un tren importante —dijo, como quien comenta el tiempo.

No dijo «convoy». No dijo «operación». Dijo «tren». Bastó.

Cerré el libro sin marcar la página. Lo observé mientras cruzaba el salón y se dejaba caer en el sillón de enfrente sin molestarse en quitarse la guerrera. Apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos.

No hablé enseguida. Me tomé unos segundos para que la pregunta no saliera en forma de grito.

—Importante cómo —pregunté al fin—. ¿Importante para el carbón o para la gente?

Él levantó la vista, despacio. La lámpara del salón le dibujaba una sombra suave en la cuenca de los ojos, pero no lo suficiente como para ocultarme nada. Vi la vacilación, ese instante mínimo en que piensa si cambiar versión o dejarlo como está. Esta vez decidió no cambiar.

—Para los de dentro —dijo—. Para los que van dentro del tren.

No los llamó por ningún nombre oficial. «Los que van dentro». Con eso bastó para que el salón se encogiera.

Me levanté del sofá y, en lugar de quedarme enfrente, fui a sentarme a su lado, en el brazo del sillón. No lo toqué, apoyé las manos en mi propio regazo.

—¿Y tú qué haces con ese tren? —pregunté—. Además de no subirte en él.

Suspiró. Se pasó una mano por la frente, hacia atrás, desordenándose un poco el pelo perfecto del capitán.

—Lo mismo que con todos —respondió—. Ver por dónde pasa, a qué hora cruza cada estación, qué otros trenes tiene alrededor. Que llegue «cuando debe».

La expresión le salió con comillas invisibles. «Cuando debe». No «donde debe».

Aparté la mirada un segundo, hacia la ventana, donde el cielo empezaba a ponerse del mismo color que las grúas del puerto cuando el sol se les queda enganchado. La ciudad estaba llena de ruidos pequeños; la casa, en cambio, tenía un silencio cargado.

—Sabes que no vas a poder pararlo —dije—. No hace falta que me lo jures por ningún reglamento. Pero también sé que tú no miras un tren como los demás. Los demás ven horarios. Tú ves huecos.

Él no contestó enseguida. Se inclinó hacia atrás, dejó caer la cabeza en el respaldo, miró el techo.

—Hay tramos más tranquilos —dijo al cabo— y tramos donde a veces pasan cosas. Curvas en las que los maquinistas bajan un poco la velocidad aunque nadie se lo mande, túneles que a los de arriba les parecen iguales pero los de abajo saben que no lo son. Sitios donde aparece gente que no debería estar en las vías, y sin embargo está.

Hablaba de partisanos sin nombrarlos. De sabotajes sin decir la palabra. Yo lo seguía sin necesidad de leyenda.

—Puedo moverlo un poco —continuó—. No mucho. Minutos. Algún cruce. Hacer que no coincida con el peor momento, o que esté un poco más expuesto en el lugar donde a veces alguien se atreve a abrir una puerta.

Los dedos, entrelazados, se le apretaron un poco más.

—Si lo protejo demasiado —añadió—, llegará impecable a donde está previsto. Si lo expongo de golpe, alguien por encima de mí verá la jugada y, la próxima vez, habrá otro en este sillón, uno que no pierda el tiempo pensando en curvas y túneles.

No hizo falta que explicara más. Lo veía: el hombre exacto que vendría después de él, afilado, puntual, limpio, incapaz de escribir una duda en el margen de un horario.

Me incliné apenas, lo suficiente para que mi hombro rozara el suyo.

—Entonces no lo expongas de golpe —dije—. No te estoy pidiendo que descarriles el mundo. Solo que, si puedes, des a los que van dentro una posibilidad que ahora no tienen. Un minuto de más. Una parada donde a veces pasan cosas buenas disfrazadas de incidentes.

Él cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, no había decisión escrita en ellos, pero sí una fatiga lúcida.

—Haré lo que pueda sin desaparecer con ellos —murmuró.

No era mucho. Era todo.

No pregunté más. Sentí que, si metíamos demasiados números en el salón, la alfombra se convertiría en vía.

Me incliné un poco más y apoyé la frente un segundo en su hombro.

—Y luego —dije— vas a volver. Y tendremos que vivir con lo que hagas mañana. Yo también. Pero prefiero eso a que la única cosa perfecta de este país sean tus trenes.

—Eres peligrosa cuando hablas así —susurró.

—Y tú cuando no hablas nada —contesté.

Se levantó un rato después, con la excusa de «terminar unos papeles». Lo vi alejarse por el pasillo hacia el despacho con la espalda demasiado recta. No lo seguí. Algunas cosas tenían que decidirse con tinta y silencio.

En el despacho ya era de noche cuando encendió la lámpara de mesa. La luz cayó directa sobre el mapa de las vías y dejó el resto del cuarto en sombra. Trieste quedaba en el centro, y de ahí salían líneas finas hacia el interior: ramales, cruces, estaciones con nombres pequeños. En los márgenes y al lado de algunas curvas había anotaciones viejas, de distintas manos y distintas tintas, «avería», «incidente», «retraso no justificado». Algunas estaban subrayadas. Otras tenían una fecha al lado. Ninguna parecía gran cosa, hasta que entendías lo que significaba «retraso» en según qué día.

Colocó encima la hoja del tren de mañana. El número del convoy, la hora de salida, las estaciones que debía cruzar, las indicaciones de siempre escritas con una pulcritud indecente, «no demoras», «prioridad en los cruces», «escolta armada en determinados

tramos». Había visto formularios iguales para trenes de carbón, de munición, de soldados de reemplazo. La diferencia no estaba en la tinta, sino en lo que él sabía de los que iban dentro.

Se quedó un momento con las manos apoyadas en la mesa, a ambos lados del papel.

Recorrió con la mirada el trayecto previsto. Trieste. El patio de maniobras donde saldría todavía a oscuras. La primera curva junto a los almacenes. La bifurcación donde, a determinadas horas, los trenes de mercancías solían cruzarse con los de pasajeros. El pequeño valle que se abría más adelante, rodeado de colinas bajas, árboles, casetas de guardabarreras medio abandonadas.

Sabía cosas de ese valle. No porque estuvieran escritas en los informes, sino porque maquinistas y algún que otro soldado con demasiadas ganas de hablar habían dejado caer la misma frase con variaciones, «por allí conviene no pararse mucho», «ahí han tenido sustos», «se oyen cosas por la noche». Cuando los papeles decían «actividad hostil intermitente», los hombres decían «partisanos».

Más adelante, el mapa enseñaba un tramo pegado a la costa. En las últimas semanas, allí la gente había empezado a mirar al cielo más de la cuenta: demasiados aviones, demasiado a menudo. Las bombas no preguntaban qué llevaba un tren, pero un horario sí podía evitar ciertas coincidencias. O, al menos, intentarlo.

Eso era lo que tenía delante: un trozo de línea donde el miedo venía por arriba y por abajo.

Y en medio, un tren lleno de gente que no había elegido estar ahí.

Tomó el lápiz. No escribió nada aún. Si obedecía sin tocar un número, el tren saldría a la hora prevista, cruzaría la ciudad cuando ninguno de sus habitantes estuviera mirando, se internaría hacia el interior y, con un poco de mala suerte, coincidiría con esas franjas del día en las que los aviones buscaban objetivos para demostrar que la guerra seguía en marcha. Si lo movía demasiado, alguien en un despacho lejano vería el dibujo raro en el horario y empezaría a hacer preguntas. Preguntas que no acabarían en una reprimenda, sino en otro capitán en su lugar.

No podía detener el tren. Pero podía hacer algo que llevaba toda la vida haciendo mejor que nadie: moverlo de sitio en el tiempo.

Deslizó la punta del lápiz hasta una pequeña estación de cruce, una de esas donde apenas hay un banco, un jefe de estación adormecido y un perro que se sabe de memoria el silbato de cada tren. Allí escribió, en el margen del papel: «posible saturación de vía por acumulación de mercancías, reorganizar paso». Era una frase inofensiva.

Debajo añadió una nota más concreta: adelantó unos minutos la salida de un tren menor, uno de vagones vacíos que iban a buscar carga, y retrasó en quince al convoy que le importaba. La suma, para quien solo mirara el conjunto, daba lo mismo: un ligero reajuste entre tantos, nada espectacular. Para él significaba que el tren de personas cruzaría el valle en otro momento. Ni en la hora preferida por los aviones, ni en la más vigilada por los suyos.

Se quedó mirando esos quince minutos con una mezcla extraña de horror y alivio. Quince minutos no salvaban una guerra. Pero había visto muchas veces cómo cinco bastaban para que un niño perdiera un tren y, con él, un destino entero.

Podía haber optado por lo contrario: limpiar el recorrido, hacer que el tren esquivara cualquier punto donde «pasaban cosas», entregarlo impecable al monstruo que lo esperaba al final. Eso le daría informes bonitos, noches un poco más largas, menos cartas de reproche desde arriba.

Escogió no hacerlo. No porque se sintiera héroe, sino porque la idea de seguir siendo perfecto se le volvió, de repente, más insoportable que equivocarse a propósito.

Añadió un par de anotaciones más, pequeñas. Una parada «técnica» en una estación anterior, revisión de frenos, que justificaría el retraso posterior sin necesidad de buscar culpables. Un comentario sobre el estado de la vía en otro tramo, lo bastante claro como para que los maquinistas obedecieran sin discutir. Todo ello dibujaba, en conjunto, un ligero cambio de ritmo: el tren respiraría distinto.

Las manos le sudaban. Secó los dedos en el pantalón antes de firmar. Cuando estampó su nombre debajo del plan, sintió algo parecido a miedo y ganas a la vez.

No sabía qué pasaría al día siguiente en el valle. Quizá nada. Quizá los hombres del bosque dormirían esa noche. Quizá el tren pasaría demasiado rápido. Quizá, en lugar de abrir un vagón, harían volar medio convoy.

Apagó la lámpara y se quedó un instante a oscuras, con el resplandor lejano de la ciudad colándose por la ventana. El mapa, sobre la mesa, ya no se veía, pero seguía ahí. Apoyó las manos en el respaldo de la silla, respiró, dejó que el corazón se le desacelerara lo suficiente como para poder volver al pasillo sin que yo leyera en su pulso lo que había hecho.

No se sentía limpio. Tampoco completamente sucio. Se sentía inclinado. Había elegido en qué dirección.

La noticia no llegó en forma de grito, sino de carpeta. Un par de días después, lo oí subir más tarde que de costumbre. Yo estaba en el dormitorio, con la lámpara apagada, sentada sobre la cama con las rodillas recogidas. La puerta se abrió con cuidado, se coló primero la luz del pasillo, luego la silueta de Giorg.

No encendió la luz enseguida. Llevaba la guerrera abrochada hasta arriba y una carpeta en la mano. Se sentó en el borde de la cama sin desvestirse.

Esperé.

Tardó un momento en inclinarse hacia la mesilla y encender la bombilla amarilla que volvía la habitación más íntima que bonita. En lugar de mirarme, abrió la carpeta sobre sus propias rodillas. Desde donde estaba, podía ver el encabezado sin leer los detalles: sello, fecha, número de convoy. El mismo número que yo había visto en el papel doblado del despacho.

—¿Es ese? —pregunté, sin preámbulos.

No pareció sorprenderse de que supiera de qué hablaba. Bajó un poco el mentón, lo justo para admitirlo sin palabras.

—Ha habido un incidente —dijo.

«Incidente». Otra palabra limpia.

Se quedó mirando la primera página, sin pasarla. Me deslicé hasta apoyarme en el cabecero, sin acercarme demasiado a él.

—¿Dónde? —pregunté.

Pasó la hoja. Buscó con el dedo una línea, la siguió, la tocó. No me enseñó el papel, pero murmuró el nombre del tramo casi en voz baja.

Era el valle del que me había hablado.

—El tren tuvo que reducir la marcha. —Leyó—. Aviso de obstáculos sobre la vía. Se ordenó inspección. Se retiraron los objetos. No se registró contacto con elementos hostiles. —Pasó la vista a la última línea—. Pasajeros civiles: ninguno.

La frase «no se registró contacto» me dio la misma rabia que alivio. Una forma elegante de decir: alguien estuvo ahí, esperando, y esta vez no salió como quería.

—¿Y el resto?

Pasó la hoja siguiente, aunque se notaba que ya la sabía de memoria. Enumeró con esa voz plana que usa cuando algo le importa demasiado:

—Composición reconducida. Se restableció el tráfico. Fin de la incidencia.

Eso era todo. Un párrafo. Tres líneas. Una alteración mínima en la respiración de la máquina del mundo… y, por una vez, la máquina no había pedido sangre para seguir funcionando.

Cerró la carpeta y la dejó en la mesilla. Se quedó un momento con las manos sobre los muslos, abiertas, vacías. Cuando por fin me miró, tenía los ojos cansados. No había lágrimas. Lo que había era algo más frío, más difícil de soportar: la consciencia exacta de que lo que había hecho no era ni suficientemente grande como para sentirse salvador, ni lo bastante pequeño como para olvidarse.

—No te van a hacer responsable —dije, sin estar muy segura de a quién intentaba consolar.

Se encogió apenas de hombros.

—Para ellos es un problema técnico —respondió—. Una molestia. Un informe más al que adjuntar la palabra «sabotaje», un par de reprimendas, quizá una reunión para hablar de «falta de vigilancia». Nada que no se pueda corregir con más soldados y más órdenes.

Calló un momento.

—Para ti no es solo eso —añadí.

Apretó los labios.

—Había un margen de retraso calculado —admitió, muy bajo—. Y una parada que no estaba en el horario original. No puedo demostrar nada. Tampoco quiero. Pero sé dónde se ha roto la perfección.

No necesitaba más confesión que esa. Me levanté de la cama y crucé la distancia hasta él. Me senté despacio sobre sus rodillas, mirando hacia él.

Se quedó rígido un instante, sorprendido.

Sus manos, que hasta entonces descansaban en sus propios muslos, no sabían dónde ponerse.

—He oído hablar de un tren —dije—. Y de un ataque. Y de gente que ya no está donde «debía» estar.

La frase se quedó flotando un segundo. Vi cómo los hombros se le tensaban una fracción.

—Si no hubiera cambiado esa hora —dijo al fin— habrían muerto todos en un bombardeo.

Se detuvo ahí, un segundo.

—Así solo… —La palabra se le quedó atascada— solo unos cuantos tuvieron una oportunidad. —Tragó saliva, disgustado con el adverbio —. Quizá uno, dos. No sé. No lo sabré nunca.

«Solo». «Unos cuantos».

Me rodeé la cintura con los brazos, de golpe consciente de que estaba en camisón y descalza frente a un hombre que llevaba encima el peso de gente que no conoceríamos jamás.

—No eres su salvador —dije—. Pero tampoco eres el hombre que los entregó a tiempo.

—No sé si he hecho lo suficiente, Anna. Solo sé que ya no puedo fingir que no tengo nada que ver.

Esa frase era la más honesta que le había oído en mucho tiempo. No hablaba solo del tren.

Le rodeé el cuello con los brazos, apoyé la frente en la suya.

—Lo único que has hecho ahora es dejar de mirar a otro lado — susurré.

Se le aflojaron, por fin, los hombros. No del todo, pero un poco. Sus manos encontraron sitio en mi cintura, primero apoyadas con torpeza, luego sujetándome con sentido.

—No tienes que quererme menos por esto —murmuró.

—No te estoy perdonando —repliqué—. Pero tampoco voy a dejar de quererte por miedo. Te sigo viendo. Incluso así.

Le besé la comisura de la boca. No fue un beso hambriento ni limpio. Fue un gesto breve, cargado de cosas que no sé decir de otra manera. Él respondió tarde, pero respondió.

Tardó en acercarse. Fui yo quien se pegó a su costado, quien metió la mano por debajo de su camisa abierta y apoyó la palma sobre su pecho.

—Hay gente que ya no está donde «debía» estar —susurré, justo antes de que el sueño empezara a tirarme de los párpados—. No sé si tenías que ver. Pero sé que ahora puedes decir que, si están en otro sitio, tú también estabas en el mapa.

No sé si me oyó. Lo que sí sentí fue su corazón, golpeando contra mi mano con un ritmo algo más desordenado que de costumbre.

Unas semanas después, cuando el informe empezaba a amarillear en la carpeta y nosotros hacíamos como que podíamos vivir encima de él, llegó la otra noticia.

No traía sello ni fecha. Llegó en forma de frase tirada al aire entre pescado y patatas.

Era una mañana gris en el mercado, de esas en las que la neblina parece mezclarse con el humo de los puestos. Llevaba la cesta en el brazo y el espíritu en punto muerto. Había pasado por tres colas, había oído dos chistes malos sobre el clima y una teoría de por qué el café sabía peor esa semana.

Fue al pasar por el puesto de verduras, mientras una mujer delante de mí pedía coles, cuando dos voces a mi lado empezaron a hablar más bajo de lo habitual.

—Dicen que en el interior, más allá del valle ése… —murmuró una.

—¿Cuál? —preguntó la otra, en el tono de quien ya sabe de qué valle se trata, pero se permite fingir que no.

—El de siempre —respondió la primera—. Donde a veces los de los bosques hacen ruido.

Yo miraba una montaña de zanahorias con más atención de la necesaria.

—Que iban a meterse con un tren —siguió—. Uno «especial». Venía cargado de gente, dicen. Que encontraron cosas en la vía y lo pararon antes de la curva, justo a tiempo. Que estuvieron un rato con las linternas y los fusiles, mirando hacia el monte. Dicen que no llegó a pasar nada, pero que después hubo soldados por todas partes, registrando como si sí.

La otra chasqueó la lengua, un ruido corto, entre miedo y satisfacción.

—Siempre hay soldados buscando —dijo—. Lo raro sería que un día no estuvieran.

Yo seguí fingiendo elegir zanahorias, pero la mano me temblaba un poco al meterlas en la cesta. Ellas lo llamaban «ruido». Yo lo llamaba Giorg, sentado en su despacho, moviendo minutos como quien mueve muebles para que no se note.

Capítulo 35

Unos días más tarde volvió de una reunión con ese gesto raro que mezcla cansancio y algo parecido al éxito. No era alegría, pero se le parecía de lejos. Mientras se quitaba los guantes en el recibidor, dejó caer las frases como quien comenta el parte meteorológico.

—Naturalmente, habrá que reforzar la vigilancia —imitó, con una precisión casi cruel—. Pero, dadas las circunstancias, el incidente se ha manejado con eficacia.

Una pausa.

—Su redistribución de horarios ha permitido que el resto del trayecto se mantuviera seguro, von Hohenfeld. Menos mal que usted estaba coordinando este sector.

En la cocina asentí sin decir nada. Por dentro, la frase se me clavó con otra forma: cada vez que usa su poder para torcer un horror, el aparato aprende que no puede prescindir de él. Lo aplauden exactamente por lo que él no quiere ser.

No llegó como en las películas. No hubo nadie gritando «aviones» en la calle. Yo estaba en el despacho, con la ventana entreabierta, intentando escribir una carta que no sabía a quién iba dirigida. Tenía el papel delante, la pluma en la mano y la cabeza en otra parte.

Entonces sonó la sirena.

Me quedé congelada, la pluma suspendida a medio centímetro del papel. Tardé un segundo en entender que no iba a parar a los tres tonos habituales. Siguió. Y subió. Y cambió de registro a mitad.

La luz de la lámpara parpadeó.

Me levanté tan deprisa que la silla se fue hacia atrás y golpeó la pared. Fui al pasillo. Gretel ya estaba ahí, con el delantal en la mano, las mejillas pálidas.

—¿Ejercicio? —pregunté, sabiendo que no.

Entonces lo oí.

Un ruido mínimo, casi cómico en mitad de una sirena: uñas resbalando en las baldosas. Perry salió de la cocina como si el sonido

le hubiera empujado el cuerpo. No ladró. No hizo su teatro. Venía bajo, pegado al suelo, con los ojos enormes y el rizo temblándole.

—Ven aquí —le dije, sin pensar.

Se me metió entre las piernas, buscando sitio, buscando piel. Le pasé los dedos por el lomo una vez, intentando calmarle.

Detrás de Gretel apareció Josef con una linterna y esa cara seria que nunca había visto en la cocina, solo cuando hablaba del «antes» sin palabras.

—Señora, al sótano —dijo—. Ahora.

En la ciudad, las ventanas iban apagándose poco a poco. El cielo se volvió una masa más negra que la noche. Fue entonces cuando pensé en él.

No en «el capitán». En Giorg, con el uniforme, en el puerto. Allá abajo, entre barcos, depósitos de combustible, rieles, exactamente donde cualquier avión enemigo querría dejar caer lo que trajera. La sirena parecía apuntar directamente hacia él, no hacia nosotros.

—Está en el puerto —dije, como si hiciera falta.

Nadie respondió.

La luz se cortó de golpe.

El pasillo quedó en penumbra, solo la linterna de Josef dibujó un cono tembloroso sobre las paredes. La radio se apagó a mitad de frase. El mundo se redujo al sonido de la sirena, nuestra respiración y al ruido de nuestras propias pisadas bajando las escaleras.

Tropecé en el segundo peldaño, Josef me sujetó por el codo sin decir nada. Noté el pulso acelerado en mis propias sienes.

Perry se removió, inquieto. Le apreté contra mi pecho.

—Shh… —murmuré, sin saber si se lo decía a él o a mí.

El sótano olía a cal, a carbón y a humedad vieja. Gretel bajó detrás de nosotros con una manta doblada y un paquete pequeño bajo el brazo. Se movía con eficacia.

Me senté en el banco, la espalda contra la pared fría. Gretel se colocó a mi lado, dejando el paquete entre sus rodillas: pan, agua, una botella pequeña de algo más fuerte.

Arriba, la sirena seguía. A lo lejos, por encima del sonido, llegó otro: un gemido grave, sostenido. Tardé en reconocerlo, motores. Varios. El zumbido crecía despacio.

Josef apagó la linterna. Nos quedamos a oscuras del todo.

—Mejor así —explicó—. Si cae algo cerca, no queremos cristales en los ojos.

Oí a Gretel respirar hondo a mi lado. Mi mano buscó la suya sin pedir permiso. La encontré, áspera, más pequeña, fuerte. Me la apretó de vuelta con una firmeza que parecía pura resistencia.

El ruido de motores creció. Luego, por debajo del zumbido, llegó algo más, una vibración muy leve en el suelo. No fue una explosión clara, no todavía. Más bien un golpe lejano, amortiguado por kilómetros de aire y piedra. Yo conté los segundos entre cada rumor. No sé por qué.

Pensé en Giorg otra vez. En sus manos sobre los planos, marcando objetivos, rutas, horarios. En esa misma cabeza calculadora, ese mismo cuerpo que yo conocía tan bien, ahora expuesto bajo el ruido de esos motores. Intenté imaginarlo en un refugio parecido al nuestro, y no pude. Lo vi a la intemperie, dando órdenes con la voz más alta que la sirena.

Otra vibración. Más clara. Esta vez, sí: una explosión lejana. El sonido llegó después, inflándose sobre la ciudad como una ola. Nuestra casa tembló un poco más. De alguna casa vecina, el ladrido histérico de un perro cortó el aire hasta que un portazo lo acalló.

No grité. Tampoco lloré. Me aferré más a la mano de Gretel y me obligué a respirar: adentro, afuera, adentro. Cada inhalación llevaba su nombre por dentro. No sé cuánto duró.

En algún momento, la sirena cambió de tono. Luego paró. El zumbido de los aviones se fue alejando, volviéndose otra vez un rumor confuso, hasta desaparecer. La ciudad se quedó en silencio un segundo, como si no se atreviera a moverse. Después, muy despacio, empezaron a llegar otros sonidos: voces, un coche que arrancaba, un niño que lloraba más abajo, una ventana que se abría.

Josef encendió la linterna.

—Ha pasado —dijo.

No sabía si «ha pasado» significaba «ya está» o «por ahora».

Subimos las escaleras despacio. La casa seguía ahí. Olía a apagón, a polvo removido. Me acerqué a la ventana y miré por el hueco. No

se veían llamas, solo algunas columnas de humo en la dirección del puerto. El corazón empezó a golpearme otra vez.

—¿Cree que…? —empecé.

Josef se adelantó y miró él también.

—Si hubieran dado de lleno, lo sabríamos ya —dijo.

Me quedé un rato pegada al cristal frío, viendo cómo la ciudad se recomponía a tientas. No había noticias de él. No podía haberlas todavía. Me di cuenta de que seguía con la mano de Gretel en la mía. Solo entonces la solté.

—Voy a esperar arriba —dije.

Asintió, sin reproches. Subí al dormitorio, encendí la lámpara de la mesilla cuando volvió la luz, me senté en el borde de la cama mirando la puerta.

Cuando por fin oí el coche en el patio, no me levanté con dignidad. Fui casi corriendo al pasillo, descalza, con la bata mal anudada.

Perry me oyó antes que nadie: salió disparado de no sé dónde, patinó un poco en las baldosas y se me pegó a las piernas con un gemido impaciente.

Josef abrió la puerta antes que yo. Una bocanada de aire frío, con olor a humo, se coló en la casa. Perry se adelantó un paso, olfateó el umbral con el cuerpo tenso y solo entonces, movió la cola una vez: corta, nerviosa.

Lo vi entrar.

No era el capitán de gala ni el hombre de uniforme impecable. Era una versión reducida a lo esencial: camisa remangada, sin chaqueta, la cara manchada de polvo gris, el pelo pegado a la frente. Olía a humo, metal caliente y algo agrio que no era suyo.

Se quedó un segundo en el umbral, quieto.

—Ha sido cerca del puerto —dijo al fin, la voz ronca—. Un depósito. Un par de vagones.

No necesitaba más palabras. Sentí que las rodillas se me aflojaban.

Vi entonces la mancha oscura en la manga, a la altura del antebrazo. Señalé sin querer, sin voz. Él la miró, frotó con los dedos; el rojo se volvió gris.

—Carbón. Aceite —murmuró—. No es mía.

No supe si era verdad, pero el corazón decidió creerle antes que la cabeza.

Detrás de él, Josef se apartó en silencio hacia la cocina, Gretel asomó medio cuerpo por la puerta del comedor, nos midió con una sola mirada y desapareció.

La puerta al cerrarse sonó demasiado fuerte. Ahí se me acabó la contención.

Me abalancé sobre él antes de pensarlo. No caminé, no me acerqué, me lancé. Le rodeé el cuello con los brazos con tanta fuerza que casi lo desequilibré. Noté el polvo en su piel, me dio igual. El cuerpo me temblaba entero. Las lágrimas, que llevaba conteniendo desde el sótano, salieron sin permiso, calientes, directas a su cuello.

Él tardó un segundo en reaccionar. Luego me abrazó también, fuerte, una mano en mi nuca, la otra en mi espalda. Sentí su pecho duro contra el mío, el corazón aún acelerado bajo la camisa manchada.

—Ya está —susurró—. Ya pasó.

Mentía, pero necesitaba oírlo.

Me di cuenta de que estaba temblando más cuanto más intentaba dejar de hacerlo. Tragué saliva, inútilmente, las lágrimas seguían saliendo, cada una por algo distinto: por la sirena, por el suelo vibrando bajo mis pies, por la imagen del puerto que no había visto y por este hombre de pie delante de mí, vivo.

Apoyé la frente en su clavícula, respirando a golpes.

—Sube —logré decir al fin, con la voz hecha polvo—. Antes de que me desmorone aquí mismo.

No recuerdo del todo cómo llegamos al dormitorio. Solo sé que, cuando cerré la puerta, yo ya no pensaba. Fui a encender la lámpara, la mano me tembló tanto que la bombilla parpadeó un segundo. Él se quedó de pie en medio del cuarto, sin saber qué hacer con sus manos. Lo miré y pensé que el sótano había servido para protegerme del techo, pero no de esto, de la violencia de verlo volver y entender, por primera vez de verdad, lo cerca que había estado de no hacerlo.

Entonces se me ocurrió la peor y la mejor idea posible.

Le agarré del puño de la chaqueta. No dije nada; ni siquiera estaba segura de poder hablar sin romperme. Solo tiré de él pasillo adelante, con las piernas todavía temblándome. Notaba el olor a humo pegado a su ropa, el polvo en su pelo.

Él no se resistió. Dejó que lo llevara, ese andar un poco rígido del que ha pasado demasiadas horas aguantando cosas que no dice. Entramos en el dormitorio. Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria.

Di dos pasos hacia dentro y el cuerpo decidió por mí.

Se me aflojaron las rodillas. Él reaccionó antes de que tocara el suelo. Su mano me atrapó por el brazo, luego por la cintura, y en un segundo estaba pegada a su pecho.

El uniforme raspaba. Debajo estaba él, caliente y sólido.

Ahí se rompió lo que quedaba. Me eché a llorar. Sin elegancia, sin contención, con sollozos que me sacudían los hombros. Me aferré a su chaqueta, al cuello, donde llegaba, con los dedos torpes, y enterré la cara ahí, como si pudiera esconderme dentro de él.

Noté cómo se le caía la postura. Dejó de estar de pie «correcto» y pasó a estar de pie sujetándome. Me rodeó por completo, un brazo en mi espalda, el otro en mi nuca, y me apretó contra él con una suavidad que solo conocía.

—Ya está —murmuró, tan cerca de mi oído que la voz me vibró en la piel.

No sonó a orden. Sonó a permiso: puedes dejar de aguantar. Lo único que me importaba era esa mano grande subiendo y bajando por mi espalda en un gesto lento, casi torpe, como de hombre que no sabe muy bien qué hacer, pero lo intenta igual.

Solté una disculpa ahogada contra su pecho.

—Lo siento… yo…

Me obligué a levantar la cara.

—No pidas perdón —dijo, con una sonrisa pequeña, cansada—. Has aguantado demasiado.

Me secó una lágrima con el pulgar, despacio. Las piernas siguieron flojas.

—Ven —murmuró.

Me guio hacia la cama sin soltarme. Se sentó primero él, en el borde, y tiró de mí para que quedara de lado sobre sus piernas: las rodillas en el colchón, la cabeza contra su hombro. Me sentía una niña. Y era justo lo que yo necesitaba, que me sostuviera entera.

Me acunó. Su cuerpo se mecía apenas, un balanceo mínimo. Su mano recorría mi espalda en círculos grandes, sin prisa; a veces subía hasta mi nuca y se enredaba en el pelo, a veces bajaba hasta la curva de la cintura. Entre un círculo y el siguiente había un silencio en el que solo se oía nuestra respiración.

El llanto se fue calmando solo. Los sollozos se volvieron restos, oleadas más separadas, más llevaderas. Yo seguía agarrada a su camisa; él no hizo nada por soltarse. Cada vez que el pecho me daba un vuelco, respondía apretándome un poco más.

No sé cuánto tiempo pasó.

Cuando se me acabaron las lágrimas, empecé a notar otras cosas. Lo rápido que le latía el corazón. El calor de sus muslos bajo los míos. El peso de su mano en mi cadera, quieta ahora. El camisón se me había subido un poco; noté la piel en contacto con la lana del pantalón y me recorrió un escalofrío que ya no era solo de miedo.

El miedo seguía ahí, pero había dejado de ocupar todo el espacio.

Me moví un poco. Él respiró hondo. No cambió el abrazo, pero lo noté: se volvió más consciente.

Apoyé la frente en su cuello. Aflojé la mano con la que todavía apretaba su camisa y la deslicé por su pecho, despacio. Noté cómo se tensaba. Un latido más fuerte. La respiración se le entrecortó un instante.

Él bajó la cabeza hasta mi pelo. Rozó con la boca mi coronilla, luego la sien, luego la mejilla todavía húmeda. Eran besos lentos, casi castos. Y por eso mismo me llegaron más hondo que cualquier prisa.

La mano que tenía en mi espalda se deslizó a mi costado, al borde de la bata, y la apartó lo justo para colar la palma por debajo, directamente sobre la tela fina del camisón. Noté el calor de sus dedos a través de la tela y se me cerró la garganta.

Me incorporé un poco para verle la cara. Nos quedamos a unos centímetros, respirando el mismo aire. Yo tenía los ojos hinchados y

la cara sucia de lágrimas; él estaba agotado. Y aun así, entre los dos había algo nuevo.

No lo pensé. Busqué su boca.

Respondió enseguida. El beso empezó suave, casi tierno, y luego fue ganando peso. Lento. Insistente. Necesitando comprobar, una y otra vez, que el otro seguía ahí.

Nos fuimos moviendo sin ceremonia. Él me tumbó despacio sobre la cama sin soltarme. Yo le desabroché lo que pude, le aparté la camisa, le busqué la piel en el cuello, en el hombro. Mis manos aún tenían algo del abrazo anterior, solo que ahora pedían. Pedían sin vergüenza.

Cuando por fin nos movimos al mismo ritmo, no pensé en nada. Bueno, sí, pensé una sola cosa. Estás aquí. Estoy aquí. Si el cielo iba a caerse, que nos pillara así.

Esa noche, tumbada a su lado mientras se dormía, pensé en dos personas que no conoceríamos nunca. Vivas porque él había movido unos números en un papel. Después pensé en la jaula. Otro candado.

Pero eso lo pensé después.

En ese momento solo sentía su mano en la mía, su respiración haciéndose más lenta, y el ruido del puerto allá abajo.

Mientras lo miraba dormir pensé en todo lo que nadie más ve de él. En cómo se levanta cada mañana y se pone ese uniforme sabiendo lo que otros harían con ese poder si estuviera en sus manos. En cómo frena donde otros acelerarían. En cómo duda antes de firmar. Vuelve a casa con un cansancio que no se ve, pero se le nota en los ojos.

Para todos es el capitán, el que resuelve, el que hace que todo funcione. Pero yo lo veo cuando se quita la guerrera y los hombros se le hunden un centímetro. Lo veo cuando se queda quieto en el borde de la cama, mirando a la nada. O cuando toca la guitarra a escondidas, muy bajito, como un niño que se esconde.

Mi sitio está aquí. No por la cama, ni por esta casa que hoy parece segura y mañana quién sabe. Mi sitio es estar aquí viéndolo. Siendo el único lugar donde puede permitirse el lujo de no ser útil, de ser solo un hombre que respira.

Él estaba aquí, con la cara vuelta hacia la mía, y yo me quedé un rato más con los ojos abiertos, vigilando su sueño.

Trieste no necesita futuro para asustarme. Le basta con lo de siempre, el puerto, los silbatos, ese olor a metal mojado, las luces que se apagan antes de tiempo y ese gris que no sé si es niebla, cielo o costumbre. La guerra no viene un día y se va al siguiente, está. Se sienta a nuestra mesa, ocupa los rellanos y los horarios de los barcos.

A veces me engaño y lo llamo pausa. Me digo que hoy no ha pasado nada. Pero siempre pasa algo, aunque sea solo la manera en que la ciudad respira más bajito. La guerra cambia de uniforme. El pulso, no. Y nosotros, aquí dentro, también cambiamos sin querer, aprendemos a no mirar, a mirar demasiado, a desear para no pensar en el resto.

Pero todo eso es para otra noche.

Esta noche, octubre del cuarenta y tres, con el olor a humo todavía en su ropa y su mano en mi nuca, solo sé una cosa, ha vuelto. Afuera el puerto sigue golpeando el muelle con su ruido de siempre, y yo me quedo quieta, escuchándolo… y no aparto la cara.

Su respiración se vuelve más profunda. Yo memorizo el peso de su brazo sobre mi cintura, el latido lento contra mi espalda y el calor de su piel aunque la noche siga fría. Pero en esta ciudad la memoria es lo único que no te pueden quitar. Pero sé que no es eso.

Lo memorizo por si acaso.

Cuando llegó esta noche había algo distinto. No fue solo el humo, ni los nudillos enrojecidos, ni esa manera de dejar la guerrera sobre la silla sin mirarla. Fue que me buscó. Sin palabras, sin preámbulo. Con las manos todavía sucias.

Me pregunto si él también lo está memorizando.

A veces lo veo desde el umbral, los ojos perdidos en algún papel. Carga con cosas que no caben en ningún informe. Lo que ha protegido. Lo que ha perdido. Y en algún renglón que no firma, algo que tiene que ver conmigo. Que ninguno de los dos ha dicho en voz alta.

Esta noche me muevo un poco y lo escucho respirar hondo. Algo en él no ha bajado del todo.

Afuera, un barco. Lo reconozco, es el que parte de madrugada.

No aparto la cara. Cierro los ojos. Escucho el puerto y su corazón y su mano sobre la mía. Mañana lo miraré dormir más de lo que debería.

Por si mañana me busca y no me encuentra.

Índice

Capítulo 1 7
Capítulo 2 19
Capítulo 3 27
Capítulo 4 43
Capítulo 5 53
Capítulo 6 59
Capítulo 7 63
Capítulo 8 79
Capítulo 9 87
Capítulo 10 111
Capítulo 11 123
Capítulo 12 131
Capítulo 13 149
Capítulo 14 155
Capítulo 15 205
Capítulo 16 223
Capítulo 17 253
Capítulo 18 259
Capítulo 19 273
Capítulo 20 285
Capítulo 21 309
Capítulo 22 327
Capítulo 23 349
Capítulo 24 361
Capítulo 25 371
Capítulo 26 377
Capítulo 27 387
Capítulo 28 403

Capítulo 29 425
Capítulo 30 437
Capítulo 31 449
Capítulo 32 461
Capítulo 33 471
Capítulo 34 489
Capítulo 35 503